

ROCÍO M. BESCÓS



**Medio
Príncipe**

Medio Príncipe

Rocío M. Bescós

*Ya vendrá alguien que
Te robe la razón, alguien que te
Devuelva la pasión,
Alguien que te empareche el corazón.
Ya vendrá alguien a
Tu medida, a tu altura, alguien
Que disfrute tu locura,
Alguien que*

-Nicolás Andreoli.

Poema extraído de la página de Facebook: Nietzsche para ilustrarse.

Mi primer novela se la dedico a mis padres Paula Patricia Pérez y Gustavo Alejandro Bescós, los faros que iluminan mi camino, quienes me enseñaron a volar al estilo de Juan Salvador Gaviota y quienes están ahí para ayudarme a levantar tras cada caída, sacudir la tierra de mis rodillas y continuar viaje. Gracias por siempre apoyar mis sueños y enseñarme a hacerlos realidad.

A Carlota M. Lozano, la vida nos cruzó de la manera más impensada y acá estamos, siendo una parte de la otra. Te dedico esta novela, Loli, por aguantar los años de espera para que la finalice, mi primer lectora y el aliento constante para continuar. Gracias por ser mi tercer pilar y enseñarme amar las lechuzas, que la luna siempre guíe tus alas.

A Constanza Cabello Estrada, una hermana que me regaló la vida y quien también fue mi primer lectora. Gracias, Sis, por el apoyo a lo largo de los años.

Gracias por tener fe en mí.

Y a todas nosotras, que no pedimos ser rescatadas, simplemente ser acompañadas. Quienes seguimos caminando con la ilusión de toparnos con ese Medio Príncipe, y para aquellas que ya lo encontraron.

Capítulo 1

Ella recorría las calles inundadas de personas, pensando en todo lo que tenía que hacer cuando llegara a su trabajo. Caminaba a paso enérgico, con la vista al frente e indiferente a las miradas que le destinaban los hombres que la veían pasar. Nunca se había sentido foco de esas miradas, simplemente porque nunca se había sentido suficientemente atractiva para merecerlas. Este era un tema crucial para sus amigas, que no se cansaban de decirle que el espejo ya no le devolvía la misma imagen que ella tenía a los diecisiete años, que ahora le devolvía el reflejo de una bella chica de veinticuatro años, que destilaba sensualidad y feminidad. Pero a Roma no le interesaba escucharlas.

En sus oídos sonaba “Somebody to love” de Queen. A todo volumen los auriculares enganchados a su teléfono celular, le hacían la caminata más amena en esa pesada media mañana veraniega. Tan ensimismada estaba pensando en su rutina que casi no se percató de que el reproductor se había detenido y que su teléfono había comenzado a vibrar, se dio cuenta cuando comenzó a sonar el aviso de llamada del celular, sin detener el paso empezó a hurgar en su cartera, miraba de vez en cuando al frente casi de refilón sin prestar mucha atención.

—¿Por qué no miras por dónde caminas?— La pregunta, proveniente de una voz profunda, masculina y sensual, la frenó en seco, mientras alzaba la mirada recorriendo ese torso hercúleo de amplio pecho y de cintura un poco más estrecha, con vientre plano, seguramente duro y absolutamente marcado. Envuelto en una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados metida dentro de unos pantalones de vestir negros. Se preguntaba de dónde había salido ese cuerpo y sobre todo en qué momento. Pero cuando

sus ojos conectaron con los del dueño de esa voz, Roma se quedó sin aliento. Con su cabeza echada hacia atrás, contemplaba el rostro más hermoso que había visto en su vida, hombre de facciones puramente masculinas, barbilla fuerte y mandíbulas cuadradas, pero sin dudas, su mirada era lo que más la atraía hacia él. Sus ojos verdes con destellos dorados, la contemplaban con una intensidad abrasadora y penetrante. Roma, supuso que se debía a la forma en que sus cejas enmarcaban su rostro, eran como picos y la ceja izquierda atravesada por una cicatriz, se alzaba de manera sexy pero demostrando reproche. A pesar del temblor que recorría su cuerpo, se las ingenió para poner su mirada más desafiante y responderle. Irguiéndose en su metro sesenta y tres, sacando pecho y demostrando no estar para nada cohibida por el metro noventa y pico de aquel hombre que la contemplaba algo irritado.

— Si me estabas viendo que iba distraída ¿por qué no te hiciste vos a un lado?

Definitivamente se sintió muy conforme con la respuesta que le dio al tipo, porque pudo ver que los ojos pasaron de desconcertados a resplandecer de indignación.

—Si prestaras atención por donde vas, no andarías chocando personas.

Alegó aquel hombre mientras se cruzaba de brazos.

— Y si no estuvieras tan al divino botón, te harías a un lado y no le estarías haciendo perder tiempo valioso a las personas que no estamos para perder tiempo.

Dicho esto, le sonrió de manera burlona y prosiguió su camino al trabajo. Eso sí, algo perturbada por ese hombre de mirada intensa.

El teléfono de Roma volvió a sonar, por suerte había podido encontrarlo y esta vez lo tenía a mano para contestar rápido

— ¡¡Holaaa reinaaa!! — La voz estridente de Jonás, su amigo más reciente y compañero de baile, le llegó apenas alcanzó a responder.

— Jonás, corazón ¿cómo estás?

— Bien, amore mío, ¿vos?

—Acá ando, muerta de calor y a tres cuadras de llegar al trabajo.

— ¿Estás llegando tarde o me parece?

— No, no te parece. Voy re tarde.

— Bueno reina, no te voy a hacer gastar más aliento. Solo quería saber si venís a la clase de esta noche

— Roma había empezado cinco meses atrás clases de baile, ritmos latinos complementando el tango dónde había conocido a Jonás algunos años antes. Empezó para poder coordinar, según ella, los movimientos de su cuerpo. Pero la verdad que intentaba ocultar, hasta de ella misma, es que bailaba para darse confianza y seguridad en los movimientos de su cuerpo.

— Obvio que voy ¿Me pasas a buscar?

— Por supuesto reina. Ahora sí, te dejo y mandale un beso a tu compañerito de trabajo, que está más bueno que comer pollo con la mano.

— Ja ja lástima que sea medio idiota, pero sí, reconozco que está muy bueno. Se despidieron entre desacuerdos amistosos sobre León, el compañero de trabajo de Roma, y acordando la hora en que Jonás la tenía que pasar a buscar para ir a su clase de baile.

Mientras volvía a guardar el teléfono en la cartera, abría la puerta de la librería. Exactamente a las 10.15 a.m., el fresco interior del trabajo le daba la bienvenida a su jornada laboral. Era consciente de que estaba llegando quince minutos tarde, siempre podía echarle la culpa a su reloj, que a propósito estaba unos diez minutos retrasados para que no la retasen o por lo menos no sea más que una llamada de atención de que se compre un reloj nuevo o que le cambie las pilas a su viejo reloj de pulsera, que solía utilizar esporádicamente. Entrando furtivamente, subió los quince escalones que llevaban al depósito y se dispuso a dejar su cartera y a abrir las cajas nuevas para ponerse a ordenar los libros nuevos en sus estantes correspondientes. Roma estaba en cuclillas, abriendo las cajas, demasiado fascinada con la

emocionante tarea de ver los nuevos títulos que habían llegado en el pedido, que no se dio cuenta de que alguien había entrado en el depósito.

— Quince minutos tarde, Casalegno — La voz profunda y susurrada en su oído, León Scarmacio, la hizo darse vuelta rápidamente, quedando con su cara muy próxima a la suya, sus narices no se rozaban por milímetros. Con su sonrisa de chico malo, cargada de promesas lujuriosas en conjunto a sus penetrantes ojos azules, su pelo despeinado y sexy castaño claro, siempre conseguían hacerla tener pensamientos candentes. El punto era que León, como bien lo bautizaba su nombre, se creía el rey de la selva. Y cambiaba mujeres como de ropa interior, porque era el típico tipo que estaba bueno y lo sabía. A los treinta y cuatro años, León era el soltero más codiciado de la librería, sin contar a la buena de Doña Mirna - quien además de ser su tía, era dueña de la librería- y Roma, el resto había caído bajo sus encantos masculinos. Si bien el cuerpo de León no era tan fornido como el del tipo con el que había tropezado momentos antes, tampoco estaba tan mal. De hecho, no estaba para nada mal. Su cuerpo era atlético, aunque según los testimonios de las otras chicas que trabajaban en la librería, estaba marcadito. Metro ochenta y seis de puro delirio, a menos que conocieras que era realmente un picaflor, alérgico al compromiso y al amor, adicto a noches de pasión pero nunca a repetir la dosis con la misma chica, por lo menos no en una misma semana.

— ¡Casi me matás del susto, por Dios! —Le respondió Roma, retirando la mirada de esos hipnóticos ojos celestes.

— ¡Vi que subiste apurada al depósito y vine a decirte...

— Que estoy quince minutos tarde, como si fueras uno de esos aparatos en los que se marcan tarjeta ¿no?

— le interrumpió, algo indignada, mientras se ponía de pie y se cruzaba de brazos

— Siempre con esa costumbre de hablar más de lo que escuchas, poniendo prejuicios contra mi persona

— Mientras se defendía, algo ofendido e incrédulo, León, se iba poniendo en pie y acortando la distancia entre el cuerpo de Roma y el suyo. La verdad sea dicha, esa pequeña lo tenía loco, era la última que le faltaba por conquistar y le volvía loco el saber que ella no le daba pelota, lo trataba como a un amigo más, con cordialidad y hasta bromeaban juntos. Un par de veces la pescó mirándolo abiertamente, pero por alguna extraña razón, ella había levantado una barrera imaginaria que él era incapaz de superar, como si ella se creyera una reina o buscara a alguien superior a cualquier mortal. Pero él estaba dispuesto a llevársela a la cama a como dé lugar.

— Está bien, perdón. ¿Qué me ibas a decir? — Se disculpó, mientras retrocedía un par de pasos y volvía a relajar los brazos. A Roma, la ponía un poco incómoda que León invadiera su espacio personal, y más la alteraba cuando ladeaba la boca en esa media sonrisa rompecorazones.

— Mi tía hoy no viene — Empezó a explicarse León, mientras se apoyaba contra una de las columnas del depósito y metía las manos en los bolsillos, disfrutando de ese pequeño juego de acechar a la presa

— Nos toca cambiar los libros de las vidrieras, por ende armar las nuevas vidrieras. Vos te vas a encargar de eso, los libros que llegaron para organizar en los estantes lo va a hacer Caro junto con Romina. Yo me voy a encargar de hacer las listas de los faltantes y toda esa perorata. Así que, además de encargarte de las vidrieras, estate atenta por si entran clientes. Hoy Marcela viene a la tarde — Concluyó con un suspiro su discurso y la observó, esperando a que objetara algún punto.

— Entendido — Fue todo lo que Roma dijo, antes de dirigirse a la planta baja y encaminarse a reorganizar las vidrieras con los nuevos títulos.

Roma sacaba los libros de la vidriera y limpiaba los estantes antes de poner los nuevos títulos. Hacer las vidrieras con las últimas novedades era algo que le encantaba. Además, asesorar a las clientas con las novelas que entraban a buscar, la hacía sentir como hada madrina, porque sentía que les daba la posibilidad de explorar nuevos mundos y de vivir historias maravillosas, de enamorarse de los personajes. Roma amaba los libros, y trabajar en una librería era como su paraíso personal, le daba la

posibilidad de estar en contacto con esos nuevos mundos.

Fue su padre quien la inició en el maravilloso mundo de la lectura, cuando era pequeña, Giulio Casalegno solía leerle un cuento antes de ir a dormir. Dejándole inconclusa la historia para poder continuarla a la noche siguiente, pero Roma, como no soportaba la intriga de saber cómo continuaba, a la edad de cinco años le pidió a su hermano Pietro, dos años mayor que ella, que le enseñara a leer, y así empezó su hábito de leer antes de ir a dormir.

Como buena lectora, amaba el aroma de un libro nuevo y le fascinaba el que contenía un libro viejo, de páginas amarillas sobreviviendo al paso del tiempo, inmortalizando a sus amados personajes, sus amigos y compañeros de vida. Roma, se refugiaba desde pequeña en la lectura, era su forma de escapar del mundo real y de la crueldad a la que estuvo sometida en su adolescencia. A pesar de que ella se mostraba férrea y superada, en su interior continuaban sangrando viejas heridas que la hacían sentirse indefensa, y sumergirse en las historias la ayudaban a desconectarse y sentirse feliz.

Su familia, el pilar más importante en su vida. Su madre, Magdalena, su mayor confidente. Sus personalidades eran muy parecidas, lo que les permitía entenderse con una sola mirada. Su hermano, su mejor amigo, confiaba y se refugiaba en él porque siempre la cuidaba y defendía. Pietro era como Giulio, el mismo carácter, las similitudes físicas eran patentes entre padre e hijo, la diferencia radicaba en que Pietro había heredado el color de ojos de su bisabuelo materno, turquesas, como el cielo de verano, mientras que Giulio Casalegno tenía los ojos pardos. El único parecido que había entre los hermanitos Casalegno, era el color negro de su pelo, el de Roma semi ondulado y largo hasta la cintura, mientras que el de Pietro era corto y al estilo desalineado y la tez trigueña, en el resto eran el día y la noche. Pietro medía un metro ochenta y nueve, mientras Roma a duras penas llegaba al metro sesenta y tres.

Se había sumergido en sus pensamientos, sin reparar que sostenía contra su pecho una antigua novela que se había colado entre las novedades del mes. La devolvió a la realidad el tintineo de la campanilla de la entrada, seguida de la voz de una anciana, que frecuentaba la librería con su rostro amable y sus ojos tristes, acompañados de aquellas marcas, que no representaban la edad sino, la experiencias y los envites del destino.

— Señora Carola ¿Cómo está? — Preguntó Roma, volviendo a la realidad, mientras se bajaba de la vidriera y seguía sosteniendo la novela contra su pecho.

— Carola, hija, decime solo Carola — dijo la anciana, mientras la tomaba de la mano — Yo estoy como una mujer de mi edad puede estar, con el peso del tiempo sobre los hombros — finalizó la anciana en apenas un audible susurro. Roma sentía un extraño cariño hacia esa mujer, en sus ideas más íntimas, sostenía que aquella mujer había perdido a un gran amor y se refugiaba en los libros para curar el espacio vacío y al olvido a la que la habían sometido sus hijos y nietos, o tal vez nunca hubiese sido madre y su compañero de vida la había dejado sola en este mundo terrenal. Pero encontraba algo en la mirada de esa dulce mujer, que la invitaba a dejar volar su imaginación.

— Muy bien, Carola, ¿en qué la puedo ayudar hoy? — Preguntó, agarrándola del brazo. Sabía que no iba a comprar nada, pero le encantaba charlar de “Novelas Rosas” con aquella mujer.

— Hoy si te voy a comprar un libro, hija — dijo con una sonrisa cómplice la Señora Carola.

— Esa frase es música para mis oídos, Carola, así que dígame ¿tiene algo en vista? — Roma supuso que sí, ya que pasaba por ahí absolutamente todos los días, y daba vuelta por los estantes revolviendo títulos durante media hora aproximadamente, y charlaba otra media hora con ella.

— Tengo algo en mente, pero voy a necesitar tu ayuda.

Mientras guiaba a Roma hacia la sección de Autoayuda, le comentaba que el libro era para un amigo de su nieto, que estaba atravesando una situación complicada con el sexo femenino y que ya estaba cansada de verlo soltero, refugiándose en el pretexto de que “el amor” no era para él, ella quería sacarlo de ese

mundo por medio de un libro de autoayuda.

—Muy bien, Carola, teniendo en cuenta el panorama que usted me ha pintado, creo que éste puede ser el libro perfecto para el amigo de su nieto — dijo Roma, mientras tomaba un ejemplar de “Cómo superar a tu ex en 10 pasos”. Una vez más, Roma, había dado en el clavo asesorando a una clienta. Ambas, envueltas en un clima de risas se encaminaron a la caja, donde Romina se dispuso a cobrar y envolver la compra de la Señora Carola. Ya entregada la compra, la Señora Carola y Roma se despidieron con un pequeño abrazo y promesas a futuro para tomar el té.

— Un título peculiar, el que se llevaba la señora Carola — comentó Romina a Roma, mientras ésta se dejaba caer con un pequeño suspiro en el mostrador.

—Es para el amigo de su nieto, que está pasando una etapa de desamor. Respondió Roma, mientras se ponía derecha y se encaminaba a continuar con sus tareas; había visto que León se estaba acercando y no quería agregarle a su llegada tarde más problemitas.

Roma trabajó durante la hora y media siguiente, con muchísimo ahínco, guardando los libros en las cajas y reorganizando la vidriera principal. Si bien, no era muy habilidosa, mejor dicho, para nada habilidosa a la hora de hacer manualidades, o tener ideas creativas con respecto al arte, era muy buena armando las vidrieras de maneras llamativas. Exponiendo las novedades con sus esteras correspondientes, puesto absolutamente todo, de manera meticulosa para que la luz del sol, no solo no les afecte demasiado a las portadas de los libros, si no que se destaquen desde cualquier ángulo en el que el público pasase por el frente de la vidriera. Esto era posible porque ella, salía de la librería y se paseaba por el frente de la vidriera comprobando los ángulos. En un principio a sus compañeros de trabajo les llamaba la atención verla caminar y mirar de perfil la vidriera, entrar y salir, en los primeros tiempos casi se volvieron locos, pero después se fueron acostumbrando, incluso había ocasiones en que se ponían bajo sus órdenes para que ella no tuviese que entrar y salir millones de veces.

Ésta no fue una de esas ocasiones, lo bueno era que Roma ya iba adquiriendo la visión de la vidriera apenas veía las portadas y las esteras que mandaban, algunas veces, las editoriales. Terminó rápido y se dirigió hacia el depósito, dónde se encontraban los dispensers de agua y el armario donde se guardaba el café y las tazas. Con el calor que hacía necesitaba hidratarse, si bien en la librería estaba prendido el aire acondicionado, Roma estaba acostumbrada a tomar muchísima agua. Esta costumbre la había adquirido a los diecisiete años, cuando comenzó a hacer dieta para bajar los diez kilos demás que tenía, desde entonces, todos los días tomaba unos tres litros de agua a diario. Mientras subía los escalones escuchó el equipo de música que estaba la radio sintonizada en una estación femenina, en la que comenzó a sonar “El día que me quieras” interpretada por Luís Miguel, el cantante preferido de Magdalena, su madre. De manera inconsciente, Roma comenzó a tararear y a bailar sola en el depósito. León, que subía de casualidad al depósito, se quedó contemplándola unos instantes e incapaz de perder oportunidad, acopló su cuerpo al de ella y la guio de manera sublime en pasos de vals, mientras que la miraba a los ojos y le cantaba en un susurro, apenas audible para ellos dos.

La canción terminó y Roma automáticamente rompió el hechizo del momento, soltándose del agarre de León.

— Las clases de baile que tomas son verdaderas — afirmó León, intentando recobrar la compostura y tratando no sonar perturbado. Había disfrutado ese pequeño vaivén de cuerpos, hacía mucho tiempo que no gozaba del “arte de cazar” a una mujer, y nunca había bailado el vals con una, a menos que, estuviera en un casamiento. Hacía mucho que él no era espontáneo con sus actos, siempre hacía todo con meticulosidad para obtener resultados efectivos.

— Por supuesto que son verdaderas — contestó ella, mientras se encaminaba a buscar su taza para tomar agua.

— Me encantaría llevarte a bailar, para comprobar si en todos los ritmos sos tan buena como en el vals. León estaba tentando la suerte, Roma se giró y lo miró con reproche por encima del borde de su taza.

— No empecemos, veníamos bárbaro — Fue todo lo que dijo, antes de dejar su taza y volver a la planta baja.

Eric seguía pensando en esa chica, esa que casi se lo lleva puesto, esa que cada vez que recordaba le hervía la sangre. ¿Con cuántas se había cruzado esa mañana o esa semana? Con muchas, pero había algo en ella que hacía que fuese imposible quitarla de su mente. Tal vez haya sido el descaró con el que le hizo frente, sosteniéndole la mirada e invitándolo al tácito duelo verbal. Revivía aquel breve encuentro una y otra vez, y solo podía memorizar cada vez con mayor certeza las facciones de esa hermosa muchacha. Los labios en forma de corazón, de color rosados naturales apenas destacados por un brillo labial, pidiendo a gritos que sean devorados hasta dejarlos enrojecidos. La forma de sus ojos, grandes y medio sesgados, negros como el café, sus pestañas largas como las noches de invierno, y sus cejas anchas depiladas como alas de gaviotas.

— Desde que llegaste, cada cinco minutos, te perdés en una nebulosa y sonreís como idiota ¿me querés hacer el bendito favor de contarme qué te pasa? — le increpó Santino, su amigo de toda la vida, su compañero de banco desde jardín hasta la universidad.

Eric había ido al departamento de Santino para debatir el caso de uno de sus pacientes, pero habían empezado a hablar de bueyes perdidos y Eric no podía dejar de pensar en la chica con la que había tropezado un par de horas atrás. Sentado cómodamente, en uno de los sillones del departamento, se perdía en sus recuerdos, mientras intentaba mantener el hilo de la conversación con Santino.

Se enderezó para contarle lo que estaba evocando, era al vicio intentar contarle una mentira, ya que se conocían de derecho y de revés. En realidad las únicas tres personas a las que no podía mentirles, salvo en el Póquer, era a Santino, Lucas y Marcos. Sus amigos de siempre, ellos se apodaban “Los cuatro fantásticos”. Todos estudiaron medicina, pero se separaron al momento de elegir especialidades. Eric Neurocirujano, Santino Traumatólogo, Lucas Pediatra y Marcos Psiquiatra.

— No sabía que ejercías de Psicólogo — comentó con sarcasmo.

—Ejerzo de amigo, así que larga qué es lo que te pasa de una buena vez — le ordenó y se preparó para escucharlo.

— No es nada importante... pero... hay alguien que no me puedo sacar de la cabeza — terminó de decir con un suspiro.

— ¡Apa! ¿La conozco? — Se interesó abriendo los ojos y elevando las cejas, mientras hacía una lista mental de las amigas de su novia, que Eric conocía, y que podrían haber tenido un interludio amoroso.

— No creo, ni yo la conozco — con tono resignado, Eric, volvió a recostarse en el sillón.

— ¿Y eso? — Extrañado, Santino, se enderezó en su sillón. Eric, pasó a relatarle como casi se chocan y el intercambio verbal. El cruce de miradas y como se quedó como un idiota mirando cuando ella se fue. Le contó también que la siguió discretamente, y vio que entró en una librería que dedujo que ahí trabajaba, no solo por la vestimenta, que era igual a de las otras empleadas, sino que la vio armando la vidriera.

— Después entró tu abuela en la librería y se saludaron como viejas amigas. Eric, se había quedado contemplando a aquella misteriosa chica, como si contemplara al pez más extraño y exótico del mundo, en una pecera. La había visto quedarse con la mirada perdida en algún punto de su memoria, con una novela aferrada en sus brazos y el sol de la mañana haciendo refulgir cada una de sus facciones. Hasta que en su campo de visión entro la abuela Caro, y se tuvo que marchar de manera más furtiva de cómo había llegado.

— ¿Mi abuela? — Santino cada vez más extrañado, pasando por alto la extraña conducta de su amigo al perseguir a una chica.

— Sí, tu abuela — le respondió como si de un nene chiquito se tratara.

— La librería que siempre va mi abuela es una que está acá, a cinco cuadras más o menos — comentó, intentando recordar el nombre de esa librería

— Exacto, esa misma librería — apuntó Eric.

— Bueno, ahora que viene la abuela le preguntamos, como quien no quiere la cosa, si sabe el nombre de esa chica.

No sabía por qué, pero había algo en todo esto que le fascinaba a Santino. Tal vez el hecho de verlo a su amigo interesado en una chica, como nunca antes, ni siquiera por Melania mostraba ese brillo en los ojos cuando hablaba de ella. Y esta chica enigmática, con un simple tropiezo en la calle y una lengua rápida para retrucar, lo había dejado con sus pensamientos revolucionados. A como de lugar iba a averiguar la identidad de esa mujer.

— Definitivamente le voy a decir a Marcos que te regale la camisita blanca, la de manguitas cruzadas que se prende en la espalda — contestó, revoleando los ojos e intentando parecer indiferente a la idea de su amigo, Eric, quería disimular que esa idea se le había cruzado por la mente, apenas vio a la abuela Caro entrar en la librería y hablar con ella.

— ¿El viernes nos juntamos a jugar al póquer? — Preguntó, intentando desviar el tema de conversación a un terreno que no le incomodara tanto.

— Es el cumpleaños de Sofía — Le recordó.

Sofía, era la novia de Santino hacía tres años y de los cuales convivían hace dos años. Se conocieron en el Hospital Carson, donde trabajaban actualmente junto con Lucas y Eric. Sofía era una de las nuevas enfermeras y Santino uno de los médicos más codiciados por las féminas, apenas se conocieron se hicieron muy amigos y poco a poco Sofía fue conquistando el corazón de Santino. Ese viernes, ella, cumplía veintisiete años y lo festejaban en el departamento, con sus colegas del hospital y sus amigos recientes, sus compañeros de baile. El espacioso departamento les permitía hacer ese pequeño ágape, apenas corriendo algún que otro mueble para que se forme una pequeña pista de baile, por si alguno de sus compañeros de baile tenía ganas de hacer una pequeña demostración. El festejo oficial lo realizaban el sábado, ya que ninguno trabajaba el domingo. Brenda y Mariela, novias de Marcos y Lucas, también asistían junto a Sofía a clases de baile.

— ¿Y no nos podemos juntar un rato antes? — Preguntó algo decepcionado Eric.

— No sé a qué hora empiezan a llegar sus amigas. Sé que hay una que viene tipo 7.30 p.m. Es la que la va a ayudar a preparar los bocaditos y eso — Con un suspiro resignado, Santino, zanjó el tema de la partida de Póquer del viernes. Religiosamente todos los viernes, los cuatro amigos se juntaban a jugar al Póquer, mientras las tres novias comían y parloteaban en la cocina. Los cuatro bebían cervezas, fumaban algún que otro habano y apostaban pequeñas sumas de dinero.

— Avisame si es la pegajosa de Martina, así vengo tarde — dijo Eric mientras le daba un trago a su vaso de Coca-Cola helada. Martina, enfermera del Hospital, estaba obsesionada con Eric, siempre intentando llamar su atención. Tuvo que pedir que la transfirieran a otro piso porque lo atosigaba constantemente.

Riendo, Santino le aclaró que no se trataba de Martina sino, de una de las compañeras de salsa de las chicas. Una que no conocían, porque hacía poco que eran amigas y que tenía nombre de ciudad europea.

— ¿No me digas que Sofía es amiga de Paris Hilton? — Preguntó Eric irónico.

— No, chistoso. Es otra capital europea, pero en este momento no me acuerdo cuál.

— Lo bueno es que estamos a miércoles, tenés hasta el jueves para acordarte el nombre de la chica — respondió sonriendo Eric, y se levantó del sillón para sacar su celular que había comenzado a vibrar.

— Luquitas — Sabía que su amigo detestaba que lo llamaran con diminutivo, solo su abuela y las abuelas de los chicos tenían permitido hacerlo.

— Eriquito — Respondió del otro lado del teléfono, Lucas, en su mejor tono de imitación de su abuela

— ¿Dónde estás?

— En casa de Santino ¿Por? — Preocupado, Eric, se levantó del sillón rogando para sus adentros de que no se tratara de ninguna emergencia. Santino, se enderezó temiendo lo mismo que su amigo.

— Te están buscando por todas partes. Tenés que venir urgente al hospital, tu papá quiere hacer un anuncio importante, decíle a Santino que también esto le incumbe — finalizó Lucas.

— Okay, ya vamos para allá .

Eric, cortó la llamada más relajado. Se trataba de asuntos administrativos y no de una emergencia.

— Tenemos que ir al Hospital, mi viejo quiere hacer un anuncio importante y nos quiere ahí — Le informó a Santino.

— ¿Anuncio importante? ¿Ahora le dice así a los cambios de horarios de las guardias? — Preguntó extrañado, mientras agarraba las llaves del auto.

— Al parecer, porque no notaba preocupación en Lucas.

Salieron departamento y se dirigieron al hospital, cada uno en su auto. Santino en su Fiat Punto negro, mientras que Eric iba en su Audi A8 de doce cilindros, negro con los vidrios polarizados. Leyéndose el pensamiento, no tomaron el camino acostumbrado para ir al Hospital, sino que desviaron su ruta para pasar por el frente de la librería. Pero aquella muchacha no estaba al alcance de la vista, fijando su vista al frente una vez más, agradecía ir solo en el auto para mostrar abiertamente esa pequeña decepción de no haberla visto. No sabía que le sucedía, ni de dónde provenía ese sentimiento. No alcanzaba a comprender qué le estaba pasando, solo sabía que tenía la imperiosa necesidad de verla otra vez.

Durante los diez minutos que duraba el viaje desde el departamento de Santino al Hospital, Eric, continuó pensando en ella y en buscar la manera de que sus caminos se vuelvieran a cruzar. De ser necesario, iba a ir todos los días a lo de Santino, a la misma hora, para chocar su camino con el de ella. El pensamiento, le provocó risa. Nunca había tenido que cambiar su rutina diaria para volver a ver a una chica. Lo que más hacía sentirlo un idiota, era la idea de que ella ni siquiera se acordaría de él.

Llegaron al Hospital, entraron a la playa de estacionamiento, dónde cada uno tenía su lugar reservado. Era una bendición para ellos el no tener que luchar en conseguir un espacio para dejar sus coches, sin tener que pagar una fortuna. Esa pequeña ventaja que le daba ser el hijo del dueño del hospital, y sus amigos también gozaban de los beneficios. Subieron al ascensor, ubicado a pocos metros de donde dejaron los autos estacionados, y presionaron el botón al piso siete. En el quinto piso el ascensor se detuvo y abrió sus puertas, dándole paso a una enfermera. Enfermera que Eric detestaba desde lo más profundo de su ser, más que detestarla, le daba repulsión. Martina Sánchez entró en el ascensor, con su habitual contoneo de caderas, su pelo teñido de colorado peinado en un rodete tirante, su empalagoso perfume y sus insinuantes ojos celestes. A decir verdad, el color de sus ojos era marrón y utilizaba lentes de contacto que no la favorecían en absoluto.

—Buenas tardes, Doctores— saludó, con su melosa voz.

Santino se limitó a asentir con su cabeza, en señal de respuesta al saludo, mientras que Eric ni se molestó en mirarla. Algo que hizo que ella estallara por dentro, detestaba el gesto de hastío que él hacía cada vez que ella le dirigía la palabra. Sabía que ella era hermosa, cada vez que se miraba en el espejo, Martina, no se encontraba defectos. Con un cuerpo que cualquier mujer mataría por tener, de grandes pechos – artificiales, pero lo que contaba era el tamaño- cintura muy estrecha y a pesar de no tener cola muy respingona, no estaba mal. Ella lo había perseguido a sol y sombra, hasta llegó a meterse en su consultorio totalmente desnuda y él solo se la había sacado de encima, ella había pensado que tenía que ser homosexual para rechazarla. Pero cuando le preguntó, él solo se limitó a mirarla con sus ojos cargados de impaciencia y a decirle: “No, no soy gay. Pero las tipas como vos no me van”. Fue el último cruce de palabras que tuvieron, ahora solo quedan los cordiales saludos, que él ni se molesta en responderle. Ese día, fue el último que trabajó en urgencias. A la mañana siguiente, fue transferida a Hemodiálisis. De eso habían transcurrido tres meses, noventa días en los cuales Martina, seguía devanándose los sesos intento descifrar a qué había hecho referencia con eso de “las tipas como vos”.

Solo quedaba una explicación y era por demás imposible, nadie conocía su oscuro secreto.

El ascenso de los dos restantes pisos que faltaban para llegar, a Eric, se le hicieron eternos. Se sentía sofocado con el empalagoso perfume de Martina, de hecho su sola presencia lo sofocaba. Tan solo recordar lo que ella había hecho apenas había ingresado en el hospital a trabajar, le daba impotencia e ira, esa mujer era una trepadora como no había podido meterse a la bragueta del director del hospital, se fue con el jefe de área de radiología y después quiso meterse en la cama de él; por esa razón le daba asco.

Cuando el ascensor se detuvo en el ansiado séptimo piso, sintió que los pulmones se le volvían a llenar de oxígeno. Las puertas se abrieron, y se encaminaron a donde se encontraba la sala de juntas.

La sala de juntas, era un despacho con dos paredes en color durazno y dos ventanales esmerilados enormes. Contaba con una mesa de roble ovalada con capacidad para doce personas, con sillas de oficina en color negro, el piso de parquet Guatambú y un par de obras de arte colgadas en las paredes, completaban la estampa del lugar. Eric y Santino entraron después de cederle el paso a Martina, la caballerosidad era primordial para ellos, se ubicaron junto a Lucas. El padre de Eric, dueño y director del Hospital, se hallaba con el semblante risueño. El Doctor Tristán Carson, saludó a su hijo y a su hijo postizo, con una leve inclinación de cabeza.

—Bien, ahora que estamos todos, puedo comenzar a informarles los cambios que a partir de ahora van a regir en el Hospital — dijo el Dr. Carson, alzando la voz por encima del murmullo en la sala obligando a todos a guardar silencio y a prestar atención. — Como bien saben—continuó,— el Hospital ha estado en construcción de una nueva ala, destinada a la atención psiquiátrica, la obra ya ha finalizado — Todos comenzaron a aplaudir, Carson padre, volvió a pedir silencio. — Me complace anunciarles — retomó — al nuevo miembro de este hospital, me costó mucha saliva convencerlo del puesto, pero gracias a Dios recapacitó y aceptó — esbozando una sonrisa, anunció:— Señoras y señores, les presento a Marcos Gonzáles, nuevo director del ala Psiquiátrica del Hospital Carson.

Mientras Marcos emergía de la multitud, saludando y recibiendo las felicitaciones de sus nuevos compañeros de trabajo, los tres amigos quedaron pasmados ante la noticia porque Marcos nunca había dicho ni una palabra de que había alguna remota posibilidad a trabajar en la nueva ala de Psiquiatría, y menos que menos ser el Director de la misma. Los tres amigos, saludaron a Marcos con efusivas palmadas en la espalda y algunos reproches, por mantener oculta la noticia de que iba a trabajar con ellos.

Una vez más, como en la universidad, estaban los cuatro juntos. Se dirigieron al consultorio de Eric, para conversar y organizar para hacer un pequeño festejo esa misma noche.

El consultorio de Eric era muy sencillo, de paredes blancas, escritorio de roble, sillones de escritorio revestidos en cuero negro y una camilla. Una vez que entraron el despacho y cerraron la puerta, los cuatro amigos se pusieron cómodos. Eric, se sentó en el escritorio en la parte que daba al público, Lucas en uno de los sillones de escritorio, mientras que Marcos y Santino se sentaron en la camilla.

— ¿Por qué nunca nos contaste que mi viejo te estaba reclutando?

— Porque sabía que si lo hacía me iban a presionar— se defendió.

— ¿Qué te hizo aceptar? — Preguntó Lucas. Sin duda, esa pregunta era la clave para entender la decisión de su amigo. Sabían que era un hueso duro de roer, y cuando no quería aceptar algo no había manera de hacerlo cambiar de opinión.

Marcos, agachó la cabeza y la volvió a levantar. Respiró hondo y enfrentó a sus amigos, que lo miraban expectantes.

— Me voy a casar — Su miedo era que sus amigos le reprocharan este gran paso que estaba por dar. Le había pedido a Brenda casamiento, el fin de semana pasado. Necesitaba asegurarse un buen trabajo y aunque ganaba bien en su consultorio privado, no le era suficiente para planear un futuro con hijos y darles un muy buen pasar económico. El Carson no sólo le ofrecía eso, sino que además él iba a ser su

propio jefe en uno de los Hospitales más privilegiados del país, con horarios flexibles y no escalvizantes como en su consultorio. Iba a poder ser padre presente y un buen marido. Amaba a Brenda con locura, ella, su novia desde su primer año en la universidad. Desde el día en que la vio, en una mesita de la ciudad Universitaria, leyendo a Freud con su café ya frío. Con su pelo que le llegaba a los hombros, abrigada como para cruzar el polo Norte, su blanca piel se enrojecía en las mejillas y en la nariz. Tan concentrada estaba en la lectura, que no se daba cuenta de que su café hacía rato había dejado de estar caliente, se dio coraje para salir de la fotocopidora, acercarse a ella e invitarla con otro café. Hasta el día de hoy no sabía qué fue lo que lo llevó a ir a esa fotocopidora ubicada en frente del bar de la Universidad, aquella fría mañana de Agosto, no sabía cuál fue el impulso que lo obligó a cambiar su camino habitual, pero lo agradecía desde lo más profundo de su ser, porque conoció a su primer y único amor, a ella, que le adivinaba los pensamientos y con quien podía mostrarse tal cual era, sin máscaras, se sentía tan cómodo con ella como con los chicos. No cabía duda, era ella, era la mujer de su vida, con quien se veía envejeciendo. Era ella la que le iba a dar el maravilloso milagro de ser padre, y a la única que se imaginaba como madre de sus hijos.

La noticia los tomó desprevenidos y se quedaron en silencio unos segundos antes de poder reaccionar. Cada uno cavilando su propia situación. Lucas, pensando que Mar iba a empezar con las indirectas sobre el matrimonio. Santino, que sabía que para Sofía el hecho de convivir era un gran paso y por el momento se conformaba, pero seguía soñando con el vestido blanco y la gran fiesta. Eric, por una fracción de segundos volvió a revivir el momento en el que él también había decidido casarse, error que casi le costó la vida. Decidido a dejar esos pensamientos de lado, ya que Brenda no era Melania, veía la adoración con la que miraba a su amigo y viceversa.

— ¡Digan algo, por el amor a Cristo! — Exasperado, Marcos, brincó de la camilla y contempló a sus amigos.

— Perdón amigo, estábamos pensando en la despedida de soltero — se excusó Eric, se levantó para darle un abrazo con palmadas en la espalda y expresarle sus más sinceras felicitaciones. Lucas y Santino imitaron a Eric, y la pequeña tensión que se había formado en el ambiente se esfumó, llenándose el espacio de risas y bromas.

Más relajado, Marcos, los invitó a una salida de siete, para festejar el nombramiento, su compromiso y próximo casamiento.

— Las buscamos a las chicas en su clase de salsa y nos vamos directo a tomar algo — Propuso Marcos, todos aceptaron, aunque Eric no tenía novia, los acompañaría de igual modo.

— ¿Alguno se acuerda de qué capital europea, tiene el nombre la amiga de las chicas? — Santino, seguía dándole vueltas al asunto.

— ¿Otra vez con lo de Paris Hilton? — Sarcástico, Eric, revoleó los ojos y se cruzó de brazos.

— No, no es París. Es Roma — corrigió Lucas.

— ¡Esa, esa era la capital! — asintió Santino.

— Según me cuenta Brenda, es una divina, pero con un carácter tremendo. De esas que son rápidas retrucando.

— Igual que tu “Dama misteriosa”, Eric.

Ante esa referencia, Eric, pensó que iba a estrangular a Santino. No quería hablar de ella todavía.

Marcos y Lucas, lo observaban con los ojos abiertos y esperando una explicación. Ante el mutismo de su amigo, Santino, decidió intervenir y relatar lo que Eric, le había contado más temprano.

— ¡¿La seguiste?! — Exclamaron al unísono Marcos y Lucas, los tomaba por sorpresa esa actitud de espía de Eric, y más que tuviera que seguir a una mujer, cuando de todos, era al que más hostigaban las féminas.

—No... sí... No... Bueno, sí, técnicamente creo que si es seguir — dijo mientras se bajaba del escritorio, daba media vuelta alrededor y se disponía a abrir los cajones, buscando la excusa que lo

ayudara a evadir el tiroteo de preguntas al que lo iban a someter sus amigos.

— ¿Desde cuándo andas jugando a ser James Bond? — le increpó Marcos. Eric, sólo se encogió de hombros y guardó silencio.

— Lo que más me llama la atención es que vos, justamente vos, andes persiguiendo mujeres — bromeó Marcos.

— Con respecto a lo que me impulsó, no sé bien como definirlo. Solo sé que sentí el impulso de ver a dónde se dirigía y de volver a verla. Nada más.

Con esto, Eric, dio por concluido el tema y se fue, azotando la puerta al cerrarla. Dejando a sus amigos anonadados por su conducta; no solo con lo de esa mañana, si no, con el que mostró ahora.

— Menos mal que ahora tiene a un psiquiatra cerca — comentó Lucas, con la mirada clavada en la puerta por donde había desaparecido su amigo.

Capítulo 2

La jornada laboral de Roma estaba llegando a su fin, con tanto calor no hubo mucho movimiento en la librería. Solo un par de clientes, y el resto del día se la paso ordenando libros, sacudiendo y corroborando que cada género esté en su sección correspondiente. Pero básicamente, todo el santo día estuvo tratando de sobrevivir a las miradas asesinas de Marcela.

Lo que a Roma le molestaba de sobremanera de Marcela, era que además de trabajar medio turno, no hacía nada y se la pasaba revoloteando alrededor de León. No eran celos lo que la impulsaba, si por ella fuera que estuvieran teniendo sus aventuras en el depósito. Lo que le molestaba era que se creía la jefa y se molestaba con ella por el sólo hecho de verlo a León persiguiéndola. Roma se decía que, si ella comprendiera el modus operandi de León, iba a dejar de ser una insufrible. Lo que la alegraba era que faltaban quince minutos para la hora acordada con Jonás. Quince minutos para que su día termine, al menos en la librería. Los quince minutos más eternos, parecen ser siempre los últimos o los más ansiados.

Al fin, el reloj de pared anunciaba las siete y media de la tarde, si bien, la librería cerraba a las ocho de la noche, ella los días que tenía academia de baile, se retiraba media hora antes.

Jonás tocó bocina, anunciando su llegada, Roma se despidió veloz de sus compañeros y salió corriendo al encuentro de su amigo. Subió al auto de Jonás, un Fiat uno, rojo con vidrios polarizados.

—¡Romitaaa! — la saludó efusivo

—Jonás, porfa, la próxima llegá y veinte. Pensé que me iba a morir de aburrimiento

—Veo que tuviste un día calmo. Contame qué hiciste.

— Nada nuevo para variar, bah... Me peleé con alguien en la calle, creo que eso fue lo único interesante — contestó, mientras se cambiaba de ropa en el asiento trasero. En su cartera, llevaba una muda de ropa, los días que tenía clases de baile. Su atuendo consistía de los zapatos de baile, una calza negra y una musculosa blanca.

—Vos y ese carácter, algún día te van a dar un sopapo.

—¡Ja! Que alguien se atreva, y va a experimentar lo que es crecer con un hermano mayor y su grupo de amigos. Te aseguro que de eso no se sale ilesa. Aprendí boxeo con mi hermano y tiro al blanco con el resto — le contó Roma, mientras se cruzaba al asiento delantero, ya cambiada, y se sacaba la hebilla que le sujetaba el pelo, dejándolo caer en una cascada ondulada y negra. Le gustaba bailar con el pelo suelto, se sentía libre.

— ¿Y qué tal estaba el tipo?

Mientras hacía memoria, se le deslizó el fugaz recuerdo de esos ojos verdes, la intensidad con la que esos destellos dorados la penetraron en lo más profundo de sus ser. Recordó detalles que había pasado por alto, como su pelo castaño que lo llevaba largo hasta la base del cuello, otorgándole un aspecto sexy y primitivo.

—Mmmm no estaba mal — fue todo lo que dijo, encogiéndose de hombros.

Los diez minutos restantes de viaje, se la pasaron hablando de la relación de Jonás con Richard. Últimamente, vivían discutiendo. Jonás quería que se fuesen a vivir juntos y él quería seguir viviendo con sus padres. Lo que realmente quería Jonás, era que Richard aceptara que era gay ante su familia, o que por lo menos aceptara que era bisexual. Siempre llegaban a la misma conclusión, Roma decía que le faltaban huevos para afrontar las cosas y Jonás sostenía que no era fácil salir del closet. Como de costumbre, Jonás lo terminaba defendiendo y Roma daba su punto de vista. Sentía impotencia de que su amigo se resignara a mantener una relación con un tipo que no tenía lo que hacía falta para gritarlo a los cuatro vientos, no había excusas.

Llegaron unos minutos antes, lo que les daba tiempo a ponerse al día con las chicas. Su grupo de amigas de baile, estaba integrado por Brenda, Mariela, Sofía y Jonás. Todos tenían varias similitudes en su carácter y eso fue lo que los hizo entablar una amistad. Roma era la única soltera del grupo, no era algo que le pesaba, según sostenía, estaba bien sola. Aunque secretamente anhelaba un pequeño romance, alguien – que no fuera su hermano – que le fuera a buscar a la salida de cada clase de baile, o del trabajo. Que le mandara mensajes o la llamara por teléfono, que la invitara a salir...

—¡¡¡Chicoossss, menos mal que llegan, ya no aguanto más!!! Tengo un notición que contarles — dijo Brenda, mientras corría y saltaba hacia ellos. Roma, supuso que eran los últimos en enterarse ya que Mariela y Sofía venían a su encuentro con una sonrisa enorme y a paso tranquilo. Y antes de que pudieran preguntar lo que pasaba, Brenda tiró la bomba.

— ¡¡¡ME CASO, ME CASO!!!! Marcos, me propuso casamiento el fin de semana

—¡¡¡AHHHHH!!! — gritaron al unísono Roma y Jonás, mientras la abrazaban y saltaban de alegría junto

a la flamante novia.

—Nosotros te regalamos el show de baile — Propuso Jonás, mientras tomaba a Roma de la cintura. Eran la mejor pareja de baile, no sólo en los ritmos latinos, también en tango lograban hacer arder el piso. Eran muy buenos bailarines y eso que eran principiantes. Pero él solía decir “cuando se tiene talento, no importa cuánto lleves tomando clases”

—Absolutamente de acuerdo, compañero. Es más, armemos el show con bachata, una coreo con algo más rápido y después para cerrar una o dos coreos con tango electrónico.

Roma realmente estaba emocionada, amaba los casamientos y más dar un show en uno, en realidad ese iba a ser el primer evento que iba a actuar como animadora de fiestas, a menos que, contarán las infantiles que de vez en cuando ayudaba a animar a Caterina.

—Pero ustedes van de invitados, no de show girls

—Gracias por la integración al género, Brendita, pero tenemos que darte algo alucinante e inolvidable — dando el asunto por cerrado, Jonás se dirigió a la academia

—¡No tan rápido, Fred Aster! — Lo llamó Sofía. — Todavía tenemos algo que proponerles — mientras lo miraba y se cruzaba de brazos, con gesto que no admitía reproche a lo siguiente que iba a decir, esbozó una pequeña sonrisa maléfica y continuó. —Esta noche, salimos a comer y a tomar algo tranquilo para festejar la noticia del casamiento y que Marcos tuvo una muy buena oferta de trabajo. Vienen nuestros novios y un amigo más de ellos, Eric, se llama. Quiero que vengan, sobre todo vos Roma.

Roma no sabía que decir, no quería ninguna especie de cita a ciegas, era cierto que hacía mucho que no salía a tomar algo a mitad de semana, al día siguiente trabajaba, pero si volvía en taxi temprano, o por lo menos a media noche, podía dormir hasta las ocho de la mañana, bañarse e ir a trabajar.

—No traje ropa para cambiarme — se excusó.

—Simple, te vuelves a poner las chatitas y estas lista. No tenés pretextos, vas sí o sí.

Definitivamente, Roma, detestaba el sentido práctico de Mariela.

—Esta noche no puedo, viene Richie a casa— se excusó Jonás.

—¡¡¡Ay Jonáaaas!!! No me podes dejar sola en esto ¿qué voy a hacer SOLA en una salida de parejas con un tipo que ni conozco?

— ¿Socializar? — preguntó irónico, dando por zanjado el asunto.

Sofía, Mariela y Brenda se miraban de manera cómplice. Habían estado organizando ese encuentro desde que se enteraron de que Roma era soltera, pero siempre que la invitaban sucedía algo que impedía el encuentro. Eric con alguna operación de último momento, Roma con pretextos baratos. Ésta era la oportunidad que tanto estaban buscando para presentarlos. Estaban seguras de que harían una pareja con mucha química. Los dos eran de caracteres fuertes y utilizaban mucho el sarcasmo. Contaban los minutos para ver los duelos verbales que podrían batallar esos dos.

—No se diga más, esta noche, salida de ocho — dijo Sofía, mientras pasaba por el lado de una abatida Roma, y se iba contoneándose hacia la puerta de entrada del salón donde se dictaban las clases de baile.

Ingresaron los cinco, y se ubicaron en sus posiciones correspondientes. El salón era lo bastante grande, y lo que Roma más amaba era el enorme espejo, tenía cierta fascinación por los espejos. De paredes color pastel, luces de colores y pisos de símil mármol pulido, revestían el salón de baile.

La clase de los miércoles era dedicada a la bachata. Había muchos a los que les costaba enganchar el ritmo lento con los pasos y los pases de la salsa combinados con la lambada, Mariela, era una de ellas.

Por lo general, la que siempre la ayudaba y la guiaba era Roma. Por esa razón era que Lucas, se acordaba de ella. Además de haberla acercado un par de veces hasta la casa cuando el hermano de ella se demoraba o no podía ir a buscarla. No podía permitir que ella se fuese sola a casa a las diez de la noche, en un taxi, era algo inadmisiblesiendo que él la podía llevar y de paso evaluarla como candidata para su amigo. Lucas estaba al tanto de lo que su novia y las chicas planeaban, cuando la vio por primera vez dedujo que era imposible que a Eric le gustara, era bajita. A Eric le fascinaban las modelos raquídeas, de largas e interminables piernas y de busto de dudosa presencia en el corpiño. Pero fue escucharla hablar, con firmeza y seguridad, con rapidez e inteligencia que no tuvo dudas, no había nada que no apreciara Eric que la inteligencia en una mujer, eso sin duda era lo que más le seducía. Por eso accedió a secundar la ocurrencia de su novia.

Mientras Roma bailaba y contoneaba las caderas, llevada a la perfección por Jonás, era totalmente ajena a la mirada que la estaba horadando, casi incrédula y bastante furiosa por verla agarrada por un tipo.

Eric, estaba sorprendido de volverse a encontrar a ese pequeño terremoto que casi lo llevaba puesto esa misma mañana.

Cuando aceptó ir a cenar algo con sus amigos y respectivas novias, e ir a buscarlas para no perder tiempo, jamás pensó que la iba a volver a ver ese mismo día.

No se negaba que la había mentado un par de veces más, después de retirarse furioso y confundido de su oficina. Se había dirigido al despacho de su padre, donde se puso al tanto de los nuevos horarios de las guardias. Ahora él trabajaba diurnamente los días lunes, miércoles y viernes. Mientras que los martes y jueves, hacía guardia nocturna; y los fines de semana, le tocaban guardias pasivas. Es decir, en caso de algún grave accidente y no dar con el otro Neurocirujano o quedarse sin cirujanos, lo llamaban a él. Había salido del despacho de su padre y había ido al bar del hospital, rogando no encontrarse con ninguno de sus amigos, no estaba de humor para soportar el atolladero de preguntas, no quería que siguieran indagando y más que empezaran hacer suposiciones de algo que ni él estaba seguro. A lo mejor, meditó, el calor y la sed que tenía en el momento lo hicieron tener alucinaciones. Se dijo que ese era el pretexto más estúpido que un médico con especialización en Neurocirugía y graduado con honores, de treinta años, podía inventarse. Volvió a su despacho, no sin antes comprobar donde estaban cada uno de sus amigos, se dijo que estaba teniendo comportamientos bastante infantiloides y que en cualquier momento Marcos, iba a tomar cartas en el asunto y a darle un tratamiento de electro shock, aunque eso no era algo que se siguiera practicando. Se pasó el día dando vueltas por terapia intensiva, controlando a los enfermos y dando partes a los parientes.

Cuando su turno termino, ya casi cayendo el atardecer, a eso de las ocho de la noche, se dirigió a su casa, se dio una ducha rápida; más que nada, para sacarse el olor a hospital. Se puso sus mejores jeans azules, una remera blanca y sus zapatillas de vestir. Se perfumó con generosidad y se dirigió, donde le indicaron sus amigos que se iban a juntar, en la academia de baile donde asistían sus novias. Había estacionado apenas dos segundos antes que llegaran los otros. Descendió del auto y se dispuso a esperar, apoyado en el capó del auto con los brazos cruzados, cuando se dignó a mirar en dirección al salón y la vio. Bailaba a la perfección y el imbécil que la guiaba, también.

<< ¿De dónde sale este calor que me recorre la sangre por verla bailar y coquetear con otro? >> se preguntó. Sabía que era una locura, no podía sentir esa molestia, no tenía ningún derecho si solo se habían cruzado esa esa mañana y el encuentro fue un choque y una pequeña discusión. Aunque admitía que, esa pequeño interludio fue como un shock de energía.

Santino, Lucas y Marcos se acercaron a saludarlo. En ningún momento mencionaron lo sucedido al

mediodía. Estaban viendo que eran las nueve y media de la noche, aún faltaba media hora para que la clase acabara y se pusieron a hablar de qué tipo de decoración iba a utilizar Marcos para su despacho.

— ¿Por qué tenes esa cara de asesino, Eric? — Preguntó Santino

—Es ella — señalando con el dedo índice hacia la muchacha que bailaba como una profesional, Eric, sentía que volvía a hablar de más.

— ¿Qué pasa con Roma? — Lucas no entendía a lo que hacía referencia su amigo

— ¡¡¡No jodas!!! — exclamó Marcos, entendiendo a lo que se refería su amigo con eso de “es ella”

— Ella ¿qué? — se exasperó Lucas

— ¡Por Dios! Qué lento que sos, Lucas Lavarano, ella es con la que Eric se tropezó esta mañana — le explicó Santino

— ¿Roma?

—Al parecer, así se llama. Pero por lo visto, tiene novio — sonriendo con maldad, Eric, meditó la manera de conquistarla y demostrarle que el imbécil ese era una pusilánime a su lado.

— Si lo decís por el tipo que baila con ella, te aseguro que tenes más probabilidades vos de que te de pelota que ella — le comentó Marcos, mientras inútilmente intentaba sofocar una carcajada. El semblante de Eric se relajó de sobremanera y no pasó desapercibido el suspiro de alivio que exhortó desde lo más profundo de su pecho

— ¿Se puede saber que es lo gracioso? — Eric no entendía de qué se reían sus amigos.

— Vos, de James Bond a asesino serial, y todo en un mismo día y por una misma mujer — explicó Marcos, intentando recuperar el aire.

Eric no dijo nada, simplemente fulminó con la mirada a sus amigos y chasqueando la lengua se dispuso a acercarse un poco más al ventanal para verla bailar. Se notaba que disfrutaba bailando, veía el brillo en sus ojos y su deslumbrante sonrisa de perfectos y perlados dientes. Discretamente, se volvió al lugar de donde se había alejado mientras se percataba de cómo lo observaban sus amigos, que seguían con las miradas cargadas de risas.

Roma terminó la coreografía y se dirigió hacia su cartera a buscar su teléfono, se fijó la hora, diez menos cuarto de la noche, tan solo quince minutos quedaba para finalizar la clase, deseó que fueran eternos. Buscó el número de su hermano en el directorio de contactos de su móvil y apretó la tecla de llamada, al tercer timbre un ofuscado Pietro respondió.

—Hermanito, era para decirte que hoy no me vengas a buscar

— ¿Por qué?

—Porque me voy a tomar algo con las chicas de salsa y no te voy a hacer ir a buscarme. Me vuelvo en taxi.

— ¿Vos querés que el pa me corte las pelotas, no? — del otro lado de la línea, Pietro se restregaba los ojos y sonreía cansado. Acababa de terminar su relación con Lucía, su novia desde la secundaria y el trámite no fue tan fácil como pensó.

—No seas exagerado, ya llamo a casa y explico el porqué de mi llegada a deshora.

—Oka, nos vemos en casa — y así sin más, Pietro le cortó el teléfono. Desconcertada Roma, marcó el

número de su casa. Agradeció que su madre fuera quien atendiera el teléfono, eso significaba que la llamada iba a ser breve, Magdalena se las arreglaría para calmar a Giulio y que no la llamara para hacer una investigación minuciosa sobre con quién y a dónde se iba.

—Entonces tu hermano se viene para casa —supuso Magdalena

—No se ma, creo que estaba discutiendo con la idiota de Lucía.

Roma, no podía evitar destilar veneno contra la novia de su hermano. Ellas habían sido compañeras de secundario, Lucía era la típica chica popular y hermosa, algo que Roma nunca fue. El grupo de amigas de Roma del secundario habían sido Ángela, María, Caterina y Josefina. Juntas las cinco eran inseparables, como eran vecinas estaban todo el día juntas, organizaban la semana para ir a casa de cada una a almorzar y quedarse hasta la hora de la cena. Estudiaban juntas y se contaban absolutamente todo. Eso, sin contar que sus hermanos eran amigos, eran un grupo increíble. Hasta que las hormonas empezaron a revolucionarse, Roma se enamoró de Estéfano, el hermano de Ángela, pero éste solo parecía mirarla como a su hermanita y el amor del hermano de su mejor amiga, fue a parar a la mejor amiga de Lucía, cómplice de las maldades que solían hacerle a Roma, Elsa. Roma no demostraba amabilidad hacia ninguna de ellas, motivo por el cual discutía constantemente con su hermano. A Lucía y a Elsa las dejaba como idiotas, siempre que podía, delante de los chicos. El sarcasmo siempre fue su mejor arma. Hasta que Lucía encontró su diario íntimo y descubrió lo que sentía por Estéfano. El día que lo sacaron a la luz, Roma, creyó morir. Pero sacó fuerzas y enfrentó a su hermano y amigos, con el apoyo de sus compinches y confesó que, alguna vez le pasaron cosas con Estéfano, pero que eso ya era harina de otro costal, explicó que había madurado y que era normal sentirse atraída por alguien. Para sus adentros agradeció que el diario no estuviera fechado, así que, alegó que era cosa de cuando ella tenía doce años, que tres años hacían mucha mella en los sentimientos de una persona. Durante mucho tiempo, Estéfano, no supo cómo tratarla, hasta que ella le aclaró que ya no sentía nada por él, que no se preocupara y continuaron como si nada. Aunque Roma, lo amó mucho tiempo en secreto. Pasaron los años, Roma sufrió transformaciones en su cuerpo, pérdida de peso, le aparecieron pechos y sus nalgas eran un sueño. Fue entonces cuando Estéfano comenzó a mostrarle interés, pero para Roma ya era tarde, y desde entonces existía entre ellos un pequeño histeriqueo. Realmente, ella, disfrutaba volviéndolo loco.

— ¿Cómo sabes que estaban discutiendo?

—Conozco a mi hermano, ma. Y ya, deja de preguntarme que me tengo que ir, besos. Te quiero

—Besos, hijita. Cuídate, ¿si?

—Sí— cortando el teléfono y exhalando un pequeño suspiro, Roma se volvió hacia el ventanal y lo vio.

El corazón se le detuvo y de nuevo ese temblor le recorrió el cuerpo, solo que esta vez con mayor intensidad. Un calor indescriptible y un pequeño sentimiento alegría le recorrieron las entrañas. Lo admiró abiertamente y se asombró de esa masculinidad que emanaba desde su postura relajada, mientras se apoyaba en el capó del auto, con las piernas separadas y los brazos cruzados. ¿Habría venido a buscar a su novia? Se preguntaba, mientras observaba a sus compañeras y buscaba a la dueña de semejante hombre. Volvió la vista hacia el desconocido y se percató de que estaba hablando con tres tipos más, pero éstos estaban de espaldas. De seguro buscaban a sus chicas, un pequeño aguijón de envidia le recorrió el cuerpo, y dando media vuelta con su mejor sonrisa impostada volvió con el grupo.

— ¿Todo bien? — Jonás, se dio cuenta de la pequeña sombra que opacaba la mirada de Roma

—Sí, todo bárbaro ¿Vamos?

—Faltan cinco minutos, te da el tiempo justo para hacernos la demostración con Jonás de la coreografía, en tiempo real.

Brenda, tenía algunos problemitas con la coreografía e insistía en que si la veía en tiempo real iba a mejorar.

Sin necesidad de que se lo pidieran dos veces, Roma se dejó conducir por Jonás. Si había algo en la tierra que la liberaba, además de la lectura, era bailar. Volvieron a marcar la coreografía, y dieron por finalizado el ensayo del día.

Fue a buscar sus cosas, se perfumó un poco y se acomodó el pelo en un rodete.

—Está afuera — le dijo a Jonás, cuando éste se acercó a buscar su bolso.

— ¿Quién?

—El tipo con el que tuve el pequeño altercado esta mañana.

Intentaba mantener la calma, pero la verdad es que la asustaba salir de la academia. Sabía que él no la iba a lastimar, al menos no físicamente, pero había algo más de trasfondo que no lograba descifrar y que la hacían querer correr en dirección opuesta para salvar su vida.

—A ver, a ver... ¿Cuál es? — preguntó mientras miraba disimuladamente por la ventana.

—El grandote, apoyado en el Audi A8 negro de vidrios polarizados.

—¡¡¡¡Pooor Dolce & Gabanna!!! Decime tu hoja de ruta, así me tropiezo con semejante espécimen masculino

— ¿Qué pasó? — pregunto intrigada y risueña, Sofía.

—Estoy admirando la piedra preciosa con la que Romita se tropezó esta mañana

— ¿Ah?

— Ves al potro que está apoyando esas codiciadas nalgas en el Audi... uhh ¿qué Audi dijiste que era, Roma?

—A8 negro, doce cilindros y vidrios polarizados — respondió con un suspiro.

—Bueno, ese— retomó Jonás — y la muy suertuda de Casalegno se tropezó con él esta mañana — dijo Jonás y empezó a relatarles lo que Roma, le había contado apenas un par de horas antes de llegar.

Sofía se empezó a reír a carcajadas y entre espasmos de aire les iba contando a las otras dos lo sucedido.

— ¿El chiste es...? —se impacientó Roma

—La piedra con la que te tropezaste esta mañana, querida mía, es Eric— le explicó Mariela.

Roma sintió que el piso se le sacudía, que todo líquido del cuerpo se bajaban a sus pies y le impedía el movimiento.

—¡¡Mierda!! — Fue todo lo que dijo antes de colgarse la cartera y encaminarse, junto con las chicas, hacia el grupo que las esperaba afuera.

Si alguna se le pasó por la cabeza de que Roma iba a echarse atrás, se equivocaron. Con la sonrisa enorme que la caracterizaba, llegó junto con ellas y saludó a todos. Intentando fingir que no conocía a Eric, lo saludó con una inclinación de cabeza cuando se lo presentaron.

Eric se preguntaba por qué demonios, justo a él, no lo saludaba con el tradicional choque de mejillas. Se había dado cuenta de que ella lo había reconocido y que estaba fingiendo no acordarse; una masculina satisfacción lo atravesó. Su plan, era lograr que fuera con él en su auto y sacar a colación lo sucedido esa misma mañana.

Roma no se explicaba en qué momento se subió aquel Audi, solo que todo fue una nebulosa y que sus amigas habían ido cada una con su novio, quedando ellos dos contemplándose. Actuando rápido, Eric, había abierto la puerta del acompañante y esperó hasta que ella subiera para cerrarla. El silencio se tornó bastante incómodo, Roma no quería hablar, no quería ni siquiera mirarlo. Bastante perturbada estaba con solo sentir que respiraba a su lado. Tenía un magnetismo inexplicable, de cada poro de su piel podía ver como emanaba la testosterona. Ella intentaba fingir que iba en taxi, solo que sentada en el asiento delantero y en un auto de en sueños. Miraba por la ventanilla e intentaba concentrarse en el día siguiente, pero le era imposible. Le resultaba caótico ignorar al hombre que tenía sentado a su lado.

Eric la observaba de reojo, disfrutando de su mutismo. Sabía que estaba incómoda, podía notar la tensión que le recorría el cuerpo. Estaba tan rígida, que temía que su espalda se le rompiera si agarraba un bache en la calle. Se dijo que ya era suficiente de esa actuación infantil de fingir que ésa era la primera vez que se veían.

—Deberíamos dejar de fingir que ésta es la primera vez que nos vemos. Escuchar su voz gutural endulzada de amabilidad, provocó que las piernas de Roma temblaran.

—No sé a qué te referís — respondió sin quitar la vista de la ventanilla. Eric sonrió, realmente este era un juego bastante divertido.

—Hablo de que esta mañana casi me llevás por delante, como mínimo esperaba una disculpa de tu parte —. Sabía que estaba aguijoneándola, pero realmente disfrutó volver a ver a esa pequeña guerrera levantar las lanzas de combate.

Roma se olvidó de cualquier temblor y de cualquier inhibición, se irguió en el asiento y lo fulminó con la mirada.

— Me venías viendo, sabiendo que estaba distraída, decidiste interponerte en mi camino — suavizando un poco el tono, encogiéndose de hombros y volviendo la cabeza a la ventanilla, prosiguió. — No es mi culpa que no te hayas querido hacer a un lado.

Eric observó la satisfacción de haberlo dejado callado una vez más y algo en él se encendió, nunca le gusto que otro que no fuera él se quedara con la última palabra y volvió al ataque.

—Sí, es mi culpa. Por no mirar hacia abajo al caminar.

Algo muy parecido a la incredulidad y a la indignación creció en lo más profundo del pecho de Roma.

Eric, creyó que le había ganado la partida. Lo que en realidad sucedía era que Roma, estaba contando mentalmente hasta un millón para no romperle la nariz.

— ¿No te enseñó tu mamá a no ser desagradable con las féminas?

—Con las de altura normal, sí.

—Imbécil.

—Nunca una “fémina” me dijo “imbécil”.

—Eso es porque las de altura normal no lo dicen tan abiertamente. En cambio, las que no somos de altura normal, somos más directas.

—Touché — Respondió con una sonrisa ladeada. Roma se limitó a sacarle la lengua y a hacerle burla. No sabía por qué, pero le gustaba ese gesto infantil de ella. Sonrió abiertamente y Roma pensó que se iba a derretir en el asiento. Sintió el impulso de pasarle los dedos por su pelo, de acariciarle el cuello, de sentir la textura rasposa de esa barbita rala en la palma de su mano, en la base de su cuello. Se obligó a

dejar esos pensamientos de lado y sobre todo a dejar de mirarlo. Eric, se dio cuenta que ella desvió la mirada, incómoda, y deseó tener el poder de leer la mente para saber qué pensamientos le cruzaban por la mente.

A lo lejos, envuelto en la oscuridad, los observó partir. La brasa del cigarrillo apenas iluminaba sus facciones entre calada y calada.

Le dio el último beso al filtro y dejó caer el ya consumido cigarrillo, aplastándolo con la zapatilla para apagarlo por completo. Exhaló el humo y arrancó su moto.

—Todavía no es tiempo— le susurró a la noche y aceleró en dirección opuesta.

Capítulo 3

Cuando llegaron, Roma, se bajó rápido del auto. Cortando el intento de Eric de abrirle la puerta para que ella descendiera. Agradeció que no azotara la puerta del coche, cerrándola respetuosamente. Se percató la forma en la que ella se había sacudido los pies antes de subir y había observado de manera

furtiva los controles. Estuvo a punto de preguntar si entendía de autos, pero encontraba ese silencio confortable. Intentaba permanecer relajado y hacerse dueño de la situación, pero ella lo ponía nervioso. Algo en esos ojos negros, que le daban la sensación de horadarle el alma y no estaba listo para mostrarse de esa forma ante nadie.

Como fueron los primeros en conseguir lugar para estacionar, continuaban solos. Al estar al aire libre, Roma, de cierta manera se sentía más segura que en el interior del auto que, de alguna extraña manera, lo encontraba más pequeño en presencia de Eric. Roma había formulado al respecto dos teorías: la primera era que él era colosalmente enorme y por ese motivo, se sentía arrinconada. La segunda teoría abarcaba el aspecto físico de Eric y su personalidad envolvente y avasallante.

—Vamos a buscar una mesa —. La afirmación la sacó de sus pensamientos. Asintiendo, pasó por delante de Eric, no siendo consciente de la maravillosa vista que le estaba dando.

El lugar era uno de los más populares de la zona, con la ambientación en ladrillos vistos y luces dicróicas, sillones blancos y mesitas bajas en su interior. Mientras que afuera, las mesas eran de madera con las sillas del mismo material y tapizadas en cuerina blanca.

— ¿Preferís adentro con aire acondicionado o afuera? — Preguntó Eric, clavando sus ojos en ella.

—No se... lo que elija la... la mayoría... para mi está bien— titubieó. La mirada de Eric la había puesto nerviosa y de alguna manera el aire no le entraba en los pulmones y la lengua se le adormecía, imposibilitándole el habla.

—Te estoy dando a elegir a vos, Roma—. La forma en la que pronunció su nombre, la forma en que su mirada se entrelazó con la suya, fue mágica. Tras un breve silencio, preguntó sensualmente: —¿Dónde vas a estar más cómoda adentro o afuera?

Quería responderle que ella iba a estar cómoda en cualquier lugar lejos de él, que era su presencia lo que la ponía incómoda. Era su intensa mirada, su perfume que la estaba volviendo loca. El calor de su cuerpo, absolutamente todo él era el problema.

—Adentro — se decidió, rogando que la mayoría también les agradara estar en un ambiente medio cerrado, con aire acondicionado y con la música algo elevada.

—Muy bien— cediéndole el paso, y colocándole su mano en la parte baja de su cintura, la guio por medio de las mesas hasta dar con una de las mozas, quien además de comerse con la mirada a Eric, los ubico en una mesa para ocho.

Roma, al sentir que la mano de Eric se apoyaba en la parte baja de su cintura, casi tropieza. Se maldijo en mil idiomas diferentes, por ser tan idiota. Era una mujer de veinticuatro años, solo a dos capítulos de finalizar su tesis para recibirse. Había visto a su ex copulando con una de las modelos más bellas de un programa de tv., y sin embargo con una frialdad temible lo había dejado. No podía ponerse como una puberta con esa nimiedad de la mano del tipo más sexy que recordaba haber visto nunca, apoyada en la parte baja de su cintura ¿o sí?

Se sentaron enfrentados en la mesa que les indicó la mesera, Eric, caballero de pies a cabeza, le corrió la silla y se la empujó cuando ella se sentó. Quedando a la altura de su cuello, le susurró, de manera sensual, al oído:

—Me encanta tu perfume.

El aliento de Eric contra su piel y el sutil contacto de su nariz, fue una descarga eléctrica que le puso la mente en blanco, erizándole la piel y poniendo su corazón a todo galope. Eric, con su sonrisa de satisfacción se alejó y acomodándose en la silla de enfrente, la observó.

—Nunca había venido antes acá ¿Vos?

Era sutil el intento de sacar un tema de conversación, era raro de que no hablara atropelladamente de cosas inconexas, que era lo que normalmente hacía cuando estaba nerviosa. Y estaba muy nerviosa. <<Tal vez, estoy controlando la situación>> se dijo, mientras se daba unas palmaditas mentalmente.

—Un par de veces.

Eric prefirió seguirle el juego, a fin de cuentas, nada iba a conseguir presionándola. Acomodando su cuerpo en la silla, y cruzando los brazos sobre la mesa, Eric la observó. Roma, imitó su postura, desafiándolo. Con sus ojos clavados en el otro, se observaron, lo que pareció una eternidad. El tiempo y el espacio desapareció, quedando ellos dos, con el único sonido audible en ese momento, el latido de sus corazones.

<<Es ella>> dijo una voz, desde algún remoto lugar de su interior.

<<Es él>> le susurró su corazón

— ¿Van a querer ir pidiendo algo para tomar? —La mesera los volvió a la realidad. Ambos sintieron como el entorno se interponía entre ellos una vez más, cobrando plena conciencia del lugar donde se encontraban — ¿Tal vez prefieran esperar? — sugirió la mesera.

—Una cerveza grande, los otros no tardan en llegar — respondió Eric, molesto con la intrusa.

Las parejitas llegaron, envueltos en un clima de complicidad. Dando la pauta que adrede habían demorado su llegada, largos y eternos minutos.

— ¿Todo en orden? — Le preguntó Mariela a Roma, mientras se acomodaba a su lado. Ella se limitó a sonreírle y a asentir con la cabeza

— ¿Ya pidieron algo? — Preguntó Marcos

—Pedí una cerveza grande, el menú lo dejé para debatir.

—Ya debe estar por venir la mesera de nuevo — comentó Roma.

Y como si la hubiese llamado en voz alta, hizo acto de presencia. Otra vez, devorándose con la mirada a Eric. <<Es bonita>> concedió Roma. Era alta, pelo castaño claro cortado a la altura de los hombros, ojos color miel. Maquillada en exceso y perfumada en exceso también, con una imitación de perfume tan mala que Roma estaba en la duda si era el 212 de Carolina Herrera o el Paloma Picasso. Para una nariz experta como la suya, no pasaba desapercibido que la intención del perfume era imitar a uno de los dos perfumes de Carolina Herrera.

—Así que... ¿Ustedes ya se conocían? —Preguntó Santino, señalando a Roma y a Eric. Sofía le pegó un codazo en las costillas disimuladamente.

—No, no nos conocíamos — respondió Roma de inmediato.

—No se le puede llamar “conocer a alguien”, cuando te llevan por delante ¿verdad?—puntualizó Eric.

—Punto uno, no alcancé a llevarte por delante porque vos me alertaste de tu presencia. Punto dos, creo que ya teníamos un punto al respecto, que fue tu culpa.

— ¿Mi culpa? — Preguntó incrédulo, arqueando ambas cejas.

—Por no correrte de mi camino cuando viste que caminaba distraída. Y punto tres, bueno, con el primero y el segundo bastan— finalizó Roma, encogiéndose de hombros y con un tono que no admitía réplica. Algo que dejó a todos los masculinos presentes en jaque.

El lugar se caracterizaba por dar shows de baile en vivo, para aquellos que estaban sentados adentro podían ver, desde cualquier perspectiva, perfectamente al escenario. En cambio, los que estaban afuera, veían el show desde pantallas.

— Escuché que hoy venía un grupo, del mismo estilo que Bajofondo junto con bailarines — informó Mariela, entusiasmada.

Bajofondo era una agrupación musical de tango electrónico formada por músicos uruguayos y argentinos. Ante el comentario de Mariela, Eric vio como la mirada se le iluminaba a Roma.

— ¡Me muero! — Emocionada, Roma pegó un pequeño brinco en el asiento y luego su mirada se apagó al pronunciar: — Lástima que no está Jonás para que me saque a bailar.

— ¿Bailás tango? — le preguntó Marcos.

— Algo — respondió modesta, mientras se encogía de hombros.

— ¡¿Algo?! — exclamó Sofía y aseguró: — Hace arder la pista de baile.

— ¡Qué exagerada, Sofía! — desestimó Roma.

— No es exageración, Roma — corrigió Brenda.

— Si hasta haces parecer hétero a Jonás — el comentario ocurrente de Sofía hizo que todos estallaran en risas.

— Eso es porque bailamos hasta con los gestos de la cara, algo que ustedes deberían empezar a hacer — puntualizó.

— ¿Cómo es eso? — se interesó Lucas

— Es simple — comenzó a explicar — hay que dejar que la música invada cada célula del cuerpo —. Se dio cuenta que estaba hablando de células ante cuatro profesionales de la medicina, y se sintió bastante estúpida.

— Para mí que mis células son sordas —. Todos rieron ante el comentario de Mariela

— Eso es porque no te relajás — la reprendió Brenda.

— ¿Me vas analizar ahora?

Brenda negó con la cabeza mientras bebía un sorbo de cerveza.

Las pizzas llegaron e hicieron un pequeño brindis antes de comenzar a comer. Brindaron por la amistad, por el amor y por los nuevos comienzos.

— Al final, Brenda, no me dijiste cuando es la fecha del “gran día”

— Solo si me prometes que no vas a oficiar de show girl con Jonás

— No sé a qué te referís — respondió Roma, fingiendo no entender lo que hablaba su amiga.

— Los conozco — sonrió y miró a su flamante prometido para comentarle la idea que habían tenido sus amigos.

— Animo fiestas infantiles de vez en cuando ¿cómo me voy a perder animar tu casamiento? — Se justificó Roma

— ¿Animás fiestas infantiles? — Preguntó Eric, incrédulo ante lo que había escuchado.

— ¿Qué, no me ves animando fiestas infantiles?

Que le respondieran con otra pregunta, no entraba dentro de sus respuestas favoritas. De hecho, lo ponían de bastante mal humor las evasivas. Pero, asumía la culpa por preguntar algo redundante.

—La verdad es que no te imaginaba animando fiestas infantiles.

— ¿No? ¿Y cómo me imaginabas?

De inmediato Roma se quiso tirar de un puente << *¿Cuándo voy aprender a pensar antes de hablar?* >> Sintió escalofríos por todo el cuerpo cuando Eric no respondió y un destello pícaro y juguetón despuntó de esos ojos verdes, seguida por esa media sonrisa ladina mientras se llevaba su vaso a la boca. El carraspeo de Lucas, fue suficiente para atraer a Eric a hablar con ellos de temas del hospital y las chicas empezaron a comentar los chismes de la academia. Cada tanto, Eric, buscaba con la mirada a Roma y aunque ella se daba cuenta fingía no hacerlo.

El show comenzó mientras estaban comiendo la segunda porción de pizza.

Roma, estaba escuchando a Brenda dar detalles de cómo Marcos le había propuesto matrimonio, cuando los primeros acordes sonaron y sus pies comenzaron a tener vida propia. Desvió la atención de su amiga, y su mirada se clavó en uno de los bailarines. Hacía un par de compases solo con una majestuosidad única. El bailarín, puso atención a Roma y se lució frente a ella, extendiendo la mano, invitándola a bailar.

Ajena a cualquier mirada asesina y a cualquier ataque repentino de celos inexplicables, Roma, bailaba con perfección y sensualidad. Sintiendo como el bailarín la elevaba en trucos y la guiaba por la improvisada pista. Era un juego de seducción y de entrega. Ambos estaban en un extraño clímax que todos los que lo observaban también lo percibían, cambiaron la intensidad de la atmósfera cuando el bailarín tomó a Roma del muslo y la acercó a su pelvis. Roma, ni lerda ni perezosa, a sabiendas de que era uno de los trucos, elevó esa pierna hasta colocarla en paralelo con la cabeza del bailarín. Él le recorrió con la palma de la mano abierta, desde donde finalizaba el glúteo hasta la pantorrilla, dónde la agarró y sutilmente le indicó que brincara y le rodeara la cintura con la otra pierna. Muy diestramente el bailarín la elevó y comenzó a girar con ella.

— ¿Lista para el gran final, preciosa?

La pregunta susurrada en un tono dulce y candente, la hicieron sonreír juguetonamente y asentir.

—Muy bien, acá vamos...

El final fue el clásico, enfrentados y él levemente recargado sobre ella. Con los brazos, de donde sus manos se unían, colgando. La mano izquierda de él en la cintura de ella y la mano derecha de Roma, agarrando el cuello de él y sus narices rozándose. Una vez que se separaron, él besó su mano mientras la miraba con deseo. Roma se sintió sorprendida y de la nada se le cruzaron un par de ojos verdes terrosos por la mente, que la hicieron buscar al dueño de esos ojos. Lo vio y se dio cuenta de que parecía molesto. Se despidió del bailarín, agradeciéndole por haberla invitado a bailar, agradeció a los músicos y volvió sonriendo a la mesa mientras el público seguía aplaudiendo.

—Ahora sé a lo que se refieren con eso de que “haces arder la pista”

—Puras habladurías, Lucas —respondió mientras se sentaba. Por alguna razón se sentía incómoda y en falta por haber aceptado la invitación a bailar.

La mesera se acercó a la mesa sin que la llamaran y le entregó a Roma un papelito, le explicó que se lo mandaba Mariano. Ante la cara desconcertada de Roma, le dijo que era el bailarín.

Abrió la nota y leyó: *“Me encantó bailar con vos, preciosa. Me llamo Mariano y mi número es 15-536-867. Llamame”*.

Roma rompió con disimulo la nota, pero Sofía se dio cuenta.

— ¿Por qué rompiste la notita? —preguntó poniendola en evidencia con el resto de la mesa

—Punto uno, porque el muy idiota escribió “preciosa” con dos eses. Segundo porque solo un tipo inmaduro manda notitas con una tercera persona y tercero; porque tenía aliento a zombie.

Ante semejante explicación todos estallaron en risas. Eric la miro, sorprendido y aliviado de que rechazara al bailarín.

— Aliento a zombi, nunca lo había escuchado— comentó mientras se reía Marcos.

—Aprendés cada cosa de esta chica —puntualizó Brenda, aun riendo.

Mariela y Sofía se secaban las lágrimas de los ojos.

—No tenés tantos candidatos como para darte el lujo de rechazarlos, Casalegno — comentó una voz melodiosa a su espalda. Voz que Roma conocía bastante bien, sobre todo, en la forma que pronunciaba su apellido, Lucía Costa. Se dio vuelta y como lo temía, Lucía y Elsa, la contemplaban con desprecio.

—Siempre digo, que es mejor quedarse para vestir santos que andar desvistiendo imbéciles —retrucó con mordacidad antes de darles vuelta la cara, dejándolas paradas mirando y boqueando como peces fuera del agua. Sin saber qué decir, pasaron por su lado, dirigiéndose a la zona de los baños.

El clima de la mesa se volvió tenso, Sofía le apretó la mano para demostrarle apoyo.

— ¿Estas bien? — Le preguntó Mariela, ella era pacífica, no soportaba las discusiones y menos que menos toleraba que intentaran herir a sus amigas o seres queridos.

—Perfectamente —la tranquilizó, poniendo su mejor sonrisa.

— ¿Quiénes eran? — se interesó Eric.

—La castaña alta, Lucia, novia o ex de mi hermano. Y la otra, Elsa, su mejor amiga.

Retomando el clima anterior a la intromisión de Lucía y Elsa, Roma comenzó a relajarse y a reír ante el desenfado de los novios de sus amigas. Se notaba a leguas que su amistad ya había traspasado los lineamientos del tiempo y que eran hermanos del alma.

Eric, disfrutaba verla carcajearse con las anécdotas que contaba Lucas de sus andanzas en la universidad. Era la manera que su sonrisa llegaba hasta sus ojos, haciéndolos resplandecer como el cielo nocturno iluminado sólo por la luna llena, que lo mantenía cautivo y expectante. Si alguna vez se había maravillado con la risa de una mujer, no lo recordaba, pero había algo particular en ella que lo hechizaba.

Terminaron de cenar, dividieron gastos, dejaron la propina y se marcharon del lugar.

Mientras las chicas esperaban que ellos buscaran sus autos, intentaban convencer a Roma de que alguna de ellas la llevaba hasta su casa.

—¡¡Que terca sos, mujer!! — exasperada Sofía caminaba de un lado a otro.

—No, no es terquedad; es practicidad. No voy a hacerlos ir de un lado al otro, solo para alcanzarme hasta mi casa —razonó.

— ¡Pero si para eso tienen el auto a gas!

—No importa Mar si lo tienen a gas, a nafta o a querosene. No los voy a poner en el compromiso de llevarme hasta mi casa, cuando queda en la loma del conejo.

— ¿Cuál es el problema de que alguna de nosotras te lleve? —preguntó Brenda, mientras ponía los brazos en jarra y zapateaba constantemente el piso, sin despegar el talón del suelo.

—No los voy a poner en ese compromiso, me tomo un taxi y punto.

Obstinada como sólo ella podía ser, las convenció a medias, más por cansancio que por otra cosa.

— ¡Cuando te ponés así, me dan ganas de estrangularte! —Exclamó Sofía.

— ¿A quién vas a estrangular, mi amor? —Preguntó Santino, mientras la tomaba de la cintura por detrás.

—A la mula ésta — respondió señalando a Roma, mientras revoleaba los ojos, volvió al ataque.— Que se empeña en irse en un taxi, a esta hora, SOLA, porque no quiere ponernos en “compromiso” de llevarla hasta su casa.

—De eso nada —dijo Eric, — yo te llevo.

Roma sintió que se le cerraba el pecho cuando escuchó su voz autoritaria, alzando la cabeza, fijó sus pupilas en las suyas y respondió:

—En serio, no es necesario.

—Yo te llevo y punto — insistió poniendo gesto serio mientras se cruzaba de brazos.

— No — se obstinó, por el puro placer de llevar la contraria

—Sí, sí te llevo — afirmó acercándose y agachando su rostro a la altura del de ella, con la intención de intimidarla.

— ¿Qué parte del adverbio de negación es el que no me captas?

Desafiante como ninguna, Roma, se puso de puntitas de pies para sobrepasarlo apenas, mientras cerraba los puños al costado de su cuerpo. Obligándolo a estirar apenas su cuerpo. El mundo había desaparecido, estaban ellos dos imponiendo su voluntad. Las parejitas, miraban anonadados ese intercambio verbal.

—Y vos ¿qué parte no entendiste que vas a hacer lo que yo diga?

Achicando los ojos y arqueando su ceja izquierda, Eric, apoyó apenas su nariz sobre la de ella.

—¡Ja! Ya quisieras poder dominarme, machote. Malas noticias, a mí nadie me manda con un destello de diversión y maldad en los ojos, Eric se agachó, y echó sobre sus hombros a Roma. — ¡Bajame, Neanderthal! —Chilló en vano la muchacha.

—Yo la llevo, no se hagan drama.

Guiñando un ojo a modo de despedida del grupito, que estaban pasmados intentando sofocar un acceso de risa, se encaminó a su auto.

— ¡Bajame, bruto primitivo! — Gritaba mientras pataleaba e intentaba zafarse del agarre de Eric.

— ¡Shh! — mandó a callarla Eric, mientras le daba una palmadita en la cola.

— A mí no me “shites” y menos que menos me des palmaditas—. Eric, volvió a darle una palmada —

¡¡Ayyy!! Que no me des palmadas, animal —Le espetó.— ¡¡BAA JAA MEE AAHORA!!—Insistió una vez más. Eric, divertido sonreía ante la situación.

— ¿Qué pasa? ¿Tenés vértigo? —Siguió provocándola.

—Lo que pasa, es que tengo unas ganas enormes de romperte la nariz, imbécil, troglodita —replicó furiosa

—Y yo la boca, pero de un beso.

Ante la réplica de él, Roma, dejó de patalear y de querer zafarse. Intentaba concentrar sus fuerzas en digerir el comentario de Eric.

Algunas personas los miraban pasar, pensando que se trataba de una pareja de enamorados jugando.

Eric, llegó donde estaba estacionado su auto, sacó las llaves y pulsó el botón del llavero que desactivó la alarma. Disfrutaba sentir el peso del cuerpo de ella sobre el suyo <<¿cómo se sentirá estando desnuda sobre mí?>>, Se preguntó e inmediatamente la idea le provocó una erección, el jean a duras penas logró disimular. Abrió la puerta del acompañante y, deslizándola por su cuerpo lentamente, la depositó en el suelo, obligándola a sentarse en el asiento.

— ¡Qu...—no pudo concluir su queja, ya que Eric, cerró la puerta de un golpe. Dando la vuelta, con una sonrisa de diversión y satisfacción, subió al auto y encendió el motor.

Roma estaba indignada ante semejante atropello, no podía creer lo que ese bárbaro medieval le había hecho.

— ¡Que sea la última vez que me cargás sobre tu hombro y me llevas contra mi voluntad! —le gritó. Eric, seguía sonriendo y la indignación de Roma crecía.— ¡¡La última vez!! ¿Me escuchaste, troglodita primitivo? ¡¡La última!! Bestia, animal, indecente, Neanderthal, primate hombre de las cavernas.

—Ponete el cinturón para que nos vayamos — indicó imperativamente, pasando por alto los calificativos que ella le gritaba, con una sonrisa de quien logra sus objetivos.

—Te hice una pregunta, idiota.

— ¿Ah si?

—No te hagás el estúpido y respondé si te quedó claro —terció furiosa.

— ¿O qué?— La provocó, acercando su cuerpo y su cara al de ella, arrinconándola contra la puerta.

—O como que me llamo Roma Giovanna Casalegno, que te parto la cara infeliz — respondió entre dientes, sin amilanarse ante esa mirada ardiente y penetrante que le horadaba hasta el más profundo resquicio de su alma. Apoyando la palma de sus manos en su pecho, lo empujó con todas sus fuerzas hacia atrás. Eric, se movió solo un poco y sin romper el contacto visual cedió a su impulso, agarrándola de la nuca la atrajo hacia él, a escasos centímetros de su boca le susurró:

—No me provoques más, o te juro como que me llamo Eric Carson que te parto la boca de un beso, dejándote con el aliento mínimo para que no padezcas un paro respiratorio.

La amenaza susurrada a tan escasos centímetros de su boca, provocando que sus labios apenas se rozaran, la dejaron estática y con el corazón a punto de traspasarle el pecho.

Eric, no se encontraba en un estado muy diferente al de ella. Con sus miradas encadenadas y sus respiraciones agitadas, él se debatía entre besarla o volver a acomodarla en su asiento. Esa boca estaba siendo su perdición, su tentación y su más profundo anhelo.

—No te atrevas, bruto primate — usando la poca energía que tenía, logró mascullar Roma, no tan

convencida de lo que estaba diciendo. ¿Realmente quería resistirse? No, definitivamente quería que él la besara y comprobar si sus amenazas eran ciertas o no; pero jamás lo iba a admitir, antes muerta.

Él se debatía entre ceder a su deseo de besarla hasta quitarle el aliento y borrarle el brillo de desafío en los ojos para colocar en su lugar un brillo de pasión o dejarla en paz. La tensión y la atracción sexual, podían percibirse como el aroma de la lluvia en una noche de verano.

—Es hora de irnos — dijo repentinamente Roma, zafándose de sus brazos, rompiendo el encanto y arrastrándolos una vez más a la realidad.

Eric, la dejó marchar a su asiento, sintiendo una punzada de tristeza al ver que imponía la distancia entre los dos. No podía explicar qué fue lo que lo llevó a pensar que el lugar de ella era ése, entre sus brazos. Esperó hasta que ella se pusiera el cinturón para poder arrancar.

Roma apenas había hablado para darle las indicaciones de cómo llegar hasta su casa. Se encontraba demasiado perturbada para entablar una conversación decente, así no fueran más que trivialidades. De alguna forma, el silencio era cómodo y gratificante para ambos.

En menos de diez minutos, llegaron a la casa de ella. De estilo italiano del segundo imperio, en color tiza, con las tejas en negro, dos plantas, con un porche grande iluminado por farolas colgantes en las cuatro esquinas, puerta de madera alta y en color negro. Un portón de rejas negras daba acceso a un pequeño jardín previo a la entrada de la casa.

Roma, seguía con la vista clavada al frente, incapaz de moverse por voluntad propia. Con pesar, Eric, descendió del coche para abrirle la puerta. Ella bajó. Se contemplaron en silencio una vez más.

—Gracias por traerme — susurró y con una sonrisa enorme, se alejó de él.

Eric la contempló partir, sintiendo que ella se llevaba una parte de él. Parte de la que no tenía consciencia hasta ese momento.

Con ese pensamiento, se marchó a su casa, una vez que se aseguró que su princesa estaba a salvo en su castillo.

Roma cerró la puerta y se quedó con la espalda apoyada en ella, con la sonrisa más grande que podía esbozar y la mirada perdida, un brillo diferente iluminaba sus magníficos ojos negros. Suspirando, se llevó la mano a los labios y cerró los ojos, el aliento de él sobre ellos, había bastado para imprimirle la sensación de haber sido besados.

—Pedazo de taxi el que te trajo, hermanita.

Se sobresaltó al ver a su hermano y a su amigo Estéfano, levantarse del sillón de cuatro cuerpos del living. Podía ver los joysticks tirados en el suelo, y la pantalla quieta de la tele.

Bacco, su perro callejero, se estiraba y salía a su encuentro para saludarla. Lo había adoptado cuando era un cachorro estando a la deriva en una fría noche de invierno unos cuatro años atrás, fue amor a primera vista. Era un perro joven y sano, de tamaño medio. Negro como la noche, de patas rubias y una pequeña V en el pecho de color blanco. Era el macho de la casa, porque las otras tres perritas eran las reinas absolutas. Shnauzers miniaturas con complejo napoleónico, según Pietro, dominaban a todos. Úrsula; la debilidad de Pietro, Dulcinea enamorada hasta la médula de Giulio y Pipina la chiquitina mimada de Magdalena y Roma; con sus chuequitas y sus ojitos roba corazón, alfa de la tropa perruna, a pesar de ser la más chica en tamaño. Hija de Úrsula, al igual que Dulcinea.

— ¿Quién era el boludo ese? —Preguntó cargado de celos, Estéfano.

—Punto uno Estéfano, Eric no es ningún boludo ¿Okay? Punto dos Pietro, nunca dije que me volvía en taxi, dije: "Si las chicas no me pueden llevar a casa o alguno de los chicos, me toomooo un taxi". Hay una gran diferencia. Y sin más, se dirigió a las escaleras para ir a su habitación, tomar un baño y acostarse a dormir, siempre y cuando sus pensamientos, la dejaran y no pensara todo el tiempo en él.

En otro punto de la ciudad, en un bar de mala muerte, algunos demonios compartían una cerveza.

—¿Hablaste? — Preguntó el viejo, gordo, de sonrisa amarilla.

— Todavía no es tiempo— respondió impaciente, el muchacho de ojos color acero.

Capítulo 4

El galpón abandonado, mal iluminado y con olor a humedad; servía de oficina del Gran Jefe. Amoblado con nada más que un escritorio medio desvencijado y un par de sillas. La iluminación era pésima, tan solo un foco desnudo de bajo consumo. Si alguna vez, ese lúgubre lugar, vio un tiempo mejor, había sido siglos atrás.

El muchacho de ojos color acero, sentado en la silla que daba al público, contemplaba al hombre cincuentón, de traje impecable, con aspecto de mafioso, sentado al otro lado del escritorio, El Gran Jefe. Algo inquieto, haciendo repiquetear la pierna izquierda, esperaba que aquel siniestro hombre, sin escrúpulos, rompiera el silencio intimidatorio.

—Necesito que vuelva ¿lo podes entender? — Dijo al fin. El muchacho, se limitó a asentir, exhalando el humo del cigarrillo.

—Todavía no puedo acercarme — comentó, reacomodándose en la silla y rascando su barbilla.

—Me importan una mierda tus tiempos, necesitamos que vuelva y punto, lo antes posible — dijo apretando los dientes, mientras golpeaba su escritorio con la palma de la mano.

—No se trata de mis tiempos...— intentó en vano excusarse.

—Fuiste vos el que se mandó la cagada. Era lo mejor que teníamos en las pistas y, como siempre, lo echaste todo a perder.

El Gran Jefe se levantó de su silla y rodeando el escritorio, se acercó al muchacho de manera intimidante, invadiendo su espacio personal.

—Necesito que vuelva, lo antes posible. No es un pedido, es una orden.

El muchacho se limitó a asentir, de manera resignada. No tenía más escapatoria que acelerar sus planes.

Cuatro años habían pasado desde la última vez que se habían visto. Cuatro años que su mente no dejaba de repetir, como una película, esa última noche. Cuando todo se salió de control y terminó en la cárcel. Ahora se encontraba libre y necesitaba volver a recuperar, lo que por idiota, había perdido. Era su última oportunidad de salirse para siempre. Un par de “recados más”; combinados con unas carreras, y se podría considerar un hombre libre.

El Gran Jefe le hizo el gesto con la mano para que se retirara. El muchacho, se levantó suspirando y con la tensión recorriéndole cada músculo de su cuerpo se marchó.

Al llegar al exterior, se situó al lado de su moto. Inhaló profundamente, antes de subir, y elevó sus acerados ojos al firmamento. Como si en las estrellas pudiese encontrar el mapa para encontrar la salida de la encrucijada en la que se hallaba.

Se acomodó en el asiento, se dispuso a arrancar. Sonriendo de lado y con el fijo pensamiento de que la manada, volvería a reunirse antes de lo previsto. Puso primera y salió a la ruta. Cambió las marchas, hasta lograr que la velocidad le colmara las venas de adrenalina, mientras que el viento, despeinaba su cabello castaño claro.

A las siete de la mañana del día viernes, Roma, se dijo que dado a que le era imposible seguir durmiendo, lo más sano era levantarse e iniciar su día.

El jueves había transcurrido sin novedades. Concientemente, no había esperado que él se apareciera, tampoco tenía por qué aparecer, después de todo entre ellos no había sucedido nada; salvo que ella no se lo podía quitar de la maldita cabeza. Como de costumbre, otra vez se estaba devanado los cesos, analizado cada punto del miércoles, detallando cada instante con él; provocando que un enjambre de abejas zumbara desquiciadas en la boca de su estómago. Se reprendió mentalmente y se dispuso a ordenar su habitación, disponiendo de un par de horas antes de irse a trabajar.

Se entretuvo ordenando su ropa, su calvario personal, siempre creía que cuando ordenaba su armario iba a terminar en otra dimensión. Un pasaje directo a Narnia. Detestaba ordenar la ropa, no importaba cuánto se esforzara por mantener la pulcritud, siempre volvía a reinar el caos. Como nunca, en media hora, su habitación lucía impecable. Corrió sus cortinas fucsias y le dio la bienvenida al sol, que imponente en el despejado firmamento turquesa, hacía resplandecer sus paredes verde manzana. Su cama de dos plazas, estaba perfectamente estirada, ni una arruga surcaba el blanco cubrecama. Volvió a recorrer su habitación con la mirada y sus ojos se detuvieron en su reloj despertador. Tan solo habían transcurrido treinta minutos. Murmurando una maldición, se paró frente a su espejo de cuerpo entero y se puso a ensayar posibles diálogos con él. Gesticuló y se rió sola de sus propias contestaciones. Cuando tomó noción de

su patética actuación y de declararse intestable mental, agarró un toallón y se metió a la ducha. Su habitación contaba con baño en suit, por lo que ahí mismo se comenzó a arreglar para su jornada laboral. Siendo las ocho de la mañana, bajó al desayunar con su familia. Entró a la cocina, con el reproductor de su teléfono en alta voz, moviendo las caderas al compás de “Can’t get you out of my head” de Kylie Minogue.

****“I just can't get you out of my head
Boy your loving is all I think about
I just can't get you out of my head
Boy it's more than I dare to think about*

*There's a dark secret in me
Don't leave me locked in your heart*

*Set me free
Feel the need in me
Set me free
Stay forever and ever and ever and ever”****

***(Simplemente no puedo sacarte de mi cabeza
Chico, tu amor es todo en lo que puedo pensar
Simplemente no puedo sacarte de mi cabeza
Chico, es mas de lo que me atrevo a pensar**

**Hay un secreto oscuro en mi
No me dejes encerrada en tu corazón**

**Liberame
Siente la necesidad en mi
Liberame
Quedate por siempre y siempre y siempre)***

Retrocedía y daba play a esa parte, no dándose cuenta de las miradas anonadadas de sus progenitores y de su hermano.

—Veo que una que yo se, no solo se cayó de la cama, si no que está de excelente humor — comentó su padre, mientras la miraba hacer piruetas antes de recibir su beso de buenos días.

— ¡Hoy es un día maravilloso! — Exclamó antes de ahogarlo en un abrazo.

— ¿A qué se debe tanta alegría matutina, pequeña gruñona? — Preguntó Magdalena, extrañada por esa rareza en su comportamiento. Acostumbrada estaba a padecer su horrible mal humor, antes de tomar su taza de café. Sin mencionar, que no se la podía hablar.

— ¡¿Qué, no puedo estar feliz de ver el amanecer?! — Preguntó, recibiendo la taza de café de manos de su madre.

—Ajam — masculló Magdalena, mientras abría los ojos y contemplaba a su marido, que estaba achinando los ojos, nada se le pasaba por alto a su esposo e intuía que él también suponía que esa felicidad repentina de su hija se debía a alguien.

—Para mí, hermanita, que esta felicidad, se debe al grandote del taxi.

Ante la acertada y nada grata observación de su hermano, Roma se atragantó con su café.

— ¿Qué “grandote del taxi”, Nina? — Preguntó su padre.

—Idioteces de mi hermano, pa— masculló, antes de darle una patada por debajo de la mesa a Pietro.

— ¡Ja! Idioteces, dice — murmuró Pietro, mientras se sobaba la canilla.

—A ver, Pietro, explicate— le pidió su padre.

Pietro se acomodó en la silla y empezó a relatar lo que había visto por la ventana el miércoles por la noche.

— ¡Sos una vieja chismosa, Pietro Casalegno! — Exclamó Roma, mientras le tiraba una servilleta de papel, hecha bolita, que su hermano esquivó a duras penas.

— ¿Nos querés detallar algo, hija? — Preguntó su madre, tratando de disimular su risa. Su padre, la observaba con los brazos cruzados.

—Nada, ma. Eric, amigo de los chicos, no me dejó venir en taxi a esa hora. Por eso me acercó hasta casa y esperó fuera del auto hasta que entrara.

Diciendo parcialmente la verdad, supo que había dejado algo conforme a su padre.

— Nombre completo, estado civil ¿cuántos años tiene? ¿A qué se dedica? ¿Quiénes son sus padres y a qué se dedican? ¿Tiene hermanos o hermanas?

Giulio Casalegno, era una ametralladora de preguntas cuando de los candidatos de su hija se trataba.

— ¡Por el amor al cielo, Giulio! — Exclamó Magdalena.— Parecés un detective del FBI.

Ante el mutismo de Roma, Giulio intensificó la mirada y arqueó una ceja. Sin más escapatoria que aletargar los segundos, masticando una tostada y bebiendo un sorbito de su café, aclaró su garganta y respondió:

— Eric Carson, hasta donde tengo conocimiento, soltero. Tiene treinta años, es neurocirujano. Hijo del señor y la señora Carson. No sabría decir si ese matrimonio ha sido prolífero con su descendencia, ya que solamente lo conozco de esa noche —. Finalizó, pateando una vez más a su hermano.

— ¡Mamá, tu hija me está pegando!— Se quejó mientras hacía un mohín.

— ¡Hacete hombre y defendete solo! —Le gritó Roma.

— ¡Se comportan o se van al auto! — Los reprendió Magdalena.

— ¿Qué auto? Estamos en la casa, mamá — se burló Pietro, haciendo estallar en carcajadas a Roma y a su padre, para indignación de Magdalena.

— No te hagas el vivo, Pietro, que todavía te puedo castigar— amenazó, intentando poner voz autoritaria, con su hijo era imposible.

— ¡Uy, que terror! — exclamó irónico, Pietro.

— Poné orden, Giulio — le ordenó entre risas a su marido.

— Es indefendible tu escasa autoridad, querida — alcanzó a decir, antes de recibir un tirón de orejas de su esposa.

El tono de llamada del celular de Roma comenzó a sonar. Levantándose de la mesa, se fue al comedor para contestar. El número no lo tenía registrado.

—Hola — dijo extrañada al descolgar.

—Hola, Roma — respondió una voz sensual y masculina del otro lado de la línea.

— ¿Quién habla? — Indagó sonriendo, porque sabía a quien pertenecía esa voz.

— ¿Cómo quién habla? — preguntó un poco molesto porque ella no lo reconociese.

—Sí ¿quién sos? No tengo tu número registrado — respondió dando vueltas por el comedor.

—Soy el medio Neanderthal que te saca de quicio.

— ¿Y la otra mitad? — Se interesó con una sonrisa de adolescente enamorada en sus labios.

—Soy medio príncipe — respondió haciéndola reír de manera nerviosa.

—Eso es mucho decir, Doctor Carson.

—Pero me reconociste — sentenció satisfecho.

— ¿De dónde sacaste mi número?

—Uff mi pequeña guerrera... los de la realeza, tenemos nuestros recursos.

—Pero si sos Medio Príncipe...

—La mitad de mi nobleza, basta y sobra para conseguir lo que quiero, como tu número— afirmó seductoramente, haciéndola suspirar e hincar sus dientes en su labio inferior.

— ¿A qué debo el llamado de “su majestad”? — Preguntó haciendo una reverencia a la punta de la mesa, como si pudiera verlo frente a ella.

—Quería saber a qué hora salías de trabajar...

—Ajam... ¿y qué más? — se estaba empezando a molestar, intuyendo que Eric era un poquito controlador como su padre.

—Bueno, saber en qué te ibas a lo de Sofía. A propósito ¿a qué hora entras a trabajar? ¿Tenés horario de descanso? — inquirió en un tono irritante a los oídos de Roma.

—Mirá, Eric, ya tengo un padre con el cual lidiar. No necesito, ni quiero otro—. Y diciendo esto, cortó abruptamente el teléfono.

Toda la alegría con la que había comenzado el día, se fue como agua por el resumidero.

Del otro lado de la línea, Eric, miraba asombrado y ofuscado el celular.

— ¡Me cortó! — Exclamó a nadie en particular.

— ¿Tu hermana, Eric? — Preguntó, arqueando las cejas Teresa, la jefa de enfermeras. Al igual que su padre, Teresa, era la única que lo tuteaba. Para el resto del personal, Eric, era el Doctor Carson, hijo.

— ¿Tenía tono de estar hablando con mi hermana?— preguntó mientras se pasaba la mano por la cabeza y se acomodaba en una de las sillas en el comedor del personal. Un área que solo los doctores y la jefa de enfermeras podían acceder. Era un salón medianamente grande, amoblado con una mesa larga en el medio y sillas plásticas. Contaban con una cocina propia y máquinas de café, gaseosas y snacks.

Teresa, sentada al lado de él, lo contemplaba, mientras daba un sorbo a su café.

—Visto y considerando que sólo llegue a escuchar la parte del interrogatorio...

—No era un interrogatorio — se defendió

—Bueno, sonó así... ¿quién es? — Se interesó, inclinándose en tono confidente. Eric, sonrió y a Teresa no se le pasó por alto el brillo en los ojos que despuntó de su pequeño consentido.

—Es una chica que despertó un interés muy peculiar en mi— comenzó a relatar hasta cómo la había conocido y los hechos que sucedieron posterior a su primer encuentro. Pasando por alto el detalle que la había seguido y que la había cargado al hombro.

Teresa empezó a reír, no dando crédito a lo que escuchaba. Bajo la mirada asesina de Eric, logró recomponerse y esbozando una pícara sonrisa le preguntó si aceptaba un consejo.

—Mirá, aunque te diga que no, me lo vas a dar igual... — resopló Eric.

—Es cierto. En fin, acá va— se acercó un poco más y colocando su mano sobre el brazo de él susurró: — volvé a llamarla, pero, esta vez, parecé un candidato interesado y no un padre controlador.

Le dio un par de palmaditas y lenatándose, se encaminó a la puerta de salida. Dejando a Eric meditando la opción de llamarla una vez más. Suspirando, apretó la opción de rellamar y esperó. Al tercer timbre respondió.

—Ahora no puedo hablar, te aviso después.

Sin dejarle opción a decir nada, le cortó nuevamente. Enojado, mascullando un insulto, se levantó y se encaminó en dirección a los ascensores para dirigirse a la cochera.

— ¿Todo bien? — Se interesó Giulio, girando la cabeza al asiento del acompañante, para contemplar a su hija.

—Sí, pa. Nada importante — contestó, mientras volvía a guardar el teléfono en la cartera.

— ¿Era ese chico del Audi?

—No quiero hablar del asunto— se limitó a decir, mientras se cruzaba de brazos y giraba la cabeza para mirar por la ventanilla.

—Nina, hija, sabes que me puedes contar cualquier cosa...— tentó Giulio.

—Ajaam... Acordate que hoy llego tarde, es el cumple de Sofía — cambió de tema Roma.

— ¿Te paso a buscar o te llevan?

—Aviso cualquier cosa — alcanzó a decir, antes de depositarle un sonoro beso en la mejilla y bajarse del coche.

Bajó del auto de su padre y se dispuso a esperar, llegaba quince minutos antes.

— ¡Pero qué sorpresa! — Exclamó León, haciendo que Roma se sobresaltara.

—Qué manía la de asustarme— le reprendió aún con la mano en el pecho, sintiendo sus latidos acelerados, lo observó. Tenía la sonrisa ladeada, sus ojos azules echaban chispas. Si a ese conjunto, se le agregaba su cabello castaño claro en un corte perfecto; se podía ser capaz de perder la razón.

—Buenos días, hermosa — susurró, antes de depositarle un beso cerca de sus labios. Roma dio un paso atrás, con la intención de recuperar su espacio personal un poco incómoda.

—Buenos días — respondió escuetamente y le hizo seña para que comenzara a quitar la reja.

— ¿Te caíste de la cama? — Preguntó mientras se agachaba a quitar los candados.

—No, mi papá me pudo traer en el auto— se limitó a explicar.

Le ayudo en silencio a terminar de abrir y esperó a que León quitara la alarma; para poder entrar.

Del otro lado de la calle, estacionado en su auto, Eric observaba el intercambio. Esperó a que entrara a la librería y arrancó.

Como un volcán a punto de erupción, así se definía. Una especie de ira, le crecía desde lo mas hondo de su pecho, y sabía que cuando llegara a la superficie explotaría. Intentando dejar de lado sus instintos homicidas, dirigió su auto al departamento de sus abuelas.

Carola, Eusebia y Jacinta; amigas de casi toda la vida. Al enviudar casi en simultáneo, habían decidido comprar un departamento y mudarse las tres. Si bien, no eran abuelas sanguíneas de Eric, al ser amigo de sus nietos de toda la vida, lo habían adoptado como tal. Al igual que a los hermanos de Eric, Tomás y Elizabeth.

Eric, tenía llave del departamento de las abuelas, al igual que sus amigos y sus hermanos. La usaba exclusivamente para pasar la puerta principal del edificio. Cuando llegó a la puerta del departamento,

tocó timbre.

Las tres estaban desayunando en la cocina, mientras se sacaban los rulos y terminaban de arreglarse.

— ¿Esperamos a alguien? — Preguntó extrañada Jacinta.

—Será Sofía que viene a pedir los moldes de la torta — sugirió Eusebia.

—Mejor voy abrir la puerta —. Carola se levantó y coqueta, se atusó los rulos antes de abrir.

— ¿Llego a tiempo para el desayuno? — Preguntó Eric, con una dulce sonrisa en sus labios.

— ¡Eriquito! — Exclamó Carola, abriendo los brazos, dejándose envolver por su nieto del corazón.

—Abuela, deberías preguntar quién es antes de atender —.La reprendió dulcemente, antes de depositarle un beso en la mejilla.

—Mi cielo, estas más flaco — observó, provocando que Eric revoleara los ojos.

—Eso es porque todavía no desayuné— comentó cerrando la puerta. Junto a Carola, pasó a la cocina donde estaban sus otras abuelas, que lo saludaron igual de efusivas y le hicieron la misma observación con respecto a su peso. Usando la misma excusa de que todavía no había desayunado, logró que las abuelas lo reprendieran por salir sin comer.

— ¿Qué te trae por estos lados, mi sol? — Preguntó Jacinta, mientras le preparaba una tostada con manteca y dulce de leche.

—Abue, no sabía que tenía que tener un motivo para pasar a desayunar con mis chicas preferidas — respondió con la boca llena.

— ¡No hables con la boca llena, Eric! — Lo amonestó Eusebia, mientras le dejaba la taza de café con leche frente a él. Eric, se limitó a guiñarle un ojo y sonreírle de manera compradora. Le encantaba sentirse mimado por ellas, sacar a flote a ese niño interno, le reconfortaba.

—Me refiero, hijo, que podrías estar desayunando con alguna chica y no con un par de viejas —. Comentó mientras le pasaba otra tostada igual que la anterior.

— ¿Para qué? Si las tengo a ustedes...

— ¿Hace falta que te expliquemos el ciclo y reproducción de la vida?

—No— alcanzó a decir entre espasmos de tos. La pregunta, había provocado que casi se atragantara con la tostada.

Continuaron desayunando, hablando sobre la noticia del casamiento de Marcos y Brenda, y de vez en cuando, las tres deslizaban comentario respecto a la situación amorosa de Eric.

Para cortar con el tema, Eric, le pidió a Jacinta que le alcanzara el tensiómetro. Les hizo un control a las tres y una vez que se quedó satisfecho con el estado de salud de sus abuelas, les dijo que se iba a saludar a Santino.

—Esperá que tengo algo para vos — lo frenó Carola. La vio dirigirse hacia su habitación y volver con una bolsita de librería. El corazón se le aceleró, pensando que ése libro se lo había vendido ella.

—Este libro, lo recomendó una amiga nuestra de la librería — empezó a decir antes de hacerle entrega de la bolsita.

— ¿La que tiene nombre de imperio europeo? — Preguntó Jacinta.

— ¿Acaso tenemos otra amiga en esa librería?

— ¡Ah! Esa chica es un sol...—comentó Eusebia, agitando las pestañas.

—Y creo que está soltera — apostilló Jacinta, provocando que Eric gruñera y revoleara los ojos.

—Como decía —retomó Carola, con una sonrisa esperanzada.— Este libro me lo recomendó ella para vos — concluyó, haciéndole entrega del paquete a Eric.

Cuando vio el título del libro, Eric sintió que la sangre se le bajaba a los pies. Abriendo desmesuradamente los ojos, contempló a Carola. Sabía que su intención era buena, pero que justo la chiquilla que le gustaba se lo hubiera vendido...

—Gracias — logró articular. Y aún en estado de shock, se despidió de las tres.

—Creo que esta vez metiste la pata, Caro — dijo Jacinta, mientras las tres seguían observando la puerta por donde había desaparecido Eric.

—¡Bah! — exclamó la acusada desestimando con la mano, dirigiéndose a la cocina.

Una vez en el ascensor, empezó a maldecir, mientras pulsaba el botón correspondiente al piso de Santino.

Santino y Sofía estaban terminando de desayunar en el comedor, hablando sobre los planes para la noche. Él, tratando de convencerla que lo dejara jugar con los chicos al póquer con los chicos.

—Dale, Soff, te prometo que sólo una partida.

—Santino, va a venir Roma temprano ayudarme con la comida.

— ¿Y cuál es el problema? Aparte, va a estar Eric — tentó de manera rastreta, pero con tal de conseguir su objetivo...

— ¿Qué te parece Roma? — Sacó a colación Sofía.

— ¿En qué sentido, gorda? — Achicó los ojos, intuyendo que era una pregunta trampa.

—Como candidata para Eric, gordito... — Se levantó de la mesa, llevando consigo las tazas sucias hasta la pileta de lavar. Santino, la imitó, juntando los frascos de mermelada y queso untable, tomándose esos segundos para meditar la respuesta. ¿Qué le parecía para su amigo? Conociéndolo sabía que, físicamente, no era su estilo en absoluto. Ahora bien, de carácter, ese era otro tema. Nunca había visto a su amigo perder los papeles, ni comportarse de manera tan primitiva con una mujer.

—No se, chanchita... es un poco pronto para sacar conclusiones...

—Pero no me vas a decir que, no te diste cuenta de la tensión que había entre los dos—. Insistió mientras juntaba el mantel.

—Mirá bichi, lo único que sé, es que algo en ella, le llamó la atención a Eric y lo vimos todos — concluyó. Y para finalizar por completo el asunto de Roma y Eric, la agarró de las mejillas y empezó a besarla. La temperatura estaba comenzando a subir, cuando el timbre comenzó a sonar insistente.

— ¡Pero la puta madre! — Gritó Santino, haciendo reír a Sofía.

—Andá abrir, antes que nos dejen afónico el timbre — dijo dándole una palmadita en la cola.

—Te juro que si no es de vida o muerte, mato a quien sea que esté del otro lado.

El timbre seguía sonando con insistencia. Santino se acercó a la puerta y observó por la mirilla. Del otro lado de la puerta, se encontraba su amigo, enojado. Abrió la puerta y Eric, le estampó el libro en el pecho.

— ¡Mirá! — Excamó, entrando como un vendaval.

—En mi país se saluda, hasta donde sé sólo dormí con Sofía anoche, Carson— refunfuñó cerrando la puerta.

— Buenos días, su majestad— reverenció con ironía. — Ahora fíjate en el puto libro— inquirió enojado.

Santino extrañado, saco el libro de la bolsa, claramente era de la librería donde trabajaba Roma. Leyó el título, incrédulo, alternaba su vista entre su amigo que paseaba como un león enjaulado y la portada, que rezaba “CÓMO SUPERAR A TU EX EN DIEZ PASOS”.

— ¿Desde cuándo lees esta mierda?

—Tu genial abuela me lo regaló hace un momento — seguía paseándose de un lado al otro.

— ¡NOOOO!
—Y la cereza del postre es quién se lo vendió...
—¡¡¡NOOOO!!! — Repetía incrédulo, incapaz de cerrar la boca y salir del estado de estupefacción.
— ¿Podés articular algo más? — Preguntó antes de desplomarse en el sillón, apoyando los codos en las rodillas y mirándolo resignado.
— ¡Eric! — Saludó Sofía, entrando al living.
—Hola, Sofi...
— ¿Cómo estas? — preguntó, colocándose junto a su novio que sostenía un libro, reconociendo la bolsa de la librería. <<Asi que pasó por la librería>>, pensó.
Eric se limitó a emitir un gruñido cuando Santino le mostró el libro a Sofia.
—De todos los libros que hay, donde ella trabaja, ¿comprás esta mierda?¿En serio Eric? — susurró anonadada.
—Me lo regaló Carola — masculló.
— ¡No jodas! — exclamó antes de explotar en una carcajada.
—Te juro... Y contandome que una amiga de ella de la librería, un “imperio europeo”, se lo había recomendado...
—¡¡NOOOO!! — Exclamó y rompió a reir más fuerte, contagiando a su novio.
—No saben lo feliz que me hace alegales la mañana... — comentó irónico.
—Perdón, Eric — se disculparon a la vez, intentando recobrar la compostura.
—No sé ni para qué vine — dijo a modo de despedida, bastante molesto.
— ¡El libro! — Se lo tendió Santino, logrando otro gruñido más de parte de Eric, que se lo arrebató de las manos y se fue, azotando la puerta.
Ambos se miraron anonadados estallando una vez más en carcajadas.

Eran casi las doce del medio día, cuando León le dijo que un cliente la buscaba. Solo él, tenía la habilidad de hacer sonar indecente el hecho de que alguien preguntara por ella.
Salió al encuentro de ese cliente y se quedó sorprendida cuando lo vió. Ahí estaba, su medio Neanderthal, siendo devorado por la mirada de Romina, mientras él observaba el estante de novedades.
Estaba impresionante con sus pantalones de vestir claros y una camisa blanca, por fuera de la cinturilla del pantalón. Los tres primeros botones desabrochados y las mangas arremangadas.
—Eric...— susurró, haciendo que él se voltee a verla.
—Hola — La saludo distante.
Ante ese tono, Roma, adoptó una postura profesional.
— ¿En qué puedo ayudarte?
—Estaba buscando un libro...
— ¡Uff! Menos mal, si buscabas pan, estábamos complicados— lo interrumpió.
—Como decía — retomó juntando paciencia. — Venía a buscar un libro de género policial.
Había tenido tiempo suficiente para recorrer la librería y cerciorarse de que esa parte, estaba más alejada de las miradas dándoles mayor intimidad.
—Por favor, caballero, si me acompaña — dijo dando media vuelta.
Recorrieron las secciones en un tenso silencio. Eric, podía comprender el motivo de que ella trabajase

ahí. La librería era preciosa. Absolutamente toda revestida en madera, desde los pisos en parquet hasta los estantes de roble. Menos las paredes, que estaban empapeladas de color crema, dando una iluminación perfecta.

— ¿Tiene algo en vista? — Preguntó, deteniéndose en la sección de las novelas policiales y girándose para enfrentarlo.

—¿Qué tal este? — Sugirió. —“Un Disparo Memorable” —leyó en voz alta el título de la novela de Alexander Pushkin. Arqueando su ceja izquierda, meditando que era el sentimiento que tenía para el compañero de trabajo de Roma. Quién no solo se había mostrado petulante cuando él pidió por ella, sino que además, estaba el asunto de la mañana y el maldito beso en la comisura de la boca de ella.

— ¿En “Defensa Propia”? — Sugirió Roma, mientras tomaba el libro de Higgins Clark, Mery.

—“Un Final Perfecto” —suspiró Eric, agarrando el libro de John Katzenbach, ubicado a su izquierda.

— ¿A qué viniste? —Preguntó con los dientes apretados, cansada de ese jueguito y decidida a tomar el toro por las astas. — Y no me vengas con la estupidez de “vine a comprar un libro”.

— ¿A qué te pensas que vine?

Arqueando su ceja izquierda, endureciendo la mirada y cruzándose de brazos, él, espero a que ella respondiese.

—Si lo supiera, no te preguntaría ¿no te parece?

—Lo que me parece es que, tenés algo con el idiota ese—tomándola de los hombros, la atrajo para sí —

¡Respondé! — Exclamó bajito, para que solo ella escuchara y no alertara a los demás.

Roma vio que la mirada de Eric resplandecía de ira, además de que las aletas de su nariz estaban arqueadas y apreteaba desmeduradamente la mandíbula, claramente enojado. Otra persona en su lugar, sin lugar a dudas, se sentiría amenazado pero ella, no era otra persona y la traía sin cuidado el enojo infantil de él, además de que no eran nada.

—No me hiciste ninguna pregunta a la cual deba responder, vos solo sacaste tus propias conclusiones — replicó desafiante.

Eric, podía sentir como le subía el termostato ante su respuesta.

— ¿Tenés algo, sí o no?

Roma percibía que el enojo subía en la escala, podía verlo en sus ojos que estaban poniéndose rojos.

—Soltame y te respondo— él la soltó, ella se acomodó su ropa y respondió, con voz firme y mirada desafiante. — No, no tengo absolutamente nada con León, es solo un compañero de trabajo.

La forma en la que la trató, la hizo sentir una cualquiera. Tomando los libros “Un Disparo Memorable” de Pushkin y “Un Final Perfecto” de John Katzenbach, dio media vuelta e irguiéndose en todo su esplendoroso metro sesenta y tres, contoneando las caderas marchó a paso enérgico.

—Cobrale al caballero, Romi, son quinientos catorce pesos.

Antes de que Eric pudiera reaccionar, ella ya estaba dejando los libros sobre el mostrador y se dirigía a una zona que era exclusiva del personal, sin siquiera mirarlo.

— ¿Abona en efectivo? —Le pregunto la tal “Romi”

—No, con tarjeta— respondió mientras de mala gana, desviaba su atención de Roma a “Romi” y le entregaba su tarjeta de crédito.

—Con su tarjeta MasterCard Black, usted puede hacerlo hasta en seis pagos sin interés

—Hacelo en uno, por favor.

Le entregaron la compra y salió. Se sentía como todo un imbécil, la verdad, que actuar de esa manera y encima con una chica con más de dos dedos de frente, era algo muy estúpido de su parte. Caminaba meditando la opción de quedarse a esperar a que saliera a almorzar, mientras cargaba la bolsa con sus dos nuevas adquisiciones. Indudablemente, los títulos que ella le vendió eran una indirecta y no pudo

hacer otra cosa que sonreír.

Mientras se subía a su auto, evocó la forma en que apretaba los labios y achicaba los ojos cuando estaba enojada. Pero sobre todo, el aroma que su piel emanaba; olía a paraíso esa piel suave besada por el sol del verano, que le provocaban ganas de recórrela con al menos tres de sus cinco sentidos.

Estaba muy concentrado en la lectura del libro de Pushkin, cuando lo sobresaltó un pequeño golpeteo en la ventanilla del lado del acompañante. Se fijó en la hora, doce y veinte, pero ahí estaba su pequeño torbellino. Le abrió la puerta y ella inmediatamente se subió al auto, cerrando la puerta con cuidado. Se acomodó de costado y le clavó sus negros ojos.

— ¿Qué haces acá todavía? — le increpó.

La notaba todavía molesta, pero el solo hecho de tenerla unos minutos para él, lo hacía sentirse dichoso.

—Me entretuve leyendo —. Ella lo vio encoger los hombros.

—Quiero que te vayas — le ordenó.

— ¿Sos dueña de la vía pública, ahora?

—Imbécil.

Eric la vio ponerse derecha en el asiento y buscar la manija para salir. Actuando rápido, puso la traba desde unos de los controles que tenía en el volante

— ¿Me puedes abrir, por favor? — Aunque lo dijo calma, él sabía que se estaba reteniendo.

—No hasta que me escuches.

—A ver ¿qué otro romance me vas a inventar? — preguntó cruzándose de brazos.

—Ninguno. Quiero pedirte disculpas —. Sonaba sincero, pero ella estaba furiosa.

—Estas disculpado. Ahora, abríme la puerta por favor— respondió secamente.

Él se dio cuenta de que ella no había aceptado del todo sus disculpas.

—No hasta que me mires y me digas que me perdonás.

Roma volvió a mirarlo, clavó sus acusadores ojos en los de él y lo que vio no le gusto, porque la hizo bajar las defensas. Ella era una fiel creyente de que los ojos eran el espejo del alma. Era muy buena leyendo las miradas de las personas y por lo general no fallaba en sus juicios. Podía ver su bondad y leer su alma noble, no lo resistió y posó su mano en su mejilla. Ante aquel contacto, Eric, cerró los ojos.

—Mirame Eric — él le obedeció —te perdono.

La sonrisa de Eric, de niño en la juguetería, la hizo sonreír y casi olvidar lo que iba a decir a continuación. Así que, antes de perderse en ese prado verde con espigas de trigo al centro, se puso seria y le espetó:

—Pero te estas tomando demasiadas atribuciones.

— ¿Sí? — Preguntó inocente.

—Sí, porque no somos nada. No pasó nada entre nosotros —. Explicó, como quien le explica a un niño pequeño el porqué no debe meter los dedos al enchufe.

—Los dos sabemos que algo pasa entre nosotros...— dejó la frase en suspenso y le dedicó una sonrisa ladeada, provocando que a Roma se le cortara el aliento.

—Estás loco ¿sabías? No me conocés Eric y estas apresurando las cosas y lo sabés.

Las palabras que había querido oír toda su vida, de un hombre que estaba más bueno que comer helado, y tenía que decir esa sarta de coherencias. Cuando en realidad quería decir “ohh Eric”, tirarse a sus brazos y fundirse en un beso apasionado.

—Mi parte racional lo entiende, pero... hay una parte, no sé cuál...

—Tu mitad Neanderthal — lo interrumpió, burlándose.

—Deber ser esa — suspiró antes de continuar, — que me lleva a actuar de cierta forma con vos —. Concedió al fin.

Su voz gutural y profunda, la iba a volver loca. Se estaba derritiendo poco a poco. Roma, miró de redor, buscando qué responder ante semejante declaración. Sus ojos se posaron en el asiento trasero del coche. Un título le llamó la atención. Portada blanca de letras en rojo, “Cómo superar a tu ex en diez pasos” la hizo soltar una carcajada. Eric la contemplaba, meditando que tal vez era ella la que necesitaba un poco de terapia de choque. Y se la iba a suministrar lo con los transformadores de la calle, si se daba cuenta de que se estaba burlando de lo que le había dicho.

— ¿No me digas que vos sos el amigo del nieto de doña Carola?

La observaba reír ampliamente y sin pudor alguno, de eso que había querido mantener oculto de ella. Sin preámbulo alguno, la tomó de los brazos y ejerciendo poca fuerza, la acomodó en su regazo. Ella no opuso resistencia y escondió la cara en su cuello mientras seguía riendo. Cuando la risa comenzaba a mermar, se enderezó y le contó que ella se lo había vendido la misma mañana que se habían conocido.

—Dijo que eras un escéptico del amor—dijo, mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

—Me gusta cuando te reís — susurró olisqueando su cuello. Roma sintió que su piel se erizaba y que sus pezones se endurecían.

—Basta, por favor — pidió. El corazón galopaba desbocado en su pecho, ensordeciendo absolutamente todo.

—Nuestro primer beso, no puede ser en estas condiciones—sentenció, depositándola en el asiento del acompañante.

—Está dando mucho por hecho, “su media majestad” — comentó, entre molesta y divertida, por la arrogancia de él. Eric sonrió y le guiño un ojo, a modo de respuesta.

—Nos vemos hoy a la tarde — se despidió, queriendo huir de ese auto, algo perturbada por las sensaciones que él le despertaba.

Eric, accionó el comando que destrababa las puertas, sin dejar de mirarla. Con una mirada de depredador, se acercó hasta ella y le dio un beso en la comisura de los labios. A ella se le aceleró la respiración ante el contacto de la boca de él cerca de la suya y, como acto reflejo, cerró los ojos.

—Hasta dentro de un rato — susurró el, con su nariz muy cerca de la de ella. Roma, abriendo los ojos lentamente, se perdió en los ojos de él.

—Tengo que volver a trabajar — susurró aún en estado de transe.

—Yo no te detengo — le replicó él.

Aunque ella sentía que alguna extraña energía los ataba a los dos, haciéndole imposible bajar del auto.

Él, se aclaró la garganta y se reacomodó en su asiento.

Sin decir nada, ella se bajó del auto y caminó como robot hasta la librería.

Él, con una sonrisa lobuna, la observó caminar. <<Y todavía no tomé mi venganza por la cortada de teléfono>>, pensó antes de arrancar el coche.

Capítulo 5

Seis y media de la tarde marcaba el reloj de la librería, ella había quedado en ir a las siete y media al departamento de Sfia. Pero, en vista de que no había un alma en el local, decidió ir hablar con León.

Él se encontraba detrás del mostrador, cargando los libros faltantes. Con la mirada concentrada, aporreando las teclas de la computadora.

—Vas hacer un hueco en las teclas si segues así — apuntó mientras se acercaba. Recibiendo una mirada asesina a cambio

—¿Qué querés? — Preguntó, fijando nuevamente la mirada en la pantalla.

— Salir ahora... — respondió con un suspiro.

—Me habías pedido salir una hora antes — señaló molesto.

—Sí, lo sé... pero no hay nadie y...

—Esto es un trabajo, Roma —la interrumpió de mala manera — no podes ir y venir a tu antojo. Acá hay horarios que respetar.

Roma, sabía que él tenía razón, pero que justo a ella le remarcará las cosas, cuando el resto de las chicas, incluso él, no seguían las normas; le molestó bastante.

—Ya lo sé, León...

—Entonces si lo sabés ¿para qué me haces que te lo recuerde? — Preguntó mientras se levantaba y se cruzaba de brazos.

—Es una vez que te pido retirarme una hora y media antes... — dejó la frase en el aire, con un dejo a súplica.

—Con la condición de que no vuelvas a llegar tarde, y tus visitas personales, las dejes para el horario de salida .

Toda esa fachada de jefe furioso era por la visita de Eric. Roma, prefirió no decir nada al respecto. Agradeciendo la benevolencia, se giró y se fue al baño a cambiarse.

Se soltó el pelo, para que le cayera salvaje por la espalda dándole un look sexy. Delineó los párpados superiores y se volvió a pasar máscara de pestañas. Colocó gloss rosa pálido sabor frutilla en sus labios

y antes de perfumarse se cambió de ropa. Un vestido veraniego blanco, de escote cuadrado ajustado bajo el busto, mangas cortas y con puntillas en el ruedo que le llegaba a medio muslo, reemplazó su uniforme de trabajo. Unas sandalitas taco chino y plataforma de corcho, reemplazaron a sus vallerinas negras. Cuando se contempló al espejo se sintió bella y segura. Procedió a perfumarse, en los lugares clave: el cuello, el escote y las muñecas.

Guardó la ropa, que ya estaba metida en una bolsa, en su cartera y se encaminó al departamento de Sofía. Había prometido estar un rato antes para ayudarla a armar los bocaditos y decorar la torta. La mirada apreciativa de León, le infundió más seguridad y se marchó con la frente en alto y una sonrisa deslumbrante en sus labios.

Santino, había logrado convencer a Sofía para que le diera permiso de jugar a las cartas con sus amigos. Mientras que las chicas, estaban en la cocina, preparando bocaditos simples y esperando a que Roma llegara para darles una manito con la decoración de la torta y la elaboración de otros manjares. Cada una puso al tanto a la otra sobre los comentarios que hacían sus novios, respecto a Eric y Roma, todos coincidían que ella era la chispa que estaba encendiendo la vida de Eric.

—Ya está subiendo — comentó con una sonrisa Sofía, que acababa de abrirle por el portero automático. —Creo que deberíamos dejar que Eric abra —opinó Brenda. Todas estuvieron de acuerdo y se pusieron expectantes a que el timbre de la puerta sonara.

El tan ansiado “ring” sonó y todas gritaron que por favor atendiera alguno la puerta. Sofía, asomándose por la puerta de la cocina, miró a su novio y a los amigos, indicando que fuera Eric quien atendiese.

Eric se ofreció como voluntario, al ver que ninguno de sus amigos hacía amague de levantarse. Abrió sin prestar atención pero cuando la vio, se quedó petrificado. Estaba bellísima, ese vestido blanco le daba un toque angelical, sus pechos subían y bajaban al ritmo, algo acelerado, de su respiración, y sus piernas bronceadas expuestas adquirían una forma increíble con esas sandalias. Su pelo parecía brillar más que de costumbre y sus ojos habían adquirido un sensual magnetismo con ese sutil delineado.

Mientras Eric la observaba minuciosamente de arriba-abajo, ella se había quedado boquiabierta al verlo con el torso desnudo y en bermudas. Era de una masculinidad plena, con sus pectorales increíblemente definidos apenas cubierto por un sedoso vello, que le daban ganas de enredar sus dedos y jugar; sus abdominales eran un sueño. Subiendo lentamente la mirada por su cuerpo, Roma, se dijo que ese hombre estaba cincelado por los ángeles de la lujuria; tenía ganas de saltar e hincarle los dientes en ese cuello ancho y marcarlo como una vampiresa.

Ese minucioso escrutinio al cual la había sometido, quebró algo en su interior. No era solo la mirada de deseo con la que él la contemplaba, era una mirada diferente. Una mirada que la hizo replantearse todo en su vida y en sus diversas relaciones. Una mirada que la hizo sentir poesía.

—Hola — logró articular.

—Hola...— murmuró él, estupefacto. Le dio un beso en la mejilla y se perdió en su perfume. Olía a verano con notas de paraíso.

Roma retuvo la respiración cuando sintió los labios de él en su mejilla. Su envolvente masculinidad, la dejaba obnubilada. Se contemplaron unos instantes y ambos sonrieron. Él le cedió el paso y ella entró sonrojada.

Marcos, Lucas y Santino, se pusieron de pie para saludarla. Con un cariño casi fraterno, la envolvieron en abrazos y halagaron su belleza. Provocando que Eric frunciera levemente el ceño.

— ¿Las chicas? — Preguntó después de recibir los saludos.

—Estan en la cocina —. Le indicó Marcos el camino, mientras se volvía a acomodar en la mesa. Junto a los otros que ya estaban dispuestos a retomar la partida.

Con una sonrisa, dio media vuelta y sintió la mirada de él clavada en su piel.

— ¡Roma! — Saludaron efusivas.

— ¡Feliz cumple, Sofi! — Exclamó mientras la abrazaba.

— Pensábamos que venías más tarde — comentó Mariela.

— Tenía la intención de venir siete y media — comentó mientras buscaba algo en su cartera. — ¡Acá está!

— Le entregó una pequeña cajita envuelta a Sofía.

— Pero, Roma, no tendrías que haberme traído nada...

— ¿Cómo no voy a traerle un presente a la cumpleañera?

Sofía rompió el papel de regalo y abrió la cajita. Unos hermosos pendientes Swarovski, aparecieron frente a sus ojos.

— ¡No! — exclamó dando saltitos de felicidad.

— ¿Te gustan? — Preguntó sonriendo.

— ¡Amo los aros, amo Swarovski! — La abrazó y la obligó a dar pequeños saltitos con ella, mientras gritaba de la emoción.

Los gritos debieron alertar a los chicos, porque Santino entró como tromba a la cocina.

— ¡¿Están todas bien?! —

— ¡¡MIRAA!! — Le tendió la cajita emocionada.

— ¿Tanto griterío por unos aros? — Preguntó mientras los examinaba.

— No son cualquier tipo de aros... — lo corrigió, ofendida, Sofía.

— Ahhh son de los que te gustan a vos...

— Exacto.

Devolviéndole la cajita con los aros, sonriendo y negando con la cabeza, dio media vuelta para volver con sus amigos.

— Hombres — suspiraron las cuatro.

Sofía le entregó un delantal a Roma para que se uniera a la faena de organizar la comida. Roma se puso con la batidora eléctrica manos a la obra con el merengue.

— ¿Qué pasó con Eric? — Disparó a quemarropa Brenda. Roma la miró sonriendo.

— Contá criatura, que nos tenes en ascuas — la apuró Sofía, mientras se ponía los aros y se sentaba en una silla.

— Nada, no ha pasado nada...

— No mientas — la reprendió Mariela, mientras le tiraba un repasador.

— A ver... — comenzó — me llevó a mi casa, me llamó por teléfono y se apareció en la librería.

— ¿Cómo consiguió tu número?

— ¿Qué paso cuando te llevó a tu casa?

— ¿Qué fue hacer a la librería?

— Vamos de a una — suspiró, mientras apagaba la batidora — Brenda, no tengo ni la más remota idea de cuál de sus novios le dio mi número. Mar, cuando me llevó a mi casa, no pasó nada. Y, en cuanto a lo que fue hacer a la librería, Sofi, supongo que a comprar un libro.

Sabía que estaba parcialmente contando la verdad, pero no quería agrandar los hechos ni hacer suposiciones, porque siempre terminaba imaginando cosas donde no las había. Como presintió, ninguna de las tres amigas había quedado totalmente conforme. Así que se dispuso a cambiar de tema y pasar a un tópico más neutral, la elaboración del merengue.

— ¿Te gusta Eric? — Volvió al ataque, Brenda.

— Pfff como para que no, si está mas bueno que el chocolate Block.

— Block es el que tiene en los abdominales — siguió la broma Mariela, en referencia a la conocida marca de chocolates.

El almíbar “a punto chicle” como le decía a la consistencia que tenía después de un rato al fuego, lo vertió en las claras, ya batidas a punto nieve pero que seguía batiendo Brenda con el batidor.

— ¿Ven? Lo tienen que tirar suave y como si formara un hilo transparente para que quede como corresponde —les explicaba. Roma amaba cocinar en general, pero más amaba la pastelería. Había aprendido con su abuela materna el arte culinario, y se sabía de memorias casi todas sus recetas.

—Menos mal que conseguimos los discos éstos —comentó Sofía en referencia a los discos que lleva la torta Rogel.

—“Que conseguimos”, es mucha gente — la intromisión de Santino las hizo levantar la vista a las cuatro de golpe. Ahí estaban los cuatro contemplándolas risueños —Me hiciste recorrer panaderías y supermercados, hasta agotar posibilidades —se quejó.

—Juro que le dije que yo hacía los discos—agregó leña al fuego Roma, mientras llenaba la manga para hacer los copetes de merengue.

— ¡Qué pinta tiene esa torta! —Elogió Lucas

—Está decorada con amor ¿alguno, me pasa por favor, el sopletito que está ahí atrás? —pidió al tiempo que señalaba detrás de Eric, que se había quedado maravillado al verla decorar la torta. Sin ninguna demora le alcanzó la minúscula garrafa.

Cuando lo tuvo en sus manos, procedió a encenderlo y a tostar apenas el merengue.

—¡¡Sos una ídola!! —exclamó Sofía al tiempo que la abrazaba y le depositaba un ruidoso beso en la mejilla.

—Esto no es nada —desestimó sonriendo

— ¿Nada? Yo estaba en babia al ver las cosas por separado, no me explicaba cómo ibas a hacer para armar los discos y eso —dijo Santino, mientras se rascaba la cabeza

— ¡Qué poco imaginativo, Santino! — se rió Roma.

— ¿Qué los hizo venir a husmear? —preguntó Sofía, mientras lavaba las cosas que había desocupando Roma.

—El aroma a caramelo y el ruido a batidoras —explicó Lucas, que se había sentado en la falda de su novia.

—Gordito, deberías ir a bañarte y cambiarte ¿no te parece? —le preguntó Mariela, mientras le daba unas pequeñas palmaditas en la espalda.

—Sí — suspiró resignado.

— ¿Dejaron todo en la casa de sus abuelas? —Preguntó Brenda, que estaba secando lo que Sofía había lavado. Lucas, Marcos y Eric asintieron con la cabeza a la pregunta.

Roma estaba ajena a la conversación, se había sumergido en preparar los bocaditos salados. Su mente había viajado lejos en el tiempo; cuando era niña y cocinaba junto a su abuela todo tipo de delicias. No se dio cuenta de que todos habían salido, todos menos Eric, que la observaba fascinado mientras se acercaba lentamente y se ubicaba a su lado.

— ¿Te ayudo? — Preguntó sensualmente.

Roma se dio cuenta de dos cosas, una que le gustó y otra que no. Eric tenía una sonrisa lobuna y se había puesto una musculosa negra, cubriendo su maravilloso torso.

— ¿Te lavaste las manos?

—Por supuesto —contestó mientras se las ponía frente a la cara para que las inspeccionara.

—Bueno — aceptando, le pasó a explicar que le cortara los huevos duros a la mitad. — Son muy precisas estas mitades —se maravilló con la perfección de los cortes y la prolijidad que empleaba.

—Abro personas, Roma. Un huevo duro es más fácil y no requiere de tanta concentración— se explicó con algo de sarcasmo en el tono de su voz.

—A ver sí a los huevos crudos los cortás igual de bien por la mitad, idiota.

Riendo le tiró el repasador en la cara. Repasador que Eric, atrapó al vuelo mientras reía.

— ¿Te dije que estas muy linda, hoy? — Preguntó al pasar.

—No — respondió tras meditar unos segundos

—Estás hermosa ¿te he dicho cuan hermosa sos?

—En las... las casi setenta y dos horas que nos conocemos, no.

Eric, percibía que se estaba poniendo nerviosa. Dejando el cuchillo y limpiándose las manos en el repasador, se acercó por detrás de Roma y colocó sus brazos al costado de ella; apoyando las manos en la mesa y dejándola encerrada, olisqueó su cuello y mordiendo el lóbulo de su oreja le susurró:

— ¿Te he dicho lo exquisito que es el aroma que desprende tu cuerpo?

El susurro gutural de Eric en su oído mientras le mordía el lóbulo de la oreja, la hicieron vibrar entera. Tanto que tuvo que aferrarse a sus brazos cuando se le aflojaron las piernas.

—Hoy... hoy no me... no me lo... dijiste —a duras penas consiguió articular palabra, mientras él, le recorría su cuello con su nariz y posaba pequeños besos.

— ¿Eric?— Lo llamó con una exhalación, percibiendo la humedad entre sus piernas, maldiciendo a ese recóndito lugar de su cerebro que le reclamaba que pusiera fin al asunto.

— ¿Mmmh?

—Basta... por favor... podría entrar alguien —suplicó con los ojos cerrados y maldiciendo tener que ser la parte coherente, cuando quería que él siguiera recorriendo su cuello con besos. Una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo, erizando su piel; endureciendo sus pezones y humedeciendo aún más el valle entre sus piernas, al sentir que él le mordisqueaba el cuello y su incipiente barba le ronzaba el cuello, raspando con suavidad. Su respiración se agitó y no sofrenó el gemido que emitió al percibir su erección en la parte baja de su cintura.

— ¿Te dije lo mucho que me molestó que me cortaras el teléfono?

— ¿Lo tenemos que discutir ahora? — Se tensó un poco y se dio cuenta de que él se estaba alejando, dejándola temblorosa y excitada. No le respondió, sino que, se limitó a irse con la misma sonrisa lobuna con la que se le había acercado. Roma, se dio cuenta de que esa había sido su pequeña venganza.

— ¡Maldito! —Exclamó frustrada, con el corazón saliéndose de su pecho. Rezongando, se puso a terinar de armar los platillos con los canapés.

Eric bajó los ocho pisos que separaban el departamento de Santino y el de sus abuelas, corriendo por las escaleras. Sonriendo y disfrutando la dulce tortura al cual los había sometido. No sabía hasta cuándo extender ese juego de voluntades, realmente deseaba besarla hasta robarle el sentido.

Llegó a la planta baja y tocó el timbre. Eusebia le abrió la puerta y le informó que el baño estaba desocupado. Sin decir mucho, se encaminó a la ducha. Dejó que el agua fría le recorriera el cuerpo, con la intención de bajar su erección. Sin ser de mucha ayuda, empezó a recordar emergencias que le sacaran de la mente a Roma. Pareció surtir efecto, porque su miembro volvió a estado de reposo. Terminó de bañarse, se secó y envolviéndose en una toalla, salió en dirección de la habitación que les habían asignado para cambiarse.

— ¿Qué onda? — le preguntó Marcos cuando lo vio entrar.

— ¿Qué onda con qué? —respondió mientras se desenvolvía la toalla para colocarse el bóxer blanco Calvin Klein.

—Cuando se quedaron solos en la cocina —le dijo Marcos mientras se ataba los cordones de sus zapatillas de vestir.

—Nada importante, la ayudé a cortar por la mitad los huevos duros.

—Ahh claaa y por eso entraste como poseído ¿no? —se mofó Lucas que se estaba poniendo la remera mangas cortas, color roja.

—Ya les dije, me saca de quicio —explicó mientras se abrochaba el cinturón.

—Chee ¡qué culo te hacen esos pantalones! — comentó Marcos, que casi no tenía nalgas; razón por la cual utilizaba pantalones chupines.

—Que comentario, Marcos — le espetó Eric, al tiempo que le tiraba la toalla en la cara

—Sí, Marquitos ¿qué pasa con esos comentarios? —se mofó Santino.

—Ustedes porque tienen cachas, yo estoy cagado de hambre—se defendió.

— ¿Desde cuándo le das pelota a eso? —Preguntó Eric, mientras se abrochaba la camisa negra, a medida, Lacoste.

—Desde que escuché a las chicas hacer un top cuatro de nosotros.

— ¿Ah sí? —le preguntaron los tres al mismo tiempo, Marcos asintió con la cabeza

— ¿Cuándo? —preguntó Lucas

—Ahora, antes de salir para acá.

—A lo importante, Marcos. Decí que dijo cada una — se impacientó Santino.

—Bueno, todas coincidieron que el puesto número uno era para el culo de Eric, el segundo lugar para Lucas, el tercero para Santino y yo al último.

Todos rieron y felicitaron al ganador, echándose encima y aporreándolo.

Incorporándose, Eric, se contempló lo bien que le calzaban los Levi's celestes, rectos, que tenían un calce perfecto.

—Debo dar las gracias a las horas dedicadas al gimnasio—comentó riendo.

—Mejor dale las gracias a Roma y sus comentarios.

El comentario de Marcos lo tomó de sorpresa.

— ¿Qué dijo? —se le adelantó a la pregunta Lucas

—Dijo y cito textual: “De cada una de las nalgas de Eric, se podría alimentar y acabar con el hambre de la población Africana”.

Sin poder evitarlo, todos estallaron a carcajadas.

Sus abuelas los estaban esperando para subir al agasajo, los habían escuchado reír y ellas se habían reído a su vez.

— ¡Uy, pero que lindas están! —elogió Marcos mientras tomaba del brazo a su abuela Eusebia.

—Preciosa, Abuela — le dijo Lucas a Jacinta, imitando la acción de Marcos.

—Vamos a tener que tener ojo con los que las pretendan —dijo Santino, mientras le daba un beso en la frente a Carola.

— ¡Ya aduladores! — se rió Carola, enganchando el brazo izquierdo en el brazo de Santino y el derecho en el de Eric.

— ¡¿Qué?! ¿Carola tiene coronita que va con dos bombones del brazo? —Se quejó Jacinta.

— ¿No te basta conmigo abuela? —Fingiendo estar dolido, Lucas le hizo morritos mientras la observaba con ojitos tristes.

—Sí, si mi amor —dijo dándole un besito en la mejilla.

—Es que Santino es tan feo, que necesita de un verdadero galán al lado — se mofó Eric

—Callate, nalguitas soluciona hambrunas —replicó el agraviado.

—Lo de ustedes es envidia —se defendió fingiendo desdén.

Roma y las chicas bailaban, siguiendo alguna especie de coreografía. Habían corrido la disposición de los muebles, para formar una pequeña pista de baile. Brenda estaba segura de que Roma y Jonás iban a hacer una pequeña demostración, si Sofía o alguna de ellas se lo pedían.

No habían escuchado que sus novios y sus abuelas habían hecho acto de presencia y las contemplaban con una sonrisa enorme. Excepto Eric, que se había vuelto a enardecer al verla contonearse de manera sensual, inevitablemente había imaginado esos movimientos ondulantes, encima de él. Sin poder resistirlo más, carraspeó acabando con el hechizo.

—¡¡Mierda!! —Exclamaron las chicas del susto. Se acercaron a saludar a unas risueñas abuelitas, que se sorprendieron al ver a Roma.

— ¡Qué alegría en verte, hija! —Exclamó Carola, mientras recibía un cálido abrazo de Roma

—Lo mismo digo, Do... Carola — se corrigió antes de que Carola la reprendiera.

— ¡Europita qué sorpresa! — Exclamó Jacinta.

—Grata, espero... —dijo mientras la saludaba del mismo modo que a Carola.

— ¡Pero por supuesto! —Afirmó Eusebia —Si sos nuestro Imperio preferido. Acto seguido pasaron a interrogarla cómo conocía a las novias de sus nietos, a preguntarle si tenía novio y si estaba interesada en alguien. La habían acaparado por completo, las miradas atónitas de sus nietos y las novias de los mismos, ante la dulzura que le prodigaban y viceversa. Estuvieron charlando de libros y de que no les agradaba para nada ese encargado, el tal León.

El timbre sonó acompañado de tres chicas, ex compañeras de facultad de Sofía. Quienes apenas entraron, reparando en la presencia de Eric, se fueron hacia su sector. Roma sentía que un volcán comenzaba a hacer los movimientos pertinentes para erupcionar en su interior. Disculpándose con amabilidad y cortesía, de las tres abuelas, se encaminó a la habitación de Santino y Sofía para llamar a Jonás; pasando por el frente de Eric, a quien le destinó una mirada asesina.

Al verla dirigirse a la habitación, decidió perseguirla. Necesitaba y deseaba con todo su ser besarla, ya no estaba dispuesto a seguir aletargando la tortura.

Roma terminaba de hablar con Jonás y a su espalda sintió que alguien le ponía llave a la puerta. No le

hizo falta voltearse; su perfume lo delató.

—Abrí la puerta —dijo de manera fría, seguía enojada con él; por haberlo visto charlando con las lagartas que le coqueteaban sin ningún pudor.

—No, no hasta que obtenga lo que vine a buscar —sentenció con la voz baja. La habitación se caldeó de repente, apenas iluminada por un velador, la cama dos plazas y media se tornaba peligrosa. Las paredes en color maíz parecieron achicarse, el blanco techo parecía que se iba a desmoronar en cualquier momento. Mientras que Roma, sentía que se iba a desfallecer sobre la alfombra color crema.

—Busca lo que tengas que buscar, pero dejame salir —dijo enfrentándolo. Lo vio apoyado contra la puerta, los ojos cargados de deseo y determinación.

—Me temo que es imposible dejarte ir —Eric, se fue acercando lentamente; mientras que Roma se alejaba inútilmente.—Cuando vine pura y exclusivamente por vos — le dijo al tiempo que la sujetaba por la cintura y la pegaba a su cuerpo.

—Pensé que estabas entretenido con las amigas de Sofía

— ¿Celosa? —Una sexy ceja arqueada, acompañada por una masculina media sonrisa de satisfacción; se formó en la cara de Eric.

—No —trató de desestimar inútilmente, sus ojos la delataron.

—Mentirosa— la acusación vino acompañada de sus manos deslizándose suavemente por su espalda y al llegar a sus nalgas la elevaron en el aire. Como acto reflejo, Roma, envolvió con sus piernas la cintura de Eric.

—No te culpo, Eric. Son realmente muy bonitas —dijo con toda la sinceridad que su alma suicida pudo expresar.

—Pero ninguna de ellas son vos, Roma. Y ninguna de ellas es más hermosa que vos.

— ¿Quién miente ahora? —Preguntó molesta mientras intentaba bajar, había desenroscado las piernas y estaba colgando; él no soltaba su agarre. Eric la apoyó contra la pared, aun sosteniéndola en el aire, la miró como si estuviera loca de remate. Ella no soportó su mirada y la desvió.

—Mirame —le ordenó. Le gustó que ella le obedeciera — ¿Te ves reflejada en mis ojos? —Ella asintió con la cabeza — ¿Ves cómo mis ojos te ven? —Ella volvió a asentir— No, no lo ves. Porque si lo vieras, no habrías dicho esa estupidez.

—Eric, yo...

—¡No! Callate y escuchame —dijo autoritario mientras la apretaba más fuerte contra la pared — Mis ojos cada vez que te contemplan, ven a una mujer con todas las letras; con el cuerpo exquisito para ser disfrutado los cinco sentidos que poseemos. Pero más allá de eso Roma, es la esencia de tu persona lo que me está volviendo loco; sos diferente a absolutamente todo lo que estoy acostumbrado y eso me desconcierta y me hace ser impulsivo, despertando mi lado primitivo y salvaje — terminó de dar su pequeño discurso y Roma lo besó. No soportando más la letanía de la espera. Lo besó y supo que era de esa clase de besos que jamás iba a poder explicarles a sus amigas. Un beso con entrega, con pasión. Él la besaba de la forma que siempre había querido ser besada. Envolviendo una vez más su cintura con sus piernas, hincándole los talones para atraerlo lo más cerca posible, aferrándose a su cuello como si de ello dependiera su vida; saboreando su boca y disfrutando plenamente de las sensaciones que acababan de despertarse. Cortando el beso, se contemplaron en silencio. Ella pensando que él cumplía sus promesas, la había dejado con el aliento mínimo para no sufrir un paro respiratorio.

Eric se obligó a mantener el comportamiento o realmente le iba hacer el amor esa noche.

—Deberíamos volver — opinó Roma, mientras él la deslizaba por su cuerpo.

—Vas a tener que ir primero, necesito ponerme a pensar en emergencias bizarras.

El comentario referente a su erección provocó en Roma una carcajada estrepitosa.

—Esa es la ventaja de ser mujer — declaró con la respiración agitada, mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

—Vamos a ver si te seguís burlando cuando te agarre —amenazante, él se sentó en la cama y la recorrió con la mirada mientras se rascaba la barbilla.

El sonido del picaporte los puso en alerta, a Roma comenzó a latirle con fuerza el corazón, mientras Eric le hacía el gesto de que se calme.

— ¿Roma estás ahí? — La pregunta de Mariela la hizo empalidecer, no había escapatoria; no había forma de simular que el cuarto estaba vacío. Le hizo señas a Eric para que se escondiera debajo de la cama, y el muy descarado aprovechó para robarle un par de besos más antes de hacer lo que ella le pedía.

—Sí... sí, Mar... —intentando aparentar una naturalidad que no tenía, abrió la puerta con una sonrisa.

— ¿Por qué estabas encerrada? — preguntó mientras paseaba la mirada, estaba segura de que vio a Eric desaparecer también.

—Porque necesitaba tranquilidad para hablar por teléfono con mi papá —la mentira era más grande que las pirámides de Egipto, pero funcionó.

—Vení, que acaban de llegar los padres de los chicos y quieren saber quién es la persona responsable de las exquisiteces —aliviada, se dejó guiar por Mariela.

Eric salía de debajo de la cama maldiciendo la inoportuna llegada de Mariela, que le había frustrado la salida a Roma; sonrió al evocar la mentira que dijo y lo convincente que sonó. Si él, no hubiese estado debajo de la cama y hubiera observado la forma en que la postura de sus manos la delataban, le habría creído. Se dio cuenta de que se rascaba la nuca cuando no decía la verdad, un brillo malicioso despuntó en sus ojos al imaginar jugando con ella al Streep Póquer.

— ¡Acá está! —dijo Mariela, mientras la presentaba a un grupo de hombres y mujeres de mediana edad que comían sus huevos rellenos.

—Hola, un gusto — saludó a cada uno, quines se fueron presentando como Julia y Cristobal Gonzáles — padres de Marcos -, Marisa y Juan Lavarano — padres de Lucas —; Regina y Pedro Migliore — padres de Santino- y Susana y Tristan Carson — orgullosos padres de Eric

—Roma Casalegno ¿ascendencia italiana, verdad? —preguntó la señora Regina, con un acento impostado al pronunciar el nombre de Roma.

—Así es — respondió orgullosa

— ¿De qué parte? —Se interesó don Pedro

—Verá, por parte de mi madre de Positano y por parte de mi padre de Venecia Con mucha amabilidad Roma les ofreció a que probaran los tomates rellenos.

— ¿Y por qué el nombre de la capital italiana? — preguntó el señor Carson.

—Según cuenta mi madre, ahí viajaron a festejar su aniversario y el lugar donde me concibieron — explicó entre sonrisas. Susana, estaba encantada con esa pequeña de sonrisa sincera y ojos bondadosos.

—Y su padre ¿qué dice? —Trsitán estaba tentando el sentido del humor de la muchacha, que según le habían comentado los amigos de su hijo, era muy amplio.

—Él prefiere mi segundo nombre, me dice “Nina”, en relación al diminutivo Giovanna — explicó cortésmente y respondió a unas cuantas curiosidades culinarias de las señoras.

—Disculpe que le pregunte pero ¿su padre no es ingeniero y su hermano arquitecto? —Preguntó el señor Lavarano

—Sí, mi padre es dueño de su propia empresa de construcción G&M; y mi hermano es quién maneja la parte arquitectónica ¿por?

—Déjeme decirle jovencita, que su padre es un hombre brillante y su hermano es uno de los arquitectos

más jóvenes y con más visión que conozco.

Mientras escuchaba el halago, Roma sentía que el aire volvía a entrarle a los pulmones; tenía miedo de que el señor Lavarano dijera algo en contra de su familia y la obligara a sacar las garras.

—Muchas gracias, Señor.

— ¿Teniendo tan buen pasar económico la hacen trabajar?

—Si por mi padre fuera, estaría en casa entre sábanas de seda y alguien cumpliendo mis caprichos, yo decidí trabajar y estudiar — respondió con un orgullo y solemnidad, ganando aún más la simpatía de Susana y Tristán.

—¿Se puede saber el motivo que la impulsó a esta determinación?

—Claro que sí, Señora Carson. Es muy simple, cuando se es la hija menor y se tiene a un padre protector, que impone como limitaciones que es quien te mantiene; lo primero que una busca es independizarse y echar alas.

La respuesta la dejó más que conforme, incluso hasta la admiró por esa decisión. Roma estaba fascinada con la exótica belleza de la Señora Carson, su piel en una tonalidad té con leche, resaltaba esos enigmáticos ojos color verde jade, vestida en un elegante pantalón de bambula blanco, sandalias doradas y una camisola estilo hippie escote espejo, mangas de mariposa y unos bordados preciosos, le daban el toque de gracia. Se dio cuenta de que Eric, tenía una gran mezcla sanguínea. Los ojos dorados medio verdosos eran herencia de su padre; al igual que la estatura y la estampa. A pesar de los años, el matrimonio Carson, se mantenía en una excelente línea.

A Eric le agradó ver a su madre y a Roma entablar un diálogo. Había estado un buen rato observándola interactuar con sus padres y le gustó percibir lo bien que se desenvolvía. Decidió rescatarla, haciendo acto de presencia delante de sus progenitores.

La enterneció ver la dulce mirada que le prodigaba a su madre al saludarla y el respeto afectuoso a su padre, se dijo que era un hombre de bien y de raíces familiares fuertes, le gustó mucho eso de él, siendo para ella, su familia, uno de sus pilares de vida.

—Veo que ya conocieron a la chef —comentó mientras le depositaba su mano en la parte baja de su espalda. A nadie le pasó desapercibido la coloración de las mejillas de la muchacha, ni la forma en la que Eric la miraba. A sus padres les agradó, por el simple hecho de que era muy diferente a lo que estaban acostumbrados de las candidatas de su hijo.

—Tuve ayuda— desestimó mientras se encogía de hombros, y retirando su mirada de la de Eric, pasó a explicar lo bueno que era él cortando los huevos duros por la mitad; mientras ella le sacaba la yema y la preparaba para el relleno.

—Supongo que cortar huevos duros por la mitad, es más fácil que abrir cuerpos humanos —acotó el padre con un destello de risa.

—Señor Carson, le voy a responder lo mismo que a su hijo — se irguió — le voy a hacer cortar un huevo crudo por la mitad — sentenció provocando la risa de los padres de los muchachos al ver su desenfado. Dicho esto, se excusó y se dirigió a recibir a Jonás.

— ¿Ésta es la jovencita que te provoca esos cambios de humores?

— ¿A qué te referís, pa?

—A que no soy ciego y que te conozco.

—Y en que la mirás como si fuese única. Nunca te vimos apreciar así a una mujer, hijo — le dijo su

madre. Eric no contestó, le depositó un beso a su madre en la frente, le dio unas palmadas en la espalda de su padre y se encaminó con Marcos y Lucas.

La llegada de Jonás le produjo un gran alivio, no estaba tan sola y a la deriva en esa fiesta; su amigo vino a darle apoyo.

—Menos mal que llegaste, mi corazón de melón — le dijo al oído mientras lo abrazaba

—Y dejarte sola con semejante potro ¡ni loco! — Riendo, se encaminaron al grupo donde estaban sus amigas y se pusieron a charlar sobre las aptitudes como bailarines.

—Queremos una demostración — pidió Jacinta. Con gran histrionismo Roma y Jonás se encaminaron al centro de la improvisada pista de baile.

— ¡Roma, toma! —Dijo Sofía mientras le extendía sus zapatos de danza.

—Menos mal que calzamos lo mismo —observó Roma al tiempo que se sentaba en el sillón, y con delicadeza se cambió los zapatos.

— ¿Ya estás lista, hormiguita? — preguntó Jonás mientras le tendía una mano.

—Siempre lista ¿con qué empezamos?

— ¿Saben bailar tango? — Preguntó Carola.

—Algo sabemos— dijo con modestia Roma.

—Ya estamos de nuevo con el “algo” — comentó Lucas

—Demostremos ese “algo” — dijo Jonás, mientras se dirigía a su posición. Cuando los acordes del tango electrónico de Bajofondo comenzaron a sonar, la postura y los gestos de Roma y Jonás se transformaron. Emulando un juego de seducción con una sensualidad impecable.

El tango que bailaron fue el mismo que Antonio Banderas bailó con Katya Virshilas en la película “Take the lead”; traducida al español como “Ritmo y Seducción”.

Ante semejante demostración, los aplausos no tardaron en llegar; admirados ante la destreza de los bailarines.

—Hija, si reencarno, quiero ser como vos —comentó Jacinta mientras abrazaba a Roma.

—Y yo quiero bailar con alguien como vos —le dijo Eusebia a Jonás mientras le daba un apretón de mano.

—Ahh pero eso tiene solución — hincando una rodilla en el suelo mientras le tomaba una mano le dijo

—Eusebia ¿haría el honor de bailar conmigo la siguiente pieza?

— ¡Oh! ¿Me lo prestas Roma? — El brillo que vio en su mirada era el refulgir de su alma joven.

—Pero ni hace falta que lo pregunte, ya mismo voy a poner una milonguita.

Se alejó eufórica en dirección al equipo de música.

Jonás la guió con pericia, los movimientos de Eusebia eran delicados y demostraban que alguna vez fue una bailarina formidable. Los aplausos llegaron una vez más y con lágrimas en los ojos, Eusebia le dio un beso en la mejilla a Jonás y le agradeció por haberla invitado a bailar.

—Estuviste estupenda— le susurró Eric.

—Gracias —respondió Roma al tiempo que se giraba para mirarlo a los ojos y dedicarle una sonrisa.

— ¡Eric vení bailemos! — le gritó una de las amigas de Sofía.

—No, gracias. No sé bailar tango —se excusó mientras le dirigía una mirada a la intrusa que había interrumpido, provocando que Roma se alejara.

—Ahh pero si es fácil, yo te enseño — dijo al tiempo que tiraba de su mano y lo abrazaba.

Roma sentía que iba a cometer un homicidio en cualquier momento si la lagarta esa no dejaba de tocarlo,

abrazarlo y refregarle su cuerpo en él. Decidida a no hacer una escena, que además no le correspondía hacerla, se encaminó a la cocina a rellenar los platitos con algunos canapés. Aprovechó también para volver a ponerse sus sandalias.

Estaba de espaldas, lavando algunas computeras, cuando Eric entró.

— ¿Qué haces? —La pregunta contenía un dejo a culpabilidad, provocando que se irritara aún más.

—Jugando al Monopoly —contestó mientras lavaba con más fuerza una computadora.

—Otra vez ese tonito —se acercó a ella y la abrazó por la cintura.

—Soltáme —siseó mientras inútilmente intentaba zafarse de su agarre.

— ¿Qué te pasa? — acopló más su cuerpo al de ella y la apretó con más fuerza

—Pasa que puede entrar alguien, pasa que hace cuarenta y cinco grados para que estés pegado como estampita —Respondió apretando los dientes, haciendo otro intento por quitarse los hercúleos brazos que la abrazaban, continuaba lavando la misma computadora de vidrio.

—En la habitación hace un rato no opinabas igual —resignado y molesto la soltó —y dejá de lavar con tanto ahínco, que vas a romper la computadora.

Eric se alejó y se apoyó en la mesada, la observaba, sabía que estaba molesta por algo; su actitud la delataba, pero no lograba definir qué había hecho para que ella fuera hostil en este momento.

— ¿Querés hacerlo vos? —Preguntó desafiante.

—No.

—Entonces no opines.

—Me está empezando a molestar un poquito tu actitud.

Ella no le respondió, se encogió de hombros y siguió refregando.

—¡¡Aaayyy!! ¡Hasta que por fin te encuentro! — Exclamó la amiga de Sofía, cuando entró a la cocina y vio a Eric.

Roma contempló que se le acercó coqueteando, la muy desubicada, y le puso la mano en su pecho; ahí donde le camisa no estaba abotonada y su piel bronceada estaba expuesta. Roma quería gritarle que le saque sus garras de encima, que ese pecho y todo su esplendoroso cuerpo le pertenecía a ella. Pero no tenía derecho, solo habían pasado unas setenta y dos horas, un ardiente beso y una llamada telefónica. Ella no tenía derechos sobre él, pero aún así miraba con mucho cariño la cuchilla que tenía en frente; podía imaginar clavándosela en las tripas y riendo como desquiciada. Pero se dijo que ésa no era ella, si él no se daba su lugar ¿quién era ella para plantar bandera? Exacto, nadie.

Sin dirigirles la palabra, ni la mirada, dejó el repasador con el que se había secado las manos sobre la pequeña mesa de la cocina y se fue.

— ¿Interrumpí?

—De hecho sí, Samantha.

Eric, se zafó de sus brazos y se fue tras ella. Samantha lo miró mientras se iba, admirando el buen calce de sus Levi's.

La encontró rodeada de sus abuelas, con la cartera colgando en el hombro.

— ¿Te vas? — Preguntó desilusionado.

—Sí, mañana tengo que madrugar —le habló con fría cortesía.

— ¿Trabajas mañana? —Preguntó Jacinta.

—No, pero por la tarde vienen unas amigas y quiero hacer algo para la hora del té.

A Eric le molestaba que no fuera dulce con él, se estaba impacientando con su actitud.

—Yo te llevo.

Vio la espalda de ella tensarse y se dijo que estaba por empezar otra vez un duelo como la noche en que salieron a cenar.

—Está bien, no te hagas drama, me voy en taxi.

—No vamos a empezar otra vez con eso, te llevo y punto.

—Está bien, vamos — concedió a regañadientes, sólo para no armar un escándalo y arruinar el cumpleaños de Sofía.

Se despidió de las abuelas y de los padres de Eric con un afectuoso saludo. Saludó en general y se dejó guiar por Eric a la salida.

Cuando estuvieron lejos del alcance de las miradas, se adelantó para no sentir el calor de su mano en su espalda. La quemaba y al mismo tiempo que le nublabla la razón; le venía a la cabeza la rubia teñida que cada dos por tres le ponía las garras encima y él no hacía absolutamente nada para librarse de ella.

Bajar en ascensor en completo silencio era totalmente incómodo para Roma, pero no tenía ganas de hablar con él. No quería escuchar sus melosas palabras, no quería aparentar que estaba todo bien, quería gritar y hacer una pataleta; mientras le hacía la típica escena de celos. Pero se obligó a respirar hondo y acomodarse más cerca de él en el ascensor, para tratar de poner un manto de paz al asunto. Estaba actuando de manera infantil al alejarse de él y lo sabía, pero ciertas cuestiones eran más fuertes que ella. Se sentía tan idiota, ¿era posible que un beso la hiciese sentir con derechos? Por Dios, era patética, sus amigas de seguro la matarían si les contara lo que ella sentía y estaba haciendo; era una maldita amante del melodrama.

— ¿Ya no te hace calor? — Preguntó con ironía Eric, mientras cruzaba los brazos a la altura del pecho conteniéndose, para no atraerla contra su cuerpo, apretando las manos que pugnaban por ir en su búsqueda.

—De hecho... me hace un poquito de frío — Se abrazó a ella misma y se refregó los brazos con las manos para brindarse calor, ése era su mejor intento para que él la abrazara.

—Ya vamos a llegar al auto

— ¡¿Qué?! — Exclamó incrédula, bajando los brazos y manteniéndolos tensos a los costados de su cuerpo y abriendo los ojos de par en par.

—Que faltan dos pisos para llegar al auto y prenda la calefacción — repitió intentando contener la risa que le golpeteaba el pecho.

—Ahh perfecto, no te había escuchado bien — dijo imitando su postura y mascullando un “imbécil”

—Perdón ¿qué dijiste?

Había entendido perfectamente lo que había siseado, pero le encantaba la forma que tenía de pronunciar la palabra “imbécil”.

—Dije que “Ahhh pe...”

—No, eso no —la interrumpió —lo que siseaste.

—Imbécil.

—Ahh me pareció—dijo riendo y contemplándola desde su altura.

— ¡¿Qué?! — preguntó irritada al ver la sonrisa y el destello juguetón en sus ojos. Se estaba refregando la barbilla con el pulgar y la ponía muy nerviosa. Las puertas del ascensor se abrieron y Eric le cedió el paso. Caminando con un porte digno de una reina, Roma avanzó hacia la puerta principal con Eric pisándole los talones. Salieron del edificio y se encaminaron al auto de Eric; Roma ya lo conocía a simple vista, ése auto en particular le encantaba desde que había visto la película “El Transportador”, siempre había querido manejarlo igual que Jason Statham. Razón por la cual su padre nunca le compró un auto, conocía lo temeraria que era al volante y todavía no se recuperaba del susto que se llevó cuando la vio en el hospital por manejar como desquiciada. Habían pasado cuatro años del accidente, cuatro años donde le había jurado que de su bolsillo nunca saldría el dinero para comprarle un auto.

—Subí— dijo Eric, irrumpiendo en sus recuerdos, mientras le abría la puerta del acompañante.

—Gracias —se acomodó y se abrochó el cinturón.

Eric subió en silencio, su cara mostraba seriedad. Así se mantuvo imperturbable hasta que Roma no aguantó más y habló.

— ¿Eric?

— ¿Mmm? — respondió sin mirarla.

— Insisto en que debería haberme ido en un taxi.

— Me importa poco lo que creas — respondió sin desviar la atención del parabrisas, mientras cambiaba las marchas.

— ¿Podrías al menos impostar una cara amigable mientras me llevás? — La pregunta provocó que Eric se estacionara a un costado de la calle, apagara el motor y la contemplara como si no acabara de dar crédito a lo que escuchó.

— Te voy a explicar una cosa, yo nunca imposto mis estados de ánimo a las personas que realmente me interesa que sepan cómo me siento.

— ¿Te sentís molesto por tener que llevarme a mi casa? ¿Siendo que vos te impusiste?

— No, no estoy molesto por eso.

— Explicate.

— ¿Hace falta?

— Al parecer... — suspiró comenzando a exasperarse.

— Bien, vamos a poner los puntos en claro — dijo mientras se acomodaba para mirarla fijamente. Buscando intimidarla al arquear su ceja izquierda y cruzar los brazos al pecho. Estaba con la espalda pegada a la puerta del auto, pero la cintura no había cambiado de posición.

— Perfecto, te escucho — respondió altanera.

— Tenés veinticuatro años, edad que ya es considerada una persona como adulta, no podés andar cortando el teléfono de esa manera y menos a mí...

— Perdón ¿qué es eso de “y menos a mí”? ¿Qué, sos el gran jefe acaso?

— No, soy el hombre con el que estás saliendo — afirmó un poco irritado al tener que explicar quién era él en su vida.

— ¿Ah estamos saliendo? — Chasqueó la lengua al preguntar.

— ¿Qué te parece?

— Me parece que no estaba claro, porque NUNCA me invitaste a salir, discupame si no me había dado cuenta — respondió mientras se cruzaba de brazos y daba pequeños repiqueteos en el piso del auto.

Ante ese comentario, Eric se quedó meditando ella tenía razón. Se habían visto cuatro veces en total, la había llamado y hablado con ella; pero se le pasó el dato más importante: se había confiado en que la vería pero nunca porque él la hubiese invitado.

— Buen punto — concedió a regañá dientes.

— Y para que lo sepas no voy a lidiar con otro padre, Eric. Ya suficiente tengo con darle explicaciones de lo que hago o dejo de hacer a mi viejo, como para que se le sume el cavernícola que apenas conozco — agregó girando el cuerpo hacia el frente, se quedó en silencio evitando su mirada. Lo había puesto en jaque una vez más.

— Cuando te pregunté, no lo hice con ese objetivo — se defendió.

— Bueno, entonces fijate el tono que empleas para hacerlo — se giró por completo y vio que los ojos de él estaban centelleando, pero no pudo definir el sentimiento que lo provocaba.

— Reconozco que estaba molesto y celoso — admitió con sinceridad.

— ¿Celoso? — incrédula ante lo que acababa de escuchar, bajó la guardia.

— Sí, creo que así le dicen cuando sentís esas ganas terribles de romperle el cuello a quien intente arrebatarte a quien te gusta... — su voz sonaba cascada, era un tono más alto que un susurro, le erizó la piel ante lo sensual que lo hacía.

— Eric... — intentó interrumpir pero él la hizo callar y continuó.

—No soy muy afín a este sentimiento y no sé cómo controlarlo. Sé que es poco los que nos conocemos, pero no puedo evitarlo.

La sinceridad de sus ojos, que se mostraban abatidos ante la confesión, fue suficiente para impulsarla a sus brazos. Desabrochó el cinturón de seguridad y se acomodó en su regazo. Él acomodó la espalda en la butaca una vez más, y pasó a acariciarle la espalda con su mano izquierda, mientras su mano derecha descansaba en uno de los muslos expuestos de Roma.

—Te entiendo... —susurró mientras le acariciaba la mejilla —te entiendo, porque ese mismo sentimiento tuve hoy, al ver a la lagarta esa refregarse en tu cuerpo.

Al evocar ese recuerdo, volvió a sentir que la sangre le hervía de indignación.

—Así que, era eso lo que te molestaba — confirmó, mientras su pulgar derecho comenzaba a trazar vaivenes en el muslo de ella.

—Sé... sé que no debería sentir esas ganas de reclamar nada, pero sí, me molesto bastante —dijo con apenas un hilo de voz y cerrando los ojos dejándose llevar por el simple roce del pulgar de él en su muslo.

—Mirame — pidió él, en un susurro sobre sus labios. Ella obedeció, y abrió pesarosamente los ojos. Eric se percató de que la había excitado al ver el brillo en sus ojos y lo agitada que se había vuelto su respiración. Masculinamente satisfecho, sonrió ante lo receptiva que era a él, también se dio cuenta de que verla en ese estado lo enardecía —Soy tuyo, Roma —aseveró antes de besarla hasta desgastarle los labios.

—Eric... pará un poco.

Definitivamente se estaba volviendo loca, meditó, mientras ese hilo de cordura le decía que no era ni el momento ni el lugar para tener el primer encuentro con ese hombre. Separándose a penas, lo observó

—Si seguimos, no paramos —dijo sonriendo, mientras se perdía en la mirada de él.

—Me estas matando — se quejó él, mientras la abrazaba y se perdía en su fragancia. —Tu perfume me enloquece ¿cómo me dijiste que se llamaba?

—No te dije como se llamaba —respondió dándole un ligero beso en los labios.

— ¿Me lo vas a decir?

—Cuando me invites a salir — dijo guiñándole un ojo.

Eric rió y antes de dejarla volver a su asiento le dio otro beso. Arrancó el auto y aceleró por las calles.

Llegaron a su casa y se despidieron con otro beso igual de candente, Eric prometió pasarla a buscar para ir al boliche donde festejaba Sofía el cumpleaños, y le recomendó ponerse unos pantalones. Ante esa recomendación, Roma indagó sobre motivo por el cuál quería que se pusiera pantalones, pero él sólo se limitó a responderle que era una sorpresa.

Eric esperó a que ella entrara para poder arrancar e irse.

Roma sentía que flotaba hasta el portón de entrada. Con una sonrisa resplandeciente, se dio media vuelta y lo saludo. Abrió el portón y entro, sin ser conciente de la mirada asesina que la acechaba.

El muchacho ojos color acero, los contemplaba desde la oscuridad que le brindaba un árbol. Sumido en las sombras, maldecía el presente. Subió a su moto, con el firme propósito de salir a la luz otra vez. No solo la presión del Gran Jefe lo impulsaba, era tiempo de que el pasado saliera del rincón oscuro e hiciera acto de presencia. Con ese firme propósito, se dirigió al galpón.

—Espero que me traigas buenas noticias... — Comentó el Gran Jefe, mientras se encendía un cigarrillo.

—Ya tengo un plan.

Capítulo 6

El sábado por la mañana, Roma se había levantado temprano. Esa misma tarde, sus amigas habían quedado de pasar la tarde en su casa. Como todos los veranos, desde que eran niñas, rotaban las casas para pasar las tardes sosofcantes de verano, ese día la casa elegida era la de ella.

Como era costumbre, Roma las agasajaba con algunas delicias dulces. Inspirada en los sentimientos que Eric le suscitaba, se decidió hacer un Lemon Pie. El ácido del limón, lo comparaba con las discusiones que ellos solían tener; mientras que con el dulce merengue, evocaba la forma en la que él la hacía sentir cuando la miraba. Su tarta preferida, ahora tenía un dueño particular.

Su casa era de dos pisos, en la planta alta se encontraban las habitaciones y en la planta baja el living, el comedor y la cocina; la parte favorita de Roma. Una mesada de mármol blanco, bajo un gran ventanal donde podía pareciar su hermoso patio. Una gran extensión verde con una piscina en el medio. Una antigua hamaca de madera y todas las plantas de su madre. Una vista inspiradora para alguien que disfrutaba del arte de cocinar. Las encimeras de madera, eran su verdadero amor junto a todos los accesorios de cocina. Algunos modernos y otros antiguos, los amaba por igual. Para una familia como la de ella, la cocina era el espíritu del hogar. Las conversaciones trascendentales ocurrían allí, en la mesa redonda de roble cercana a la puerta ventana que daba acceso al patio.

Contempló la cocina y suspiró, soñando con su casa propia y diseñando, mentalmente, una cocina muy similar a la de su madre. Pero con las alacenas, algo más a su alcance. Esa era una de las desventajas que le traía ser considerada la gnomo de su hogar, todo estaba absolutamente alto. Suponía que sus padres jamás pensaron que alguien de su descendencia sería pigmeo. Teniendo en cuenta que su padre medía

cerca de metro noventa y su madre un metro setenta, siguiendo la lógica de la genética, toda su descendencia sería alta. Sólo su hermano, dos años mayor que ella, había acertado la lógica planteada. Para no tener que lidiar con sus quejas, Giulio, le compró una pequeña escalerita, para que pudiese alcanzar las alacenas, lo que provocó que su hermano se burlara constantemente de ella. Aún recordaba cómo su padre había llegado ilusionado con la solución al problema, su hermano había reído hasta que lágrimas resbalaron por sus mejillas. Con ese pensamiento feliz, se acercó a la mesada para empezar a preparar la mesa del Lemon Pie, un movimiento en el patio le llamó la atención, observó con mayor detenimiento y se fijó que sus padres estaban haciendo jardinería mientras reían cómplices ¿sería posible que ella algún día pudiera tener esa clase de amor? Esa complicidad, esa elección diaria de amarse y de luchar el uno por el otro, ese compromiso mutuo de respeto y de conquistarse todos los días. Hubo un tiempo en el cual, pensó que lo iba a conseguir. Hubo un tiempo en el que pensó que él era la libertad que tanto ansiaba, pero ese tiempo fue solo un sueño y cuando llegó el momento de despertar, por poco pierde la vida.

—Vos también vas a tener esa clase de amor — dijo su hermano, provocando que Roma diera un respingo.

—Por el amor bendito, Pato, casi me matas del susto— lo reprendió.

Su hermano sonrió, como si ese hubiera sido su objetivo ese día, se acercó a la mesa, corrió una de las sillas y se sentó.

—Nita ¿a qué hora vienen las chicas? — Le preguntó Pietro, utilizando el sobrenombre que le puso a la edad de dos años. Roma, en cambio, lo había apodado “Pato”.

—En un rato, Pato ¿por?

Ángela, Caterina, Josefina y María; eran las amigas mas íntimas de Roma. A las únicas a quienes les había confiado cada uno de sus secretos y aventuras, y estaba deseosa de que llegara la hora pautada para contarles sobre Eric.

— ¿Hablaste algo con Ángela? — Preguntó mientras se acomodaba en la silla de la cocina, mirando a su hermana que acomodaba los ingredientes para la tarta.

—Hablo muchas cosas con Ángela...

—Me refiero, que si le contaste que no estoy más con Lucía.

—No— respondió mientras le pegaba con la espátula en la mano, cuando intentó robar una galleta.

— ¡Ay! Eso dolió — se quejó riendo.

—Pato, las galletas son para la tarde —le reprendió como si su hermano fuese un niño pequeño.

—Estéfano me pidió permiso para salir con vos —comentó, dejando a su hermana en estado de shock. Roma, jamás creyó que llegara el día que Estéfano la invitara a salir. Bien sabido por todos era que ella, se había enamorado de él cuando era una adolescente. Pero, desde esa tierna edad de los quince, había corrido mucha agua bajo el puente. Había aprendido a verlo como el hermano mayor de Ángela y uno de los mejores amigos de su hermano. Incluso, parte de su grupo de amigos varones íntimos, pero nada más allá de eso.

—Espero que le dijeras que pierde el tiempo — se limitó a decir, mientras se ponía a elaborar la masa del lemon pie.

—¿Es por el tipo del Audi?

—No, no es por Eric.

—¿Entonces?

—Entonces parece que no sólo no me conoce, sino que además, llega tarde.

—¿Por culpa de Eric?

—Eric es moneda aparte, Pato. Esto es entre Estéfano y yo, él llega tarde a mí vida.

—No te entiendo...

—Tampoco es que te estoy dando un curso acelerado de chino mandarín, hermano— resoplo limpiándome las manos en un repasador y colocándolas en la mesa, miró a su hermano mayor a los ojos y continuó. — Pasaron muchas cosas en mi vida, Pietro. Algunas que sabés, otras que no. Personas que transitaron un camino conmigo de una forma y a otras les tocó acompañarme en paralelo. Estéfano jamás quiso cruzar ese paralelo, forma parte de mi vida, lo adoro, pero no como una mujer ama a un hombre.

—Y ahora estás con EL GRANDOTE.

— No estoy con nadie — se defendió. Pero le fue imposible no sonreír ante la posibilidad de empezar algo con Eric

— Y entonces ... ¿qué le digo a Estéfano?

— Decile que madure y que deje de ser tan imbécil.

—Y con Hércules ¿qué pasa? — Se interesó cruzando los brazos sobre la mesa.

—Se llama Eric. Y todavía no pasa nada...—respondió rascando su nuca. Gesto que no le pasó desapercibido a Pietro.

—Si no me quieres contar...

—No hay mucho para contar. Salimos esta noche, nada más.

Pietro se percató de la sonrisa que intentaba ocultar y decidió no presionar más. Después de lo vivido y sufrido, su hermana merecía ser feliz. Y si era Hércules quien le ponía ese brillo en la mirada ¿por qué no darle la oportunidad?

— Roma...

— Ángela está con alguien, Pietro— sentenció, adelantándose a su hermano. Lo conocía mejor que a cualquier persona en el mundo. Suspirando, lo enfrentó.

Pietro se encontraba como quien recibe un baldazo de agua helada.

— ¿Desde cuándo? — Susurró, con los ojos abiertos como platos.

— Un par de meses.

— ¿Yo también estoy en la misma posición que Estéfano con vos?

— No— dijo con firmeza.

— ¿Cómo sabés?

— Porque la conozco.

— Pe...

— No, Pietro — lo interrumpió. — No voy a decir nada más. Soy tu hermana y te amo, más allá del infinito. Pero ella es mi mejor amiga y no me voy a meter en medio. Fin del asunto. Crece, ponete las pelotas en su lugar y jugatela de una puta vez por quien amás.

Pietro no dijo nada, no había más que agregar al discurso de su hermana. Se levantó y la abrazó

elevándola del suelo, provocando que a ella se le formara un nudo en la garganta y se le empañaran los ojos. Siempre le sucedía cuando su hermano le daba esa clase de abrazos.

—Te voy a llenar la remera de masa cruda—dijo carraspeando, aclarando su garganta y parpadeando para que el velo de lágrimas desapareciera. Su hermano la conmovía de una manera muy particular.

—Siempre tan sensible, mi pequeña saltamontes— susurró antes de depositarle un beso en la frente.

—Sí, pero no se lo digas a nadie.

—No entiendo por qué te escudas siempre en esa frialdad ¿quién te hizo tanto daño?

—Algunas veces, la vida, te va golpeando de tantas formas que una se tiene que proteger.

—Después de tu accidente, cambiaste ¿sabés a qué me haces acordar?

—A ver...

—A una mina de carbon, guardando todo ese oro maravilloso que hay en tu interior.

—Entonces solo debo esperar a un minero paciente— respondió, mientras acomodaba la masa en la tartera.

—Supongo que alguien que realmente vea más allá de tus muros, valdrá la pena para quedarse con el hermoso tesoro que sos.

Roma contempló a su hermano y no pudo evitar preguntarse si esa persona podría ser Eric.

—Por más dulce que seas conmigo, no te voy hablar de Ángela.

—Siempre se te dio tan mal aceptar los cumplidos...—suspiró un poco ofendido. —Y tan bien arruinar los momentos.

—Pato... yo no...

Su hermano no le dio tiempo a terminar de formular su disculpa porque dio media vuelta y se fue, dejándola anclada en la cocina y con el corazón lleno de culpa.

A la hora de la siesta, sus amigas habían llegado. Instalándose en el patio, al lado de la pileta, esperaban impaciente a que Magdalena se les uniera a tomar sol y escuchar lo que Roma tenía para contarles.

—¿Podrías ir adelantando algo? — Le pidió Caternina.

—Saben cuánto detesto repetir las cosas, falta mi madre — respondió mientras se pasaba bronceador en el cuerpo.

Mientras esperaban, Ángela, se puso a contarles sobre el chico con el que estaba saliendo y les confesó que todavía no se sentía lista para dar el paso y entregarle la virginidad.

—Tenés veinticuatro años, Ángela — la reprendió Josefina, mientras se acomodaba en uno de los sillones cama blancos, que se encontraban cerca de la pileta.

—Ya lo sé, pero para mi eso es algo muy importante— se defendió, frotándose el bronceador con mayor

ahínco.

—Querida, la virginidad está muy sobrevalorada. Y a menos que seas un aceite de oliva, tu calidad como mujer no depende de eso— comentó, María, mientras se servía limonada.

—No es por eso que no lo hago...

—Chicas, calma— pidió Roma.—Es un paso muy importante para todas, algunas lo toman más especial que otras. Y si ella no se siente lista, entonces no lo hace. Tenés que estar segura y convencida de con quién vas a compartir ese momento tuyo.

—Cuando fue tu primera vez ¿lo amabas? —Preguntó Ángela, haciendo que Roma suspirara ante el recuerdo. ¿Lo había amado realmente? ¿O todo había sido una ilusión? De algo estaba segura, cuando pasó, estuvo enamorada. Pero, estar enamorada no es lo mismo que amar.

—Estaba enamorada en su momento.

—O sea, lo amabas.

—No, no es lo mismo estar enamorada de alguien que amar a esa persona.

—¿Cuál es la diferencia? —Preguntó María.

—Cuando estas enamorada, amás la ilusión que esa persona te genera. Por lo general son los primeros meses. Cuando realmente amás a esa persona, amás incluso sus defectos. Yo odiaba sus defectos, quería cambiarlos, quería transformarlo. Me llevó mucho tiempo comprender dos cosas: la primera, que los hombres jamás cambian y la segunda que, si realmente lo hubiera amado, no lo hubiese querido cambiar; porque lo había conocido así.

—¡Ay, Dios, Chicas! — Exclamó Ángela, llevándose una mano a la cabeza y caminando de un lado a otro.

—¿Qué? — Le preguntaron todas a la vez.

—Que no estoy enamorada, ni lo amo—admitió levemente asustada.

—Ya lo sabíamos— rio Roma.

—¿Cómo que lo sabían, Roma?— le increpó ofendida, ¿cómo podía ser que sus amigas del alma, no le hubiesen hecho ver la luz?

—Porque seguís enamorada y amas a mi hermano.

—Misma razón, por la que nunca vas a estar lista para nadie más—acotó María.

—Me enteré que ya no está más con Lucía— comentó sugerente Josefina.

—Eso no quiere decir que vayamos a estar juntos— respondió, aunque internamente la idea le hacía cosquillas en el estómago.

—Juro que ustedes dos me tienen harta— se quejó Caterina.

—Te voy a dar el mismo consejo que le dí esta mañana, cuando me preguntó por vos — dijo mientras se levantaba y la enfrentaba. — Ponete las pelotas en el lugar que corresponden y luchá por lo que querés.

—¿Te preguntó por mi? — Logró articular anonadada.

Roma se limitó a sonreír sin decir nada más. Ahora que sabía en qué posición se encontraba su amiga, darle una pequeña ayuda a su hermano, no estaba mal. Pero tampoco era cuestión de exponer a su hermano y menos, facilitarles tanto las cosas.

—¡Ahí viene Magda! — Exclamó Caterina, poniendo fin al asunto.

Magdalena caminaba a paso seguro, con el pareo atado a su cintura y los enormes lentes de sol protegiendo sus ojos. Con una sonrisa gigante se acercó a su hija y la besó en la mejilla, repitió la acción con las chicas, que para ella, eran sus hijas adoptivas.

—¿Me perdí mucho? — Preguntó mientras se acomodaba en el sillón vacío y se disponía a ponerse bronceador.

—Tu hija no quería largar prenda hasta que llegaras—acusó Caterina, atendiendo a la mirada desesperada de Ángela para que no se tocara el tema de Pietro con Magdalena.

—Bueno, acá estoy. Desembuchá.

Roma las observó, estaban todas expectantes. Decidió ser sincera y contar absolutamente todo con lujos de detalles. Desde que se lo cruzó en la calle, llegando al beso y al pedido de Eric de que se pusiera pantalones. También les contó lo que él le provocaba. Las sensaciones que jamás había sentido con alguien y el miedo que le producían. Alguien que apenas conocía, la hacía sentir que podía volar y, a su vez, que caminaba en tierra firme.

—Ese beso, para que lo entiendan, fue el Big Bang.

—Nunca te habíamos escuchado hablar así— le dijo Caterina.

—Lo sé, despertó mi lado cursi — respondió apenas sonrojada.

—A mí, lo que me deja más tranquila, es que te haya pedido que uses pantalones...

—¡Mamá!

—Y sí, hija, con esa química que intuyo que hay entre ustedes...

—Química, física y van por la historia — acotó María, haciendo que todas empezaran a reír.

El teléfono de Roma comenzó a sonar, se levantó aún riendo y negando con la cabeza.

—Hola, Su Media Majestad — lo saludo, mientras se alejaba para tener un poco más de intimidad.

—Hola, Corazón —la saludó él, provocando que las mariposas aletearan desaforadas en el estómago de ella.

—¿Cómo estás?

—Deseando verte ¿vos?

—Igual.

—¿Qué estás haciendo?

—Tomando sol con mis amigas y mi mamá.

—¿Sabés lo prejudicial que son los rayos U.V a esta hora?

—Si te sirve de consuelo tengo bronceador y, cada tanto, me meto a la pile para no insolarme.

—El bronceador no es protector solar, Roma.

—Doctor, ese es el riesgo que elijo tomar para lucir un bronceado.

—Ya te voy hablar de los riesgos.

—¿A qué hora me pasas a buscar? — Preguntó, cambiando de tema. No quería discutir con él.

—A las nueve ¿te parece bien?

—Sí, ese horario me queda perfecto.

—Ya que escuche tu voz, puedo continuar con mi día hasta que sea la hora de verte.

—¿Qué tenes planeado hacer hasta que nos veamos?

—Matar el tiempo en la casa de mis padres. Va mi hermano con su familia a pasar la tarde.

—¡Tenes sobrinos! — Exclamó encantada e ilusionada, adoraba a los niños.

—Sí, tengo dos — respondió risueño.

—¿Son muy grandes?

—Nicolas tiene cuatro años y mi princesita, India, tiene un año.

—Tienen unos nombres preciosos y unas edades divinas.

—Son unos demonios de Tazmania.

—Es porque son pequeños y buscan explorar el mundo.

—Vos porque no los conoces.

—No te entretengo más, dejo que vayas hacer tu papel de tío.

—Roma, vos no me entretenés— afirmó, haciendo que la piel de ella se erizara, siendo consciente de que esas palabras encerraban algo más profundo.

—Nos vemos a la noche —susurró ella.

—Ya estoy contando las horas — dijo él, a modo de despedida.

Cuando se espera a que sea el momento convenido, las agujas del reloj tienden a burlarse de uno y retrasan su paso. Así es como lo veía ella mientras se arreglaba, ansiosa por verlo. Sus amigas la habían aconsejado en el vestuario y, como si de un ritual se tratase, todas estaban en la habitación con ella ayudandola a prepararse. Debido a que Magdalena había salido con Giulio a cenar, las chicas habían quedado a cargo de todo el apoyo moral que la situación ameritaba.

—Estás alusinante — le dijo Ángela, cuando Roma les mostró el resultado final de su producción. Había elegido una camisa semi transparente negra entallada y algo mas larga en la espalda, unos shorts de jean celeste y unos zapatos taco aguja, negros charolados. Caterina, había hecho una trenza espiga floja en su cabello dejando sus facciones despejadas. Roma se había maquillado delineando sus párpados de negro y usando mucha mascara de pestañas dando un efecto increíble en sus ojos. Para sus labios utilizó un labial rojo pasión, de esa marca que duraba dieciséis horas y se podía comer, beber y besar quedando intacta.

—¿En serio? — Preguntó insegura mientras se contemplaba en el espejo, girando de un lado a otro, buscando imperfecciones.

—Diosa absoluta — le aseguró Caterina, tirada en el puff.

—¿Pero no creen que es muy...? — Preguntó gesticulando con las manos, dando a entender que era demasiado.

—Estás perfecta — le aseguró María, que estaba acostada boca abajo en su cama.

—Pero...

—¡Basta Roma! — Le gritó Josefina, mientras se levantaba de la punta de la cama donde se encontraba sentada y se acercaba a ella, tomándola de los hombros y mirándola a los ojos le dijo: —Estás preciosa, sos preciosa, basta de inseguridades—finalize y Roma se abrazó a ella.

—Roma, te busca Hércules en un pegazo de muerte — informó Joaquín, hermano de Caterina y uno de los mejores amigos de su hermano, desde el otro lado de la puerta.

—¡Mierda! Decile que ya bajo, Joaco, por favor — le pidió mientras se abanicaba con las manos y respiraba nerviosa.

—Alguien está ansioso de verte... — comentó Ángela, al dares cuenta de que Eric llegaba quince minutos antes.

—¿Qué clase de insensible llega antes? — Se quejó mientras comenzaba a pasear de un lado a otro por su habitación, intentando inútilmente calmarse.

—¿Por qué insensible? — Se extrañó María.

—Porque llega antes ¿y si yo no estaba lista?

—Pero lo estás — respondió Ángela.

—Bajemos a conocer a tu Medio Príncipe — propuso entusiasmada Josefina. Mirandose por última vez en el espejo y perfumandose con el perfume que sabía que a Eric le gustaba, se dio valor y salio a su encuentro, con su séquito por detrás.

Bajó las escaleras lentamente, haciendo notar su presencia. A mitad de la escalera, su mirada se encontró con la de él. Una sonrisa plena dividió el rostro de ella, él la seguía contemplando embelezado.

—Criatura divina, jamás dijiste que estaba tan bueno — le susurró Josefina.

—Debería ser ilegal — comentó María.

—¿Todos esos músculos existen de verdad? — Preguntó Ceterina.

—Está para el crimen y la reconstrucción de los hechos — afirmó Ángela.

—Señoritas... — advirtió Roma, desviando apenas la mirada de Eric. Estaba impresionante, vestido con una camisa verde musgo que le acentuaba el color de los ojos, unos jeans negros y unas zapatillas de vestir, también negras. Su cabello estaba sujeto en una especie de nudo a mitad de cabeza. Le pareció la vision más viril que sus jóvenes ojos habían contemplado alguna vez.

Terminó de bajar las escaleras y se dirigió a paso seguro a su encuentro. Con los tacos, ella le llegaba a mitad de pecho, por lo que elevando la cara se dejó besar ligeramente en los labios por él, quien se había encorvado apenas.

—Hola — lo saludó sonriendo.

—Hola — respondió él, de igual modo.

—Llegaste antes.

—Con vos siempre siento que nunca estoy antes — susurró, mientras la tomaba de sus mejillas y volvía a besarla apenas en los labios. Roma simplemente le sonrió encantada. El carraspeo de Josefina la sacó del trance y separándose apenas de él, pasó hacer las presentaciones; y una vez que terminaron se despedieron de todos y se marcharon.

—Quiero ver la cara de mi hermana, cuando se tope con la Ducati — comentó Pietro, risueño, una vez que ellos se marcharon.

—¡Por Dios, qué pedazo de macho! —Exclamó exaltada Catalina.

—No sabía que ciertos músculos existían en la anatomía masculina.

—¿Cómo vas a saberlo si tu novio es un fideo, María?

—¡No le digas así, Ángela!

—Perdoname María, pero este tipo me alteró el filtro.

Estefano las observaba reírse y seguir halagando a Eric, ahora había podido ponerle rostro a su peor enemigo, a ese hombre que le estaba arrebatando lo que por derecho le pertenecía a él. Nadie la conocía mejor que él, había sido su primer amor, conocía al detalle cada una de las caras de Roma, lo que le gustaba y lo que no, conocía toda su historia. Era él el hombre para ella y no ese intruso.

—Menos mal que tus viejos salieron hace unos diez minutos...

—A mi viejo le daba un infarto si la veía así vestida y subida a esa moto — le contestó risueño a Luciano, mellizo de Pablo, hermanos de Josefina.

—¿Qué te pasa Estéfano?

— No me gusta ese tipo, Pablo.

—No te gustaría nadie que salga con mi hermana, Estéfano.

—Ahh porque a vos te encanta el tipo que sale con mi hermana, ¿verdad, Pietro? —replico sarcástico

—Son dos pelotudos —acusó Genaro. Ante ese comentario, ambos giraron y miraron de manera asesina a su amigo.

—Volvamos al ensayo mejor—Sugirió un molesto Estéfano.

Desde que eran adolescentes habían formado una pequeña banda de rock. Con el apoyo y la ayuda de la madre de Estéfano que era profesora de música y una excelente cantante, empezaron a incursionar en este hobby. Se juntaban religiosamente todos los fines de semana a ensayar y después hacían campeonatos de futbol en la play station. La casa de los Casalegno era el punto de encuentro.

Roma y Eric, caminaban a paso lento por el pequeño camino de entrada, iluminado por algunas farolas antiguas, conversando sobre el día que había tenido cada uno, cuando Roma se detuvo en seco.

—¿Te olvidaste algo? — Preguntó él, al dars cuenta de que ella había quedado clavada en el suelo y abría los ojos desmesuradamente.

—¿Está todo bien? — Insistió al ver que ella no reaccionaba.

—¡¡¡POR DIOS, ERIC!!! Decime que no estoy alucinando y lo que ven mis ojos es una Ducati ST3 negra modelo 2006.

—No, no estas alucinando — respondió riendo ante la reacción de ella al ver la moto.

— ¡Ay, por Dios! Es tan hermosa — comentó mientras se acercaba a la moto. Eric observaba asombrado, ella la acariciaba como si de un tesoro precioso se tratase. Se había acuclillado para observar cada detalle de la Ducati y comenzó a enumerar las modificaciones, como si fuese un perito forense. Anonadado ante los conocimientos de ella, se posicionó junto a ella e hizo algo que nunca habría pensado hacer con una mujer, comentar y detallar los cambios en la moto.

— ¿Te dije que estas hermosa? — Preguntó mientras la atraía hacia su cuerpo y la obligaba a mirarlo, intentando ganar un poco más de atención que la moto.

—Pero la moto es más hermosa — respondió desviando la mirada hacia la Ducati nuevamente.

— ¿Qué me decís de quién la maneja? — Preguntó sonriendo, mientras la abrazaba. Ella lo miró mientras deslizaba sus brazos alrededor del cuerpo de él y le sonrió.

— ¿Estás buscando un halago?

—Mmmh podría ser... — respondió dándole un pequeño beso en la punta de la nariz.

— ¿Celoso?

—Un poquito — sonrió y se encorvó un poco más para oler su cuello, su perfume lo enloquecía.

—Digamos que estas acorde a tu moto — dijo con los sentidos nublados y los ojos cerrados.

—Sos pésima para halagar a alguien — comento riendo antes de devorar sus labios rojos.

—Es que cuando me recorrés el cuello con tu nariz no puedo pensar con claridad — se defendió una vez que sus bocas se separaron.

Sonriendo mientras negaba con la cabeza, él le dio un ligero beso y se separó para darle el casco que iba a utilizar ella. Roma abrió el portón de entrada, Eric arrancó la moto, haciendo que el ronroneo le provocara un hormigueo a ella en la piel. Roma cerró el portón y él le tendió la mano, ayudándola a subir. Ella se abrazó al cuerpo de él y se fueron al encuentro de su primera salida solos.

Dándoles unas cuadas de ventaja, el muchacho ojos color acero, encendió su moto y se dispuso a seguirlos.

Después de haber estado dando vueltas en la moto de un lado para otro, se decidieron por un hermoso y pequeño restaurant en las afueras de la ciudad. El lugar, estilo casona de los años cincuenta, daba un aspecto íntimo y familiar. La noche estaba preciosa, por lo que decidieron comer en una mesita ubicada fuera del restaurant.

—¿Te gusta el lugar? —Preguntó algo ansioso Eric.

—Me encanta—respondió mientras miraba para todos lados maravillada.

—¿Qué comemos?

A Roma no le hizo falta abrir el menú y sugirió pizza para comer y una Coca-cola para tomar. Mientras esperaban a que les trajeran su pedido, comenzaron hablar de cómo les había ido en la semana, del

tiempo y Eric le pidió que le contara quienes eran los que estaban en su casa esa noche.

—Empezando por las chicas, la morocha de mas o menos mi estatura, es Ángela, hermana de Estéfano. La rubia alta, Josefina, hermana de los mellizos Pablo y Luciano. Catalina es la colorada, que como habrás asociado es hermana de Joaquín y la castaña es María, hermana del insurrecto de Genaro. Bueh y Pietro es mi hermano —enumeró y detalló.

Roma se corrió apenas para darle lugar al mozo a que sirviera la bebida bien fría y Eric aprovechó esa pausa para preguntar lo que hacía media hora atrás le había hecho hervir la sangre.

—¿Pasa o pasó algo entre vos y Estéfano?

Antes de responder, Roma dio un pequeño sorbo a la gaseosa y se aclaró la garganta.

—Cuando era más chica, creía que era el amor de mi vida. Después crecí y comencé a mirarlo como a un hermano.

Para ser sincero, Eric no se esperaba esa respuesta tan directa. Le molestó la idea de que ella hubiera amado a alguien, pero se maldijo por idiota. Ella tenía un pasado, y en aquel entonces estaba en todo su derecho de haber amado a otro, pero ahora él era su presente y el único en su vida. <<¿De dónde vino ese pensamiento?>> se preguntó mentalmente, desconociendo el origen de tamaña filosofía por primera vez en su vida.

—Contame algo que nadie sepa —le pidió para cambiar de tema, aunque en lo mas profundo de su ser, ansiaba conocerla mejor que nadie, incluso mejor que ella misma. Quería aprender de ella, observarla era su hobby preferido, sus gestos, la forma en que su mirada se iluminaba o se opacaba cuando hablaba de tal o cual forma. La manera en la que su cuerpo temblaba cuando él la besaba.

—¿Algo como qué?

—No sé, simplemente algo que nadie sepa...

—¿Nadie en general o un nadie en particular?

Roma intuía que Eric quería conocerla mejor que Estéfano y eso, sin querer, le hizo brincar el corazón. Eric se limitó a sonreírle, no iba a responder esa pregunta y le hizo el gesto con la mano para que sea ella la que respondiera a su pregunta, no le gustó que ella adivinara esa pequeña cuestión, era una joven muy perspicaz.

—¿Me vas a contar o no?

—Estoy pensando qué puedo contarte y que no utilices en mi contra.

—Prometo no hacerlo —contestó sonriendo, mientras levantaba apenas su mano derecha en señal de juramento.

—Muy bien, te creo.

—Te escucho entonces.

—Le tengo una especie de miedo irracional a las escaleras.

—¿Vértigo? ¿Ese es tu gran secreto? —Preguntó incrédulo

—¿Qué esperabas?

—No se, que me contaras que alguna vez fumaste hierba o cosas así.

—No soy tan mala como aparento ¿no es así?

—Nunca dije que aparentaras ser mala.

—Pero te lo esperabas...

—Ciertamente...

—No soy la clase de chica a la que estas acostumbrado, Eric. Soy simple y no tengo gracia alguna.

Ese arrojito de sinceridad la hizo sentir incómoda. Él la observaba como si le hubiese salido un cuerno en medio de la frente.

—Ciertamente no sos la clase de chica con la que acostumbro a salir y eso, precisamente eso, es lo que mas me gusta de vos. Y créeme, no creo que seas simple, en lo absoluto.

—Me refiero a que no soy una supermodelo, con piernas infinitamente laaargaaas, y no soy de las raquídeas que ciertamente son las rubias que te gustan ¿o no?

—¿De dónde sacas tanta estupidez?

—Bueno, la gente habla y comenta...

—¿Ah si?— Se interesó, mientras se cruzaba de brazos sobre la mesa.

—Yo ya sabía de vos, hace mucho que Brenda y Mariela quieren que te conozca...

—Y Sofía es la que te dijo esa idiotez de las modelos —supuso bastante indignado.

—En realidad no fue tan así, o sí. No recuerdo bien, sólo que comentó que era una lástima que yo no fuera de tu tipo y sinceramente no le di mayor importancia porque, para ser honesta, no me interesaba conocerte...

—¡Auch! —Exclamó llevándose una mano al corazón, como si las palabras de ella le hubiesen dolido de verdad.

—Perdón, pero es la verdad. No me gustan las “citas a ciegas”, donde mis amigas me presentan a los amigos solteros de sus novios. Me parece deprimente...

—Ahora que me acuerdo Brenda insistía que tenía una amiga nueva para presentarme.

— Brenda es de terror —comento indignada y con una pequeña risita.

—Ciertamente...—concordó, relajando su postura.

— ¿Hace mucho que sos amigo de los chicos?

—De toda mi vida, creo que no tengo un solo recuerdo de mi infancia sin ellos.

La pizza llegó y cada uno se sirvió. Roma tuvo que contenerse para no agarrar la pizza con la mano y darle una dentellada enorme.

Eric la observaba comer y deleitarse, nunca nada le pareció más erótico que los soniditos que emitía mientras saboreaba la pizza.

—Ahora es tu turno —le dijo ella, mientras se limpiaba los labios, con cuidado, en la servilleta.

—¿Mi turno de qué? —Preguntó mientras se llevaba el vaso de gaseosa a la boca y sorbía un trago.

—De contarme algo que nadie sepa.

—No.

—¿Por?

—Porque no me has contado un verdadero secreto, y no me..

—Canto —lo interrumpió abruptamente.

—¿Qué?

—Querías saber algo que nadie sabe, bueno ahí está. Tomo clases de canto desde los ocho años a escondidas de todo el mundo. Sólo la madre de Ángela sabe, porque es quien me enseña hace dieciséis años. Si bien, Ángela sabe que tomo clases, al igual que Cat, Jose y María; nunca me han escuchado cantar.

—¿Por?

—Porque me da vergüenza.

—Cantás y bailás, podés ser toda una estrella en Hollywood.

—¡Ja! Chistoso —Roma le dijo mientras le tiraba la servilleta de papel, hecha un bollo, en la cara y Eric logró atraparla en el aire antes de que le impactara.

—Te he besado, has comido y bebido y esa boca sigue igual de roja y llamativa como cuando bajaste las escaleras —expresó sus pensamientos en voz alta, lo sabía. Pero esos labios no lo dejaban ser racional, lo estaban volviendo loco.

—Es precisamente ése el encanto de este labial, dura dieciséis horas y se puede “comer, beber y besar” y va a quedar intacto.

—Sonas como un spot publicitario.

—Es un spot publicitario ¿vas a seguir cambiando el tema o me vas a contar algo que nadie sepa?

—Mal que te pese no hay nada que contar...

Sabía que estaba mintiendo, Roma tenía la capacidad de leer a las personas, y sabía que estaba ocultando algo. Se sintió molesta por haberse expuesto un poco y él no, aunque supuso que lo de él era mucho mas profundo que la idiotez suya de cantar.

—Todos tenemos secretos, Eric, incluso vos, y esta bien que no me los quieras contar, al fin y al cabo, somos dos perfectos extraños.

—Quiero dejar de ser un extraño para vos —le dijo mientras la tomaba de las manos y conectaba su mirada con la de ella.

Los ojos de Eric, habían adquirido el color del brandy, el círculo verde que envolvía al centro dorado había desaparecido en la tenue iluminación del lugar. El corazón de Roma comenzó a latir con fuerza y su respiración se entrecortó.

—Ya regreso— articuló algo perturbada.

Necesitaba cortar el momento, necesitaba despajarse. En realidad lo que necesitaba era salir huyendo, pero sólo se lo permitió dos segundo mientras se dirigía al baño.

En el baño, Roma se quedó mirando su reflejo en el espejo, ciertamente se veía increíble con esa trenza, y sus rasgos se asentuaban aún más. Puso las manos bajo el chorro de agua fría y se sonrió.

—¡Por Dios! —Exclamó cuando se vio el orégano entremedio de sus dientes frontales. —¿Esto estuvo todo el tiempo entre mis dientes? ¡Mierda!

Una vez que se quitó el orégano reunió el valor para regresar a su lugar en la mesa.

Al verla regresar con paso decidido y el semblante un poco molesto, se dijo que algo no andaba bien.

—¿Por qué no me dijiste? —Le increpó mientras se sentaba.

Eric no entendía a que se refería, por su mente cruzaron miles de hipótesis en medio segundo. Sabía que la mayoría eran imposibles ya que era la primera vez que iba a ese lugar.

—¿Decirte qué? —Preguntó en igual tono molesto.

—¡Que tenía orégano entre mis dientes!

—Porque no me pareció de buena educación —se defendió, intentando aguantar la risa que pugnaba por brotar de sus labios.

—¿Y si te pareció de buena educación dejarme hacer el ridículo?

—Estas exagerando.

—¿Yo exagerando? Tené la caballerosidad de decir que “lo sentís”.

—¿Qué pretendías? ¿Qué te dijera “che, tenés orégano entre los dientes”?

Le parecía la discusión más idiota e insólita que había tenido en su vida.

—Si, hubiera sido lo mas decente.

—Pero no lo más caballeroso.

—Y ahora supongo que me tengo que creer que no mirabas mis dientes cuando me decías lo del labial...

—Tenés una boca demasiado sexy como para que una pequeña hojita de orégano entre tus dientes hagan que me distraiga.

—Si hubiese sido al revés yo, te lo hubiera dicho...

—No lo dudo...

Se contemplaron en silencio por unos, hasta que Roma no aguantó más y estalló en una carcajada. Eric agradecido también la acompañó.

De repente se quedó contemplándola maravillado ante su risa, sintió como su corazón se aceleró junto con su respiración, un pequeño temblor le recorrió el cuerpo, se levantó de golpe y se encaminó al baño.

—¿Eric? —Preguntó algo inquieta mientras se secaba con delicadeza las lágrimas que la risa le había provocado.

—Ya vengo —respondió sin darse vuelta.

Se dirigió al baño de caballeros y comenzó a chequearse mentalmente los síntomas, sabía que estaba bien clínicamente, pero no comprendía qué era esa aceleración que sentía en el pecho, ni esa falta de aire en los pulmones. Tomó su celular del bolsillo y llamó a Marcos.

—Eric ¿qué pasa? —Preguntó preocupado cuando atendió el teléfono.

—No sé, de repente me falta el aire y siento que el corazón me galopa como un caballo desbocado. Marcos, no sé que me pasa.

—¿No estabas con Roma cenando?

—Sí, me escapé cuando empecé a sentir esto en el cuerpo. Hasta un leve mareo tuve.

—¿Qué estabas haciendo cuando esto sucedió?

—Estaba riendo con ella y después me quedé estático observándola.

La carcajada de Marcos lo dejó tranquilo y al mismo tiempo lo indignó.

—¡Será posible! Te llamo preocupado y vos te me cagás de risa.

—Perdón, perdón. Es que estas enamorado, amigo mío.

—Imposible, recién la conozco.

—La verdad no sé para qué me llamás, si no quieres oír lo que te digo. Haceme el favor de volver con la mujer que esta en la mesa esperando y calmate. Nos vemos en un rato.

Dicho esto, cortó la comunicación, dejando a un pasmado Eric en el baño.

No le quedó mas remedio que volver a la mesa.

—¿Estas bien? —Preguntó cuando él se sentó frente a ella.

—Sí, fui a chequearme los dientes —mintió.

—Te dije que si hubieras tenido algo yo te lo decía.

No le creyó en absoluto, de igual modo, decidió seguirle la corriente.

—¿Puedo pedirte algo? —Preguntó al tomarle las manos.

Roma sabía que estaba perdida, podía pedirle cualquier cosa y ella diría que sí. Su voz, profundamente masculina acompañada de su mirada intensa, operaban en ella de una manera subyugante. Él, podía pedirle el mundo y ella se lo iba a dar.

—A ver... Decime...

—¿Cantarías para mí?

La pregunta, acompañada de esos movimientos circulares de sus pulgares en el centro de la palma de su mano la desestabilizaron.

—Algún día —prometió.

—Prometeme al menos que voy a ser el primero en escucharte.

—Te prometo que vas a ser el primero que me escuches.

—¿Lista?

—¿Para qué?

—Para irnos a dar una vuelta antes de encontrarnos con todos en el boliche

— ¡Ah! Si, estoy lista.

— ¿Roma?

— ¿Qué?

— ¿Esperabas algo más?

—El postre, tal vez...

—Perdón, me olvidé ...

—Nada que disculpar. Pedí la cuenta y nos vamos...

—Pero si acabás de decir que querías postre.

—No importa Eric, se me antoja más ir a dar una vuelta en la moto.

—Me estas mintiendo...

—No, me debés el postre. Pero va a quedar pendiente —dio la conversación por terminada y esperó hasta que el mozo les trajera la cuenta.

Eric pagó y se marcharon en silencio.

—Eric... — lo llamó, cortando el mutismo que habían adquirido al encaminarse a la moto.

— ¿Sí? — Preguntó temeroso de la entonación que ella usaba al decir su nombre, por alguna extraña razón intuía que iba a ser su perdición.

—Yo se que no nos conocemos mucho, pero me gustaría pedirte algo.

—Pedime el mundo Roma y te juro que soy capaz de ponerlo a tus pies.

La declaración, provocó que ella se desestabilizara.

—Tanto como el mundo no, solo que me permitas manejar la moto...

— ¿Mi moto? — Alucucinado, Eric, la contempló como si no hubiera entendido realmente lo que le estaba pidiendo, o si en verdad esa pequeña mujercita sabía manejar. Había algo en ella que la hacía lucir sexy arriba de su moto. Cuando pensó en invitarla a salir, en ningún momento se le cruzó por la cabeza pasarla a buscar en su moto, de hecho hacía muchos años que no la utilizaba, pero un deseo profundo en él lo había hecho decidirse. A lo mejor el hecho de imaginarla a horcajadas y aferrada a su espalda y la estúpida erección que le siguió a continuación le hizo pedirle que se pusiera pantalones. Ahora, en ese preciso instante, imaginarla a ella delante de él, con esos mini shorts adheridos a su precioso culo, sus hermosas y torneadas piernas tomando el control, sería como hacerle el amor, pero sin desvestirla.

Se obligó a poner su mente en frío y replantearse muchas cosas. Todavía no había superado del todo el trauma de su accidente, tan solo apenas cuatro años atrás, haber accedido a su impulso de subirse y subirla a la moto era un gran paso. Tener el control lo hacia sentirse seguro, pero no estaba muy convencido con dejarla tomar el control a ella, no por el momento.

Ella lo contemplaba con anhelo ¿cómo rehusarse a esa encantadora mirada?

—Sí ¿qué otra moto iba a ser?— Replicó como si fuese una obviedad.

— ¿Sabés manejar motos?

Continuaba sin dar crédito a lo que ella le estaba diciendo.

—Por supuesto, de otra forma, no te pediría que me dejes llevarla.

— ¿Y no te parece que ese era un secreto mejor que el de cantar?

—Es que muchos saben mi pasado con las motos— se defendió.

—Hagamos un trato—dijo, dándose un instante para formular la vía de escape, coninuó:— Cuando vos cantes para mí, yo te dejo manejar — propuso sabiendo que ella no iba a acceder.

—¿En serio? — Preguntó entusiasmada.

—Te lo prometo—sonrió.

—Golpe bajo, Doctor Carson.

—Nunca juego limpio, Casalegno — respondió guiñándole un ojo y, decidido a ejercer más presión, continuó.—Tengo un amigo que tiene un pub con un karaoke a unas cuadas de acá.

Ella lo miró sorprendida y él se dio cuenta que estaba debatiendo internamente.

—¿Estarías dispuesto a que yo maneje hoy la moto?

—¿Estarías dispuesta a cantar hoy en público? —Retrucó él.

—Por manejar hoy, sí, estoy dispuesta.

—Entonces, vamos — dijo mientras le tendía la mano.

Roma deslizó su mano por la de él y entrelazando sus dedos, sintió que había llegado a un lugar cálido, muy parecido al hogar.

—Te pareces a Belona— comentó sonriendo, Eric.

—¿A la diosa romana de la guerra?— Preguntó incrédula ante el arquetipo que él le había asignado. En su pasado la habían bautizado de otra manera, pero de eso había transcurrido tanto tiempo que casi ni recordaba lo que se sentía cuando un hombre la llamaba con un sobrenombre.

—Sí. Si tuviera que evocarla, la imaginaría con tu rostro y tu cuerpo, blandiendo una espada o dirigiendo a sus soldados.

Lo último lo expresó en un sexy susurro mientras la recorría con la mirada cargada de lujuria.

—¿Sabes de mitología romana? — Intentó cambiar de tema, Roma sentía que sus piernas se volvían de plastilina.

—Me gusta la mitología en general.

—¿Tu preferida?

—La griega.

—Es la madre de las mitologías — concedió.

Caminaron entre acuerdos y desacuerdos de las mitologías europeas, a Eric le fascinaba el cambio que operaba en ella cuando debatía ¿cuándo fue la última vez que conversó de mitologías con una mujer? Se preguntó, llegando a la conclusión de que nunca había disfrutado de esta comunicación tan fluída con una.

—Llegamos — Le anunció a Roma.

Ella se preguntaba si había sido una buena idea aceptar el desafío. Odió su estúpido temperamento impulsivo, que la llevaba hacer esas estupideces cuando la desafiaban. Entraron, para Roma no había vuelta atrás. Ya estaba ahí y no podía echarse a correr, ella no era de las que corría. Contempló a la muchacha que estaba arriba del escenario, dueña total del micrófono. Cantaba con una gran destreza “Candyman” de Christina Aguilera, intentando realizar una especie de coreografía. <<Debería solamente cantar>> meditó, al verla ridiculizarse con la coreografía.

No prestó atención cuando Eric la dejó un momento, había entrado al local hasta la barra y estaba hablando con el dueño del local.

—¡Eric!

—¡Rafa! —dijo mientras chocaban las manos en ese típico saludo masculino.

—¿Qué te trae por acá?

—¿Ves a la morocha que está parada casi en la entrada?—Preguntó mientras señalaba a Roma.

—Muy distinto a lo que estás acostumbrado —comentó, mientras recorría con la mirada las excitantes curvas de Roma.

—No se por qué todos dicen eso — se molestó. — En fin, hay una apuesta de por medio, tiene que cantar.

—Ya la acomodo —dijo devolviéndole la mirada cómplice. Chequeando el listado de personas que se habían anotado para esa noche, le hizo un espacio.

—¿Hay lugar? — Estaba algo inquieto

—Si, va después de este grupo.

—Perfecto — dijo al tiempo que le daba unas palmadas de agradecimiento y volvió junto a ella.

— ¿Dónde estabas?— le espetó apenas lo vio acomodarse a su lado.

—Hablando con el dueño del local

—¿Lo conoces?

—Viejos conocidos. Ya te conseguí lugar.

—¡Fantástico! —

Aunque su sonrisa demostraba exaltación, sus ojos transmitían pánico.

—¿Sabes que no tenés que hacerlo?— Intentó disuadirla al ver la mirada de terror que ella tenía.

—Una apuesta, es una apuesta.

—No quiero que entres en pánico y huyas.

Ese comentario la hizo tomar mayor coraje. Si había algo que nunca le gustó, era demostrar debilidad o fragilidad.

—Escuchame bien, NUNCA entro en pánico y MENOS salgo corriendo ¿Okay?

—Okay, Belona — dijo sonriendo y desarmándola.

Roma se dio vuelta y se puso a observar al grupo de cinco chicas que estaba por cantar. Los acordes de “Single Ladies” de Beyoncé comenzaron a retumbar por todo el local. Les valoraba el desenfado y el sentido de ridículo que tenían esas chicas, más que todo, el valor para subir y desentonar de esa manera. Supuso que ella no iba hacer tan el ridículo, ya tenía el tema en la mente.

—Vas después de ellas —le informó.

Ella simplemente se dio vuelta y le sonrió, faltaba poquito para que la canción terminase y los nervios los tenía a flor de piel, hizo los ejercicios de respiración como la mamá de Angela le había enseñado y se encaminó al lado del escenario, dejando a un expectante Eric, sentado en la mesa que acababa de descubrir vacía; justo en frente del escenario.

—¿Qué vas a cantar? — le preguntó el Dj cuando ella se acercó.

—I love rock ‘n’ roll, la versión de Britney Spears.

—Tema jodido, ya lo han intentado cantar un par, bah mas que cantarlo lo aullaron — comentó mientras lo buscaba en la lista de temas en la computadora.

Roma se dio valor mentalmente y cuando las chicas se bajaron del pequeño escenario, ella subió.

Las luces la enfocaron de frente y la encendieron por unos instantes, varios espectadores masculinos la silbaron con libidinosa aprobación, provocando que la sangre de Eric hirviese.

Roma decidió enfocarse y concentrarse, imaginarse que estaba ella sola frente al espejo, que no había nadie más.

—¿Estas lista? — Preguntó el Dj.

Apenas logró asentir en señal de respuesta. Los acordes sonaron y el cuerpo de Roma comenzó a encenderse

— **“Hey, Is this thing on?”** — preguntó en un sexy ronroneo. Mientras movía el cuerpo al ritmo de la batería.

***“I saw him dancin there by the record machine
I Knew he musta been about seventeen
The beat was going strong
Playin my favorite song
I could tell it wouldn't be long
Till' he was with me
I could tell it wouldn't be long
Till' he was with me...”***

Su cuerpo se ondulaba de manera sensual, Eric la observaba incrédulo, la voz de ella era magnífica y la transformación en sus expresiones cuando cantaba lo volvían loco; pronto corroboró que la gran mayoría de la audiencia masculina la observaba con la lujuria en sus pupilas, pudo haberlos asesinados a todos, pero se dio cuenta de algo, ella no miraba a todo el público en general, ella le estaba cantando a él. Relajó la postura en la silla y la disfrutó, vio el desenfreno en su mirada cargada de excitación, como cada uno de sus poros emanaban feromonas, cada movimiento en ella era medido, ya que sus ojos negros nunca lo abandonaban. Le excitó verla así, desinhibida y sensual, cantando de manera extraordinaria. Algo parecido al orgullo despuntó dentro de él, la masculina satisfacción de que todos la observaban y la deseaban; pero saber que ella era de él lo hizo sonreír con malicia. Ella era de él, muchos la podían desear pero solo él la podía disfrutar plenamente, solo él la podía reclamar como propia. Ese repentino pensamiento posesivo lo hizo sentirse extraño, no era de los que tomaba posesión de las mujeres, pero algo extraño operaba en su interior cuando de ella se trataba. Ese pequeño sentimiento lo alteraba, pero al tiempo que se sentía perturbado se relajaba, de alguna extraña manera lo hacía.

—Esta chica tiene talento, Eric — el comentario de Rafael lo sacó de sus elucubraciones. Simplemente asintió sin dejar de mirarla, de verdad no podía hacerlo.

— ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

—Nunca te dije su nombre... — respondió mientras le destinaba una mirada de advertencia.

— ¿Es amiga de tu hermana?

—No.

— ¿Amiga tuya? — Algo extraño, Rafael terminó de acomodarse en la silla al lado de Eric

—Espero llegar a más... —respondió, con su media sonrisa plasmada en los labios.

— ¡¿No me digas que cambiaste largas piernas y raquídeas estructuras, angelicales rostros, por explosivas curvas y mirada asesina?! — Risueño, Rafael no daba crédito al cambio de actitud de su amigo.

—No tengo un “tipo de chicas” — molesto, desvió la mirada del escenario y lo observó fulminándolo.

—Eso ni vos te la crees, pero bueh... Tendrás que hacer las presentaciones, tengo curiosidad en saber qué fue lo que esta chiquitina despertó en vos.

Eric no dijo nada, simplemente lo observó de soslayo con ganas de estrangularlo. Riendo, Rafael, se despidió de él y se volvió a la barra para arreglar otros asuntos.

Desde la oscuridad, el muchacho ojos de acero, contemplaba incrédulo el show que ella estaba dando.

Cuando la canción terminó, Roma, recibió los aplausos que el público le estaba brindando de pie. Se

embebió en las sensaciones que despuntaron en su interior, la exposición a la cual se había sometido la llenaba de una exitante adrenalina. Haciendo una pequeña reverencia, agradeció y se bajó del escenario. Se encaminó a los sanitarios, necesitaba un momento para ella antes de enfrentarse a Eric, tenía tanto que decirle que debía poner en orden sus pensamientos.

Al percibir que ella no volvía de inmediato, el muchacho ojos de acero decidió acercarse, esta era su pequeña oportunidad. Cruzó discretamente entre las personas y se acercó sigiloso.

—Hola, Loba — saludó cuando ella salió de los cubículos del baño. Había cerrado la puerta del baño detrás de él, impidiendo que pudieran entrar o salir.

—Alan — susurró, sorprendida de verlo después de tantos años.

—La verdad es que no sabía que cantabas de esa forma, Loba.

—No me llames así.

—Siempre vas a ser mi Loba.

—Hace años deje de ser “tu Loba” ¿qué querés? — Preguntó perdiendo la paciencia.

—Saludarte.

—Los de tu clase jamás saludan por saludar, Alan.

— ¡Qué mal concepto tenes de mi! — Exclamo ofendido, mientras sonreía de manera peligrosa.

— ¿Qué querés? — Insistió empezando a sentirse enojada.

—Te necesito.

—Me importa una mierda, correte y déjame salir— le exigió clavando sus negros ojos en los grises de él.

—Antes de irme, Loba, te advierto que este fue el primer acercamiento.

—No te vas a volver acercar a mi en tu puta vida ¿te quedó claro?

—Ya dije que te necesito, la que no entiende sos vos.

—¿Para qué me necesitas?

—El Gran Jefe quiere que corras unas carreras, como en los viejos tiempos.

—Ya no corro —afirmó, recordando aquella época locada en su vida, cuando corría carreras ilegales que servían de show para tapar lo que realmente sucedía.

—Vas a volver — sentenció antes de irse, dejándola furiosa en el baño.

Le tomó un par de minutos más calmarse y volver al estado previo a la visita de su ex novio, cuando estuvo lista, se miró al espejo y se sonrió antes de salir al encuentro de Eric, agradeciendo su capacidad para camuflar sus sentimientos.

— ¿Está todo bien? — Le preguntó él cuando se sentó a su lado, se había preocupado cuando ella no regresó de inmediato.

—Sí, todo perfecto— mintió asombrosamente.

— ¿Por qué te demoraste?

—Necesitaba ir al baño y había mucha gente — volvió a mentir, con una sonrisa.

—Bueno vamos — pidió él, devolviéndole la sonrisa y estirando su mano para que ella lo agarrase.

El camino de regreso a la moto, lo hicieron charlando sobre la presentación de ella en el escenario. Eric le comentaba que Rafael la había halagado y que le había pedido hacer unas presentaciones más, a modo de trabajo. Ella se carcajeó ante esa posibilidad, nunca creyó en dedicarse al canto de manera profesional, era su hobby.

—¿Tu papá es cuida?— Preguntó cambiando de tema.

—Alguito, no mucho.

—Roma... —susurró pensativo y mientras se detenían a medio paso de su moto.

— ¿Sí? — Preguntó girando su cabeza para observarlo.

No se cansaba de contemplarlo, y era música para sus oídos cada vez que él pronunciaba su nombre, con una virilidad y una cadencia única que la hacía temblar.

— ¿Qué pensaría tu padre si te viera manejar mi moto? —Preguntó algo preocupado. Por alguna extraña razón, Eric, quería agradecerle al padre de ella.

Roma, meditó unos instantes antes de responder. Era obvio que su padre pondría el grito en el cielo solo de saber que había estado en el asiento trasero de semejante moto, con un hombre que destilaba peligro. Pero, paradójicamente, era la persona más segura con la que ella podría subirse a una moto de ese calibre, ni hablar del hecho de que se llegase a enterar de que este tipo le dio las llaves de su moto a ella. Ahí fue cuando Roma se dio cuenta de que con Eric podía ser libre y temeraria, y aún así estar segura. Ella era rebelde e indomable, ella era salvaje y había algo en él que le daba las alas necesarias para reunir esos escasos centímetros de valor que le faltaban ¿acaso no había subido a cantar hacía apenas unos instantes? Él le daba el toque de seguridad que le faltaba, pero por sobre todo, él le daba la sensación de libertad.

—Creo que este va a ser nuestro pequeño secreto... — sentenció, sorprendida por la cara de resignación de Eric.

—Te toca manejar, mentirosa — suspiró y le tiró las llaves. Adoró verle la cara de felicidad e ilusión.

Roma cazó las llaves en el aire y se encamino a la moto, lo primero que hizo fue destrabar el manubrio. Al ser el asiento delantero más bajo que el trasero, le resulto más cómodo subirse y acomodarse.

Eric la dejaba hacer a su antojo, la contemplaba embelesado y excitado verla montar a la moto, encenderla y dirigirle una típica mirada de “chica mala”, bastó para que sus pulsaciones se dispararan y su miembro cobrase vida.

— ¿Qué haces? — Preguntó incrédula al ver que se subía en el asiento trasero.

—Cambio de planes, Belona, manejas vos hasta el boliche.

Roma se dejó llevar por esa increíble sensación de libertad, sentía cada una de las vibraciones de la moto en su cuerpo y se aseguraba de no hacer maniobras demasiado arriesgadas.

—No hay nada que temer, Roma, no tengas miedo —Susurró en su oído.

Eso bastó para que ella sacara todo su salvajismo, cambiando de marcha y acelerando a su antojo. Se sintió libre, podía sentir como la adrenalina le corría por el torrente sanguíneo a borbotones.

Él no sabía qué era lo que lo había llevado a darle vía libre para que manejara a su antojo, era una locura lo sabía bien. No había superado el trauma del accidente, y mucho menos dejaba de culparse por la muerte de Melina. Su moto pasó de estar cuatro años juntando polvo a salir una vez más y, encima, ser manejada por una mujer que era una salvaje. Lo más curioso es que no tenía miedo, estaba seguro dejándole el control. Lo que intensificaba su curiosidad era esa extraña felicidad que le inflaba el pecho al dejarle tomar el control, de alguna extraña manera sabía que le estaba dando libertad y eso lo conmovía.

Roma daba vueltas por su habitación, desde el sábado por la noche cuando su pasado volvió a resurgir, que no había podido mantenerse quieta. Se había llenado de actividades para no pensar, tenía miedo. El terror de sí misma, porque podía sentir como ese negro manto de tinieblas, escalaba a la superficie de su ser. Su propia destrucción, algunas veces, era su mayor adicción y presentía que la recaída a su vicio, esta vez, no la iba a dejar viva. Lo podía sentir, podía percibir las garras que la asfixiaban, las voces que nunca callaban y siempre terminaban diciendo lo mismo, que ella jamás iba a ser suficiente. Algunas veces gozaba con esas voces que la atormentaban, disfrutaba escuchar lo patética que era. Se deleitaba analizando aquellos detalles en los que había perdido la templanza, como cuando le había recriminado el postre a Eric, o esa otra vez que descubrió que su novio la engañaba, aunque imperturbable lo había dejado, seguía culpándose. Su hermano le había preguntado quién era el causante de todo ese daño, no tuvo el valor para decirle que ella misma. No tuvo el valor de expresarle que sus muros no iban destinados a la protección del mundo exterior, si no de su propio interior. Cuidaba de no acercarse demasiado, para no destruirlos junto con ella. Había aprendido a dosificar la información y a ser toda una experta en ocultar sus verdaderas emociones. Todo, absolutamente todo, quedaba archivado en su cerebro para repetirse una y otra vez como una película. El caos siempre sucedía cuando estaba rozando la felicidad. Seguía siendo la culpable, lo admitía.

Trató de sumergirse en las sensaciones positivas, como la supo aconsejar su psicóloga tiempo atrás, se le deslizaron unos ojos verdes por el pensamiento. Se concentró en detallar cada matiz de los ojos de él, las notas color brandy que, dependiendo el día, eran más notorias junto con el color oro del centro. Su sonrisa magnífica y su risa masculina. Se recreó en la calidez que sintió al entrelazar sus dedos con los de él. El acto efímero y a la vez tan cargado de significado como ese. Ella no era de las que se agarraban de la mano de alguien a la primera salida, pero con él se había dado tan natural, incluso la sensación que ese gesto le produjo, evocó la imagen como si se hubiese ido de viaje largo tiempo y de pronto, volvía a encontrarse en su hogar. Se dijo que se debía, seguramente, a que su mano era grande y la envolvía llenándola de calidez. Se perdió mentando sus manos, ella tenía debilidad por las manos. Sus dedos eran perfectos, sus uñas perfectamente cuidadas, agradecía sinceramente que no se las comiera, ya que no había nada que detestara más que ese hábito horrible. Después de perderse en los detalles de cada centímetro que había conocido de él, rememoró los instantes compartidos en su primera salida juntos. Omitiendo el encuentro con Alan, se dedicó de lleno a evocar cada instante de la noche. Rio al recordar la cara de asombro, mal disimulada, que los amigos de Eric pusieron cuando los vieron llegar en la moto con ella manejando. Eric, les había advertido con la mirada apenas se sacó el casco y todos habían actuado con naturalidad. Intuía que había una historia detrás, no el simple hecho de un hombre que no presta sus juguetes, sino algo más profundo.

Se zambulló en los recuerdos de la salida del boliche, cuando Eric la había llevado a desayunar. Él, había elegido una cafetería hermosa, de esas que, cuando apenas entras, te transportan a otro mundo. Con las paredes en un empapelado color crema, mesitas redondas en color durazno y los clásicos pisos blancos y negros. Ambos pidieron un café y una porción de Lemon Pie para compartir.

—Mi preferido— le comentó él, mientras le guiñaba un ojo y le entregaba una cuchara. Ella se lo había quedado mirando, incapaz de ocultar su asombro y de contener una pequeña risita nerviosa.

—Eso es porque todavía no probaste el que hago yo — le respondió coqueta, mientras se llevaba la cuchara a la boca con un pequeño pedazo de tarta.

—Me gusta como suena ese “todavía” —sonrió. — Pero decime ¿me va a dejar de gustar después de que pruebe el tuyo?

—Te vas a volver adicto — aseguró, mientras bebía un trago de café, sin despegar sus ojos de los de él.

—Eso es mucho decir...

—Digo lo que es y lo que sucede cada vez que lo preparo — se defendió, encogiéndose de hombros.

—Veremos... — respondió pícaramente.

— ¿Cómo está compuesta tu familia, Eric?

—Mis viejos, que ya los conociste. Mi hermano mayor Tomás, que ya te comenté, flamante papá de Nicolás e India, junto con mi cuñada. Y tengo una hermana, Elizabeth, de veintisiete.

— ¿Son muy unidos?

—Sí, mi familia es mi punto de apoyo.

—Sí, te comprendo...

Habían hablado de tantas cosas, sueños, proyectos, metas. Cómo Eric había llegado a ser nieto honorario de las abuelas de sus amigos, después de que sus padres huyeran del viejo continente, dejando a toda su familia. Eric le contó lo difícil que era ser médico y perder un paciente, el honor que siente cuando salva a uno. Ella le habló de lo unida que era con su hermano, de lo mucho que le encantaba cocinar, de los años que bailaba tango, donde conoció a Jonás y cómo juntos se habían decidido a probar otros ritmos. Le habló de su carrera y de lo trabajoso que era finalizar su tesis y quedar satisfecha, le contó su pasión por la lectura. Hablaron de música, rieron de anécdotas, pero él no le contó la historia de su cicatriz, ni ella habló de su pasado con las motos.

Después la había llevado a su casa, ella se había bajado de la moto y lo había besado como si no lo fuese a ver otra vez.

<< ¡Ah! Los primeros besos, cargados de promesas y de anhelos >>, pensó mientras lo besaba. Cuando terminaron de besarse, se habían contemplado sonriendo, con los ojos colmados de esa brillante luz de la ilusión que comienza, y se habían vuelto a besar. Besos largos, besos cortos, ligeros...

—Me tengo que ir — murmuró ella contra sus labios, agarrándolo con más fuerza del cuello.

—Yo también — respondió él, mordiéndole suavemente el labio inferior. Se sonrieron una vez más y ella se encaminó hasta el portón de entrada para abrirlo.

— ¡Roma! — La llamó.

Ella se giró, dejando el portón de par en par abierto. Él se había bajado de la moto y se había acercado, alzándola, obligándola a que envuelva sus piernas en su cintura, para fundirse en un beso lento.

— ¿Mas tarde nos hablamos? — Preguntó ella, cuando se separaron.

—Ya siento que te extraño — respondió mordiéndole apenas el labio inferior.

—Eso lo sacaste de un diálogo de película — señaló sonriendo. Él, no dijo nada, se limitaba a mirarla embobado. Depositándola en el suelo, le prometió llamarla a la noche. Ella, sentía que las piernas la sostenían por ósmosis. Se despidieron fugazmente, una vez más, y ella se encaminó a su casa, mientras él arrancaba y se iba.

Había entrado sonriendo, soportando el dolor de las mejillas de tanto hacerlo, le era imposible relajar el rostro. Se encontró a sus padres y a su hermano desayunando, quienes notaron que resplandecía igual que el sol.

—Bonitas horas de llegar — comentó Giulio, mientras cerraba el periódico.

—Le avisé a mamá, que me habían invitado a desayunar — se defendió, mientras se sentaba a la mesa y se quitaba los zapatos; los pies le dolían un poco más que las mejillas al sonreír.

— ¿Se puede saber qué hacía mi princesa arriba de semejante armatoste, Nina? — Preguntó indignados, Giulio.

— ¡¿Viste lo que es?! — Preguntó emocionada, mientras se masajeaba el empeine derecho. —Y Eric la refaccionó — agregó orgullosa.

— ¡Nina! — Exclamó exasperado.

— ¡Papá! — Exclamó imitándolo.

—Explícame qué hacías subida en ese... ese... — incapaz de encontrar otro calificativo, se ayudó gesticulando con las manos.

—Noble corcel, papá — Salió en ayuda Pietro de su progenitor. Al ver que todos se habían quedado en silencio y lo miraban como si fuera estúpido, continuó la lógica de sus pensamientos. — Y si, si Roma es tu princesa, lógico es que la moto sea un “Noble Corcel” — completó, ganándose una patada de su hermana por debajo de la mesa.

— ¿Y se supone que ese individuo es el Príncipe Azul? — Preguntó irónico Giulio.

—Medio Príncipe, Pa — señaló ella, incapaz de contenerse. Provocando que su madre y su hermano rieran a carcajadas, ella se unió unos segundos después, mientras su padre la contemplaba, con una sonrisa resignada.

—Solo voy a pedirte una cosa, Giovanna — dijo suspirando, provocando que ella dejara de reír inmediatamente y lo observara atenta, no era habitual que la llamase por su segundo nombre completo.

— ¿Qué cosa, Papi? — Preguntó seria, acomodándose en la silla.

—Solo voy a pedirte que cuides tu corazón y, a veces, cuidar el corazón significa entregarlo por completo. Anda con calma, pero cuando llegue el momento y lo consideres, no te guardes nada.

Por alguna extraña razón, Giulio, intuía que ese muchacho era el destino de su hija. Roma se levantó de su silla y abrazo a su padre, con los ojos empañados por las lágrimas y el nudo en su garganta que le hacía dificultosa la respiración.

—Siempre tan sensible, mi pequeño duende — le susurró su padre.

—Pero no se lo digas a nadie — murmuró aún abrazada a él.

Su madre observaba la escena con los ojos anegados en lágrimas, ella sabía mejor que todos lo que esas palabras significaban.

El sonido del celular la hizo emerger de sus recuerdos, un número que no conocía la llamaba, otra vez. No le hacía falta ser Newton para saber quién era la voz del otro lado de la línea. Lo que la enfadaba era no saber cómo había conseguido su número, pero, conociéndolo, sabía que se daba mañana cuando algo se le cruzaba por la cabeza.

Había empezado a llamar el día lunes, cuando Eric la llevaba a su casa a la salida del trabajo. Él se extrañó ante la insistencia y la negativa de ella al no responder, pero trató de no mencionar su inquietud.

—Entro de guardia esta noche — dijo mientras cambiaba la marcha del Audi y agregó, insinuante: — Salgo mañana a la noche.

— ¿Me está proponiendo algo, Doctor? — Preguntó al tiempo que se deleitaba acariciando el cuello de él.

Eric sonrió de lado y la observó con un brillo juguetón en los ojos.

— ¿Qué te parece una cena? — Preguntó, mientras deslizaba la mano que ejecutaba los cambios por la pierna de ella.

—Me parece una idea estupenda — respondió antes de darle un beso en la mejilla. Eric le apretó el muslo como acto reflejo, suscitando que ella pegara un respingo.

—No me digas que tenés cosquillas...— murmuró malicioso.

— ¡No te digo! — Exclamó en vano, porque él se volcó a hacerle cosquillas. Se retorció y le suplicaba que parase, pero él disfrutaba de su tortura.

— ¡Vamos a chocar! — Le señaló riendo.

—Aguafiestas — le recriminó, mientras se volvía a concentrar en el camino.

—Imprudente — le replicó hincándole el índice en el costado, o al menos eso intentó. Ella se lo quedó mirando asombrada. Si bien, lo había visto con el torso desnudo, no dejaba de asombrarse, porque una cosa era ver y otra diferente tocar.

— ¿Qué? — Preguntó inquieto al ver que ella se había quedado boquiabierta.

— ¡Por Fabergé, Eric! Casi me quiebro un dedo, estás re duro — Exclamó sin salir de su estado de estupefacción. Ocasionalmente que él explotara en una carcajada por el desparpajo que empleó al expresarse, generando que Roma le diera una pequeña palmada en su brazo.

— ¿Realmente vas a exclamar con Fabergé y decir duro?

—Sos un mal pensado, no hacía referencia a la especialidad de Fabergé, querido — intentó defenderse.

—Ajamm

—Aparte, para que lo sepas, Fabergé no solo hace huevos de oro, también hace cajitas musicales — informó, enderezándose en su asiento. No podía discutir y acariciarlo a la vez.

—Pero la temática predominante, son los huevos — replicó riendo una vez más.

—Venías tan bien — dijo suspirando mientras ponía los ojos en blanco y se cruzaba de brazos.

—Es tu culpa.

— ¿Yo qué culpa tengo de que vos seas un mal pensado? — Se indignó.

—La culpa de ser tan linda— Le respondió sonriendo, de manera compradora y guiñando un ojo.

El teléfono volvió a sonar, sacándola de las casillas, no la dejaba evadirse en paz. Maldijo a Alan y a todo su árbol genealógico, por no dejarla acordarse tranquila de Eric y de todo lo vivido hasta el momento, lo maldijo por reaparecer en su vida, pero por sobre todas las cosas, lo maldijo por haberse cruzado en su vida siete años atrás. Lo más grave del asunto, era que no silenciaba el teléfono por miedo a que Eric se pusiera en contacto y ella se lo perdiera. <<Soy tan patética>>, meditó, enfureciéndose una vez más con ella misma.

— ¡¿Qué?! — Gritó cuando, por fin, respondió, saturada por la insistencia. Era estúpido de su parte

pensar que podía huir, cuando se trataba de Alan y su universo; no había escapatoria.

—Ya estaba pensando que no me querías atender — respondió Alan irónicamente.

— Deberías haber seguido esa línea de pensamiento — dijo, con los dientes apretados e incorporándose en la cama, se levantó y se puso a caminar por toda la habitación.

—Necesito que estés lista para el viernes por la noche.

—Ya te dije que había dejado esos hábitos, Alan.

—Es una orden, Loba. No me hagas ser malo.

— ¿Me estás amenazando? — Preguntó incrédula.

—Sabes perfectamente que no amenazamos, cumplimos—sentenció, haciendo que ella se estremeciera de miedo.

— ¿Qué vas hacer? ¿Me vas a matar? — Preguntó con fingida frialdad.

—A vos no, no soy tan estúpido.

— ¿En serio? — Preguntó sarcástica.

—El viernes a las diez de la noche en el circuito, o tu familia pasa a mejor vida.

— ¡Hijo de puta!

—Eh, eh, eh Lobita; cuidado como me tratas.

—Con mi familia no te metas, ni con nadie que yo conozca, inútil de mierda.

—Entonces en el circuito a las diez.

—No tengo moto.

Sabía que su vía de escape era débil, pero al menos lo intentaba.

—La moto con la que corres siempre, está a punto — informó, antes de dar por finalizada la llamada. Mirando al gordo de dientes amarillos, que tenía sentado frente a él, asintió con la cabeza. Ya estaba listo, todos los jugadores volvían a sus respectivos puestos, era momento de acabar con ese asunto de una buena vez por todas.

Roma se quedó contemplando su teléfono, pensando que estaba a cuarenta y ocho horas de faltar a su promesa y nada podía hacer para evadir su ruptura, mejor que nadie sabía lo que ellos hacían, si alguien no obedecía. Supo que el juramento de no volver a correr nunca más si quedaba ilesa, iba a ser entregado a manos del karma y, ahí estaba, el principio de su fin.

El teléfono sonó una vez más, sacándola de sus oscuros pensamientos, poniendo un poco de luz a su vida.

—Eric —lo saludó, mientras se tiraba atravesada en su cama y se cubría los ojos con el brazo, suspirando.

— ¿Todo bien? — Indagó inquieto.

—Sí, todo perfecto — mintió y automáticamente impostó una sonrisa. No importaba que él no pudiese verla.

—El viernes a la noche nos juntamos a jugar al póquer, con los chicos...

—Que buena onda...

—Y me gustaría que fueras conmigo — agregó, haciendo que ella suspirara otra vez.

—Este viernes no puedo, perdón.

— ¿Por qué no puedes? —Inquirió un poco molesto ante su negativa de acompañarlo, había deseado hacer la primera aparición con ella, como “algo”.

—Porque tengo cosas que hacer — replicó, tratando de no molestarse por el tono que él había usado.

— ¿Qué cosas?

—Cosas, Eric, cosas...

— ¿Pero qué? —Insistió elevando apenas el tono de voz.

— ¿Qué te importa? — Respondió irritada.

—Ah, listo.

—Eric...

—Deja, Roma, hablamos otro día y nos vemos cuando no tengas que hacer cosas.

—Pero tenemos mañana jueves — trató de conciliar.

—Estoy de guardia, Roma.

La forma tajante en que respondió, la hizo apretar los ojos en resignación.

—Eric... — Exhaló su nombre en un suplicante llamado de paz.

—Me tengo que ir.

—Beso, Eric.

No hubo respuesta, más que el silencio de la llamada cortada.

Eric se paseaba por el hospital molesto, con ella y con él mismo. Trató de evitar a sus amigos, no tenía ganas de hablar con ellos. Se ubicó en el comedor comunitario, en una silla apartada y se dispuso a retomar la lectura del libro de Pushkin que le había vendido, y sonrió como un idiota al pensar en ella. A pesar de que le frustraba sentirla distante en algunas ocasiones, provocando que su mal humor tome alturas insospechadas, le era inevitable no sonreír cuando la cara de ella se deslizaba por sus pensamientos. Definitivamente no era a lo que estaba acostumbrado, adoraba la independencia que ella tenía; lo desconcertaba el espacio imaginario que ella marcaba como propio y que él no podía atravesar. <<Tal vez, sea cuestión de tiempo>>, pensó, concediéndole que él iba muy rápido. A diferencia de otras veces, cuándo era él quien marcaba los tiempos y el espacio infranqueable, con Roma se sentía deseoso de compartir cada instante de su vida. Era la primera vez que sentía la necesidad de ser compañero de alguien, ese punto de apoyo. No le resultaba fácil entender qué era lo que le sucedía con ella, el sentimiento que se le despertó cuando se la cruzó en la calle era único. Recordaba perfectamente todas las emociones que surcaron el rostro de ella cuando lo contempló, asombro, admiración e indignación. Todas esas emociones que se reflejaban en esos insondables ojos negros, que escondían mucho más y que él se moría por descubrir. Con Roma, todo se reducía a la observación, darse cuenta cuándo había que actuar con paciencia y cuándo ejercer presión y dominio, aunque reconocía que algunas veces perdía la perspectiva del asunto. Ella lo obligaba a armar estrategias, el avance y el retroceso constante, como dos esgrimistas profesionales, lo obligaba a mantenerse alerta buscando el momento

exacto para dar la estocada de la victoria. Roma era más, ella era más que el deseo físico, ella era el deseo del alma, lo supo cuando la cargó sobre su hombro. Era consciente de que el tiempo que se conocían era escaso, casi nulo, pero jamás una mujer había llegado a entrar de esa manera en él, todas las que había conocido se ofrecían esperando a que él las eligiera, Roma, en cambio, había entrado sin pedir permiso.

—Dicen que ese libro es muy bueno...— Dijo una voz femenina sacándolo de sus cavilaciones, cuya dueña, se había parado expectante, detrás de la silla frente a él con la marcada intención de que la invitara a compartir la mesa. Eric levantó la vista, molesto por la interrupción pero, al darse cuenta de quién le hablaba, dulcificó el gesto al instante. Era Ana, una de las amigas de su hermana del colegio. Se había especializado en obstetricia y había ingresado al hospital recientemente, esa era la primera vez que se la cruzaba.

—Es muy atrapante — dijo afable, mientras se ponía de pie para saludarla, la abrazó como si fuera una hermana pero, Ana, se había demorado más de lo políticamente correcto en soltarlo.

— ¿Te molesta si te acompaño un rato? — Preguntó con aire inocente, cuando lo soltó, dejando a Eric sin más escapatoria que invitarla a compartir la mesa con él.

—No, en absoluto— respondió sonriéndole a la rubia.

Meditó que tal vez, en otro tiempo, se habría interesado en ella y le fue inevitable maldecir a sus amigos por tener razón al respecto de sus gustos. Ana encarnaba todo lo que, alguna vez, había sido su ideal de mujer. Su cabello era lacio como la seda y dorado natural, de piel blanca nívea, jamás tocada por el sol, grandes y redondos ojos turquesas y nariz respingona, además sus piernas eran kilométricas y sus pechos casi inexistentes.

— ¿Cómo estás, Eric? — Preguntó mientras se cruzaba de brazos y los apoyaba en la mesa.

—Todo bien, Ana ¿vos? — Respondió mientras marcaba con una servilleta de papel la parte del libro donde había quedado y se reacomodaba en la silla.

—Todo perfecto.

—Me alegro— respondió sonriendo.

—Es raro, es la primera vez que te veo desde que trabajo acá.

—Mis horarios son diferentes y, además, estamos en alas distintas del hospital.

—Ahh claro, sí...— murmuró.

Rápidamente se pusieron al día sobre los temas del hospital, comparando los primeros días de cada uno y lo duro que eran las guardias. Cada vez que él hablaba, Ana se lo quedaba mirando embobada, por supuesto que a Eric no le pasó desapercibido el leve aleteo de las pestañas de ella, motivo por el cual, se dispuso a poner fin a la charla.

—Yo el viernes a la noche estoy libre, te invito a tomar algo en celebración de que somos compañeros de trabajo — dijo, abruptamente, con la intención de que él no se fuera y agotando todas sus posibilidades.

Eric rio ante la descarada invitación a salir, quizás en otra época hubiese puesto su mirada depredadora aceptando sin pensarlo, incluso él habría hecho la invitación pero, una morocha de curvas explosivas, mirada desafiante y lengua afilada, había chocado en su vida ocasionando un desbarajuste.

—Me junto con los chicos a jugar al póquer, no puedo.

— ¡Ah! Es noche de chicos...— murmuró desilusionada. —Otra vez será, no hay problema — agregó encogiéndose de hombros.

Como respuesta, Eric, abrió los ojos y soltó el aire entre los dientes.

—Estoy con alguien —admitió, intentando poner fin a sus avances. Se daba cuenta que ella estaba interesada en él, desde la primera vez que fue a su casa, pero él nunca vio más que a una niña pequeña y llena de acné. Reconocía que el paso de los años la había beneficiado y mucho, tal vez si nunca la hubiese conocido a Roma...

La desilusión en la cara de Ana fue notoria, pero el fugaz pensamiento de que las relaciones de Eric no duraban mucho, la esperanzó.

—Estaba hablando en plan amigos, Eric — respondió, riendo falsamente.

—Prefiero despejar dudas, Ana — replicó encogiéndose de hombros.

—Eso es lo que siempre me gustó de vos — comentó mientras se estiraba sobre la mesa y le apretaba el antebrazo. — Siempre pones las cartas sobre la mesa—. Diciendo esto, se levanto y se marchó. <<Vas a ser mío, Eric Carson>>, meditó, mientras tomaba dirección hacia su consultorio.

La noche del viernes, era de las típicas veraniegas. La luna llena engalanaba el firmamento y las estrellas brillaban como diamantes, brindándole una majestuosidad única a la oscuridad. Roma le había dicho a sus padres que Ángela necesitaba hacer catarsis y, por esa razón, ella salía directo del trabajo a la casa de ella, dónde se quedaría a pasar la noche.

—Son las nueve, Roma — le susurró Ángela, la única que estaba al tanto del verdadero calibre de la relación que había tenido con Alan. La única que conocía el verdadero motivo de su accidente, la única que la había acompañado a todas sus carreras y que, claramente, no la iba a dejar sola en ésta.

—Ya es hora — murmuró resignada, mientras se agachaba a recoger la mochila de cuero que contenía su traje ignífugo, blanco y los laterales, que delineaban su figura en rojo, con la enorme cara de un lobo en la espalda; las botas para manejar, blancas también. Para correr en el circuito, no le hacía falta vestir de negro, ya que era un circuito cerrado, no apto para las carreras ni para los turbios negocios que encubrían las carreras. La pista era un camino interfábrica abandonado y abierto para la ocasión, asfaltado de quince kilómetros, mal iluminado, donde estaban permitidas toda clase de artimañas para ganar.

El auto de Ángela iba cargado de un silencio ensordecedor, cada una sumida en sus pensamientos y en sus miedos.

— ¡Alan y la puta que lo parió! —Gritó Ángela, mientras le pegaba un manotazo al volante haciendo brincar a Roma del susto.

—Sabemos que él es un simple mensajero — le dijo, intentando calmar a su amiga.

—Esta gente de mierda, tiene un puto sentido de la oportunidad...

—Mi vida es así — suspiró, encogiéndose de hombros, rindiéndose al caos de su universo.

—No, son tus elecciones de mierda.

—Ángela, no voy a tener esta discusión ahora.

—Después, después vamos a hablar — sentenció.

—Sí, te lo prometo.

—Ahora, por favor, mantenete viva — le suplicó, mientras tomaba su mano y la apretaba, infundiéndole

fuerzas a su amiga.

Cada vez que en el pasado la había acompañado, había rezado a todos los santos que conocía, esta vez no iba a ser diferente. La respuesta de Roma se limitó a una risa carente de emoción. Desviando la mirada hacia la ventanilla, volvió a sumirse en sus pensamientos.

El circuito estaba lleno de personas, la cerveza corría como pólvora al igual que las apuestas y la droga. Roma se dirigió, de memoria, al lugar donde sabía que se encontraba Alan, detrás de una de las fábricas de autos abandonada, iluminados por un par de focos conectados a un alargue y, un par de metros más adelante, un cuartito pequeño donde solía cambiarse. Buscó a Alan con la mirada y lo encontró de cuclillas dándole los retoques a la moto, se le cortó el aliento al verla, tantos recuerdos subida a ella, que le fue imposible no mirarla con añoranza.

—Pero miren quién ha vuelto, Caperucita Roja — saludó una voz a su espalda.

—Soy La Loba — respondió ella riendo, poniendo en alerta a Alan, que se puso de pie y la miró, con una indiferencia que no sentía.

—Loba — concedió haciendo una reverencia.

—Hola, Marcus — respondió mientras abrazaba a su viejo amigo, quién recibía una mirada asesina por parte de Alan.

—Todavía no estás cambiada — dijo secamente, a modo de saludo, Alan.

—Ahora me cambio — replicó de igual modo. Le hizo señas a Ángela para que la siga hasta el minúsculo cuarto donde podía desvestirse con intimidad.

— ¡Dios! Este lugar es espantoso — se quejó, apenas entraron.

—Guardemos las quejas para después, ilumíname, por favor, con el celular.

Como el lugar era un descampado, había una escasa iluminación. Lo máximo que llegaba era con alargues en focos móviles, como el que utilizaba Alan en el exterior, para poder comprobar bien la moto.

—Este sucucho de morondanga, ni luz tiene...—expresó asqueada, mientras miraba de redor el lúgubre lugar.

—¡Ángela, ilumíname bien, carajo! — se quejó mientras daba saltitos en un pie, intentando no caerse, mientras se sacaba el jean.

—¡No pises descalza! — la reprendió.

—Vos preocupate en iluminarme bien, de las bacterias me ocupo yo, mierda carajo — replicó irritada.

—Vos ocupate de que nos vayamos enteras de esta mierda y en ganar.

A pesar de que no le gustaba en absoluto, Ángela era de espíritu competitivo y la mayor fan de su amiga. Roma la contempló risueña, con las manos en la cintura, en medias, bombacha y corpiño deportivo negro. Ángela le devolvió la sonrisa y la apuró con la mirada.

El traje le quedaba perfecto, lo había tenido que achicar de los costados, acentuándole mejor las curvas, se calzó las botas y asintiendo con la cabeza a su amiga, le pidió que le tendiera el labial rojo y el espejito, si se iba a exponer, debía escudarse en sus muros. Cuando se sintió preparada, salió al encuentro de su destino.

Todos se quedaron mudos apenas ella hizo su entrada, Alan, que le daba la espalda, se giró no comprendiendo lo que pasaba y se quedó anonadado ante su aparición. El traje le quedaba impresionante, su larga cabellera semi ondulada y los labios rojos, le daban un look sexy salvaje. Le dio una larga calada a su cigarrillo, mientras la miraba de arriba abajo con lujuria, provocando que a Roma le diese asco; decidida a ignorarlo, se acercó a su moto.

—¿Te acordás de esta bebé? —Le preguntó Marcus, mientras señalaba la moto roja.

—El chasis: dos tubos de aluminio delta del marco de caja, geometría de la dirección multi-ajustable, distancia entre ejes, altura de la carrocería, con basculante de aluminio— comenzó a recitar de memoria cómo estaba hecha su Yamaha YZR '06, mientras la recorría y la acariciaba con la palma de la mano y caminaba alrededor de la misma. — La suspensión delantera, completamente regulable con horquilla telescópica invertida, mientras que la trasera cuenta con un basculante de aluminio, abrazado con un solo Öhlins, incrementa el tipo de vinculación—. Clavó sus ojos en Alan y continuó: — La distancia entre ejes es de mil cuatrocientos cincuenta milímetros, el motor es Yamaha de mil centímetros cúbicos, además la arquitectura del motor es de cuatro líneas, dieciséis válvulas, cuatro por cilindro, cigüeñal crossplane, aspiración manual. Transmisión de seis velocidades manual secuencial tipo cassette —. Se agachó apenas para ver las llantas y sonrió irónica. —Y las llantas son Michelin ¿satisfecho, Marcus?— Desafió a su amigo.

— ¡Putra madre, eso fue orgásmico! — Rió divertido, mientras se acercaba a chocar los cinco con ella.

—No te emociones que falta la carrera — murmuró Alan, ganándose un revoleo de ojos de parte de ella.

Un grupo de corredores se acercó y se asombraron cuando la vieron, en su momento fue una leyenda en el circuito y su repentina desaparición, había causado un revuelo.

—Veo que la cachorra está de regreso.

— ¿Ves esto, Augusto? —Preguntó Roma, dándose vuelta y señalando la cara del lobo y pegándose una palmada en la cola con la otra mano.

—Un culo precioso.

—Es todo lo que vas a ver de mí, en la carrera —sentenció haciéndolo reír.

—Juro que te extrañé— respondió, llevándose una mano al pecho.

—Igual te voy a ganar — replicó.

—Ya lo vamos a ver, Loba — murmuró antes de irse junto con el resto de los competidores, que la saludaron con una inclinación de cabeza.

—Ese imbécil siempre te tuvo ganas — comentó Alan, una vez que se aseguró que no podían oírlos.

—Al menos sabía apreciarla — escupió Ángela, incapaz de contenerse; ganándose una mirada fulminante de esos ojos grises.

Los motores comenzaron a cobrar vida, en clara señal de que la carrera estaba por empezar. Roma se abrazó a su amiga, que después de soltarse, le hizo la señal de la cruz en la frente y la encomendó a todos los santos para que la protegieran. Roma, movió el cuello de un lado a otro, provocando que sus vértebras sonaran, acomodó su pelo en un nudo, ajustándolo con el mismo pelo, y se subió a la moto.

Cuando se estaba por poner el casco, Alan la frenó.

—Escuchame bien, Loba — le pidió, clavando sus pupilas aceradas en las negras de ella.

— ¿Qué?— se impacientó, le causaba repulsion tenerlo tan cerca.

—Tene cuidado en las curvas, van a buscar tirarte.

—Sé como son, Alan —desestimó, mientras se ponía el casco. Encendió la moto y aceleró apenas hasta la línea de largada.

—Vamos a salir de ésta, juntos Loba — murmuró la promesa, cuando ella estaba llegando a la línea de largada.

Roma se posicionó en su lugar, estaba al centro en la décima fila, odiaba el número diez, ella prefería el cinco. Trató de no pensar en el asunto cabalístico y se concentró, desoyendo la forma en la que aceleraban algunos, buscando intimidar al rival. A ella nunca le interesó entrar en ese juego, consideraba que era parte de la esencia masculina, una de las tantas formas de medirse el miembro viril. Puso primera cuando vio a la chica alzar la corneta y ni bien salió el sonido, la adrenalina se le inyectó en las venas, impulsándola a salir como alma que lleva el diablo. Zigzagueaba ágil y hábilmente a sus oponentes, maniobraba de manera suicida entre los competidores, haciendo que muchos tiraran patadas para desestabilizarla, pero ella conseguía eludirlos. En cada curva y contra curva, se pegaba casi al asfalto, haciendo que Ángela cerrara los ojos de pánico y gritara desesperada que se iba a matar, aunque no dejaba de alentarla, siempre utilizando el apodo que le había dado Alan.

A medida que iban pasando las vueltas, iba adelantándose en su posición, estaba en la penúltima vuelta y le faltaba pasar tan solo a una moto para ganar la punta y liderar el asunto. << *El muy infeliz es hábil*>>, meditó cuando éste le cerraba el paso a cada intento de ella por rebasarlo. La bandera que indicaba que se comenzaba la última vuelta, apareció alzada en su campo de visión y puso absolutamente toda la potencia para ganar. La adrenalina mezclada con los deseos de ganar, la hacían actuar de manera imprudente. Logró posicionarse junto al que lideraba la punta y, adivinando su jugarreta, logró salvarse de la patada que le tiró para hacerla caer; con lo que éste muchacho no contaba, era que la fuerza que había empleado para patearla, no le dio tiempo de recuperación para acomodarse y tomar la última curva. Todo el mundo explotaba de la emoción, Ángela saltaba como loca, Marcus coreaba su nombre arengando al público. Al coro de “¡Loba, Loba!”, Roma se consagró ganadora, entrando a la línea de meta con la rueda delantera suspendida en el aire.

Dio un pequeño giro y aceleró apenas hasta el círculo que la esperaba exaltado ante su victoria. Cuando frenó, se quitó el casco y poniéndole la pata de apoyo a la moto, descendió para fundirse en un abrazo con su amiga.

—¡Estuviste increíble! — Le susurró eufórica, Ángela. Roma, apretó más el agarre, mientras agradecía

haber salido viva.

—Eso es volver con estilo— le dijo Augusto, poniéndole fin al abrazo de las amigas.

—Te dije que todo lo que ibas a ver, era el lobo en mi espalda.

—¡Ah! Era el lobo... ¡Con razón!

—¿Qué?

—Con razón perdí.

—Sigo sin entenderte, Augusto.

— ¡Que te miró el culo, Loba! — Exclamó furioso, Alan, suscitando que Roma estallara en carcajadas.

Un barullo de pelea les llamó la atención, cuando se acercaron a ver, casi se caen de culo al ver a Ángela prendida a la espalda de un corredor, mientras le pegaba con un abanico.

—¡Te voy a matar, hijo de puta! — Le gritaba, al corredor que había querido tirar a su amiga. Lo había visto bajar de la moto y esperó el momento oportuno para acercarse y atacarlo.

—¡Alguien que me quite a la loca de mierda! — pedía mientras se movía de un lado a otro intentando, inútilmente, sacársela de encima. Actuando rápido, Marcus y Augusto, se acercaron para separarla del corredor.

—Tranquila, Princesa, te vas a quebrar una uña — dijo Marcus, cuando logró desprenderla, pero Ángela, enajenada, seguía tirando patadas y maldiciones.

—¡La próxima te rompo la cabeza! — Continuaba gritando amenazas, a pleno pulmón. Cuando logró calmarse un poco, Marcus, la depositó en el suelo, pero ella buscó escapar y volver a aporrear al infame que había osado tirarle una patada llegando a una curva peligrosa.

—¡Ángela, por Dios, calmate! — Le pidió Roma, intentando mantener la compostura. Conocía a su amiga mejor que nadie y sabía que, ella, jamás reaccionaba de manera violenta. Ángela era puro glamour, de ahí el apodo que le había puesto Marcus.

—¡Casi te mata, Ro... Loba! — Exclamó, corrigiendo el nombre antes de meter la pata.

—Sabés como son las reglas acá.

—Pero es que el infeliz te tiró una patada en un punto peligroso.

—Lo sé, pero yo gané y él no— dijo, abrazando a su amiga para serenarla e intentar no pensar en el asunto, porque su amiga estaba en lo cierto.

—Acá esta tu parte — cortando el momento, Alan, le hacía entrega de un sobre de papel madera.

—No la quiero — respondió, mientras soltaba a su amiga y se enfrentaba a él, cruzándose de brazos.

—Sabés lo que pienso del dinero, cada cual tiene que recibir su parte, ley de apuestas— insistió, con el brazo extendido. —Agarrala y hacé lo que quieras. Roma agarró el sobre y lo abrió, viendo una notita suelta.

—Ahora no — le pidió.

Roma asintió con la cabeza comprendiendo y se fue, dejándolo con la sonrisa de quién se sabe vencido en la vida.

En otro punto de la ciudad, ajenos al mundo caótico de Roma, Eric y sus amigos estaban jugando a las

cartas, mientras bebían cerveza y fumaban puros.

—¿Pero no te dijo nada? — insistió Marcos, asombrado, de lo que su amigo le había narrado del encuentro del día anterior con Roma.

—No, vino a camelearme y se fue — respondió, acomodando los naipes. Roma, movida por la culpa, había salido del trabajo y, tomándose un taxi, había ido al hospital a verlo, con dos cafés de Starbucks. No quería que él se enojase con ella, por un asunto que no podía explicar. Lo encontró en su consultorio, rellenando unos documentos, había carraspeado su garganta para hacer notar su presencia, mientras se acercaba a él con un vaso de café, extendiendo el que tenía escrito “*enojarse saca arrugas*”. Con su sola presencia, él, ya había mitigado su enfado de no verla el viernes.

—¿Y cuándo se vuelven a ver? — Preguntó Santino.

—No lo sé, supongo que la semana que viene— respondió encogiéndose de hombros, fingiendo que no le importaba.

—Esa sonrisa que querés ocultar, dice que mañana — apuntó Lucas.

—Póquer de ases, muchachos — dijo zanjando el asunto.

Mientras sus amigos exclamaban improperios, él pensaba que, así como había ganado la partida, con el máximo galardón, de la misma forma iba a ganar el corazón de ella.-

Capítulo 8

El galpón estaba sumido en penumbras, apenas iluminado por una luz. El Gran Jefe se encontraba detrás de su escritorio, contando el dinero de las ganancias adquiridas la noche de la carrera, una gran suma de dinero por las apuestas y otra por el negocio que estas cubrían. La mujer, sentada frente a él, lo contemplaba paciente. Observaba cada detalle del hombre, que a sus cuarenta y tantos años, aún se conservaba en buen estado. Tenía el cabello negro, peinado hacia atrás dejando expuesta una frente ancha, apenas entre cano. Su nariz aguileña, mostraba una pequeña imperfección producto, seguramente, de alguna pelea; sus ojos levemente sesgados, demostraban inteligencia junto con sus cejas tupidas. El cigarrillo abandonado en el cenicero, se consumía anhelando ser besado, igual que ella, siempre le sucedía lo mismo, siempre el mismo anhelo de ser tocada por él.

Le fascinaba ver la agilidad de sus dedos al pasar los billetes, al contarlos, la mueca de concentración y todo lo que venía a posterior.

Cuando se percató de que casi estaba terminando de contar, se puso de pie y comenzó a desvestirse lentamente, sin dejar de mirarlo. Quedando únicamente con un portalligas azul noche y sus tacos aguja negros, colocó una mano en la cadera y separó ligeramente las piernas, se dispuso a esperar a que él elevara la vista.

En el momento que él terminó de contar los billetes y separarlos en fajos, echando su cuerpo hacia atrás, agarró el cigarrillo y dando una calada, se deleitó la vista con el cuerpo de ella. Mientras soltaba, satisfecho, el humo del cigarro le indicó con la mano que se acercara, ella obedeció acercándose de manera sensual. El palmeo sus piernas, señalando que se sentara allí, la mujer obedeció. Pacientemente, él se recreó en su piel tersa, sin prisa alguna la recorrió de principio a fin, bajando lentamente los breteles de su corpiño de encaje, lamiendo el lóbulo de su oreja, mientras jugaba con su erecto pezón rosado, ocasionado que ella suspirase de excitación.

— Sin dudas, éstas fueron mi mejor inversión— susurró, mientras apretaba sutilmente sus pechos. La mujer ronroneo como respuesta y abrió sus piernas, dándole acceso a sus manos.

—Por favor— suplicó entre jadeos.

— Por favor ¿qué?

— Por favor—repitió la súplica en medio de las nubes del éxtasis.

Con una risa de masculina satisfacción, él, deslizó su mano por el vientre de ella hasta el valle entre sus piernas, volvió a sonreír cuando notó que estaba húmeda y caliente. La empezó a acariciar suavemente por encima de la tela, provocando que enloqueciera y suplicara otra vez, se regodeaba con sus desesperadas súplicas. Cuando deslizó su mano por el interior, empezó a jugar con el centro de su feminidad, trazando círculos sobre la sensible y minúscula porción del cuerpo, hasta que ella llegó al orgasmo. La puso de pie y la colocó boca abajo sobre el escritorio, bajando el cierre del pantalón y corriendo apenas la tanga de ella, la penetra con brutalidad. Con cada embestida la hacía gritar, tomando su cabello y tirando con fuerza hacia atrás, le susurró:

— ¿De quién sos la puta? — Al no responderle, procedió a pegarle una palmada, fuerte, en la cola, haciendo que ella gritase de placer. El Gran Jefe, volvió a repetir la pregunta, entre dientes, sin dejar de embestirla, ella volvió a guardar silencio, esta vez fue más fuerte el golpe y ella ronroneo.

— ¡¿De quién sos la puta?! — Exclamó excitado e imperativo.

—Soy tu puta— susurró al borde de un nuevo orgasmo, mientras él aceleraba las embestidas e incrementaba la fuerza. Cuando notó que estaba por terminar y para no derramar su simiente dentro de ella, sacó su miembro del interior y comenzó a tocarse; ella no perdió tiempo, se puso de rodillas, tomando el miembro con la boca y ayudándose con las manos, lo hizo terminar, la secreción del hombre, cayó en sus pechos, siempre terminaba en el mismo lugar, una clara y reiterada forma de marcarla como propia.

— Buena chica — le dijo, mientras palmeaba su cabeza.

Ella se puso de pie y se limpió con un pañuelo que él le tendió.

—Ya puedes vestirte— le ordenó él. Ella no dijo nada e hizo lo que él le pidió, mientras que el Gran Jefe, agarraba dos fajos de dinero y se los dejaba para que los guardara.

—Espero que el polvo de recién, no esté incluido— dijo, mientras se acomodaba la ropa.

Él rió y negó con la cabeza.

— ¿Por qué te voy a pagar? Vos también disfrutaste— respondió, mientras se volvía a acomodar en su silla. —Nos vemos el mes que viene, cuando tengas más mercancía.

— Vamos a ver qué te junto — respondió mientras tomaba el dinero y lo guardaba en la cartera. Tirándole un beso al aire, como despedida.

— ¡Martina! — La frenó, antes de que ella saliera por la puerta. Ella se giró y lo miró por encima del

hombro — Cambiá la cara, que te acabas de llevar un polvo tremendo.

La colorada, sonriendo de lado, se marchó.

Alan se paseaba de un lado a otro de su minúsculo departamento, habían pasado un par de días desde la carrera y, todavía, no tenía novedades de ella. <<De seguro donó la guita y no leyó la nota>>, <<A lo mejor ya no se acuerda>>, <<Tal vez no me crea>> pensaba, una y otra vez, mientras daba vueltas en el mono ambiente. A decir verdad, no esperaba que ella le creyera, él era consciente de que la había cagado hasta el fondo y que Loba no era de las que olvidaban con facilidad. Durante el tiempo que estuvo preso, repasó los sucesos ocurridos una y otra vez, desde que la conoció hasta que ella lo descubrió engañándola. Él había sentido la necesidad de probarse algo, tal vez lo estúpido que era, porque cuando la ocasión se presentó, ahí estaba acostándose con la modelo de un canal de televisión, susurrándole idioteces que no sentía ni creía. Cuando había terminado, ambos se habían dirigido hacia la cocina y ahí estaba ella, con la mirada perdida en algún punto y con un cigarrillo en la mano. Él, la sacó del transe, susurrando su nombre y esperando lo peor, pero ella se había levantado y, fijando su gélida mirada en sus ojos, había apagado el cigarrillo, comunicándole que se iba a la carrera de autos. Antes de salir por la puerta, y sin voltearse para mirarlo, le había anunciado el fin de la relación. Lo supo en cuanto ella se había ido, supo que ese día, nada iba a salir bien.

El sonido del timbre lo trajo de nuevo al presente, solo una persona conocía ese lugar. A paso tranquilo, se dirigió a abrir la puerta y sin preguntar, abrió.

—Llegas temprano — dijo, a modo de saludo.

—No tenía nada más que hacer — respondió, encogiéndose de hombros, el hombre gordo de dientes amarillos.

—Pasa Ángel—. El hombre pasó y Alan cerró la puerta.

Ángel, sentándose en la única silla que había, encendió un cigarrillo y lo contempló, a la espera de noticias.

— ¿Cómo estuvo la carrera? — Preguntó, rompiendo el silencio.

—Alucinante, ella es increíble — comentó orgulloso, mientras se sentaba en la pequeña mesada.

Le era imposible no sentirse orgulloso de ella cada vez que corría, él le había enseñado a manejar, pero ella había perfeccionado el estilo, convirtiéndose en una leyenda. De pronto, se vio envuelto en el pasado, cuando ella había empezado a despuntar y el sentía algo muy lejano al orgullo.

— ¿Me estás escuchando?

El muchacho parpadeó, cayendo al presente una vez más y negó con la cabeza.

—Disculpame, Ángel. Me perdí un momento...

—Te estaba preguntando si viste quiénes eran los compradores.

—No, estaban de espaldas y no pude verlos. Pero a la que sí vi, es a la amante de Román, la colorada.

— ¿Esa es...?

—Sí, esa es la que trae la mercancía — aclaró, mientras se rascaba el hombro izquierdo.

— ¿Crees que la Loba nos colabore?

—Sí.

— ¿Cómo estás tan seguro? — Preguntó, clavando sus marrones ojos en los grises de él.

—Porque lo sé.

— ¿Estás seguro porque sabes o porque te estas convenciendo?

— ¿Sos un puto loquero acaso?

—En mi profesión, la psicología es una gran herramienta —se justificó, encogiéndose de hombros y omitiendo que él, no había respondido a su pregunta. Tal vez, no estaba tan seguro de que ella fuese a colaborar, después de todo, él, le había adornado la cabeza, pero la habían coaccionado a volver. Incluso, Alan, le había vuelto hablar a Román, el Gran Jefe, de ella, para que volviese a las carreras. La Loba, una de las piezas claves, era la pantalla que se necesitaba para hacer la jugada maestra y desbarajustar la red de tráfico de órganos o al menos, uno de los eslabones más importantes.

Cuando había conocido al muchacho de ojos color acero, no era más que otro joven, rebelde sin causa, intentando alzar la voz más alto que los demás, arrogante y prepotente. Cuando a los cargos de posesión de estupefacientes, se le había sumado estar envuelto en una de las redes de tráfico de órganos más pesadas del país, el muchacho había quedado mudo. Por supuesto que le habían ofrecido un trato a cambio de información y de ayuda para dismantelar todo, él había aceptado después de que firmaron el tratado diciendo que, al cumplir la condena reducida y colaborar, lo iban a reubicar en otro continente, bajo otra identidad.

— ¿Le diste la nota? —Insistió.

Alan asintió mientras restregaba sus ojos.

—Espero que la haya leído — murmuró.

—Las piezas están en el tablero y la suerte, la suerte muchacho, está echada.

Brenda, Sofía y Mariela, esperaban impacientes a que llegaran Roma y Jonás. Habían quedado en tomar algo en el Starbucks, mientras daban inicio a los primeros preparativos para el casamiento.

— ¿Escucharon algo respecto a Roma y la Ducati? — Preguntó Mariela.

—No, al parecer eso es secreto de Sumario — respondió Brenda, antes de darle un trago a su té helado.

—Santino lo único que dijo fue: “¡Carambolas con Roma!”

— ¡¿Carambolas?! — Preguntó carcajeándose Brenda

—Sí, a veces usa esos calificativos arcaicos— justificó, largando un suspiro de resignación mientras revoleaba los ojos.

—La verdad, es que nunca imaginé que se iba a subir a esa moto—admitió, Mariela. —Y jamás pensé, ni remotamente, que iba a dejar que otra persona la manejase...—Brenda y Sofía, asintieron en concordancia a lo que había expresado Mariela, ya que ellas habían sido testigos de lo que había sufrido Eric.

—Ahora, admito que casi me caigo de culo cuando la vi a ella manejar—dijo, Sofía.

— ¡No jodas! Fue de puta madre— exclamó Mariela, todavía alucinada de verla llegar manejando la moto de Eric.

—Hasta donde sé, ellos van viento en popa — anunció, entusiasmada Brenda.

—Y se los ve bien — apuntó Sofía.

— ¡Hacen una pareja hermosa! — Suspiraron las tres y, cómplices, chocaron los cinco.

Un rato después llegaron, por fin, Roma y Jonás; entre disculpas, besos y abrazos, se acomodaron en las sillas vacías ya que, antes de dirigirse a la mesa, habían pasado por el mostrador para hacer el pedido.

—Bueno, ahora que estamos todos... ¡largá! — Le pidió Jonás a Roma, algo que el resto de las chicas

aplaudieron entusiasmadas.

—Pero serán chusmas — se quejó ella, fingiendo indignación.

— ¡Dale, que nos morimos por saber! — Se quejó, Sofía.

—Estamos... saliendo, creo.

— ¿Cómo que “creo”? — Preguntó Brenda.

—Bueno, supongo que se utiliza ese término, cuando salís con alguien casi todos los días ¿verdad?

—Sí — respondieron al unísono.

—Y... ¿Cómo se le dice cuando esa persona te llama casi todos los días y siempre tiene un plan para hacer juntos? — Preguntó meditabunda.

—Interés — volvieron a repetir al unísono, más emocionados.

—Bueno, ahí está... Salimos y hay interés.

— ¿Y ya te dio pase libre al paraíso? — Preguntó Jonás, moviendo las cejas significativamente.

—No.

—Bueno, van con calma — Concilió Brenda.

—Sí, la verdad es que sí — suspiró Roma. —Trato de disfrutar al máximo posible todo, mientras dure—.

Y diciendo esto, dejando a sus amigos sin entender nada, se levantó a buscar su pedido.

Decidieron no hablar más del tema referente a Roma y Eric, centrándose de lleno en el casamiento.

El teléfono de Roma sonó y, excusándose, salió a la calle para hablar tranquila.

—Alan — dijo, carente de emoción, cuando respondió.

—Loba... ¿Cómo estás?

—Bien ¿qué pasa?

No era nervios lo que le producía hablar con él, más bien, se sentía incómoda, como si estuviese en falta con alguien; con alguien de salvajes ojos verdes.

— ¿Leíste la nota? — Preguntó, al tiempo que contenía la respiración, infundiéndose valor para esperar la respuesta.

—Sí— respondió a la vez que suspiraba.

La nota que él le había colocado en el sobre con el dinero, era una dirección y debajo, una simple oración: *“Te prometo que nada es lo que parece”*.

— ¿Y por qué no me llamaste para coordinar el día y la hora?

El tono molesto con el que se dirigió a ella, la irritó de sobremanera.

—Porque tengo una vida— respondió, apretando los dientes para no gritarle.

—O un novio, querrás decir.

—Ese no es asunto tuyo — siseó, empezando a caminar de un lado al otro.

— ¿En serio estas con un tarro de asteroides con patas? — Se burló, incrédulo, produciendo que la sangre de ella comenzara a bullir.

—Punto uno: se dice esteroides, imbécil. Punto dos: reitero, con quién esté o deje de estarlo, no es tu puto asunto ¿estamos?

—Vos sos mi asunto.

—Dejé de serlo cuando me adornaste la cabeza, infeliz.

—Siempre vas a serlo.

—No te queda bien el papel de acosador, no empieces.

—Si no querés que empiece, nos vemos el viernes a las ocho de la noche.

—Nos vemos el sábado, a las diez de la noche —replicó, antes de cortar la comunicación.

Roma, intentó serenarse mediante ejercicios de respiración, le daba impotencia la forma rastrera que tenía Alan para conseguir sus objetivos. Si no conseguía las cosas por las buenas, la irritaba a tal punto que ella terminaba definiendo, contra su voluntad, los términos. Podía apostar que, del otro lado de la

línea, él, sonreía satisfecho. <<*Maldito infeliz*>>, pensó, mientras volvía a la mesa con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Eric? — Preguntó Jonás, cuando ella se sentó.

—No, mi hermano, con buenas noticias— mintió, mientras tomaba una revista de vestidos.

El muchacho ojos color acero, mirando al hombre gordo sentado frente a él, sonrió satisfecho.

—Increíble... ¿cómo hiciste eso?— murmuró, anonadado, Ángel que había escuchado toda la conversación.

— ¿Qué cosa?

—Coaccionarla de esa forma y estar vivo.

—Estuve de novio tres años con ella, sé como reacciona ante ciertos estímulos— respondió, encogiéndose de hombros.

—Yo estoy casado hace veinte años y mi mujer es impredecible...

— ¿Qué tanta atención le prestas a tu mujer?

— ¿Ahora sos consejero matrimonial?

— ¡Pff! Ni de cerca, pero se trata del interés que pones en la otra persona...

— ¿Por qué la engañaste? — Disparó Ángel.

La pregunta, hizo que Alan, suspirara. Esa misma inquietud, se la había repetido a lo largo de los años, y jamás podía asomarse al abismo que la respuesta representaba. Podría decirle que por imbécil, pero había sido premeditado, sí, él sabía los horarios en los que ella iba a su departamento, sabía exactamente que tenía una copia de la llave y, también sabía qué decir para lastimarla. Pero, el motivo por el cual lo había hecho, aún no se animaba, ni siquiera, intentar encontrarlo para él mismo.

—Por imbécil — respondió, después de unos instantes.

—Sos más inteligente que eso, chico— dijo, chasqueando la lengua.

—Al parecer, no —replicó, largando una risa vacía.

— ¿La amabas? —Atacó nuevamente el policía.

Y ahí estaba, la pregunta que le echaba sal a la herida. Por supuesto que la había amado, el lado salvaje de ella lo había conquistado por completo, la rebeldía y sensualidad que ella desprendía, lo había puesto a sus pies. Pero, había un lado de ella, uno al que él no tenía acceso y ese misterio, lo sumergía en un pozo de locura. Él la quería al completo, tomar y reclamar cada parte de ella, pero ella... ella era de las que se entregaban por propia voluntad o se escudaban en altas torres de hielo. Aún la amaba, adoraba la temeridad y la seguridad que tenía, amaba su salvajismo y sus desafiantes ojos pero, lo que más amaba, era llevarla al desquicie y rendirla a su voluntad.

—De ser así ¿la habría engañado? —Filosofó, evadiendo la pregunta.

—Esa es una pregunta que vos te tenés que responder pero, me juego el cuello, que sí—respondió Ángel, poniéndose de pie.

— ¿En serio? — Respondió irónico.

—Por lo poco que me has contado, no estabas probando tu amor. Retorcidamente, la estabas probando a ella.

La revelación dejó en shock al muchacho, haciendo que sus acerados ojos se abrieran de par en par. Ahí estaba ese borde, al cuál jamás había querido asomarse, la respuesta que había esquivado durante cuatro

largos años, la verdad que indicaba que ella no lo había amado de la misma forma en la que él la amaba. Ella no había elegido entregarse a él, ese fue el motor que lo impulsó a engañarla. Buscar alguna reacción de parte de ella, pero había obtenido frialdad y el final de todo.

Cuando decidió reaparecer en su vida, la siguió, convirtiéndose en su sombra. La había visto con el tipo aquel y supo que con él, ella era distinta, emanaba libertad. Lo miraba con ternura, con anhelo y con fuego. Sintió celos, odio y derrota; e impulsado por esos sentimientos, la había mencionado con el Gran Jefe, sentía que era la forma de tenerla cerca, lo suficiente para revivir la euforia de las carreras, traer a su memoria las buenas partes de su relación y no solo el engaño, y así, tal vez...

Eric y su hermano, tenían como hobby, además del gimnasio, hacer escalada del estilo deportiva. Esta actividad, consistía en trepar por una pared artificial, con agarres o preses elaboradas de resinas sintéticas, con buena adherencia, que imitan las formas naturales de las rocas, según la dificultad que se quiera lograr.

Tomás, caminaba en dirección al consultorio de su hermano, como había quedado en buscarlo, ni loco lo iba a esperar en el estacionamiento. Algunas enfermeras lo veían pasar, con su ropa deportiva, mirándolo apreciativamente sin ningún tapujo. Al igual que su hermano menor, era alto y de espalda ancha; tenía ojos color miel, su rostro era de una belleza un poco más delicada que la de Eric. A pesar de estar casado y de los kilos de más, que habían mandado a algún lugar remoto sus abdominales, Tomás, era un hombre impresionante.

Frenó en seco su recorrido, cuando vio que su padre estaba discutiendo en el pasillo con un hombre. Tristán Carson, parecía alterado, mientras que el individuo intentaba, inútilmente, explicarse.

—Necesito respuestas, Germán —. Le oyó decir a su padre, intentando mantener la compostura.

—Le juro que no sé cómo ha pasado esto, Doctor—. Respondía el hombre, de mediana edad, cabello entre cano y mediana estatura. Se lo veía nervioso, con las manos en los bolsillos del guardapolvo blanco del hospital, abriendo los ojos desmesuradamente detrás de sus anteojos de pasta negra.

—Buscá las respuestas ¿estamos? — El hombre asintió.—Y quiero un informe para el lunes a primera hora—. Finalizó Tristán, despidiendo con la mano al hombre.

— ¿Todo bien, viejo? — Preguntó Tomás, abrazando a su padre como saludo, después de que el hombre se fuera a paso ligero por el pasillo, sin levantar la mirada del suelo.

—Problemitas, nada que no se pueda resolver... —Suspiró, mientras se soltaba de su hijo, rogando, mentalmente, resolver el asunto sin que la prensa se enterase. — ¿Qué te trae por estos lados? — Preguntó, mientras lo conducía por el pasillo.

—Vine a buscar a mi hermano.

—Cierto, que hoy es día de monos... ¿los peques?

—Bien, mañana a la noche vamos a comer con ustedes...

— ¡Estupendo! — Exclamó, alegrándose desde lo más profundo de su ser. Amaba a sus nietos y adoraba a su nuera, la única que había sido capaz de hacer sentar cabeza a su hijo mayor.

La puerta del consultorio de Eric estaba entre abierta, él se encontraba hablando por teléfono, mientras caminaba de un lado al otro, con una mano en el bolsillo.

—Ya te dije, es tu culpa por ser tan linda — escucharon que le decía a alguien. Tomás, sorprendido, miró a su padre quien observaba risueño a Eric.

— ¿Con quién habla? — le susurró.

—Con una chica—respondió de igual modo.

—A mi hermano jamás le faltaron mujeres, pero...

—Pero nunca lo viste así— afirmó el progenitor de ambos.

— ¿Con esa cara de boludo? No, nunca — concedió, risueño, mientras se cruzaba de brazos y contemplaba a su hermano.

—Bueno, Belona, me tengo que ir... sí, te escucho...—decía, mientras se reía y les hacía seña que en un momento se desocupaba. —Mañana a la noche tengo una sorpresa para vos, es todo lo que voy a decirte... No, no te voy a dar más pistas — se carcajeaba, provocando que su hermano revoleara los ojos. Tomás lo escuchó repetir la misma frase unas cinco veces más, hasta que por fin, se despidió de la misteriosa “Belona”, <<*nombre extraño si los hay*>>, pensó, mientras saludaba con un abrazo a su hermano.

— ¿Qué pasó con Roma? —Inquirió su padre, temiendo que se le haya pasado el interés por esa muchachita y que volviera a las modelos de pasarela.

—Que no entiende el significado de “sorpresa” —respondió suspirando, mientras ponía los ojos en blanco.

— ¡Ah! Hablabas con ella— afirmó, mientras relajaba el ceño.

—Sí, le digo “Belona” en referencia a la diosa romana de la guerra...

—Estoy perdido... ¿Quién es Roma?

—Roma, es la chica de tu hermano.

— ¡Por favor, decime que no es otra de tus modelos! —Suplicó Tomás.

—No, esta come bien — dijo, sonriendo Eric.

—Y, además, cocina—agregó, Tristán.

—¡¡¡Nooo!!! — Exclamó, emocionado Tomás, mientras se llevaba las manos al pecho, en vista de que ninguna de las mujeres de su familia cocinaba realmente, que alguien cocinara era como descubrir el Santo Grial. Eric, se encogió de hombros, aún sonriendo, mientras se sacaba la bata de médico, tomaba su bolso con la muda de ropa y se dirigía a su baño privado a cambiarse

—Bueno, ya basta... vamos — dijo, cuando salió. Había escuchado todo lo que su padre le contaba a su hermano respecto a ella. Se despidieron de Tristán y salieron bajo la atenta mirada de las enfermeras.

—Así que... Roma — Suspiró, Tomás, en el ascensor; provocando que su hermano lo mirase con marcada advertencia.

—Sí, así se llama— admitió entre dientes.

— ¿La sorpresa es que mañana la vas a llevar a cenar a casa?

— ¡No! La idea es que me dure, no que me deje...

—Pero si somos divinos— respondió ofendido, Tomás.

—Sí, pero ella va despacio y, ese asunto familiar, lo toma muy en serio.

La explicación de Eric, lo dejó sorprendido. Por regla general, las mujeres a las que estaban acostumbrados, soñaban con la presentación en el seno familiar.

— ¿Qué tanto tengo que esperar para conocer a mi cuñada?

—Si todo sale bien, pronto—respondió, con la típica sonrisa de los trapeceistas que saben que van a caer, entregado al destino. Desviando el tema de conversación hacia los logros y travesuras de sus sobrinos, llegaron al estacionamiento interno, sin darse cuenta que, detrás de una de las columnas, una pareja se había quedado petrificada.

—Ya se fueron — susurró, ella, sintiendo que el alma le volvía al cuerpo.

—Nos van a terminar descubriendo— afirmó, él.

— Solo somos dos adultos que se tienen ganas — susurró, cariñosa, mientras acariciaba su pecho.

—Pero yo estoy casado.

— ¿Te pensás que sos el único casado acá? — Preguntó, mientras le mordía el lóbulo de la oreja. Provocando que él gruñera y la apretara fuerte contra su cuerpo. Ella buscó besarlo y él accedió, apretando las nalgas de ella cuando el beso se volvía más caliente.

—Esto es para vos— dijo, mientras metía en el bolsillo de su pantalón un sobre, demorándose unos instantes acariciando la erección del hombre.

—Esta fue la ultima vez — dijo, él, con dificultad para respirar y articular palabra.

—Los dos sabemos que no — sentenció, intensificando sus caricias. Sabía que lo tenía a punto, abrió el cierre del pantalón, metiendo su mano y, sacando el glande erecto, lo empezó a tocar con caricias de una experta meretriz, llevándolo hasta el punto más álgido del éxtasis. Él, arqueando su espalda y abriendo la boca en un grito mudo, derramó su simiente en la mano de ella. La mujer, retiró la mano y clavando sus ojos en los de él, se lamió la palma, limpiando todo rastro de la secreción blanquecina.

—Es tu turno — dijo él, cuando pudo recomponerse.

—No, mi amor, hoy disfrutabas vos— respondió, mientras le acomodaba la ropa.

—Pero...

—Shh así es mi amor por vos ¿no lo entendés? — susurró, contra sus labios, antes de besarlo.

—Sos tan hermosa — suspiró.

—Lo sé— replicó, provocando que ambos rieran.

Ella le indicó que saliera él primero, para no levantar sospechas. Inocente, siguió la sugerencia. Cuando se cercioró que estaba lejos, sacó su celular y apretó la marcación rápida, al tercer tono, atendió.

— ¿Lo convenciste?

—No me costó mucho — respondió, mientras se limpiaba la mano con una toallita con alcohol en gel.

—Perfecto —dijo, antes de dar por finalizada la llamada.

Capítulo 9

Él caminaba sin rumbo fijo, por las calles casi desoladas. En su mente, una y otra vez, se repetían los últimos siete años, en los que había amado a una sola chica y que ahora estaba a punto de perderla por no haberse jugado cuando era el momento oportuno. Se había puesto de novio con la chica popular del colegio, llegando a quererla sinceramente, pero no era ese fuego que lo consumía. <<Ángela, Ángela, Ángela>>, repetía su nombre como si de un mantra se tratase, mientras se paraba en medio de la desolada calle, con las manos dentro de los bolsillos de su jean, largaba un suspiro y contemplaba el firmamento estrellado intentando, inútilmente, dibujar el rostro de Ángela con las estrellas; río dándose por vencido y retomo la caminata. Muy a menudo, se preguntaba qué lo había hecho elegir a Lucía y siempre llegaba al mismo punto, tenía miedo de lastimar a Ángela, el miedo a que no funcione, el miedo a fracasar, a herirla y a perderla para siempre. Se quejaba de su hermana, criticaba lo cobarde que era Roma por entregarse a relaciones destinadas al fracaso, y él había hecho exactamente lo mismo al soportar a Lucía, siete años ininterrumpidamente, por miedo a fundirse los huesos con Ángela. Pero, había llegado al punto de su vida en el que ya no quería algo tibio, ahora quería arder. Con esa idea en mente se dirigió hasta la casa de ella, a paso firme y decidido.

Ángela se encontraba sola en su casa, disfrutaba de un licuado de frutas, mientras leía una revista de moda y esperaba que se le secaran las uñas de los pies. Su madre y su hermano, habían salido a ver unas consolas nuevas para el estudio de grabación y todavía no habían regresado. Al haber crecido con una madre profesora de música, había aprendido a tocar la gran mayoría de los instrumentos y también a cantar, al igual que su hermano.

Seguía concentrada en la revista tratando de ignorar el constante tono de alerta de mensaje, el simple “bip” que le había asignado a su ex, parecía un monitor cardíaco de alguien que estuviera sufriendo una arritmia. Después de haber conversado con sus amigas, a la orilla de la pileta, sobre la situación con su novio, había procedido a dejarlo, y él no había dejado de insistir por otra oportunidad, prometiendo hacer cambios en su persona si eso la hacía feliz, hasta había llorado intentando conmovérla, no contando que ella solo había sentido lástima de él y lo había mandado a volar. Se compadecía de él, pero nada de lo que hiciera, y menos después de llorarle a moco tendido, podría hacer que ella le diera otra oportunidad, porque no se veía con él en ningún aspecto. Su corazón lo había entregado cuando era una niña, al mejor amigo de su hermano, al hermano de su mejor amiga, Pietro Casalegno. Se acordaba perfectamente, cuándo había sido el día que se enamoró de él, tenía cinco años y lo había visto a la salida del jardín junto con su mamá, estaban esperando a la niña que se había hecho su amiga ese día. Lo recordaba con una bermuda color caquis y una remera, manga corta, a rayas roja. Tenía los ojos turquesas más hermosos que había visto en toda su vida; un pelo lacio, rebelde y negro azabache, y la boca más tentadora que habían visto sus jóvenes ojos. Las vueltas de la vida, habían llevado a que formaran parte

de un mismo grupo de amigos, sean casi vecinos y que su hermana, hubiese sido esa niña, que en el jardín de infantes, la había defendido en el arenero convirtiéndola en su mejor amiga por siempre.

Cuando Ángela cumplió los doce años, le había pedido a Pietro que le diese su primer beso, su osadía lo había dejado en shock, pero dos días después, tomándola por sorpresa, la había besado y de la emoción, ella se había desmayado. Dos días después del beso, Pietro se había puesto de novio con una chica del club, donde solía practicar básquet, y dos años después había empezado a salir con otra, hasta que a los diecinueve años, se puso de novio con Lucía, la chica por la que todos perdían el sentido y ahí supo, que lo había perdido para siempre. Decidida a olvidarlo, había recurrido al viejo dicho “un clavo saca a otro clavo”; pero al parecer, el primer clavo, estaba soldado a su corazón, porque jamás había podido olvidarlo.

— ¡Basta, Ángela! — Se reprendió, dándose una palmada en la pierna. —Es hora de que te olvides de Pietro Casalegno y, al primero que se te cruce, le entregas la virginidad— afirmó, mientras se ponía de pie para continuar con su monólogo, que fue interrumpido por el timbre.

— ¡El destino toca el timbre! — Exclamó, entusiasmada, pensando que se trataba de un alumno de su madre, había un par de ellos que eran modelos. Se acercó a la puerta cruzando los dedos, se acomodó el pelo y, por las dudas, hizo memoria de la ropa interior que llevaba puesta. Intentando parecer natural, abrió la puerta y se quedó estupefacta frente a Pietro.

—Hola —saludó él, mientras se rascaba la nuca, un poco nervioso.

—Hola — logró articular ella.

— ¿Puedo pasar?

Ella, asintiendo con la cabeza, se corrió para que el entrara. Al pasar por su lado, Pietro, besó su mejilla, demorándose unos instantes más de lo debido, provocando que las piernas de ella temblaran.

—Mi hermano no está — dijo, mientras se encaminaban al living.

—Sí, lo sé—respondió, intentando que los nervios no se reflejaran en su voz. Ella estaba preciosa, nerviosa igual que él, siglos habían pasado desde que se encontraron a solas por última vez, doce años de espera, para él, llegaban a su fin.

— ¿Venís a buscar algo? — Preguntó, mientras se sentaba al estilo indio en el sillón de tres cuerpos blanco.

—A vos— respondió, mientras se sentaba a su lado y colocaba una mano en la rodilla de ella.

El pulso de Ángela se disparó, el corazón golpeaba tan fuerte contra su pecho, que llegó a pensar que le iba a romper el tórax. El aire entraba a sus pulmones, pero su cerebro no procesaba que estaba respirando, creía que se iba a morir por asfixia.

— ¿A... a mí? — Tartamudeó, fijando sus ojos en él.

—Sí.

— ¿En qué te puedo ayudar?

— ¿Sabías que corté con Lucía?

—No voy a ser tu consejera sentimental— afirmó, enojada, mientras se ponía de pie. Durante los siete años que Pietro estuvo de novio, el pañuelo de lágrimas y la terapeuta de pareja, había sido ella. Otra vez someterse a ese flagelo, no se lo iba a consentir, ya no más.

—No vine a pedirte eso —dijo, mientras se ponía de pie y se acercaba a ella.

— ¿A qué viniste? —Preguntó, mientras se cruzaba de brazos y repiqueteaba el pie en el piso.

—A invitarte a salir...

— ¿A salir?

—Sí, a salir...

—A salir ¿cómo?

— ¿Cómo que “cómo”?

—Sí, Pietro, en qué plan.

—En el plan de dos adultos que se gustan...

— ¡Ay, por favor! — Exclamó indignada, elevando los brazos, haciendo tintinear sus pulseras.

—Ángela...

—“Ángela”, nada —siseó, enfadada.

— ¿Por qué te pones así?

— ¡Porque sos un imbécil, no soy el premio consuelo!

—¿Premio consuelo?—Se extrañó.

—Claro, como viste que no funcionó con la otra, te decidiste a jugártela por lo seguro—increpó, señalándolo con el dedo, mientras se acercaba furiosa a él y coninuó. —¿Pero sabés qué? —Le preguntó, irritada, dándole un pequeño empujón.

—¿Qué? — Preguntó, apretando los dientes, clara señal de que estaba comenzando a perder la paciencia.

—Que las chicas como yo, no esperamos a que los idiotas como vos, terminen de evaluar si somos o no, lo suficiente para estar a su lado—sentenció, y para darle énfasis a su discurso, lo volvió a empujar.

—Escuchame bien, Ángela —pidió, mientras la tomaba de la nuca y acercaba su rostro al de ella. Sus narices se rozaban, sus respiraciones, comenzaron acelerarse y sus miradas se encadenaron, el tiempo se detuvo, el mundo desapareció.

—Escuchame—volvió a repetir. —Sólo te voy a conceder que soy un idiota pero, el resto de tu discurso de mierda, es inadmisibile.

Ella no podía responder, él apretó las mandíbulas. Pietro, lentamente, comenzó a salvar los escasos centímetros que los separaban, para besarla. Doce años habían transcurrido de aquel primer, único y último beso; ese beso que cambiaría para siempre los plácidos sueños de Pietro.

Sus bocas estaba a un suspiro de proximidad, el corazón de ambos galopaba desenfrenado en el confinamiento de sus pechos y, entonces, el sonido de la llamada entrante en el celular de Ángela, rompió el encanto. El tiempo, empezó a caminar nuevamente, haciéndolos ser conscientes de que estaban en el planeta tierra.

—No—susurró ella, deshaciéndose de las manos de Pietro en su nuca y alejándose lo más rápido posible para atender el llamado.

—Roma...—la saludo, intentando estar calma. Observaba a Pietro, que caminaba de un lado a otro, agarrándose la cabeza.

—Sí, amiga, calmate y busca tranquila... no, no puedo ir... Sí, te entiendo... ajaam, sí—. Escuchaba que le decía a su hermana, tratando de calmarla, seguramente, mientras él esperaba que Nita estuviese en un crisis de identidad o algo por el estilo, porque si se llegaba a enterar de que los había interrumpido por alguna idiotez, se quedaba sin hermana porque él mismo la iba a matar, lenta y dolorosamente.

—Hacele un favor a tu hermana y a toda la humanidad—le dijo, cuando cortó la comunicación. Pietro la observó, esperando las instrucciones. — Necesito que logres que se ponga un vestido negro, con dos breteles y es de los que se adhieren al cuerpo, vas a escuchar dos mil quejas, pero convencela —. Pietro asintió.

Ángela carraspeó y se encaminó a abrir la puerta de salida. Pietro, resignado a irse antes de lo previsto, la siguió. En el umbral de la puerta, se agachó y susurró sobre sus labios:

—Esto no acaba acá.

Dicho esto, le dio un beso en la comisura de los labios y tomó rumbo hacia su casa, dejando a sus espaldas, una muchacha con la sonrisa de adolescente enamorada, con dificultades para hacer reaccionar sus piernas, los pulmones y con serios riesgos de padecer un infarto. Ella, miró al cielo y elevó una plegaria a las estrellas, tan solo imploró que no rompan su corazón.

Roma, revolvía su ropero sin encontrar algo que la convenciera. Eric, le había dicho que tenía una sorpresa para ella, pero, la única indicación que le había brindado, era que tenía que vestirse semi formal. Cada uno de sus vestidos de cóctel, estaban sobre la cama, siendo examinados minuciosamente por ella, mientras refunfuñaba su suerte. Si había algo que detestaba, era el suspenso. Detestaba la intriga, el no saber y no estar segura, no le gustaba andar a ciegas por la vida, ella necesitaba saber todo, dónde, cuándo y cómo. Sostenía que las personas, en su gran mayoría, no sabían el concepto de "sorpresa", o eran directores de cine frustrados, dando esos pequeños anticipos provocando que se devanara el cerebro. Siempre daba el mismo discurso: "si realmente se quiere sorprender, no hay que poner en sobre aviso al otro". Por supuesto que su hermano le decía que a ella no le hacía ilusión, porque era una ansiosa controladora. Puede que tal vez fuera cierto, bueno, tal vez no, Roma era controladora, tener el control y sus posibles vías de escape, ante ciertas situaciones, le daba seguridad y el confort, la hacía feliz ¿tan difícil era de comprender?.

—Nita ¿se puede?— Preguntó su hermano, con medio cuerpo dentro de la habitación.

—Ya estás adentro, Pato — respondió, mientras revoleaba por los aires otro vestido, desechándolo por ser muy escotado.

—Emmh ¿se puede saber qué pasó acá?

Pietro, lo observaba todo con estupor, toda la ropa, zapatos, accesorios y su hermana que parecía salida de una película de terror, por su aspecto, ella era la asesina demente.

—¡¡¡Pasó, que no tengo nada que ponerme!!! — exclamó agarrándose de la cabeza. —¡¡¡Pasó, que Eric me viene a buscar en una hora!!!— Gritó, mientras tiraba un vestido violeta.—¡Pasó, que el muy infeliz, no es capaz de decirme dónde mierda vamos!

Su hermano la contemplaba, intentando no reírse a carcajadas, ver a su hermana en crisis era un show digno de pochoclos.

—Nita, tenés un montón de ropa...— intentó, erróneamente, serenar el melodrama de su hermana. Roma lo miró, achicando sus ojos, comenzando a hiperventilar y si se miraba con atención, casi se podía apreciar el humo comenzando a salir de sus orejas.

—Si no me vas a colaborar, retirate— le ordenó, mientras señalaba la puerta.

— ¡Pero si te estoy ayudando! — se defendió.

— ¿En qué retorcida mente, cabe decir:"tenes mucha ropa", como ayuda?

— ¿Y qué querés que te diga?

—¡¡SUGERENCIAS!! Lo que necesito, son sugerencias, estúpido.

Pietro, se rascó la barbilla, mirando los vestidos todos tirados y vio uno que le llamó la atención, era el que le había dicho Ángela, y que su hermana jamás se lo había puesto porque era absolutamente adherido al cuerpo, negro a mitad de muslo. Se acercó, lo levantó de los breteles y se lo tendió, como si fuera el milagro que estaba esperando.

—No me puedo poner ese vestido — dijo, mientras lo contemplaba con anhelo.

— ¿Por qué? — la contempló, mientras se cruzaba de brazos a esperar la lista de reproches, contra sí misma que su hermana tenía, pero tenía que lograrlo por Ángela, asumiendo que era una especie de reto que le había impuesto.

—Porque... porque ya salí una vez de negro — respondió, vagamente, mientras le daba la espalda y continuaba revolviendo.

—Probáelo.

—No.

—Roma Giovanna Casalegno, que te lo pruebes — insistió, autoritario, extendiendo el vestido hacia ella.

—No me lo pienso poner.

— ¿Por qué?

—Porque me marca los flotadores y me hace un culo enorme.

— ¿Cómo sabés? Jamás te lo pusiste.

—Porque cuando me lo probé para comprarlo me quedaba así...

— ¿Por qué corno te lo compraste, entonces?

—Porque me entraba y tenía la ilusión de perder los flotis— respondió, abriendo los ojos como si fuera una obviedad el motivo de su irracional compra. A veces, le pasaba de comprar algo que sabía que jamás lo iba a usar, eran esas cosas estúpidas y sin sentido que hacía de vez en cuando.

Pietro supuso que se lo había comprado unos años atrás, porque su hermana ahora se veía mucho más delgada.

—Probatelo, dame el gusto.

—Pero...

— ¿Qué perdés? — La interrumpió.

—Tiempo.

—Ragazza, no estás haciendo nada más que ahogarte en un vaso de agua. Sintiendo que le era imposible refutarle a su hermano, y odiándolo en ese preciso instante, le arrebató el dichoso vestido, tomó del estante de zapatos unas sandalias de tiras cruzadas, taco aguja y, azotando la puerta, se encerró en el baño.

Suspirando, Pietro, se sentó en la punta de la cama.

— ¿Sabés qué es lo que más odio de esto? — Preguntó Roma desde el baño, mientras miraba con odio al vestido.

—Ilumíname.

—Que a vos te pusieron un solo nombre.

—Y eso te enoja porque...

—Porque da más énfasis al reto cuando se tiene dos nombres. Entonces, siempre la violencia es mayor hacia mi persona.

— ¡Ah! Pero vos no estás bien de la cabeza.

—Soy la más cuerda de esta familia.

—Pero tu nivel de divague es terrible, Roma Giovanna—replicó adrede, mientras se reía.

— ¡¿VES?! Da más autoridad —dijo, abriendo la puerta del baño.

Su hermano silbó asombrado, el vestido le quedaba como un guante.

—Podrías, por favor, mirarte al espejo — le suplicó, mientras se levantaba de la cama y se colocaba detrás de ella, empujándola hacia el espejo de cuerpo entero. Resignada, Roma, se dejó llevar por su hermano. Cuando contempló su reflejo, se quedó asombrada, el vestido le quedaba perfecto. Estupefacta, enderezó la postura mientras se acomodaba en diferentes perfiles en busca de imperfecciones.

—Perfección — dijo su hermano, detrás de ella.

— ¿No me hace el culo gigante? — Preguntó, mientras se ponía de espaldas y giraba medio cuerpo para observar la parte baja de su espalda.

—Creo que esa es la parte que, Eric, más va a disfrutar.

—No sé, no sé...— murmuró suspirando, mientras miraba a su hermano con ojos desolados.

— ¿Qué no sabes?

—Necesito el punto de vista masculino.

—A ver, hermana...

—Bueno ¿viste que empezamos a salir? —Pietro, asintió con la cabeza. —La cuestión es que, no hemos pasado a mayores todavía...— concluyó, preocupada.

—Ajam... y ¿vos notás que quiere?— Preguntó incómodo, no era fácil tratar esos temas con ella. ¡Señor, que era su hermanita!

—Sí, pero no avanza...— dijo, frustrada. Sabía, estaba segura que él quería, pero siempre ponía un freno; y eso a ella la llenaba de dudas.

— ¿Y no se te ocurrió pensar que él quiere hacer las cosas distintas con vos, Nita? — Sugirió, cruzándose de brazos y levantando las cejas, ante la cara de confusión de su hermana, prosiguió:— Nita, se nota que es de esos tipos, a los cuales no les cuesta llevarse a alguien a la cama...

—Se llega a estar acostando con alguien más y lo mato— juro, apretando los dientes.

— ¡Ay, hermana! — Suspiró.

— ¿Qué?

—Estás tan acostumbrada a que te traten como objeto que, cuando llega alguien que te trata bien, no sabes qué hacer — dijo, mientras la tomaba de los hombros, clavando sus ojos turquesas en los negros de ella, en un intento de que creyera en lo que le decía y no en sus temores.

—Pero...

—Lo que sucede, es que no hace nada a lo que estás acostumbrada — la interrumpió. —El tipo, te está cocinando a fuego lento, y eso es lo que te desconcierta — concluyó, esbozando una sonrisa, mientras mentalmente palmeaba la espalda de Eric. <<Si sigue así, la pesca para siempre>>, pensó. Conocía a su hermana e intuía que Eric, al someterla al antiguo, pero nunca pasado de moda, juego de la seducción, estaba empezando a romper los muros de ella; llegando a las vírgenes tierras de su alma.

Roma se dirigió al baño, dejando la puerta abierta, empezó a maquillarse, acentuando sus ojos y apenas destacando sus labios con un gloss rosa pálido.

— ¿Qué te trajo por acá? — Le preguntó a su hermano, que se había recostado en su cama.

—Ángela, me pidió que venga—admitió, apretándose los ojos.

— ¿Fuiste a ver a Estéfano?

—Fui a verla a ella...

— ¿Y qué pasó? — Preguntó, emocionada, apoyándose en el marco de la puerta.

—Pasó, que mi hermanita llamó en crisis...

—Bueno, no soy adivina— se defendió.

Su hermano esbozó una sonrisa e incorporándose, le relató lo que había sucedido.

—Así que, ahora es cuestión de que se de cuenta —finalizo, esperanzado.

— ¿Realmente querés estar con ella?

—Sin lugar a dudas.

—Perfecto, probá con los detalles —aconsejó, sonriendo.

Su hermano la miraba, sin terminar de entender lo que había querido decir.

— ¡Las mujeres amamos los detalles, Pietro! — Exclamó, exasperada.

— ¿Flores y eso? — Preguntó, extrañado, mientras se rascaba la cabeza.

—Ese es un comienzo, pero son banalidades— respondió, mientras se acomodaba el pelo en un recogido desajustado.

— ¿Qué me aconsejas?

—Que te compres unos buenos remos, porque no te la va hacer fácil — dijo, mientras pasaba por su lado sonriendo, y le palmeaba el pecho.

El teléfono de Roma sonó con la alerta de un mensaje:

“Estoy afuera.

E”

Se apresuró a tomar la pequeña cartera negra, donde guardó el gloss y el celular, y salió. Le había pedido

a Eric, que le avisara cuando llegara, no lo quería hacer pasar a su casa para presentarlo con sus padres. Eso había generado una pequeña discusión con su padre, que no le había gustado ni medio que no entrara a la casa; Eric, tampoco había quedado muy conforme con la postura de ella. Pero lo que ambos no comprendían, era lo sagrado que era involucrar a Eric con su familia, todavía no se sentía lista para dar ese paso, su familia era su santuario y no cualquiera podía entrar. Eric, debía pasar ciertas pruebas de estabilidad en la vida de ella, para poder ingresar en ese círculo íntimo.

—Ya está acá — le comentó, nerviosa a su hermano.

—Estás bellísima, Nita—dijo, mientras la abrazaba.

Salieron juntos de la habitación y, a mitad de camino en el pasillo, se encontraron a su padre con los binoculares colgados en el cuello.

— ¿Qué hacés con eso, viejo? — Le preguntó, Pietro, intentando sofrenar una carcajada, mientras señalaba los binoculares.

—Y, considerando que tu hermana no lo dejó entrar a la casa, quiero ponerle cara al pretendiente...— se justificó, encogiendo los hombros, provocando que Roma resople.

— ¿Los vas a espiar desde la ventana? —Preguntó, Pietro, rompiendo a reír a carcajadas.

—Estás preciosa, Princesa Nina — dijo, Giulio, haciendo una reverencia a su hija, desoyendo la pregunta de su primogénito.

Roma, abrazó a su padre, resignada a que ciertas manías jamás iban a cambiar. Si espiando desde la ventana, iba a quedarse conforme, por el momento, que lo hiciera. Continuó camino, con su hermano riendo por atrás y topándose con su madre, subiendo apurada, a mitad de la escalera con otro par de binoculares.

— ¡Hija, estas preciosa!

— ¡Mamá, vos también! — Exclamó, Roma, mordiéndose el labio inferior, mientras negaba con la cabeza.

— ¿Te pensás que voy a dejar que tu padre solamente lo vea?

— ¡Señor, qué familia! —Exclamó, Roma. — ¿Ustedes también van a ver, chismosos? — Le preguntó, al clan perruno que iba detrás de su madre, recibiendo un pequeño gruñido por parte de Pipina, como afirmación a la pregunta. Anonadada, se giró apenas para ver a su hermano que le caían lágrimas de tanto reír.

— ¡Hija, cuando llegues a la puerta, contá hasta treinta y salí!

— ¡Lo que me faltaba, darles tiempo a acomodarse! —gritó, indignada, provocando que su hermano se carcajeara con más fuerza.

—Voy a sacar fotos de éste momento— dijo, Pietro, entre espasmos de risa, aumentando la indignación de Roma.

Terminó de bajar las escaleras, murmurando su indignación, y sólo por su madre, contó hasta treinta agarrada al picaporte, antes de salir.

Eric, la esperaba paciente, fuera del auto apoyado contra la puerta del acompañante. Un movimiento en una de las ventanas de la segunda planta de la casa, le llamó la atención. Inclinando el cuello, levemente hacia la izquierda, y achicando los ojos para fijar mejor su vista, escudriñó la oscuridad de la ventana. <<A menos que Roma tenga fantasmas en la casa...>>, pensó. El ruido de la cerradura del portón, cambió su foco de atención. Deslumbrado, la observó de arriba abajo, recreándose en sus curvas, el vestido le quedaba como una segunda piel, dejando todo y nada a la imaginación.

— ¿Estoy bien? — Preguntó, nerviosa al percibir que él no hablaba y continuaba mirándola, horadando cada milímetro de su cuerpo.

—No encuentro calificativo, apropiado, para describir lo hermosa que estás esta noche— pudo decir,

atónito ante la visión de ella. Nerviosa, sonrió y desvió la mirada, se acercó y lo besó. Él, literalmente, devoró sus labios, apretándola contra sí, como si quisiera fundirla en su cuerpo. Un ladrido se escuchó a lo lejos, haciendo que Roma tomase conciencia de que sus padres, su hermano y sus perros, estaban mirando por la ventana.

—Mi familia — susurró.

— ¿Qué? — Preguntó Eric, mientras acariciaba la nariz de ella con la suya.

—Saludá a la ventana— indicó.

Ahí estaban sus dudas despejadas, riendo, Eric, levanto la vista y alzó la mano en señal de saludo. Le abrió la puerta del auto a Roma y a paso rápido, con una sonrisa plena, dio la vuelta al Audi para acomodarse en su lugar; muy tranquilo, encendió el auto y arrancó.

En la habitación a oscuras, Giulio y Magdalena, se bajaban los binoculares y se alejaban de la ventana.

— ¡Madonna Santissima! —Exclamó, Magdalena.

—Parece un buen chico—dijo, Giulio.

— ¿Viste cómo la miraba? —Ante la pregunta de su esposa, Giulio asintió. Había analizado cada reacción del muchacho y, emocionado meditó que Eric, había contemplado a su hija, como todo padre sueña que lo hagan, con absoluta devoción.

—¿Falta mucho? — Preguntó ella, al desconocer el camino que había tomado Eric.

—No empieces como mi sobrino, te lo imploro — respondió, él.

—¿Me vas a decir dónde vamos tan elegantes? —Interrogó, a la vez que recreaba su vista en él. Estaba increíble, enfundado en un traje a medida gris marengo, camisa blanca, sin corbata, con los primeros dos botones desabrochados y zapatos negros. Eric, se había recogido el pelo en un rodete, típicamente masculino, provocando que ella suspirase cada vez que lo miraba.

—A un evento del Hospital.

Al escuchar la respuesta, Roma, pudo sentir que su corazón dejaba de latir. Detestaba ir a lugares nuevos, en entornos desconocidos, sin ser avisada previamente, lo odiaba porque no tenía control alguno. Al darse cuenta de su mutismo, Eric, desvió la vista del camino para mirarla.

— ¿Roma? — La llamó, al verla boquiabierta sin pestañar.

Roma parpadeó e intentando calmarse, antes de matarlo, meditó que en caso necesario, escapaba y al taxi se lo pagaban en la casa.

— ¿En dónde es? — Indagó, aparentando naturalidad.

—En la casa de un cardio-cirujano— respondió, mientras le tomaba la mano y le depositaba un beso. Zafándose del contacto, ella, se puso a buscar el gloss en su cartera; retocándose los labios, se infundió valor.

En uno de los barrios cerrados más exclusivos de la zona, donde se respiraba la abundancia en el aire, se alzaba una casa increíble. En piedra gris y lajas negras, el imponente frente, semejava a un castillo. Una fila larga de coches, vaticinaba que todo el personal del Hospital Carson, estaba invitado esa noche, lo que la llevó a pensar que si todos estaban ahí ¿quién atendía el Hospital?

Eric, estacionó y se bajó para abrirla la puerta a ella, tomándola de la mano, ambos se dirigieron a la puerta.

—¿Tus papás también están? —Preguntó, ilusionada de ver rostros familiares.

—No, no pudieron venir.

Roma, disimuló lo mejor que pudo su terror y la desilusión, impostando una enorme sonrisa, que él se dio cuenta que no era real.

—No te voy a dejar sola— le aseguró, provocando que Roma se conmoviera. Jamás le había hablado a nadie del pánico que sentía al salir de sus entornos conocidos, su naturaleza desconfiada, la impermeabilizaba, pero detrás de esas murallas, se sentía como una niña pequeña perdida en medio de la selva. La seguridad con la que Eric había hecho esa promesa, sin necesidad de que ella expusiera su miedo, provocó que algo resquebrajara en su interior, una pequeña grieta, donde se filtraba la esperanza. Como agradecimiento, ella apretó levemente su mano.

—Me di cuenta de algo — dijo, Eric, intentando distraerla mientras aguardaban a ser atendidos.

—¿De qué?

—De que me prometiste develarme el nombre de tu perfume, cuando te invitara a salir, llevamos dos semanas saliendo y sigue siendo un misterio para mí — acusó, haciéndola reír.

—Prometé no reírte — dijo, mientras se dejaba envolver por los brazos de él en un cálido abrazo.

—No acostumbro a prometer cosas, que no sé si voy a cumplir.

Roma, elevó la cabeza y se perdió en el brillo de sus ojos.

—Uso el Esencia de Duende, de J. del Pozo — admitió, hechizada por él.

—Ahora entiendo por qué te queda perfecto — murmuró, riendo, contra su sien, antes de depositarle un beso. Inevitablemente, ella también se rió, generando un poco de calma en su interior.

Segundos después, un mayordomo abrió la puerta, comprobando sus nombres en la lista, los dejó entrar.

—Tenemos una misión, Tínerbell — murmuró en su oído.

—Tínerbell era un hada, Eric— lo corrigió, girándose a penas, para quedar frente a él.

—¿Qué te hace pensar que vos no lo sos?

—Soy un umpa lumpa. Sucede que Charlie, me corrió de su fábrica de chocolates, porque lo estaba llevando a la quiebra.

La réplica y la forma en la que lo dijo, lo hicieron reír, llamando la atención de las personas que estaban reunidos en ronda, delante de ellos.

—¡Carson hijo! — Exclamó un hombre, que aparentaba unos cincuenta años. De contextura delgada, cabello cano, piel dorada por el sol y unos ojos verdes casi transparentes, era uno de esos hombres que emanaban clase y elegancia.

—Doctor Velázquez— saludó, Eric, mientras le extendía la mano para saludarlo. Entre apretones de mano y palmadas en la espalda, Roma los observó en silencio, nerviosa al no saber cómo la iban a presentar.

—Andrés, te presento a mi novia Roma Casalegno —la presentó, Eric y dirigiéndose hacia ella, pronunció: — Roma, te presento al anfitrión, uno de los cardio-cirujanos más respetados, Andrés Velázquez.

Roma, extendió su mano para un apretón como forma de saludo, pero el Doctor terminó besando el dorso, galantemente.

—Encantada de conocerlo.

—El placer es todo mío —sonrió amablemente. Volviendo su atención a Eric prosiguió: — Una deslumbrante sorpresa, Eric.

Eric, encogiéndose de hombros, deslizó un brazo alrededor de la cintura de Roma. El Doctor Velázquez, procedió a presentarles a su mujer. Una afable señora, que rondaba los cuarenta y tantos años de edad, de cabello castaño oscuro, cortado al mentón y unos magníficos ojos verde esmeralda. Delgada y alta, iba enfundada en un vestido dorado, corte princesa, a la rodilla en la parte delantera y un poco más largo en la espalda.

—Margot, ella es Roma Casalegno la novia de Eric—dijo Velázquez, mirando a su esposa y volviendo la

atención a la joven pareja continuó: —Roma, ella es mi esposa Margot.

Con el tradicional choque de mejillas, ambas se saludaron y se contemplaron pensativas. Roma veía su cara conocida, de algún lado; mientras que a Margot, le sonaba el apellido de la muchacha.

—Disculpe la indiscreción pero acaso ¿usted es la artista plástica Margot Litzwick? —Preguntó, asombrada, Roma, cuando se acordó de dónde la conocía. Ella era la artista plástica, predilecta de su hermano, al punto que había diseñado un edificio, inspirado en uno de sus cuadros.

—La misma — respondió, sonriendo Margot.

—Es un honor, conocerla.

—Veo que sos conocedora de mis obras — dijo, complacida.

—Mi hermano, Pietro, es quién conoce mejor sus obras.

—¡Con razón me sonaba tu apellido, sos la hermana del arquitecto! Maravillada, Margot, la abrazó dejando estupefactos a su marido y a Eric.

—Querido, ella es la hermana del arquitecto que se inspiró en mi cuadro, “Remembranza”, para diseñar el edificio en Dubai — le comentó a su marido, cuando la soltó, aún emocionada continuó. —Por favor ¿serías tan amable de concertarnos un almuerzo con tu hermano? — Le pidió, cuando volvió su atención a ella.

Impresionada, Roma, solo pudo asentir con la cabeza. Pietro se iba a infartar de la emoción. Margot, la tomó de la mano y, separándola de Eric, se la llevó a dar un tour por la casa; encantada se dejó llevar.

—Al parecer, tu mujer y la mía, congeniaron — comentó Velázquez, mientras le daba una palmada en la espalda.

Eric, encantado por la referencia empleada de Andrés, asintió aceptando un vaso de whisky que uno de los mozos le ofrecía.

Después del tour por la casa, Roma, volvía maravillada por la sofisticación del estilo renacentista con la que habían diseñado cada ambiente. Las arañas de cristal, que colgaban en el salón principal y algunos candelabros con velas artificiales en otras salas. Los pasillos, al ser amplios, les permitía jugar con los colores oscuros en las paredes con hermosas alfombras persas rojas en el suelo y, como era de esperar, en cada ambiente, había uno o dos cuadros de Margot.

Roma se acercaba a Eric que charlaba con una mujer, que no llegaba a los treinta, de piel tersa y blanca nívea, altísima, por lo que imaginó que las piernas le nacían desde las axilas, con un elegante vestido rojo de raso, de una sola manga, que hacían resplandecer su dorada cabellera lacia, peinada hacia un costado. Era tan delgada y tan larga, que le daba ese garbo clásico de elegancia, haciéndola sentir demasiado voluptuosa y tosca, sin mencionar que la nariz de la susodicha, era perfecta respingona, mientras que la de Roma tenía una pequeña, casi imperceptible, elevación, cerca del ceño, cortando abruptamente la forma recta que predominaba, haciendo que todo el conjunto de Miss Perfección, le hiciera hervir la sangre de los celos.

Carraspeando, para hacer notar su presencia, se colocó junto a Eric.

—Cielo, volviste —dijo, Eric, mientras sonreía y le depositaba un beso en la frente mientras le abrazaba por la cintura.

Un poco más segura, Roma, se acercó más a él y sonriendo, lo abrazó. Otro día se recriminaría su gesto infantil, de marcar territorio.

—Creo que no nos han presentado — señaló, la rubia.

—Roma Casalegno, mi novia; Roma, ella es Ana, obstetra en el hospital y amiga de mi hermana —las presentó. Ambas, con su mejor sonrisa falsa, se saludaron con dos besos al aire.

<<Típico perfume de rubia>>, pensó Roma, cuando se le inundaron las fosas nasales con las notas dulces del Chanel N°5.

—Así que sos la novia...— comentó, maliciosa, mientras la observaba como si fuese insignificante. Una

mirada que a Eric, no le pasó desapercibida y le molestó de sobremanera.

—Sí, viste como es Eric, insiste todo el tiempo en que nos tatuemos el título de novios — respondió, sobrándola, con su mejor sonrisa. Generando en Eric, una sensación de orgullo inexplicable.

—Es que soy afortunado —dijo, él, siguiéndole el juego. Si bien, las disputas verbales entre mujeres no le eran gratas, en este caso en particular, hizo frente en común con Roma, tan sólo porque era ella la que discutía.

El apoyo de Eric, ante la rubia, agrandó más esa grieta por donde se filtraba la esperanza. Jamás, ninguno de sus novios, la había apoyado en un duelo verbal, ellos preferían quedarse al margen, dejándola sola, siempre la dejaban sola y, por primera vez, con un gesto casi insignificante, se sintió acompañada.

—Los felicito, chicos — murmuró, Ana, con una sonrisa falsa y dando media vuelta, se marchó ofendida.

—Zorra — murmuró, Roma, clavándole dagas en la espalda mentalmente.

—Le falta todo lo que vos tenés — aseguró, mientras la colocaba frente a él y le levantaba el mentón con un dedo, para que lo mirara a los ojos.

— ¿Qué tengo? — Preguntó un poco insegura.

—Unos misteriosos ojos negros, unas curvas de infarto y lo más importante, tu nombre.

— ¿Mi nombre? ¿Qué tiene mi nombre? — se extrañó, frunciendo el ceño.

—Intuyo que, tú nombre al revés, es mi destino a tu lado—dijo, sonriendo, antes de darle un casto beso sobre sus labios.

Lo miraba embobada, era la frase más dulce que le habían dicho en su pequeña existencia. <<Amor>>, meditó, y la esperanza se filtró, con fuerza, por completo, abriendo el primer buraco en sus muros.

—Del bueno —afirmó, él, guiñándole un ojo, leyendo sus pensamientos.

—Eric...

—Shh, no digas nada— la interrumpió, colocándole el dedo índice sobre sus labios. —Ya vengo — le aseguró, mientras la dejaba anclada al suelo.

Eric se dirigió al ala este de la casa, siguiendo las instrucciones de su madre y pasó de largo por el jardín de invierno, entrando a una salita complementaria llena de jaulas con lechuzas.

Su madre, al enterarse que el matrimonio Velázquez las cazaban salvajes, como parte de una excéntrica y ridícula colección, le había pedido a su hijo que las liberara. Eric, sin dudar, había aceptado.

Se acercó a los grandes ventanales y los abrió de par en par, no iba a poder solo, eran muchos pasillos formados con las jaulas y la bandada iba a llamar la atención cuando las liberara. Sacando su teléfono celular, llamó a Roma.

—¿Dónde estás? — dijo, haciéndolo reír por el tonito demandante.

—Te necesito, es hora de completar la misión —respondió, procediendo a pasarle las instrucciones de cómo llegar.

Unos minutos después, unos suaves golpecitos en la puerta lo pusieron en alerta.

—¿Eric? —Susurró.

—Pasá— le ordenó.

Sigilosa, Roma entró en la habitación. Impresionada, miraba los enormes pares de ojos que la contemplaban.

—¡Un parlamento! — Exclamó, emocionada.

Al percatarse de que Eric no la comprendía le explicó que, esa era la palabra que definía al conjunto de lechuzas.

—Éste es el único parlamento, que no me gusta ver tras las rejas— dijo él, cuando ella terminó su explicación.

—¿Qué vas hacer, Eric?

—Liberarlas, Roma.

—¿Y si no sobreviven? — se preocupó, mirando alrededor. Tal vez eran criadas en cautiverio.

—Son salvajes.

—Vas a tener problemas —dijo riendo ella.

—No me importa. Pero sus alas están hechas para volar, no para oxidarse tras las rejas. Vale la pena el riesgo — contestó sonriendo.

Esa respuesta, hizo que algo en el interior de ella vibrara, fue cuando miró su vida desde la perspectiva de las lechuzas. Ella, en ese momento, era un miembro de ese parlamento, una parte de ella, nacida para volar, estaba enjaulada, protegida por los barrotes carcelarios del temor. Liberar a las lechuzas, era aprender a liberar una parte suya, pero para eso, iba a necesitar ayuda y quizás un poco de paciencia, al menos ésta vez, quería intentarlo.

— ¿Qué hago? — le preguntó, mirando alrededor.

— Para que esto salga bien, necesito que distraigas a todos. Van a salir todas juntas y, puede ser un caos.

—No hay problema — dijo, acercándose para darle un pequeño beso en los labios. —Éste mensaje se autodestruirá en cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡PUFF! — Exclamó, haciendo bailar los dedos de sus manos en el aire, mientras abría desmesuradamente los ojos. Eric, miraba sonriendo mientras negaba con la cabeza.

—Sos tan payasa—suspiró, siendo consciente al completo, de que estaba enamorado de ella.

—No sé por qué lo decís — respondió, brindándole una sonrisa de dulce niña inocente, mientras se daba la vuelta y empezaba a caminar, escondiéndose entre las jaulas, como si estuviese en una película de agentes secretos, tarareando la clásica cortina musical de “Misión Imposible”, provocando que Eric, largara una sonora carcajada.

—Sí, estoy hasta las manos — confesó al parlamento.

De vuelta en el salón principal, Roma, se dirigió hacia el musicalizador, pidiéndole que busque en la opción de karaoke, el tema “A Sunday Kind of Love”, de Etta James. Tomó el micrófono que el Dj le tendió y, se subió a una banqueta. De pie, frente a todos, pidió silencio, dándole leves golpecitos al micrófono.

—Disculpen el atrevimiento, pero me gustaría hacerle un pequeño homenaje a una artista que admiro muchísimo— dijo, intentando desesperadamente calmar los nervios. — Sé que ella es una gran fanática de Etta James y, me gustaría interpretar un tema para ella. Margot, espero que lo disfrute. Asintiendo con la cabeza, le dio la orden al Dj y los acordes inundaron la sala.

"I want a Sunday kind of love

*A love to last past Saturday night
And I'd like to know it's more than love at first
Sight
And I want a Sunday kind of love
Oh yeah yeah*

*I want a love that's on the square
Can't seem to find somebody
Someone to care
And I'm on a lonely road that leads to no where*

Había seleccionado ese tema de Etta, porque hablaba de esa clase de amor que ella anhelaba. Un amor de domingo, que dure al terminar la noche del sábado y que la acompañe en su solitario camino, ella necesitaba un amor de domingo. Cerrando los ojos, se dejó llevar por la melodía. Cantó con pasión, poniendo sus propios sentimientos en cada verso, generando que su voz se escuchase majestuosa. Cuando la canción terminó, abrió los ojos, sintiendo que una lágrima acariciaba su mejilla. El público exploto en aplausos, Margot se acercó, ayudándola a descender de la banqueta, la abrazó y le agradeció.

Eric, había llegado justo para verla finalizar. Mientras liberaba a las lechuzas, la había escuchado y de paso comprobó que la teoría de que la música calmaba a las fieras era fidedigna, porque las aves habían volado silenciosas hacia su libertad, excepto un pichoncito, que lo tenía escondido en el bolsillo del saco.

—Tu novia, tiene una voz magnífica.

El halago de Andrés, lo hizo hincharse de orgullo.

—Sí, es muy talentosa.

—Margot, estaba emocionada hasta las lágrimas —. Alcanzó a escuchar Eric que le comentaba, pero no le estaba prestando atención, ya que estaba ocupado haciéndole gestos a Roma para irse.

Excusándose con una falsa emergencia, pudieron escapar. No sin antes, prometer una cena con más canciones.

Frente al auto, ambos con las pulsaciones aceleradas, se besaron.

—Estuviste maravillosa— susurró, mientras le sostenía el rostro con las manos.

—¿Alcanzaste a escucharme?

—Sí — se obligó a decir solamente eso, quería confesarle que él anhelaba ser su amor de domingo, pero tuvo miedo de espantarla.

—Eric, algo se mueve en tu bolsillo —. Zafándose del agarre, dio un paso hacia atrás. —¡Y tiene ojos enormes! — Exclamó bajito.

—Es que no sabe volar — se excusó, mientras sacaba al pichón del bolsillo.

— ¡Ay, pero es muy linda!

—Tu próxima misión, es encontrar una reserva natural.

—No me gusta que estés al mando — se quejó, riendo.

—Los doble cero, venimos con ventaja — replicó encogiéndose de hombros. Y accionando el botón para quitar la alarma, le abrió la puerta del Audi a Roma.

—No me la puedo quedar en mi casa — le advirtió, mientras se sentaba en el auto y recibía al pichón, que lo acomodó sobre su regazo.

—La voy a llevar a la mía— le aseguró, antes de cerrar la puerta.

Roma empezó a sentirse emocionada, iban a ir a la casa de él, por fin veía los avances, su hermano tenía razón.

—¿Vamos a tu casa? — Preguntó, con una mezcla de sensaciones en el cuerpo.

—No, a la tuya —Contestó, mientras arrancaba.

La respuesta le sentó como un baldazo de agua fría.

—Ahhh— suspiró y clavó sus ojos en la lechuza, para que él no se diera cuenta de su desilusión.

—¿Roma?

—¿Mhh?

—¿Qué pasa?

—Nada.

—No me mientas, cambiaste el semblante — señaló, levantando la ceja de la cicatriz.

Suspirando, elevó la vista al frente y lo encaró.

—¿Por qué no querés tener sexo conmigo? — disparó a quemarropa.

—¿Quién te dijo que no quiero? — Preguntó, serio, desviando la vista del camino para mirarla. Se dio cuenta de que estaba nerviosa, porque había comenzado a rebotar la rodilla.

—Tus señales cruzadas — dijo, mientras escapaba de esos acusadores ojos, mirando al frente.

Eric se estacionó y puso las balizas.

—Mirame, Roma — le ordenó.

A regañadientes ella fijó sus pupilas en las de él.

—Mi intención es desnudarte el alma, la ropa te la puede sacar cualquiera, yo quiero más—afirmó.

Después de exhalar un suspiro continuó: —Lo que me pasa con vos, va más allá del intenso deseo físico que tenemos ¿no lo ves, Casalegno? — Puntualizó, mirándola con dulzura.

—Quiero ser tuya, Eric —susurró, de manera suicida.

—No quiero que seas mía—. Al ver que ella lo mal interpretó, se apresuró a agregar: — Quiero que seas tuya y que te compartas conmigo. Anhele ser mío y compartirme con vos — sentenció.

Las palabras de Eric, fueron un efecto demoledor en ella. Sintió que algo se rompía otra vez, inundándola de una cálida sensación, abriendo el primer cerrojo de su cárcel.

Una lágrima, resbalaba silenciosa por su mejilla, no se dio cuenta hasta que él se la limpió. Esa suave caricia, esa mirada cargada de amor con la que él la contemplaba, la hicieron darse cuenta de que Eric, era lo que siempre había anhelado, era la respuesta a sus deseos de cumpleaños.

Eric, se conmovió con la fragilidad que ella emanaba. Se preguntó cuántas cenizas de mariposas calcinadas, guardaba en su interior. Y se juró, limpiar los rastros del pasado y cuidarla como nadie nunca lo hizo.

Ella dejó al pichón, con cuidado, en el asiento de atrás y sentándose en el regazo de él, lo abrazó, como si ella fuese un náufrago que se aferraba a una tabla para salvar su vida y lloró, silenciosas las lágrimas se deslizaban por su rostro. Lloró por aquella que fue y por la bendición de haberlo encontrado. Eric, aguardaba en silencio, llenándose con lo que había descubierto al derribar una barrera, envolviéndola con sus brazos.

—Enseñame que el amor no duele — le pidió, aún abrazada a él.

—Te voy a enseñar a sentirte amada de verdad — juró.

El sábado por la noche, a las diez en punto, Roma y Alan se encontraron en el descampado, donde solían encontrarse en el pasado.

—¿Qué mierda estamos esperando? — Le increpó, malhumorada.

—Ahí esta — dijo, señalando a un hombre gordo que se acercaba.

—¡Hijo de puta, me tendiste una trampa! — Lo acusó.

—No es lo que parece.

El hombre se acercó a los jóvenes y Alan procedió a las presentaciones.

—Loba, él es Ángel, el agente de policía al que estamos ayudando.

—¿Ayudando? Yo no estoy ayudando a nadie.

—Cuando te obligué a volver a las carreras, fue para dismantelar a la pesada del tráfico de órganos. Roma se lo quedó mirando, procesando la información. Cuando por fin reaccionó, le pegó un derechazo a Alan que terminó rompiéndole la nariz, o al menos así lo esperaba ella.

—¡Sos un hijo de un continente de putas baratas! —Le gritó, mientras lo atacaba a piñas otra vez. — ¡Egoísta de mierda! ¡Sos un enfermo! — Gritaba, intentando llegar a él, que sólo se cubría de los golpes.

—¡Calmate, Loba! — Le pidió, Ángel, mientras la agarraba por la cintura.

—¡Soltame, hijo de puta! ¡Lo voy a matar!

Intentaba zafarse, moviéndose de un lado al otro, pegando patadas a diestra y siniestra.

—¡Escuchanos, por favor! — Suplicó, Ángel.

—¿Qué querés que escuche?!

—Nuestro plan.

—¡El plan de arruinarme la vida!

—El plan de salvar a gente inocente—respondió, mientras la soltaba, había notado que ya estaba más calma.

—¿Y quedar pegada, que tomen revancha y me liquiden a mí, a los míos?

—Te juro que no vas a quedar pegada, él no sabe que hay un infiltrado.

—¿Y qué se supone que hago yo?

—Lo que mejor haces, correr.

—Explícate— Le exigió a Ángel, ignorando por completo a Alan, que continuaba intentando frenar el sangrado de su nariz.

—En cada carrera, van los traficantes del mercado negro, vos sos el motivo por el que estamos en el circuito. La única apuesta segura que tiene El Gran Jefe— explicó, con calma, Ángel.

—Ese plan hace agua por todos lados — dijo ella.

—La ventaja es que solo sabe tu apodo— dijo, con la voz distorsionada, Alan.

—¿Te pensás que la gente como él, no tiene recursos para averiguar? —Siseó.

—Vos sos solo una corredora, este es el único contacto que vas a tener conmigo y Alan, no te puede hablar de nada más—. Intentó tranquilizarla Ángel.

—¿Entonces por qué me están contando esto? — Increpó.

—Para que no me odies, Loba — se defendió, Alan.

—Sos un inútil de mierda — afirmó, mientras le daba otro puñetazo más y se iba, furiosa.

—¡El mejor derechazo que vi en mi vida! —Exclamó Ángel, empezando a reír a carcajadas. Alan lo fulminó con la mirada velada en lágrimas, si en el primer golpe, no le había roto la nariz, estaba convencido que con el segundo se la había hecho añicos.

Capítulo 10

—Germán, tomá asiento— le pidió, Tristán, cuando el lunes a primera hora, entró a dar el informe.

—Permiso, Doctor — dijo, algo nervioso.

Tristán se dio cuenta de que Germán, había comenzado a sudar y a removerse inquieto en la silla. Sacando un pañuelo del bolsillo de su guardapolvo blanco, Germán, se secó la frente.

— ¿Preparaste el informe? — Preguntó, sereno, Tristán.

—Sí, Doctor — contestó, mientras le extendía la carpeta A4. Se concentró en aparentar naturalidad, mientras Carson revisaba la información adulterada. Sabía que, intentar timar al viejo, no era fácil. Tenía años de experiencia, sumado a esos aires de aristocracia y viveza, que le brindaba la genética europea.

Tristán, revisó el informe rápidamente y con una sonrisa, de quién sabe más de lo que debería, lo observó.

— ¿Hay algo que quieras contarme, Germán? —Indagó, dándole la pequeña oportunidad de asumir su culpabilidad.

—¿Quiere... que le... detalle lo escrito?

La transpiración recorría en picada su frente, haciéndole imposible no darse golpecitos cada dos segundos con el pañuelo, incapacitando a su voz para que salga firme. El repiqueteo de su rodilla izquierda, tampoco lo ayudaba a disimular su nerviosismo.

—No es necesario un examen oral —respondió, acentuando el tono pausado de su voz. Provocando que a Germán, el bello de la nuca se le erizara.

—No comprendo qué tengo que contarle — respondió, lo más firme y sereno que pudo, mientras se acomodaba los lentes sobre la nariz.

—Tu vida privada, es tu asunto —comenzó diciendo, Carson.

—Pero...

—Escuchame bien — lo interrumpió. —Me importa poco y nada, con quién le adornes la cabeza a la santa de tu esposa. Pero el estacionamiento del hospital, no es un albergue transitorio ¿estamos? — Finalizó Tristán una entonación que no admitía replica y Germán se limitó a asentir.

Una de las cámaras de seguridad los había captado, mientras a los besos se escondían detrás de una de las columnas. Carson, que estaba convencido de que Martina no era trigo limpio, había seguido su intuición en presionar al más débil, para llegar al fondo de las demandas de los pacientes. Personas asistidas en el hospital, que denunciaban la falta de órganos en sus cuerpos. Todos los denunciantes, habían sido intervenidos quirúrgicamente por el equipo de Doctor Calantaño quién además, mantenía un affaire con una de las enfermeras, más problemáticas, del hospital.

—Podés retirarte — ordenó, Tristán, mientras le hacía el gesto con la mano.

Cuando Calantaño se retiró, Tristán se recostó en su sillón y suspiró. Intentaba poner en orden sus pensamientos y hacer las conexiones detalladamente. Tres denunciantes, en el último mes, que sostenían haber ingresado al quirófano con dos riñones y que, después de una ecografía derivados de otro especialista, habían descubierto la falta del órgano. No había escapatoria, salvo encontrar a los culpables e intentar que la reputación del hospital no cayera en picada. Lo más grave, era el sector social bajo al que pertenecían los tres, eran de ala Virgen María, donde se realizaban las consultas y operaciones a los más humildes, de forma gratuita. Aquello que había sido iniciado como una contribución al país que lo acogió, casi cuarenta años atrás, ahora estaba siendo enlodado por lo más bajo. Además del cuantioso resarcimiento económico que tendría que afrontar el hospital, era el estatus lo que más le preocupaba.

Haciendo el primer acercamiento, Tristán Carson, se dispuso a esperar.

Dirigiéndose a paso apresurado por los pasillos, Calantaño, le envió un mensaje a Martina, con carácter de urgencia, diciendo que se dirigiese a su consultorio.

— ¿Qué pasó, amor? — Preguntó, Martina, cuando entró sin anunciarse.

—Nos descubrieron — sentenció, mientras se restregaba la cara con las manos y caminaba, impaciente, de un lado a otro.

Martina, pudo sentir el hielo recorriéndole el cuerpo, arrastrando su sangre hasta sus pies.

— ¿Cómo que nos descubrieron?

Intentando mantener la calma, dirigió a Germán hacia la silla detrás del escritorio.

—La semana pasada, Carson, me pidió un informe de la chusma operada hace un mes.

—El viejo es un idiota, no sabe nada — aseguró ella, mientras se sentaba a horcajadas encima de él. Usaba el sexo para camelearlo y para calmarlo, usaba su cuerpo para manipularlo.

—Martina... — advirtió, inútilmente, intentando frenar el vaivén de las caderas de ella.

—Es que no tengo control, cuando estoy cerca tuyo— susurró, mientras le recorría el cuello con la lengua.

—Tenemos que hablar— afirmó, mientras intentaba sacársela de encima.

—Después — replicó ella, agarrándose con más fuerza.

—Puede entrar alguien — claudicó, cerrando los ojos, en un desesperado intento de mantener la compostura. Martina había intensificado el movimiento de sus caderas y su glande, había comenzado a responder al estímulo.

—Cerré con llave — gimió, echando la cabeza hacia atrás, mientras cerraba con fuerza los ojos, imaginando que eran otras manos la que recorrían su cuerpo.

Ese gemido, fue el detonante para ponerla de pié, bajarle el ambo, recostarla en el escritorio con las piernas abiertas, correrle la tanga roja y recorrer la humedad de su entrepierna.

—Estás tan húmeda — le susurró, mientras liberaba su pene y comenzaba a recorrerla de arriba hacia abajo, lubricándose y haciéndola estremecer.

—Vos me ponés así. Te amo tanto — mintió descaradamente.

—Y yo a vos... Te prometo, Martina, dejar a mi mujer — dijo, con la punta del glande en la entrada del cuerpo de ella.

—No entendés, que lo que más me enciende de vos, es que seas casado Germán — afirmó, apretando los dientes, mientras se empalaba.

Utilizando el cuerpo de Germán como sostén, comenzó a mover sus caderas en búsqueda de su propia satisfacción. Germán se dejó hacer, apoyando las manos en el escritorio para afirmarse al piso, sincronizando sus caderas con la de ella, se dejó guiar hasta que sus piernas no soportaron el peso y, sentándose en el sillón, se dejó cabalgar por Martina.

—Tírame del pelo— le suplicó, llegando al clímax.

Envolviéndose en el puño el cabello escarlata, Germán tiró.

— ¡Más fuerte! — le exigió, al darse cuenta de que el dolor no era suficiente. Germán obedeció. Al sentir la intensidad que le gustaba, Martina, empezó a moverse frenética, mientras manipulaba sus pechos, llegando a su orgasmo. Al comprobar que él no había terminado, se puso de pie y dándole la espalda, se acomodó boca abajo en el escritorio y separando las piernas, palmeó con fuerza una de sus nalgas, invitándolo a acabar ahí.

Germán, abrió uno de los cajones de su escritorio y tomó la vaselina que guardaba. Lubricando su miembro y el estrecho orificio de ella, los estimuló a ambos, para de una estocada, penetrarla. Demoró unos instantes en adaptarse al tamaño de él, quien no dejaba de embestirla con fuerza, boca abajo, no necesitaba fingir placer. Simulaba los gemidos, mientras su mirada de hastío se clavaba en la puerta frente a ella. Lo sintió derramarse dentro de ella y, sofrenando una arcada, se dio vuelta apenas, para observarlo. Esperaba haber podido calmar el ataque de nervios y así, darle tiempo a Román para poder armar una estrategia.

—Sos tan perfecta— le susurró, mientras le depositaba un beso en la nuca.

—Te amo, mi amor — dijo, dándose la vuelta al completo, para besarlo apasionadamente.

—Y yo a vos.

— ¿Más tranquilo? — Indagó, mientras lo ayudaba a acomodarse la ropa.

—Vos siempre sabés cómo calmarme.

El halago, la hizo sonreír. <<*Ese es el objeto de coger con vos, inepto*>>, pensó. Como respuesta, solamente, lo besó.

— ¿Nos vemos a la noche?—Preguntó, rogando para sus adentros que él no pudiese.

—No creo que pueda, te aviso más tarde —respondió, mientras la observaba terminar de arreglarse.

—Hacé lo posible — ordenó, haciéndolo reír. Le tiró un beso al aire y se giró hacia la puerta para marcharse.

Una vez en el pasillo, se dirigió a toda prisa hacia los baños del personal.

Apretó el número de marcación rápida y aguardó a ser atendida, mientras se observaba en el espejo.

—Tenemos un problemita — murmuró, cuando él respondió.

En el depósito de la librería, Roma, se encontraba ordenando y clasificando libros, cuando se decidió a dar el primer paso.

Después de mucho meditar el asunto y de hacer las listas mentales de los pros y los contras, se animó a llamarlo por teléfono. Sólo esperaba no ser inoportuna, como siempre que se decidía a seguir un deseo interno.

— ¡Hola! — Exclamó, sorprendido al responder.

—Hola, Eric...

—Qué linda sorpresa.

—¿Molesto?

—No, para nada.

—Llamaba para saber cómo estaba Tweety...

—¿Quién es Tweety?

—La lechuga — dijo, como si fuera una obviedad, mientras presionaba un libro contra su pecho, comenzando a deambular por el depósito.

—Roma, Tweety es un canario.

—Bueno, Piolín...—tentó sonriendo.

—Sigue siendo el mismo canario...

— ¿Y qué nombre le pusiste?

—Ninguno.

—No podés llamar a una lechuga “Ninguno”—se indignó, frenando en seco su ir y venir.

—Me refiero, a que no le puse nombre — respondió, sonriendo ante el tono de indignación de ella.

—No puede andar por la vida sin identidad, Eric — lo regañó.

—Si le ponemos nombre, nos vamos a encariñar — explicó paciente.

—Aunque sea indocumentada, nos vamos a encariñar igual.

—Puede ser...—concedió — Pero no le podemos poner el nombre del canario famoso — le advirtió.

—Tampoco caigamos en los clichés.

— ¿Qué te parece Saeta?

— ¡Me encanta! —Exclamó, brincando. — ¿Cuándo...Cuándo la voy a poder visitar? — Preguntó, nerviosa. Después de la charla en el auto, al regresar del cóctel, había quedado sensible sobre ese asunto.

— ¿Podés el viernes a la noche? — Suspiró, satisfecho.

— ¿No tenés noche de póquer?

—No se pueden juntar los chicos — mintió.

—Ah bien...

—Te tenés que poner el vestido negro.

— ¿Por qué?— Se extrañó con ese inusual pedido.

—Porque las lechugas tienen memoria fotográfica y Saeta, te recuerda con ese vestido —. Esa era la mentira más grande que había dicho en su vida.

— ¿No puede ser otra cosa negra?

—No, el vestido — dijo, tajante.

—A mi me suena a verso— se quejó.

— ¿Alguna vez me vas a hacer caso sin replicar todo?

—En tus sueños, machote — respondió.

—La última vez que dijiste eso terminaste cargada en mi hombro, Belona.

La manera sensual en la que había pronunciado la hicieron temblar de excitación, provocando que ella apretase las piernas.

—Me gusta tentar la suerte — respondió pícara y cortó la llamada.

Roma se quedó mirando su celular, de primera mano, sabía cuánto le enojaba a Eric que le cortara de esa forma el teléfono. Se preparó para el sonido de la llamada entrante, pero nunca llegó. Exhalando un suspiro de desilusión, se apresuró a ordenar los libros que le quedaban.

<<Ella y su manía de cortarme el teléfono>>, meditó sonriendo al evocar su venganza la última vez. A ella realmente le gustaba jugar con fuego y él no iba hacer nada para evitar que ardiera.

—Supongo que el viernes no contamos con vos—comentó Marcos, sacándolo de sus pensamientos.

—Noche libre, muchachos — respondió, Eric, aún sonriendo, mientras miraba a sus amigos. Se habían invitado los tres a su casa, para conocer la lechuza.

— ¿De verdad las lechuzas tienen memoria fotográfica? —Preguntó, Lucas, mientras se rascaba la barbilla con la cabeza inclidada, observando al pichón.

—Yo que sé, Lucas —le respondió, Eric, mirando a Saeta. Provocando que los cuatro, comenzaran a reír.

—Logró que le pusieras nombre —señaló, aún risueño, Marcos.

—Le había puesto Tweety — se defendió, resoplando los últimos vestigios de la risa.

—Ajaam... —suspiraron al unísono sus tres amigos.

—Y después, no conforme, le puso Piolín.

Los amigos de Eric, abrieron los ojos, riendo una vez más.

—Es pésima para poner nombres — dijo riendo, Santino

— ¿No es el mismo canario? — Preguntó, confundido, Lucas.

—Exacto —dijo, entonando cada sílaba, como si ese hubiera sido el real motivo de su intervención en el nombre de la lechuza.

—Y ahora te llamó en horario laboral —comentó, Santino, mientras movía las cejas significativamente.

—Es la primera vez que me llama — admitió, ensanchando la sonrisa.

—Un pequeño paso para el hombre...— suspiró, Marcos.

Si bien no desestimaba el llamado, lo que más valoraba era haber visto su fragilidad. Para alguien como ella, ser capaz de mostrarse sensible, era una muestra de confianza ciega y esa entrega era lo que más profundo calaba en su alma.

— ¿Y si salimos en grupo esta noche? — Propuso Santino.

—Las vamos a buscar después de la clase de baile — señaló, entusiasmado Lucas; mientras Eric, meditaba la propuesta, rascándose la barbilla.

— ¿Qué decís, Eric? — Insistió, Santino.

—Que la venganza es el placer de los dioses —respondió, sonriendo satisfecho.

— ¿Eso es un sí o un no?

—Definitivamente, un sí— afirmó, provocando que Saeta chirriara.

Román, se paseaba de un lado a otro intentando acomodar la información que Martina le había brindado. Carson había comenzado a sospechar que algo había sucedido en su Hospital, y se culpaba por haber sido tan avaricioso de querer cubrir el encargo a como diese lugar. Tendría que haber esperado un poco más, consultado en otros hospitales, él contaba con muchos contactos no todo se reducía a su amante.

Martina lo observaba, sentada en la silla, haciendo rebotar su rodilla.

— ¿Qué vamos hacer? — Le preguntó, intentando emanar seguridad.

—Por lo pronto, nos vamos a mantener en calma—dijo, mientras se paraba y apoyaba las manos en su escritorio.

—Tenemos que recurrir a otros hospitales —sugirió ella.

—Lo sé, el Carson queda vedado— sentenció.

—No me quiero seguir acostando con él—anunció, haciendo referencia a su relación con Germán.

— ¡No seas estúpida, Martina! —Le gritó, furioso.

— ¿Yo estoy siendo estúpida? —Lo miró incrédula.

— Necesitamos tenerlo bajo control, y para eso, estás vos.

—Eso no implica que me tenga que seguir acostando con él, Román—dijo, indignada mientras se cruzaba de brazos. Provocando que Román, pegara un manotazo en el escritorio y, rodeando el escritorio, se le acercó intimidante.

—Escúchame bien — siseó apretando los dientes, mientras la tomaba del pelo de la nuca y, tirando con fuerza, la obligó a mirarlo.

—Me estas haciendo daño—susurró, mientras intentaba zafarse del agarre.

—Te lo voy a decir una sola vez—advirtió. — El que decide con quién, cómo, cuándo y con cuántos abrís las piernas, soy yo.

—No— replicó, provocando que él tirase con más fuerza y tomándola del cuello, comenzara a asfixiarla.

—Volvé a desafiarme y, los próximos órganos que se venden son los tuyos ¿te quedó claro? — amenazó, soltándola bruscamente, volviendo a pararse detrás de su escritorio. Martina comenzó a toser, mientras se agarraba el cuello.

—¿Cómo podes estar conmigo, sabiendo que él me toca? — dijo, poniéndose de pie enfrentándolo al borde de las lágrimas, provocando que el Gran Jefe, suspirase.

—Porque sé muy bien, que es sólo sexo con él — mintió.

En realidad no le importaba. Ella era solo un peón más en su vida, la utilizaba para satisfacerse y para manipular. Lamentaba que Martina no hubiese sido un poco más inteligente en intentar no mezclar los sentimientos.

—No soy tuya — murmuró, provocándolo.

Él lo sabía muy bien y reaccionando como esperaba Martina, se acercó en dos zancadas y tomándola de los brazos, la atrajo hacia su cuerpo. Inmovilizándola con un solo brazo en la cintura, comenzó a

recorrerla lascivamente con la mano libre, subiéndola el vestido veraniego de ella, obligándola a separar las piernas.

— ¿Quién dice que no soy el dueño de esto? — le preguntó, mientras que, con la palma de su mano, abarcaba el monte de Venus.

—Yo — suspiró, comenzando a excitarse.

Román, meditó, que echar un polvo le sería beneficioso en dos direcciones. La primera, la calmaría a ella. Porque él, también utilizaba el sexo para manipularla. Y, la segunda, para aliviar su propio estrés. Procedió a jugar con su clítoris y, cuando sintió que ella se estaba debilitando, la guió hacia el escritorio para recostarla. Se bajó el cierre de su pantalón y su glande erecto, salió en búsqueda de su placer.

<<Hijo de puta, me las vas a pagar una por una>>, juró mentalmente, mientras era brutalmente penetrada. La sola idea de la venganza, de hacerlo pagar todas las humillaciones, la catapultó al orgasmo.

El día, había sido bastante tranquilo para Roma. Había escapado de los avances de León, manteniendo a raya los impulsos de dejarle un ojo morado. Aunque intuía que iba a tener que hacer mucho esfuerzo de voluntad para no darse el gusto, estaba a muy poco de lograr su objetivo, y no lo iba a perder por un idiota que no era capaz de entender un adverbio de negación.

Por suerte contaba con sus clases de baile, que la hacían olvidar de todo el tedio de su día. Faltando diez minutos, para que su clase terminara, se acercó a Jonás para evaluar su estado de ánimo. Había estado todo el trayecto meditabundo y eso no era normal en él.

—¿Qué pasa? — Disparó la pregunta, cuando se acercó a él.

—Richie — suspiró.

—¿Volvieron a pelear?

—No, Roma. Creo que me es infiel — admitió, con un hilo de voz.

—¿Por qué crees eso? — Preguntó, mientras lo apartaba un poco hacia una de las esquinas y le hacía señas para que se sentasen en el piso.

—Lo escuché hablando con alguien... — susurró, agachando la cabeza.

—¿Pero le decía algo en específico?

—Sí, que no lo deje... que él iba a cambiar si eso la hacía feliz.

—¿La? — preguntó, asombrada.

—Sí, es una mujer. La tiene agendada como “Á”.

La voz de Jonás, se quebró apenas y a Roma se le partió un poco el corazón.

—¿Le revisaste el celular?

—¡Por supuesto!

—¡Ay, Jonás! Esas cosas no se hacen.

—¿Y cómo se supone que me iba a enterar?

—Lo que no estoy entendiendo, es el motivo por el cuál no lo has dejado todavía.

—Porque no puedo, Roma — dijo, mientras una lágrima, se deslizaba suave por su mejilla.

—Sí puedes, que no quieras es otro tema...

—No todos somos fuertes como vos — se defendió, mientras sorbía por la nariz.

—¿Pudiste ver alguna foto de ella? — Indagó, intentando direccionar la charla hacia otro matiz.

—Sí, es una morocha preciosa. De esas que son glamour puro— suspiró.

—No estoy notando rencor hacia la perra— lo regañó, intentando sonar graciosa.

—Ella no tiene la culpa, Ricardo es el culpable — dijo resignado, mientras se encogía de hombros.

Ver la tristeza en el rostro de su amigo, le produjo desolación en su alma. Tan acostumbrada estaba a que Jonás fuese una fuente inagotable de felicidad y que, por culpa de un mal nacido, su chispa se apagara, le daba impotencia.

—Dejalo, Jonás — le susurró, mientras le levantaba el rostro para que la mirase a los ojos.

—No puedo...

—Vas a tener que poder, no es el último tren.

—Pero es tan...

—Hijo de puta, eso es lo que es.

—No lo entendés.

Ofendido, Jonás, se levantó del suelo y se dirigió hacia la salida. Propulsada como por un resorte, Roma, se levantó y lo frenó.

—¿Qué es lo que no entiendo? — Preguntó, intentando mantener la calma, empujándolo hacia afuera del estudio.

—¡Sos mujer y heterosexual! — Gritó, exasperado.

—¡Eso es lo más estúpido que escuché en mi vida! — Gritó, del mismo modo ella, sin ser consciente de que había atraído las miradas de Eric y sus amigos.

—No lo vas a entender — respondió, un poco más calmo.

— ¿Te pensás que no? ¡Soy autodestructiva, Jonás! La única forma que conozco el amor, es a través del sufrimiento.

La confesión, dejó a Jonás en shock.

—Roma...

—No, no me compadezcas — dijo, envarándose para no perder la compostura.

—Yo...

—Dejame hablar a mí — lo interrumpió. — Estás perdiendo tu tiempo y las oportunidades. Y no se trata de ser gay o heterosexual. Cuando uno se enamora, se enamora de la persona y poco importa si es hombre o mujer. Pero merecés a alguien que te muestre al mundo, que no se avergüence de llevarte de la mano por la calle o de presentarte a su familia, no naciste para vivir escondido. Sos una de las personas más buenas que conozco y, merecés un amor al completo.

Cuando Roma finalizó, alterada e indignada, Jonás la abrazó y lloró. Liberando esos demonios que lo atacaban desde que tenía memoria, sintiéndose libre de los prejuicios sociales, sintiéndose en paz, poco a poco con quién era.

—Te quiero, abejita — le susurró, separándose apenas para mirarla a los ojos.

—Y yo a vos, mi corazón de melón — respondió, perdiéndose en los ojos pardos de Jonás, mientras le limpiaba las lágrimas de las mejillas.

Pietro, que había ido a buscar a su hermana, cruzó una mirada significativa con Eric. Sabía que su hermana había tenido momentos de crisis a lo largo de su vida, incluso que había hecho terapia, pero nunca imaginó lo profundo que llegaba su problema.

Eric, por su parte, comenzaba a comprender cada una de las barreras que ella ponía.

De forma tácita, los varones, decidieron no hacer comentario alguno al respecto de lo que escucharon. No era el momento, ni el lugar y tampoco les correspondía.

—¿Qué hacen todos acá?! — Exclamó, Brenda, haciendo que Roma y Jonás, se separasen.

—Sólo somos nosotros — respondió, Jonás, desconcertado.

Sofía, les hizo será para que voltearan y comprendieran la pregunta de Brenda.

Roma se quedó de piedra al ver a Eric, los novios de sus amigas y a su hermano. Por la forma en que su hermano la miraba, estaba segura que había escuchado cada una de sus palabras. <<¡Mierda!>>, meditó, al ver que su hermano se acercaba a ella con la misma mirada que le ponía cuando era pequeña y se lastimaba. Esa mirada que necesitaba transmitir que él, estaba con ella en esos momentos de dolor y que con un abrazo suyo, todo iba a pasar, el mismo abrazo que la hacía llorar siempre.

—Ni se te ocurra, Pietro Casalegno — le advirtió, con una mano en la cadera.

— ¡Ay, Roma Giovanna! — Suspiró, riendo, mientras la abrazaba y la elevaba.

— ¿Sabés que sos insufrible? — Le preguntó, luchando para que no se le formara un nudo en la garganta.

—Es el trabajo de hermano mayor —respondió, sonriendo, mientras la depositaba en el suelo y le daba un beso en la frente. Roma inspiró hondo y se preparó para camuflar ese pequeño despunte de sentimientos que habían salido a la luz.

— ¿Vamos a comer? — Preguntó en voz alta, Marcos, mientras se acercaba, dándole una pequeña tregua a Roma, colaborándole en su transformación.

—Podrías haberme avisado que tenías planes, sorella— le dijo, un poquito indignado. Pietro siempre la llamaba “hermana” u otro apelativo en italiano, cuando se molestaba. Otra de las tácticas de hermano mayor para protegerla.

—Non lo sapevo, te lo giuro, fratello — se defendió.

—En español, por favor — pidió Jonás, revoleando los ojos.

Siempre sucedía lo mismo cuando los hermanitos discutían, se les subía lo italiano y terminaban gritándose en ese idioma.

—Le decía a mi hermano, que no sabía de esto — tradujo.

—Pietro, espero que también nos acompañes —le dijo Eric, mientras le apoyaba una mano en el hombro.

—Y mínimo, mi hermanita me tiene que pagar— respondió, haciendo resoplar a Roma.

Eric, sonriendo, se acercó hasta ella, tomándola de las mejillas, la besó en los labios delicadamente con la pequeña intención de borrar parte de sus miedos, provocando el suspiro de las chicas.

—Hola — murmuró él, mientras acariciaba la nariz de ella con la suya, sonriendo.

—Hola — susurró, devolviéndole la sonrisa, mientras lo tomaba de las muñecas.

—Bueno, tortolitos, vamos —los apuró Santino.

Elevando la ceja de la cicatriz, Eric, sonrió maliciosamente y, de manera inesperada, cargó a Roma sobre su hombro.

— ¡¿Te das cuenta que sos un Neandertal?! — Gritó, riendo a carcajadas, Roma. Como respuesta, Eric, le dio una palmada en la cola.

—Sí, un cavernícola — dijo ella, devolviéndole la palmada.

—Te dije que la ultima vez, habías terminado así — respondió, empezando a caminar hacia su auto.

—Yo y mi manía de tentar la suerte — resopló, guiñándoles un ojo a sus amigos, haciéndolos reír.

Unos pocos pasos después, la deslizó por su cuerpo, con la intención de depositarla en el suelo; pero ella, se aferró a su cuello y lo beso, profunda y lentamente.

— ¡Ay, por favor, busquen un cuarto! — Les gritó, Sofía.

—No deja de ser mi hermana— canturreó Pietro, haciendo reír a Jonás.

Descolgándose de Eric, quien le dio unos besos rápidos más, los pies de Roma, tocaron tierra firme.

—Creo que deberías ir — le dijo Pietro a Jonás, cuando todos se subieron a los autos.

—Te juro que a veces me asustas —contestó, fingiendo un estremecimiento.

—Lo digo en serio.

—Yo también — afirmó, esbozando una sonrisa. —Pero, no me siento de ánimos, tu hermana es intensa cuando quiere...

—Sí, mi hermana es así...

—Lo que más me impresiona, es la capacidad de cambiar de estados de ánimo.

—Más te vale que estés en esta comida, compartiendo con nosotros— le advirtió, antes de subirse a su coche.

Jonás, debatió entre su deseo de no estar solo y el sentimiento de no querer cargar con mala energía a los demás. Por primera vez en su vida, decidió refugiarse en aquellas personas que lo querían.

Se dirigieron, todos en caravana, hacia una de las playas de estacionamiento ubicadas en el centro, para poder cómodamente desplazarse hacia cualquier lugar de comidas sin la necesidad de lidiar en encontrar un lugar para estacionar.

Una vez que dejaron los coches, el grupo de diez, empezó a debatir el menú. Por unanimidad, se decidieron a comer lomitos.

Entraron a un local de comidas rápidas y, después de juntar un par de mesas, se acomodaron y ordenaron la comida.

Todos pidieron cerveza, excepto Sofía, que pidió una gaseosa, llamando la atención de Roma.

— ¡Ay, Señor! — exclamó de pronto, asustando a todos los comensales.

—Roma, criatura, que me vas a infartar — la regañó, Jonás.

— ¡Sí, estoy embarazada! — Gritó, feliz, sorprendiendo a todos, menos a su novio que se había enterado un par de días antes.

Haciendo malabares, el mozo, les dejó las bebidas. Los chicos fueron los primeros en acomodarse después de felicitar a Santino, y las observaban hablar todas a la vez.

Cuando ellas se calmaron, Roma, volvió a su lugar junto a Eric y, aclarándose la garganta, alzó su vaso de cerveza y pidió silencio.

—Propongo un brindis —comenzó. Todos, alzando sus vasos le prestaron atención. —Brindemos por los desafíos y las nuevas aventuras.

— ¡Salud! — Exclamaron todos.

Sin ningún tipo de pudor o recato, Roma comía el lomito, dando dentelladas enormes.

—¡Hija, que te vas a atragantar! — le dijo Jonás.

—Todavía queda espacio para más — replicó, con la boca llena.

Asombrado, Jonás miró a Pietro que negaba con la cabeza con la poca delicadeza de su hermana, él sabía lo difícil que era para ella comer con ese placer y sin inhibiciones; se enorgullecía de que su hermana, poco a poco, se aceptara. Eric, la miraba encantado con su naturalidad y tenía que admitir que era excitante verla llenarse la boca de esa manera.

—Siempre tan delicada — Suspiró, Pietro, desviando la mirada hacia una rubia y una castaña, que se acercaban a la mesa.

—¡Pero qué casualidad! — Exclamó la rubia, mientras posaba una mirada de asco en Roma. Una mirada que a Pietro, ni a ninguno de los presentes les cayó bien.

Eric, se puso de pie mientras se limpiaba la boca y se acercaba a abrazar a la castaña. Ignorando por completo a la rubia; Lucas, Santino y Marcos, lo imitaron.

—Roma, ella es mi hermana Elizabeth.

Roma poniéndose de pie, se acercó a saludar a la hermana de Eric.

—Lizzy, ella es mi novia Roma Casalegno— dijo, recordando el título empleado en la fiesta de Velázquez.

—Elizabeth, un placer — la saludó, Roma.

Lizzy, le concedió el enorme punto a favor, de que a la primera, no se tomara la confianza de llamarla por su diminutivo.

—Lizzy, para la familia — le dijo, mientras le guiñaba un ojo.

Gracias su hermano mayor, se había enterado de la existencia de Roma, mientras que su madre le había descrito la forma en la que él la contemplaba. Pero unos días atrás, Ana, había llegado destrozada por la

noticia de que Eric estaba de novio. Diciendo que había conocido a su archienemiga en la fiesta de los Velázquez, describiéndola como una pigmea gordita, que la única gracia que tenía era cantar. Ahora que la tenía presente, podía solamente concederle la estatura, aunque a decir verdad, era una estatura normal, ellas eran demasiado altas. Pero decir que Ana era una pésima perdedora, era quedarse corta. Roma poseía una belleza intensa y explosiva, lo que para Ana era estar gorda, era en realidad el tamaño de su busto y los glúteos todo concentrado y distribuido en un metro sesenta, pero su vientre era plano. Dueña de unos ojos negros azabache, impresionantes, unas cejas perfectas y el envidiable bronceado.

Elizabeth, apenas habían llegado, atraída por el inmenso grupo que alborotado comía y conversaba, había distinguido a su hermano. Su amiga, le había marcado cuál era la novia de su hermano y Lizzy se había dedicado a analizarlos. Él la miraba como si ella fuese magia, mientras que ella lo miraba como si de un dios se tratase. Roma representaba todo lo que en el fondo siempre anheló Eric, simpleza. Por ese motivo, y por el simple hecho de ser la elección de su hermano, la integró al clan Carson.

Un poquito conmovida por la aceptación de la hermana de Eric, Roma, pasó a presentar a su hermano.

Rápidamente, pusieron al corriente a las chicas sobre las novedades, que emocionadas, felicitaron a los futuros papás. Ana, incapaz de contenerse, sacó a relucir su especialidad, cantando a los cuatro vientos que ella lo iba a traer al mundo. Roma, ignoró al completo las miradas cargadas de veneno que le lanzaba Ana y se concentró en comer y charlar con los suyos.

—¿Siempre te llenas así la boca? — Le preguntó, Ana a Roma. Como tenía la boca llena, se encogió de hombros, a modo de afirmación.

—¡Son mis papas, Eric! — Lo regañó, Roma, cuando él robaba descaradamente una del plato de ella.

—Pero me quedé sin — se justificó, riendo.

—Agradecé que no le sacaste helado o chocolate — apuntó, Pietro, haciendo reír a todos.

—Con mi comida no se metan — murmuró ella, mientras alejaba las papas del alcance de Eric, que le dio un beso en la mejilla.

—Veo que te importa poco y nada la cantidad de grasa que ingerís— señaló Ana.

—A Roma, se le va todo a las tetas y al culo —respondió Jonás, incapaz de contenerse, sabiendo lo que para Roma significaba su cuerpo y los complejos que acarreaba.

—¿Qué sabrás vos de tetas y culo? — Preguntó Ana, mientras hacía referencia a su homosexualidad gesticulando con las manos.

—Es muy curioso, que lo pregunte alguien que carece de ellos, y de cerebro... entre otras cositas — escupió, Pietro, nadie se metía con su hermana o con alguien a quien considerase de su círculo de amigos, como Jonás.

Humillada, Ana se levantó y le hizo señas a Elizabeth para que se marchasen.

Enojada, Lizzy con Ana, le dijo de malas maneras que se fuera sola, que prefería quedarse con su gente.

Ana, hecha una furia, dio media vuelta y se marchó.

—Me disculpo por eso — dijo, cabizbaja, Elizabeth.

—Vos no te tenés que disculpar por nada — le aseguró Roma.

—Pero es que te ofendió...

—Ofende quién puede, no quien quiere — dijo sonriendo.

—Bueno, cambiando de tema...quiero que me cuenten con detalle “la operación lechuza” —pidió,

entusiasmada Lizzy.

Roma y Eric, se miraron cómplices y él le cedió el honor de relatar la aventura que vivieron.

Con una calidad increíble, que dejó asombrado a Eric, Roma narró las escenas, sumergiéndolos en la historia siendo capaz de transportarlos a esa noche.

—¡Conociste a Margot Litzwick y no fuiste capaz de decirme! —le increpó ofendido, Pietro, cuando ella finalizó.

—Perdón, se me olvidó ...

—Y quiere almorzar con vos — agregó, Eric, provocando que Pietro fulmine a su hermana con la mirada.

—¿No pensaste que era un detallito contarme? —Le preguntó, achicando sus magníficos ojos turquesas.

—Te juro que te lo iba a contar...— se defendió, poniendo sus ojitos de “Bambi abandonado”, como los llamaba su hermano. Con esa mirada, le era imposible regañarla y ella lo sabía.

—Me debés una enorme, Roma Giovanna — sentenció, mientras se llevaba el vaso a los labios.

—Promesa de garrita, que te lo recompensó — juró, levantando el meñique de la mano derecho.

—¡No puedo creer que hayas cantado! — Volvió a quejarse, Pietro.

—La verdad, Roma, sos completa— comentó, Santino.

—Jamás cantó para nosotros — le dijo Pietro, indignado, a Santino.

—Es la segunda vez que la escucho— alaredó Eric, ganándose una patada de ella por debajo de la mesa, provocando que todos estallen en carcajadas cuando él se quejó del golpe.

—¡Claro, él tiene coronita! — le recriminó, su hermano.

—¡Ay, por favor! — Exclamó, Roma.

—¿Los Velázquez no han comentado nada? — Preguntó Brenda, redireccionando la conversación, mientras sofocaba la risa.

—Andrés, comentó que se le habían escapado—respondió Eric, con una sonrisa de niño travieso.

Elizabeth al tenerlos más cerca podía, detalladamente, observar cada uno de los gestos que tenían uno con el otro. Pensó que su hermano había encontrado a su otra mitad. Jamás lo había visto contemplar con tal adoración a una mujer y, aunque era poco el tiempo que estaban juntos, supo que ésa era una historia para toda la vida. Los envidió un poco, ya que ella soñaba con un hombre que la observase de esa manera.

Después de comer y pasar una velada increíble, Roma eligió irse con Eric en el auto. A pesar de la lucha interna contra su practicidad, se inclinó a hacerle caso a sus deseos y marcharse con él.

—¿Crees que fui un poquito egoísta? — Preguntó, apenas arrancaron en dirección a la casa de ella.

—¿Por? — Le preguntó él, mientras agarraba una mano de Roma y se la llevaba a los labios para depositarle un beso en el dorso.

—Porque preferí que vos me lleves, cambiando tu ruta, dejando que tu hermana se fuese con Jonás.

—Mi hermana está a salvo y me gusta que prefieras que yo te lleve. Me gusta—aseguró, sonriendo radiante, provocando que ella se quede prendada a la luminosidad de su mirada.

—Si vos decis...

—Roma, hay algo que quiero que hablemos —pidió, cuando frenó en un semáforo en rojo, dejando de sonreír.

Roma, también perdió la sonrisa sintiendo el frío lentamente recorrerle las venas.

—¿Qué? — murmuró.

—Necesito que me expliques por qué, vos te considerás autodestructiva.

—El viernes— prometió.

Eric sonrió, demostrando estar de acuerdo con ella y para sellar el trato, besó su mano una vez más.

Roma, mientras tanto, sentía que se asfixiaba. Elegir qué contar y no exponerse tanto, era toda una cuestión y todavía no se sentía realmente lista para abrirse de ese modo con alguien. Contar sus miedos y todo aquello que la atormentaba, era darle poder a Eric, la información era poder y no quería que nadie lo tuviera; no deseaba que nadie la conociera tanto, todavía no estaba lista para dar el salto de fe, por lo tanto, mentalmente, comenzó a preparar los hechos que sí podía contarle.

—Y tenemos que poner en claro que no somos novios— dijo, rompiendo el silencio Roma.

—¿No lo somos?

—No.

—Yo creo que sí — afirmó sonriendo.

—¿Qué te hace creer eso? — Preguntó incrédula.

—Conocés a mis viejos, a mi hermana... Yo conozco a tu hermano, salimos con amigos ... — Enumeró, mientras estacionaba frente a la casa de ella.

—Nunca me lo preguntaste —dijo, indignada. —Y ese título, te lo tenés que ganar — desafió, dándole un pequeño beso, antes de bajarse del auto.

—Desafío aceptado, Roma Giovanna Casalegno —aseguró, con la ceja elevada y la sonrisa de quien sabe que lo tiene todo para ganar.-

Capítulo 11

Ella estaba enojada. Pisaba el acelerador mientras recordaba el desconcierto en esos ojos grises. La súplica velada y la satisfacción de la mujer que lo acompañaba. Con cada maniobra arriesgada que ejecutaba, se castigaba con las palabras que ellos se susurraron entre las sábanas. “Ella es gorda, vos perfecta”, giro arriesgado a la izquierda. “Tus piernas son tan largas y delicadas...”, se le adelanta por la derecha al otro corredor, la velocidad y la adrenalina, eran una pésima combinación; la temeridad y la ira, eran peores que las otras dos. “Ella es la insulsa de mi novia, vos sos mi amante”, el auto se sale de control, comenzando a dar tumbos. Mientras el auto daba vueltas, a una vertiginosa velocidad, su mundo se redujo a una sola súplica: “Mamá, perdón. Por favor, no te enojés”.

La sensación del impacto del airbag, en su rostro, la despertó del sueño. Agitada y con el corazón acelerado, sus ojos perforaban la oscuridad. Incapaz de moverse, prisionera del miedo, se concentró en intentar calmarse por medio de ejercicios de respiración. Inhaló profundamente, deslizó un pensamiento feliz en su mente y lo retuvo hasta que no aguantó más y exhalando, imaginaba que eran sus miedos los que expulsaba. Continuó con ese pequeño ejercicio, hasta que su ritmo cardíaco regresó a la normalidad y pudo comprender que estaba a salvo, volviendo a sentirse dueña de su cuerpo.

— ¡Mierda puta! — Le susurró a la vacuidad. Hacía un par de años que no tenía pesadillas con el accidente y que, justo ahora, volvieran a resurgir, las tomaba como un mal presagio.

El tono de llamada de su celular comenzó a sonar, sacándola del trance en el que se encontraba, asustándola. Se fijó en la hora, en el reloj ubicado en la mesa de luz a su derecha, cinco y media de la mañana. << ¿Quién puta es a esta hora? >>, pensó, mientras se estiraba hacia la mesa de luz ubicada a la izquierda de la cama, para agarrar su celular.

—Alan...— murmuró con fastidio. — ¿Qué? — Preguntó de malas maneras cuando respondió.

—Veo que siguen tus despertares felices...— se burló.

—Jamás nos despertamos juntos— replicó.

—Touché, Loba— susurró dolido.

— ¿Por qué me molestas tan temprano?

—Porque recién me avisan que esta noche hay carrera.

—Esta noche no puedo.

Imposible que corriera, tenía la cena en la casa de Eric.

—Me importa una mierda, ya sabes de qué se trata—dijo Alan, apretando los dientes para no elevar el tono de voz.

<<No puedo tener tanta mala suerte ¿o sí? >>, pensó Roma, mientras se pellizcaba el puente de la nariz. Claramente sí podía, porque era consciente de que era imposible escapar. Como también, era conocedora de que el sueño y el llamado, eran un cartel fosforescente, enorme, de “PELIGRO INMINENTE”.

— ¿A qué hora es? — Resopló resignada.

—Claudicas mas rápido por la madrugada— se burló Alan.

—Decime la hora, imbécil — exigió furiosa.

—La misma hora de siempre, amor—dijo, susurrando el “amor”, como si de un anhelo se tratase.

—Sos patético— respondió indignada, cortando abruptamente la llamada.

Resoplando, se acomodó en posición fetal y esperó el amanecer. Cuando no podía volver a dormirse, después de una pesadilla, siempre esperaba el amanecer. Le daba paz ver comenzar un nuevo día. Admiraba al sol, que se alzaba imponente en el firmamento, después de una caída al atardecer. Ése había sido el primer significado que le había dado a su tatuaje ubicado en el hueso izquierdo de su cadera, la tinta impregnaba su piel con el dibujo de un sol griego, sin rostro. Suspirando, se embebió en la majestuosidad del firmamento al amanecer. Reconfortándose con los primeros rayos del Astro Rey, se preparó para una nueva alborada en su existencia.

A media mañana en la librería, León le ordenó ir nuevamente al depósito. Por alguna extraña razón, últimamente ella estaba encargada de hacer el inventario de los libros. No se quejaba, ahí estaba sola y aprovechaba para poner en orden sus pensamientos.

Había puesto música para romper el silencio abrumador, y mientras bailaba, ordenaba y clasificaba los libros. Había una pila especial, donde separaba aquellos que deseaba llevarse. Como empleada, tenía un descuento preferencial y podía pagarlos en cuotas. Para una amante devota de la literatura, como ella, eso era como tener las llaves del paraíso.

Ella estaba de espaldas, concentrada en la pequeña reseña de “La Conspiración” de Dan Brown, mientras contoneaba sus caderas, no se percató que alguien entraba.

León la observaba, deseándola desde lo más primitivo de su ser, y enceguecido pegó su cuerpo al de ella y la envolvió con fuerza entre sus brazos.

—Soltame, enfermo —exigió con asco Roma, mientras dejaba caer el libro al suelo.

—Yo puedo complacerte tanto— respondió, desoyendo la exigencia de ella, mordisqueándole el cuello, ajustando su agarre, mientras que con una mano, le apretaba un seno y continuaba deslizándola lasciva en búsqueda de su monte de Venus.

Roma, se obligó a mantener la calma e intentar relajar el cuerpo para poder concentrarse en las técnicas que le supo enseñar su hermano. Inspiró y exhaló; haciéndole creer a León que estaba disfrutando. Cuando él, aflojó apenas el agarre, ella aprovechó y le propinó un codazo con todas sus fuerzas en el estómago, provocando que él expulsara de golpe el aire y se doblara del dolor. Cuando la soltó, ella se giró y le asestó un golpe recto, con el puño derecho, en la mandíbula; provocando que él se caiga de espaldas, al borde del knockout.

—Nunca más, en tu puta vida, me vuelvas a poner una mano encima ¿estamos? —Le siseó, apretando los dientes. Al ver que él jadeaba y no respondía, le pisó la mejilla. — ¡¿Te quedó claro, hijo de puta?! — Gritó. León, asintió con la cabeza.

—Y ahora me voy. Que ni se te cruce, por tu media neurona, hacer nada en mi contra— amenazó. León, volvió a asentir.

Tomando su celular y sus cosas, se marchó. Con una calma que no sentía, salió de la librería y se encaminó al departamento de Sofía.

La adrenalina estaba abandonando su cuerpo y había comenzado a temblar, y junto con las sacudidas de su cuerpo, el dolor en los nudillos. Años habían pasado desde la última vez que aplicó todas las técnicas de defensa personal y boxeo que su hermano le había enseñado, tantos años, que ya se había olvidado del dolor que conllevaba una pelea. Agradecía haberse olvidado del dolor, pero no de los movimientos.

Cuando llegó al edificio, rogó que su amiga estuviese en casa. Necesitaba hielo y que la vendaran.

Con las manos temblorosas, presionó el timbre correspondiente al departamento de Sofía.

—Por favor, por favor, por favor — suplicó.

— ¿Si? — La voz de Santino, sonó a través del portero.

—Abrime, Santi, soy Roma — consiguió decir.

Extrañado, Santino, pulso el botón de abrir.

— ¿Quién es?

—Tu chica, Eric — le contestó a su amigo.

Santino, le había pedido a Eric ayuda en el armado de un mueble tipo rack, para el comedor, donde iba a colocar la televisión, entre otras cosas.

— ¿Qué hace acá? — Preguntó, retóricamente, mientras observaba su reloj, consultando la hora. Once y media de la mañana, extrañado se puso de pie y se acercó preocupado a la puerta para observar por la mirilla. Necesitaba saber el estado de ánimo que ella cargaba.

Las puertas del ascensor se abrieron y recomponiendo su postura, se encamino al departamento de los chicos.

Por su semblante, Eric, se dio cuenta de que algo andaba fatal.

— ¿Qué te pasó? — Le preguntó, cuando abrió la puerta de golpe, sin darle tiempo a anunciar su presencia.

—Eric... — Susurró.

Y en ese momento no le importó en absoluto su orgullo, necesitaba un abrazo, por esa razón saltó a sus brazos y se aferró a él, refugiándose en el calor de su inmensidad, sintiéndose protegida y cuidada. Por primera vez, en un abrazo que no fuese de su padre o hermano, ella se sintió a salvo.

Eric la sostuvo en silencio hasta que ella, dejando de temblar, se separó apenas y lo besó, brevemente en los labios.

— ¿Estás bien? — Indagó, despostándola en el suelo, cuando ella buscó descolgarse.

—Sí...— susurró, desviando la mirada y rascándose la nuca.

Gestos, que le dieron a Eric la pauta de que ella mentía.

— ¿Estás bien? — volvió a preguntar, tomándola con delicadeza de las mejillas, obligándola a sostenerle la mirada.

—Ahora, sí... — susurró, colocando sus manos sobre las de él. Entonces, Santino le vio los nudillos.

— ¿Qué carajo te pasó en la mano? — inquirió, alertando a Eric.

Sin darle tiempo a quitar la mano derecha de su alcance, Eric se la examinó. Los nudillos enrojecidos, le dieron dos pistas: la primera, y más obvia, era que había tenido un episodio violento y, la segunda, que sabía pelear.

—Creo que me ayudé a despedir — dijo, haciendo una mueca de fatalidad, exagerada, con los ojos.

— ¿Te podrías explayar, por favor? — Pidió Eric, intentando mantener la compostura.

—Le pegué al sobrino de la dueña...— Admitió.

— ¿Por qué le pegaste? — Preguntó asombrado, Santino.

—Porque es un imbécil, explotador que me cansó— mintió.

— ¿La piña fue antes o después de que te despida? — Preguntó Eric.

—La piña, fue el motivo del despido— suspiró, y por dentro rogó que no hicieran más preguntas.

Había algo en el cuenta gota de información que ella les proporcionó, que a Eric no le cuadraba. Había maquillado la verdad, pero decidió no presionarla. Se iba a enterar y si era lo que estaba pensando, iba a moler a palos al infeliz.

Sentándola en el sillón, procedió a examinarle la mano.

—No está rota — afirmó.

—Ya lo sé, pero me duele...— se quejó haciendo un mohín.

—Ahora te pones hielo y te tomas el anti-inflamatorio.

—Sí, doctor.

Santino se acercó, vaso con agua en mano, un ibuprofeno y un gel refrigerante en la otra.

—Tomá, Rocky — dijo, Santino, extendiendo el vaso con agua.

— ¡Córtame el párpado! — Exclamó, imitando la voz de Stallone en esa escena de la película.

— ¡Dios! — suspiró riendo, Eric.

— ¡¿Qué?! Mi mamá es fanática de Sly —dijo, mientras se encogía de hombros y se colocaba el hielo en los nudillos.

—A ver, dejame a mí — le pidió Eric, mientras agarraba su mano y el refrigerante. Antes de volver a aplicarle el frío, acarició levemente sus nudillos y le depositó un beso.

—Sabías que es la primera vez que juego al doctor —le comentó, alterada por lo que le producía una caricia de él.

— ¿Nunca lo jugaste de chica? — le preguntó Santino, incapaz de contenerse.

—No. Como era la gordita del grupo, siempre me tocaba manejar la ambulancia — explicó, suspirando y poniéndole ojitos tristes a Eric, provocando que ambos se echasen a reír.

Él, la miró pícaro y le guiñó un ojo.

Ella, le sonrió, incapaz de decirle que iba a llegar más tarde.

Después del episodio vivido con León, Roma decidió tomarse el día y esperar hasta el día siguiente para hablar con Doña Mirna. Le iba a presentar la renuncia, por más que le doliera en el alma. Podía sentir cómo su objetivo se le escapaba de las manos, produciéndole una enorme frustración. Si bien, contaba con una pequeña vocecita que le decía: “*No se te escapó, lo pusiste en pausa*”; había una parte muy importante en su interior, a la cual le gustaban las cosas “*ahora*”. Lo que peor la hacía sentir, era que se culpaba por lo sucedido y, encima, se enojaba con ella misma por sentirse culpable. Con esa mezcla de emociones, dejó el departamento de sus amigos, prometiéndole a Eric llamarle para avisar cuando esté llegando a su casa. Se había negado a que él, la pasara a buscar y después de mucha reafirmación en su postura, consiguió que él le diera la dirección de su casa.

Caminó un par de cuadras, en dirección opuesta a la librería, y le hizo señas a un taxi para que frenara. Le brindó la dirección de su hogar y se sumió en sus pensamientos. Definitivamente, la pesadilla en combinación con el llamado de Alan, eran mal augurio. <<*Que termine de una puta vez el día*>> le imploró al universo. Le agradecía profundamente al cosmos, que el taxista se mantuviera en silencio. No iba a soportar una charla trivial de taxi y, las mil y una ocurrencias que ellos filosofaban.

Cuando llegó a su casa, juntó valor y abrió el portón. <<*Primer paso, superado*>>, meditó. Ahora, la puerta de entrada, era otra cuestión. Sentía vergüenza, aunque no tenía motivos reales de sentirlos. Era la vergüenza de la víctima, sí, esa culpa que los abusivos les implantan en el cerebro a las víctimas. La misma culpa, que la sociedad machista, impulsaba. Siempre se condenaba al accionar de la víctima, justificando al agresor. ¿Cuántas veces en las noticias se describía la vestimenta de la víctima, como indirecta justificación de su violación? La misma cantidad de veces que repetían, que la víctima era la culpable por ofrecerse a todo el mundo, menos a quien la agredió. La enojaba la falta de comprensión, de que el cuerpo de cada una era suyo, y cada una era quien se entregaba libremente y no por eso debía ser señalada como culpable cuando el otro no entendía el “no”. Ya se podía imaginar los comentarios al estilo: “seguramente ella lo provocó”, “siempre bailaba, moviendo el culo, era obvio que iba a suceder. Lo estaba tentando”. No, no era obvio que sucediera, cuando hay límites impuestos que no se deben transgredir. <<*Tal vez, si no hubiera bailado el bolero como un vals*>>, se castigó de nuevo. Tragando saliva con fuerza, para bajar el nudo que se le había formado en la garganta, entró a su casa.

Sus padres y su hermano, se encontraban almorzando, charlando entre risas. Pietro fue el primero que la vio, enmudeciendo ante su semblante. La conocía perfectamente y sabía que algo grave le había sucedido. Dejó caer, estrepitosamente, los cubiertos, alertando a sus padres, quienes perdieron la sonrisa en el acto.

Sin decir una palabra, Pietro corrió a abrazarla.

Dejándose abrazar por su hermano, Roma rompió a llorar. Sus lágrimas iban cargadas de todas esas emociones que la atormentaban.

—Ya estas a salvo — le susurró su hermano, mientras acariciaba su cabello.

Su padre, les concedió un momento y después la tomó entre sus brazos. Acunándola, como cuando era un bebé, le silbó “Jelous guy” de John Lennon; la canción con la que la calmaba cuando era pequeña.

Ella se dejó envolver por el amor de su padre y de su hermano, pero necesitaba el último confort. Su lugar seguro, la mujer que con una caricia y un beso, lograba borrar absolutamente todos sus dolores.

—Mamma— la llamó, entre hipidos, en italiano.

—Acá estoy, mi bebé — le dijo, con las lágrimas corriendo por sus mejillas. No estaba segura del nivel de gravedad de lo que le había pasado a su hija, pero lo intuía. Separándose de su padre, se refugió con su madre, llenándose los pulmones de su aroma. Siempre la reconfortaba su aroma, olía a hogar, a mamá.

Sus cuatro perros, solemnes, esperaban sentados en sus cuartos traseros. Cuando Roma se sintió con fuerzas, se acomodó en una silla y Bacco, parándose sobre sus patas traseras y colocando las delanteras sobre los muslos de ella, lamió sus lágrimas. Pipina, saltó sobre su regazo corriendo a Bacco que tuvo que buscar otra posición para continuar con su tarea. Le dio un beso a Bacco en la coronilla y rascó detrás de su oreja, en agradecimiento a ser su pañuelo de lágrimas. Besó a Pipina antes de depositarla en el suelo y se dejó abrazar unos segundos por Dulcinea y Úrsula.

<< ¿Quién dice que ellos no comprenden? >>, meditó, mientras aceptaba el vaso con agua que le tendía su hermano.

— ¿Qué pasó? — Disparó su padre, cuando la vio exhalar el último suspiro notando que estaba más calmada.

—Renuncié a la librería — dijo, mientras se sonaba la nariz con una servilleta de papel.

—Tus nudillos te delatan — señaló su hermano.

Interiormente, Roma, maldijo la astucia y la observación de Pietro.

— ¿Fue el grandote? — Inquirió su padre, haciendo referencia a Eric.

— ¡No fue Eric! — Se exasperó.

—Calmate, Giovanna — le pidió su progenitor.

— ¿Cómo me puedo calmar si supones idioteces?

—Contándome a quién le pegaste y por qué lo hiciste.

—Te voy a decir a quién pero no me pidas el motivo, por favor.

— ¿Por qué? — Preguntó, intentando mantener la calma Giulio.

—Porque... porque...

—Roma...— dijo, con tono de advertencia su madre.

—Porque me da vergüenza— musitó.

— ¿Mataste a alguien? ¿Robaste?

A cada una de las preguntas de su madre, Roma negaba con la cabeza.

—Habla— ordenó su padre. — ¡Habla, carajo! — Exigió, cuando ella volvía a negar con la cabeza.

Sintiendo mucho pudor, Roma, comenzó a relatarles lo sucedido. Incluso, les contó las veces que había que tenido que escaparse de sus avances.

—“Marcio”, tenía que ser... ¡figlio di putana! — dijo, escupiendo con bronca, Pietro. Resaltando la última parte de apellido de León, que significaba “podrido” y, por supuesto, llamándolo hijo de puta. Malena no lo reprendió, porque sabía que ése era el gesto típico que reafirmaba el insulto.

— ¡No quiero que hagan nada! — Exigió, Roma, leyendo el cruce de miradas de su padre y Pietro.

— ¡La famiglia non si tocca! — Gritó su padre, golpeando con la palma de la mano la mesa, mientras se ponía de pie.

—Ya sé que la familia no se toca, pero este es mi asunto y ya lo resuelve, punto final — afirmó, mientras le sostenía la mirada a su padre, e imitándolo se puso de pie.

— ¿Por qué te daba vergüenza, hija? — Interrogó Magdalena, atrayendo las miradas hacia ella.

—Porque me siento culpable...

— ¿Culpable? — Cuestionó su hermano.

—Sí, culpable. Culpable por haber entablado cierta amistad, que a lo mejor lo haya llevado a pensar que le daba alas...— susurró, encogiéndose de hombros, porque a decir verdad se sentía culpable hasta de respirar; su mente solía trabajar así y, sí además se le sumaba un episodio de esa magnitud, se incrementaban aún más sus pensamientos autodestructivos.

—Escuchame bien, Giovanna—dijo su padre, mientras se acuclillaba frente a ella. —Vos no tenés la culpa de nada, es culpa de ese enfermo que no sabe respetar.

—Per... —quiso replicar, pero su padre le puso el dedo índice sobre los labios y continuó.

—La podrida, es la base donde esta asentada la ideología social. Si vos te sentís culpable, le estás dando poder sobre vos y eso es algo que no podes permitir ¿estamos? —Finalizó, mientras abrazaba a su hija.

— ¿Estamos, mi pequeña Lulú? —reiteró la pregunta, con el apodo alternativo que utilizaba con ella, que hacía referencia a la niña de los dibujos animados; que se caracterizaba por su inocencia, torpeza e inteligencia.

—Sí, papi — murmuró, incapaz de retener las lágrimas.

—Estamos muy orgullosos de vos, porque te supiste defender. Actuaste con inteligencia, hija— afirmó Giulio, separándose a penas, para poder mirarla a los ojos. Dándole un beso en la frente, se puso de pie y su mirada se encontró con la de Magdalena, quien asintiendo, le dio a entender que estaba de acuerdo con cada una de sus palabras.

—Decime que le quebraste la nariz— pidió su hermano.

—Usé las técnicas que me enseñaste de defensa y cuando estaba en el piso, lo amenacé— respondió, haciendo sentir a su hermano y a sus padres, orgullosos.

Giulio y Magdalena, se contemplaron satisfechos.

— ¿Lo escupiste?

—Pietro, sabes bien que jamás aprendí a escupir. Si lo hubiese intentado, toda mi fachada se iba a ir a la mierda— dijo, riendo y provocando que sus padres y su hermano, también rieran.

—Increíble que nunca hayas aprendido a escupir — se indignó su madre, aumentando las risas.

Roma agradecía la capacidad que tenían como familia, de cortar la tensión y distenderse.

Mejor anímicamente poniendo como excusa el cansancio, producto de las lágrimas, se retiró a su habitación para limpiar sus heridas. Comenzaría con una ducha reconfortante, que le llevara los vestigios de su vergüenza y continuando con una pequeña siesta. No muy larga, ya que tenía que llamar a Ángela para pedirle ayuda.

Cuando sintieron los pasos de Roma en la planta superior, Giulio, miró a Pietro.

—Que parezca un accidente— dijo simplemente, emulando la famosa frase de la película “The goodfather”, conocida en español como “El Padrino”.

Pietro asintió, entendiendo que con la golpiza no se fuera de los límites. Se encaminó hacia la salida, mientras buscaba en los contactos de su celular el nombre de Eric. Ellos habían intercambiado los números cuando Eric, había quedado en organizarle el almuerzo con Margot.

Su hermana, en su relato, había dicho que él fue el primero que la asistió, pero que no había interrogado demasiado, Pietro intuía que Eric sospechaba algo.

—Estaba esperando tu llamado— dijo serio Eric, cuando respondió.

— ¿Dónde estás?

—En el departamento de Santino, ya te paso por mensaje la dirección— dijo, para luego poner fin a la llamada.

Pietro, llegó al departamento de Santino e inmediatamente lo hicieron pasar.

Tomando asiento y aceptando un vaso de gaseosa, pasó a relatarles lo que contó su hermana.

Con cada palabra, Eric, podía sentir como la sangre empezaba a bullir.

— ¡Sabía que algo me ocultaba!

—Le dio vergüenza admitirlo — la justificó, y como Eric lo miró sin comprender, Pietro, le explicó utilizando la argumentación del discurso de su padre, sumado a la explicación que había dado su hermana. A pesar de que le costaba entender la lógica del pensamiento de ella, Eric, logró comprenderla. Sintiendo más ira, se mesó el cabello.

— ¿Cómo lo hacemos? — Preguntó, rascándose la barbilla.

—Sé donde vive —.Eric asintió—Y vive solo— agregó Pietro, dando la pauta de que no iba haber testigos. Eric volvió a asentir al igual que Santino, habían tocado a uno de los suyos, también era de su incumbencia.

Apenas abrió los ojos al mundo, Roma, buscó su celular. Tenía varias llamadas perdidas de la librería, procediendo a ignorarlas buscó el número de Ángela y la llamó.

—Romita— dijo Ángela al responder.

—Necesito ayuda— proclamó sin rodeos y empezó a contarle del llamado de Alan, anunciando la carrera, esa misma noche que tenía la cena en casa de Eric.

—Hijo de madre de la mala vida, tiene un puto radar—declaró indignada, cuando Roma finalizó.

—Aunque no lo creas... — suspiró.

—Lo primero, llámalo a Eric y decile que llegás más tarde...

— ¿Qué excusa pongo? — Preguntó, ante la sugerencia de su amiga.

—Que estoy en crisis a punto de cortarme las venas— sugirió Ángela.

— ¿No es muy exagerado? — la cuestionó.

—No sé, invéntate algo creíble.

—Y llevo todo para tu casa.

— ¿A dónde más, sino? — resopló, haciéndola reír.

—Te quiero, amiga.

—Y yo a vos, hermana— puntualizó Ángela.

Con una sonrisa, cortó la llamada y para darse más tiempo en ponerse en contacto con Eric, empezó a preparar sus cosas.

Guardó, de forma prolija, en su mochila el vestido negro, una muda más de ropa para el día, unas chatitas y el traje ignífugo junto con las botas. Las sandalias de tacos las iba a llevar en otra bolsa. Ordenó su habitación y se dio una ducha rápida. Se fijó en el reloj y se dio cuenta de que eran las ocho y media de la noche, ahora le era imposible seguir escapando porque había quedado ir a las nueve y media a casa de Eric.

Marcó su número, que se lo sabía de memoria y aguardó a ser atendida.

—Corazón — dijo sensual, al responder la llamada Eric.

—Hola ¿cómo estás? — Intentó sonar relajada, pero los nervios la estaban matando.

—Ansioso por verte...

—Sobre eso te quería hablar.

—Ni se te ocurra cancelarme — advirtió, perdiendo la dulzura.

— ¡No, no para nada!

— ¿Qué pasa, Roma? — Indagó, volviendo a la calma.

—Le surgió un problemita a Ángela y, bueno, voy a llegar un poquito más tarde — respondió acelerada.

— ¿Qué problema?

— ¿Viste que ella está re enamorada de mi hermano? Resulta que se pelearon recién y necesita apoyo femenino — mintió. Mentalmente, se estaba galardonando con un Oscar, porque había sonado convincente.

— ¡Ahhh, mira vos! — Exclamó, sabiendo que mentía.

—Sí, mi hermano es un tarado a veces. En fin, te aviso cuando estoy llegando, no se a qué hora me desocupo.

—Mejor quedate con Ángela, Roma. Ni te gastes en venir a casa—dijo, incapaz de contener el enojo.

—Pe...— No pudo continuar hablando, porque él le había cortado. — ¡Putá vida! — Exclamó, tirando con odio su celular a la cama.

Con Pietro al volante, Eric y Santino, iban camino a la casa de León.

— ¿Todo bien? — Le preguntó Pietro a Eric, cuando éste había cortado la llamada.

—Al parecer, discutiste recién con Ángela y necesita apoyo femenino, la pobre — respondió con ironía, Eric, que sabía que ella había mentido porque Pietro había estado todo el día con él, algo con lo que Roma no contaba.

—Dejame que llamo a Ángela a ver qué me dice— dijo, mientras se fijaba por el espejo retrovisor y sacaba el celular.

—Llamar a Ángela — le ordenó por comando de voz al teléfono e inmediatamente, en la pantalla brilló la carita de ella. Puso la opción de alta voz y los tres, aguardaron a que ella responda.

— ¡Pietro, qué sorpresa! — Exclamó la morocha, cuando le atendió.

—Hola cielo...— respondió, incapaz de no sonreír como un adolescente.

—No me digas así ¿qué querés? — lo regañó, provocando que él revolease los ojos.

—Te paso a buscar en una hora y media para ir a cenar.

—No puedo, tengo que asistirle a tu hermana.

— ¿A mi hermana? — Preguntó, fingiendo estar sorprendido.

—Sí, al parecer se peleó muy feo con Eric, cortaron o algo así, y necesita apoyo femenino —mintió. — Y no sé, cuánto me va a llevar subirle el ánimo— agregó enfática.

Pietro y Eric se miraron, y juntos se indignaron.

—Ok, no hay problema — respondió y cortó la llamada.

— ¡Me cago en la mierda! — Exclamó Eric, cuando Pietro dejó el celular a un costado.

—Algo se traen estas dos — afirmó Pietro.

—No me gusta nada — resopló, Eric.

—A mí menos, cuñado.

Ante el título que había empleado Pietro, Eric, sonrió.

—La caja de Pandora, al lado de tu hermana, Pietro, es un poroto— agregó Santino, haciéndolos sonreír.

Cuando llegaron al barrio donde vivía León, apagaron las luces del auto y se dispusieron a esperar. Veinte minutos después, un auto modelo Gol Trend, color verde, se estacionó frente a la vivienda. Sigilosos, descendieron del coche y se acercaron, esperaron a que sacara la llave de la puerta y lo empujaron hacia el interior, tomándolo por sorpresa. León, no los escuchó porque iba con los auriculares puestos.

— ¡Por favor, no me hagan nada, llévense todo! — Les suplicó, con los ojos cerrados, confundiéndolos con ladrones.

—Tus huesos, nos vamos a llevar — amenazó, Eric.

Abriendo los ojos, León se dio cuenta de que al más grandote ya había estado en la librería varias veces, incluso la había pasado a buscar.

— ¿Qué quieren? — Les preguntó, intentando sonar calmado.

— ¿Qué es lo que queremos, chicos? — Ironizó, Eric.

Pietro, le había dejado el mando porque se lo había ganado, al igual que el título de cuñado. Se daba cuenta de que era él quien figuraba, ahora, en la vida de su hermana, queriendo cuidarla y protegerla, como todo hombre que se respetase haría con su mujer. Como hermano mayor, Pietro había pasado a ser segundo al mando o tercero, contando a su padre.

—No sé, un par de huesos fracturados — comentó, en el mismo tono Pietro, mientras le clavaba los ojos a León.

—Tres contra uno, es de cobardes — alardeó León.

—Esto no va a ser un tres contra a uno, va a ser un uno contra uno— sentenció Santino.

León se puso en guardia, provocando que Eric se carcajeara de su postura. Arqueando la ceja de la

cicatriz, de manera amenazante, comenzó a caminar en círculos alrededor de él. Lo medía, lo ponía nervioso intimidándolo con su altura y su corpulencia. León, tiró el primer golpe pero Eric, hábilmente lo esquivó, mientras continuaba rondándolo en círculos, como si fuese un depredador. Cansado de jugar al gato y al ratón, pasó al ataque. León no vio venir el primer golpe, de pleno en el pómulo, tirándolo al suelo haciéndolo escupir un par de dientes. Eric, lo puso de pie y tomándolo del cuello, lo estampó contra la pared elevándolo apenas, para que quedase a la altura de sus ojos.

—La próxima vez que te acerques a mí mujer, te mato, infeliz hijo de puta — amenazó, dándole con toda su fuerza en la boca del estómago, dejándolo sin aire, lo tiró al piso bruscamente.

Eric parecía un toro a punto de embestir, las fosas nasales dilatadas, inhalando y exhalando con fuerza, la mirada asesina puesta sobre su objetivo. Sinceramente, Santino, agradecía que fuera su amigo.

—Por favor...— suplicó León, con un hilo de voz, mientras intentaba recuperar el aire y escupía sangre.

Pietro miró a Eric y, con la mirada, le preguntó si podía continuar él. Con apenas un asentimiento, Eric le cedió la posta.

Pietro, esperó paciente a que León se recuperara un poco. Cuando vio que buscaba ponerse en pie, solícito lo ayudo a incorporarse.

—Por favor— volvió a suplicar.

—Por favor ¿qué? — Le preguntó con falsa amabilidad, Pietro.

—Ya no más— pidió, mientras se agarraba del abdomen.

— ¿Vos qué hacías, cuando mi hermana te pedía que la terminaras con tu acoso? — Replicó, con una calma espeluznante mientras lo agarraba de la remera y lo estampaba contra la pared.

—Se me fue de las manos— se justificó extendiendo, erróneamente, los brazos para empujar a Pietro; quién no solo no se movió, si no que le agarró el brazo derecho y se lo giró.

Con el brazo estirado y hacia atrás, León cayó de rodillas obligado por Pietro.

—¡La famiglia non si tocca, bastardo! —Exclamó, con los dientes apretados, antes de romperle el brazo. León gritó.

—Acercate una vez más, hacé algo en nuestra contra y desapareces del mundo, figlio di putana — le susurró, amenazante en el oído.

Pietro, levantó la cabeza y su mirada se encontró con la de Eric, que lo observaba todo, cruzado de brazos, las piernas ligeramente separadas con la ceja de la cicatriz elevada, aterradoramente imponente.

Ya de pie, Pietro, miró soberbio a León que yacía en el suelo, quejándose del dolor. Antes de marcharse, lo escupió.

León desde el suelo, los vio marcharse aterradoramente silenciosos.

En el circuito, ya con su traje ignífugo puesto, Roma se paseaba de un lado a otro, intentando concentrarse.

—Calmate, Loba — le exigió, Alan.

— ¿Vos sos joda? Me pedís que me calme y hace dos segundos, me pones al tanto de algo, que se supone que no tengo que saber—le recriminó entre dientes.

—Solo te dije que identifiqué dos y hay una redada, pidiéndote que apenas termines te vayas echando putas de acá — dijo en un susurro, acercándose a ella dando a entender que era una pelea de enamorados.

— ¿No podías limitarte a pedirme que me vaya cagando, verdad?

—Te conozco bien y sé, que no acatas nada sin una explicación que te convenza— se justificó, mientras la tomaba por la cintura y la pegaba a él. Se miraron a los ojos y Alan interpretó que podía besarla. Siguiendo el impulso, fue acercando su rostro lentamente. Roma le pegó una cachetada, que le dio vuelta la cara.

— ¿Por qué me pegaste? — Increpó, mientras se sobaba la mejilla.

—Parte del acting — se justificó, mientras se encogía de hombros, alejándose apenas de Alan.

—Se supone, que tenemos que hacer de cuenta que estamos juntos— le recriminó.

— ¡Putra madre! —Exclamó, chasqueando la lengua. — Yo salté a la parte donde te veía con tu amante y me decías que todo era producto de mi imaginación... Perdón — dijo con sarcasmo.

— ¡Ya está chequeada la moto, Loba! — le gritó Marcus, interrumpiendo el duelo de miradas. Roma, lo miró con rabia una última vez y se giro, rumbeando hacia donde se encontraba Marcus con la moto.

Antes de subirse, la controló por sí misma, no porque no confiara en las capacidades mecánicas de Marcus, sólo necesitaba sentirse segura.

Como mandaba la cábala, se abrazó con su amiga y se dejó hacer la señal de la cruz en la frente.

—Hacelos morder el polvo— le exigió, Ángela. Roma, asintiendo, le guiño un ojo y se montó a su Yamaha.

Le dio optimismo encontrarse en la quinta fila en quinta posición, se embebió en la seguridad que le daba su número y se preparó para la largada.

Siempre el vértigo le brindaba la dosis justa de adrenalina y capacidad para maniobrar, disfrutaba la velocidad y arriesgarse en cada curva. Animándose a realizar combinaciones arriesgadas de zigzagueos, logró posicionarse primera en la segunda vuelta.

Alan dejó su ubicación al lado de la pista y, sacando el teléfono celular que le había dado la policía, le hizo la llamada a Ángel.

— ¿Localizaste el objetivo? — Le preguntó Ángel.

—Sí.

— ¿Confirmas que Román Acevedo, se encuentra ahí?

—Sí.

— ¿Confirmas que Samuel, “El Mono”, Guerra se encuentra ahí?

—Sí.

—Diez minutos para el despliegue — informó, Ángel.

Roma continuaba liderando la carrera y era la favorita de los apostadores, no era ni de cerca una carrera con nivel, le había resultado demasiado fácil dejar a los competidores atrás. Tampoco había visto a Augusto entre los corredores. Intentó alejar los malos pensamientos, refugiándose en el número cinco.

<<Una vuelta más>>, pensó, volviéndose a concentrar para agarrar la curva, cambiando ágilmente las marchas hasta ponerla en cuarta y comenzando a recostarse sobre el costado izquierdo.

Enderezándose otra vez, comenzó a subir las velocidades, volviendo a la potencia de una recta, poniendo sexta velocidad, llegando a los 340 km/h el tope que daba la moto, se galardonó, una vez más, ganadora.

Sin hacer demasiado circo cuando cruzó la meta, se deshizo de las felicitaciones y, frenética comenzó a buscar a Ángela.

—Ahora, Loba— le ordenó Alan, cuando comenzaron a escucharse las sirenas de la policía cerca.

—La Princesa — dijo, al borde de la desesperación.

—Te espera en el carruaje— informó. Roma asintió y corriendo a toda velocidad, se dirigió hacia donde habían estacionado.

A lo lejos escuchaba se el caos, corría a campo traviesa obligándose a no mirar atrás, rezando para encontrar rápido el auto.

<<¿Quién mierda me manda a decirle que deje el auto tres kilómetros alejados?>>, se cuestionaba, empezando a sentir los efectos de la falta de ejercicios físicos. Corría como si no hubiese un mañana pensando que, por suerte, no iba en camión como en las películas de terror. Riendo histérica, se le deslizo el pensamiento que se tropezaba y caía, otro cliché de ese tipo de películas. << *Concentrate, mierda, ya estas cerca* >>, se regañó.

Poniendo toda la potencia, de la que se sentía capaz, aceleró cuando visualizó el auto.

Ángela estaba nerviosa, rasqueteándose el esmalte de las uñas con los dientes, cuando Roma se estampó contra la ventanilla del acompañante; soltando un alarido, digno de una película de terror.

— ¡Pelotuda, me vas a matar de un puto infarto! — Le gritó, mientras le abría la puerta. El corazón se le iba a salir, lo podía sentir intentando quebrarle las costillas, con la fuerza que latía.

— ¡Arranca! — le ordenó, casi sin aire, buscando el cinturón de seguridad.

Sin perder tiempo, Ángela, encendió el auto y, como Roma había perfeccionado su estilo de conducción, lograron escapar airosas.

Cuando se incorporaron al tráfico de la ciudad, Roma se cruzó al asiento de atrás, para cambiarse el atuendo.

—Por suerte, las ventanillas son polarizadas — comentó Ángela, al ver que cambiaba el corpiño deportivo, por uno negro de encaje.

—Linda vista para los otros autos — susurró moviéndole los hombros, provocando que sus pechos también se moviesen.

—Me supongo que estás depilada...

—Completa ¿quieres ver? — Le preguntó, haciendo el amague de mostrarle sus partes.

—No, no es necesario... confío en tu criterio.

—Mejor así — murmuró, mientras hacia el esfuerzo de buscar una cómoda posición, para ponerse el vestido negro.

—Necesito saber qué mierda pasa — le exigió Ángela, mirándola por el espejo retrovisor.

Comprendiendo que no iba a poder cargar con el peso de todo, Roma, procedió a contarle todo lo que sabía.

—Ahh, no da más de hijo de puta—comentó, cuando Roma terminó su relato.

—Le dije lo mismo...— murmuró, cruzándose al asiento delantero. Bajando el para sol, comenzó a maquillarse.

— ¿Nerviosa? — Le preguntó Ángela, al sentir el décimo suspiro consecutivo de su amiga.

— ¿Y si no me abre?

Ése era su mayor miedo, quedarse parada en la puerta y que él se negase a abrirla.

—Te va abrir — le aseguró Ángela, mientras tomaba su mano y se la apretaba ligeramente.

— ¿Me podrías esperar, por las dudas?

—Definitivamente, sos idiota — le dijo, mientras le pegaba suave en el brazo.

— ¡Ángela, hablo en serio! — La reprendió.

—Yo también, idiota. Por supuesto que te voy a esperar, no hace falta que me lo pidas — aseveró.

Ángela se estacionó frente a la casa de Eric, ubicada en un barrio de clase media, más cercano a la clase alta, alejado de la urbanización, con las calles iluminadas y ni un rastro de personas a la vista. << ¿Quién puede estar en la calle si es casi media noche? >>, pensó Ángela.

Abrazando a su amiga una última vez, a modo de despedida, Roma se obligo a bajar del auto. Ángela, estacionó más adelante y apagando las luces del auto, cruzó los dedos para que él le abra la puerta.

Caminando, con un enjambre de avispas en el estómago, llegó hasta la puerta de entrada, tocó timbre y esperó, suplicando a todo ente cósmico que pudiera leerle el pensamiento.

Eric estaba escuchando Pink Floyd, mientras investigaba en una página de medicina, nuevos avances en las craneotomías, es decir, en las cirugías de cerebro.

—Por favor, que no sea una emergencia — le masculló a Saeta, cuando sonó el timbre.

Se quedó de piedra cuando la vio, a través de la mirilla, de pie esperando a ser atendida, con el vestido negro y una mochila a sus pies. La frustración, la ira y toda esa energía violenta que había logrado apaciguar enfocándose en su trabajo, reaparecieron al verla, como siempre, llevándole la contraria.

— ¿Qué haces acá? — inquirió de mal modo, cuando abrió abruptamente la puerta.

Roma se quedó estupefacta ante la masculinidad que emanaba Eric, vestido con un jean celeste, una camisa azul por fuera y los primeros cuatro botones desabrochados, iba descalzo. Jamás en sus veinticuatro años de vida, pensó que la visión de un hombre descalzo la iba hacer babear.

—Te dije que iba a venir en cuanto pudiera — afirmó, después de una profunda respiración.

—Te dije, fuerte y claro, que no vinieras — le recordó, mientras se cruzaba de brazos.

—Te pido perdón, por trastocar los horarios a último momento.

—Agradezco la cortesía de no hacerme cocinar — ironizó.

— ¿Estabas cocinando? — Preguntó incrédula.

—Pensaba hacerlo...

—Perdón.

—Te dije que ya fue, volvé con Ángela...

—Pero ya esta mejor, por eso estoy acá.

—No me importa, te deje en claro que este momento ya había pasado.

— ¡Ya te pedí disculpas, Eric! ¡¿Qué más querés?! ¡Alcanzame un látigo, así me flagelo la espalda hasta quedar en carne viva, si con eso es posible que aflojes un poco, insensible de mierda! — Le gritó, cansada y exasperada.

Ella no se iba a rebajar más, bastante orgullo tenía para saber hasta qué punto arrastrarse. Tomando su mochila del suelo, se irguió y lo enfrentó otra vez.

— ¡Andate a la mierda! — Volvió a gritarle más fuerte Roma, al ver que él esbozaba una sonrisa cargada de sarcasmo, descargando toda su frustración. Dando media vuelta, empezó a desandar el camino de entrada en dirección a donde estaba Ángela estacionada.

Cuando estaba por dar el quinto paso, Eric la frenó tomándola del brazo, la obligó a girarse.

— ¿A dónde vas? — Siseó furioso y, con la mano libre, la tomó de la nuca y le devoró los labios.

Por amor propio, Roma se resistió unos segundos, incluso hasta forcejeó, solamente para no parecer encantada de la vida con esa reacción de él. Contando mentalmente hasta su número favorito, se rindió al beso.

Al ver que ella claudicaba, sin dejar de besarla, la alzó por la cintura y la metió en su casa. Por suerte, conocía cada rincón de memoria así que pegando un manotazo, cerró la puerta y la guió hasta el living. Sin interrumpir el beso, la depositó en el suelo, mientras que con sus manos recorría cada centímetro del vestido, en búsqueda de las costuras laterales. Cuando las localizó, tironeó hasta que el vestido se desgarró.

— ¡Me rompiste el vestido! — Le reprochó, empujándolo para poder fulminarlo con la mirada. Era la segunda vez que se lo ponía y le había salido carísimo, sin mencionar el detalle que ahora estaba fascinada de cómo le quedaba.

—Desde que te lo vi puesto por primera vez, quise hacerlo.

— ¡No podes ser tan troglodita!— Lo reprendió, aunque en realidad la había excitado demasiado. Eric, se encogió de hombros y la miró travieso, mientras terminaba de desgarrar la tela, dejándole el vestido hecho girones.

Con el corpiño de encaje y la tanga haciendo juego, Roma era una de las visiones mas hermosas que alguna vez contempló.

—Ahora es mí turno— susurró ella, mientras se acercaba y desprendía su camisa de un solo tirón, haciendo volar botones por toda la sala, dejando su hercúleo torso desnudo, y los pantalones de cinturilla baja, que exponían esa famosa “V”.

Se recorrieron de pies a cabeza, embebiéndose con la visión del otro, hasta que sus ojos se encontraron y como leyéndose el pensamiento, Roma brincó y él la atrapó entre sus brazos, mientras ella le envolvía la

cintura con las piernas, fundiéndose en un beso.

Con los ojos cerrados, Eric, la llevo hasta su habitación. La depositó en la cama y se terminó de desvestir, bajo la atenta mirada de ella.

Maravillada, seguía cada uno de sus movimientos, recorriendo cada centímetro de la piel de su piel.

Quedándose solo con el bóxer, de color negro, le extendió la mano.

Ella se puso de pie y sus ojos se encontraron, brillando de excitación, sus pupilas se distinguían gracias a la luz de la luna que entraba por la ventana.

—Sos perfecta —murmuró, él, mientras trazaba suaves caricias con el pulgar en su mejilla, provocando que ella se estremeciera.

—No mientas, no es mi primera vez — lo regañó.

— ¿Alguna vez hiciste el amor o siempre fuiste sexo?

La pregunta la hizo abrir los ojos, y luego comenzó hacer memoria; llegando a la conclusión que, para ella, siempre fue sexo.

—Sexo — admitió, levemente sonrojada.

—Yo te voy a enseñar la diferencia — juró solemne.

Sellando la promesa con un beso, que la hizo temblar, la tomó de las piernas y volvió a recostarla sobre la cama. Abandonó sus labios y empezó a besarle el cuello. Deslizándose hasta sus pechos, los contempló como si fuese la primera vez que acariciaba uno. Con ternura y dedicación, los besó, lamió y mordisqueó por encima del encaje, provocándole espasmos de placer.

Jamás había sentido placer cuando le tocaban o besaban los pechos.

Con una habilidad, que hablaba de su vasta experiencia, le desabrochó el corpiño, dejándolos magníficamente libres.

Se deleitó lamiendo y rozándolos con los dientes, mientras ella gemía y se retorció, ofreciéndoselos. Con su lengua comenzó a recorrer su caja torácica hasta el ombligo, mordisqueando la tierna carne del abdomen. Le sacó la tanga y le separó las piernas.

<< *¡Qué suerte que me depile entera!*>>, pensó al sentirlo recorrer su monte de Venus con la nariz.

Con rápidas y lentas estocadas de la lengua, Eric jugó con su clítoris, alejándose apenas para soplarle suavemente, penetrándola con los dedos, rozando su punto “G”.

Las sensaciones que le producía Eric, la transportaban a un lugar desconocido, mágico y con más vértigo que en cualquier pista de carreras. Eric empezó a chuparla y lamerla con más fuerzas, mientras sus dedos hurgaban en su interior, presionando en un lugar que, hasta el momento, le era un imaginario. Su vientre se tensó, sus paredes internas se contrajeron y entonces sucedió. Algo estalló dentro de ella, haciéndola gritar de placer, explotando de una manera violenta, bajo la atenta mirada de Eric que sonreía satisfecho.

— ¡Por el Olimpo, bendito! — Logró articular, aún víctima de los espasmos de placer.

Relamiéndose, Eric se recostó al lado de ella, y colocándose de costado, con una mano sosteniendo su cabeza y con la otra acariciando delicadamente su mejilla, la contempló con adoración.

—Todavía seguís vestido — susurró ella, antes de besar la palma de su mano. Con una sonrisa pícaro, Eric, se puso boca arriba, y cruzando los brazos detrás de su cabeza, le dio acceso libre a su cuerpo.

Como una niña pequeña, frente a muchos estantes de golosinas, Roma deleitó su vista con el esculpido cuerpo de él. Besó y mordisqueó sus pectorales, provocando que él gruñera un poco.

Emocionada y motivada, continuó deslizándose hacia abajo, lamiendo sus abdominales. Cuando llegó al borde del bóxer, empezó a tironear para bajárselo, elevando las caderas, Eric le ayudó. Cuando el pene de Eric, se irguió en completa libertad, Roma quedó estupefacta. << ¡Me fascinan estos clichés! >>, meditó, haciendo referencia a las novelas eróticas que leía, contemplando el tamaño del pene.

—Eso no va a entrar en mí —murmuró irónica, incapaz de contenerse a deslizar la virginal frase de los libros.

— ¿Qué?

—Decía que es maravilloso — mintió, con una enorme sonrisa. Eric, hizo una elevación jactanciosa con la ceja, que la hizo sonreír más.

Se recostó entre las piernas de él y comenzó a lamer el glande, desde la base hasta la punta, trazando círculos con la lengua, masajeando los testículos, provocando unas satisfactorias y masculinas exhalaciones. Como pudo, metió gran parte del glande en su boca, chupando y lamiendo; subiendo y bajando. Eric gruñía, y cada gruñido le hacía palpar su clítoris, obligándola a intensificar el ritmo, clavándole sus pupilas negras en sus ojos verdes.

Incapaz de controlarse por más tiempo, él se incorporó y tomándola de los brazos la sentó sobre su abdomen. Manoteó de la mesa de luz un preservativo, desgarró el envoltorio y se lo colocó, sin dejar de mirarla. Cuando terminó de colocárselo, la guió hasta su pelvis. Ella tomó el falo, como una reina que toma el cetro de poder, y lo guió hasta la entrada de su cuerpo, llenándose al completo con la inmensidad de él. Cuando sintió que se había adaptado a su tamaño, comenzó a cabalgarlo.

Gritos de placer inundaron la habitación, volviendo al primitivo lenguaje, ambos se entendían y se declaraban aquel infinito sentimiento, que era incapaz de ser definido por alguna lengua contemporánea.

Empezando a remontar la nube del clímax, Roma se proclamó una diosa, marcando el ritmo y la velocidad, mientras Eric, se consagraba fiel devoto a los movimientos de sus caderas. La reverenció, con cada caricia, con cada embestida, hizo odas en su honor con cada gruñido que producía, rindiendo pleitesía cuando ella explotó nuevamente en un orgasmo.

Casi sin fuerzas, se dejó caer sobre su pecho. Eric, la acomodó boca abajo, y comenzó a lamer desde el fin de su espalda, hasta su cuello, para nuevamente, raspar con su mandíbula el mismo camino, provocando que ella se arqueara de placer. Se recostó sobre ella y volvió a buscar la entrada a su paraíso.

Entró en ella una vez más y comenzó a embestirla, lentamente, respirando en su oído, mordisqueando su lóbulo.

—Una vez más, mi amor —le susurró autoritario, incrementando el ritmo.

—No tengo fuerzas — replicó ella. Los dos orgasmos que él le había provocado, habían sido tan intensos que la dejaron incapacitada para dominar su cuerpo.

—Sentí, Roma... Entregate a mí — le pidió, mientras deslizaba la mano por su cuerpo, llegando a su clítoris y comenzando a estimularlo.

Ella se dejó ir, cediendo ante las caricias que Eric le prodigaba. Era como si él, supiera la manera exacta que a ella le gustaba ser tocada. Sin poner más resistencia, le cedió su cuerpo.

Cuando notó que ella se rendía, otorgándole el control absoluto, la giró.

—Mirame — le pidió. — ¡Mirame! — le volvió a exigir con un gruñido, cuando ella negó con la cabeza. Ante la autoridad de la exigencia, Roma, abrió los ojos con pesadez, siendo atrapada por la intensidad de

la mirada de él. Jamás en su vida, la habían mirado de esa forma; nunca pensó que alguien pudiera ser capaz de leerle el alma como él. Lo sintió, comprendió el momento exacto en el que le entregaba su corazón. Entendió que el vacío que había sentido en su vida, esa falta inexplicable de algo, que había intentado llenar con relaciones esporádicas, intentaban rellenar el lugar de Eric. Él la llenaba de luz, lo vio en sus ojos.

Eric, con pericia la volvió a introducir en ese espiral de sensaciones previas al clímax.

—Más profundo — pidió ella, mientras abría sus piernas a ciento ochenta grados. Sonriendo y sin dejar de mirarla, Eric se incorporó apenas, tomándola de las piernas profundizó más las embestidas.

— ¡Sí, sí, así! — exclamó, entrando una vez más en trance.

Sabiendo que ésta era el momento para dejarse ir, Eric se recostó apenas sobre ella.

—Rodéame la cadera con las piernas— le dijo entre gruñidos.

Roma obedeciendo, se aferró a él. Eric la envolvió entre sus brazos y ella rodeó su cuello con los suyos; sus bocas se unieron en un beso profundo e intenso. Eric aceleró cada vez más el ritmo, sus miradas estaban encadenadas, sus cuerpos estaban unidos de todas las formas imaginables, sus almas comenzaron a enlazarse una vez más.

— ¡Eric, por favor no pares!

La súplica lo hizo temblar, negando con la cabeza aceleró las embestidas, catapultándolos al nirvana.

Roma clamó su nombre y estalló nuevamente en un orgasmo demoledor.

Con un masculino bramido, Eric vació su simiente entre temblores de placer, apretando a Roma contra su cuerpo.

Se dejó caer sobre ella, hundiendo la cabeza en su cuello, insuflándose los pulmones con su aroma. Cuando elevó la cabeza, la contempló. Ella tenía los ojos entreabiertos, brillosos, perdidos en algún punto y la sonrisa más hermosa que le había visto hasta el momento, le fue imposible no sonreír también.

— ¡No, no salgas todavía! — le pidió, ajustando con más fuerza las piernas alrededor de él.

—Tengo que — respondió, riendo.

Tuvo que hacerle cosquillas para que aflojara las piernas, entre risas, salió de ella y se sacó el preservativo, tirándolo en el cesto de basura que había debajo de la mesa de luz.

—Ohh me gustaba tenerte encima mío — se quejó cuando él, se acomodó boca arriba, al lado de ella.

Estirando un brazo sobre la almohada, Eric, la invitó a acurrucarse.

Roma se quedó en shock unos instantes, presa de las costumbres por poco no se levantaba y se cambiaba, para marcharse. Entonces un chillido de Saeta, la trajo nuevamente a la realidad e hizo algo que jamás había hecho, se abrazó a él. Utilizó su pecho como almohada, cruzando su brazo por su abdomen, entrelazó su pierna con las de él. Satisfecho, Eric, la abrazó.

—Es la primera vez que me acurruco— murmuró.

—Lo sé— afirmo sonriendo, mientras le depositaba un beso en la cabeza. Roma le besó en el pectoral y suspiró, relajada.

— ¿Por qué sos autodestructiva? — Preguntó, tras unos instantes de silencio.

— ¿No se supone que a los hombres no les gusta hablar después del sexo? — Replicó, apretándose más a él.

—Esto no fue solo sexo y si pregunto, es porque me interesas.

— ¿Lo tenemos que hablar ahora?

— ¿Cuándo es oportuno?

Roma sabía que él tenía razón, jamás se encontraba un momento exacto y preciso para tocar esos temas. A decir verdad, si lo pensaba bien, tal vez era momento de comenzar a iluminar un poquito su oscuridad.

—Siempre quise un amor como el de mis padres — comenzó, tras un pequeño suspiro. — Pero siempre me sentí incapaz de sentir nada más profundo que un cariño fraterno, por alguien externo a mi círculo. Me considero una enamorada de la idea del amor, pero no puedo amar a alguien.

**A los quince, me enamoré de la idea de Estéfano, el hermano de Ángela. Sabiendo que jamás me iba a corresponder, hice castillos en el aire y, cuando la realidad me bajó de la tierra de la fantasía, sufrí. Dos años después, me puse de novia con el típico rebelde, enamorada de la idea que representaba, me entregué a él. Hasta que empecé a sentir que algo le faltaba y no lo dejaba para no estar sola. Prostituí mi esencia para complacerlo, dejé de ser yo misma, para que no me dejara. Pero su naturaleza era destruir y me engañó. Lo peor de todo es que yo me cargué con la culpa. Y así con todas las relaciones que tuve, siempre destinadas al fracaso, manteniéndolas para obligarme a sentir algo, llenar ese vacío y terminar siempre peor que cuando inicié.

** Otro aspecto, me flagelo constantemente con el sentimiento de culpa. La ansiedad que siento cuando todo va bien me lleva al descontrol, comenzando a imaginar cosas donde no las hay, es una especie de necesidad de dañarme. Para finalmente, poder decir “todo me sale mal” y regodearme en ese sentimiento — finalizó aturdida. La confesión, la tomó por sorpresa, había expuesto más de lo que alguna vez dijo en su vida.

— ¿Sentís eso conmigo? — Se atrevió a preguntar Eric, temiendo la respuesta.

—No, Eric, y eso es lo que más miedo me da— murmuró, mientras se dejaba caer en los brazos de Morfeo.

Satisfecho con la respuesta, Eric la acompañó.

Capítulo 12

La luz del sol besó sus párpados atrayéndola al mundo de los humanos, lejos del universo onírico. Se sentía muy cómoda, a pesar de que la almohada era un poco dura y que desprendía un aroma al que no estaba acostumbrada. No, no era el suavizante frutal que siempre utilizaba su madre. Este era un aroma fresco a bergamota, azahar y mandarina verde. Cuando se concentraba más en la esencia, llegando a su corazón, algunas notas florales de jazmín y heliantemo se difuminaban con los acordes marinos, el romero y una nota afrutada de caqui; descansando sobre una base cálida de pachulí, ámbar, almizcle y notas leñosas. El perfume de Eric, virilidad en estado puro. <<Armani>>, evocó, mientras se abrazaba un poco más a él. Abrió lentamente el ojo izquierdo y el rayo del Astro Rey, quemó su pupila. Volviéndolo a cerrar con fuerza, emitió una pequeña queja. Se removió apenas y se incorporó, abriendo apenas sus ojos, se encontró con la sonrisa de él.

— Buenos días, dormilona — la saludó. Su voz gutural, le provocó un hormigueo en todo el cuerpo.

Roma gruñó como respuesta, todavía no tenía su taza de café en sistema y, además, él lucía increíble hasta con lagañas. Intentó no torturarse mentalmente con su aspecto, pero le fue imposible cuando sintió la humedad en la comisura de su boca. Con una mueca de espanto, se secó la baba mientras abría los ojos desmesuradamente en dirección hacia el pecho de él. La confirmación de por qué no dormía con nadie, jamás, se hizo presente ante sus ojos en el pectoral de él, con un pequeño charco de baba. Avergonzada, se tiró boca arriba y se tapó hasta la cabeza con las sábanas, que en algún momento de la noche él debió acomodar.

— ¿Roma? — la llamó extrañado con su comportamiento, incorporándose de costado, se apoyó sobre el codo.

—No estoy —respondió avergonzada.

—Roma... —Insistió una vez más, mientras tiraba las sábanas de su cabeza.

—Me fui — dijo, mientras tiraba las sábanas hacia arriba.

— ¿A dónde te fuiste? — Preguntó siguiéndole el juego, mientras sonreía.

— No sé...

El comportamiento infantil, le sacó una carcajada desde lo más profundo de su pecho. A lo largo de su vida había despertado con muchas mujeres, pero jamás ninguna le había provocado tanta dulzura a primera hora del día.

—Es costumbre darse el beso de los buenos días — dijo él, con mucha paciencia y ternura.

— ¿No te alcanza con toda la baba que te dejé? — Preguntó molesta, deslizando las sábanas hasta debajo de su nariz. Cuando él volvió a reír, Roma volvió a esconderse debajo de las sábanas, emitiendo un penoso quejido.

Eric, conoedor de sus cosquillas, no soportando más la tentación, se arrodilló y comenzó a torturarle todo el cuerpo provocando que ella comenzara a retorcerse para salir de su alcance, pataleando y chillando. En vano suplicaba que se detuviera, Eric no cejó su empeño hasta que las malditas sábanas quedaron hechas un nudo a los pies de la cama. Maravillado, se embebió con el espectáculo de su cuerpo desnudo y bañado por la luz del sol. El color caramelo de su piel, se cortaba de manera abrupta

en las marcas del bikini, dejando esa ínfima porción de piel, blanca nívea. Se quedó prendado del tatuaje en su cadera, intentando recordar si alguna vez, había visto un conjunto más hermoso que el cuerpo de ella vestido con nada más que su piel. Sin poder evitarlo, su erección matutina, se hizo notar con más énfasis a cada centímetro de piel que su mirada recorría. Se recostó encima de ella, sujetándole las manos por encima de su cabeza.

— No, Eric — se negó, corriendo la cara hacia un costado, cuando él buscó su boca.

— ¿Por qué? — Indagó, mientras comenzaba a besar su cuello.

— Por el aliento a oso muerto que cargamos — articuló con dificultad.

— Mirame — le pidió. — A los ojos, Roma — aclaró, cuando se dio cuenta de que la mirada de ella se clavaba en su pecho, donde todavía se encontraba algo de saliva.

Roma, se perdió en el salvajismo verde de las pupilas de él y encadenándose al resto de sus sentidos, disfrutó del contacto de la piel de él con la suya, sintiendo el calor de la humedad entre sus piernas.

Negro desafiando al verde en un duelo de miradas, que él no estaba dispuesto a perder; sin pedir permiso la besó. Una caricia de labios primero, la punta de su lengua después, recorriendo el arco de Cupido del labio superior de ella. Friccionando apenas su ingle en el pubis de ella, consiguió que abriese la boca y la devoró.

Roma, no solo le devolvió el beso con el mismo entusiasmo, sino que, como acto reflejo, abrió sus piernas para que él se acomodara entre ellas.

— ¿Y ahora, qué pensás del aliento matutino? — Gruñó entrando en ella, sintiendo la cálida bienvenida de la tierna carne, abrazar la suya. <<Perfección>>, pensó nuevamente, al sentirla sin restricción alguna.

— ¿Qué aliento? — Replicó, carente de cualquier parámetro de la realidad.

— ¡Dios! — Exclamó, incapaz de frenar el impulso de incrementar el ritmo.

Roma sentía que estaba en un universo paralelo, jamás se había sentido tan llena y completa, tan libre.

— No tomo nada — alcanzó a informarle, en algún resquicio de luz mental. Ese ínfimo segundo de lucidez que te llevan hacer las cosas bien o mal y, como la gran mayoría de sus impulsos, le dio luz verde. Dejando en manos del destino su suerte.

La sinceridad y la confianza que ella le depositaba en el manejo de la situación, fue un aliciente en él. Le soltó las manos, la abrazó por la cintura y se puso de rodillas, sin soltarla. La guió en la nueva postura y le marcó la intensidad, hasta que ella tomó el mando. Eric le acariciaba la espalda, le apretaba los glúteos. Roma, respondía a cada estímulo, agarrándole el pelo o hincándole los dientes en el hombro. La constante fricción de sus cuerpos en sincronía absoluta con las embestidas de él, la elevaron al espiral de sensaciones del éxtasis. La cintura de ella se movía en un ritmo y una cadencia propia, independiente de lo que su cerebro podía llegar a coordinar, llevándolos a ambos a una vorágine más intensa. Aferrándose a su cuello, arqueando su espalda, incrementó su velocidad hasta explotar en un intenso orgasmo. Cuando la tensión del cuerpo desapareció, Roma sin fuerzas, se dejó caer a los brazos de él.

Eric, sostuvo apenas su cuerpo y lo acomodó en la cama, sin salir de ella. Comenzó a embestirla en busca de su propia liberación, con un gutural sonido, retiró el miembro del interior de ella, derramando la simiente en su pubis liso.

Roma se quedó pasmada ante cada gesto de él, grabándose a fuego incluso los sonidos que los acompañaban. Meditó que, un despertar de ese calibre a su lado, equivalían a veinte tazas de café seguidas.

—Buen día, dormilona — saludó, nuevamente, mientras acariciaba su nariz con la suya y sonreía.

— ¡Buenos días, su majestad! —Exclamó, feliz, besando sus labios.

—Ahora sí, vamos a bañarnos — ordenó, mientras la alzaba.

—Pero rápido, que tengo hambre — le pidió, su estómago acompañó la súplica con un rugido, provocando que ambos rieran.

<<*Otra primera vez*>>, pensó, al ser consciente de que era la primera vez que la llevaban en brazos, al estilo nupcial, a una ducha.

Mientras Eric preparaba el desayuno, Roma se dedicaba a recorrer la casa, ataviada con una remera de él, que le quedaba como vestido, y el pelo envuelto en el toallón.

Se quedó maravillada con cada estancia de la casa de una planta de Eric. La puerta de entrada daba acceso a una antesala que conectaba al living de pisos en parquet, paredes en una tonalidad gris muy claras, el techo blanco y un sillón, color crema, en forma de “L” enorme. Una mesa ratona de madera, se apoyaba sobre una alfombra de piel sintética gris topo. Frente al enorme sillón, había una televisión gigante. Era una sala enorme, con ventanales altísimos que daban una vista al jardín interno, inmenso, brindándole una luminosidad increíble. En las paredes había muchos portarretratos con fotos de Eric y su familia. Una en particular le llamó la atención; se trataba de él jugando con dos niños que, supuso, eran los sobrinos. Una foto espontánea, que capturaba la esencia de Eric. Por medio de las fotos, conoció al primogénito de los Carson, con la misma complexión de Eric, pero los rasgos faciales mucho más suaves. Las cejas con el arco no tan en forma de pico, la forma abrupta que cortaba la frente de Eric en su ceño, en su hermano estaban más delicadas.

Saliendo del living, tomó dirección hacia la derecha en el pasillo y volvió a la habitación principal. Una cama matrimonial tamaño King size, con el respaldo alto y rectangular, en color blanco, al igual que el somier. Las paredes en un azul Francia, con las juntas hechas en molduras, revestidas con pátina metalizada y luces dicroicas en el techo, dando la vuelta al perímetro. El suelo alfombrado en blanco y las mesas de luz en madera, pintadas de blanco. Una de las paredes laterales, era un ventanal que daba al jardín que, por supuesto, le daba luminosidad a la enorme estancia.

Frente a la habitación principal, estaba el baño, con los azulejos en la gama de los azules y negro, una ducha con mampara de vidrio y un hidromasaje. La grifería y los accesorios en color acero; inodoro, bidé y lavamanos en blanco, todo de diseño muy elegante.

Del camino recorrido se enamoró de la cocina, absolutamente blanca y luminosa. Un desayunador en mármol negro, con sus banquetas altas en acero con el asiento de cuerina blanca, la cocina en gris al igual que la heladera y la enorme mesada haciendo juego con el desayunador. Una puertaventana, daba acceso a la extensión verde del jardín y a la pileta.

Eric, mientras sacaba el pan de la tostadora, la observaba caminar hacia el exterior, liberar su cabello de ese típico turbante que las mujeres se hacían con un toallón y extender sus brazos, de cara al sol, en una especie de saludo. La remera que le había prestado, apenas se le había subido a mitad de muslo, haciendo de ella una de las visiones más magníficas que la vida le regalaba. A paso tranquilo, después de colgar el toallón en el ténder, la vio aproximarse y se dijo que era lo que quería para el resto de su vida.

— ¿Cuántas de azúcar? — Le preguntó él, mientras sacaba la taza de la cafetera Nespresso doble.

—Tres, por favor — respondió; mientras se subía, con algo de dificultad, a una de las banquetas.

<<Alto, tenía que ser>>, meditó, al terminar de acomodarse. Él, preparando el desayuno con un pantalón deportivo y nada más, le alteraba el ritmo cardíaco.

—Tres para vos, dos para mi...—comentó sonriendo, mientras le entregaba la taza.

—Cinco— murmuró sonriendo. —Mi número preferido—agregó al darse cuenta de que él la había escuchado, pero no había entendido a qué se refería.

—¿Qué otras cosas abstractas tenés como predilectas? —Indagó, mientras se encaminaba hacia el reproductor de música, ubicado en el living y lo encendía. Con la canción “Contigo” de Sabina, acompañándolo hasta la cocina, Eric se sentó al lado de ella.

—Me preparas un café sublime, haces las tostadas y no mencionemos el temita cama... ¿usted me quiere enamorar, Doctor? — Inquirió sonriendo.

Eric, acercó su rostro al de ella y con delicadeza la tomó de las mejillas. Sobre sus labios y mirándola a los ojos, susurró:

—Lo que yo quiero, muchacha de ojos tristes, es que mueras por mí.

Y la besó, acariciando sus labios dulcemente.

El verso de Sabina, murmurado sobre sus labios y el beso final, la elevaron al punto más alto del infinito.

Entre risas, mientras desayunaban, Roma le confesó sobre su pequeña colección de palabras atesoradas con su definición en una libretita que llevaba siempre con ella. Cuando él le pidió que se las mostrara, se negó rotundamente, porque ahí también tenía poemas hechos por ella, versos de otros autores, bitácoras de sueños y algunos pensamientos; era demasiado íntimo y no estaba lista para exponerse de esa forma. Para su sorpresa, Eric la comprendió y cambió el tópico de la conversación. Sin dudas, ésa era una de las cualidades que más le gustaban de él; no la presionaba ni la asfixiaba, le daba la libertad de ser ella la que se entregue. Eric no exigía, esperaba.

Estaban poniendo orden en la cocina, una vez que terminaron de desayunar, cuando el teléfono fijo sonó.

—Viejo...— dijo, a modo de saludo cuando respondió la llamada, reconociendo en el identificador de teléfono el número de la casa de sus padres.

—Reunión familiar, urgente—anunció Tristán, sin preámbulos.

—Salgo para allá —suspiró, mientras la observaba a Roma, que lo miraba preocupada.

— ¿Todo bien? —Indagó, cuando él cortó la breve comunicación telefónica.

—Mi papá, llamó a reunión familiar urgente...

—Me voy en taxi — sugirió, encogiéndose de hombros, ocultando a duras penas la desilusión de no pasar todo el día con él.

—Quisiera que me acompañes—le pidió, sabiendo que era muy posible que ella no quisiera ir.

— ¿Crees que unos pescadores blancos, una musculosa amarilla y unas chatitas son indicados para ir a visitar a tu familia?

—Perfecta—Respondió, sonriendo.

A decir verdad ella no pensaba ir pero, tras unos segundos de lucha interna, optó por acompañarlo. Era tanto lo que él había hecho por ella, sin esperar nada y sin ser consciente, que ceder un poco de sí misma en ese sentido mal no iba hacerle. Además, ya conocía a los padres y a la hermana.

Agradecía haber puesto una muda de ropa interior, acorde, con la ropa que había guardado para el día. Se desenredó el pelo, se perfumó, puso un poco de rímel a sus pestañas y le revolvió el mueble del baño en

busca de un cepillo de dientes extra. Detrás de un pulcro botiquín de primeros auxilios, repleto con todo lo necesario, incluso hasta para una intervención quirúrgica de emergencia, encontró el cepillo de dientes extra.

—Te saqué el cepillo de dientes que tenías guardado—le informó, cuando él entró al baño a cepillarse los dientes. Por una fracción de segundos, temió que a él le molestara que esculcara sus cosas. Sin decir nada y pasando por detrás de ella, se agachó a depositarle un tierno beso en la mejilla.

—Excelente, por un momento pensé que ibas a usar el mío—dijo sonriendo, satisfecho de que ella se sintiera cómoda y con confianza en su casa.

—Eso es asqueroso— replicó, con una mueca de asco, aliviada de que a él no le importara. Eric le sonrió, como un niño en juguetería, antes de proceder a cepillarse los dientes. Roma se quedó prendada de los movimientos de él, no por el hecho de que lo hiciera de una forma diferente al resto de los mortales, pero hasta en ese sencillo acto, él, emanaba virilidad.

Eric le hizo un gesto, dando a entender la tácita pregunta de si estaba todo en orden; sonrojada, asintió y se marchó a la habitación a poner un poco de orden, tenía la imperiosa necesidad de ocuparse en algo.

— ¿Te dije lo linda que estás? — Preguntó mirándola extrañado, cuando estaban en el auto a punto de arrancar tras unos instantes en que se quedó meditabundo, dando la impresión de que se había olvidado de algo importante en la casa.

—No— respondió ella sonriendo, agachando la mirada sonrojada.

—Menos mal, porque sos hermosa — sentenció agarrándola del mentón, obligándola a mirarlo a los ojos.

Después de darle un beso rápido en los labios, devolviéndole la enorme sonrisa, se pusieron en marcha.

Tristán Carson, daba vueltas en la biblioteca de su casa, meditaba la forma de transmitir a su familia lo que estaba pasando en el hospital.

Había terminado la llamada telefónica con el policía que estaba llevando a cabo el asunto del tráfico de órganos. Le había informado, muy escuetamente, que habían detenido en la redada a uno de los traficantes, pero que no era al cabecilla sino otro, Samuel Guerra, apodado “El Mono”.

Cuando Carson quiso saber cómo habían logrado la redada, el agente había explicado, brevemente, que tenían una corredora; ella “colaboraba” con la policía, haciendo de pantalla. <<*Sutil manera de decir que la usan*>>, pensó Tristán, mientras le explicaban los lineamientos del operativo.

El bullicio en la puerta de entrada lo alertó de la llegada de Eric, suspirando salió al encuentro de su hijo.

Carson padre, jamás se imaginó que su hijo llegara con la muchacha. Se quedó unos instantes observando a la parejita, era tan abrumador el contraste de ambos que daba ternura. Eric tan alto e imponente con su hercúlea contextura y ella tan bajita, dando la sensación de que él era su guardián.

Tristán se fijó que su nieto, la contemplaba deslumbrado y le presumía descaradamente. La pequeña, en

cambio, a la corta edad de un año, se tomaba su tiempo para decidir si era amiga o enemiga.

Por medio de su hija, estaban al tanto de que Eric ya la presentaba como novia, una peculiaridad que no pasó desapercibida a ninguno del clan Carson. Todos conocedores del repelús que tenía Eric con respecto a los títulos, una manía que se manifestó después del accidente.

Mientras que su mujer estaba encantada con Roma, Abigail, su nuera, había optado la misma postura que la pequeña India. Carson padre, se percató de que Roma, sin amilanarse en lo más mínimo, aceptaba el minucioso escrutinio al que era sometida; fue en ese preciso instante que decidió intervenir.

— ¡Pero qué sorpresa! —Exclamó, mientras se acercaba con una sonrisa a paso tranquilo.

—Mi novia, Roma Giovanna Casalegno—anunció Eric orgulloso, mientras le sonreía a su padre.

—Bienvenida a la familia, querida — Le susurró Tristán, mientras le daba un cálido abrazo. Cuando se separó de ella, palmeó la espalda de su hijo, susurrándole un “bien hecho”.

Roma, los observó, y no pudo evitar sentirse una pigmea. Los tres Carson, pasando el metro noventa, mientras que las mujeres, incluso la esposa de Tomás, median alrededor del metro setenta. Lo que marcaba la diferencia con su familia, no era la longitud, si no, la contextura de los hombres de la familia. Con los Carson, evocaba la imagen de guerreros medievales, imponentes.

Minutos después de la algarabía por la entrada de Roma en la familia, Tristán les hizo señas a sus hijos y a su mujer para ir al despacho. Por consideración a la recién llegada, Abigail, prefirió quedarse fuera de la reunión, invitándola a charlar a la cocina.

Comprendiendo la situación, Roma, la siguió; el pequeño Nicolás, le tendió la mano y ella, feliz, se dejó guiar.

Ubicados frente al escritorio, los tres hijos del matrimonio, esperaban la palabra de su padre.

Tras un suspiro prolongado y acomodando las manos en el escritorio, Tristán, pasó a relatarles todo lo que estaba sucediendo en el hospital. Desde que había recibido la denuncia, su propia denuncia y la colaboración del policía. Todo lo que le había informado el agente Ángel Perales, sobre la corredora como pieza clave para el desmantelamiento de la banda, hasta la captura del traficante Samuel Guerra.

— ¿Por qué la corredora es importante? — Cuestionó Elizabeth, cuando su padre finalizó con los detalles.

—Porque es tan buena que, Román Acevedo, sólo apuesta por ella —explicó, Tristán.

— ¿Qué se sabe de ella? —Preguntó Tomás.

—Solo el apodo: “La Loba” y que es la mejor.

— ¿Ella está al tanto? — Indagó Eric.

—Lo poco que me dijo Perales, es que ella sabe.

— ¡Qué ovarios! — Se maravilló Elizabeth.

—La verdad que sí, hija. Arriesgarse de esa manera...

— ¡Al divino botón! — Le señaló Susana a su esposo, indignada por el accionar de la policía, que fueron incapaces de atrapar a todos de una vez.

Eric se abstraigo del mundo, descartando la idea de que Roma fuese la corredora. Que ella manejara motos y que la misma noche de la carrera le mintiera, necesariamente no tenían que estar unidos. Algo tenía en claro, iba a llegar al fondo del asunto.

— ¡Cómo te tiene la petisa! — Exclamó su hermano, alejándolo de sus conjeturas. Eric, sonrió enamorado y le dio un pequeño golpe a su hermano, en el brazo.

—Es bajita, pero tiene un carácter...—señaló Eric, provocando una pequeña risa en sus progenitores.

Dando la reunión por concluida, fueron a buscar al resto de los integrantes del clan.

Cuando entraron a la cocina, se encontraron con un cuadro jamás pensado. Roma, ubicada detrás de la gran mesada de mármol, le enseñaba a su sobrino el arte de mezclar las especias. Su sobrino la miraba con suma atención y absoluta devoción. Abigail, mientras tanto, estaba pelando papas, para consternación de su marido.

— ¡Por la Santa Cruz! — Exclamó Tomás, anonadado.

—Sí, tengo competencia...— murmuró Eric, sin perderse detalle del intercambio de su sobrino con Roma.

— ¡Hijo ‘e tigre! —Se jactó Tomás. —Pero, ¿cuándo viste a mi mujer, con un pelapapas? — Inquirió entre risas.

—Son cosas que pasan como el cometa Halley—canturreó Abigail, sin perder el ritmo de su tarea. Abigail, había calibrado a la muchacha y le concedió el beneficio de la duda. Además, se había ofrecido a cocinar, avergonzada de haber caído con las manos vacías y no podía rechazar semejante oferta.

Cuando Roma se percató de la presencia de él, levantó la cabeza y le sonrió sin poder evitarlo, Eric le devolvió la sonrisa. A ninguno se le pasó por alto la forma del gesto que ambos se profesaron.

Cuando Susana le preguntó qué estaba haciendo, Roma se limitó a explicarle que el almuerzo, un milhojas de papas.

—No deberías haberte puesto a cocinar —le dijo apenada, Susana.

—Es que me sentía mal, por haber venido con las manos vacías.

Eric, se maldijo por idiota. Estaba tan desacostumbrado a ciertas tradiciones, que no vio más allá que una visita a casa de sus padres.

Susana, rápidamente se ofreció de ayudante y se puso bajo el mando de Roma.

—¿Cómo se conocieron? — Les preguntó Elizabeth, mientras ponía música del reproductor, ubicado en una de las esquinas.

—Me chocó en la calle — respondió Eric, provocando que Roma lo fulminase con la mirada.

—Ya habíamos llegado a un acuerdo al respecto—lo acusó, señalándolo con el batidor—Y, además, esa fue la primera vez que nos vimos —agregó, mientras comenzaba a batir la mezcla de creso crema y huevos.

—Según vos, ¿cómo fueron los hechos? —Preguntó divertido.

—Fue tu culpa que “caasiiii” colisionemos y nos presentaron las chicas —Le aclaró. Eric, adoraba la manera en la que ella resaltaba ciertas palabras para lograr tener la razón. Como se habían quedado expectantes, Roma pasó a relatarles los acontecimientos de ese día. Agregando sutiles comentarios al margen, haciendo que los presentes estallasen en carcajadas.

— ¡Me muero, te la cargaste al hombro! — Exclamó, Lizzy, entre espasmos de risa.

Tristán cruzó la mirada con su esposa y, con un leve asentimiento de cabeza, se entendieron a la perfección: Roma era el destino de su hijo.

—¿Sería muy atrevido de mi parte pedirte que cantes algo?

—¡Tristán! —Lo reprendió, Susana. Apenada, miró a la muchacha, que sonreía ante el pedido descarado de su marido.

—No hay ningún problema — dijo encantada.

—¡Qué vergüenza! Primera vez que venís y te pongo a cocinar y mi marido a cantar.

—Señora Carson, no hago nada que no sienta hacer— aseguró sonriéndole, de la manera más franca posible.

—Susana, querida, Susana —la corrigió, dulcemente.

—¡Uff me encanta esa canción! — Exclamó Abigail, cuando comenzó a sonar “Don’t get me wrong” de The Pretenders.

Tomando una pequeña inspiración, Roma dejó fluir su voz, cantándoles a Nicolás y a India.

Llegando a uno de los versos finales, alzó su mirada buscando la de Eric, y cuando sus miradas se entrelazaron, cantó sólo para él:

*“Once in a while two people meet
Seemingly for no reason
They just pass on the street
Suddenly thunder showers everywhere
Who can explain the thunder and rain
Because there’s something in the air”*

*** (Alguna que otra vez, dos personas se encuentran,
Parece que por ninguna razón,
Sólo se cruzan en la calle,
De repente, tormentas por todos lados,
Quién puede explicar el trueno y la lluvia,
Porque hay algo en el aire) ***

Cuando la canción terminó, recibió el candoroso aplauso de la familia. Ese tema, había sido el disparador de un detalle que se le pasó por alto. El día que se lo cruzó en la calle; ella iba escuchando “Somebody to Love” de Queen, cantándola mentalmente. Fiel creyente de las señales, comprendió que él era ese “alguien a quien amar”.

Entre risas y un sutil interrogatorio sobre la composición de su familia y el trabajo de sus padres, su infancia y estudios académicos, Roma terminó de cocinar.

Tomás y Eric, prepararon la mesa del comedor y las mujeres llevaron las fuentes con la comida. Roma calculó que los hombres Carson, comían, aproximadamente, igual que los de su familia.

Tristán Carson, se sentó a la cabecera de la mesa rectangular, su esposa a la izquierda, el primogénito a la derecha y a su lado su mujer y la pequeña niña. Elizabeth se sentó al lado de su madre, Roma estaba ubicada al lado de ella, Nicolás había insistido sentarse entre medio de ella y Eric, quien antes de acomodarse en su lugar, le depositó un beso en la coronilla y le agradeció el alimento.

—Espero que les guste — dijo, nerviosa, una vez que todos estaban con sus platos servidos.

— ¡Huele riquísimo, tía! — Exclamó Nicolás.

Había dicho el “tía” con tanta naturalidad, que Roma se atragantó con saliva y comenzó a toser.

— ¿Estás bien? — Le preguntó Abigail, mientras le tendía un vaso con agua.

—Sí, perdón. El título me tomó por sorpresa...— respondió, con la voz distorsionada, antes de tomar agua.

De alguna manera, los Carson, se sincronizaron para probar mientras Roma contenía la respiración. Había probado todo mientras lo preparaba, pero tal vez sus gustos con la nuez moscada y la sal a ellos no les convencía tanto. Volvió a respirar cuando escuchó los gemidos de satisfacción.

— ¿Nos la podemos quedar? — Preguntó Tomás, mientras simulaba secarse lágrimas de las mejillas, provocando una risa de alivio en Roma.

— ¡Sí, por favor, por favor! — Le pidió Nicolás a su tío, juntando sus manitos en una pequeña súplica, girándose apenas para verlo.

—Es la idea, Campeón — respondió Eric, guiñándole un ojo al pequeño.

— ¡Sí! — Exclamó, victorioso, mientras se ponía de pie en la silla y envolvía a su nueva tía en un abrazo. Roma le devolvió el abrazo con adoración, en el transcurso de la mañana, el pequeño había robado su corazón. Poniéndose serio, Nicolás, la tomó de las mejillas y le preguntó si sabía hacer postres. Incapaz de contener una sonrisa, le aseguró que nadie preparaba postres como ella. Feliz, la

volvió a abrazar, sintiéndose el niño más afortunado del mundo.

Eric, observaba el comportamiento de su sobrino, comprendiéndolo tan bien. Ambos habían caído rendidos a sus pies, al instante de conocerla y sin poder evitarlo.

—Bienvenida al clan Carson — dijo Tristán, alzando una copa, el resto, uniéndose al brindis, exclamaron “*Slinte*”, el equivalente de “salud” en gaélico.

—Abbondanza— respondió ella, con el equivalente en la lengua de sus ancestros.

Sentado en su silla, Román Acevedo, intentaba descifrar quién los había vendido. Daba vueltas a lo sucedido la noche anterior, mientras fumaba su cigarrillo. La certeza de tener un topo entre sus filas, le hacía hervir la sangre. De repente, una hipótesis, cobró más fuerza en sus pensamientos. Desde que Alan había vuelto era la primera vez que sufrían una redada de esa magnitud; justo cuando uno de los cabecillas estaba presentes. Y encima no era un contrabando ordinario, como solía denominarle al de cocaína; justo estaban en medio de la compraventa de un pulmón.

Ahora no solo tenía que cambiar la locación de las carreras, sino que además, se tenía que ocupar del Mono.

— ¡La puta madre! — Exclamó, golpeando el escritorio. Tomando noción, de que El Mono, ante la mínima presión, cantaba hasta el feliz cumpleaños. Otro asunto más que se agregaba a la lista, comenzar a mover urgente los contactos para que le informaran dónde fue trasladado y eliminarlo. Una vez que se sacara eso de encima, iba a proceder la minuciosa tarea de descubrir al infiltrado.

Apagando el cigarrillo de mala manera, tomó uno de los celulares que tenía y efectuó la primera llamada. Tenía que acabar con El Mono, lo antes posible. Estaba seguro que ya había hablado, dándole todo el árbol genealógico de cada uno de los implicados. Le concedió una pequeña resistencia pero, conociéndolo, a cambio de una reducción de condena mandaba al frente hasta a su propia madre.

En lo único que se sintió con suerte, fue en que se pudo llevar la mercadería. Lamentaba no haber podido agarrar el maletín con el dinero y huir con las dos cosas.

Sin golpear la puerta, Martina entró a la oficina de Román, exhausta se dejó caer en la silla frente a él. Había estado toda la noche intentando sacarle la bala a uno de los miembros de la banda que se le había incrustado en el intestino y de milagro, lo había podido salvar. Después de frenar la hemorragia y detener una leve infección, en las pésimas condiciones que había tenido que realizar la intervención; se sentía con todo el derecho del mundo de tomarse un respiro.

— ¿Cómo sigue? — Le preguntó Román, mientras le ofrecía un cigarrillo y un vaso de whisky.

—Ahora está estable — informó, cerrando los ojos y exhalando la nicotina con placer. — ¿Ya sabemos quién es el topo? — Indagó, abriendo los ojos y clavándole la mirada.

—Todavía no.

Ángela estaba muy concentrada, en el estudio de su madre, intentando hallar el acorde adecuado para una nueva canción. Sin ser consciente de que su hermano y Pietro la observaban, del otro lado de la ventana

de la sala de grabación.

— ¡No te puedo creer que me dejaras afuera! — Le recriminó Estéfano a Pietro, cuando le terminó de contar lo sucedido con Roma y León.

—Perdoname, hermano, pero me pareció lo correcto darle el espacio a Eric.

—Es un desconocido —siseó furioso.

—Es la elección de mi hermana y se ganó ese espacio—replicó.

—¡Por favor! Ya sabemos cómo terminan las “elecciones” de tu hermana, Pietro — señaló indignado.

—Ni a vos, ni a mí, ni a nadie, nos corresponde juzgar sus decisiones, Estéfano— puntualizó, comenzando a perder la paciencia.

—Ella también es como mi hermana—replicó ofendido.

—Dejó de ser así, cuando me pediste salir con ella— le recordó Pietro.

—Lo mismo digo de vos.

—La diferencia es que, yo jamás vi a tu hermana como a una hermana. Detestaba cuando Estéfano se cegaba por los celos. Nada debía reclamar y en todo caso, él se había guiado por lo que pareció correcto. Que los celos de machito despechado, los tratara en terapia. A decir verdad, recomendarle hacer terapia a su amigo era tan descabellado, como pensar que las vacas tenían alas.

—Entonces lo tuyo es peor, porque sos un cagón.

—No voy a discutir ese asunto con vos.

—Andá y discútilo con tu cuñadito nuevo.

— ¡¿Podés dejar de ser tan pelotudo y madurar de una puta vez?! —Inquirió enojado, ante el tono irónico de su amigo.

—¿A qué mierda viniste?

—A preguntarte qué hizo tu hermana anoche, además de venir a verla.

—No te tenía como controlador.

—Te juro que cuando te ponés así, no te soporto.

—Preguntale a ella, entonces.

—Le preguntaría, pero me mintió.

—Por algo será...—murmuró.

—Porque anda en algo con mi hermana. Y no me gusta nada de nada ¿capisce? — siseó, conteniéndose de no agarrarlo del cuello de la remera.

—Sí, entiendo — respondió, volviendo a sus cabales.

Ya había sucedido antes, cuando ambas empezaban a mentir, por lo general era Roma la que estaba en peligro. Así había pasado cuatro años atrás. Una mentira tras otra, hasta que Roma se dio vuelta en un coche. Los padres de Roma, incluso su misma madre, habían encerrado a Ángela en un interrogatorio, en el que le fue difícil no decir nada. Jugando con la presión y el estado crítico en el que se encontraba Roma, Ángela había contado que ella corría clandestinamente motos y autos; y que el accidente había sido en una carrera.

Tiempo después, Estéfano, se enteró por Pietro, que habían optado no decir nada de que ellos sabían, aconsejados por la psicóloga que la estaba tratando a Roma por el trauma del accidente. Les había recomendado, brindarle el espacio necesario para que sea ella la que se abriera y contara; exponiendo la teoría, en ese momento muy sustentable, que con el susto que se había llevado era imposible que ella volviera a correr o si quiera manejar.

Bueno, se había equivocado, porque al año siguiente del accidente estaba empecinada en tener un auto. Claramente, Giulio, no confiaba en ella por eso se había negado, obligándola a buscar trabajo. Si algo tenía Roma, era la tenacidad de conseguir todo lo que quería.

—Salieron juntas. Ángela llegó cerca de la una de la madrugada y, se fue directo a la cama— le informó.

—Coincide con el tiempo que demoró en dejar a Nita, en la casa de Eric.

El pensamiento en voz alta de Pietro fue tan inconsciente, que no se dio cuenta del baldazo de hielo que acababa de tirarle a su amigo encima.

— ¿A qué hora volvió Roma? — Articuló, mientras tragaba el nudo de la garganta.

— Se quedó a dormir en lo de Eric — le confirmó Pietro, mirándolo con pena.

Con un grito en el que se mezclaban el dolor y la ira, Estéfano, comenzó a pegarle puñetazos a la pared. Sentía que la había perdido, esta vez, para siempre.

El brusco movimiento, llamó la atención de Ángela. Se apresuró en sacarse los auriculares, dejar la guitarra y correr a ver lo que sucedía.

— ¡Estéfano! — Exclamó al salir desesperada y ver lo que su hermano estaba haciendo. — ¡Detenelo, Pietro, se va a lastimar! — Exigió, al ver que Pietro se limitaba a observar.

Pietro, dejó que le diera un par de golpes más a la pared y lo agarró por detrás. Furioso, Estéfano, se deshizo del agarre y se fue.

— ¿Qué pasó? — Preguntó angustiada.

— Se enteró de que Roma pasó la noche con Eric — respondió, encogiéndose de hombros.

— ¿Y es necesaria esa pataleta?

— A veces, los hombres, somos idiotas — afirmó, con una sonrisa de disculpa.

— ¿Qué hacés acá?

— Vine por esto — dijo, mientras se acercaba a ella y, sin darle tiempo a reacción, tomándola por la nuca la besó.

Doce largos años habían llegado a su fin, al menos para Pietro, porque Ángela llevaba esperando algo así, desde que tenía cinco años.

— No te desmayes — le pidió, contra sus labios, cuando cortó brevemente el beso.

Un beso cargado de ansias, de hambre, de disculpas, promesas y esperas que llegaban a su fin. De puntillas, Ángela, se aferraba al cuello de Pietro, apretándose contra su cuerpo, para sentirlo con cada centímetro de su ser.

— Te amo, Pietro Casalegno — le confesó, inconsciente por culpa de las sensaciones que le habían despertado el beso.

Pietro, sintió que el aire dejaba de ingresar a sus pulmones. Se quedó en silencio, en shock.

Ángela, abrió los ojos y se dio cuenta de que lo había expresado en voz alta. Avergonzada y furiosa, se separó de él.

— ¡Pará, Ángela! — Le suplicó, cuando ella se estaba alejando de él.

— ¡No me toques! ¡Andate de mi casa! — Le exigió a los gritos.

— ¡Pará!

— ¡Pará nada, siempre es lo mismo! — Se dio media vuelta y subió a la primera planta, el timbre comenzó a sonar. Intentando calmarse, abrió.

— Busco a Ángela — dijo el muchacho del otro lado de la puerta.

— Soy yo ¿en qué te puedo ayudar?

— Yo soy Jonás, conocido de Ricardo, tu ex novio...

— Si me te mandó a convencerme, perdes tu tiempo.

— No, no... Yo...yo... Soy el novio — confesó tartamudeando, nervioso.

Pálida como la cera, Ángela se llevó una mano a la cabeza. Sintiendo que toda la sangre del cuerpo se le iba a los pies, se desmayó.

— ¡Ángela! — Exclamó Pietro, que había llegado justo cuando ella se desplomaba. — ¿Jonás? — Preguntó extrañado, cuando se percató de su presencia.

— Pietro ¿qué haces acá? — Inquirió, mientras lo ayudaba a levantarla del suelo.

— Lo mismo me pregunto de vos... — dijo, mientras la recostaba en el sillón.

— Vine hablar con ella, es con quien Ricardo me engañaba — explicó.

—¿Qué?—Preguntó asombrado.

Tomando una respiración profunda, Jonás paso a relatarle cómo se había enterado de que su novio le había mentado a ella, usándola de pantalla, para esconder su verdadera sexualidad.

—¡Hijo de puta! — Exclamó Ángela, que había recobrado el conocimiento y escuchado el relato de Jonás.

—Perdoname, no quise ...

—Fue el shock, no te preocupes — lo tranquilizó, mientras se incorporaba.

—¿Cómo diste con ella? —Quiso saber Pietro.

—Me hice pasar por un amigo de Ricardo y fui hasta su casa, me atendió la mamá y se creyó la historia de que tenía que entregarle algo a ella — explicó, avergonzado.

—Sentate, por favor — le pidió Ángela a Jonás. —traenos algo para tomar, Pietro — le ordenó, mirándolo brevemente a los ojos. Sin rechistar, él obedeció.

—Yo... yo necesitaba...— comenzó a tartamudear, sin saber explicar qué es lo que necesitaba en realidad. Para tranquilizarlo, Ángela, desvió apenas el tema de conversación, indagando de dónde lo conocía a Pietro. Jonás, le contó que por medio de Roma, que era su amiga de la academia de baile.

— ¿Sabías que soy la mejor amiga de Roma? —Le preguntó con suavidad.

—Te juro que no — le aseguró, sorprendido. Sin duda alguna, de haberlo sabido, habría actuado de otra manera.

Pietro se acercó a ellos, con una bandeja con tres vasos con gaseosa.

Apenas más calmo, después de darle un sorbo a su bebida, pasó a narrarle la historia que tenía con Ricardo. Los años que estaban juntos y la continua discusión de que él no se asumía.

—Ya me parecía raro que vistiera tan bien...— comentó ella, chasqueando la lengua.

—Perdoname que pregunte pero... ustedes...

— ¡No! Nunca pasó nada — le respondió, entendiendo que hacía referencia a si habían tenido sexo.

Entonces comprendió la verdadera razón por la cual Ricardo, era tan considerado con ella.

—Jonás, yo te juro que no sabía nada —le dijo, Ángela, mientras se llevaba una mano al pecho.

—Nos engañó a los dos— suspiró, Jonás.

— ¿Qué van hacer? — Preguntó Pietro, manteniendo a raya los impulsos asesinos que pugnaban por salir al encuentro del infame del tal Ricardo.

Ángela y Jonás, se miraron y como leyéndose el pensamiento, asintieron.

—Vengarnos — aseguraron a la vez, mientras se sonreían cómplices.

Capítulo 13

Eric se estacionó frente a la librería, apagando el motor, giró la cabeza para verla. Estaba con los ojos abiertos de par en par, sin pestañar, rebotando sin cesar la rodilla, estrujándose los dedos. En silencio, se tiró hacia atrás y posó una de sus manos en las de ella, mientras exhalaba un suspiro. Sabía lo que para ella significaba regresar al lugar, del que había sido expulsada por un trauma. Mentalmente, maldijo a Doña Mirna por su insistencia en hablar con ella. No tenía dudas de que ella era fuerte, pero hasta las personas más fuertes, ciertos traumas, se le van con el tiempo. Brindándole confort, acompañándola circunspecto esperó hasta que ella estuviera lista, mientras recordaba las horas compartidas juntos.

Habían pasado un día increíble en casa de sus padres. Incluso ella había disfrutado de sus sobrinos, quienes no la dejaron bajo ningún concepto, al punto de acapararla por completo en el playroom. Todavía sonreía al evocar a Nicolás tirado en el suelo y pintando con acuarelas, utilizando sus manitos, al lado de ella que estaba sentada al estilo indiecito con la bebé en el hueco de sus piernas. Mientras Roma les narraba una historia relacionada con naves espaciales y marcianos, ellos plasmaban sus manos en el pliego de papel madera. Su sobrino se había introducido tanto en el relato que, desesperado, había entrado al living exigiendo tres de coladores de acero. Cuando, extrañados, sus padres le preguntaron el motivo, el niño, en su inocencia, había dicho que eran para protegerse de las piedras del espacio. Minutos después de haberle entregado lo requerido, curiosos se acercaron hasta donde ellos estaban y anonadados contemplaron el cuadro: un perímetro hecho de peluches y los tres adentro sentados en el suelo, pintando, con coladores de acero en la cabeza. Roma les cantaba canciones de granja, haciéndolos imitar los sonidos de los animales, provocando que los niños se carcajearan con lo que para ella eran, los sonidos de los animales.

—Yo sé que vos sos la novia de mi tío, pero... ¿querés ser mi novia también? Le había preguntado, descaradamente, Nicolás. Roma, llevándose una mano al pecho, mientras fingía suspirar, había batido sus pestañas, coquetamente, para después sugerirle que le pidiera permiso a su mamá.

—Creo, que el permiso, me lo debería pedir a mí —dijo Eric, interrumpiendo, fingiendo estar ofendido; alertando la presencia de todos.

—Veo que salió al padre— dijo orgulloso, Tomás, desde el marco de la puerta.

—Al menos él, me pidió ser su novia —acusó Roma, mientras señalaba a Nicolás con el pulgar, haciendo que el público presente exclamara un “uuuhh”.

—En eso, mi hijo, salió al padre — intervino Susana, generando que todos rieran. Tristán, cruzado de brazos, había hinchado el pecho orgulloso.

— ¡Mamá! — Gritó Nicolás, mientras se ponía de pie y corría hacia su madre.

—¿Qué mi amor?— Respondió con dulzura Abigail.

— ¿Dejás que la tía Roma, sea mi novia también?

— ¿Cómo que también? ¿Cuántas novias tenés? —Preguntó Susana, abriendo los ojos como plato, mientras ponía sus brazos en jarra. Exhalando meditabundo, extendió una de sus manitos y empezó a enumerar desde su madre a la maestra del jardín, hasta un par de compañeritas de él y de la salita de al lado. Intentando mantener la seriedad, Susana, había tomado a su nieto de la mano para llevarlo a la cocina, mientras le hacía un pequeño interrogatorio sobre las compañeritas.

—Sí, hijo mío— suspiró, Tomás, mientras se acercaba a Roma y le sacaba a India, para dejarla a solas con su hermano.

Cuando se quedaron a solas, Eric, la ayudó a poner de pie y sacándole el colador de la cabeza, la besó.

— ¿Querés ser mi novia? — Preguntó, al cabo de unos instantes en los que se observaban sonriendo.

—Una chica, no puede responder la misma propuesta dos veces en un mismo día, Eric Carson—sentenció con una sonrisa, mientras se marchaba tras darle una mirada coqueta.

—Pero a Nico no le respondiste — se quejó.

—Hablá con la mano, Eric — respondió alzando una mano, sin dejar de caminar, acentuando más el contoneo de sus caderas.

Incrédulo, la vio marchar y se dio cuenta de que lo había dejado con el lío para ordenar. Mascullando su suerte, se puso a acomodarse.

A la salida de la casa de sus padres, le había pedido que se quedara en su casa a pasar el fin de semana. Ella había aceptado pero, con la condición de pasar por una farmacia y por el supermercado.

Estacionando en una farmacia, de esas al estilo shopping, la acompañó. Impresionado ante su emoción en el estante de ofertas, la vio comprar cosas que, seguramente, no le hacían falta; como hebillas para el pelo, esmaltes de uñas y un par de labiales, junto con las cremas corporales que sí necesitaba. Todo iba a parar al canasto de compras que, por supuesto, él se había ofrecido a cargar. Eric, había sacado su billetera para pagar su compra, pero tras una mirada fulminante de ella, había desistido. Ella estaba orgullosa de sacar su tarjeta de débito y entregársela a la cajera y eso, a él, de cierta manera, lo desconcertaba; porque estaba acostumbrado a pagar cada uno de los caprichos de las mujeres con las que salía.

En el supermercado, la vio dirigirse concretamente a las cosas que necesitaba. Cuando le preguntó qué iba a cocinar, tímidamente, había respondido que un Lemon Pie. Tampoco había aceptado que él pagara, poniendo como excusa que ése era un pequeño presente para él.

Cuando habían llegado a su casa, Eric, recibió el llamado de una de las reservas naturales que había conseguido Roma.

—Sabíamos que iba a suceder...— murmuró, cuando la encontró nostálgica frente a la jaula donde la lechuza dormía.

—Sí, es lo correcto — suspiró, antes de marcharse a la cocina.

Eric, le concedió un momento a solas y se unió a ella que ya se encontraba preparando la masa para el Lemon Pie.

—Poné música —le pidió, mientras mezclaba la harina leudante con la manteca.

—¿Qué querés escuchar? — Preguntó, sin perder de vista sus movimientos. Estaba fascinado

observándola hacer su tarta favorita.

—Mientras sea música...

—¿Creedence, Aerosmith, Queen, Pink Floyd, AC DC...? —Sugirió.

—En ese orden o aleatorio.

Feliz de tener a alguien que disfrutara de sus mismos gustos musicales, se levantó de la banqueta y marchó al living a encender el equipo. Su celular, ubicado en la mesita donde dejaba las llaves, cerca de la entrada, comenzó a sonar.

—Pietro — saludó.

—Eric ¿cómo va?

—Todo en orden ¿vos?

—Mejor te cuento otro día... ¿Mi hermana?

—Ya te la paso...—dijo. Algo preocupado, le dijo a Roma que la llamaban. Extrañada, miró el teléfono de Eric antes de agarrarlo.

—¿Hola? —saludó, con el teléfono enganchado entre el hombro y la oreja

—¿Qué pasa que no das señales de vida? —Inquirió molesto.

—Sabían dónde estaba...— se justificó.

—Un mensajito, de vez en cuando, no viene mal...

—Perdón, se me pasó el reporte —respondió, revoleando los ojos.

—No se trata de reportarte, pero tenés el celular apagado...

—Entiendo lo primero, perdón. Y en cuanto a lo otro, se me olvidó cargar el teléfono — se excusó.

—¿Qué están haciendo? —Preguntó más calmo, Pietro.

—Estoy haciendo un Lemon Pie para Eric —respondió sonriendo.

—Traeme una porción.

—¡Eric, la masa está cruda! —Escuchó Pietro que Roma reprendía a su cuñado, seguido del clásico sonido de la espátula golpear con fuerza la mano.

—Te dejo, que es peor asistente que vos—Volvió a dirigirse a su hermano.

—Antes, decime a qué hora vuelves.

—Mañana te aviso, baci —respondió, mandándole un beso en italiano.

—Ti voglio bene, sorella —se despidió, Pietro.

—Anche io, fratello — respondió ella, y cortó la llamada; meditando que su hermano le decía “te quiero”, en italiano, cuando andaba desbordado de emociones. Por la entonación que le había dado, supuso que estaba un poco melancólico.

—¿Qué significa “anche io”? —Preguntó Eric.

—Textualmente, significa “también yo” —Le explicó, mientras acomodaba la masa en las nuevas tarteras. Y le enseñó que, aunque se pronunciaba “unque”, se escribía con “che”.

Cuando la tarta estuvo lista, incluso con los pompones de merengue que, diestramente había realizado con una de las mangas descartables que había conseguido en el súper; procedió a dorar la cubierta blanca con el soplete que ella había llevado de su casa.

—¿Ya se puede comer? — Preguntó ansioso.

—No todavía.

—¡¿Cuándo?! — exclamó, haciendo un mohín.

—Cuando volvamos de la reserva — declaró.

Colocando a Saeta en el asiento trasero, partieron.

El viaje había sido alegre, cantando a dúo temas de Aerosmith y Deep Purple. Impresionada, le había exclamado que no cantaba para nada mal. Eric, sonrió aceptando el cumplido de ella porque era una eximia en la materia.

Cuando llegaron a la reserva, los ánimos decayeron apenas. Pero, bajo el mantra de que “era lo correcto”, se infundieron valor para enfrentar el trago amargo de la despedida y dejarla en libertad. —Que la luna, siempre guíe tus alas —le susurró Roma, antes de entregarle la jaula al proteccionista. Eric, prefirió despedirla en un silencio solemne. Después de una breve y cordial charla, con el veterinario de la reserva, en la que Roma le hizo preguntas exhaustivas, se marcharon.

Cuando llegaron a la casa, Roma, no pudo dilatar más el asunto del Lemon Pie. Le cortó una porción y se la entregó, ansiosa espero su veredicto. Sabía que sus postres eran legendarios en su familia, pero jamás le había cocinado a un novio. <<Novio... No, todavía no acepté>>, meditó, mientras lo observaba expectante.

Eric, se había quedado sin palabras. Al igual que con las mujeres, en su haber había muchos Lemon Pie, pero como éste, jamás había comido. La acidez de la crema de limón era soñada, con el perfecto contraste dulce del merengue. Cerrando los ojos, Eric, saboreó gimiendo de placer.

—Supongo que esos soniditos, son de que te gustó.

—Tenías razón, una vez que se prueba tu Lemon Pie, uno se vuelve adicto de inmediato—respondió, mientras extendía el plato, pidiendo otra porción.

—Después de cenar — le dijo, llevándose la tartera para ponerla en la heladera.

—Sádica — murmuró, frunciendo el ceño. Riendo, ella, se acercó y lo besó en el brazo.

—Ponete a cocinar — ordenó, mientras le palmeaba la espalda.

—Sí, señora.

Eric, había elegido como menú una carne con verduras al horno. Maravillada, contemplaba cada movimiento que él realizaba. Era la primera vez que un hombre, externo a su familia, cocinaba para ella. Le parecía sexy la visión de él con el repasador colgando de la cinturilla del delantal. Incluso él, con el delantal de cintura, ya era sexy.

Después de cenar y comer el postre, que Eric prácticamente se terminó, pasaron a los rituales nocturnos antes de ir a dormir.

Roma se estaba poniendo crema en los brazos, cuando él entró al dormitorio.

— ¿Crees que está bien? — Le preguntó, mientras él se quitaba la remera.

—Seguro que sí — dijo, acercándose y tomando el pote de crema. Agarrándola del hombro, la hizo girar y comenzó a esparcir crema en su espalda.

Roma se deleitaba con las enormes manos de él, recorriendo cada centímetro de su cuerpo.

—Estás muy contracturada — le susurró, mientras ejercía una leve presión en la base de su cuello.

—Mhmm— respondió, con los ojos cerrados, mientras se dejaba envolver por las sensaciones.

Eric, continuó masajeando y desparramando crema por su cuerpo, provocando que ella se aflojase completamente. Guiando sus manos por el bajo de su espalda, haciéndolas subir por su vientre y tomando sus pechos; mientras ella se arqueaba y lo tomaba del cuello. Se dio cuenta del momento exacto, en el que Roma estaba en la cúspide del éxtasis y en ese instante, se apartó.

Volviendo a la realidad de un sopetón, ella se dio vuelta y lo miró, incrédula, mientras él sonreía diabólicamente.

—Ésa, es mi venganza por el Lemon Pie...

—Sos un retorcido ¿lo sabías? —le reprochó.

Eric, se limitó a suspirar y a buscar un toallón en uno de los armarios.

Cuando salió de bañarse, se la encontró en la cama leyendo un libro de medicina.

—Era lo único que tenías para leer — se justificó, cuando se dio cuenta de que la miraba con los ojos abiertos de par en par, claramente sorprendido por el libro que estaba leyendo.

Roma se recreó en su magnífico pecho, brillante con la humedad de la ducha y deseó ser esa gota de agua, que se deslizaba desde sus pectorales hasta el ombligo. Cerrando el libro, lo colocó cuidadosamente sobre la mesita de luz, y se levantó en dirección a él.

—Creo que necesitas ayuda...— murmuró, mientras tomaba la toalla anudada en su cintura, dejándolo desnudo. Con lentitud predeterminada, comenzó a secar cada centímetro de piel. Girando a su alrededor, para grabarse a fuego cada detalle de su cuerpo.

— ¡Ay! —Se quejó, cuando ella mordió uno de sus glúteos incapaz de resistirse a hincar sus dientes en esa perfecta porción de piel.

—Sos tan hermoso— susurró, colocándose frente a él, una vez más, besándolo apenas debajo del pecho, lugar dónde ella le llegaba en altura. La erección de él, presionaba contra el vientre de ella, sin poder resistir más a la tortura se agachó y la elevó. Sus piernas lo envolvieron, como acto reflejo y la apoyó contra la pared, devorando sus labios.

—La cama — alcanzó a decir ella.

—Quiero hacer esto desde el cumpleaños de Sofía—respondió, mordiéndole el labio inferior. Deslizándose una mano entre sus cuerpos, Eric, llegó al pubis de ella, empezó a acariciarle con pericia el centro de su feminidad, humedeciéndola más de lo que ya estaba. Cuando se percató de que ella comenzaba a contraerse, rápidamente retiró su mano y la penetró. La calidez de su carne le dio la bienvenida, envolviéndolo como si fuera un guante. A medida que ambos lo necesitaban, él incrementaba su ritmo, los gemidos de ella lo enardecían. La forma que tenía Roma de pronunciar su nombre, en esa velada súplica de más, lo enloquecía; sacando de lo más profundo de su ser, su lado salvaje.

Imposibilitada de decir algo más que no sea su nombre, se aferraba a él cual náufrago a una tabla. Se entregó completamente al dominio de Eric sobre los dos, ya que la guiaba a lugares jamás descubiertos, reclamándolos como propios.

— ¡Ahora, mi amor! — ordenó él, con los dientes apretados.

Tan intensamente masculino, que Roma no pudo contenerse, sucumbiendo al fulminante orgasmo. Jamás imaginó que en la vida real, sucediera que una orden en el momento del clímax, surtiera efecto. Tal vez porque en su vida real, jamás había estado con alguien como él. Esas emociones intensas, las vivía a través de las novelas.

Con dos embestidas más, él salió de su cuerpo, derramándose entre los dos.

Laxa entre sus brazos, se dejó llevar hasta la cama. Eric la recostó y la limpió; después de limpiarse, la atrajo hacia sus brazos.

Ella se zafó apenas para apagar la luz y buscó la calidez de los brazos de Eric, una vez más.

— ¿Algún día, me vas hablar de tu cicatriz? —Preguntó, adormilada.

—Algún día... — murmuró, abrazándola más fuerte.

El domingo, Eric, se despertó en un resquicio de la cama; mientras ella dormía a pata suelta, atravesada, en todo su esplendor. Y, para colmo, se había envuelto en las sábanas, dejándolo desprotegido del aire acondicionado. Sin más remedio que levantarse, se puso en marcha a preparar el desayuno.

Minutos después, ella se despertó, sintiendo la falta de algo. Con los ojos cerrados, tanteó el lado de él. << ¿Dónde está?>>, se preguntó cuando sintió el vacío. Preocupada de haberlo tirado al suelo, se asomó hasta el borde de la cama, abriendo apenas sus ojos. <<Nop, no lo tiré>>, se dijo, mientras se levantaba. Vistiéndose con una de las remeras de Eric, se dirigió a la cocina, después de cepillarse los dientes, lo encontró preparando el desayuno.

—Buen día —lo saludó, bostezando. Se acercó a él y, poniéndose de puntillas, buscó besarlo.

— ¿Dormiste bien? — Preguntó, mientras se agachaba apenas a recibir su beso. Ella asintió, levemente con la cabeza, como respuesta.

—Vos y tú metro noventa — se quejó, mientras se trepaba a una de las banquetas del desayunador.

—Y tres — respondió, mientras le entregaba la taza de café. —No tengo la culpa de que vos midas un metro cincuenta.

La mirada de Roma, fue fulminante.

—Para que sepas...—comenzó a decir, mientras le daba una dentellada a la tostada. —Mido un metro sesenta y tres—informó, orgullosa.

Pasaron todo el día haciendo diversas actividades, desde nadar en la pileta a jugar con juegos de mesa. Eric, le enseñó a jugar al póquer y le aseguró que, cuando ella estuviera lista, iban a empezar a apostar. Estaba encantado con su vena competitiva, a pesar de que era buena aceptando las derrotas, se le veía a la legua que no le gustaba perder a nada. Cada vez que ganaba, tarareaba “We are the Champions”, provocando la risa en él. Al momento de elegir una película, Roma, le cedió el primer turno, con la condición de que no seleccionase nada de terror. Ella se puso a preparar las palomitas de maíz, mientras él buscaba una de acción. Terminó eligiendo una de estilo medieval, cargada de violencia y sangre. Si con esa elección pensó que, tal vez, ella no iba a prestar atención a la película y sí a las caricias que él le prodigaba, se equivocó. Roma estaba tan metida en la película que arengaba a las decapitaciones y se ponía feliz cuando sucedían. Cada gesto de ella lo encandilaba, cada acción de ella, la convertía en la perfecta compañera.

Cuando le tocó elegir a ella la película, se sorprendió de que eligiera un drama. A los cinco minutos de la película, ella lloraba a moco tendido, mientras él la consolaba.

—Sabía que iba a pasar — le recriminaba a la pantalla, entre hipidos, mientras se metía un puñado de palomitas a la boca.

—Si sabías, ¿por qué la elegiste?

—Porque es hermosa... — suspiró.

Ahí él aprendió que, como había personas que disfrutaban de una buena película de terror otras, gozaban los dramas.

La película finalizó, con ella sentada en el regazo de él, siendo acunada. Roma se quejaba de las muertes injustas y de las malas elecciones de la protagonista, mientras él se limitaba a abrazarla. Pasados unos segundos, ella se enderezó y lo observó. <<Sí, Eric, quiero ser tu novia>>, pensó, antes de besarlo.

En el jardín de la casa, Eric, contaba con una hermosa parrilla. Mientras él, controlaba unas porciones de carne que había puesto a asar para ellos dos, Roma se encargaba de las ensaladas.

Sus caderas se balanceaban en el clásico country rock de Creedence, cuando el sonido de su celular la distrajo. Secándose las manos en un repasador, atendió la llamada.

Desde afuera, Eric la observaba hablar por celular. Iba y venía de un lado al otro, llevándose una mano a la frente. Cuando resignada, la vio colgar, se acercó con una bandeja, simulando que no la había visto.

— ¿Todo bien? — Le preguntó, mientras dejaba la bandeja adentro de la pileta de la cocina.

—Sí... No... No sé — suspiró.

— ¿Me querés contar? — Tanteó, con la esperanza de que ella se abriera un poco a él.

—Me acaba de llamar Doña Mirna, la dueña de la Librería...

— ¿Quiere que vuelvas? — Supuso, intentando mantener la calma.

—Sí.

— ¿Vos, querés volver? — Interiormente, suplicaba que ella respondiese que no. Cuando ella negó con la

cabeza, sintió que el aire volvía a entrar a sus pulmones.

—Pero, me pidió que vaya a hablar con ella mañana...

—Deberías ir— dijo, simulando no estar al tanto.

—No puedo — contestó, casi al borde de la desesperación.

— ¿Qué fue lo que realmente pasó? —Disparó, clavando sus ojos en los de ella.

Al darse cuenta de la intensidad de su mirada, Roma supo que no tenía más escapatoria. Sin dar demasiados detalles, le contó que León se había sobrepasado y, que no le había quedado más remedio que golpearlo.

—Hiciste bien — afirmó, mientras la abrazaba.

Una vez más, los brazos de él, la calidez que emanaba y su aroma, la transportaron a un lugar seguro.

Abrumada por lo que Eric le provocaba, susurró:

— ¿Me podrías acompañar mañana?

—Por supuesto — respondió, <<*mañana y el resto de tu vida*>>, le juró mentalmente, mientras besaba su coronilla.

Ahí estaban los dos, sentados en el auto, él envolviendo su mano y ella poco a poco calmando sus nervios. No le tenía miedo a León, si no al prejuicio que podían tener las demás o las conjeturas, que la llevaran a ser señalada como la culpable. Dejándose envolver por el calor de la mano de él, el manto de paz que su grandeza le brindaba, exhaló el aire de sus pulmones y se giró para verlo. Estaba perdido en sus pensamientos, con su mirada en algún punto indefinido del horizonte, esperando, calmo, majestuoso en su estado de reserva.

—Sí, Eric — dijo, segura por primera vez en su vida de que era a alguien como él, que había estado esperando.

Eric, parpadeó, saliendo de sus pensamientos sin entender lo que ella había dicho.

—Sí, Eric — repitió esbozando una sonrisa, que prácticamente dividió su rostro por la mitad.

—Sí, ¿qué?

—Quiero ser tu novia — respondió, con la mirada resplandeciente.

Eric, sintió que tocaba las puertas del cielo con las manos. La primera vez en toda su existencia, que le hacían esperar por una respuesta. A pesar de que era un hecho el tipo de relación que tenían, que ella lo aceptara, más allá del título, el tipo de vínculo. Establecer que eran algo más que algo, saber por dónde pisaba, aproximadamente, con ella. A veces no hacía falta declarar un título en una relación, pero él, dentro de su modernismo, era un chico de tradiciones y con ella, sentía la necesidad de cumplirlas a todas. Por alguna razón, intuía, que ella también las quería.

—Ámbar — murmuró, cuando terminaron de besarse. —Hoy, tenés los ojos color ámbar— explicó, sacándole una sonrisa.

—Me suelen cambiar, es cierto — se sonrojó. Era la primera vez que una chica, se fijaba en el detalle de sus ojos.

—A veces, según el estado de ánimo —agregó, sorprendiéndolo una vez más, morándolo con detenimiento. —Mi preferido es el verde terroso, con el centro en dorado— le confesó.

— ¿Cuándo suelo tener ese color? — se interesó.

—Cuando te desafío — aseveró, haciéndolo reír. —Vamos — dijo, mientras se desprendía el cinturón de seguridad.

Sin darle opción a que cambie de idea, Eric la siguió. Tomados de la mano, entraron a la librería y se toparon con Doña Mirna, detrás del mostrador, al frente de la caja registradora.

Sin decir mucho, le hizo señas a Marcela para que quedase a cargo y los hizo pasar a la parte de atrás de la librería, que funcionaba como despacho.

—Pensé que no ibas a venir...— murmuró Doña Mirna, mientras la abrazaba.

Su sobrino, arrepentido, le había contado lo sucedido cuando lo fue a ver al hospital donde ingresó después de la paliza. Avergonzada, Mirna, lo había repudiado. Ahora, solo rogaba que la muchacha volviese.

Ofreciéndoles algo para tomar, les hizo señas para que se sentaran. Cortésmente, ambos rechazaron el ofrecimiento y se sentaron.

—No voy con rodeos, te quiero de vuelta— dijo, tras un suspiro. —Mi sobrino no va a estar más — agregó, con el fin de hacerla volver.

A Roma, se le cortó la respiración. Sentía el frío deslizándose por su torrente sanguíneo. Si aceptaba, era por el simple hecho de no sentirse culpable por rechazar el pedido de Doña Mirna y por los libros; pero en realidad, no quería volver a trabajar ahí. Eran demasiadas las horas, mal pagadas, y encima el ambiente laboral dejaba mucho que desear, con o sin León.

Al ver que ella se quedaba tiesa, con la espalda rígida, dejando de respirar; Eric, deslizó su mano por la de ella y entrelazó sus dedos, apretando sutilmente.

—Tendría que pensarlo — respondió al fin.

—Arriba, te espera la pila de libros que dejaste separadas—le informó.

—Doña Mirna, no creo que...

—No digas nada, niña, sé cuánto amas los libros.

—Pero...

—Tomalo como un regalo, por lo sucedido, mi forma de pedirte disculpas, querida— la interrumpió, con los ojos empañados en lágrimas.

Levantándose de su silla, Roma se acercó a ella y la abrazó. Haciéndole un gesto a Eric, le pidió que la esperase.

— ¿Usted es el novio, verdad? — Rompió el silencio Mirna, tras observarlo unos minutos de arriba abajo.

—Así es.

— ¿Usted le bajó los dientes o le quebró el brazo? —Arrojó la pregunta, sin un ápice de maldad.

—Los dientes.

— ¡¿Que hiciste, qué?! — Los interrumpió Roma, desde la entrada, con los libros dentro de una caja.

—Dejame que te explique...— le pidió, en un sutil intento de que ella mantuviera la calma.

—No, no, la que te va a explicar un par de puntos soy yo—siseó.

La vio dejar caer la caja con ira y, separarse apenas de piernas, sin lugar a dudas, estaba dispuesta a pelear.

—A mis asuntos los resuelvo yo, con la violencia que crea necesaria ¿estamos?

—No, no estamos — dijo molesto.

Roma se dio cuenta de que el color ambarino de los ojos de él, se estaba transformando, lentamente, en verde terroso.

—Me importa una mierda lo que creas, yo ya había hablado al respecto. ¡Yo ya había solucionado las cosas! — Exclamó, hincando un dedo en el pecho de él.

— ¿Te pensaste que nos íbamos a quedar de brazos cruzados?

—Vos no deberías haberte enterado hasta anoche—. Dando media vuelta, exclamó para sí: —¡ Qué estúpida soy! Creer que por primera vez se limitaran a abrazarme en vez de querer solucionar mis problemas...— finalizó su monólogo, golpeándose con la palma abierta uno de sus muslos.

— ¿Qué clase de hombre sería si no te protejo?

—Uno no tan neanthertal — replicó.

— ¿Te enoja eso o darte cuenta de que sé que me mentiste?

— ¿Yo te mentí?

—Estuve todo el día con tu hermano y sé que no discutió con Ángela — siseó y continuó: — ¿Dónde estuviste? — Gatilló la pregunta, crédulo de que ella iba a corroborar sus especulaciones.

— ¡No te importa una mierda! Pero, te lo voy a decir — dijo, haciendo trabajar a su cerebro a la velocidad de la luz, rebuscando algo creíble, retomó: —Estuve con Ángela, hablando de lo que me pasó. Intentando no sentirme sucia cuando me tocaras, porque realmente deseaba ese momento ¿feliz?

Doña Mirna los observaba discutir perpleja, con la intensidad que ellos emanaban envueltos en su propia burbuja, se habían olvidado de ella.

Eric la vio partir, sintiéndose el peor ser humano sobre la faz de la tierra. Cuando reaccionó, ella había desaparecido. Sacando su celular, buscó el número de Pietro y lo llamó. Sin dar muchas vueltas, le contó lo sucedido y la respuesta que ella había dado, sin mover las manos de su lugar, sin parpadear de más.

Hundido en la derrota, siguió el consejo de su, hasta ahora, cuñado, en no buscarla de inmediato y brindarle su espacio. Le había asegurado que ella era como la espera en los momentos críticos, de cuarenta y ocho a setenta y dos horas, ése tiempo demoraba su enojo en descender en la escala del termostato.

Mientras tanto, Roma, iba camino a la casa de Ángela para contarle lo sucedido. Necesitaba ponerla en alerta y prepararse para la regañina que se le venía, por no contarle lo que había sucedido con León.

Tras recibir el mensaje confirmando que se encontraba en casa, Roma, sintió que el alma le volvía al cuerpo.

Como se había olvidado la mochila en el auto de Eric, Ángela debió pagarle el taxi.

Acomodadas en medio de la cama de ella, sentadas en indiecito, con infinidad de chocolates entre medio de ambas, procedió a contarle todo con lujos de detalles. Como era de esperar, la quiso matar cuando llegó a la parte de León; asegurando que era algo previsible por cómo él se comportaba con ella. Su amiga se quedó pasmada cuando Roma le contó la parte de la pelea con Eric y la forma en la que había dado vuelta las tornas.

—Te juro que, a veces, me das miedo — aseguró, riendo.

—Sabés que no podía decirle la verdad, ya me pesa que vos lo sepas. No quiero a los míos metidos en problemas...

—Yo estoy adentro, conozco la movida y soy tu chofer —le dijo, intentando tranquilizarla.

—En fin, eso es todo...— suspiró, llevándose un pedazo de chocolate a la boca.

— ¿Cómo que todo? Quiero detalles de tu fin de semana, es la primera vez que, una de las dos duerme con alguien —dijo pestañeando varias veces seguidas.

Roma, comenzó a relatarle desde que ella la dejó, omitiendo los detalles del encuentro amoroso, sólo lo primitivo que había sido cuando le rompió el vestido. A pesar de que se enojó, porque se lo dejó hecho un trapo, realmente le pareció sexy. Le habló sobre su despertar poco glamoroso, ocasionando que su amiga gimiera espantada, pero se emocionara ante la ternura de él. Le narró sobre la visita a casa de los padres de Eric, del escrutinio al que la sometieron y de los pequeños, propuesta de noviazgo incluida del sobrino y del tío, que había aceptado la primera y dejado en espera la segunda.

—Demasiado buenita fui, con el muy infeliz — replicó, provocando que Ángela revolee los ojos.

—Banca que me llama tu hermano — le dijo, mientras atendía el llamado de Pietro. Impresionada quedó ante el sonido personalizado que Ángela le había puesto: “I just want to make love to you” de Etta James.

—Sí, Pietro, está conmigo. No, no te podía decir por obvias razones... Lo sé... No, no quiere hablar con vos... Ajam, bueno, le digo... Sí, sí... No, esta noche no... Besito... Sí, yo también. No lo sé, chau —. Escuchó que le decía a su hermano. Cuando le preguntó qué estaba pasando, ella le contó todo lo sucedido con Pietro y con Jonás. Sin dar c—Sos malísima — le dijo, riendo, Ángela.

rédito a lo que estaba escuchando, no sabía si impactarse más con saber que Ricardo era el Richie de Jonás o que ella se le declarara a su hermano, y éste, después de meter la pata, la estuviera remando, logrando que ella afloje.

—Y ahora, además de disculparse por cómo me trató el viernes, quería saber si estabas acá— finalizó suspirando.

—¿Ya te puedo decir cuñada?

—Todavía, no — respondió pícara.

Continuaron poniéndose al día y trazando los planes de venganza, acordando llamar a Jonás y unirlo al plan maestro.

—Espero, que no sea el troglodita de Eric — suspiró, mientras tomaba el teléfono, que había comenzado a sonar. No, no era Eric, se trataba de Alan.

—Lobita — la saludó, apenas ella atendió.

—Alan — murmuró, resignada a su peor pesadilla.

—Esta noche hay carrera.

— ¿Tan seguida de la anterior? — Se extrañó, poniendo en el mismo estado a Ángela.

—Tengo mis conjeturas al respecto, el lugar es otro, anotá.

Cuando Alan le cortó la llamada, Roma se quedó mirando el papelito.

—Menos mal que le dije a tu hermano que hoy, no iba a poder.

Tomando una mochila de Ángela, prestada, guardó el traje ignífugo que había quedado en poder de su amiga.

Se pasaron el día tomando sol, charlando, pintándose las uñas y haciéndose limpiezas faciales. Un día típico de chicas.

Al caer la noche, Roma llamó a su madre y le informó que iba a salir a comer con Ángela; que todavía seguía enojada y que iba a volver a dormir a su casa.

Se engalanaron como para ir a un pub, Roma con un micro vestido a rayas horizontales blanco y negro, mangas tres cuarto, unas sandalias altísimas, taco aguja, color plateadas y toda la pulseras y cadenas que Ángela le prestó. Se delineó apenas los ojos y se pintó los labios de rojo.

Su amiga, había optado por unos shorts de jean, ajustados y extremadamente cortos, una musculosa blanca, con unas alas bordadas en mostacillas doradas en la espalda. Rematando con unos stiletos negros, charolados, igual de altos que las sandalias.

Sin dar demasiadas explicaciones, se marcharon.

Cuando, según el GPS, estaban a cuerdas de llegar, pasándose al asiento de atrás, Roma cambió el vestido por su traje de carreras. Ángela, antes de bajarse, se puso unas chatitas.

Al llegar al circuito, se encontró con Augusto, quien la puso al tanto de la tabla de posiciones en las apuestas. Como era de esperar, con las dos carreras ganadas, ella, lideraba la punta.

Se acercó a Alan y, muy a su pesar, lo tomó de la mano y lo apartó para poder hablar sin ser escuchados.

—¿Qué mierda pasa, Alan? — Preguntó, dulcemente, aunque sus ojos tiraban dagas afiladas.

—Esta carrera es una trampa de El Gran Jefe — respondió, corriendo un mechón de pelo de su rostro.

Mientras jugueteaba con la punta del mismo mechón, le contó sus suposiciones. Alan sostenía, que la carrera estaba armada para descubrir al que los vendió que por esa razón, Ángel, había preferido mantenerse al margen. También le contó que al Mono, lo habían degollado y que, ahora, necesitaban hacerlo quedar como el culpable.

Entendiendo la situación, Roma, a penas se relajó. Muy por debajo de la capa de acero, que eran sus nervios, presentía que algo malo iba a suceder.

—Me muero por besarte — le susurró Alan, a escasos centímetros de su boca.

—Me das asco ¿entedés? — dijo, molesta, dejándolo con el corazón roto.

Subiéndose a su moto, se puso el casco y aceleró hasta la línea de largada. Ubicada en la primera línea, en tercer lugar, aguardó a la señal. Augusto, se encontraba a la derecha de ella y, haciéndole el típico jugueteo de acelerador, la saludó.

Revoleando los ojos, Roma, se concentró en la chica de la corneta. Cuando alzó el brazo, puso primera; al sentir el sonido de largada, soltó el embrague con precisión y salió a toda velocidad. Frenética cambiaba las marchas, esquivaba las patadas que le tiraban y algunas manchas de aceite; bajaba los cambios en las curvas y se recostaba sobre el asfalto para pasarlas.

Al costado de la pista, Ángela estaba más nerviosa de lo normal; no había podido darle la bendición. De todas maneras, rezaba a todos los santos conocidos. Incansable, repetía las plegarias, con los ojos cerrados, hasta que el grito desesperado de Alan, la paralizó.

Por alguna razón que le era imposible descifrar, Roma no había visto una mancha de aceite. Como el trayecto era recto, iba a máxima velocidad, cuando comenzó a perder el dominio de la Yamaha. Lo

máximo que pudo maniobrar, fue recostarse y dirigirla al descampado. El impacto contra el suelo, la hizo gemir de dolor; el golpe en seco, provocó que el casco se fisurase. La moto iba delante de ella, hasta que se trabó con un tronco caído, frenando de golpe, cortando su trayectoria volvió a impactar con fuerza contra el asiento, castigando su cabeza contra el tanque de nafta. Al encontrarse fisurado, el casco, no pudo absorber completamente el golpe, partiéndose por la mitad.

—Siento las piernas...— murmuró aliviada, mientras se sacaba el casco partido y, con dificultad, buscaba ponerse de pie. Era un solo quejido, un solo rosario de malas palabras y un mar de lamentaciones al ver la moto destrozada.

— ¡Loba, Loba! — Sintió que Augusto, la llamaba. Con una mueca de dolor, levantó el brazo, haciendo señas de que estaba bien con el pulgar. Augusto se olvidó de la carrera y fue a socorrerla, muy despacio, examinó apenas para ver cómo estaba.

—Estoy bien, Augusto, en serio — susurró adolorida. <<Bien, bien hecha mierda>> pensó, riendo apenas.

— ¿Qué pasó?

—No vi la puta mancha de aceite— gimió, al ver a Ángela que se acercaba llorando histérica.

— ¡Lobaaaa! — Gritó, abrazándose a ella, mientras descargaba su histeria y miedos. En los años que la había visto correr, jamás, la había visto caer.

—Estoy bien — le aseguró, con un quejido de dolor. Aprovechando el momento, Alan, la abrazó y la llenó de besos. Al igual que Ángela, era la primera vez que la veía caer.

—Bueno, basta...

—Escuchame bien, hijo de mil putas — le increpó Ángela a Alan.

—Princesa — le advirtió, Roma.

—Quiero la cabeza de quién no cuidó la pista ¿estamos?

Alan se limitó a asentir.

—Nos vamos —le dijo Ángela a Roma.

Rengueando, fue incapaz de oponerse; y menos con el nivel de ira que cargaba Ángela.

Al costado del auto, Ángela la ayudó a desvestirse y chequeó que no tuviera raspones.

—¡Qué susto, la puta que te parió! —Le espetó, mientras la ayudaba a vestirse.

—Me duele todo el árbol genealógico.

—El moretón, tamaño enorme, que te va a salir...

—Por suerte no estoy quebrada...

—Ni muerta — dijo, haciendo un mohín, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas.

—Shh, no llores, estoy bien...— la consoló, abrazándola.

—Estás bien, bien hecha pelota, ridícula.

—¿Cómo mierda explico el golpazo? — Preguntó, desviando el tema de conversación. En esos momentos, lo mejor, era desviar la mente de su amiga hacia algo más útil que suposiciones trágicas.

Sin decir nada, Ángela, buscó el celular en la cartera que le había prestado y lo aventó con fuerza contra el pavimento.

—¡Te volviste loca! — Gritó Roma, mientras observaba, perpleja, su teléfono estallado en el suelo. Sin develar lo que estaba pensando, Ángela, tomó la sandalia plateada, derecha y le quebró el taco.

—Te acabas de caer en las escaleras del Surfish — explicó, dando a entender la justificación del golpe, con uno de los pubs de moda, que tenía unas escaleras de mármol eternas. —Ah, y me debes unas Oscar de la Renta, de mil ciento noventa dólares— le dijo, zanjando el tema, entrando en el auto. Roma se quedó petrificada, repitiendo el precio de las sandalias.

—¿Acabás de sacrificar unas de la Renta? —Preguntó, pasmada, con la sandalia de diseño, soberbio, en la mano.

—Quiero unas nuevas, esas te las llevas al zapatero y te las quedas, no me importan — respondió, seria.

— ¡Hija de Zeus! ¡Que son unas Oscar! — exclamó, haciendo un mohín, mientras desolada, miraba la sandalia rota. La pedrería del empeine, estaba diseñada al punto de parecer una ola de mar, envolviendo el pie, haciendo pura y exclusivamente eso como agarre y el talón en plata. La iba a matar por prestarle algo así y a desintegrar por romperlas. Pero Ángela era así, no le importaba absolutamente nada, todo lo que tenía, lo brindaba a la causa. Entre ellas, siempre había sido así.

Después de pasar por un hospital y relatar la mentira, le realizaron un par de placas y no le encontraron absolutamente nada. Más relajadas, volvieron hacia sus casas. Ángela la dejó en la puerta y se marchó.

Cuando entró en su hogar, su hermano estaba solo frente a la play.

—Hola, traidor — lo saludó.

— ¿Qué carajo te pasó? — Inquirió asustado, al verla con el taco en la mano, haciendo muecas de dolor al caminar.

— ¿La ma y el pa?

—Salieron a un evento. Respondé.

—Me caí por las escaleras del Surfsh —mintió y acto seguido, vomitó sobre la sala.

—Vamos al hospital — ordenó.

—Fui antes de venir y no tengo nada — dijo, intentando reprimir una arcada.

—Te sangra la nariz, nos vamos ya— sentenció, mientras la tomaba en brazos y le suplicaba que no se desmayara.

En el auto, saliendo a prisa, buscó entre sus contactos el número de Eric.

—Eric, mi hermana se cayó por unas escaleras, tiene vómitos y le sangra la nariz — informó apenas él respondió. Intentando alejar los miedos y mantener la calma, pero el nudo en la garganta, le oprimía hasta el corazón.

—Llévala al Carson, en dos minutos estoy — dijo y cortó.

Eric, corrió agarrando las llaves del Audi, rápidamente se subió al auto y, mientras marcaba el número de Santino, arrancó a toda velocidad.

—Te quiero en el Carson, urgente — ordenó.

Cuando Pietro y Roma llegaron, Eric los estaba esperando. Cual tigre enjaulado, se paseaba de un lado al otro. Apenas el auto frenó, Eric, tomó entre brazos a Roma, la depositó en una camilla y entró corriendo, sin quitar los ojos de ella, dirigiéndose a urgencias.

— ¡Quiero resonancias del cerebro, placas y tomografías! — les ordenó a las enfermeras y a algunos médicos de guardia.

Asombrada de estar en ese hospital, Roma, no podía articular palabra. Con pericia, las enfermeras le sacaron las pulseras y las cadenas, y se las entregaron a Pietro.

— ¿Te golpeaste la cabeza? — Le preguntó serio, Eric, mientras comprobaba la reacción de sus pupilas con una linterna.

—No recuerdo — mintió, reaccionando al estímulo de la luz.

— ¿Cómo te caíste?

—Se me fue el pie en las escaleras del Surfsh y rodé —murmuró, sintiendo que el sueño la acechaba.

— ¡No te duermas, Casalego, te lo prohíbo! — Exigió.

—Sos tan sexy en el papel de Doctor mandón — confesó, haciendo reír a las enfermeras. —No me duermo— le aseguró.

—¿Recibiste asistencia médica?

—Sí, en el Santa Clara.

—¿Qué diagnóstico te dieron? — Preguntó, mientras la ayudaba a acomodarse en la camilla de la Tomografía de Axial Computarizada.

—Que no estaba quebrada, Ángela tiene las placas.

Eric, sin dudar, les iba a poner una demanda. Hizo la nota de corroborar el nombre del médico de guardia en turno, en el margen superior de la planilla que iba llenando con los resultados de los contrastes que emitía la máquina. Aliviado corroboró que no tenía hemorragia alguna, ni hematomas. Lo terminó de comprobar con la resonancia magnética. Pasó a chequear la médula espinal y estaba intacta. Pero, para descartar cualquier lesión, la derivó a todos los especialistas, incluido Santino. Le realizaba las preguntas rutinarias, relacionadas con sus datos personales, además de ser un chequeo más simple para quedarse tranquilo y descartar todas posibilidades, los necesitaba rellenar la ficha de ingreso al hospital; mientras le enviaba un mensaje a su padre para que diese la orden de preparar una de las habitaciones VIP.

Por órdenes de Eric, Pietro llamó a Ángela y le pidió las placas que le realizaron en el hospital.

Incrédula ella llegó con las placas, blanca como el papel.

—La dejé bien — murmuró, mientras se abrazaba a él y comenzaba a llorar.

—Lo sé, pero pasó después de que entró a casa — la tranquilizó, Pietro, mientras se enderezaba al ver a Santino acercarse corriendo por el pasillo.

— ¿Tienen las placas?

—¿Está todo bien? — inquirió, asustado Pietro.

—Sí, pero Eric es un sargento dando órdenes— dijo, tomando las placas de las manos de Ángela y volver a la carrera por donde había llegado.

Juntando valor, llamó a sus padres y les explicó lo sucedido.

Cuando el matrimonio Casalegno arribó, con cargo de conciencia, Ángela les pedía disculpas. Giulio la envolvió en sus brazos y le aseguró que no era su culpa, que ella había hecho lo correcto y que con Nina, siempre era un tema salir algún lado, porque terminaba golpeada seguro. Entonces, le recordó la vez que eran niñas y habían ido al campo, cuando se había abierto la cabeza y, encima, le había exigido al doctor que la cosiera prolija.

Pietro, se sumergía en los recuerdos que evocaba su padre, aferrándose a las manos de su madre.

—Estoy tan orgullosa de vos, hijito —le susurró Magdalena, mientras limpiaba la huella de una lágrima.

—Me muero si le pasa algo, ella es mi hermanita — confesó, parpadeando, para borrar las lágrimas acumuladas en sus ojos.

Ya había pasado una vez por esto, su hermana ya había tenido un golpe de cabeza años atrás y se había fisurado el cráneo. Esa vez el pánico había sido peor, porque él no la había podido asistir, directamente había recibido el mismo llamado que él le había hecho a sus padres. Se sentía responsable, se sentía culpable porque las últimas palabras de su hermana habían sido “traidor”. No, él no había querido traicionarla, eso jamás, pero ella estaba enojada; por eso había salido y se había caído. <<Perdón, Nita. Por favor, no me dejes sorella>>, suplicaba, una y otra vez mientras su madre lo abrazaba.

—Es cabeza dura, no le va a pasar nada— consoló a su pequeño, con la esperanza a la que se aferra una madre, cuya hija, está siendo sometida a exhaustivos estudios.

Quedando cien por ciento satisfecho, Eric, salió a brindarle los resultados a Pietro.

En la sala de espera, se encontró con su cuñado y con sus suegros. <<Linda forma de conocerlos>>, meditó con ironía, mientras se acercaba.

— ¡Eric! — Exclamó Ángela, al verlo aparecer escoltado por otro doctor.

—Eric, ellos son mis viejos — lo presentó Pietro.

—Señores Casalegno, soy el doctor Carson...

—Es el novio de Roma — dijo Pietro.

—Después vemos los títulos ¿cómo está? — Los cortó Magdalena, al borde de un ataque de nervios.

—Su hija, no está en peligro — aseguró, antes de pasar a explicarles el diagnóstico, porque se había

percatado de que su suegra estaba al borde de un ataque de nervios. Magdalena largó un suspiro de alivio, sin darse cuenta de que estaba llorando.

— ¿Y el vómito y la sangre? — inquirió, Pietro.

—Les voy a pasar a explicar el diagnóstico — dijo con calma, mientras les hacía señas para que tomaran asiento en los sillones, mientras él se sentaba en la mesita ratona, frente a ellos. —Lo que Roma tiene, es un Traumatismo de Cráneo, cerrado. Realicé cuantos estudios hay en el campo de la medicina, para quedarme tranquilo y no hay hemorragia, ni hematomas— aseguró. Les explicó, que los vómitos al igual que el sangrado en la nariz, se debían al cimbrón del cerebro al recibir el golpe. Pero que eran síntomas normales, al igual que la sensibilidad a la luz y mareos que iba a tener durante un par de días. Les informó que, para tranquilidad de todos, la iba a dejar ingresada setenta y dos horas, en observación. Y los puso al tanto sobre la demanda legal que le iba a iniciar al hospital Santa Clara y al médico de guardia que le brindó asistencia.

—Quiero una habitación privada para mi hija — exigió Giulio.

—No se preocupe, la están instalando en una—intervino Santino, por primera vez.

—Roma hace cuatro años atrás, se accidentó fisurándose el cráneo —le informó a Eric, Magdalena, mientras se estrujaba las manos nerviosa.

Con mucha tranquilidad Eric, les aseguró que él, personalmente, iba a mantenerla controlada. Porque sabía bien que, las secuelas en los golpes de cabeza, siempre aparecían después.

— ¿Cuándo podemos verla? — Preguntó, Pietro.

—Ahora, cuando la terminen de instalar —dijo, mientras se ponía de pie. Todos lo imitaron y Pietro lo abrazó, susurrándole un agradecimiento.

—Quizás no ahora, pero en otro momento, sepa que me gustaría hablar con usted, Señor Casalegno— dijo, mientras recibía el apretón de manos de Giulio.

—Ahora, me parece buen momento — aseguró Giulio.

Eric, le hizo una seña a Pietro, indicando que él también los siguiera. Los guió hasta su despacho y llamó a su padre para que se reuniera con ellos. Ubicando a los Casalegno frente a su escritorio, los Carson se sentaron del otro lado. Les ofreció un whisky, irlandés, por supuesto y, del cajón de su escritorio extrajo una caja de puros y les ofreció. Al ver la marca de los puros, Giulio sin dudar, tomó uno. Se recostó sobre el asiento y, levantando una ceja, esperó a que el muchacho hablase.

—Quiero dejar en claro mis intenciones con su hija—comenzó, sin preámbulos, Eric, en un tono de voz calmo y seguro. Actitud que a Giulio le agradó.

—Te escucho —dijo, intentando ponerlo nervioso.

Carson Padre, no pudo evitar sonreír ante la actitud de Giulio Casalegno, como padre de una mujer, lo entendía.

—Mi intención es pasar el resto de mi existencia con su hija, es por eso que solicito su bendición— expuso con firmeza y convicción, mientras le sostenía la mirada al padre de Roma, sin amilanarse.

Giulio continuó observándolo, mientras cortaba una de los extremos del puro y lo encendía, con una parsimonia deliberada. <<Me gusta, realmente me gusta como yerno>>, meditó.

—¿Qué pasa si no te doy la bendición? — Preguntó desafiándolo, incorporándose y entrelazando los dedos sobre el escritorio de él, tras unos largos minutos en el que se mantuvo en silencio.

—Va a tener que soportar el gusto amargo, de ver mi genética en sus nietos. Sentenció, imitando su postura, arqueando la ceja de la cicatriz. Dando a entender que la conversación, era una mera formalidad que, a fin de cuentas, no le interesaba el beneplácito para compartir su vida con Roma.

El ambiente se tensó, ambos se retaban con la mirada bajo la inquietud de los espectadores. Letárgicos segundos después, de ese silencio ensordecedor, Giulio relajó su postura en la silla y comenzó a reír, mientras negaba con la cabeza. Eric, no se movió de su postura pero, relajó el semblante.

—Te concedo el honor de ser el compañero de mi hija, sólo si ella te elige, muchacho — respondió, antes

de darle una calada al puro.

—Así sea — dijo sonriendo, Eric.

—Desde ya, te aviso, no va a ser fácil — le advirtió, Giulio, casi compadeciéndose de él.

—Jamás esperé que lo fuera — replicó Eric, encogiéndose de hombros.

—Mi hermana, es la combinación entre: una dulzura terrible y un carácter de mierda— señaló Pietro, haciendo reír a todos.

—Ése es el encanto de ella — aseguró Eric.

—Slinte — brindó Tristán Carson, a la salud de la unión entre las familias.

—Abbondanza— imitaron los Casalegno.

Y los cuatro, de un trago, se terminaron la medida de whisky.

Magdalena vio regresar a su esposo, sonriendo, junto a su hijo; acompañado del doctor Eric Carson y otro doctor más que, supuso, era más o menos de la edad de su marido.

— ¿Todo bien? — Preguntó, cuando llegaron hasta donde ella estaba.

—Sí, amore— le aseguró Giulio, mientras le depositaba un beso en la frente. Ella le preguntó con la mirada qué estaba pasando, y Casalegno le respondió, de la misma manera, que después le contaba.

— ¿Podemos pasar a verla? — Preguntó Ángela.

—Ahora, Eric nos lleva — respondió Giulio, con una sonrisa cómplice, dirigida a su nuevo yerno.

<<Con que Eric, ¡eh!>>, pensó Magdalena, ante la referencia de su esposo.

En la habitación, Roma, ya se encontraba ataviada con el clásico vestidito de hospital y charlaba muy animadamente con una enfermera, que le estaba colocando el suero por donde pasaban los calmantes, se notaba a leguas que era una de las más veteranas.

—No, no hace falta la venda en la cabeza —Le explicaba Teresa, entre risas a Roma.

— ¿No podrían hacer una excepción? — Se empecinó, en un tono lastimoso, poniendo sus ojitos de Bambi. — ¡Pucha! —exclamó cuando la enfermera volvió a negar.

Eric, carraspeando para hacer notar su presencia, interrumpió. Cruzando los brazos a la altura del pecho, inquirió con la ceja alzada, el reporte de lo que sucedía. Mientras Teresa le contaba, la descabellada idea de la jovencita de que le vendaran la cabeza a pesar de no ser necesario; Roma se contemplaba las uñas.

— ¡Siempre lo mismo! —Exclamó Pietro. — Cada vez que se golpea, exige una venda — agregó.

— ¿Es de golpearse muy seguido? — Preguntó preocupado, Tristán.

—Es que, pobrecita, no aprendió a caminar bien— se compadeció, falsamente, Pietro.

— ¡Bastardo! — le gritó Roma.

—Es la verdad... te torpezas hasta con tu propia sombra—replicó, provocando que ella le saque la lengua.

—La terminan o se van al auto — los reprendió, Magdalena.

—Yo no puedo, mamá, el Doctor me tiene secuestrada.

La respuesta de Roma, hizo que su hermano se ría.

—Poné orden Giulio — ordenó a su marido, sintiendo que el alivio entraba a su cuerpo. Su hija estaba bien física y anímicamente; esa confirmación, le quitó la opresión del pecho. Siempre sucedía lo mismo con su niña, era tan despistada o torpe, que a menudo terminaba lastimada y ahí marchaban al hospital. Mientras ella estaba con el Jesús en la boca, su hija, se la pasaba haciendo chistes; incluso en los momentos más críticos, cuando despertó del pequeño estado de inconsciencia en el que estuvo cuando se accidentó.

—Bienvenido a la familia — le dijo Giulio, suspirando, mientras le palmeaba la espalda a Eric.

Teresa no se perdía detalle de la mirada de Eric, el amor profundo con que miraba a la muchacha. Era la

primera vez, que lo observaba contemplar a una mujer con absoluta devoción. Mientras la ayudaba a cambiar, pudo entablar un diálogo con ella; era tan fresca y tan sencilla, tan diferente a lo que él estaba habituado, que no tuvo dudas en afirmar que estaban hechos el uno para el otro.

Pietro se acercó hasta su hermana y sentándose en su cama, la abrazó. Se demoró, sintiendo el latido del corazón, golpear contra su pecho, a un ritmo constante; inspiró el aroma que ella desprendía, llenándose de paz. <<Está bien, sana y salva>>, se repetía, mientras una lágrima, besaba su mejilla.

—Sto bene, caro — le susurró, acariciando su cabeza, consolándolo, intuía el pánico de su hermano.

Pietro escuchó el susurro en italiano de su hermana, su particular forma de articular que “estaba bien”, sacó otro bloque de cemento que le oprimía el alma.

—No me asustes más — le ordenó, mientras se alejaba un poco, para poder clavar sus pupilas turquesas en las negras de ella, agarrándola con ternura de las mejillas.

Los padres de Roma, le aseguraron que se cambiaban y volvían. Antes de despedirse, Ángela, le suplicó lo mismo que Pietro.

Su suegro se acercó a saludarla y a chequear como estaba. No porque no confiara en el examen de su hijo, pero algunos hábitos, estaban demasiados arraigados.

—¿Cómo estás, Belona? — Le preguntó, Eric, cuando se quedaron a solas.

—Estaría mejor con una venda en la cabeza — respondió, haciéndolo reír.

— ¿Estás cómoda? — Preguntó, mientras se acercaba a acomodarle las almohadas, besando suavemente su frente.

—Sí, perfecta —sonrió para tranquilizarlo. — ¿Me tengo que quedar toda la noche despierta? —bostezó.

—Podés dormir pero te voy a despertar cada cierto tiempo, para chequearte por las dudas — le advirtió.

—Entendido — dijo, mientras se acomodaba y cerraba sus ojos.

<<Dormí, amor mío, yo te cuido>>, pensó, mientras se acomodaba en el sillón al lado de ella, y se preparaba para velar su sueño.

Capítulo 14

El cielo nocturno estaba despejado, las estrellas brillaban en el firmamento sin luna. La noche, era la clásica veraniega en la que no corría una gota de aire, haciendo dificultoso el respirar, la humedad era envolvente, asfixiante, intolerante.

En un gran descampado, El Gran Jefe, maldecía mentalmente el hecho de llevar saco puesto, con el fin de esconder su pistola; él jamás salía sin ella, menos cuando se encontraba reunido con su informante.

— ¿Qué averiguaste? —Inquirió, sin preámbulos, mientras se secaba apenas el sudor de la frente con un pañuelo. Anhelaba volver a su coche con el aire acondicionado.

—Lo que nos temíamos jefe, El Mono cantó antes —comenzó a decir, el infiltrado en la policía. Le contó,

que había escuchado al jefe a cargo del operativo, un tal Perales, decirle a otro que la redada la había organizado de acuerdo a lo hablado con el Mono. Incluso, el pulmón que iba a venderle se lo habían proporcionado ellos mismos y, para colmo, estaba en mal estado.

<<Aparte de soplón, estafador el hijo de puta>>, pensó Román, mientras escuchaba al muchacho. Estaba seguro de que El Mono, se iba a quedar con el dinero obtenido o, al menos, una parte.

— ¿A quién más tiene metido Perales?

—A nadie más — le aseguró.

Román, tenía en claro que no iba a demorar mucho en meter a alguien otra vez. Tenía que andar con demasiado cuidado, para su gusto.

Encima de todo, se tenía que ocupar del encargado de mantener más o menos decente el circuito. La caída de la Loba, le había hecho perder demasiado dinero. Sí, ella era su apuesta segura. A pesar de no conocerla, la admiraba. En algún momento de su juventud, había anhelado correr en motos pero, jamás tuvo la oportunidad. De no ser porque Alan la había vuelto a mencionar, él, se habría olvidado de la existencia de ella; tantas cosas sucedían de un día para el otro, ni pensar en el período de cuatro años. Apenas el muchacho la nombró, enumerando sus proezas, se le vino el recuerdo al instante y, no pudo resistir la tentación de volver a ganar, un suculento extra, con ella.

Sin más para agregar, le pagó al informante y se marchó.

Agradecido de refugiarse en un lugar fresco, le dio la orden a su chofer de que se pusiera en marcha hacia su oficina.

Cuando llegó al galpón, pasó directo a su despacho. Antes de dejarse caer en su sillón, sacó su pistola de la cinturilla trasera de su pantalón y con delicadeza la dejó sobre el escritorio. Se desplomó en el asiento, se encendió un cigarrillo y, tomando su semiautomática, le hizo una reverencia. Amaba su pistola SIG Sauer P226. Contempló los ciento noventa y seis milímetros de longitud, detallando los ciento doce milímetros del cañón que tantos problemas le había solucionado, cuando no le quedaba más remedio que resolverlos por mano propia. Siempre sostenía que su pistola, era la única cosa fiel y estable que tenía su vida. Jamás se atascaba, no era fácil de disparar y era letalmente precisa. Extrajo el cargador y contó, quince balas nueve milímetros, Parabellum. Siempre se aseguraba de tener el cargador lleno y de repuestos en el auto, nunca se sabía qué iba a suceder, el destino era incierto.

Exhalando el humo, como un suspiro, volvió a cargar la SIG, le puso el silenciador, contó hasta diez e hizo pasar a tres de sus hombres. Uno de los cuales, era el encargado de mantener decente el circuito.

En silencio se dedicó a observarlos, a intimidarlos con el mutismo. Adoraba esa parte de su trabajo, el generar temor y por supuesto, el estatus y seguridad que el poder brindaba.

Se reclinó en el sillón, sin despegar su mirada de ellos, le dio una larga calada al cigarro y expulsó el humo lentamente.

—Detesto las imperfecciones — sentenció calmo, a través de la cortina de humo que no se había disipado, mientras tomaba la SIG y apuntaba hacia el hombre situado en el medio; dos segundos después, caía inerte, con un agujero entre ceja y ceja.

—Si no quieren un tercer ojo, ustedes también, que no se repita el error ¿está claro? — dijo muy tranquilo. —Quiero que limpien todo y desaparezcan el cuerpo. Sapo, quedás a cargo del circuito; Oso, prolijidad ésta vez — ordenó a los dos que quedaban en pie, mientras se levantaba con lentitud, quitándole el silenciador a la pistola para guardarla e irse.

El auto daba vueltas, de manera violenta, sentía como los cristales cortaban su cara y quedaba

prisionera del cinturón de seguridad. Su cabeza golpeaba con fuerza, el airbag explotó, cambiando el escenario; ahora sentía cómo se deslizaba, incapaz de frenar, a una velocidad vertiginosa, sin casco, frenando de golpe impactando contra el tanque de nafta.

Los murmullos le llamaron la atención a Eric, haciendo que se incorpore en el sillón y se acerque a verla. Había pasado una hora y media desde que Roma se había dormido, constató mirando su reloj de pulsera. Algo ininteligible repetía sin cesar, mezclado con sollozos, las lágrimas brotando sin parar, recorriendo sus mejillas.

—Roma — la llamó suavemente, mientras le secaba el rostro.

—Por favor, mami, por favor no te enojés — dijo con claridad, entre sollozos.

Eric continuaba llamándola, aumentando apenas el tono de su voz, para no asustarla.

Con un grito desgarrador Roma se incorporó, sorprendentemente, aferrándose al primer cuerpo sólido que se interpuso entre ella y el vacío. Inspirando, profundamente, inundo sus sentidos con el perfume de él con esa sutil mezcla a hospital; provocando que comenzara a relajarse. Se dejaba sostener por esos fuertes brazos, se acurrucaba bajo el calor envolvente que emanaba y lo transformó en su refugio. Absorbió cada una de las caricias que él le prodigaba y se meció al ritmo de su voz, que le aseguraba que había sido sólo un mal sueño.

Despacio, se fue recostando bajo la atenta mirada de él.

—Creo que el hospital, me trajo recuerdos — murmuró apenada.

— ¿De tu accidente? — Preguntó con suavidad.

Roma asintió, apretando los ojos con fuerza, vaciando el aire de sus pulmones, con resignación.

Eric, deslizó con suavidad su dedo índice por el ceño de ella; con la intención de que se aflojara, casi sin intención, comenzó a recorrerle todo el rostro, delineando sus rasgos. Adorando su boca, dibujaba el arco de Cupido con deleite, continuando por sus pómulos altos y acentuados. La pequeña elevación en el tabique, cerca del ceño, le daba demasiada ternura, pero sin dudas era lo que más personalidad le daba a su rostro. En realidad, lo que más lo enloquecía, eran sus cejas; esas le imprimían carácter a esa mirada de pupilas negras, de pestañas largas. Su mirada lo enloquecía, mientras que su boca lo tenía fascinado. Se sentía capaz de contemplar esos ojos y jamás tener suficiente; al igual que con su boca, nunca quedaba satisfecho con un beso.

— ¿Querés que te cuente? — Preguntó ella, abriendo sus enormes ojos negros y besando la yema del dedo índice de Eric.

—Sólo si vos querés...

Asintiendo apenas, le pidió ayuda para incorporarse en la cama. Roma, buscó la mano de él y comenzó a jugar con sus dedos; haciendo a tiempo, seleccionando qué decir.

—Descubrí a mi novio con otra en la cama — comenzó a decir, con calma, optando por la versión resumida de la historia, sin exponerse demasiado. Le contó que había encontrado a su novio en la cama con otra, con una modelo, para más señas; y que había escuchado cómo él las comparaba, elevando a la mujer que le abría las piernas y enterrando a la estúpida, que le había dado tres años de su vida. Confesó que realmente, lo que le había dolido, era el hecho de que él la hubiese subestimado. Rió sin ganas cuando llegó a la parte en la que Alan, la había encontrado fumando en la cocina, mientras ellos salían como Dios los trajo al mundo de la habitación. Describió cómo su ex, se había quedado petrificado, con la mirada cargada de culpa; mientras que la fulana, sonreía triunfante. Indignada le dijo, que el muy imbécil, había utilizado la típica frase de “no es lo que parece” y, que ella, estaba imaginando cosas.

Eric la observaba, ella en ningún momento dejó de acariciarle los dedos de la mano o dibujar las líneas de la palma. Desviando la mirada apenas al tomar aire o dar énfasis en ciertos puntos de vista.

—Entonces agarré las llaves de su auto, sin que se diera cuenta, anunciando que todo había terminado — mintió parcialmente, y comenzando a describir el accidente, la forma en que había perdido el control del

auto. —Las pesadillas siempre son en la misma parte, cuando el auto comienza a dar vueltas y entro en pánico — finalizó con un suspiro.

Eric, tomó con delicadeza las manos de ella y depositó un largo beso en los nudillos.

—Ahora entiendo porqué tu papá, no te quería comprar el auto — le dijo sonriendo, aún con los nudillos de ella sobre sus labios, mirándola a través de sus pestañas rectas.

—Ya no manejo mis impulsos por medio de la velocidad.

— ¿Con qué frecuencia sueñas con el accidente?

—Hacía cuatro años que no soñaba con el accidente — respondió y le pidió por favor que le alcanzara, de su mochila la libreta negra.

Sin querer, se le resbaló de las manos, cayendo abierta, desparramando algunas hojas y carteles hechos con papel y resaltadores.

—Manos de manteca — se burló ella, provocando que él la mirase por encima del hombro, arqueando la ceja de la cicatriz.

Dentro de todos los papeles que tenía en la agenda, había uno que le llamó la atención. Con letra de imprenta, redondeada y prolija, rezaba a modo de título:

“¿Es demasiado pedir? Lo encontré en internet y definitivamente quiero a alguien así...”

*“Ella sólo quiere a alguien
Que le haga sentir que
El otoño es primavera.
Que la haga olvidar que
Alguna vez estuvo triste.
Alguien que platique con
Ella mientras habla dormida.
Que cuando no la entienda
Sólo le bese la frente.
Alguien con quien compartir
El café y por qué no. La vida.”*

-Anónimo-

Con disimulo, lo volvió a acomodar y fingió no haber leído absolutamente nada. Se volvió a colocar frente a ella y le entregó la libreta.

Roma encontró las fechas que quería y le enseñó a Eric, las noches en las que había soñado y el fragmento de sueño. Incluso había hecho un listado con la cantidad de veces que había soñado lo mismo y una pequeña anotación que decía: “lo mismo” o “ésta vez sentí, cómo los vidrios rasgaban mi piel”.

Instintivamente, él, examinó su rostro en búsqueda de cicatrices; pero no encontró nada en su perfecta piel.

— ¿Te cortaste?

—No. No sé por qué sueño con eso si no sucedió.

Eric se quedó en silencio, contemplando sus ojos, meditando qué posibilidades tenía de ser ése que la hiciese sentir el otoño primavera.

— ¿En qué piensas? — Preguntó, atrayéndolo de nuevo al planeta Tierra.

—Pienso, si soy capaz de hacerle sentir el otoño primavera a alguien...

Roma se dio cuenta de que había leído uno de los recortes que tenía en la agenda.

— ¿Lo decís por mi? — Preguntó tímidamente, con una sonrisa que le hacía doler las mejillas, que ya se le habían puesto coloradas.

—La idea es, siempre empezar por alguien que esté interesada...

—Eric...— murmuró, sintiendo un pequeño escozor en los ojos.

—Ya sabes que el café, me gusta con dos de azúcar — dijo mientras se ponía de pie. —Por si se comparte, también— agregó, mientras se dirigía a la puerta.

Roma, estupefacta, lo vio marcharse. Intentaba procesar la forma en la que había virado la conversación. Esa era una declaración en toda regla, era imposible fantasear con castillos en el aire cuando, tácitamente, el café, implicaba compartir la vida.

Magdalena encontró a su hija soñando despierta, recostada, con una sonrisa de oreja a oreja, jugueteando con un mechoncito de cabello. Reconocía el brillo que desprendían sus ojos, sí, el típico que enciende el amor y la ilusión. Desde lo más profundo de su corazón, esperaba que realmente fuese para toda su vida.

En el camino a casa, su marido, le había contado, muy por encima, la conversación con Eric. Cómo había pedido su bendición y la manera, que la había desestimado cuando él lo puso a prueba. Eric era un hombre con carácter, decidido y todo un caballero. Por lo poco que había visto, atestiguó la manera en la que el muchacho, cuidaba a su hija. Como madre, se sintió en paz. De todas formas, no dejaba de compadecer al joven, su hija era un pelín difícil y se requería de cierta paciencia especial. En realidad, saber dar con las teclas indicadas para pulsar y desarmarla de a poco. Al parecer, Eric, había dado con una muy precisa; porque esa sonrisa soñadora, completamente entregada, no la hacía surgir cualquier nimiedad.

—Difícil no sonreír con semejante atención...—murmuró Magdalena, provocando que su hija respingara. Cuando llegó a la altura de su cama, se sentó y la abrazó. Sintiendo lo mismo que su hijo, el corazón de ella latir a un ritmo normal, sereno. Se había asustado tanto, que en el momento había intentado controlarse y no derrumbarse, pero cuando llegó a su casa, se entregó al llanto. Giulio había tenido que abrazarla por cuarenta minutos, mientras le aseguraba que su hija estaba bien. Para hacerla reír, le había contado, con detalle, la conversación mantenida con Eric, la seriedad y la calma, con la que el muchacho se había expresado. Le había confesado que, a pesar de haberlo querido como yerno cuando dijo la primera oración, necesitaba probarle el carácter un poco. Ambos sabían que su hija necesitaba a alguien de carácter, que sea capaz de soportar la intensidad de ella y aún así, no sobrepasarla.

—Pensé que venías mañana.

— ¿Cuándo pasaste una noche sola en un hospital? —Respondió mientras se separaba apenas, para darle un beso en la mejilla.

— ¿Papá?

—Está afuera, charlando con tu novio — respondió, enfatizando el “tu novio”, mientras subía y bajaba las cejas, acompañando todo el conjunto de gestos, con una sonrisa cómplice.

— ¿Se presentó así? — Preguntó asombrada. Para su tranquilidad, Magdalena le contó que, su hermano, lo había presentado de esa manera. Y después de cierto debate interno, la puso casi al corriente de la charla que había tenido con Giulio. A cambio, Roma, pasó a contarle lo que ellos habían hablado unos instantes atrás y algunas cosas del fin de semana.

Magdalena escuchaba a su hija, pero a lo que más atención le prestaba era a los gestos. Por primera vez afirmaba que su pequeña, estaba conociendo el amor.

Giulio y Eric, las encontraron cuchicheando y, aclarando la garganta para hacer notar su presencia, terminaron de entrar en la habitación.

—Bueno, creo que no los he presentado como corresponde... Mamá, Papá él es Eric Carson, mi novio. Eric, mis padres.

Todos sabían que esa era una presentación que ella debía hacer, una admisión interna y para el resto del mundo.

Eric, les aseguró que no hacía falta que se quedasen. Terca Magdalena, se empeño en no dejar a solas a

su hija; bajo el juramento de él, de no dejarla sola, accedió a dormir en la habitación de al lado. En realidad, su esposo, se la había llevado prácticamente a rastras.

Una vez que se quedaron a solas, Eric, se puso a revisarla con calma. Había tenido tiempo él de procesar todo lo que ella le había contado, incluso le había dado tiempo a ella de asimilar lo que él, había admitido.

Una vez terminado el control, se estaba por acomodar en el sillón cuando ella le hizo lugar en la cama. Él se había negado, no porque no quisiera, si no por no quitarle comodidad a ella. Roma le aseguró que lo iba a usar de almohada y que para nada iba a estar incómoda.

Sintiéndose débil de voluntad, ante el pedido bien argumentado, se descalzó y se sacó la bata blanca para acostarse con ella.

Roma, como bien le había dicho, se enroscó a él.

—Las cosas que hay que hacer, para jugar al doctor...— suspiró, haciendo que él largase una pequeña risa.

Sutilmente, Eric, la reprendió por el susto que le había hecho pegar.

—El dramatismo, sin dudas, le da un plus a la performance...

Aún riendo por el sentido de humor de ella, tomó nota mental de cumplirle la fantasía. Sin lugar a dudas que la iba hacer disfrutar de cada una de las especialidades médicas, que por supuesto, solamente él tenía permiso para suministrarle.

—Sabías que tu nombre, deriva de Eiríkr procedente del Nórdico Antiguo de primera generación— rompió el silencio, mientras recorría la mandíbula cuadrada, fuerte y viril, que tanto le gustaba.

—¿En serio? — Murmuró, con los ojos cerrados. Tenía dos horas para dormir, antes de volver a revisarla; ya había programado su alarma.

—Sí. ¿Sabés qué significa?

—No.

—“**Ei**”: es derivado también de un antiguo Protonórdico (aina), que significa “único” o “solo”. O del Protonórdico (aiwa) que significa “siempre” o “eterno”. Mientras que, el segundo elemento “**rík**” o “**ríkr**”; significa “gobernante” o “príncipe”.

—Te dije que era Medio Príncipe— susurró, mientras le depositaba un beso en la frente.

—Único — farfulló ella, apretándose más a él, mientras entraba en sueño otra vez.

Ángel Perales, iba en camino hacia el monoambiente donde vivía Alan. Entre todas las cosas que le habían pasado a su día, rescataba lo positivo de haber encontrado el punto de fuga dentro de su departamento. Sospechaba que había alguien metido, hace tiempo, pero había sido incapaz de descubrir de quién se trataba.

<<Ernesto Fuentes>>, deslizó el nombre por sus pensamientos y rápidamente, evocó la forma en la que lo había atrapado. Jamás pensaron que dentro de su despacho, iba a disponer de sofisticada tecnología, como las cámaras camufladas en diversos artículos como lapiceras o trofeos, incluso algunas estatuitas insignificantes; captando así cada ángulo de su despacho. Era algo de principiantes, que evidentemente había funcionado. Porque tenía un hermoso primer plano de Fuentes y la grabación de la llamada telefónica, donde le decía a alguien que necesitaba hablar con Acevedo. Por supuesto que las pruebas que encontró Fuentes, eran totalmente falsas, una declaración inventada, en la que se había falsificado la firma de Guerra.

Había recibido un mensaje de Alan, donde le había explicado lo sucedido con La Loba y maldiciendo, llamó a Tristán Carson comentándole las novedades. El doctor, había insistido en atender a la muchacha en las instalaciones del hospital, pero, para no arriesgar nada, lo había convencido de que estaba todo en orden.

Sí, también había tenido que comentarle que había avanzado con Samuel Guerra; omitiendo que lo habían

encontrado muerto. Una verdadera lástima, no haberlo presionado apenas un poco más para que cantase absolutamente todo, pero el trato que le había ofrecido la jueza, era una mierda. Unas horas después, estaba muerto.

Se estacionó frente a la entrada del departamento de Alan y suspirando se bajó. No sin antes, verificar el arma reglamentaria y comprobar que todo esté en perfectas condiciones. Para alguien con su oficio, había cosas que jamás debía dar por sentadas o seguras.

A paso tranquilo y siempre atento a lo que sucedía a su alrededor, Ángel, cruzó la calle y llegó hasta el portal del edificio. Tocó timbre, como de costumbre en una secuencia intermitente y a los diez segundos recibió el clásico sonido del portero automático cuando abre la puerta.

Alan, lo esperaba en el umbral del departamento repiqueteando el pie impaciente.

—Tanto te ibas a demorar...— rezongó a modo de saludo.

Ángel, no le respondió, se limitó a pasar por su lado en silencio.

—¿Qué era eso tan urgente? — Inquirió, mientras se auto invitaba a tomar asiento y encendía su cigarrillo.

—Quiero que saquemos a La Loba— le exigió nervioso.

—Fuiste vos, quién insistió en meterla — le recordó.

—Sí, lo sé...

—No tengo tiempo para atender tus caprichos.

—No son caprichos, es que cuando se cayó... tuve miedo.

—Ya está hecho, chico, no se la puede sacar.

—Si le pasa algo — amenazó mientras apretaba los dientes.

—No le va a pasar nada —desestimó. —Y ocupate de cuidarla, aunque sea, una puta vez en tu vida— agregó, mientras lo señalaba con el dedo.

Alan resopló, incapaz de replicar. Había tenido pánico cuando la vio caer, haciéndolo ser consciente del peligro al que estaba someténdola.

Eric había dormido con ella, despertándola cada dos horas para chequear como estaba. En la última revisión le cambió el suero, por donde le pasaba el calmante para los dolores del cuerpo y se recostó una vez más a su lado.

Al despertarse, Roma, se encontraba sola en la cama. Las tripas le reclamaban comida, desde la tarde anterior que no ingería algo sólido. Se movió para poder incorporarse, olvidándose del suero, sintiendo el tirón de la aguja en el dorso de la mano. Gimoteando, empezó a tantear dónde estaba el interruptor para llamar a la enfermera; cuando lo encontró pulsó el botón y un par de minutos después aparecía Teresa en la puerta.

—Buenos días, dormilona — la saludó sonriendo la enfermera.

Roma le devolvió el saludo con una sonrisa y le pidió ayuda para asearse y, cuando estaba por pedirle algo de comer, su estómago la delató.

Con una destreza increíble, Teresa la ayudo a movilizarse y la sostuvo cuando se tambaleó en el baño a causa del impacto de la luz en sus ojos. La dejó sentada en el inodoro, con la instrucción de no abrir los párpados hasta que volviera.

Por suerte, Teresa, no tuvo que caminar mucho para encontrar a la mamá de Roma. Le pidió prestados los lentes de sol y le explicó lo que sucedía: Al recibir un golpe en la cabeza, muchas veces, los pacientes quedan fotosensibles por unos días y, es normal, padecer mareos y dolor de cabeza a causa de la luz.

Sin demoras, Magdalena le entregó sus anteojos Prada y la muda de ropa que le había traído, junto con otros efectos personales.

Al cabo de unos minutos, Roma sintió que Teresa regresaba. Percibió que le ponía unos lentes y le dio la orden de abrir los ojos. Ahora que se encontraba al resguardo de la luz, procedió a asearse con la ayuda de ella.

Se cambió la ropa interior, no era cuestión de andar entangada en la cama del hospital, por más VIP que fuese la habitación. Optó por un calzón negro con caritas felices amarillas y un par de medias a mitad de canilla a rayas fucsias y naranjas fluorescentes; se perfumó y acomodó el pelo lo mejor posible, sintiéndose un poco más humana. Por suerte, tenía una madre que la conocía bastante bien y sabía qué llevarle.

Cuando Teresa se fue, bajo la promesa de ir a buscarle un desayuno de campeonas, sus padres entraron en la habitación. Le preguntaron cómo había pasado la noche y qué tal había despertado; Roma se limitó a quejarse del hambre que tenía.

Alrededor de unos veinte minutos después, entraba la enfermera nuevamente con una bandeja de desayuno, seguida por Eric que parecía haberse bañado, porque su cabello estaba húmedo y recogido en un moño, demasiado viril para el corazón de Roma; además de llevar otra ropa puesta.

— ¿Te pintaste los labios? — Preguntó sorprendido, antes de darle un casto beso en la boca.

—Por supuesto —afirmó, mientras se dejaba besar. —Antes muerta que sencilla —agregó, provocando que su padre revolease los ojos con un suspiro.

—Estás hospitalizada, Casalegno —le dijo Eric, mientras negaba con la cabeza y le dejaba espacio a Teresa para que ubicara la bandeja de desayuno.

—Es que hay un neurocirujano, que está más bueno que el helado— replicó pícaramente, mientras le guiñaba un ojo a Teresa, que estaba haciendo su mayor esfuerzo para no soltar una carcajada.

Toda la emoción de Roma, desapareció cuando vio la bandeja. Un té, tres galletas de agua y un mini envase de mermelada de durazno.

Al instante, Magdalena se dio cuenta de la posible reacción de su hija por lo que, dándole una mirada de advertencia, que consistía en apretar los labios y abrir lo máximo posible los ojos, la frenó.

Percibiendo esa mirada, Roma, puso su mejor sonrisa y le agradeció a Teresa el desayuno.

<<Voy a morir de hambre>>, sollozó mentalmente, mientras le daba un sorbito al té; que estaba asqueroso.

— ¿Todo bien? — Preguntó Eric, acomodándose a su lado para prepararle una galleta.

—Mmh sí, perfecto — respondió sonriéndole exageradamente.

Sus padres la miraban anonadados, ella detestaba el té común y, de verdad, tenían que esmerarse para no reír, al verla fingir que le gustaba el desayuno cuando él la miraba; pero sus ojos, esos expresaban todo.

El teléfono de Eric sonó con la alerta de un mensaje, su padre lo llamaba a su consultorio. Terminó de prepararle las galletitas y le aseguró que volvía en un rato.

—Mucha habitación VIP, pero el desayuno es horrible— se quejó cuando él se fue.

—Estás en un hospital no en un hotel cinco estrellas, Nina.

—Ya lo sé, Papi — respondió, revoleando los ojos.

Terminó su desayuno sin ganas, sólo por el instinto de no morir por inanición; luego con la ayuda de sus padres, se levantó a cepillarse los dientes.

Intentó leer uno de los libros que le habían llevado de su casa, pero al producirle dolor de cabeza, desistió de la idea. Su padre, para no escucharla refunfuñar, se sentó a su lado y leyó en voz alta para ella, mientras su madre mataba el tiempo tejiendo al croché.

Cerca del medio día, llegó su hermano con Ángela; sorprendiéndolos a todos al entrar tomados de la mano.

— ¿Ahora sí puedo? — Le preguntó Roma a Ángela, quién asintiendo le concedió el permiso para llamarla cuñada. Hicieron la presentación formal como novios, siendo abrazados por el matrimonio Casalegno, que exclamaron a la vez: “¡Al fin!”.

Pietro y sus padres se retiraron hacia la habitación contigua, con el propósito de desocuparla para no ser molestia a la nueva familia política de Roma. Habían quedado más que conformes al saber que estaba contenida y acompañada. Eric, les transmitía la calma necesaria para cederle el espacio de “novio”, y permitirle cuidarla.

Cuando las amigas se quedaron a solas, Roma no paro de preguntar hasta que Ángela le contó con lujo de detalles lo sucedido. Habían pasado la noche juntos y al despertar, él, se había declarado. Incapaz de negarse al pedido que llevaba toda su vida esperando, había aceptado. Le aseguró que todavía no habían hecho el amor y como Roma la miraba incrédula, le explicó que Pietro quería hacer ciertas cosas con calma.

Cambiaron de tema, notoriamente, cuando Pietro hizo acto de presencia en la habitación. Si se percató de lo sucedido, no lo pudieron saber porque él, actuó como si nada, haciéndole entrega de una bolsita a su hermana. Emocionada, se puso a investigar su nuevo celular, haciendo caso omiso de los tortolitos que se despedían para volver más tarde, al igual que sus padres.

Minutos después pasó a saludarla su suegra, quien se había enterado de la noticia por su marido. Preocupada se había acercado a verla con unos dibujos que le había hecho Nicolás, para que se sane pronto. Le explicó que no lo había podido traer, porque iba a la escuela de verano, pero sobre la noche le aseguró que iba a aparecer para darle unos mimos.

Sus grupos de amigos, también habían pasado a visitarla llenándola de flores. Y se marcharon ante la sugerencia de María, ya que estaba observando que Roma comenzaba a ponerse de mal humor. Intuía que tenía hambre, sumado a que detestaba estar rodeada de multitudes y más aún cuando había sufrido un golpe en la cabeza.

Se quedó sola una vez más, disfrutando su mal humor que crecía a pasos agigantados.

Su nuevo teléfono comenzó a sonar, hizo la nota mental de descargar música para quitar los ringtones convencionales. Se fijó en la pantalla, Alan la llamaba.

—No puedo correr — espetó irritada, apenas atendió.

—Llamaba para saber cómo estabas— dijo, realmente preocupado.

—Estoy bien, gracias por llamar.

—Yo... yo, quería pedirte perdón — articuló, avergonzado.

—No fue tu culpa la caída...

—Es una charla pendiente, Loba— aseguró, antes de cortar la llamada; dejándola anonadada.

Jamás imaginó que él, alguna vez en su vida, se disculpase con alguien; menos con ella. No era de llevar las cuentas pendientes, pero llegado al caso, tenía para reprocharle un par. La que más había sentido, que él no fuse a verla cuando estuvo internada tras el accidente de auto. Lo del engaño, en fin, suponía que era su culpa por no ser lo suficiente para él y esforzarse por encajar, destacando al punto de hacerlo sentir inferior. ¿Cuánta terapia había hecho hasta comprender que nada era su culpa? Demasiados años, hasta que se acomodó en su zona de confort; saliendo con chicos a los que sabía, no iba a llegar más allá de una noche. Pero le había costado superar a Alan, la mayoría de las rejas que la mantenían cautiva, él, las había soldado.

Con Alan, siempre sentía esa ansiedad que generaba la incertidumbre; los pensamientos negativos acerca de lo que ella valía como mujer, a nivel estético, eran los detonantes de sus crisis; sumando que él jamás había hecho nada para aquietar esos demonios. Con el tiempo, había aprendido que eso era algo que tenía

que resolver ella; ese era el motivo por el cuál siempre atraía el mismo patrón de hombres, en todos buscaba la justificación de sus pensamientos. Con años de trabajo duro de la terapeuta, había aprendido a estar en paz, hasta que Eric se había cruzado en su camino. El miedo con él, era diferente. La calma que la envolvía, el refugio de sus brazos y el confort con su sola presencia; era algo desconocido, al igual que le era extraño que la contemplaran con tanta intensidad y sentirse a gusto, incluso, su cursi comportamiento lo tomaba con naturalidad. Sí, temía a lo desconocido. Todas las sensaciones nuevas y el compromiso que significaban. Pero estaba dispuesta a todo y, rogaba al cielo, no perder en ésta apuesta, porque Eric le estaba calando hondo.

Su madre le había contado que él, le había pedido la bendición a su padre; y a pesar de todos sus ideales de independencia, le resultó un gesto hermoso. Entendía la concepción de ambas familias y valoraba que ambos le hayan dado el espacio de elección a ella. Incluso destacaba que él, no le había temido a Giulio ante la posible negativa. Sí, adoraba un hombre de carácter con poder de decisión. Que sea capaz de cargársela al hombro, en caso de ser necesario, para avanzar, juntos. Que le haga frente, con argumentos y que la desarme con la ternura. Era una personalidad envolvente, seductora; envasada en un metro noventa y tres de puro delirio... se sentía demasiado afortunada. Se pellizcó para ver si no se encontraba en alguna especie de sueño. Incluso elaboró la teoría de que, tal vez, continuaba en coma, y todo lo vivido era una treta de su cerebro. El rugido de su estómago, la hizo descartar la teoría.

Se sentía morir, literalmente, de hambre. Se incorporó con cuidado y se puso sus hermosas pantuflas de garritas, tomando dirección hacia el bolso que le había traído su madre, rogando que hubiese algo, rico, para comer. Lo dejó prácticamente vacío, sin encontrar nada masticable. Estaba guardando la ropa y los cosméticos, cuando Teresa ingresó con una bandeja.

— ¿Estás bien, mi niña? — La interrogó preocupada.

En el poco tiempo que había compartido con ella ya la había adoptado, no sólo por ser la novia de Eric, a quien quería como a un hijo, si no por ser, simplemente, ella. Se había percatado lo fácil que era tomarle cariño a Roma, ahora entendía por qué el doctor Carson y su señora, la habían incorporado tan rápido a la familia.

—Me muero de hambre — gimoteó.

—Acá te traje el almuerzo — le dijo, sonriendo, mientras acomodaba la bandeja en la mesita móvil. La vio acercarse, caminando muy graciosa con las pantuflas, aferrada al atril para suero.

Roma se sentó y realmente pensó que el mundo la odiaba. El caldo era incoloro y, tal como se lo temía, era insípido. Lo pasó por alto y le dio una probada al puré, excesivamente salado y el pollo, dulce. Alguien la odiaba, de eso no cabía ninguna duda.

—Tere... ¿te puedo preguntar algo?

—Claro, niña.

— ¿He ofendido a alguien acá adentro? — Preguntó casi al borde de las lágrimas, el vacío en su estómago le producía las mismas alteraciones que su ciclo menstrual.

—No, cielito ¿por qué? — Preguntó, mientras se acercaba a Roma, sentándose a su lado.

—Porque la comida está horrible— dijo, extendiéndole una cuchara para que probara.

Teresa probó y sin tragar lo volvió a escupir, pidiendo disculpas por el exabrupto. Mientras tomaba agua, para quitarse el mal sabor, se le vino la imagen de la obstetra, la doctora Ana que había estado merodeando por la cocina. Murmurando un juramento, y ante la cara sorprendida de Roma, le explicó lo que estaba suponiendo; poniendo las manos al fuego de que su teoría, no fallaba.

—Con la comida, sobre todo con la mía, nadie se mete— dijo, mientras se ponía de pie y agarraba los lentes de sol, ubicados en la mesa de luz. Le preguntó dónde quedaba el consultorio de la infame de Ana y, solo por curiosidad, Teresa le dio las indicaciones para llegar al comedor, dónde seguro se encontraba por la hora.

Poniéndose la bandeja sobre la palma de la mano y agarrándose tripie del suero, se puso en marcha. Teresa admiró el porte de reina con el que caminaba, a pesar de tener el culo al aire, tan solo cubierto con un calzón negro lleno de caritas felices, las medias a rayas que le llegaban hasta la mitad de la canilla y las pantuflas de garritas; meditó que tal vez, lo que le daba ese aire de glamour, eran los lentes Prada. Teresa, riendo por lo bajo, la siguió a cierta distancia, ese show no se lo perdía ni loca.

Roma caminaba con la frente en alto, percatándose de las miradas que le destinaban. Agradecía tener un lindo culo y unos lentes enormes, pero en su defensa, era tal el grado de indignación que cargaba en su cuerpo que se había olvidado de su peculiar atuendo. Entró al ascensor y pulsó la combinación que daba acceso al comedor de los médicos. El ascensor se detuvo en un piso y, rogando que no se tratase de ninguno de los amigos de Eric, se preparó para actuar con naturalidad. Tres médicos ingresaron, los dos de mediana edad la miraron con asombro, mientras que el más joven, la miró con un descaro tremendo.

—Doctores — dijo, inclinando la cabeza a modo de saludo.

— ¿Nuevo uniforme de camarera? — Preguntó el más joven, en un tono muy sugerente.

—Increíble que los idiotas salgan disfrazados de médicos.

No había querido sonar tan dura, pero el hambre atroz que cargaba sacaba lo peor de sí.

Ante la réplica, el ofendido, se puso colorado, mientras sus colegas reían abiertamente. El ascensor, se abrió en la planta que ella había pulsado y pasando por el lado de los médicos, activa, exagerando el contoneo de caderas, se encaminó hacia su destino.

— ¡Qué buen culo! — Expresó el joven médico, devorando cada centímetro de piel al descubierto.

—Yo que vos, delante de Carson hijo, no digo nada—aconsejó el más veterano, quién sabía que la muchacha era la novia de Eric, gracias a Tristán.

Ajena al escrutinio intenso al que era sometida, a los cuchicheos de todos los rincones del comedor; avanzó hasta que localizó a su objetivo, riendo a carcajadas. Inspiró hondo, tratando de alejar sus instintos asesinos y a paso decidido, se acercó hasta la mesa.

Dejó caer la bandeja, estrepitosamente, delante de Ana.

—Oh, perdón, te asusté —dijo con falso pesar.

Inmediatamente, las envolvió un silencio de misa.

— ¡Estás loca! —Gritó, poniéndose de pie.

— Decilo en tu defensa, cuando te demande.

— ¿Demandarme? Sos una inestable mental.

—No solo a vos, al hospital entero voy a demandar.

— ¡Que alguien llame a Marcos! —Vociferó, Ana riendo.

El mencionado, estaba muy concentrado mandándole un mensaje a Eric, junto con la foto de espaldas de Roma. Los brazos en jarra, le abrían más el camión del hospital en la espalda, dejando el culo enfundado en unos calzones de lo más graciosos, llenos de caritas felices. Sin duda alguna, el toque de gracia eran los anteojos enormes de sol y las pantuflas de garritas. Increíble que con esas pintas, se las ingeniara para sonar seria y amenazante.

—A ver chicos ¿alguien sabe qué es un traumatismo craneal cerrado? ¡Vamos no sean tímidos! — dijo Roma y como si fuese una profesora, empezó a caminar recorriendo unos pasos el pasillo entre las mesas, mientras se rascaba la barbilla. Varias manos se levantaron para responder, Roma eligió al que más cara de bonachón tenía. El doctor Juan della Fontana, otorrinolaringólogo, expuso casi el mismo diagnóstico que Eric le había brindado a sus padres.

—Perfecto, Doc., muchas gracias— dijo, sonriendo angelical, para luego enfrentar a Ana. —Ése es el diagnóstico que me dieron, no estoy acá por gusto ¿entendes? —siseó, apretando los dientes.

—No entiendo qué tiene que ver conmigo, el golpe te tocó algún lugar y estas fabulando.

—Si, debe ser fabular el vídeo que tengo donde salís vos, en primer plano, tocando mi comida —mintió como una bellaca, pero se sintió satisfecha al verla palidecer. <<Te tengo, puta>>, se dijo, mientras se preparaba para dar los golpes de gracia. El comedor entero exclamó un “uh”

—N.. no — intentó defenderse.

—Si no superaste el jardín de infantes, no es mi problema. Según tengo entendido, acá hay un excelente psiquiatra, comprometido con una eximia psicóloga — escupió ácida.

Marcos, estaba haciendo esfuerzos sobre humanos para no reír abiertamente, y para orgullo de sus amigos, la estaba filmando. La cara de Ana, era un poema; mientras que Roma, era impredecible tras esa falsa calma, oculta tras los lentes negros. Eric, no paraba de mandarle mensajes, pero ni loco iba a frenar la grabación.

—La cantidad de personas que pasan hambre y vos, haciendo esta chiquilinada — empezó a atacar con mayor contundencia, Roma.

—Era una bromita...— confesó Ana, abriendo los ojos de par en par, al ver a Teresa detrás de Roma.

—“Bromita”, que te va a costar una suspensión — zanjó, dándole la espalda y empezando a desandar el camino, bajo la mirada de asombro de todo el personal.

— ¡Que te acuestes con el hijo del director, no te garantiza nada!

—Sos patética — le respondió, por encima del hombro.

Los médicos, rompieron el silencio empezando a comentar lo sucedido; dejando de lado a Ana.

Eric, casi corría las cuadras que le quedaban para llegar al hospital. Había salido a comprarle algo para comer a Roma, para ser más preciso, había ido al McDonalds. Sabía que a ella le fascinaba la comida chatarra y mimarla un poco, no estaba mal. Por eso, tomando una pequeña conservadora, salió en búsqueda de la comida y el helado. La conservadora, era para que el aroma de la hamburguesa no se colara por el hospital y en otro bolsito, dentro de la misma, rodeado de refrigerantes, estaba el cuarto de helado. Cuando estaba esperando a que estuviera listo su pedido, le había llegado el mensaje de Marcos, con la foto adjunta. Le había costado un poco entender de quién se trataba, hasta que vio con atención las medias. Le estaba haciendo frente a Ana, pero no entendía el motivo, si no se habían cruzado en el hospital y el área de obstetricia, quedaba alejado de dónde se encontraba Roma. Como loco, empezó a bombardear con mensajes a Marcos, a Sofía y a Santino; ninguno de los tres, le daba respuestas. Prefirió ir en búsqueda del helado, antes de volver al hospital, conociéndola, sabía que lo iba a matar si se enteraba que había dejado el helado por ir a averiguar qué pasaba.

Cuando tuvo todo listo y acomodado, fue otro cantar.

Entró al hospital y pulsó el botón del ascensor, empezó a repiquetear impaciente el pie, a punto de subir corriendo las escaleras, las puertas se abrieron.

— ¿Podemos hablar? — Le preguntó Ana, apenas lo vio, cuando salía del ascensor.

—Ahora, no — la cortó en seco. Se acomodó en el ascensor y le dirigió una gélida mirada, que la hizo lagrimear.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso donde se encontraba la habitación de Roma, salió a paso rápido, jamás esperó verla caminando cual dominguera en la plaza, por el pasillo.

— ¿Se puede saber qué haces en esas pintas? —Inquirió molesto. Roma se detuvo en seco y se giró para enfrentarlo. Además de estar famélica, le había empezado a doler la cabeza. Para ella, su cuota de tolerancia a la estupidez, estaba cubierta.

—Pero si estoy divina — replicó irónica, provocando que Eric, pierda la compostura y la levante con un solo brazo. Cuando ella terminó de insultarlo, le pidió que levantase el pie de suero, y se la llevó hacia

la habitación. No, él no iba a hacer otro escándalo.

— ¡Sos una bestia! — increpó, mientras se terminaba de sacar la vía del suero de la mano. Sentía que estaba por llorar, la falta de alimentos la alteraba igual que el síndrome pre menstrual; pero no iba a darle el gusto, bajo ningún aspecto.

— ¿Por qué andabas paseando así? — Preguntó, intentando mantener la calma.

— Pero si es la última moda por estos lados...

— Roma...

— Se supone, que ustedes están acostumbrados a naturalizar la anatomía humana. Soy solo un cuerpo — se quejó, podía percibir como la ira estaba aumentando en su interior, pidiendo salir y si él, seguía por ese camino, Júpiter bendito, la iba a liberar.

— ¿Qué pasó? — Preguntó, volviendo al cause original de su inquietud.

— ¡Pasó que este hospital, es una mierda cuando del cuidado de la comida se trata. Pasó que cualquier infeliz ingresa a la cocina y juega con el alimento. Pasó que me estoy muriendo de hambre por culpa de la PUTA de tu “amiguita”. Pasó que odio el té, pasó que me arrancaste la vía y me duele!

Enumeró a los gritos y se quitó los lentes con enojo y se los tiró, con la intención de golpearle la cara, pero él, la esquivó. Roma empezó a buscar qué más tirarle, pero los floreros le parecían demasiado excesivos, por lo que optó sacarse una pantufla y tirársela; obteniendo el mismo resultado.

— ¿Te puedes calmar? — Le preguntó, provocando que ella gritase frustrada.

Que le pidiera que se calme, cuando estaba como un volcán en plena erupción, era como intentar apagar un incendio con gasolina.

— ¡No, no me puedo calmar!

— Toma — le dijo, mientras extendía la conservadora.

— ¿Qué mierda es eso?

— Cuando te enojás, utilizas más improperios.

— Andate a la mierda, arriba de esa conservadora de puta.

Con muchísima paciencia, demasiada para su gusto, abrió la conservadora y extrajo la bolsa con las hamburguesas.

Literalmente, Roma sentía que babeaba entrando en un transe, estado en el que el rugido de su estómago, la sacó de inmediato. Se sentía terrible, lo había insultado y despreciado, y él había ido a comprarle comida.

— Me compraste una hamburguesa — susurró, mientras sus ojos se le empañaban en lágrimas.

— Comé, antes de que te desmayes — le ordenó, satisfecho de haberla dejado offside y encima, sosegada.

Roma se acomodó y comenzó a devorar la triple Mc. Con la boca llena, le contaba lo sucedido. Le explicó que ella no tenía ninguna evidencia, sólo que Teresa la había visto en la cocina, pero Ana era tan idiota, que había entrado como una campeona en la trampa.

Eric la escuchaba, deslumbrado ante cada detalle que ella le contaba. Era imposible que no se riese con la imagen que ella daba y encima enojada, increpando y acusando; sometiéndola casi a un juicio público, saliendo victoriosa. Por supuesto que se sentía orgulloso de su chica.

La alerta de un mensaje nuevo en el teléfono de él, interrumpió la conversación. Limpiándose las manos, se fijó que era un archivo de vídeo de Marcos, junto al mensaje: “*Soy excelente amigo, no te podías perder esto.*” Eric, descargó el archivo y le dio play.

Al escuchar su voz, Roma, se acercó a él para verse. Obviamente lo primero que se vio fue el culo al aire cubierto por su, infantil y para nada sexy, calzón de caritas felices; la postura de su cuerpo y cómo éste iba envuelto la hizo estallar en una carcajada.

Mientras Eric, seguía impresionado por la argumentación y el dominio de las personas que tenía; hasta el doctor Della Fontana, había levantado su mano, cual alumno ingresante a la universidad, ese hombre estaba cerca de la jubilación. Ella parecía toda una profesora, poniendo a prueba el conocimiento de sus

alumnos. Después adoptaba el papel de abogada, señalando a la acusada, dejándola en evidencia y retirándose con una majestuosidad única; al punto de pasar por alto su peculiar atuendo.

Cuando el vídeo terminó, giró el cuello y conectó su mirada con la de ella, que todavía seguía riendo.

—Con razón, pedía que llamaran a Marcos — comentó, mientras se secaba una lágrima que la risa le había provocado.

—Sos un metro sesenta y tres, que da miedo...— susurró sonriendo, mientras acertaba la distancia de sus rostros y la besaba suavemente.

—Es que, de verdad, tenía hambre — murmuró contra sus labios, con los ojos cerrados.

— ¿Helado?

— ¡Sos el mejor novio del mundo!

Riendo, Eric, se levantó para ir a buscar el cuarto de helado que estaba en la conservadora, dentro del bolsito con refrigerantes.

— ¿Vos no comés? — Le preguntó cuando vio el tamaño del envase.

—Es un cuarto de helado, Roma.

— ¿Y?

—Se supone que es para compartir — explicó, como si se tratase de una obviedad.

—Lección número uno: JAMÁS pienses que comparto el helado, a menos que estemos hablando de un kilo. Por esta vez, te lo perdono, porque sos novato pero que no se vuelva a repetir — advirtió.

Asimilando la reprimenda, se sentó nuevamente en su lugar.

Notando que estaba un poquito tenso, Roma, se sentó en sus piernas y lo abrazó.

—Seguís siendo el mejor novio del mundo — le dijo, antes de besar con fuerza su mejilla.

Tomando una cucharita, sacó un poco de helado de chocolate y se la ofreció. Eric, obediente, abrió la boca y limpio la cuchara. Ella, esperó unos segundos a que la crema terminara de derretirse en la boca de él y lo besó, lenta y deliberadamente; saboreando cada resquicio de su boca. Succionando y deleitándose con la textura de la lengua de él, combinada con el chocolate. Definitivamente ése iba a ser su nuevo sabor favorito, helado con Eric.

Él gruñó excitado y empezó a acariciarle con lentitud la espalda, explorando con suavidad su piel sedosa, instigándola a que se acomode a horcajadas encima de él.

Ella se refregaba contra su erección, anhelando más; su cabeza estaba nublada ante las sensaciones que él le generaba. Le dejó espacio para que se desprendiera el pantalón y pudiese liberar su erección. Realmente no necesitaba juegos previos, un solo beso de él, la dejaba lista y anhelante; en realidad, sólo bastaba que él la mirase. Cuando su glande se irguió, orgullosamente libre; Roma se corrió la bombacha y se empaló a él.

—La puerta — fue lo que dijo, en sus diez segundos de lucidez.

—Cerré con llave — afirmó, tomándola de la cintura.

Roma se aferró a su cuello y clavó sus dedos en su nuca. Eric asaltaba la boca de ella, absorbiendo sus gemidos y sus inteligibles súplicas.

— ¡Sí, doctor, sí! —exclamaba de vez en cuando, cuando separaba sus labios de los de él.

Sin salir de ella, la acomodó en la cama y se posicionó arriba de ella. Con embestidas rápidas y profundas, Eric, la catapultó al orgasmo. Salió de su interior y empezó a acomodarse pero la mano de ella lo detuvo, indicándole que se sentara, él obedeció. Roma, se acomodó entre sus piernas y con absoluta devoción, tomó el glande con las manos. Sensualmente, humedeció sus labios sin quitar sus ojos de los de Eric, que apoyado sobre sus codos no se perdía detalle de sus movimientos; se llevó la erección hasta su boca. Empezó lamiendo con lentitud, desde la punta hasta la base; con delicadeza empezó a deslizarla por el interior de su boca, mientras succionaba, su lengua trazaba arabescos por toda la longitud, haciendo imposible la tarea de Eric de mantenerse calmo. Ella lo volvía loco cada vez que

sentía la textura de la lengua recorrer su miembro, la humedad y el calor de la boca, aplicando las presiones justas, sin dejar nada sin atención; ayudándose con las manos para acunar sus testículos, incluso masajeándolos con pericia, dedicación y esmero, produciéndole el cosquilleo previo a la eyaculación.

—Estoy por terminar — murmuró la advertencia, apretando los dientes. Ella solamente asintió y empezó a succionarlo con más fuerza, dándole la sensación de que iba a morir ante la idea de acabar en sus labios.

Se rindió, desplomándose en la cama, entregado en cuerpo y alma al placer que ella le daba. Jamás le habían dado un sexo oral tan exquisito, sólo para deleite de él, sin esperar nada a cambio.

Ella sentía el placer, el placer de satisfacer; el orgullo femenino de poder complacer por el simple hecho de hacerlo. Alejada de todo pensamiento de comparación, de que saber hacerlo bien era la lógica que continuaba a que la eligiesen por encima del resto; él ya la había elegido. Éste acto, no era más que la dedicación amorosa para el goce del otro, permitiéndose sentir satisfacción a nivel carnal ella también. Cuando él comenzó a convulsionar, emitiendo un gutural y masculino gruñido; Roma incrementó la fuerza de succión, sintiendo el primer impacto de la simiente de él contra su lengua, dejándola deslizar suave, como la seda, por su garganta; reclamando cada gota de su premio.

Más relajado, él se incorporó, la vio relamerse triunfante, y fue el gesto más erótico que presenció en su vida. Sin importarle, absolutamente nada, la besó, sintiendo el placer de percibir su esencia en ella.

Tres golpes en la puerta, los hicieron separarse de inmediato.

—Momento— dijo él, aclarándose la garganta; mientras se ponía de pié y se acomodaba la ropa. Después de asegurarse que estaban decentes y que ella insistió en que tirase perfume, Eric fue abrir la puerta.

Del otro lado, Tristán Carson, esperaba paciente. Guiñándole un ojo, cómplice a su hijo, pasó a la habitación.

—Sólo quería pasar a ver, si mi nuera, había desistido de la idea de demandarme— dijo con un mohín. Roma, avergonzada, empezó a reír.

— ¿Cómo te enteraste? — Preguntó Eric.

—El psiquiatra, comprometido con la eximia psicóloga, me mando un video. Explicó, parafraseando el vocabulario empleado por ella.

—De verdad que no te iba a demandar a vos — le dijo ella, intentando explicarle lo sucedido.

—A mí lo que me sorprende es cómo, médicos graduados y con honores, se morían por participar y brindarte una respuesta — la interrumpió, haciendo que los tres comenzaran a reír.

—Se asustaron con mis garritas de oseznos — respondió, mientras se encogía de hombros.

Tristán le aseguró que iba a tomar cartas en el asunto, ya que era una falta grave inmiscuirse en la alimentación de los pacientes. Y que por supuesto, los asuntos personales, deben quedar al margen del trabajo, por ética ideológica. Carson padre, le explicó que él se regía bajo la ética de su profesión siempre, dejando al margen lo emocional, siempre era una vida la que debía salvar y, en caso de no sentirse capacitado, dejaba el espacio a otro profesional que no tuviese vínculo emocional con el paciente.

Roma le dijo que, ahora que estaba más calmada, quizás se había excedido; pero le contó que con hambre era otra persona. No quería generar problemas, pero ella tenía una ética con respecto a la comida y siempre pensaba en los menos afortunados. Esa vianda arruinada, quizás era la comida de semanas de personas en situación de calle; era un tema crucial el no desperdiciar y tan solo por esa ideología, no pensaba dar su brazo a torcer.

Tanto Eric como su padre, admiraron la sensatez con la que ella se expresaba. Ya que iba más allá del enojo por hacerla pasar hambre, se trataba de una conciencia a nivel social por eso, en nombre del

hospital le pidió disculpas.

—No sos vos el que se tiene que disculpar...— respondió con falsa inocencia, haciendo reír a Eric. Sí, él empezaba a conocerla y, sabía que era una depredadora, no paraba hasta desangrar a la víctima; paradójicamente, eso era lo que más le apasionaba de ella.

— ¿Cuándo querés la disculpa pública? — Le preguntó su flamante novio, entendiendo por dónde iba el tático pedido. <<¿Puede ser tan perfecto?>>, pensó sonriendo, él le regalaba un leve capricho, uno más, pero que más que merecido tenía, y la otra tenía que escarmentar dos cosas: la primera, que no tenía que meterse con ella y la segunda, que no tenía que jugar con la comida.

—No, Eric. Vamos a dejar el asunto así — se obligó a decir, para sorpresa de ella misma, incluso.

— ¿Segura?

—Sí, me basta saber que no va a quedar impune.

Roma era vengativa, pero le gustaba hacer las cosas por ella misma. Ya bastante humillada la había dejado en el comedor, frente a todos sus colegas y esa era su mayor satisfacción; además de tener el vídeo como recuerdo.

—No tenías ninguna prueba real en su contra ¿verdad?

—Es un tierno tu papá, Eric — respondió a la suposición, mientras contemplaba a su novio.

— ¿Cómo supiste que era ella? — Insitió su suegro, sonriendo.

—Cierta enfermera la vio en la cocina, sospechosamente, cerca de mi comida.

—Sumada a la poca estima que te tiene — murmuró Eric.

—Al elevado grado de envidia, querrás decir — replicó ella. Entonces Roma, pasó a exponer la teoría de su odio, acertando en la diana una vez más. Sorprendido de su suspicacia, se dio cuenta de que ella era consciente de que Ana estaba, levemente, obsesionada con él.

—De chiquito, que las mujeres se pelean por él — apuntó Trsitán, mientras palmeaba la espalda de su hijo.

—Yo no me peleo por nadie — contestó ella. —Él, me tiene que dar el lugar que me corresponde, yo no debo luchar por eso. Es él, quien elije, ergo, el que tiene que acomodar las cosas— agregó con calma, sintiéndose orgullosa de su seguridad, por primera vez en su vida.

—Te equivocas Belona. Porque desde que me chocaste, el mundo entero desapareció. Sólo vos, existís — replicó, dejándola sin palabras.

—Casi chocamos — señaló, al borde de las lágrimas. Ésa había sido declaración más hermosa que había escuchado en su vida. Conmovida sintió como una de sus rejas, desaparecía.

Una menos, para volar en libertad.

Pietro, buscaba un par de zapatos en la habitación de su hermana por pedido de Ángela. Unos Jimmy Choo azules, que sí o sí, necesitaba para salir con él a la noche.

Se recostó en el suelo boca abajo, para buscar debajo de la cama. Había una caja de zapatos, esperanzado la agarró, con bastante dificultad, la sacó a la luz. Rogando a todos los dioses que ahí estén

los benditos zapatos, abrió la caja.

Un sobre de papel madera bastante gordo, reposaba encima de un montón de fotografías, que jamás había visto antes. Curioso abrió el sobre, un montón de fajos de billetes junto a una nota, que ponía una dirección y una hora exacta. Extrañado, le sacó foto a la nota. Dejó el sobre y comenzó a ver las fotos, en todas salía su hermana, en algunas vestida con un traje ignífugo blanco, con vivos rojos, junto a una moto de carrera de velocidad, roja. En una comprobó que en la espalda, tenía bordado la cara de un lobo. Junto a ella, la mayoría de las veces, salía Ángela y dos chicos. Uno de cabello largo, enrulado, hasta el cuello, castaño, de ojos color gris acero, le llevaba una cabeza de altura a su hermana y la rodeaba con sus brazos, dejando en evidencia la relación íntima que había entre los dos.

Supuso que esas fotos eran de años atrás, su hermana no llegaba a los veinte, claramente.

Entonces, todo encajó.

Así como el agua se escurre entre los dedos de las manos, el tiempo, se desliza en las arenas del reloj.

Habían pasado tres meses desde la internación de Roma, tres meses en que la vida de Pietro Casalegno, se vio puesta patas para arriba.

Después de haber descubierto algunas fotografías reveladoras, en la caja bajo la cama de su hermana, había decidido investigar las conexiones con el presente. La mejor manera, era seguir a su novia y a su hermana cuando salieran juntas, pero por increíble que pareciera ambas se habían mostrado calmas y no habían hecho nada fuera de lo normal. Sí, de todos modos, él supo quién había metido a Roma en el asunto de las carreras, ahí comenzó a cuadrar en su pasado, esas noches que salía y llegaba con olor a nafta; aunque sabía que ella corría en auto, lo había confirmado cuando se accidentó vía Ángela, jamás pensó que la pasión de ella por las motos, la hubiesen llevado a correr también en una.

Una vez puesto ese tema en espera, donde no podía bajar la guardia bajo ningún aspecto, se centró en el que realmente le mortificaba el alma.

Después de esa salida con Ángela, donde habían hecho el amor por primera vez, mágica velada en la que ella le había entregado a él su virginidad, sintiéndose el hombre más afortunado del universo; al día siguiente, todo se había ido por un caño cuando Lucía se presentó en su oficina.

Pietro sabía que ella estaba embarazada, sabía que el bebé no era suyo, ella misma se lo había confirmado, de hecho el engaño de Lucía había sido una de las causas de la ruptura. De todos modos, no pudo evitar sentir el impacto de la imagen de ella embarazada.

La vio en la recepción de la empresa y, haciéndole una seña con la cabeza, le indicó que lo siguiera. Cuando llegaron a su oficina, la hizo tomar asiento y le ofreció algo de tomar, agradecida ella declinó la oferta.

— ¿Qué te trae por estos lados? — Rompió el silencio Pietro, reclinándose en su sillón, mientras unía la yema de sus dedos, formando un triángulo con sus manos.

— Necesito un papá para mi bebé — dijo Lucía, yendo directamente al grano. Ante la cara de asombro de Pietro, ella pasó a explicarle su situación. El tipo con quién lo había engañado y que la había dejado embarazada, al enterarse de la noticia había desaparecido del mapa; en uno de los controles le habían detectado una anomalía en el embarazo, que indicaba que ella no iba a sobrevivir al embarazo, pero había elegido la vida del bebé a la suya, su única manera de dejar una huella positiva en el universo.

— ¿Por qué yo?

— Porque sos lo único bueno que tuve en mi vida — respondió, al borde de las lágrimas.

Pietro sabía que Lucía tenía una familia complicada. Desde la muerte de la madre, el padre, se había volcado en el alcohol y a veces era violento; razón por la cuál ella, al cumplir los dieciocho, escapó y jamás volvió. Sin hermanos con quién contar, Pietro, se había convertido en su centro y pilar, hasta que por alguna extraña razón, ella lo había engañado. A pesar de haberla querido, más no amado, él jamás le había sido infiel.

— ¿Por qué no Elsa? — Sugirió a la mejor amiga de Lucía, intentando mantener la calma. Era de no creer lo hijo de puta que podía ser el destino a veces.

— ¿Realmente le confiarías una criatura a una drogadicta?

— No.

—Yo...yo solo quiero lo mejor para mi hijo —susurró agachando la cabeza.

Pietro llegaba a entender la desesperación de ella, sostenía que al estar tan acostumbrada a contar con él, que dio por descontado que iba hacerse cargo del bebé.

—Me van a pedir pruebas de ADN.

—Ya tengo listo el testamento, donde figuras como padre de Alejo.

Pietro no sabía si sentirse relajado de que no le haya pedido que se casaran o furioso, porque ella lo había arreglado todo a sus espaldas. << ¡¿Cómo mierda le explico a Ángela?!>>, se lamentó, mientras la observaba. Sabía que ése iba a ser su mayor problema con ella, sabía que corría demasiados riesgos de que lo abandone; sí, lo iba a dejar.

El miedo a perderla, a que no llegue a comprender la situación; lo hizo cometer la peor estupidez: no decirle nada.

Y ahí estaba, a pocos meses de ser padre de un hijo que no era propio, con una novia que no sabía nada y una ex que, cada día, se encontraba más debilitada.

Las arenas del tiempo, seguían corriendo, haciéndolo consciente de que la caída de cada grano de arena, era el símbolo de que faltaba poco para la suya propia.

El verano le dejaba el trono reinante al otoño, una de las estaciones preferidas de Roma, junto con el invierno. Adoraba la tonalidad oro con la que los árboles revestían sus copas; la nostalgia en la que se sumergía la naturaleza al marchitarse. Amaba el viento frío en su rostro, lo único que detestaba de la media estación, era el aumento de temperatura hacia mediados de mañana que duraba hasta el ocaso.

Mientras se tomaba con calma su taza de café, deleitaba la vista con el inmenso jardín de la casa de Eric; rememorando el tiempo compartido juntos, incrédula de que ella pudiera sentirse tan plena.

Un par de semanas después de que le dieran el alta, Eric la había llevado a desayunar a la casa de sus abuelas para presentarla oficialmente como su novia. Todavía sonreía ante el recuerdo de las tres, discutiendo sobre la apuesta que habían hecho al respecto de ellos dos. Ni Carola, ni Eusebia y tampoco Jacinta, habían dudado que ellos iban a terminar juntos, tan solo habían apostado el tiempo que iban a demorar en estar juntos. La ganadora, había sido Carola.

—Lo supe en cuanto vi la forma en la que se miraban, en la fiesta de Sofía, Eric — se había jactado orgullosa.

—Ahora también sos nuestra nieta — le aseguró Jacinta, mientras la abrazaba. Roma había tenido que tragar con fuerza, para poder deshacerse del nudo de emoción, que se le había formado en la garganta.

Les prepararon un desayuno de reyes, compartiendo una tarta de frutilla que Roma había llevado; mientras los bombardeaban a preguntas sobre los detalles de su noviazgo. Las tres se habían maravillado con la luz que ellos desprendían, la forma en la que Eric tenía de agujonearla con respecto a cómo habían sucedido los hechos, la primera vez que se cruzaron.

—Incluso la seguí y me quedé mirándola en la ventana, hasta que apareciste vos, abue — confesó sin querer, mirándola a Carola.

—Eso no lo sabía — murmuró Roma, impactada con la confesión.

—Tampoco tenías que saberlo — contestó avergonzado, desviando la mirada.

—La verdad es que no sé, si sentirme halagada o asustada ¿es una tendencia al acoso?

—Nunca lo hice antes — le aseguró, ganándose una sonrisa de parte de ella.

Jacinta, ante tamaña declaración, no pudo reprimir un suspiro. Su difunto marido, había hecho algo similar cuando apenas la conoció.

Eusebia, la ametralló a preguntas con respecto a lo que había sucedido en el comedor del hospital.

— ¿Ustedes cómo se enteraron? — Preguntó incrédulo, mientras se servía la tercer porción de tarta.

—Nos contó un pajarito — respondió evasiva, Carola.

—Detalles, querida — la apremió, Eusebia.

Para evitar que ella repita contar la historia, Eric, les mostró el video a sus abuelas; quienes no pararon de reír ante las fachas de la muchacha. Y no cesaron de comentar, asombradas, la forma en la que ella se había ingeniado para sonar intimidante.

— ¡Hija, qué carácter! — Exclamó Jacinta.

—De verdad, tenía hambre. Entre otras cosas...

—Querida, cuando tenga que ir hacer los trámites a la mutual, te llevo conmigo y sin comer — le dijo Eusebia, haciéndola reír. Roma le aseguró que la acompañaba cuando quisiera, mientras que Eric, les afirmó que ese carácter lo tenía con o sin hambre.

— ¿Es una queja? — inquirió amenazante, arqueando una ceja mientras simulaba quitarle el plato con la tarta. Eric, respondiendo rápidamente que no, le quitaba el plato de su alcance.

Habían pasado una mañana maravillosa, llena de risas y anécdotas. Para Eric, era la primera vez que se sentía a gusto con una mujer, que disfrutaba de la compañía de sus abuelas e incluso lo dejaban de lado en la charla. Feliz, se relegó al segundo plano en esa conversación.

Para el almuerzo, subieron al departamento de Santino, donde Sofía y Mariela, la acapararon al completo, dejándolo con sus amigos.

Con el pretexto de organizar las actividades de la despedida de soltera de Brenda, Roma se fue con sus amigas a la cocina. Hablaron de todo, menos del asunto en cuestión. Lo que más le interesaba a Mariela eran los chismes del hospital, respecto a lo sucedido con Roma y Ana.

Sofía les contó que, por una junta de firmas de todos los médicos, había sido suspendida hasta nuevo aviso.

—Al parecer, todos quedaron indignados con la actitud de ella y visto que Roma, dio la imagen de una abogada, por miedo, aunaron fuerzas — finalizó Sofía, dejando boquiabiertas a las chicas.

—Juro, que mi intención no fue esa...

—Lo sabemos, pero se lo tenía merecido — la calmó Sofía.

Mientras ellas continuaban preparando la comida, los chicos estaban en el living, comentando lo mismo.

—Cuando mi viejo me contó lo de las firmas, no lo podía creer.

— ¿Cuánto tiempo le van a dar? — Preguntó Lucas, mientras subía los pies a la mesita ratona, ubicada frente al sillón de tres cuerpos.

—La idea es que escarmiente — apuntó Santino.

—Creo que dos semanas — dijo Eric.

Lucas le preguntó si Roma sabía de la determinación tomada, a lo que Eric respondió que era muy posible que se estuviera enterando en ese instante, con Sofía en la cocina. Cuando le preguntaron por qué no le contó nada, se limitó a responder que, ella, le había pedido que esos asuntos los dejaran al margen de ellos dos. Acto seguido, pasó a contarles cómo había desestimado una disculpa pública por parte de Ana. Conjeturando que Roma, era de las que les gustaba hacer las cosas por sí misma y que, eso en particular, lo enorgullecía.

— ¿Sos consciente de que, es la primera vez que salís con una chica así de...?

— ¿Intensa? — Sugirió Lucas, al ver que Santino se había quedado gesticulando con las manos, incapaz de encontrar un calificativo, acorde, a Roma.

—Esa intensidad, es lo que me mantiene cautivado —afirmó sonriendo. Siempre admiró la fuerza en las personas, Roma poseía una avasallante. Sí, era intensa, a veces por demás y lo conducía a actuar de manera prudente, sacando una paciencia de la cuál no tenía conocimiento. Pero era parte del picante de ella y le encantaba y, por nada en el mundo, quería cambiarla. Así tuviese que lidiar a diario con ella, por más difícil que se le hiciera en algunos momentos; pero su parte masoquista, disfrutaba verla enojada. Adoraba desde la postura que adquiría su cuerpo, el diferente tono de voz, la mezcla de sarcasmo e ironía y las ocurrencias que tenía para replicar.

—La amo — suspiró, impactando a sus amigos.

— ¿Cómo lo sabés? — Preguntó Lucas, cuando asimiló la confesión de su amigo.

—Simplemente sé, que no quiero estar sin ella un día de mi vida.

Era la primera vez que Eric admitía un sentimiento hacia una mujer, lo máximo que ellos habían escuchado de sus labios era que “gustaba de” o un inseguro “la quiero”; semejante afirmación y, por encima de todo, la calma con la que lo había expresado, era lo que mayor impresión les daba.

El almuerzo transcurrió en una incalculable cantidad de aventuras y travesuras, desde su época de jardín de infantes hasta la universidad.

—Como siempre íbamos de un lado al otro, los cuatro juntos, nos apodamos “Los Cuatro Fantásticos” — le comentó Lucas.

— ¿Quién era la chica? — Preguntó Roma, mientras pinchaba la ensalada.

— ¿Qué chica? — Se extrañó Mariela.

Por lo que Roma pasó a explicarle a Mariela que, en el cómic de Marvel, la chica del grupo era “Sue Storm”, la Mujer Invisible, que se casaba con Reed Richards, Sr. Fantástico, el genio científico y líder del grupo.

Los tres amigos se contemplaron, pensativos ante ese pequeño detalle que se les había pasado por alto, durante años y décadas. En un tácito acuerdo, afirmaron: “Marcos”. Siguiendo la lógica de la siguiente pregunta, Lucas y Santino, aseguraron que el líder era Eric.

—Ironías de la vida, compito con un Psiquiatra — murmuró, haciendo estallar a todos en carcajadas.

—No puedo creer que nunca hayan reparado en ese detalle— dijo Sofía, cuando la risa había mermado.

—Queríamos un apodo genial— defendió Lucas.

—Y, Los Mosqueteros, ya era utilizado por el grupo de mi hermano — agregó Eric.

—De todos modos, Los Mosqueteros, eran tres — señaló Roma.

—Pero Marcos, era el adosado — replicó Santino.

—Pobrecito — lo defendió Mariela.

Entre acuerdos y desacuerdos con respecto a los superhéroes, Roma y Eric, encarnizaron un debate sobre quién era mejor, Batman o Superman. Por supuesto ella veneraba al alienígena, mientras que Eric, defendía al único superhéroe que no tenía poderes. A lo que ella replicaba que, para nenes ricos con juguetitos, se quedaba con Iron Man, que al menos era más divertido. Eric, a quién no le gustaba perder una discusión, refutó que no se podía mezclar los héroes de Marvel con los de DC comics. Exponiendo que, en ningún momento del debate se había resaltado ese punto, Roma zanjó el asunto, ganando el duelo verbal teniendo de aliados a Lucas y a Santino. Mariela y Sofía, prefirieron mantenerse al margen, porque no eran muy fanáticas de los cómics, aunque por solidaridad de género, apoyaron a su amiga.

—Acá faltan Marcos y Brenda — se quejó Eric, ya que ellos dos, eran los defensores de Batman junto con él.

— ¡Aww! le falta la novia — se burló Roma, provocando que Eric se lance hacerle cosquillas, mientras le exigía que se retracte.

Sus amigos los contemplaban, anonadados ante la forma en la que él se desenvolvía, jamás se había mostrado tan juguetón y compinche con alguna de sus novias. A decir verdad ninguna de las ex novias de Eric, hablaban de otra cosa que no fuese una dieta, la semana de la moda, la cantidad de calorías que tenía la comida y los chismes de la farándula.

Los días siguieron transcurriendo, hasta que llegó ese tan destacado para Roma. El día en que llevó a Eric a almorzar a su casa, para presentarlo tradicionalmente.

Para agasajar a su nuevo yerno, Magdalena, había optado por preparar una Lasagna con salsa mixta y a los cuatro quesos.

Madre e hija, se levantaron temprano y se entregaron en cuerpo y alma a la cocina.

Sobre media mañana, sonó el timbre; minutos después aparecían las dos abuelas de Roma y Pietro, agarradas del brazo de este.

— ¡Nonnine, che ci fate qua?! — Exclamó asombrada, ante la presencia de sus abuelas en su casa.

—Roma Giovanna, preguntarles a tus abuelas “¿Qué están haciendo?”, en tu casa, no es un recibimiento educado — la reprendió Antonia, abuela paterna.

—Scusatemi — se disculpó, abrazándolas. —Me tomaron por sorpresa, nonna To...— Agregó.

—Nuestra nieta, presenta al novio y ¿te pensás que nos íbamos a perder semejante evento? — Preguntó sonriendo Margherita, su abuela materna, mientras empezaba a desempacar la comida y se ponía a amasar junto a su nieta.

—Come l'avete saputo? — Preguntó incrédulo Pietro, ante la información tan exacta que manejaban sus abuelas.

—Lo ha detto tuo padre — Respondió Antonia, encogiéndose de hombros, acomodándose junto a Magdalena, ayudándola a preparar las salsas.

<<Increíble>>, pensó Roma, mientras amasaba junto a su abuela. Ellas se habían enterado porque su

padre las llamó para contarles. Incluso, se enteró que su padre, se había pavoneado orgulloso de que Eric, había pedido su bendición.

Cuando ellas le preguntaron a su nieto por su novia, él les aseguró que Ángela, pasaba sobre la tarde porque tenía un alumno de piano.

Para no exponerse al bombardeo de preguntas sobre su vida amorosa, Pietro se marchó al comedor. Cualquier lugar era válido, como refugio. Por solidaridad con su cuñado, decidió mandarle un mensaje de advertencia, recomendándole traer unas flores para las damas de la familia, pero una especial aclaración respecto a las flores de su hermana, que ni se le llegara a ocurrir regalarle rosas, las preferidas de Roma eran las calas.

A las doce en punto del medio día, cuando Roma pensaba que no iba a poder manejar los nervios, el timbre sonó otra vez.

Pietro le abrió el portón automático y lo esperó en la puerta.

Ataviado con cuatro ramos de flores, un vino de su bodega privada y dos cajas de puros, Eric, entró a la casa Casalegno.

De lo primero que se dio cuenta, era que Roma había salido igual de bajita que sus abuelas, los ojos negros eran herencia de Margherita y la lengua viperina de Antonia. Pero, la mano para la cocina, lo había heredado de las tres mujeres con las que compartía genética. Estoico, se sometía al escrutinio de las abuelas de Roma que, suponía, le estaban dando el visto bueno ya que asentían, hablando en italiano a una velocidad impresionante. Mientras que su novia acomodaba las flores en jarrones, la veía sonreír, asentir o reprenderlas, según deducía por las gesticulaciones de ella. Apoyado en el marco de la puerta, Pietro lo miraba risueño.

—Las mujeres de ésta familia, son unas descocadas — se burló el primogénito.

—Una no se puede negar a la belleza —respondió Antonia, provocando que Eric se riese de la entonación que había empleado, la nieta era igual.

Magdalena miró a su alrededor, la cocina llena de aromas y risas; se fijó en su marido, que charlaba animadamente con su yerno y su hijo, su madre y su suegra cocinando juntas; y no pudo evitar admirar a su hija, el halo especial que la envolvía iluminando cada poro de su piel.

Para Eric era imposible no buscar con la mirada a Roma, le encantaba el pelo recogido como diademas de trenzas, dejando al descubierto su delicado cuello; una remera al cuerpo blanca escote redondo y una pollera estilo los años cincuenta con un cinturón ancho de cuero negro, vestían su cuerpo, acentuando cada curva.

Roma seguía sorprendida con el hermoso ramo que le trajo de regalo Eric, intentaba no prestarle atención, pero miraba una cala y una sonrisa estúpida aparecía en su rostro. Cuando él se lo había entregado, ante su cara de sorpresa, le había explicado que ella era demasiado singular, para algo tan sencillo como una rosa; explicando que la elegancia de la cala le iba mejor a la personalidad de ella. Y le susurró al oído que el blanco era pureza, el rojo rozando el bordó era pasión y las mas rosas eran el amor. Ella se había fijado en la predisposición de las flores y el blanco las envolvía a las otras dos tonalidades, definitivamente era un mensaje subliminal.

Después de almorzar, con los postres incluidos y el café, en el jardín, Pietro se acercó con una guitarra y cantó para sus abuelas una balada italiana. Llegando a los acordes finales, llegó Ángela y se unió a dúo con Pietro, en una seguidilla de canciones de todo tipo.

— ¿Te acordás los acordes de “*Tonight is what it means to be Young*”? —Le preguntó Roma a su hermano.

—¿De la película “*Streets of fire*”?

—Esa, hermano...

—¿Conocida como “*Calles de fuego*”? — Volvió a preguntar, haciéndose el gracioso.

—La misma —dijo mientras arqueaba una ceja, en señal de que estaba perdiendo la paciencia.

Realmente era tan fácil sacar de quicio a su hermana, pero optó por no hacerla enojar más, y comenzó a tocar los acordes, balbuceando la letra porque no se la acordaba; entonces sucedió lo que llevaban todos años esperando, ella comenzó a cantar.

*I've got a dream 'bout an angel on the beach
And the perfect waves are starting to come
His hair is flaying out in ribbons of gold
And his touch has got the power to stun.*

*I've got a dream 'bout an angel in the forest
Enchanted by edge of a lake his body's flowing in the jewels of light
And the earth below him's starting to shake.*

*But I don't see any angels in the city
I don't hear any holy choirs sing
And if I can't get an angel
I can still get a boy
And a boy'd be the next best thing
The next best thing to an angel
A boy'd be the next best thing”*

**(Tuve un sueño acerca de un ángel en la playa
Y las perfectas olas que están empezando a venir
Su cabello esta flotando en cordones de oro
Y su toque tiene el poder de aturdir.*

*Tuve un sueño acerca de un ángel en el bosque
Encadenado al borde de un lago
Su cuerpo flotando en gemas
Y la tierra empezando a estremecerse.*

*Pero no veo ningún ángel en la ciudad
No escucho ningún coro celestial
Y si no puedo conseguir un ángel
Puedo conseguir un chico
Y un chico será lo más cercano a ser un ángel
Un chico será lo más cercano.)**

Mientras su hermana cantaba, amoldando su voz a los lentos acordes de la guitarra acústica, Pietro no podía dejar de mirarla impresionado, tenía una voz maravillosa. Incluso Ángela, estaba impresionada. La emoción que invadió el momento fue única y mágica, en especial, por la mirada que ella le dedicaba a Eric, notoriamente, ciertas partes de la canción iban dedicadas a él.

*I've got a dream 'bout a boy on a star
Lookin' down upon the realm of the world
He's there all alone and dreaming of someone
Like me
I'm not an angel but at least I'm a girl*

**(Tuve un sueño acerca de un chico en una estrella
Mirando sobre los confines del mundo
Él está allí solo, soñando con alguien como yo
No soy un ángel, pero al menos soy una chica)**

Finalizó, suspirando, mientras cerraba los ojos y se rendía ante lo que sabía. No, ella no era un ángel, era tan sólo una chica, tratando de salir de la oscuridad.

— ¿En qué piensas? — Le preguntó Eric, mientras la abrazaba por la cintura, desde atrás, trayéndola nuevamente al presente con un beso en su cuello.

—En el paso del tiempo —suspiró, llenándose los pulmones con el aroma de él recién salido de la ducha.

Eric, se había levantado a correr antes de ir al hospital dejándola dormir plácidamente, hecho que Roma

agradeció profundamente.

— ¿Hoy tenés la entrevista de trabajo? — Preguntó, alejándose en dirección a la cafetera, ella había programado la opción para que se encuentre listo en el momento que él saliese de bañarse.

—Sí. ¿Me podrías acercar? — Suspirando preguntó, detestaba depender de las personas pero ésta oferta era demasiado tentadora como para tener orgullo. La habían llamado de uno de los diarios más importantes de la ciudad, como posible candidata a ocupar un puesto de edición en las plataformas digitales.

—Acompañame — Le pidió, mientras estiraba la mano libre para que ella lo agarrase. Ambos con sus cafés en la mano, ella ataviada con la remera que le había sacado de uno de los cajones, mientras que él iba con una toalla en la cintura y el cuerpo semi húmedo de la ducha. La guió por un camino interno que llegaba a la cochera, era la primera vez que veía el lugar dónde guardaba el auto.

Eric, soltó su mano, para poder presionar la contraseña que abría la puerta que daba acceso al lugar donde guardaba sus vehículos.

— ¡Por el amor al pesebre! — Exclamó cuando él encendió las luces, dejando en primer plano una Harley-Davidson King Road. Pasando de largo la Ducati, se acercó solemne a la motocicleta y empezó a recorrerla, acariciando el asiento de cuero.

—Motor Twin Cam ciento tres, radiador de aceite, caja de filtro de aire, de alto caudal, unido a una transmisión Cruise Drive de seis velocidades, con embrague mandado vía cable. Control crucero de serie y ópticas antiniebla, acá al los lados del faro halógeno doble principal, de novecientos ochenta y seis lumens de intensidad — declaró mientras hacía una pequeña reverencia dejando, una vez más, pasmado a Eric con su conocimiento.

—La Harley, es la única que sólo manejo yo — le advirtió con una sonrisa juguetona.

—¿Cómo me pudiste ocultar algo así? — Le increpó pasmada y un poco ofendida.

—Se me pasó por alto — respondió a modo de disculpa, mientras se acercaba a ella y la direccionaba hacia la pregunta importante.

—Te presto cualquiera de los dos — le dijo, mientras señalaba el Audi negro y un Chrysler 300 plateado. Ante el desconcierto de ella, le explicó que no le molestaba prestarle alguno de los autos, para que pudiera manejarse durante el día.

— ¿Y si te lo rayo? No porque lo vaya hacer adrede...

—En caso de que suceda, es sólo pintura — desestimó, encogiéndose de hombros.

— ¿Y si choco o me chocan? — Insistió, sólo por el simple hecho de estar cubierta ante cualquier eventualidad.

—Tengo un buen seguro, deciles a los de la ambulancia que te lleven al Carson — dijo zanjando el asunto dándole un rápido beso en los labios, apremiándola para que se decidiera.

—En ese caso, me pido el Audi.

Mientras iba camino a su entrevista de trabajo agradecía de todo corazón, tener su carnet al día. Eric, le había dejado los papeles y las llaves del auto, junto con una copia de la llave de su casa, así podía arreglarse tranquila y salir con calma. Él estaba en absolutamente todos los detalles, sí, definitivamente, era el mejor novio del mundo. Una vez más, le había concedido la oportunidad de satisfacer un deseo.

Alan daba vueltas por su minúsculo departamento, meditando la manera de acercarse a su Loba, con algún pretexto barato. Tres meses de absoluto silencio, que no sabía nada de ella y en los que se había resistido a llamarla o escribirle. Noventa días, en los que se había obligado a mantener la distancia, donde se refugió en el calor de diversas piernas aliviándose mientras pensaba en ella. Pero ninguna olía como ella, ninguna tenía la suavidad de ella ni sonaba como ella.

El celular comenzó a sonar.

—Mañana por la noche, circuito nuevo —dijo el emisario Acevedo, brindándole por fin, el pretexto para llamarla.

Martina encendía un cigarrillo, mientras lo contemplaba a Román vestirse. Con el pelo alborotado, meditaba la manera de conseguir las córneas solicitadas, tenían que hacer entrega de la mercancía la noche siguiente y sólo tenía los riñones.

— ¿Qué te preocupa? — Le preguntó Román, mientras le quitaba el cigarrillo de los dedos.

—De dónde mierda sacamos los ojos, eso me preocupa.

—De eso me encargo yo — le aseguró.

Justamente ese era el problema, dejar que él se encargue. Porque significaba que iba a mandar a sus sicarios en búsqueda de algún niño de la calle. No porque tuviera escrúpulos, pero prefería no aumentar el peligro con alguna denuncia de desaparecidos.

— ¿Hablaste con La Tríada? — Preguntó, haciendo referencia a la mafia china.

—Son los mejores compradores —suspiró visualizando los maletines con los billetes.

—Tenemos, para incorporar al caché, células madre — comentó sonriendo, mientras recordaba la manera en que había sido trasladada a neonatología. Ahora que iba a asistir a partos, iba a guardarse los cordones umbilicales con el fin de venderlos como posibles fuentes de células madre para los tratamientos especializados en combatir los diversos tipos de leucemia.

— ¿Decís que va a funcionar?

—Con alguien van a ser compatibles, tiene que ser una especie de banco genético —explicó, ayudando a su argumento cuando vendían sangre después de analizar que estuviera en perfectas condiciones.

—Necesito que Germán vaya mañana al galpón.

— ¿A qué hora?

—Temprano, tengo que tener tiempo de ver cómo van las apuestas.

La colorada, sabía que necesitaba al médico para extirpar los ojos de las víctimas. Lo único que detestaba, era tener que acostarse con él para convencerlo; por lo visto no era suficiente con prometerle una cuantiosa cantidad de dinero, los chinos, eran los que mejor pagaban.

El Gran Jefe, había preparado el galpón con todo lo necesario para que el doctor operase. Había seleccionado a vagabundos. Un hombre de treinta años, yacía en una camilla junto a un adolescente. Ambos dopados, secuestrados de una villa miseria. También tenían a un bebé, que había sido comprado a su madre mientras pedía limosna.

<<Y después, los monstruos somos nosotros>>, meditaba Roman, mientras contemplaba al infante, pensando en el punto que llegaba la miseria humana de vender al propio hijo por unos cuantos billetes, que estaba seguro, iban a ir a parar a cualquier cosa menos a comida. El jefe de la mujer, era un contacto. La limosna, era otra de las mafias que habitaba la ciudad. También le había tenido pasar un par de fajos de billetes al Hurón, jefe de la pobre bastarda.

Ese, no era el primer trabajo que realizaba ahí Germán. Aunque prefería extirpar riñones y pulmones, entendía que las córneas y el drenado de sangre, dejaban más réditos. Sabía qué era lo que tenía que hacer, a la perfección. Las instrucciones habían sido claras y precisas: Sacarles los ojos a todos, adolescente y bebé iban vaciados al cien por cien. De la desaparición de los cuerpos, se ocupaba la gente de El Gran Jefe.

Martina, lo había equipado con todo el material quirúrgico necesario para todas las intervenciones.

— ¿No te parece hermoso? — Preguntó ella, simulando una emoción de enamorada patética, mientras lo asistía con la primer córnea.

— ¿Qué cosa?

—Vos operando yo asistiéndote, el sueño de toda pareja...

Lo había dicho con tanta ilusión, que él, sólo pudo sonreír. Evitando la corrección de que ahí, no estaban operando.

Del otro lado de la cortina, Román revoleaba los ojos. El nivel de estupidez que tenía que soportar, cada vez que Germán intervenía en el galpón, era repulsivo. Una vez que consiguieran otro médico, éste iba a parar a mejor vida de eso, estaba absolutamente seguro.

Una vez que terminaron, dejaron los cuerpos envueltos para que el resto del personal, se encargase de su desaparición.

Ángela y Roma, se dirigían a la carrera. Cada una envuelta en sus propios pensamientos, no eran conscientes del auto que las seguía a una distancia casi prudencial.

Mientras Roma, evocaba la cara de sus padres al verla bajar del auto de Eric, después de salir de la entrevista; Ángela, pensaba en Pietro. Lo había notado bastante extraño las últimas semanas. Más allá del repentino interés de él en conocer detalles de aquellos viejos tiempos en el que ambas se juntaban con Alan. Entendía que quizás Pietro, necesitaba llenar algunos espacios vacíos. Como, por ejemplo, entender cómo había aprendido a manejar su hermana o la forma en que había conocido al muchacho de ojos color acero. Como era una delgada línea la que podía traspasar, y ser una glamourosa traidora de mejor amiga y cuñada, por no mencionar el hecho que si mentía, a quién iba a traicionar era a su novio, había optado por una postura neutral; contándole nimiedades. Pero intuía que había algo más, algo más que él no le decía.

Pietro las había visto salir y, esperando unos minutos, decidió seguirlas. Habían tomado una ruta que para él, era desconocida. De manera furtiva, se había camuflado un par de coches atrás, a decir verdad, había alquilado un auto para pasar más desapercibido; tenía que reconocer que era muy idiota al no haberlo seleccionado con los vidrios polarizados, ese era el verdadero motivo por el cuál trataba de ser discreto con su persecución.

Como no pensaba meterse, Dios sabía dónde solo, considerando que su cuñado estaba de guardia, había llamado solamente a Estéfano. Además, al estar involucrada también la hermana de él, le parecía un acto de bajeza no incluirlo.

—Increíble que no lo hayas pedido polarizado — se quejó su amigo.

—Digamos... que me perdí esa clase de espionaje.

Después de cuarenta minutos de carretera, las vieron doblar por un camino interfábrica, cerrado de modo tal que parecía un circuito de carreras.

— ¡Me cago en la puta madre! — Exclamó Pietro, mientras golpeaba el volante. Tal como lo temía, su hermana había vuelto a correr.

—Tal vez, no vino a correr — sugirió esperanzado Estéfano.

—Es verdad, este era el curso de croché — comentó irónico.

—Digo, puede ser, que vinieran como espectadoras.

—Nunca pierdas la inocencia, Estéfano — dijo, mientras le propinaba palmaditas condescendientes en el hombro y descendía del auto.

Pagaron la entrada e ingresaron al predio, mirando para todos lados, intentando disimular el asombro por ver correr los pequeños paquetes de cocaína, como si de caramelos se tratase. Se les acercó un chico, que no llegaba a los dieciocho años, ofreciéndoles marihuana y sutilmente se negaron.

Un tipo subido a un banco, organizaba las apuestas. Que consistía en vender los números de las pecheras de los corredores.

— ¡¿Podrá La Loba ganar esta noche después de su caída?! ¡Hagan sus apuestas, señores! — Exclamaba a viva voz.

Pietro sacó su billetera y apostó por su hermana. Mientras esperaba que le diesen el número escrito con

la cantidad que había apostado, preguntó por la famosa Loba.

—Le dicen así por el traje que tiene —le comentó el muchacho.

—Blanco, con vivos rojos y un lobo en la espalda —agregó otro, haciendo que Pietro se estremeciera.

—Recién él, hablaba de una caída ¿qué le pasó? — Preguntó, lo más natural que pudo. El muchacho le habló de la mancha de aceite y de su habilidad para maniobrar, salvándose. A cada palabra que escuchaba Pietro, de las proezas de su hermana, sentía un impulso asesino inexplicable.

Ajenas al tormento que se les avecinaba, Roma y Ángela, realizaban los rituales correspondientes, mientras que Alan terminaba de chequear la moto.

Se demoraron dos meses en tenerla a punto, pero había valido la pena. Decir que había quedado como nueva, era poco; simplemente había quedado magnífica. Incluso le habían puesto una calcomanía blanca de un lobo aullando.

Augusto, se acercó hasta Roma y le pidió un momento a solas. Incapaz de resistirse, lo miró apreciativamente y se dijo que de no estar enamorada de otro, él sería un lindo candidato. Pero siempre que se lo cruzaba, estaban a destiempo. Era alto, de contextura atlética, cabello negro prolijamente corto, tez blanca, enormes ojos celestes con motitas verdes envueltos en larguísimas pestañas semi arqueadas, unas cejas anchas que le imprimían carácter y sensualidad a su rostro, junto con la barba prolija. Todo estaba confabulado para destacar esos enormes ojos sagaces.

<<Te juro que si no te amara, Eric Carson>>, se confesó, frenándose de golpe provocando que Augusto se girase para verla, arqueando una de sus perfectas y masculinas cejas en silenciosa pregunta.

— ¿Estas bien? — Preguntó al ver que ella seguía estupefacta.

Obligándose a no pensar en lo que acababa de darse cuenta, afirmo y se excusó diciendo que se había olvidado una medallita de la suerte.

—Loba, necesito que vos y la Princesa se vayan ya.

—Jamás pensé que llegaras a esa bajeza para ganar— espetó con repulsión.

— ¿Te pensas que soy ese tipo de hombres? — inquirió apretando los dientes, mientras la tomaba de la nuca, acercando su rostro al de ella. Era hermosa y llevaba años anhelando besarla, pero necesitaba acabar con el otro asunto de una vez por todas esa era la noche. Después le contaría la verdad y rogaría, de ser necesario, que le concediese un par de salidas. Desde que la vio en la pista por primera vez, le gustó. Tenía debilidad por las chicas rudas, sabía que no le iba a costar mucho sacársela al imbécil de Alan, pero tenía otra cosa entre manos. La desaparición de la Loba en la pista, había frenado un montón de cosas, supuso que ella no le veía sentido seguir corriendo con su novio preso. Ahora que estaba de vuelta y, cuando todo acabara, la iba a invitar a salir.

—No lo sé — respondió de igual modo.

<<Es una pena que no me mueva ni un pelo, porque está buenísimo>>, pensaba mientras le sostenía la mirada.

—No te puedo decir nada, pero esta noche es peligrosa.

—Te espero detrás de la línea — se pavoneó ella, provocando que él sonriera y la soltara.

—Atenta, Loba — le advirtió, mientras se resignaba a lo que venía. Sin lugar a dudas, además de estar

atento con sus compañeros en el operativo, iba a tener que tener un ojo puesto en el culo de ella. No porque le molestara mirarlo, al contrario, pero lo prefería en otras circunstancias.

Abriéndose paso entre la multitud, Pietro y Estéfano, se acercaban hacia donde se encontraba Ángela. Cuando los corredores, comenzaron a acomodarse en la línea de largada, el público estalló en gritos y aplausos; la gran mayoría gritaba “LOBA”. A pesar de estar enojado con su hermana, Pietro, no pudo evitar sentir orgullo al saber que ella, era una ganadora.

— ¿Se come bien por acá? — Siseó amenazante, en el oído de Ángela. La pregunta, hacía referencia a la mentira que ambas expusieron para ausentarse esa noche.

—Nada de nombres — le advirtió, con escasa compostura. Al ver el terror en los ojos de ella, Pietro y Estéfano asintieron. Poniéndose de puntillas, le susurró al oído:

—Acá se me conoce como La Princesa y a ella como La Loba.

—Supuse lo segundo — espetó, lanzándole una mirada de reproche.

Alan se acercó hasta Ángela, dirigiéndoles una mirada sobrada a Pietro y a Estéfano, y le susurró a ella en el oído.

— ¿Lo sabe? — Preguntó incrédula.

—Recién me avisan...

—Siempre lo mismo con vos.

El cerebro de Ángela, comenzó a trabajar a la velocidad de la luz buscando salidas y alternativas. Al ver el estado en el que se había puesto ella, Estéfano le apretó el brazo preguntándole con el ceño qué estaba sucediendo.

—Esta no era la mejor noche para que vinieran —murmuró.

— ¿Qué está pasando? — Inquirió Pietro, mientras la tomaba del mentón.

—Lo único que puedo decir es que, apenas termine, nos tenemos que ir cagando de acá.

La seriedad que había empleado, fue suficiente para que ellos no preguntasen más y se limitaran a obedecer. Después de todo, Ángela era la que conocía mejor el ambiente.

Ajena a esos dos pares, nuevos, de ojos que la observaban; se preparó mentalmente para la largada. Se alzó el brazo con la bocina, Roma comenzó a soltar el embrague en perfecta sincronización para salir disparada cuando sonó la señal.

Por el borde de la pista, Pietro la miraba asombrado. Su hermana era una piloto impresionante. Absorto, comenzaba a zambullirse en la adrenalina de la carrera. La veía doblar inclinándose peligrosamente sobre los costados, acelerar, esquivar las patadas, todo con una seguridad envidiable. Ella estaba loca, una desquiciada por ponerse en riesgo de esa manera pero siempre había disfrutado de la velocidad ¿podía culparla, entonces? Lo único que tenía para recriminarle, era haberlo dejado afuera. Además de exponerse, una vez más, a partirse la cabeza. Le dolió, en lo más profundo de su alma, que no contase con él. Lo defraudó saber que ella otra vez había mentido, que se había preocupado por una caída tonta desde una escalera cuando había sido en la moto.

Cuando la vio cruzar la línea de meta, sinceramente quiso gritar que era su hermana. Todo el mundo

coreaba su nombre, incluido él. Pero Ángela, le había dado orden de no mencionar nada en voz alta; por lo que se limitó a saltar y a corear casi emocionado junto al público, cuando se consagró ganadora, regodeándose, levantando la rueda delantera.

Todo sucedió muy rápido. Cuando cruzó la línea de meta, el público estaba eufórico, contagiándola a ella también hasta que se desató el caos.

Un disparo sonó muy cerca de ella, el primero que enmudecía a la multitud, abriéndole el paso al segundo que era el encargado de alborotar a la gente. Empezaron los gritos en conjunto con el instinto de supervivencia, de huir hacia cualquier dirección; mientras que Roma seguía observando todo en cámara lenta, oyendo a lo lejos los alaridos que acompañaban la secuencia de imágenes que se desarrollaban frente a sus ojos. Sentada en su moto, inhabilitada de toda capacidad de reacción, sintió una sacudida en el brazo. Asustada gritó, hasta que vio que era Augusto. Estaba sin casco y cargando un rifle.

— ¡Move el culo de acá, andate! — Le ordenó.

— ¿Qué está pasando?

—La Federal está de operativo — le informó tajante, mientras volvía a ordenarle que se marchara. Entonces Roma, reparó en un detalle, colgando de su cuello, tenía la placa de La Policía Federal.

—¡Mierda! — Exclamó al comprender que este era el fin.

Reaccionando, puso primera y comenzó a acelerar en búsqueda de Ángela. Esquivando personas, llegó al lugar donde su amiga se encontraba aterrada.

— ¡Ya, ya, ya, ya! —Exigió Alan. Ella se bajó de la moto, se la entregó, dándole el casco lo vio subir y partir.

Como acto reflejo, sin reparar en qué hacía ahí, tomo el brazo de su hermano y comenzó a correr. Ángela la imitó.

Los cuatro se precipitaron a campo traviesa, volteando de vez en cuando al escuchar los fogonazos y las advertencias de la policía.

— ¡No volteen! — Gritó Ángela, apremiándolos para que apurasen el paso.

—El auto en el que vinimos, quedó en la entrada —informó, casi sin aire, Pietro.

—Me llevo a mi hermano — le dijo a Ángela, quién asintió como respuesta. Ambas sabían que era la mejor opción para escapar.

Los hermanos corrían a la par, cubriéndose entre los árboles y guiándose por la luz de la luna. Cuando llegaron al lugar donde estaba estacionado el auto, Pietro le indicó cuál era el de alquiler, ya que ella no encontraba el Peugeot 3008 negro, de su hermano.

—Maneja vos — le ordenó al tiempo que le tiraba las llaves. Roma agarró las llaves al vuelo y destrabó la puerta para que suba su hermano. Pietro se quitó la campera y se la puso por encima, turnando las manos para acomodarse, se la abrochó. Con un gesto de cabeza, le aprobó el detalle. Los vidrios al no ser polarizados, convertían a Roma en un blanco fácil.

En un mutismo cargado de tensión, emprendieron la huida. Pietro rezaba cada vez que ella tomaba una curva o realizaba una maniobra peligrosa a una velocidad vertiginosa. La miraba sobrecogido ante la rápida capacidad de reacción que poseía con la palanca de cambios y el freno de mano.

Una vez que se encontraron a salvo en la ruta, vieron el auto de Ángela rebasarlos, dejándolos con el alma aliviada al comprobar de que habían salido sin inconvenientes.

Pietro, una vez que se sintió capacitado para ocupar su mente en otra cosa, que no fuese morir en un accidente, tomó su teléfono celular y le envió un mensaje a su padre, diciendo que se fijara en la caja que se encontraba debajo de la cama de su hermana, advirtiéndole que estaba sucediendo otra vez. Le dijo también que estaban en camino y, que preparara una reunión urgente en la casa.

Roma estacionó frente a su casa y recién ahí, pudo respirar otra vez.

—Estamos a salvo — murmuró, relajándose mientras apoyaba la cabeza contra el asiento.

Sin decir nada, Pietro pulso el botón para abrir el portón y se bajó del auto al ver que llegaban Ángela y Estéfano.

Roma siguió los pasos de su hermano y se abrazó a su amiga, mientras las dos saltaban exclamando “¡Se acabó!”.

— ¡Adentro, Giovanna! — Ordenó Pietro, furioso.

—Vamos... — dijo Roma, mirando a su amiga.

—Es una reunión familiar — masculló, apretando los dientes su hermano.

—Por eso.

—Il sangue — replicó Pietro, mientras se subía al vehículo sin mirar a su novia.

<<La sangre, estoy al horno>>, pensó al entender la aclaración de su hermano. La sangre se reunía y sólo rogaba que la de ella no corriera.

Giulio los esperaba sentado en la cabecera de la mesa del comedor, tenuemente iluminado. A su derecha, se encontraba Magdalena con la misma seriedad escalofriante que su esposo y, al centro de la mesa, la caja abierta.

—Sentate —ordenó su padre, en un tono imperativamente calmo mientras le señalaba la punta de la mesa, opuesta a él. Roma, sabía que no debía temer cuando él gritaba alterado sino, cuando estaba tranquilo. Su hermano se sentó a la izquierda de su padre, dando la sensación de que ella se enfrentaba sola a un tribunal. Resignada, inspiró una bocanada de aire y tomó asiento.

Su familia la contemplaba impávida, esperando a que comience hablar pero ¿por dónde comenzar? Había tanto que decir o nada en absoluto, aunque la segunda opción, no era un consejo recomendable.

— ¿Por qué corres? — Preguntó Giulio, brindándole el puntapié para que comience hablar.

—Ésa, es una pregunta difícil de responder —dijo, intentando mantener la calma, a pesar del incesante rebote de su rodilla.

—Si querías correr, ¿por qué no nos dijiste? Sabés que siempre los hemos apoyado en todo — le recriminó su madre, con profundo pesar.

—No fue fácil, mamá — dijo, tragando con dureza el nudo de emociones que tenía en la garganta.

Apretó con fuerza sus ojos y desnudó su alma. Comenzó a relatar cómo había conocido a Alan, a los diecisiete años, en un pub jugando al pool. Se refirió a la primera vez que lo vio y se había quedado prendada de esos ojos grises que transmitían peligro, toda su humanidad era un enorme cartel de peligro, admitió su estupidez de adolescente romántica al idealizar la imagen del chico malo con la virgen niña de

grandes ínfulas de llevarse el mundo por delante. Les explicó la forma en la que se fue metiendo en las carreras, aprendiendo a manejar, esa sed de conocimiento que le brindara la certeza que él no iba a dejarla. Confesó sus tendencias autodestructivas, ese afán de prostituir su esencia para ser aceptada; el anhelo de sentir un mínimo por alguien. Relató el momento en que descubrió a Alan con otra, con la frialdad que lo había dejado y, la ira que había dominado todos sus sentidos al momento previo de la carrera; la manera en la que había perdido el control del vehículo y el último pensamiento antes de perder el conocimiento, las disculpas a su madre.

—Después de cuatro años, en los que no supe de él, reapareció y me amenazó, así volví — prosiguió, sin ser consciente de que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Habló en detalle de la amenaza hacia su familia, si no colaboraba. Les habló de la red de tráfico de órganos que estaban intentando dismantelar. Cuando su hermano preguntó la razón por la cual no había acudido a la policía, explicó que la policía era la principal instigadora en el asunto. Les habló del operativo de esa noche, del cuál no sabía nada, y cómo habían escapado. Les aseguró que ya todo había terminado.

— ¿Por qué no nos pediste ayuda?! — Se exasperó Pietro.

— Porque los estaba protegiendo — afirmó sollozando.

— ¿Cuándo vas a entender que no estás sola contra el mundo?! ¿Cuándo te va a entrar que somos una unidad?! — Gritó su hermano, acompañando cada pregunta con un golpe en la mesa.

— Yo lo sé — afirmó entre hipidos.

— Si realmente lo supieras, hoy, no estaríamos en estas instancias.

— Pietro — susurró el nombre de su hermano, que le retiró la mirada dolido.

— ¿Eric, lo sabe? — Preguntó su madre. Roma negó con la cabeza y les pidió que jamás le contaran. Esa parte de su pasado no se la quería revelar, en lo posible, jamás.

— Estas cosas siempre se saben, Giovanna — aseguró su padre, con un tono cansado.

— ¿Con Eric, también sentís que necesitas encajar en su mundo?

— No, con él me siento yo misma.

<<Es por eso que lo amo>>, meditó, mientras se secaba las lágrimas.

— ¿Qué vas hacer con el dinero del sobre? — Se interesó Giulio.

— A éste lo quiero donar — respondió mientras se encogía de hombros. Entonces pasó a explicarle que lo ganado en el pasado, estaba en un plazo fijo en el banco.

— Somos una familia, hija, con todo lo que eso implica. Nunca más, vuelvas hacer una cosa así porque no estás sola. No tenés que solucionar y cargar el peso del mundo vos sola. No porque no crea que seas capaz, te criamos para serlo, pero también, te educamos como parte de una unidad eso significa la familia. ¿Estamos? — Dijo su padre.

— Sí — afirmó en un susurro, sin despegar las pupilas de las verdosas de su padre. Giulio se puso de pie y la llamó, ella acudió a sus brazos sin dudarle. Se abrazó a su padre rompiendo nuevamente en llanto, lágrimas de catarsis brotaron sin cesar, sintiéndose libre por primera vez en su vida.

Alan escapaba, maniobrando de manera suicida la Yamaha. De alguna forma, Acevedo, se había enterado

de que él los había marcado y, antes de huir, lo había mandado a matar.

Izquierda, derecha; cada vez que doblaba o giraba el cuello para ver si eran más matones que lo perseguían, sentía las correas del casco golpear su cuello. Había salido tan apresurado, que no quiso demorar en prenderlo como era debido.

Seguía esquivando autos, atravesando cruces de calles, adentrándose en calles desconocidas. Al doblar en un callejón resbaló con la arenilla del pavimento, perdiendo el control de la moto, raspando todo su costado derecho y perdiendo el casco al impactar en el suelo. No alcanzó a ponerse completamente de pie, cuando se dio cuenta de que un auto negro opaco, bajaba el vidrio polarizado de la ventanilla trasera y lo apuntaban con un arma.

Sintió la bala en la cabeza y cayó.

Ángel Perales lo había seguido, siendo incapaz de neutralizar a quienes lo perseguían.

Cuando llegó al callejón disparó al auto que arrancaba chirriando, sin ser capaz de dar con éxito a alguna parte importante del vehículo. Rápido fue a socorrerlo y se dio cuenta de que a pesar de la herida de bala en la cabeza, seguía con pulso. Actuando rápido llamó a una ambulancia, para luego llamar al doctor Carson e informarle que llevaba al muchacho a su hospital.

— ¡Al Carson, urgente! — les ordenó a los sanitarios, cuando llegaron.

Capítulo 16

Su mundo estaba sumido en la completa oscuridad, sus sentidos estaban bajo el influjo de las tinieblas. Los párpados le pesaban dos toneladas cada uno, su boca estaba más seca que el desierto y sentía el infierno desatarse en su cabeza. Puso su mayor empeño en abrir los malditos párpados, pero el esfuerzo le quitaba la poca energía que poseía. Podía hacerlo, él podía. Luchó contra la nebulosa que amenazaba en sumirlo otra vez en ese estado mortorio, peleó hasta con su último aliento y se rindió, se entregó a la oscuridad una vez más, evocando una constante plegaria: <<*Perdoname,Loba*>>.

Ángel Perales, se encontraba en el consultorio del doctor Tristán Carson. Éste, le estaba brindando el parte médico de Alan. Una contusión severa en el parietal derecho. La bala había lastimado el cuero cabelludo, pero no había lesionado el hueso. Si bien se percibía como un impacto, lo que causaba el estado de inconsciencia y las consecuencias como un golpe ordinario en la zona.

Tristán, muy calmo, luego de brindarle el diagnóstico, le exigió que lo pusiera al tanto del operativo.

Como sospechaba, Perales le confirmó que el doctor Calantaño estaba implicado. Había sido arrestado y estaban esperando a que declarase. El único nombre que había deslizado, el de Román Acevedo que continuaba prófugo, junto con su amante de la cual había negado conocer su identidad. Informó que lograron capturar al completo a la mafia china, conocidos como “La Tríada”. La policía Federal, se congratuló con los jefes e iniciaron los operativos correspondientes para terminar de desmantelar.

Le contó al respecto de la Loba, que por el momento la muchacha estaba a salvo. Corriendo con la ventaja de que nadie conocía su verdadera identidad, ni siquiera el agente infiltrado de la Federal.

Respondió sobre los detalles del operativo, llevado a cabo la noche anterior, admitiendo que había sido de último minuto su intervención, los federales habían tomado el mando al completo.

—Martina Sánchez — murmuró Carson, cuando Perales hizo una breve pausa.

— ¿Disculpe? — Frunció el seño, sin comprender a qué se refería.

—La amante de Calantaño, Martina Sánchez, la otra implicada...

— ¿Cómo está tan seguro?

—Porque ella hoy no se presentó a trabajar, lo sé porque me fije en los fichajes de hoy. Incluso corroboré los turnos y ella, no se ha presentado en el hospital —explicó, al igual que expuso la teoría de que era ella la que estaba detrás de todo, alegando que Calantaño era demasiado inepto como para estar por su cuenta.

Perales, le solicitó una foto de Martina Sánchez para mostrársela a Alan apenas estuviera en condiciones.

Una de las enfermeras estaba cambiándole el suero a Alan, cuando Eric ingresó a la habitación. Necesitaba sacarse la inquietud de conocerle el rostro a quien, con su colaboración, había logrado apresar a los traficantes. Lo había atendido un colega cuando ingresó porque él estaba con otra emergencia.

Se acercó hasta los pies de la cama, la enfermera lo miró coqueta pero Eric no prestó atención. Tomó la ficha clínica, colgada a los pies de la cama y se puso a leer el informe. Una imagen se le coló por el rabillo del ojo, captando su atención.

— ¿Qué es esa bolsa? — Le preguntó a la enfermera, mientras se acercaba a examinar por encima.

—Son las pertenencias del señor Juárez — le informó, con una sonrisa.

Eric esperó a que la enfermera terminase su trabajo, mientras él fingía analizar concienzudamente los análisis. Cuando la enfermera se marchó, se acercó sigiloso hasta la puerta, para cerciorarse de que nadie venía, y la cerró. Inhalando profundamente, se acercó hasta la dichosa silla donde reposaba la bolsa de nailon transparente que contenía las pertenencias del muchacho. Había algo en el interior de Eric que lo impulsaba a hurgar entre esas pertenencias, como si por alguna extraña razón fuese a encontrar la clave para descubrir ese “*je ne sai quoi*”, que se le estaba escapando, para entender. En realidad, no tenía muy en claro qué era lo que necesitaba realmente saber pero la inquietud sobre el

asunto, le despertaban el hambre de conocimiento. Había hablado y conjeturado hasta el hartazgo con su padre sobre los implicados del hospital debatiendo sobre la edad de los colaboradores de Perales. Ahora que lo tenía frente a él, el muchacho no llegaba a los treinta.

Abrió la bolsa con cuidado y tomó la billetera. Doscientos pesos, un par de monedas, profilácticos y un papel doblado. Cuando lo agarró para sacarlo, se dio cuenta de que era una fotografía. Leyó la dedicatoria detrás de la foto: “*El amor de mi vida, mi Loba*”.

<<*Bueno, hasta que al fin, voy a poder conocerle la cara*>>, pensó, mientras daba vuelta la fotografía y se quedaba en shock.

Una Roma, que no llegaba a los veinte años, sonreía a la cámara mientras era abrazada por detrás, por el muchacho que ahora yacía en la cama, dueño de unos intensos ojos grises. Ella vestía un traje ignífugo blanco, el pelo lo llevaba exactamente igual que en la actualidad y la sonrisa de niña ilusionada junto con la luz de la inocencia, destellando en sus pupilas.

En el interior de Eric, empezó a surgir un cóctel de sentimientos que ya había probado antes: odio, decepción, enojo, traición. Todo se mezclaba, se volvía homogéneo encendiendo la llama de su temperamento.

<<*Hasta acá llegué*>>, se dijo, mientras dejaba todo tirado y se marchaba.

No había manera razonable de comprender el profundo odio y rechazo, que le generaba la mentira. La detestaba, por encima de todo. Podía soportar, casi, cualquier cosa, menos eso. Ella no sólo lo había engañado, lo había hecho sentir un miserable cuando la increpó, mintiendo a una velocidad increíble. Ella era LA Loba, la eximia piloto. Las excusas para no asistir los viernes o las repentinas salidas a comer con Ángela, todo cobraban sentido. Toda una red de mentiras, una burla constante hacia su persona. ¿Cuántas veces le había pedido que le contase su vida, su pasado? Para conseguir nimiedades, historias huecas u omisiones. Se sintió ultrajado, vapuleado, se sintió nadie y eso era lo que más le dolía. Se encerró en su consultorio y se sentó en su sillón, como quien se siente abatido después de una larga batalla. Se rindió a lo inevitable, se entregó a la idea de la destrucción del vínculo. Ella, era la única culpable. Roma, los destruyó.

Su padre, entró sin llamar y se sentó frente a él. En silencio, Eric, se levanto sacó dos vasos y el whisky, sirvió una medida a cada uno y volvió a sentarse.

—Roma, es la Loba — murmuró, apretando los dientes en cada palabra.

— ¿Qué? —susurró, abriendo los ojos como plato Tristán.

—Lo que escuchaste, ella es La Loba —respondió, vaciando el contenido del vaso de un solo trago. Luego de depositarlo con fuerza sobre su escritorio, le contó sobre la fotografía que encontró entre los efectos personales de Juárez.

—El que busca, encuentra...

Ante el comentario de su padre, Eric, intensificó su mirada.

—Es una mentirosa, igual que todas— sentenció.

—Hijo, estás siendo demasiado duro. Ella nos salvó.

—Quiero estar solo.

Al darse cuenta de que era imposible razonar con su hijo, en esos momentos, decidió dejarlo en su soledad.

—No te olvides lo que ella hizo por el Hospital— pidió su padre, acongojado, antes de salir. Podía llegar a comprender la indignación de su hijo ante la mentira. Era algo inadmisibile para Eric, pero debía hacerlo comprender. Caminó unos pasos y sintió el estallido de cristales a su espalda.

En su oficina, Eric, respiraba acelerado mientras contemplaba el vaso que acababa de hacer añicos contra la pared.

—Pensé que eras diferente, terminaste siendo igual —murmuró, mirando los cristales esparcidos en el suelo como si en ellos, pudiera verla a ella.

Su mente lo transportó años atrás, cuando todavía estaba en los últimos tiempos de la facultad, a punto de recibirse. Lo llevó a los brazos de su novia, en esa época, Melania. Ambos, retozando en la cama, entre besos y caricias después del interludio amoroso.

—Deberíamos casarnos, Eric — susurró ella, provocando que él se quedara estático.

—Podríamos, sí...

Sus recuerdos, avanzaron en la línea del tiempo. Lo situaron en la única discusión que había tenido con Melania.

—¡Me mentiste, Melania! — gritó fuera de sí.

—Estás exagerando, Eric —desestimó ella.

—Te creí, todo lo hiciste para manipularme —espetó asqueado.

—Jamás tomás decisiones, necesitaba avanzar en la relación. Quiero que nos caseemos, pero vos no colaboras.

—Y por eso te inventaste un embarazo, me das asco.

—Fue nada, Eric —suspiró mientras revoleaba los ojos.

Eric, prefirió no responder. Tratar de razonar con ella era imposible, tampoco lo quería. Solo aspiraba a dejarla y a que lo dejase en paz. Se había presentado en su casa de madrugada y como para que su consciencia no le reprochase nada por sacarla a patadas, decidió llevarla él mismo.

Sacó la Ducati y esperó paciente a que ella se acomodara detrás. Se negó a arrancar hasta que ella no se pusiera el casco y cuando así lo hizo, puso primera y arrancó.

A mitad de camino se dio cuenta de que la ruta, por la que siempre transitaba, se transformaba en pista de carreras ilegales. Confundiéndolo con un corredor, le hicieron perder el control de la Ducati. Su último recuerdo antes del impacto fue el grito de Melania y después, la oscuridad.

Se obligó a escalar la superficie de las memorias, inspiró hondo y miró una vez más los cristales esparcidos.

—Nos destruiste.

Furioso, se marchó.

En la oficina de Pietro, Ángela, aguardaba a ser atendida por él. La secretaria le había informado que Pietro, estaba en reunión con otros arquitectos. Paciente se había dispuesto a esperar, como iba sin cita previa, rogaba que él no tuviera un día complicado.

Mientras jugaba con su teléfono celular, recordaba la noche en que se había descubierto todo. Riendo con el recuerdo de su hermano histérico en cada maniobra de ella.

—¡Nos vamos a matar! — Gritaba en cada coleadada que ella daba.

—¡Calmate!

Inútil había sido la orden de ella, porque Estéfano había comenzado a gritar como una doncella, presa del pánico. Nunca lo había escuchado gritar así, salvo cuando se trataba de cucarachas voladoras y se suponía que era el “grandísimo macho”. Puras habladurías.

—¡Dejá de gritar, pelotudo, que me alterás!

—No grito, no grito. Pero por favor, no te desconcentres.

Estéfano, cediendo a una calma que no sentía, por el simple hecho de que su hermana era la experta manejando, guardó silencio. Jamás pensó que iba a admitir una cosa así, pero Ángela manejaba mucho mejor que él. Debería haberlo sabido cuando la había visto estacionar, lo hacía en maniobra y media mientras él usaba tres.

La secretaria la llamó, volviéndola al presente, informando que “el Arquitecto”, la esperaba en su oficina. Rotó su cuello y se preparó para la batalla.

Con los nervios estrangulando su garganta, golpeó tres veces la puerta.

—Adelante.

La voz autoritaria de él, le puso la piel de gallina. Abrió lentamente la puerta, maravillándose con la imagen de Pietro en traje. Lo había visto millones de veces con ese estilo, pero después de la intimidad compartida y el escenario que ofrecía su despacho; sus pensamientos derivaban en otras direcciones.

—No tengo mucho tiempo —dijo molesto, sin siquiera desviar la mirada de los documentos que estaba leyendo.

—Voy directo al grano, sobre la otra noche...

—¿Qué me vas a decir? ¿Cómo cubriste a la suicida de mi hermana, poniéndose las dos en peligro?

¿Cómo me mentiste?

Ángela detestaba la falsa calma que él transmitía, prefería cuando explotaba y gritaba; expulsando de una vez el enojo contenido. Las pupilas turquesas de Pietro, eran dos filosas dagas que le perforaban el alma. —No podíamos decir nada. Yo...

—¡No entendés la gravedad del asunto! Vivís en un mundo de fantasía, Ángela. La seguís en cada estupidez que se le ocurre, sin parar a pensar en las consecuencias.

—¡No fue una estupidez! —Exclamó indignada, acompañando el grito de un manotazo a las carpetas que tenía apiladas en el escritorio.

Disculpándose por su gesto infantil, se apresuró a levantar las hojas esparcidas. De inmediato, Pietro se tiró al suelo para impedir la acción, demasiado tarde.

Con una mano temblorosa, Ángela sostenía la imagen de una ecografía. Frunciendo el ceño, pudo dilucidar que se trataba de un bebé.

—Déjame que te explique — le imploró Pietro.

—¿Qué me vas a explicar? ¿El tiempo que me ibas a ocultar que vas a ser padre?

Pietro cerró los ojos y la tomó de la mano.

—No es así...

—No me interesa, de verdad que no me interesa —Sentenció, mientras se ponía de pie.

—¡Ángela! —Gritó, mientras le cerraba el paso y trababa la puerta.

—No te da la cara para tratarme de mentirosa — siseó.

Sintiendo el gusto amargo de tragarse sus palabras, le indicó que tomara asiento.

A pesar de que no quería escucharlo, Ángela, se dijo que ambos estaban en igualdad de condiciones. Pero él, estaba más hundido que ella en la escala de gravedad, estaba convencida de eso.

Pietro se ubicó en la silla al lado de ella, con las piernas separadas, apoyó los codos en los muslos. Con la mirada cargada de derrota, le contó la historia.

<<El bebé no es suyo, pero se va hacer cargo>>, <<Lucía se está muriendo>>, era todo lo que podía procesar su mente.

—Ella me pidió hablar con vos — dijo, en tono suplicante cuando finalizó.

En estado de shock, Ángela no pudo hacer otra cosa que asentir.

Se dejó llevar por él, en algún resquicio de su mente, analizaba que era mejor todo de un tirón, igual que la depilación.

Mientras iban en camino, el cerebro de Ángela no paraba de dar vueltas a lo que Pietro le había contado. No podía creer que Lucía se estuviese muriendo, no porque le tuviese una estima en particular, pero tampoco era tan desalmada, de no sentirse afectada de cierta forma por la noticia. ¿Cómo reprocharle el dejar a su hijo al cuidado de Pietro? Era el hombre más noble y bueno que jamás había conocido. Al único a quien tenía que echarle en cara algo era a él, por ocultarle la situación. No era lo mismo un “hijo”, en realidad, semejante decisión de hacerse responsable, que unas carreras y ser la chofer.

—Me enoja que no me contaras —murmuró, rompiendo el silencio.

—Estamos empatados, viso d’angelo —afirmó, sabiendo que nada más quedaba por recriminar, sólo avanzar.

—Me gusta cuando me decís “cara de ángel” y me hablas en italiano, Pietro Casalegno —admitió sonriendo, apretando suavemente su pierna. La tácita aceptación de bandera blanca, el barajar y volver a comenzar.

La enfermera que Pietro le había contratado, les abrió la puerta. Lucía estaba llegando casi al séptimo mes de gestación y, su cuerpo, estaba cada vez más débil. Confinada a un reposo absoluto, contaba los días para el último de su existencia.

Ángela reparó en la habitación de Lucía, sintiendo la piel erizarse al percibir la muerte que acechaba.

Desde la penumbra en la que estaba sumido el dormitorio, hasta la esencia mortuoria que perfumaba el ambiente.

—Pensé que nunca ibas a venir — dijo en un susurro débil, estirando la mano en dirección a ella. Ángela se aproximó y tomó su mano, fría y transpirada. En silencio, Lucía le indicó que tomara asiento a su lado, Ángela obedeció. Pietro hizo el ademán de retirarse y dejarlas a solas, pero Lucía le pidió que se quedase.

—Tengo tanto que decirte...

—Lucía, no hace falta. Vamos a encontrar una cura —susurró esperanzada.

—Ya no hay vuelta atrás, Ángela. Por eso quiero pedirte perdón, por lo horrible que fui en el pasado.

—El pasado es el pasado, no guardo rencor.

—Les tenía envidia, a vos y a Roma. A ella por la familia que tenía y a vos, porque siempre supe que Pietro te amaba.

—Lucía...—susurró Ángela, mientras le acariciaba el dorso de la mano. Pietro, a pesar del pedido anterior, decidió dejarles el espacio.

Ángela y Lucía hablaron durante una hora y media, tiempo en el cual, expulsaron absolutamente todo el rencor que alguna vez se tuvieron. En vísperas de lo inevitable, esas idioteces de adolescentes, les sacaron risas.

Lucía le pidió que del cajón de la mesa de luz, tomase unas cartas que había guardadas. Una era para Roma, otras para los Señores Casalegno y por último, había unas cuantas para su bebé: Para el primer día de jardín, el del colegio, el día que egresara del primario, del secundario, para sus dieciocho y para su casamiento.

—Ángela ¿aceptarías ser la mamá de mi hijo? Yo sé perfectamente que es una responsabilidad, no quiero ponerte en compromiso. Pero de corazón, deseo que crezca con cariño. Se que es mucho pedir que lo ames, pero si alguna vez llegas a hacerlo... Yo... yo...— El llanto la interrumpió.

Era inevitable no sentir empatía con esa madre que no iba a poder ver crecer a su hijo y que tan solo pedía que lo cuidara.

—Es un honor para mí, ser su mamá — aseguró Ángela, entre lágrimas, fundiéndose en un abrazo con Lucía. Como consuelo le aseguró que, cuando creyera prudente, lo iba a llevar a una psicóloga para que les ayudase a contarle la verdad. Que jamás le iba a ocultar que era su madre del corazón. Con respecto al padre biológico, le dijo que era asunto de Pietro.

Entre sollozos, Lucía no paraba de agradecerle. Cuando estuvo más calma, le preguntó si pensaba que Roma lo iba a aceptar.

—Roma, es el ser más dulce que hay en la tierra. Ella sabe diferenciar entre los adultos y los niños. Lo va a amar.

—Ya no hay tiempo para que hable con ella, pero en mi carta le dejo todo. Ojala me perdone —dijo casi sin voz.

Ángela, supuso que fue demasiado el esfuerzo y la obligó a descansar. Cuando se dio cuenta de que estaba dormida, salió sigilosa de la habitación. En el living se encontró con Pietro, hablando con la enfermera.

Él la vio y sin decir nada la abrazó, de camino a casa hablarían lo sucedido.

Había tomado la decisión correcta y lo sabía, las órdenes debían acatarse al pie de la letra y sin demora. Pero tras años de ser su amante, algo de pesar sentía ¿o no? La verdad es que hubiese disfrutado torturarlo un poquito, pero no había tiempo. Román Acevedo, estaba muerto. Ella lo había hecho.

Mientras huían con el dinero de la venta, Martina recibió un llamado de ÉL. Dos veces había fallado Román, no podía seguir respirando. Era un cabo suelto y un inepto. ÉL, le dio la orden y ella había obedecido. Jamás podía negarse, era una cuestión de poder, de quién recibía y acataba sin rechistar, estaba por encima de todo lo humanamente posible, el gran titiritero.

Cruzando la mirada con el chofer, le dio la silenciosa orden de que se estacionase en una ruta desierta. —¿Por qué estamos frenando? — Preguntó impaciente Román, mientras buscaba algún indicio del lugar donde se encontraban.

Martina sacó su revolver y colocándola en la sien de él, sentenció:

—Estás relevado de tus cargos.

Disparó a sangre fría, luego volvió su mirada hacia el chofer y le ordenó tirar el cuerpo. Obediente, se bajó del auto y tiró el cadáver a un costado en la ruta, mientras ella, daba la orden de silenciar al doctor en la comisaría.

Había recibido un llamado desde el celular de Alan, era Perales para informarle la situación. Sin pensarlo dos veces, Roma, había tomado el auto de su madre y ahora iba camino al hospital. Mientras manejaba, meditaba el pretexto de su visita. Lo más coherente era decir, en caso de encontrarse con Eric, que un amigo había sufrido un asalto y estaba internado.

A pesar de los sentimientos que Alan le generaba, no dejaba de preocuparle, iba en contra de su naturaleza hacer la vista gorda hacia alguien que había significado un mínimo en su vida. Ángela le diría que era estúpida al preocuparse por él después de todo lo que había hecho para cagarle la existencia, era para matarla. Pero Roma era así, su consciencia no la dejaba actuar de otra forma.

Llegó al hospital, estacionó y, prácticamente, corrió hacia la habitación de Alan.

Se relajó cuando entró y lo vio dormido, sin cables conectados a su cuerpo, salvo por el suero. Sí, había entrado en shock cuando Perales le informó que Alan recibió un balazo en la cabeza.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó a él, tomó su mano y suspiró.

—Vas a estar bien, muchacho ojos color acero. Tal vez nunca vuelva a repetir estas palabras: te agradezco por todo lo que me enseñaste. No solo a manejar, si no a elegir. Me mostraste lo que no era el amor y hoy puedo decir que lo encontré. Gracias por el pasado, Alan. Por mostrarme la oscuridad y hacerme ser consciente de la luz, hoy elijo la luz. Nos libero del tormento, elijo la salvación, el amor libre. Deseo que seas feliz.

Eric la había visto llegar y entrar en la habitación, sigiloso entró y escuchó todo. La lava volcánica, había reemplazado su sangre. No por lo que había escuchado en sí, sino la admisión de ella hacia otro que no fuera él. Otro punto que sumaba en contra, la decisión de dejarla se hizo más firme.

—Hola, Roma. ¿Tal vez tengo que llamarte Loba?

El tono de voz de Eric le erizó la piel, fue espeluznante la forma en la que había pronunciado su apodo. Enderezó su cuerpo y se preparó a enfrentarlo.

—Eric...

—No, “Eric” nada— la interrumpió. — Sos una mentirosa y encima, perteneces a la misma calaña de los que me hicieron esto— espetó mientras se señalaba la ceja. — Hasta acá llegó mi límite de tolerancia, se acabó.

Roma sintió el hormigueo helado recorriendo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies.

—Dejame que te explique...

—No te voy a creer. Vos nos destruiste, Roma —sentenció, mientras se daba vuelta y se marchaba, dejándola clavada al suelo.

No pudo replicar, decir o hacer nada. Eric tenía razón, ella los había destruido, siempre era igual, ella destruía. Esa era la razón por la que huía de las personas, de establecer vínculos nuevos, porque los alejaba o aniquilaba el lazo. Sabía que ésta era una de las posibles consecuencias, jamás pensó que pudiese suceder, pero estaba preparada, dolía de todos modos, pero la aceptaba orgullosa. Lo había vaticinado, por eso jamás dijo que lo amaba. Decirlo en voz alta, confesarlo y entregarlo, era abrir una puerta del alma donde era imposible defenderse. Diferente era sentirlo, embeberse en el sentimiento y entregarlo al universo. De algo estaba convencida, jamás iba a amar otra vez, al menos no de esa forma tan plena.

Sintiendo la necesidad de huir, se acomodó los lentes de sol y salió.

Durante todo el trayecto hacia su casa, las voces de su cabeza eran una incesante balacera de reproches. Los mismos pensamientos de siempre, ella jamás iba a ser merecedora de amor. Se prometió un nuevo comienzo, una búsqueda constante de paz interior. Se le deslizó el pensamiento de retomar terapia, ayudarse a encontrar el equilibrio. Ya no quería regresar a su zona de confort, quería sentir, permitirse sentir. Aunque fuese una mierda, algunas veces, pero permitirse sentir. Lo que se planteaba era el no haber llorado, la acababan de dejar, maldición. El hombre que amaba la había dejado y no estaba llorando a mares, como había supuesto que lo haría, en caso de sucederle. <<Tal vez, se deba a que soy culpable. Eso pasa con los culpables, cuando asumen las consecuencias, quedan en estado pacífico>> <<Soy una insensible de mierda>>, el abanico de posibilidades al respecto de su falta de llanto, se había desplegado. Omitiendo una alternativa, todavía estaba en pleno proceso de erupción.

Llegó a su casa, su santuario y refugio, acomodó el auto en el lugar que siempre lo hacía su madre y entró.

Sus progenitores, estaban reunidos en la cocina con su hermano y Ángela. Los saludó a todos y respondió a la pregunta obligada: “¿Dónde había estado?”. Asumiendo esta nueva “Era” que comenzaba en su vida, les contó sobre Alan. Como bien había supuesto, Ángela, la trató de estúpida; mientras sacaba a la luz cada una de las trastadas que le había hecho Alan. Estoica, soportó la perorata de su amiga. Cuando acabó, les contó que había terminado su relación con Eric. Con lujo de detalles les contó cómo él, había terminado todo. “Esas son las consecuencias de tus mentiras”, había dicho su padre. “Lógico que el chico te dejara, por culpa de la gente que frecuentabas, él se accidentó”, había dicho su madre. “Tus elecciones de mierda, Roma”, dijo Ángela. “El único que me gustaba como cuñado”, se había limitado a decir su hermano.

—¡Bueno basta! —Gritó, golpeando la mesa. Ya no era capaz de seguir soportando una palabra más. — ¡Bien, mal o regular, fueron mis elecciones! Lo que yo creí mejor, en su momento. No pido que me condecoren, ni que me feliciten como a una heroína, no lo soy. Pero fue lo único que podía hacer para salvarlos a ustedes, que son mi vida. No me den un premio, simplemente, no me peguen más, ya no lo resisto. Me quedé sin él, es algo que puedo soportar, pero sin ustedes no puedo seguir mi vida— espetó furiosa, aunque lentamente la ira fue cediendo y el llanto se abrió paso.

Todos se habían quedado pasmados ante su discurso. Algunas veces el miedo, convertía a la preocupación en ataque. La errónea manera de demostrar que se preocupaban, haciendo hincapié en los errores y no destacando el mínimo de lo rescatable.

Incapaz de verla llorar y no hacer nada, Pietro, la abrazó y comenzó a cantarle una nana italiana, buscando la forma de consolarla. Suponía que era la primera vez que realmente le rompían el corazón y lo peor de todo, ella era tan solo la consecuencia de un pasado.

—Gradiatz— murmuró con la voz congestionada por el llanto, después de sonarse la nariz con la remera

de su hermano.

—¿Te acabás de sonar la nariz en mi remera?!

—Di — respondió sorbiendo por la nariz.

—Sos un asco — dijo, mientras le refregaba la parte de la remera con mocos en la cara. Y luego la atacaba con cosquillas. Pasando de la lágrima a la risa, se sintió mejor.

—Deberías ir hablar con él —sugirió su madre, cuando sus dos hijos se calmaron. Esa era la forma de apalear la tristeza que tenían, cada día agradecía por el vínculo que ellos compartían.

—No me quiere escuchar — suspiró.

—Jamás tuviste problemas para hacerte escuchar —dijo su padre, mientras le guiñaba un ojo.

—Hoy no tengo fuerzas, mañana cuando esté más calma.

Accedió por el simple hecho de que, era la primera vez que quería jugar todas sus cartas. Matar o morir, a todo o nada; desnudarle el alma a Eric, como jamás había hecho con nadie. Luchar por lo que tenían, partir de cero a construir un nuevo vínculo, sin nada bajo la alfombra. Su elección de vida, de cada día, construir y no destruir.

Al caer la noche, la guardia de Eric había finalizado. Sólo deseaba llegar a su casa y dormir. No sólo era el agotamiento físico, el emocional pesaba más que cualquier otro.

Prefirió tomar la calle céntrica, torturarse con cada lugar que habían recorrido juntos, o hecho algo significativo. Como el escaparte del negocio donde cruzaron sus caminos, el lugar donde había estacionado el auto frente a la librería y la había esperado. Ella estaba por todos lados, en cada rincón de la ciudad y de sus pensamientos, la podía respirar en el aire, la podía ver en las estrellas. La percibía en su piel, bajo su piel y en lo más profundo de su corazón; pero tendría que aprender a vivir con la sensación de ella, pero sin su existencia en el día a día. Incluso, se planteaba la idea de no comer nunca más un Lemon Pie.

Un destello rubio, llamó su atención. Suavemente bajó la velocidad hasta situarse al lado de Ana, que estaba tirada en la vereda, con una botella de whisky vacía. Mascullando una maldición, se bajó del auto y la cargó. Como no sabía dónde vivía y era tarde para molestar a su hermana, decidió llevarla a su casa.

El primer error de la noche.

Cuando llegó a su casa, la llevó directo a la ducha y dejó que el agua helada la espabilara.

Asustada, Ana, comenzó a gritar. Al darse cuenta donde estaba, se calmó. Eric la miraba furioso.

—¿Se puede saber qué mierda te pasa?! —Le gritó, como si fuera a su hermana a quien había encontrado.

—Estaba tomando algo y... no sé —gimoteó.

—Parecías una indigente, tirada en la calle, bebiendo hasta perder la conciencia. ¿Qué hubiese pasado si no era yo quién te encontraba?

Ana era incapaz de responder, él tenía razón. Como una niña reprendida, admitió su culpa y le confesó su tormento personal, sus problemas con el alcohol.

—Esta noche, dormís en el sillón. Mañana a primera hora, vas a ver a un especialista — sentenció antes de dejarla sola.

Le dejó toallas y una remera para que duerma, y le preparó un café bien cargado. Obediente, siguió las silenciosas instrucciones, pero en ningún momento se lo cruzó.

Incapaz de estar en compañía, menos de una chiquilla, después de dejarle todo listo, se encerró en su habitación. Demasiado agotado para darse una ducha, a la mañana siguiente lo haría, estaba en un estado zombi como para reparar en el aroma a hospital pegado a su cuerpo. Se desvistió y se acostó, intentó cerrar los ojos, pero no pudo, ella aparecía en su mente. Su risa, sus desafiantes ojos, su cuerpo, su piel... Sin querer, empezó a recordar cada conversación que habían tenido juntos, intentando deshilar cada palabra dicha, que pudiera servir como pista de lo que ocultaba; una especie de advertencia que ella le hubiese brindado. Sólo, lo que había escuchado claramente de sus labios “yo soy autodestructiva, Eric...” no había sido capaz de comprenderlo realmente, hasta que se topó con la realidad.

Un ruido en la ventana lo hizo respingar en la cama, algo o alguien golpeaba suavemente. Se incorporó y abrió las cortinas, topándose con una lechuza.

— ¿Saeta? — murmuró extrañado mientras abría la ventana.

La lechuza, como dueña absoluta de la casa, entró y se posó en el cabecero de la cama. Lo observó, con esa infinita sabiduría que transmiten los ojos de los animales; provocando que Eric se perdiera en la inmensidad de sus pupilas.

De inmediato el recuerdo de la visita de su hermano en el hospital, que al enterarse de todos los hechos había acudido a ver cómo estaba, se deslizó por su memoria.

—Hermano, estas mezclando todo. Deberías darle la oportunidad de hablar y defenderse— había dicho, generando que Eric lo fulminara con la mirada.

—Miente, Tomás.

—Ella tuvo dos accidentes, uno de los cuales, fue intentando salvar el sillón de mierda en el que estás sentado —espetó furioso, antes de marcharse.

Su madre le había dicho que Roma, le hacía acordar a sus antepasados maoríes y a los irlandeses de su padre. Destacando la valentía de ella, de exponerse a morir. Haciendo hincapié en la coacción que había sufrido por parte de la policía, aunque no tenían muy en claro con qué la habían instigado.

Eric no sabía bien sí, no daba el brazo a torcer por terquedad o miedo. Miedo de saber que ella era una especie de suicida a la que no podía ayudar, quien a pesar de todos los esfuerzos, no era capaz de ver lo que se le ofrecía. Prefería dejarla libre y añorarla, muy estúpido de su parte, lo admitía, pero no se podía luchar contra la naturaleza de las personas y él, no quería estar con alguien así. Sí, a pesar de todo, la amaba.

—No la tendría que haber dejado ¿verdad? — Le preguntó a Saeta, quién torció su cabeza dando a entender un: “¿A vos qué te parece, imbécil?”

<<Increíble que una lechuza, sea más efectiva que mi familia>>, pensó sonriendo. Pero a decir verdad, no se encontraba, todavía, listo para escucharla. Además apostaba sus nobles partes, a que ella estaba furiosa con él. Se convenció de que lo mejor que podía hacer era esperar dos días y, como quien no quiere la cosa, acercarse a ella.

El segundo error de la noche.

A la mañana siguiente, con una nueva esperanza que la impulsaba a despertar, se levantó. Se dirigió a la ducha y eligió con calma el atuendo que iba a usar para hablar con él. Se puso ropa interior sexy, convencida de que iba a probar eso del “sexo de reconciliación”. Se vistió con un jean desgastado, unas chatitas y una remera básica blanca, mangas tres cuarto. Se perfumó a conciencia con el Esencia de Duende, sabía que ese perfume lo enloquecía. Dejó su pelo suelto y bajó por su taza de café. Impaciente, le había pedido a su madre que colocase el “dulce néctar matutino”, en una taza térmica. Por suerte, su

hermano le prestaba el auto, por eso decidió darse ánimos con el café mientras manejaba.

—¡Suerte, hijita! — Gritó su madre, cuando ella estaba llegando a la puerta.

Bebía el café, mientras tarareaba “Tonight is what means to be Young”, de cierta manera, sentía que esa canción era una especie de himno para ella. Se refugió en la letra, se embebió de la energía de los acordes que sonaban en su cabeza, mientras imaginaba las posibles estrategias a emplear para lograr que él la escuchara. Era una adrenalina nueva que la envolvía, la impulsaba. Su lado combativo, enfocado en un objetivo positivo. La decisión de no rendirse y de apostar todo, la ponían feliz. Por primera vez en su vida no sentía ese vacío; en cambio se sintió florecer en la llegada del otoño. Todo eso le diría, sí, le confesaría absolutamente todos sus sentimientos...

Se estacionó frente a la casa de Eric, se miró en el espejo retrovisor y luego de retocar su gloss, se dio ánimos y bajó.

A paso firme, caminó nerviosa hasta la puerta; tocó timbre y aguardó a ser atendida. Al no tener una respuesta inmediata rogaba que él no hubiese salido a correr, como tenía costumbre, o tal vez se estuviera bañando, cualquier pensamiento era válido, para insistir con el timbre, como si la repetición del sonido conjurara la presencia de Eric. Bien, funcionó. Seguro que no como ella planeaba, pero le abrieron la puerta.

Sintió el golpe ante la imagen de Ana, despeinada y con la remera que ella solía utilizar cuando se quedaba a dormir. La estocada final fue la imagen de Eric, aparecer mientras se ataba la toalla a la cintura. Con los ojos abiertos de par en par, agradecía que respirar fuera una acción mecánica del organismo, porque si de ella dependiera, ya estaría asfixiada. Nuevamente se repetía la historia, la mirada de satisfacción en los ojos femeninos y la odiosa culpabilidad en los masculinos. Ahora sí, necesitaba huir. Maldijo a sus estúpidas piernas por no responder, por lo que tuvo que empezar a caminar de espaldas hasta poder coordinar su cuerpo y girar.

—¡No es lo que parece! — Exclamó Eric, al tiempo que la agarraba del brazo para frenarla.

—Ese cuento ya me lo sé—respondió, liberándose del agarre.

—No, no lo sabes...

—Yo nos destruí, es verdad. Pero vos, Eric, pulverizaste todo.

La vio correr, cuando quiso reaccionar, ella ya había arrancado el auto saliendo a toda velocidad. Corrió en busca de su celular y llamó a Pietro para advertirle y pedirle, por favor, que le avisara cuando ella esté a salvo.

— ¡Quiero que te vayas! — Le ordenó a Ana, furioso, cuando cortó con Pietro.

Estaba enojado con el mundo, con él, con Roma, con la situación y con haberse quedado sin nada que decir, salvo la estúpida frase: “No es lo que parece”. Por supuesto que ella conocía el cuento, pero él era inocente. Lo que le pasaba por no dejar a alguien, conocido, tirado en la calle. Más grave era que, justo ese alguien, era una loca obsesionada con él, que le tenía celos a Roma. El día iba de mal en peor.

Al igual que los eventos desafortunados, vienen de a tres, los errores que preceden al desastre, también. Éste fue su tercer error, el que le abrió las puertas al caótico infierno.

La opresión en el pecho, le dificultaba hasta la visión. Se obligó a mantener la calma y manejar de manera prudente.

— ¡Mierda! — Exclamó, mientras se friccionaba el pecho. Había comenzado a sentir, una pequeña molestia, justo al medio del pecho.

Roma se negaba a derramar una sola lágrima por él, no le iba a dar esa satisfacción; de ninguna manera. No había tenido la delicadeza de esperar unos días, por lo menos, para acostarse con otra. No se merecía

sus lágrimas, no se merecía sus pensamientos, no se merecía nada de ella; ni si quiera, su odio. Pero era tan difícil no destinarle esos sentimientos.

Se concentró en el camino, intentando olvidar esa molestia que crecía cada vez más, en el centro de su tórax.

Llegó a su casa, entró el auto y estacionó en el lugar de su hermano. Respiró hondo y descendió. Cuando sus pies tocaron el suelo, comenzó a sentir un zumbido en los oídos seguido de la dulce melodía de su corazón al romperse. Estalló sin más, como un cristal, y cada esquirla que desgarraba su alma creaba un soneto, perfecto y puro, para un espíritu aniquilado.

Cayó de rodillas, el mar desbordaba de sus pupilas, mientras ella se frotaba el pecho; como si con esa acción, pudiese desaparecer el dolor.

Pietro corrió hacia ella y cayó a su lado, abrazándola.

—¡Duele, Pato, duele muchísimo! — Gritó llorando, agarrándose con desesperación a su hermano.

Se había quedado desnuda, sin escudos ni armas, no había más muros. Estaba atravesada por la mitad, devastada por completo.

Acomodándose contra el auto, Pietro, subió a Roma a su regazo y la acunó, cantándole nanas en italiano; arrullándola mientras acariciaba su espalda, brindándole contención. Lo iba a matar, por el Altísimo, que lo mataba. Nunca nadie había lastimado a ese punto a su hermana, jamás la habían hecho llorar. Conocía a Roma, sabía que no era una santa, pero no se merecía el dolor.

—Ya... ya estoy bien — murmuró entre hipidos, sorbiendo por la nariz. Al ver el gesto, Pietro le ofreció la manga de su cardigan para sonarse la nariz. Riendo sin ganas, ella rechazó el ofrecimiento.

— ¿Querés hablar? — Susurró, cuando ella se volvió a acobijar bajo su barbilla.

—No.

—¿Qué puedo hacer por vos?

—¿Nos podemos quedar así un ratito más? — Preguntó, mientras se incorporaba apenas, haciendo un mohín con la boca y poniendo sus ojitos de Bambi.

—Todo el tiempo que necesites, hermana —afirmó, mientras la abrazaba más fuerte.

Si alguna vez había sentido un dolor semejante, no lo recordaba. Como tampoco recordaba haber pasado tantos días en la cama, dándose atracones con helado. Incluso les había comprado helados de agua a sus perros, que se negaban a dejarla sola, salvo para salir hacer sus necesidades, el resto del tiempo se la pasaban con ella mirando dramas.

—¡No sirvo ni para depresiva! — Gritó, mientras se llevaba una cucharada sopera de helado a la boca, mirando el final de *CASABLANCA*.

—Se supone que cuando uno se deprime, después de una ruptura amorosa, se le cierra el apetito. ¡Yo no puedo dejar de comer!

Pipina, la receptora del mensaje, hizo una especie de gruñido ante lo que Roma le exponía. Dulcinea la miraba sin comprender, al igual que Úrsula, mientras Bacco, lamía sus lágrimas y el chocolate de la comisura de sus labios.

Mientras tanto, en la cocina, Giulio se impacientaba ante la actitud de Roma.

—¿Hasta cuándo va a seguir así? — Le preguntó, molesto, a su esposa.

—Es la primera fase del duelo y, ella, es nueva en el asunto. No sabría decirte— Respondió suspirando.

—Hace cuatro días que ni se baña y esta con el black-out, no entra luz en esa habitación — señaló Giulio, resoplando.

—Y los dramas románticos, de todos las épocas...—agregó Pietro.

—Es cuestión de tiempo...— murmuró Magdalena.

Dos días después, el teléfono de Roma, recibió una llamada de un número que no conocía.

—Diga — dijo al contestar la llamada, con la voz congestionada.

—¿Señorita Casalegno? — Preguntó, del otro lado de la línea, una mujer.

—Sí, soy yo.

—Soy Lucrecia, de Recursos Humanos del diario ¿puede hablar?

—Sí — dijo un poco más entusiasmada, mientras se incorporaba en la cama.

—Necesitamos que se presente el día Lunes, a las siete y media de la mañana en el diario — Informó Lucrecia, junto con los detalles de la documentación necesaria, para hacer el ingreso a la planta.

Roma cortó la llamada y empezó a saltar de la emoción, el sol, despuntaba una vez más en su vida. Lo había conseguido, al fin la tormenta comenzaba a amainar un poco.

Salió corriendo de la habitación, abrazándose al primer cuerpo que encontró, su hermano. Pegada a él, le contó la buena noticia.

—Hermana, me alegro por vos. Pero por Dios, bañate, oles a cualquier cosa menos a humana.

Roma se soltó de su hermano y se olisqueó, en efecto, tenía aroma a zombie podrido.

—Sí, ¿verdad? — le dijo a Pietro, mientras fruncía la nariz y se alejaba a su habitación, para ducharse largo y tendido.

—¡Abrí las ventanas y tiré todo el desodorante! — Le gritó su hermano, mientras sonreía.

Después de la ducha, de cambiarse, de limpiar y ventilar su cuarto, decidió salir de compras. Iba a necesitar ropa nueva, tomando todo lo necesario, salió a quemar las tarjetas.

Compró sacos, sweaters, jeans, pantalones de vestir, remeras básicas y estampadas de modal, blancas, negras, de colores, ropa interior, zapatos, boinas, camisas, botas y perfumes. El auto de su madre, iba lleno de bolsas de todas las casas y las marcas, incluso de ropa deportiva. Sacó el auto del estacionamiento y lo dirigió hacia la casa de un amigo muy especial que, casualmente, era coiffeur.

— ¡Romita de mi alma! — Exclamó Jonás al verla, intentando ocultar la sorpresa de verla mucho más delgada y demacrada. Había ojeras que ni el mejor corrector, podía tapar.

—¿Cómo estas? — Preguntó mientras lo abrazaba. Jonás, respondió que muy bien y le devolvió la pregunta; Roma se limitó a encoger los hombros y a decirle que “estaba”, mientras se sentaba en uno de los sillones de la peluquería, frente al espejo.

—¿No crees que estas siendo un poco dura con él?

—¿Yo estoy siendo dura? — Preguntó incrédula.

—Y...

—Jonás, se acostó con otra ¡la misma noche que me dejó! O sea, ¡HELLO! Se pasó por el quinto forro del... del... ¡saco! El mínimo de respeto hacia mi persona ¿y yo soy la dura?

—Entonces estás siendo muy blanda — le respondió, al entender el punto de vista de su amiga. Él solo conocía la versión de las chicas, que era limitada, ya que Eric no largaba prenda. Sabía que él no la estaba pasando muy bien, que vivía malhumorado y no se hablaba con nadie, excepto que se tratara a nivel profesional. Jonás, al igual que las chicas, habían decidido permanecer neutrales en el asunto, no elegir un bando, porque los querían a los dos por igual y, la separación, era sólo un asunto de ellos dos.

—¿Me viniste a visitar, nomás? — Preguntó mientras le acariciaba el pelo, larguísimo y virgen. Sí, el

sueño de todo peluquero.

—Hacé que me arrepienta — sentenció, mientras levantaba unas tijeras y se las extendía.

—El pelo crece — canturreó, mientras le ponía la pechera y comenzaba a humedecer el cabello con el pulverizador.

La puso de espaldas al espejo y comenzó a trabajar. Cortó el pelo hasta la base del cuello y después comenzó el proceso de un tratamiento de nano queratina, para que no tenga frizz. Cuando estuvo listo, empezó a darle forma, cortando más todavía. Le acomodó el corte para que lo utilice sobre el costado derecho, más largo adelante y más corto atrás. Acentuando sus pómulos, endureciendo sus facciones, resaltando sus ojos. El corte de pelo era maravilloso.

—Ya podés abrir los ojos — le dijo entusiasmado, mientras la ponía de frente al espejo, una vez más.

— ¡Madonna Santissima! — Exclamo, asombrada, al contemplarse. Era otra, totalmente diferente, justo lo que necesitaba. Como acto reflejo, miró al suelo y encontró su largo cabello. Ya no era una de las discípulas de Rapunzel, ahora era una mujer nueva.

— ¿Te gusta?

— ¡Me encanta! — Sólo esperaba no arrepentirse, hasta dentro de unos meses.

Estuvieron un rato más, en los que Jonás le repitió hasta el hartazgo que no debía mojar la cabeza por setenta y dos horas, indicando que cada vez que se bañara se lo tenía que secar con el secador.

Llegó a su casa, con un nuevo look y montones de bolsas de las compras. Haciendo malabares, entro a la cocina, sonriendo de oreja a oreja, dejando boquiabiertos a sus progenitores.

—¿Qué mierda te hiciste?! — Gritó Magdalena, estupefacta.

—¿Te gusta? — Movió la cabeza y giro sobre su eje, para que vieran el nuevo look desde todos los ángulos.

—Es... es... raro — articuló su madre.

Roma, miró a su padre y le consultó también.

—Tu mayor atractivo, era el pelo largo. No me gusta.

—Me da igual, me tiene que gustar a mí —Replicó, encogiéndose de hombros y retirándose a guardar las nuevas prendas.

Magdalena la contempló marchar, comprendiendo el simbólico acto de cortarse el pelo. Era la ley de la segunda fase, el cambio.

Capítulo 17

El gran día para Brenda y Marcos, había llegado. Después de los meses transcurridos en la vorágine de los preparativos y la rutina diaria, por fin había llegado el día en que dirían el ansiado “sí”.

A pesar de su resistencia a asistir al gran evento, Roma, había terminado aceptando. No, no le iba a dar mayor importancia a Eric. Aunque, secretamente, se había preparado para la ocasión muy especialmente, incapaz de resistir la dulce tentación de vestirse sexy sabiendo que se iba a encontrar con su ex. Por esa razón, eligió un vestido largo color rojo sangre, de encaje sugerente en la parte delantera con escote corazón sin mangas, ajustado hasta debajo de sus glúteos y en caída libre la gasa hasta el suelo. La espalda del vestido, era transparente; sólo los botones, que nacían a partir del medio de sus omóplatos, de cristales Swarovski, recorriendo la columna vertebral, daban el indicio de que ahí había tela.

Jonás había jugado con su cabello, dándole un aspecto sexy alborotado y el golpe de gracia lo daba el maquillaje. Intensificando su mirada, con sombras en dorado y colores tierra, dando profundidad con el delineado en negro y cantidades de capas de máscara para pestañas y remataba con los labios rojo pasión. Cuando se puso sus zapatos plateados, se sintió Miss Universo. Dieciséis centímetros de taco y seis centímetros de plataforma, la coronaban cerca del metro ochenta de estatura.

—Sinceramente, no sé cómo haces para caminar arriba de eso...

—Práctica, Jonás — respondió risueña, mientras continuaba contemplándose en el espejo desde todos los ángulos.

Habían decidido salir de la casa de Roma, considerando que su hermano también estaba invitado a la fiesta, junto con Ángela; habían preferido ir todos juntos en un solo auto.

Mientras esperaba a que Jonás se terminara de alistar, Roma comenzó a pensar en los últimos tiempos. Su hermano había sido padre, de un bebé que no era suyo, Lucía había muerto...

Todavía recordaba cuando Ángela y él, entraron a su habitación para hablarle del asunto. Su amiga le había entregado la carta que Lucía había dejado para ella donde, en resumidas cuentas, le pedía disculpas explicando por qué había sido de esa forma con ella. Además, le contaba sobre el bebé y su enfermedad, suplicándole que lo quisiera a pesar de que ella era la madre biológica.

Alejo Casalegno, había llegado al mundo con dos kilos trescientos gramos. Apenas lo vio, Roma supo lo que era el amor a primera vista. Había ido todos los días a verlo al hospital, hasta que tuvo el peso ideal y le dieron el alta. En su casa, habían acondicionado absolutamente cada ambiente para su llegada, su madre se había encargado de todo feliz con la idea de ser abuela.

—¿Te das cuenta que tenés veintiséis años?— Le preguntó a su hermano, mientras lo contemplaba cambiarle el pañal al bebé, con una destreza que la dejaba pasmada.

—Estoy más cerca de los veintisiete...

— ¡Bueh! —Revoleó los ojos. — ¿Alguna vez pensaste ser padre a esta edad?

—Ni en mis peores pesadillas —murmuró.—Ahora estamos buscando departamento con Ángela, para irnos a vivir hasta que esté construida la casa.

Ése había sido un lindo baldazo de agua fría para ella, que su hermano se fuera de la casa. Entendía y comprendía que era la ley natural de la vida el abandonar el nido, pero no quería que las cosas cambiaran. Sí, a veces anhelaba pertenecer a un estilo de comuna rusa, donde todos viviesen bajo un mismo techo. Ahora ellos iban a buscarse un departamento, que sabía que quedaba medianamente cerca del centro, podía ir en auto, incluso su hermano le iba a dar un juego de llaves, y el terreno de la casa, era en una urbanización a un par de kilómetros de donde se hallaba construida la casa paterna. Pero le

costaba el desprendimiento, dejar ir, saber que al despertar ya no lo iba a ver más.

— ¿Cómo te llevas con esa idea?

—Para ser honesto, raro, sorella—respondió, mientras le hacía señas para que se enderezara así le podía entregar al bebé.

Roma tomó en brazos a Alejo y, mientras lo acunaba, le cantaba “Let it be”; bajo la atenta mirada de su hermano.

<<Va a ser una madre estupenda>>, pensaba, mientras contemplaba alrededor la cantidad de cosas que ella le había comprado al pequeño. Incluso juguetes, que él sospechaba que los había comprado más para ella que para el enano.

—Sí, sos mí bebito — escuchó que le murmuraba, con una sonrisa estúpida en el rostro, mientras recorría con suavidad las facciones del rostro de Alejo; quién, de alguna extraña manera, le sonreía.

—Sé que mi primogénito, está encomendado a tu madrinaje...

—Todos tus hijos van a ser míos — canturreó, sin dejar de mirar a Alejo, dando a entender que ella, aceptaba ser la madrina también de este bebé.

Días después, Ángela se fue a vivir con ellos, temporalmente hasta que encontraran un departamento.

Un mes pasó de ese acontecimiento, cuando Alan la llamó. La había citado en el mismo lugar que siempre se encontraban cuando eran adolescentes.

Lo vio parado, contra su moto, mientras daba la última calada al cigarrillo y dejaba caer la colilla, pisándola con aire indolente. Con sus jeans celestes desgastados, una remera blanca y la bendita campera de cuero, que le quedaba como un sueño. Su pelo despeinado y el aire seductor de chico malo. Toda esa esencia que la había atraído, como un oso a la miel, hoy ya no le causaba ese efecto. Sonrió a la niña que fue y les sonrió a ese par de destructivos que se atrajeron para aprender juntos. Por primera vez, fue benévola con su pasado y lo abrazó con cariño para dejarlo ir.

Al verla, quedó pasmado con la nueva imagen de ella. Jamás pensó que iba a cortar su larga cabellera.

— ¡¿Por qué te cortaste el pelo?! — Reprochó a modo de saludo.

—Porque tenía ganas — respondió, mientras se encogía de hombros, zanjando el asunto.

Era una hermosa noche de otoño, fría pero no tanto. Se sentaron en un banquito debajo de un árbol, y se acompañaron en silencio unos instantes.

—Tengo tantas disculpas que pedirte, que no sé por dónde empezar... — dijo el muchacho ojos color acero.

Mientras Roma, continuaba balanceando sus pies, él comenzó su discurso, mirando a la nada, dejándose envolver por las memorias.

—Cuando te conocí, Loba, tenías diecisiete años. Eras tan jodidamente inquietante y desafiante. Me apostaste al pool, sin temer mi aspecto y mi compañía, por el simple hecho de que te había dicho algo respecto a tu jugada. Creo que esa vez, la suerte de principiantes te acompañó, porque eras pésima jugando— rió, mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía. — Juro que no podía, más bien, no quería sacarte de mi cabeza. Eras un maldito faro en medio de mi negra realidad y necesitaba tenerte. Te busqué, te seguí hasta que lo vi oportuno y te hablé de nuevo. Todo el tema de la clandestinidad, sumaba puntos, supongo que yo no era la clase de chico al que presentarías en tu casa y lo acepté. Pasó el tiempo y, comencé a sentir que había un rincón tuyo al que no podía acceder. Yo me había enamorado de vos, te

amaba y sentía que vos a mí no. Necesitaba una reacción de tu parte, saber que algo te generaba, por eso te engañé, el día que sabía que ibas a ir a mi departamento. Ese día todo se desmoronó, lo supe cuando te fuiste. Al rato cayó la policía y me guardaron cuatro años, hasta que decidí colaborar en esta locura —suspiró, mientras le daba un tincazo a la colilla.

—Por eso nunca me fuiste a ver al hospital — Pensó en voz alta y, al darse cuenta por la reacción de él, de que no sabía a lo que se refería, le contó lo del accidente. Le relató con detalles lo que había sentido hasta que perdió el control del auto. Intentó tranquilizarlo, explicando que la estúpida había sido ella, al no enfriar la cabeza para manejar.

—Todo es mi culpa, Loba. Hace cuatro años casi te matás, recientemente te metí en esta idiotez, con la esperanza de recuperarte. Porque muy en el fondo, lo mejor que tuvimos pasó a través de las carreras. No te supe amar de otra forma, aniquilo todo. No puedo amarte de otra manera, que no sea destruyendo a través de la mierda que soy.

—Yo te perdono, Alan. Fuiste mi gran maestro, y no sólo lo digo por enseñarme a manejar —replicó, mientras repetía las mismas palabras que le había dicho cuando estaba inconsciente en el hospital.

Alan se puso de pie y le tendió la mano, ella la aceptó y él tiro fuerte hasta estrecharla entre sus brazos. Alan lloró, por haber perdido a la única mujer que amaba; mientras esa misma mujer lo consolaba.

—Toda tu familia está a salvo, Loba. El Gran Jefe, ni nadie de adentro sabía que vos estabas en esto, sólo yo. Estás a salvo—le aseguró, mientras se alejaba apenas para mirarla a los ojos.

Roma secó las lágrimas de sus mejillas, con infinita ternura, jamás lo había visto llorar. Se desprendió sus brazos y comenzó a buscar el sobre de papel madera, en la mochila que había traído.

—Empezá de nuevo, Alan — dijo mientras le tendía el sobre, con el dinero que había ganado en las últimas carreras y un poco más. Al ver que él se resistía a recibirlo, ella le explicó que prefería dárselo para que empezara una nueva vida, que a la iglesia. Si bien, a la iglesia le venía bien, a él le venía mejor.

Alan la tomó de la nuca y apoyó su frente en la de ella, respiró su aroma y besó sus labios por última vez. Un beso con el sabor de la despedida, con la entrega de un amor marchito y las palabras muertas que nunca se dijeron.

—Hacé las cosas bien —le susurró cuando se separaron.

—Adiós, Loba — respondió con una sonrisa, comenzando a alejarse.

Roma lo vio partir y supo, que esa historia, había sido cerrada para siempre. A nivel espiritual, se sentía libre de esa cárcel de hielo que mantenía cautivos sus sentimientos.

—Adiós, muchacho de ojos grises.

Sus pensamientos continuaron corriendo en su mente, hasta situarse en el día en que su padre, le dio un par de sorpresas que jamás imaginó recibir.

Para empezar, Giulio, le había regalado un auto. Un Peugeot 308 rojo, porque sabía que era el color preferido de su hija. Después de sopesar la idea y de hablarlo con Magdalena, consultar con su hijo las capacidades de conducción de Roma y que éste le asegurase que manejaba mejor que ellos dos juntos, accedió a regalarle un auto para su cumpleaños; bajo la expresa orden de que tenía prohibido correr con el auto y ponerse en peligro. La felicidad de su hija, la emoción con la que contemplaba el auto, le embargó el alma. Sabía que si le regalaba un Fiat 600, ella iba a saltar de la misma manera. Prefirió entregarle algo con clase y discreto, porque también tenía conocimiento de que a ella no le gustaba ostentar, a menos que se tratara de un Audi, pero suponía que no iba a llevarlo a su nuevo empleo.

Movido por la curiosidad la llevó, junto con el resto de la familia, a su segunda sorpresa.

Anonadada contemplaba el circuito profesional de carreras de velocidad, de motos GP.

— ¿Qué hacemos acá? — Preguntó en un susurro, sin dejar de maravillarse con el sonido de algunos corredores que estaban entrenando con sus motos.

—Teníamos curiosidad — respondió su madre, mientras le entregaba una bolsa que dentro contenía un traje ignífugo fucsia, con el apellido bordado entre sus hombros y un pequeño Coliseo, a mitad de su espalda; al verlo Roma no pudo contener la risa. Su hermano le entregó unas botas de carrera nuevas y su padre un casco.

— ¡Ay Dios, son increíbles! — Exclamó emocionada.—Decime que también me compraron una moto — agregó esperanzada.

—No, pero tengo un amigo dispuesto a prestarte la suya— dijo, mientras señalaba al frente, obligando a que Roma se gire.

— ¡Ave María Purísima!— Exclamó al reconocer a Sebastián Porto, uno de los mejores pilotos de carreras de velocidad del país. A pesar de que había dejado las motos para enfocarse en los autos, continuaba siendo una leyenda.

Anonadada observó a su padre y a su hermano, saludar y charlar con Porto, como si fuesen viejos conocidos.

—Así que vos sos la cumpleañera — dijo a modo de saludo.

—Roma Casalegno, un gusto —alcanzó articular, mientras le extendía la mano; sus neuronas habían colapsado impidiéndola de alguna reacción coherente.

—Feliz cumpleaños — respondió Sebastián, desestimando su mano y envolviéndola en un cálido abrazo. Cuando la soltó se giró apenas y chifló, a lo lejos, un corredor comenzó a acercarse.

—Te quiero presentar a un amigo — le explicó, mientras le guiñaba un ojo.

El piloto se quitó el casco, cuando estaba medianamente cerca de ellos y Roma creyó que iba a caer desmayada. El amor platónico de su vida, ese de quién tenía todos los posters coleccionados y carpetas forradas, absolutamente todos los recortes del diario donde salía su rostro; se acercaba a ella con esa sonrisa perfecta de dientes grandes, perlados y parejos.

— ¡Feliz cumpleaños! — Exclamó el famoso piloto, mientras la elevaba del suelo en un abrazo y la hacía girar. Roma se prendió a él sin poder creerlo, incapaz de dejar de temblar.

—Estoy soñando con Toni Elías— murmuró anonadada, cuando él la dejó en el suelo, provocando que todos se carcajearan.

—Soy de verdad, esto no es un sueño — le respondió, derritiéndola con esa típica entonación española al hablar.

—Nos contó un pajarito, que te apasiona correr —dijo Sebastián, introduciéndola a la idea de qué hacía en ese lugar.

Olvidándose de cualquier tipo de inhibición, les contó al detalle la moto que manejaba, asombrándolos ante su minucioso conocimiento de la composición de la moto.

— ¿Te apetece correr con nosotros? — Preguntó Toni.

—Me encantaría — aseguró, mientras pensaba que con él, le apetezían otras cosas. <<El filtro, Roma, concentrate>>, se reprendía mientras escuchaba las indicaciones que ellos le daban.

En el baño del circuito, comenzó a cambiarse con la ayuda de su madre.

—Parezco Penélope Glamour — le dijo a su madre con una sonrisa.

—Me inspiré en ella para mandártelo hacer — confesó con un guiño de ojo.

El traje se amoldaba a cada una de sus curvas, adhiriéndose peligrosamente sexy a su cuerpo.

— ¡Joder con la Barbie! — Escucho que un coterráneo de Toni, exclamaba al verla pasar.

Al llegar al lugar donde se hallaban su padre y su hermano, junto a Sebastián y a Toni, Roma se encontró con la moto de Porto.

— ¡Ay, por el niño, la Honda!— Exclamó, mientras se acercaba lentamente, con los ojos abiertos de par en par. Comenzó a recorrerla, observarla e investigarla, y empezó a recitar:

—Motor de cuatro cilindros en línea, cuatro tiempos, dieciséis válvulas DOHC con refrigeración líquida; la cilindrada es de quinientos noventa y nueve centímetros cúbicos. Tiene un diámetro por carrera de sesenta y siete, por cuarenta y dos coma cinco milímetros. La potencia máxima es de ciento cuarenta CV. La carburación es de inyección electrónica PGM-FI. El diámetro de la mariposa es de cuarenta milímetros. El tanque, tiene una capacidad de veintidós litros. El embrague multidisco, autodeslizable húmedo, con accionamiento mecánico por cable. El bastidor es de doble viga en aluminio, las dimensiones: uno nueve noventa por quinientos por mil milímetros. El ángulo de lanzamiento es de veintidós grados cincuenta y cinco minutos, variable. El avance de noventa y cinco milímetros, variable también. La altura del asiento es de setecientos milímetros. La suspensión trasera, es un amortiguador Showa de cincuenta y cinco milímetros de recorrido. Las llantas de magnesio forjado, la delantera de diecisiete por tres coma setenta y cinco; mientras que la trasera es de diecisiete por seis. Los neumáticos son Dunlop ciento veinticinco, ochenta, diecisiete el delantero y ciento noventa, cincuenta y cinco, diecisiete el trasero. El freno delantero es de disco de trescientos milímetros con pinzas de cuatro pistones y anclaje radial Galfer; mientras que el trasero, también de disco, de doscientos veinte milímetros, de pinza de dos pistones. El peso en orden de marcha es de ciento treinta y siete kilos. ¡Una preciosidad! — finalizó con un suspiro.

Sus progenitores y su hermano la miraban sorprendidos al igual que ambos pilotos.

— ¿Me faltó algo? — Preguntó al ver que la miraban con los ojos abiertos.

—Sí, ¿serías mi esposa? — dijeron al unísono los pilotos, mientras hincaban una rodilla en el suelo, provocando que ella se carcajeara.

— ¡Joder, mujer! Eres una tía increíble — se maravilló Toni.

Su familia, la contempló hablar y debatir sobre motos llegando a la conclusión de que se encontraba en una especie de hábitat natural.

Sebastián le explicó que ella iba a manejar su moto, la Honda que ella había detallado, mientras él la cronometraba.

Emocionada, Roma, llamó aparte a su madre y le explicó de la tradición que tenía con Ángela, pidiéndole, tácitamente, que le diera la bendición. Emocionada, Magdalena, le hizo la señal de la cruz en la frente y acto seguido depositó un pequeño beso.

Toni, no iba a perder la oportunidad de correr con ella, por lo que le hizo señas a uno de los de su equipo para que le alcanzaran su moto.

Exaltada, Roma, le aseguro que por más amor que le tuviera, con los motores encendidos, todo quedaba afuera. Riendo, Toni, le respondió que no esperaba menos de ella.

Movidos por la curiosidad, otros corredores se sumaron como espectadores; entre los cuales se encontraba Andrea Iannone, otro afamado corredor, de nacionalidad italiana. Al acercarse y ver, con detenimiento, que se trataba de una mujer, no pudo evitar hacer la observación en su lengua materna. Al entender el asombro del piloto, Pietro, no se contuvo y le replicó, en la misma lengua, que se trataba de su hermana y que era una piloto muy reconocida en algunas pistas de carrera; con el pecho hinchado de orgullo, al igual que sus padres, quienes entablaron un diálogo con Andrea.

En la pista, Roma y Toni, se preparaban para la largada, a cargo de uno de los mecánicos del team del piloto español.

Tal como ella lo predijo, su adversario, comenzó a buscar intimidarla con el clásico juego de aceleración. Por supuesto, ella no le dio mayor importancia y se concentró en la señal de largada.

Desde la zona de control, los vieron arrancar a toda velocidad, anonadados ante la habilidad de la corredora rosa. Emocionados, contemplaban como ambos danzaban en la pista, a pesar de que ella iba algo rezagada, lo hacían de manera sincronizada.

Pietro, no dejaba de murmurar “vamos hermanita”, mientras Magdalena rezaba sin cesar. Para sorpresa de todos, Giulio exclamó:

— ¡Doscientos dólares a la corredora rosa!

—Por Dios, hombre, que el que corre es Toni Elías— le replicó uno del team del piloto.

—Mil dólares a mi hermana —dijo Pietro, dando inicio a una apuesta entre todos los corredores y parte del cuerpo técnico. Algunos apostaban por Toni, a decir verdad en su gran mayoría, el resto apostó por Roma. Magdalena observaba todo, no sabiendo si reaccionar indignada ante la actitud de su esposo y la complicidad de su hijo, o reírse a carcajadas.

Para asombro de todos, Roma, consiguió posicionarse a la par de Toni; sincronizando sus movimientos con los de él y tomando las curvas y contra curvas en una mejor posición.

De casualidad, un fotógrafo, se encontraba en la zona, inmortalizando el momento en el que ambos corredores comenzaban a recostarse sobre la derecha para tomar una de las curvas. Momento en el cual, para pasmo de todos, incluso para el mismo Toni, de manera casi suicida, Roma lo rebasó bien pegada a la curva sobre uno de sus costados, saliendo justo por el medio del circuito tomando la posición para volver a doblar.

Ante tal destreza, luego de un pequeño lapsus en el que se quedaron estupefactos, absolutamente todos los presentes rompieron en exclamaciones.

En la siguiente curva, Toni, se pegó a ella; generando la desesperación en los espectadores. En un error de cálculo, casi milimétrico, la tocó de más perdiendo su adherencia en el asfalto provocando la pérdida de estabilidad, derrapando hacia un costado. Roma se giró apenas para ver el estado en el que se encontraba y al ver que él se ponía de pie y le hacía una reverencia, terminó el circuito entrando a la línea de meta con la rueda delantera elevada. Incluso aquellos que no habían creído que ella era capaz de ganar, la ovacionaron. De pie, sobre la moto en marcha a una velocidad importante, elevó sus brazos, alimentando el pánico de su madre, y saludó a los presentes. Poco a poco fue desacelerando y se reunió con su familia y con el resto de los corredores.

Todos la abrazaban y le hablaban a la vez, en diversos idiomas. Ahí ella se percató de que estaba junto a los pilotos del campeonato que se corría en unas semanas. El francés, el alemán, el italiano y el español,

todos exclamaban exactamente lo mismo: que corriera para su equipo. Roma, les brindó la misma respuesta todos en italiano, inglés y español: “Gracias por la oferta, pero no corro en ése nivel”.

— ¡É un peccato! — afirmó un corredor que había quedado fuera del círculo que la rodeaba, atrayendo la mirada de todos y dejando a Roma sin palabras.

— ¡Valentino Rossi! — Exclamó ante la presencia de otro de sus máximos ídolos, que había expresado que era una lástima el rechazo de la oferta de correr en alguno de los equipos. Abriéndose paso, el italiano, se acercó a ella y tomando su mano, de manera galante, depositó un beso en el dorso. Extendiéndole una invitación a la carrera de exhibición, que tendría lugar unas semanas después de que finalizara la carrera oficial. Recalcando que sería un honor para él, que manejara su Ducati. Impresionada ante semejante pedido, no pudo más que articular una afirmación.

Después de la carrera, pilotos y miembros del equipo técnico, invitaron a los Casalegno a almorzar. Sintiendo como pez en el agua, Roma, se desenvolvía con total naturalidad, debatiendo con todos al respecto de las motos y coches de carreras.

— ¡Fue el mejor cumpleaños de mi vida!— Exclamó, colgándose del cuello de su padre y llenándolo de besos. Repitiendo la acción con su madre y su hermano.

—Decís lo mismo cada cumpleaños, desde que cumpliste el primero—replicó su hermano, risueño.

— ¡TENGO LA MEJOR FAMILIA DEL MUNDO!—Gritó, en un tono casi infantil, con la mirada iluminada con esa inocencia que sus padres temieron que ella hubiese perdido para siempre.

El carraspeo de Jonás, la sacó de su ensimismamiento atrayéndola una vez más al presente. Ya no se podía aletargar el momento, era hora de verlo una vez más, después de meses de completa ausencia.

Eric acomodaba el nudo de la corbata, mientras se preparaba emocional y mentalmente para enfrentarse a la presencia de ella. Derrotado ante lo inminente, posó sus manos al costado del lavamanos y se miró en el espejo, sintiendo el eco de las palabras de Alan en el hospital.

De manera casi enfermiza, Eric, había ido a ver al muchacho mientras estaba hospitalizado. En una de esas visitas, Alan se encontraba en un estado semi consciente, creyendo que estaba al borde de la muerte, se confesó con Eric.

—Yo la metí en esto —comenzó a decir. —Ella no quería, la veía tan feliz en brazos de otro, que no pude aceptar que la perdí para siempre. Soy un egoísta, lo sé. Pero creí que si la metía en el vértigo de las carreras, iba a recuperar lo que teníamos. Se negó, se negó de tal manera que no me quedó más salida que amenazar con matar a su familia, fue la única forma que encontré, darle miedo con eso. Pero su familia jamás estuvo en peligro—finalizó, cayendo una vez más en la inconsciencia.

— ¡Hijo de puta! — Masculló Eric, ante la confesión del muchacho.

Ahora podía comprenderla con mayor profundidad, sintiendo deslizar por su garganta la amargura de no haberla escuchado. Pero, había otra parte de él, que se negaba a ceder. Era el dolor de que Roma no hubiese confiado en él, de que ella no se abriera a él de la manera en la que lo había hecho con Alan, con el bastardo que la había involucrado y obligado a forjar todos sus malditos muros. Ella jamás le había hablado de esa forma tan sincera de sus sentimientos a él. Sí, se sintió traicionado y completamente celoso. Herido como se encontraba su orgullo masculino, prefirió alejarse de ella.

Por medio de sus amigos se había enterado de los pormenores de la vida de ella. De forma masoquista, había sucumbido al interés por conocer los detalles de su día a día. Llegando a la conclusión de que Roma, había continuado su existencia sin él, mientras que él se encontraba estancado, sin poder avanzar. Se encontraba varado en un punto, donde la soledad comenzó a pasarle factura, el paso del tiempo era una bala de cañón, que detonaba en sus días. Estaba perdido y aturdido.

Otra de las hipótesis que sostenía, era que Roma no había llegado a sentir de la misma manera que él había sentido.

Abatido ante la idea de que ya no podía retrasar más el paso del tiempo, enderezó su postura y miró, una última vez, su reflejo en el espejo.

—Nos volvemos a ver, Belona— susurró antes de partir.

Roma se negó a ir a la iglesia, haciendo la entrada triunfal en el salón. Literalmente todos se voltearon a observarla, incluso la música de fondo acompañó su ingreso, acallando las voces. Sí, le dedicó mentalmente cada acorde de “Lady in red”, a la mirada de Eric cuando se encadenó con la suya.

<<Nunca me viste lucir tan hermosa como esta noche.

Nunca me viste brillar tan fuerte, estoy increíble.

Nunca viste a tanta gente querer estar a mi lado.

Y cuando te volviste hacia mí, te quedaste pasmado.

Nunca vas a olvidar la manera en la que luzco esta noche>>, le gritaba mentalmente, mientras lo desafiaba con la mirada, para pasarlo de largo instantes después, dándose la satisfacción de dejar su espalda desnuda para que él, recrease su vista.

Del otro lado del salón, Eric, se quedó anonadado con la visión de Roma. Era de una belleza sexual y salvaje, dejando todo y nada a la imaginación, emanando elegancia y feminidad. Los diamantes a lo largo de su columna vertebral, eran una maldita flecha hacia sus glúteos, incluso el condenado vestido, en la parte baja terminaba como una “v” muy abierta; señalizando más su hermoso culo. Había cortado su cabello, aunque era conocedor de ese hecho, jamás se preparó para el impacto de su cambio de imagen. Cuando logró calmar a su corazón, se dijo que cualquier look que ella decidiera hacerse, le iba a quedar majestuoso, porque ella así lo era.

— ¡La tía Roma! — Exclamó feliz Nicolás, cuando la vio. Ocasionalmente que Eric maldijera al enano, por continuar llamándola de esa manera.

Como pudo, había respondido a su incesante cantidad de preguntas del por qué ella no iba más a verlos. Incluso, lo había consolado cuando el niño rompió a llorar, preguntando si él era el motivo por el cuál ella se había alejado. Con suma paciencia, Eric, le había explicado que a veces los adultos se peleaban y se distanciaban. En su inocente sabiduría, Nicolás, le había dicho que le pidiera perdón y asunto arreglado. Contándole la anécdota de su pelea en el jardín de infantes con uno de sus compañeros y que, por más que él tenía la razón, prefirió a su amigo. <<Si tan sólo fuera tan fácil con los adultos>>, había pensado mientras besaba la frente del niño y lo dejaba ir.

Mientras Nicolás corría, llamándola a los gritos, volviéndolo a la realidad, vio como ella se despojaba de su fachada de femme fatal y, con dulzura, lo abrazaba y lo besaba. Importándole poco su vestido, lo alzó en brazos y comenzó a hablar con él, como si fueran esa clase de amigos que pasan siglos sin verse y se vuelven a reencontrar. Se sintió estúpido al envidiar al pequeño por recibir los besos y las caricias de Roma.

—Increíble el gusto de mi hijo por las mujeres — dijo Tomás, ganándose una mirada asesina de parte de su hermano. Para el colmo de Eric, su familia se acercó a saludarla.

Sorprendida, Roma, ante el afecto que el matrimonio Carson le prodigaba, se dejó envolver entre los brazos de Susana, quién no paraba de agradecerle por lo que ella había hecho en las carreras. Conmovida, Roma, le explicó que ella había sido una pieza más en el tablero de ajedrez. Tristán, en cambio, le replicó que ella había sido muy valiente al hacerlo y que de por vida le iba a estar agradecido por haberle ayudado.

—Me hubiese gustado decirte esto, en otra ocasión.

—Señor Carson, como le expliqué a la Señora, sólo fui una pieza más y admito que fui obligada a hacerlo. Tenían a mi familia amenazada...

— ¡Cristo bendito! — Exclamó Elizabeth al enterarse, de los pormenores de Roma.

—Hija, para vos, siempre vamos a ser Susana y Tristán— le remarcó la madre de Eric, un poco dolida ante la distancia que la joven imponía.

—Pero ya todo permanece en el pasado, estoy feliz de que el nombre del hospital haya quedado limpio —zanjó el tema, Roma mientras agradecía con una mirada el detalle de Susana de continuar profesándole cariño a pesar de que ella no estaba más con su hijo.

—Lo único que no pertenece al pasado, es el inmenso cariño que te profesamos —aseguró la menor de los Carson. Mientras que el primogénito la secundaba, envolviéndola a Roma en un abrazo fraterno.

—Mi hermano es un idiota — le murmuró en el oído.

— ¡Bah! Cosas que pasan — desestimó con una sonrisa.

Eric la observó, sus pupilas parecían estar imantadas al cuerpo de ella, porque le era un trabajo de gran esfuerzo intentar no prestarle atención. Durante toda la noche, ella jugó con él. Ignorándolo ó prestándole la mínima atención, demostrando ser conocedora de que él la observaba, sobrándolo.

En el momento del vals, se vio desesperado porque llegara su turno entre giro y giro, rotaciones de

pareja, etc., de que ella quedara entre sus brazos. Pero el destino, por llamarlo de alguna manera, le había arrebatado esa posibilidad. Lo que mayor esfuerzo le costó, fue no asesinar al palurdo atrevido que no se le despegaba. Un mocoso, no mayor a los veinticinco años, pasante del hospital, que aprovechaba cualquier oportunidad para tocar la piel de ella. Los instintos se incrementaban, cada vez que el muchachito, le susurraba algo en el oído y la hacía reír.

Para escapar de violar el Juramento Hipocrático, se dirigió a la zona de los baños, encontrándose con Jonás.

— ¿Todo bien, Eric?

—Sí.

Jonás se debatía entre aconsejarlo o no, su amiga estaba muy dolida, al igual que él. Si bien, su primera lealtad era hacia Roma, se sentía entre la espada y la pared cuando de ellos se trataba. No quería entrometerse, traicionarla, pero sabía que si callaba, se trataba de una deslealtad distinta. Por eso, haciendo acopio de valor, expresó:

— ¿Sabés qué es peor a que te traten como basura?

La pregunta hizo que Eric se volviera a verlo y frunciera el ceño confundido.

— Creer que lo sos —se respondió Jonás, al ver que él se quedaba en silencio. Haciendo una pequeña mueca, lo dejó solo con sus cavilaciones.

Pietro bailaba con Eusebia, riendo ante las ocurrencias de la abuela de Marcos, que le recordaba la forma de ser de sus abuelas.

— Es una pena que se hayan separado — suspiró en un momento Eusebia, largando el comentario como al pasar.

Pietro prefirió emitir un gruñido evasivo, todavía tenía ganas de moler a palos a su ex cuñado, por haberle roto el corazón a su hermana. Después de su cambio de imagen, su nuevo empleo y ese entusiasmo con el que había redireccionado su vida; creyó que ella se encontraba bien. Ángela lo sacó de su error, diciéndole que era pura fachada. Asegurando que esa nueva faceta “zen” de aceptación del destino, no era más que una falacia. La procesión iba por dentro y era más sanguinaria. Para reafirmar su teoría, le preguntó si recordaba cuándo ella había llorado por un chico, al negar tal conocimiento, Ángela había vuelto a argumentar que ahí estaba la clave, junto con el corte de cabello. Si bien, significaba un cambio, también era un proceso de sanación algo radical. Roma simulaba encontrarse bien, pero internamente estaba sufriendo grandes sacudidas. Lo que Ángela había omitido, era que durante un mes y medio, la había escuchado llorar hasta quedarse dormida.

Dándole un suave beso en la mano, caballerosamente, se excusó y se dirigió a los aseos, encontrándose cara a cara con el causante de la desazón de su Nita.

Impresionados ante aquel encuentro a solas, se midieron en un silencio cargado de tensión y expectativas. Pietro se acercó sigilosamente y, sin poder contenerse más, golpeó con fuerza el abdomen de Eric, ocasionando que éste se doble, apenas, sobre su estómago, por la pérdida inmediata de aire.

— Eso, es por hacer llorar a mi hermanita —siseó Pietro.

— Me lo supuse —murmuró, intentando recuperar el aliento.

— De todos modos, creo que ustedes deberían hablar —dijo, como si nada hubiese sucedido, en un tono

casi cómplice con él. Mientras lo ayudaba a incorporarse y le palmeaba la espalda.

—No tenemos nada de qué hablar con Roma.

—No estaría tan seguro —replicó, mientras se arremangaba las mangas de la camisa.

—Ella...

—Mirá, mi hermana no es ninguna santa, pero tampoco se merece lo peor ni que la juzguen —lo interrumpió. — Aparte se te fue advertido que, con ella, no era fácil y, te recuerdo, que muy suelto de cuerpo, aceptaste el desafío. Parte de ese desafío es: tenerle paciencia y aprender a escucharla. Si la forzás, se escuda y se aleja. Ella te eligió y en esa elección, estaba el aprendizaje de la construcción y no la destrucción. Vos, no llegás a comprender lo que significa que Nita haga esa elección— finalizó su discurso, dejando impresionado a Eric. Pietro sabía que por más que él no expresara nada, los engranajes de su cabeza estaban funcionando a mil por segundo, prácticamente. Concediéndole el espacio de soledad para meditar la reprimenda, regresó a la fiesta. Tenía que hablar con las abuelas de los chicos.

Eric, salió de los aseos y desesperado por un poco de aire fresco se dirigió hacia el exterior del salón topándose con la dueña de su malestar. Ella brindaba una imagen absolutamente erótica con un vaso de whisky en una mano y un puro entre sus labios. Era sexual, rozando el límite de lo pornográfico, y el porte elegante que realizaba toda la fantasía erótica. Sí, al verla con el puro entre sus labios rojos, formando una hipnotizante “O”, era imposible no pensar en una felación. Maldijo a su cuerpo por reaccionar ante el estímulo, evidenciando una, casi dolorosa, erección.

Ella bebía el whisky, de manera seductora; como quién está acostumbrada a esa clase de bebidas fuertes y las disfruta. Eric, se dio cuenta de que paladeaba el líquido ambarino, mientras medía al muchacho, que desesperado intentaba que el encendedor largue la bendita llama. Se percató de una faceta de ella que no conocía, la de cazadora experimentada que disfruta poniendo nerviosa a la presa. Sin poder evitarlo, la deseó de manera más intensa, mucho más primitiva. Ella jugaba de igual a igual en el arte de la seducción, ahora lo veía con mayor claridad, pero sus presas eran cachorros que apenas les estaba saliendo el bello púbico. Se preguntó qué se sentiría entrar en juego y retarla como a una igual. Sin pensarlo, sacó el encendedor del bolsillo interno de su saco y, sigiloso se colocó a su lado, haciendo destellar la llama frente a ella.

Al encontrarse levemente inclinada hacia abajo, cuando se enderezó para agradecer al extraño salvador, todo vestigio de diversión, se esfumó.

<< ¡Mierda! >>, pensó automáticamente, al toparse con la mirada de Eric. Todos sus malditos planes por mantenerse alejada de él, se esfumaron.

—La clave, muchacho, para jugar la partida, es asegurarse de tener un encendedor que funciona —dijo, avergonzando al chico, que era el mismo que la seguía en todas direcciones a ella.

—Es verdad, Doctor — murmuró cabizbajo.

<< *Tener experiencia y no dejarse intimidar* >> pensó Eric, casi al borde de la compasión por el idiota. Ella era demasiado mujer para un imberbe como él.

Con una pobre y triste excusa, el muchacho los dejó a solas. Incrédula, Roma lo vio adentrarse a la fiesta.

—Deberías elegir mejor a tus presas, querida —susurró seductoramente.

—La rubia, te está buscando —señaló con la mano que sostenía el vaso, ironizando un brindis, en dirección a uno de los ventanales laterales donde se encontraba Ana observándolos. — Tal vez, deberías

elegir mejor a tus acompañantes, querido — agregó, parafraseando con ironía lo que Eric, le había susurrado.

Harta de la situación, Roma, le tendió el puro a Eric y se alejó contoneando seductoramente, a propósito, sus caderas.

Había aceptado de sus manos el puro, pensando que era una inocente ofrenda de paz, un estilo de pipa. Pero no, ella lo había dejado solo, marchándose con un enloquecedor balanceo de su cuerpo, dejándolo anhelante de trazar el mismo recorrido de los diamantes. Rió casi sin ganas, al darse cuenta de que era un estúpido al dejarla ir. Comprendiendo que ella jamás, había tenido una pareja en la cuál refugiarse y abrirse; nunca tuvo a alguien en quién confiar plenamente. Ella era autosuficiente, orgullosa y altiva. Era un desafío, el maldito obstáculo a trepar era demostrar la constancia en su vida. Ambos se habían herido, ninguno se había escuchado y todo se había acabado, por el momento. En algún resquicio de sus pensamientos, escuchó la voz de su padre, susurrándole que la base de cualquier relación era el diálogo. Habían hablado, sí, una infinidad de cosas; pero cuando las papas ardieron, el orgullo primó. También, se coló en su memoria la dulce voz de su madre, quién le había dicho que toda relación es una constante negociación, dónde siempre había un lado que, algunas veces, tenía que ceder.

A través de las inmensas puertas de vidrio, observó cómo le susurraba al imberbe. Le murmuraba al oído, desafiándolo provocativamente a él, y lo sabía por la manera en la que ella le devolvía la mirada. Apostaba toda su fortuna a que, el pobre púber, estaba al borde de la eyaculación con lo que fuese que ella le susurraba. Agradeció, internamente, a Velázquez que llamó la atención de Roma y la apartó para conversar. En otro rincón, observó a sus tres abuelas, hablar animadamente con Pietro. Impulsado por la curiosidad, desechó la mierda de puro que ella le regaló; convencido de que se lo había dado el mocoso, meditando que hasta en eso le faltaba clase al imbécil; caminó a paso decidido al lugar dónde se encontraban sus abuelas y su cuñado. Pasando por el lado de ella y, como si fuese algo casual, rozó su espalda justo en el vértice del vestido, la punta de la flecha; provocando que ella se estremeciera. Masculinamente satisfecho al comprobar que seguía reaccionando a su tacto, continuó con su camino.

—La necesito — afirmó, interrumpiendo la conversación.

Las tres abuelas lo observaron y lo guiaron, en silencio, hasta la salida; escoltados por Pietro y Ángela.

— ¿Podrías repetir la petición, mi cielo? — Le pidió Carola.

Eric, analizó las posturas de los cinco pares de ojos que lo arrinconaban. Sus tres abuelas, envueltas en una falsa dulzura; Ángela con los brazos cruzados, rechazando cualquier idea; mientras que Pietro, casi traslucía orgullo ante su petición. En realidad, había seguido un impulso, tal vez la condenada erección le había nublado la razón, llevándolo a pedir ayuda para recuperar a su pequeño tormento. Cualquier motivo era casi válido, aceptando la realidad a la que se enfrentaba. Eligiendo pasar su vida con ella, porque sin Roma él no vivía; tan solo respiraba porque se trataba de una acción mecánica.

—Necesito ayuda para volver con ella.

— ¡Ja! Después de romperle el corazón y borrarle del mapa.

—Ángela...— la reprendió Pietro.

—“Ángela” nada, Pietro. Es un cobarde, que no tiene lo necesario para estar al lado de ella. Roma hace flanes caseros con más huevos que vos — le espetó señalando a Eric con el dedo índice.

—Ragazza...— volvió a advertirle Pietro, al ver que Eric se limitaba a escuchar la reprimenda. —Eso ya se lo dije yo — le dijo a su novia, intentando cortar la paliza que ella quería darle.

— ¿En serio?

—Palabras más, palabras menos — suspiró.

—Cielo, deberías contarme esos diálogos. Así no soy reiterativa y puedo ser más original ¿viste?

Eric los observaba incrédulo con ganas de matarlos, lentamente. Era lógico que ellos fueran a tomar partido por Roma, pero pedía un poco de coherencia en el asunto. Se guardó bajo siete llaves, el verdadero motivo por el cuál ella había tirado la toalla, no iba a ser tan estúpido de agregar más leña al fuego. De todos modos, al parecer, nadie podía comprender lo que él sentía y, ¿en qué momento él había quedado como el malo de la historia? Sin dudas no era completamente el villano, ni ella la pobre e indefensa víctima. Simplemente eran dos orgullosos, que se habían lastimado directa o indirectamente. Pero esas palabras, se las iba a decir a ella.

—Ninguno de ustedes, sabe lo que en verdad pasó— afirmó, intentando no perder los estribos.

—Yo...

—Vos nada, Ángela—la interrumpió bruscamente. — Escucharon o vieron estados de ánimo pero, la verdad sólo la sabemos ella y yo. Por orgullo no hemos aclarado nada y, nos comportamos de manera infantil.

Ángela detestó darle la razón, pero no le quedó de otra. Porque Roma, su amiga del alma, su hermana del corazón, se había negado a contar el motivo por el cuál estaba tan destrozada.

A regañadientes, prometió ayudarlo. Sólo porque sabía que él, era el único que había sido capaz de conquistar el alma de su amiga.

Las tres abuelas, lo miraban orgullosas. Por primera vez, su adorado nieto, iba a jugarse por reconquistar a una dama. Conocedoras de su historial amoroso y, que era de los que pasaba de página a la primera de cambio que no funcionaba.

—Para esto hay que llamar a “la pesada” — dijo Pietro, abriendo desmesuradamente los ojos, intentando resultar misterioso.

— ¿A quién? —Preguntó Eusebia.

—A la mafia de las agujas de tejer— respondió en un susurro intrigante, simulando tener miedo.

— ¿Podes dejar de hacer el idiota? — Se exasperó su novia.

—No hago el idiota. Vos, porque no sabes lo que son mis abuelas en verdad. Con esas caritas de santas, son dealers de dinero y ropa interior. Lo peor es que te pasan los billetes, con una calidad, y te miran, significativamente, pidiéndote silencio y discreción. La mafia siciliana, al lado de ellas, son principiantes—aseguró, con fingida seriedad.

— ¿Juegan a la canasta? — Se interesó Jacinta, risueña.

—Y les encanta el whisky — les aseguró Ángela, guiñándole un ojo.

Carola, Jacinta y Eusebia se contemplaron, asintiendo a la vez acordando llamar a las abuelas de los chicos. Era hora de una intervención, en toda regla. Además de una buena partida de cartas y un par de licores. Hacía mucho tiempo que no tiraban la casa por la ventana

Roma y Jonás, terminaron saliéndose con la suya en preparar un show de baile. Como tenía que cambiarse de vestido, por uno más corto y atrevido, le habían cerrado el baño para que pudiera cambiarse tranquila. Jonás le había dejado a mano los zapatos de baile.

Sabía que en el salón, estaban acondicionando todo. Cuando Santino tocó la puerta del baño, asegurándole que ya estaba todo listo y que Jonás la esperaba, se dio ánimos una vez más y salió.

Todos los invitados, estaban desconcertados al encontrarse sumidos en la oscuridad. Brenda comenzó a ponerse histérica, pensando que su casamiento se había arruinado por culpa de un corte de luz. Sin embargo, cuando el animador de la fiesta comenzó hacer una cuenta regresiva, se quedó más tranquila.

Al llegar a cero, un foco iluminó el centro de la pista de baile, dejando al descubierto a Roma. Los acordes de, “Así se baila el tango”, interpretado por Verónica Verdier en conjunto al grupo de tango electrónico Bailongo, comenzaron a sonar. Ella y Jonás, ejecutaron a la perfección la misma coreografía de Antonio Banderas y Katya Virshilas, dejando a todos estupefactos con su actuación.

Cuando terminaron, entre medio de aplausos, el profesor de baile de ellos se sumó al espectáculo, entre los tres, realizaron otra de las coreografías de la película “Take the Lead”, una de las favoritas de Brenda; aquella en la que bailan “La cumparsita” electrónica. En un duelo de hombres por el amor y la atención de una mujer, mientras ella es incapaz de quedarse con uno, los bailarines recorrieron la pista entera de baile. Haciéndola volar por el aire, en arriesgados trucos de baile, o entre ellos simulando un duelo de cuchillos. Por suerte, el iluminador del salón, les colaboraba en la ejecución del baile, jugando con las luces dándole énfasis a ciertos momentos, logrando que los espectadores sientan en profundidad la historia que ellos, a través de sus cuerpos, narraban.

Apenas terminaron, recibieron las ovaciones de pie. Brenda y Marcos, se acercaron a agradecerles el show y, por supuesto, ella les reprochó que hubieran animado la fiesta. Encantados, desestimaron el reto y le dieron la bienvenida a la comparsa, que era la encargada de la sección del carnaval carioca de la fiesta.

Algunos días posteriores al casamiento, la familia Casalegno almorzaba plácidamente. Padre, madre, hijo y abuelas; se contemplaban de manera cómplice, mientras que Ángela sólo miraba su plato.

— ¿Se puede saber qué pasa? — Preguntó exasperada Roma, no soportando esos cruces de miradas.

—Nada, hija —respondió Antonia, mientras le palmeaba el brazo.

—Nonna, algo me ocultan— espetó, limpiándose los labios con la servilleta.

Giulio suspiró, fastidiado con el asunto. No, él no estaba del todo convencido de que su hija aclarase las cosas con Eric. Tenía temor de que saliera lastimada nuevamente, ese instinto protector de padre, que a veces lo hacía ser irracional. Pero, a su vez, sabía que ellos tenían que esclarecer las cosas, por el bien de todos y la felicidad de su hija.

—Tus abuelas, creen que tendrías que hablar con Eric—confesó el cabeza de familia, ganándose las miradas asesinas de todos los comensales. Excepto de su hija, que los miraba con los ojos desorbitados.

—No pienso hablar con el imbécil —sentenció ella.

—Entonces, escucha lo que él tenga que decir— le dijo su madre.

— ¿Yo debería escuchar cuando él no me dio la oportunidad?

—Deberías madurar, Nina — sugirió su padre.

—Ustedes, deberían meterse en sus propios asuntos — dijo, levantándose abruptamente de la mesa. Tomando las llaves de su auto, se fue.

Antonia la vio partir, sonriendo ante el despliegue de carácter de su nieta. No había dudas, Giovanna, era igualita a ella. Muy relajada, tomó su copa de vino y se dejó llevar por los recuerdos. Los viejos tiempos, que descansaban en el baúl de la memoria. Recuerdos que alguna vez fueron blancos y, con el paso de los años, se fueron transformando en sepia. <<Mi manchi, amore mio>>, le dijo al recuerdo de su difunto marido. No había un día en que no le dijera lo mucho que lo extrañaba pero, con la actitud de su nieta, le fue imposible no volver a repetírselo mentalmente.

Escuchó a su hijo que se quejaba de la actitud de ella, miro a su consuegra y supo que ella la entendía. La “bambina”, como la llamaban, había heredado aristas de personalidades de ellas dos y comprendieron que se encontraba dolida.

Por lo poco que habían hablado con las abuelas del “ragazzo”, por teléfono, él se encontraba de la misma manera, pero estaba dispuesto a dejar de lado el orgullo. Las cinco, sabían que ellos debían hablar. Pero el efecto sorpresa se había caído por culpa el atolondrado de Giulio, en querer intentar hacerlo por la derecha. Antonia, a veces, se preguntaba si él no había aprendido nada al estar rodeado de mujeres. Mejor dicho, si jamás le había prestado atención a la niña; porque el peor error que podían cometer era advertirla en el asunto.

—Calmate, hijo, por favor — le pidió con una suavidad a Giulio, que no admitía réplica. Pero, rebelde como era, expresó que tal vez, había que dejarlos en paz.

—Son jóvenes y están dolidos —señaló Margherita.

—Además de que la niña, sacó nuestro carácter —se carcajeó Antonia.

—Cuando esté casada y le aviente la fuente de pasta por la cabeza, hablamos de similitud de caracteres — secundó la madre de Magdalena, suscitando la risa cómplice entre ambas veteranas de los matrimonios complicados, dejando pasmado al resto.

Al ver que las miraban sin comprender, Margherita les contó la historia, de aquella vez que había discutido con su marido. Y, como era un poco cavernícola, le dijo algo que no le agradó entonces ella, le tiró por la cabeza lo primero que tenía al alcance: los fideos a la bolognesa.

Riendo Magdalena, le aseguró que ella nunca se había enterado. A lo que su madre respondió que había muchas cosas que no sabía, como que habían estado a punto de separarse. Pero sus abuelas habían intervenido, igual que ellas planeaban hacer con Roma.

Antonia les contó que había vivido algo similar y, por esa razón, estaban dispuestas a ayudar a su nieta. Convencidas de que el amor de ellos, era el verdadero.

—Algunos aprenden a escucharse y dialogar, a dejar de lado el orgullo y ceder antes — dijo Margherita, señalando a Pietro y Ángela.

—Otros, necesitan ser encerrados en un cuarto hasta que aprendan a hacerlo por fuerza — completó Antonia, recordando que eso había sucedido con su marido, demasiado tiempo atrás.

Mientras su familia debatía su situación amorosa, Roma, manejaba sin rumbo fijo. Se estacionó a un lado de la calle y se dejó llevar por sus pensamientos.

Admitía que durante toda la fiesta, ambos habían realizado un peligroso juego de seducción mutua. Ella se definió como cazadora y encontró a su igual, sí, Eric la había probado en esa faceta de mujer fatal, desafiándola con su infinita sabiduría masculina a que redoblase la apuesta. Era un baile peligroso, en el que él, había desestimado el objetivo de ella y elevando su propia esencia. No negaba que, su objeto de la noche, había sido seducirlo a él y darle celos, pero el muy arrogante, de alguna manera había adivinado sus planes pasando de largo los celos, sumergiéndola a ella en su propio juego. Ambos habían jugado como expertos, el gato y el ratón, quedando en tablas. Sonrió al pensar que no le era indiferente y que, de algún modo, la historia de ambos no había terminado. Quizás, cuando ella sanara las heridas recibidas y no lo odiara de la manera en la que lo hacía... Pero había una cuestión que no podía pasar por alto: Eric se había acostado con otra, la misma noche que la dejó y, eso dolía demasiado.

Capítulo 18

La fresca mañana invernal, la ponía de excelente humor. Ni el tráfico, ni los bocinazos de los conductores impacientes podían sacarla de su estado de plenitud. Tal vez el café que degustaba en su taza térmica, mientras manejaba, preparado al punto de su paladar exigente, ayudaban a ver la mañana gris llena de colores. En realidad lo atribuía al invierno, que era su estación predilecta, y al color plata del cielo. En otras circunstancias de su vida, quizás en otra estación y sin su pequeña primer dosis de cafeína en sistema, hubiese bajado la ventanilla y gritaría con todo su ser al conductor detrás suyo, que insistía en mantener apretada la bocina como si de esa manera, por arte de magia, la congestión de vehículos comenzase a fluir. Las personas tienden a no comprender que es una simple bocina y no tiene las propiedades de hacer volar o teletransportar los coches. Prefirió subir el volumen al estéreo y cantó a todo pulmón “November rain” de los Gun’s and Roses, pensando que todavía las canciones le hablaban de él. Todavía no superaba esa maldita etapa en donde absolutamente todo en el universo, le hablaba de Eric o de ellos dos. Por lo que se dejó embargar en el sentimiento y lo dejó correr. Sintiendo cada acorde

como propio, evocando cada centímetro de Eric; dedicándole letra y alma a su recuerdo.

La reconoció a través del polarizado, no tan oscuro, de las ventanillas; incrédulo de su suerte decidió seguirla. Sintiendo la necesidad de hablar con ella y conocer su verdadera identidad, llamó al trabajo e informó que iba un poco retrasado, mientras zigzagueaba con su moto para no perder su rastro. Aunque debía reconocer que el llamativo color rojo y la fácil patente, le ayudaron bastante para no perderla de vista.

Pudo colocarse nuevamente a su lado y observarla, gracias al casco y sus lentes de sol, disfrutaba un poco del anonimato. Ella iba cantando con mucho sentimiento, ajena al caos que reinaba en el exterior. Gesticulando a su taza térmica color roja, con algunos stickers de flores y mariposas pegados; mostrándose tan singular y alegre, que sin remedio le contagió esa felicidad.

Era consciente de que la estaban siguiendo, trató de mantener la calma y no ser paranoica; evaluando la posibilidad de que se tratase de algún compañero que jamás había visto en una moto Honda 250 pistera, de color negro. Era la segunda vez que se le ponía a la par y se sentía observada. A decir verdad, se sentía horadada por la mirada de aquel extraño. Se obligó a mantener la calma y a simular no reparar en su presencia, poniéndolo a la par del resto de los desconocidos que la rodeaban.

Manejó con calma y realizó algunas maniobras evasivas, que fueron una pérdida de tiempo porque el misterioso hombre de negro, continuaba siguiéndola.

Maldijo para sus adentros, no poder desviarse demasiado de sus rutas seguras, por su falta de conocimiento de la zona, temía meterse en algún callejón sin salida y que el mal nacido que la seguía, la secuestrara o intentara robarle con algún arma de fuego.

Con disimulo, aprovechó que el misterioso hombre estaba un par de coches de distancia, con la imposibilidad de colocarse a su lado, y buscó su cartera en el suelo de los asientos traseros. Una vez que la tuvo en su poder, sin perder de vista el camino y su alrededor, rebuscó en su interior el gas pimienta y el bastón plegable de defensa personal. Era consciente que en una lucha cuerpo a cuerpo, se iba a defender bastante bien, pero ella prefería prevenir y no arriesgarse innecesariamente. Dio con el bastón plegable rápidamente pero, no encontró el gas pimienta. Maldijo porque era demasiado posible que, lo haya dejado en la otra cartera. Lo único con lo que contaba era con el desodorante en aerosol, si tan solo pudiera encontrarlo, se dijo que eso era mejor que nada; por lo menos le ayudaría para distraerlo y asestarle hasta dejarlo imposibilitado, después llamaría a la policía.

<< ¿Dónde mierda dejé el desodorante?>>, pensaba mientras revolvía cada rincón de su enorme cartera. No faltaba mucho para entrar a la cochera, donde dejaba el auto en las horas de trabajo, comenzó a sentir la adrenalina danzar en su torrente sanguíneo, poniendo en modo de defensa y ataque todo su cuerpo, alertando al máximo sus sentidos.

— ¡Traje el a bolilla, carajo! — Se exasperó consigo misma, por no ser precavida y guardar el gas pimienta ó el desodorante en aerosol. Ahora tendría que usar el ingenio y rogar a todos los dioses, para que el atacante no fuese demasiado alto. En realidad, rogaba porque fuera un compañero con nueva adquisición. Dejando solamente el bastón plegable fuera de la cartera, cerró la misma y la dejó en el asiento del acompañante

Entro a la playa de estacionamiento, en el primer nivel no había lugar, como siempre. Siguió avanzando hasta el tercer nivel, el misterioso hombre iba por detrás de ella. Roma se obligó a mantener la calma y

estacionó en el único lugar que había disponible. Prefirió dejarse las zapatillas deportivas, con las que se sentía más cómoda manejando que con los tacos altos. Después pensaría en cómo bajar los zapatos, tal vez cuando se sintiera fuera de peligro. A decir verdad, poco le importaban los tacos en ese momento.

La vio estacionar y apagar el auto, decidió esperar a que se bajara y cuando así lo hizo, se sacó el casco pero se dejó los lentes de sol. Se acercó despacio, maravillado ante la visión de ella con esos pantalones de pinza blancos que le hacían un culo increíble.

Roma esperó de espaldas, podía sentir como el desgraciado se acercaba lentamente. Por el rabillo del ojo vio la sombra que se proyectaba, casi tenue, que medianamente le indicaba que era un hombre alto. Respiró profundo y se dejó guiar por su instinto. Cuando sus sentidos la alertaron que ya se encontraba demasiado próximo a ella, agarrando de la correa la cartera, se dio vuelta con rapidez con la intención de asestarle en la cara, para que él reaccionara llevándose las manos delante de su rostro, protegiéndose así del impacto. Cuando el desconocido hizo el movimiento que ella había provocado, Roma, con un rápido y perfecto movimiento de muñeca, desplegó el bastón y le asestó un contundente golpe en los genitales. Al doblarse de dolor, sin esperar a que recuperase el aliento, ella intentó pegarle en el cuello pero el desconocido se corrió apenas y el golpe fue sobre su rostro, haciendo añicos parte de los lentes de sol. Sin perder tiempo, ella terminó de inmovilizarlo trabándole el brazo, con la ayuda del bastón, en su espalda, colocándolo boca abajo en el piso.

—Soy yo... Lo...ba — dijo con un mínimo de aire.

— ¿Quién te manda? — Inquirió, apretando los dientes y ejerciendo más fuerza en el brazo del hombre, proyectándolo en un ángulo casi sobrenatural. Todos los días de su vida, agradecía a las clases de defensa personal que su hermano le había impartido. El pánico de saber que Alan no tenía del todo razón y que, tal vez, la estuvieran siguiendo, comenzó a abrirse camino en su sistema.

—Soy... Augusto — murmuró en un quejido.

Jamás imaginó que ella peleara de esa forma, lo tomó totalmente desprevenido, a él, justamente, que había sido rigurosamente entrenado.

— ¿Augusto? — Preguntó acercándose al rostro del hombre, que apenas había asentido.

A través del lente roto, pudo ver mejor la facción del rostro del, hasta instantes atrás, misterioso hombre. Ahora que veía el perfil, claramente familiar, sintiéndose más tranquila, relajó el agarre y lo liberó de la toma que lo mantenía inmovilizado.

Con un quejido se puso boca arriba y comenzó a tomar respiraciones profundas, mientras Roma lo contemplaba desde el otro extremo de su cuerpo, sorprendida ante aparición.

—Creo... que me dejaste sin descendencia — sollozó, mientras ejercía presión en sus partes nobles.

—Es tu culpa, por aparecerte de esa forma — respondió mientras se acercaba para ayudarlo a ponerse en pie.

Él la contempló y no pudo evitar maravillarse con su aspecto. En un hombro llevaba colgada la cartera enorme, en la mano del mismo brazo, continuaba aferrándose al bastón plegable, se dio cuenta que era el más largo que se conseguía; rematando el look con unas zapatillas de animal print. Se acercaba con la mano extendida, claramente buscando redimirse por la golpiza que acababa de propinarle. Jamás en sus treinta y tres años de vida, le habían pateado el culo de esa manera. Sonriendo ante las vueltas de la vida, aceptó la mano que ella le ofrecía y con su ayuda se incorporó.

— ¿Cómo me encontraste? — Preguntó, mientras se dirigía al auto.

—Sí, estoy bien. Gracias por preguntar — ironizó.

—Mirá, chistoso, vos pertenecés a un mundo que no puede tener conexión con mi verdadera identidad. Por una cuestión de seguridad. Si vos me encontraste, cualquier mafioso puede hacerlo y, no estoy dispuesta a poner en peligro a los míos ¿estamos? — Le espetó furiosa, señalándolo con la punta del bastón.

—Primero: te encontré de casualidad esta mañana, segundo: no sé ni siquiera tu nombre real y tercero: creo que la última vez habías visto mi placa. Soy un agente de la Federal — respondió tranquilo, sin despegar sus celestes ojos de los negros de ella.

—No creo en las casualidades — desconfió Roma.

<<Yo tampoco>> meditó Augusto, agradeciendo esa locura de cambiar su hoja de ruta.

Roma escuchó como él le narraba que había decidido cambiar el camino cotidiano para ir a su trabajo y le llamó la atención una chica en un auto rojo, que cantaba y disfrutaba de la mañana congestionada de tráfico, ajena al caos a su alrededor. Y, cuando prestó atención, se dio cuenta de que era ella. Utilizando eufemismos, para su estado de necesidad de volver a verla, le explicó cómo había decidido seguirla para ver si así lograba charlar con ella sin motos alrededor.

—Creo que te debo un café después de todo — murmuró.

—Es lo mínimo, por privarme de tener hijos...

—Yo qué culpa tengo de que seas tan imbécil y que te acerques como un depravado acechador, malhechor malnacido — espetó indignada, utilizando palabras que le provocaron risa a Augusto.

—Nos vemos a las cinco de la tarde, en la cafetería “La Fragata” ¿te parece bien? — le consultó, sabiendo que esa cafetería, además de ser una de las más caras de la zona, le quedaba cómodo a los dos para llegar.

—Me parece bien — respondió encogiéndose de hombros.

—No llegues tarde, Kill Bill — le dijo a modo de despedida.

—Me llamo Roma — retrucó con una sonrisa.

—Un placer — murmuró haciendo una pequeña reverencia.

Con un guiño de ojo, le reiteró que sea puntual.

Roma lo vio partir, disimulando la renguera y el dolor de sus partes, como todo un caballero. Le dio penita el estado en el que lo había dejado, pero se le pasó de inmediato al ser consciente de que él, se lo había buscado.

Riendo ante la disparatada situación, se dispuso a cambiarse las zapatillas por sus zapatos tacos aguja, y comenzar su jornada laboral. Por suerte, todavía llegaba temprano.

Eric revisaba el último estudio que le había hecho a un paciente que presentaba un par de anomalías en el

hipotálamo, mientras realizaba notas propias del estudio, en un anotador. Un suave golpeteo, en la puerta de su consultorio, lo sacó del trance en el que sumergía cuando estaba concentrado.

—Adelante — ordenó, sin dejar de anotar siglas en el anotador.

—¿Interrumpo?

—Dame dos segundos, Marcos, ya estoy con vos — respondió sin dejar de anotar.

Marcos se dispuso a esperar a que su amigo terminase con las anotaciones, mientras observaba todo a su alrededor. Reparando en un portarretratos, doble, nuevo. Sin ninguna inhibición lo tomó, quedándose sorprendido ante las imágenes que se encontraban plasmadas en blanco y negro: Roma y él, en el verano. En ambas ella, sentada en el regazo de Eric. En una aparecía contemplándolo con absoluta devoción, mientras él, le devolvía la mirada con la misma intensidad. La otra fotografía, lo mostraba a él sonriendo contra el cuello de la muchacha, mientras ella sonreía y miraba a cámara con entera adoración. Si se miraba con mayor detenimiento esa fotografía, se podía apreciar la piel erizada de la joven. Pensó que ellos dos, además de hacer una pareja armoniosa, se amaban de esa forma que las palabras quedan cortas y redundantes para describir los sentimientos. Además era la primera vez que Eric, tenía fotos de una novia en su consultorio. Sabía que estaban peleados, incluso la palabra “ruptura” se acercaba a la situación que estaban atravesando; eso fue lo que más le llamó la atención a Marcos, ella todavía seguía en el presente de Eric. Además el abanico de especulaciones sobre los motivos por el cual, ellos habían roto; ni Roma, ni Eric habían dicho nada esclarecedor al respecto.

—Me encantan esas fotos — dijo Eric sonriendo, mientras se repantingaba en el sillón.

— ¿No te parece un mecanismo de tortura verlas todos los días?

—Aunque estemos peleados, la sigo amando —afirmó, extendiendo la mano para que Marcos le diese el portarretratos. Lo tomó entre sus manos con delicadeza y se perdió en sus pensamientos, mientras acariciaba el rostro de ella con el dedo índice. No le parecía una tortura ver su sonrisa todos los días, al contrario, lo impulsaba día a día a continuar con su mortal existencia, sabiendo que iba a recuperarla.

—Ya pasaron unos meses...

—Lo sé, Marcos. Pero, ciertos enojos, llevan su tiempo.

— ¿Qué pasó Eric?

Cansado de las evasivas, Eric, decidió sincerarse con su amigo. Le contó cómo se había enterado que ella corría, le habló de la confesión de ella hacia el muchacho inconsciente, le describió el rechazo que le causó saber que ella le había ocultado cosas. Describiendo cómo su pasado había influenciado en su presente, llevándolo al extremo de darse por vencido con ella. Recayendo en el vicio de largar aquello que iba contra sus costumbres, le explicó que horas después se sintió un imbécil por haber tomado esa determinación, pero por orgullo se había alejado. A regañadientes, le contó que Ana había pasado la noche, la misma que ellos habían peleado, en su casa, apresurándose a explicar que nada había sucedido. Le dijo los motivos por los cuáles ella se encontraba ahí y con cierta reticencia le contó el cuadro que Roma se había topado cuando fue a buscarlo; argumentando la inflexibilidad de ella con él, debido al engaño al que la había sometido el ex. Relató lo hablado con Pietro y con sus abuelas, detallando el plan y el asunto de la “mafia de las agujas de tejer”. Cuando por fin terminó, aseguró que iba a casarse con ella.

Marcos lo miraba asombrado, no solo por lo narrado si no por la afirmación final y el cambio operado en él. Como profesional de la salud mental, podía afirmar que un patrón de conducta en Eric se había roto, ocasionando un cambio en el eje en la percepción de su mundo. Ya no descartaba cuando no servía ahora elegía intentarlo las veces necesarias hasta que medianamente funcionase.

—Te quedaste pasmado, Marcos.

—Estoy haciéndome a la idea de vos casado por propia voluntad...

—Metí la pata, hasta el fondo...

—Eric, a veces para abrir los ojos hay que mandarse cagadas. De todos modos, esto es algo de a dos; no te cargues con todas las culpas. Aprendé a ser más justo con vos y, de esa manera, vas a poder ser más comprensivo con ella.

— ¿Eso fue consejo de amigo o de loquero?

—Un poco y un poco.

Relajados, continuaron conversando especulando al respecto de la noche de canasta de sus abuelas. Marcos, podía hacerse a la idea de lo que eran las abuelas de Roma, según como Eric las había descripto, admitía que se moría de ganas por ser mosquita y colarse en esa noche de aquellarre.

—Según me contó Pietro, se juntan mañana por la noche.

—Lo que daría por verlas en acción, apostando y todo.

—Lo que en verdad querés, es escuchar lo que tengan que decir. A mí no me engañas— lo acusó sonriendo.

Con un leve encogimiento de hombro, alegando que eran gajes de su oficio, admitió su culpa. Cinco mujeres con una visión de la vida y el mundo, totalmente diferente a la de sus descendientes, reunidas en una noche de timba, ideando el plan maestro para juntar a sus respectivos nietos. A pesar de que Eric y sus hermanos, no era sanguíneo de su abuela o de las abuelas de Lucas y Santino, lo querían del mismo modo; jamás habían hecho diferencias con ellos y, cualquiera que osara a decir lo contrario, se las iba a ver, cara a cara, con la furia de las tres. Jamás admitiría, delante de ninguno de sus amigos, menos con Eric, que décadas atrás cuando iba a jardín de infantes y se habían conocido los cuatro, al enterarse que su nuevo mejor amigo no tenía abuelas, llegó a su casa y llamó por teléfono a la suya para contarle lo sucedido, pidiéndole que lo adoptara. Poco después se le sumaron las otras dos, haciendo de Eric y sus hermanos, tres nietos más a los que malcriar.

Eric lo trajo nuevamente al presente, al preguntarle qué había ido hacer a su consultorio, entonces recordó que le llevaba las fotos de la fiesta en un DVD.

Eric esperó a que Marcos se marchara para insertar el DVD en la computadora y buscar lo que le interesaba: Ella.

Una foto en particular, le hizo reafirmar su hipótesis. La imagen lo mostraba a él de perfil bailando con la madre de Brenda y, de fondo, se encontraba Roma. Al agrandar la imagen, la mirada de ella estaba clava en él, sus pupilas lo contemplaban con anhelo.

—No acabamos nada — aseveró contemplando el portarretratos.

Era consciente de que no iba a ser fácil, pero estaba convencido de que lo iba a conseguir.

Una de las razones por las que Roma adoraba su nuevo trabajo, era el horario. Aunque tenía que

madrugar valía realmente la pena, porque su jornada terminaba a la una de la tarde. Con mucho entusiasmo llegaba a su cubículo y se ponía manos a la obra, corrigiendo las noticias en la plataforma digital del diario. Muchas veces, en el afán de ser los primeros en exponer una novedad, los dedos de los periodistas iban más lentos que su cabeza, y eso que tecleaban a una velocidad sorprendente. Otro punto que le fascinaba de su trabajo, era la posibilidad de tener una columna propia; un pequeño espacio para sus propias palabras. Sabía que tenía que preparar un artículo contundente, que dejara impresionados a sus jefes y ganarse el espacio pero como todo en su vida, lo haría desde abajo, ganando experiencia.

Cuando el reloj le indicó que era el fin de su jornada laboral, cerró su sesión en la computadora y se dispuso a guardar sus pertenencias.

Naomi, una de sus compañeras, se acercó y la invitó junto con el resto del grupo a almorzar, lamentablemente tenía un día complicado para aceptar la invitación, por lo que compungida declinó.

Tenía que pasar por la zapatería y comprarle un par de zapatos a Ángela, para reponer aquellos Oscar de la Renta, que su amiga supo sacrificar. Si bien, no había visto ninguno que, estimativamente, la convenciera de ese mismo diseñador, se inclinó para comprarle unos JimmyChoo. En realidad, había visto dos pares de zapatos de JimmyChoo que le habían gustado y, por supuesto, le daría prioridad a Ángela a elegir el que más le gustara, sabiendo que ambas, tarde o temprano, se los terminarían prestando. Con ese pensamiento feliz y entusiasta, se dirigió a buscar su auto y tomar rumbo al centro.

Roma llegó a su casa sobre las dos y media de la tarde, con tres bolsas con el nombre del diseñador estampadas. Su maldito corazón de compradora compulsiva, no pudo evitar comprarle un par de zapatos a su madre también, obviamente esa era otra excusa. Lo mejor de su existencia era que las tres, calzaban del mismo número.

Emocionada, entró a la cocina donde se las encontró embobadas mirando a Pietro que intentaba hacer dormir al pequeño. Pero Alejo, al sentir la voz de su tía, se espabiló y de forma inmediata, comenzó a buscarla con la mirada.

—¡Genial! — exclamó fastidiado, Pietro.

—¡Ups! — respondió, mientras se encogía de hombros y le entregaba las bolsas a Ángela, para cargar al bebé.

—Veo que fuiste de compras, todavía recuerdo ciertos Oscar...

—Elegí el par que quieras —le retrucó sin dejar de mirar a Alejo con una sonrisa embobada, haciéndole morisquetas.

— ¡Oh Dios! — Exclamó emocionada Ángela.

—Mamma, el otro par es para vos.

Magdalena se precipitó sobre el par de sandalias azul marino; el empeine cruzado por tiras gamuzadas y encaje, despuntados, con cierre en el talón.

Ángela, eligió unas sandalias de cuero revestidas con cristales y piedras, con un colgante tupido de plumas blancas, móviles, que cubrían el empeine; dejándole a Roma unas de estilo similar, pero el colgante en vez de plumas, eran tiritas de cuero rosa Chanel.

— ¿Y yo? — Preguntó Pietro con un mohín.

—No había sandalias de tu número, fratello —respondió mientras mecía a Alejo.

—El premio a la hermana del año, es para... ¡Roma Giovanna Casalegno! — Exclamó sarcástico. —Yo

anoto todo en mi listita negra, ya vas a venir con el equino exhausto — la amenazó ofendido.

Roma se disculpó con su hermano y le prometió un regalo, pero él continuó en sus trece, utilizando la culpa a la que sabía tenía todo el derecho de emplear con su hermana.

Roma almorzó rápido y se entró a bañar, cuando salió de la ducha se topó con Ángela sentada en los pies de su cama. Indecisa sobre qué ponerse para su encuentro con Augusto, le pidió ayuda a su amiga.

Extrañada, Ángela, le sugirió unos jeans ajustados, unas botas de montar marrones, una camisa entallada y una campera de cuero del mismo color de las botas. Mientras Roma se secaba el pelo, Ángela la sometió al tercer grado para saber con quién salía, muy en el fondo, guardaba la esperanza de que se encontrara con Eric. En el momento que Roma comenzó a relatarle el episodio vivido con Augusto, todas las ilusiones se fueron por un caño. Conocía a fondo las intenciones de Augusto; segura de que él iba a aprovechar que Alan estaba fuera de juego para tirarle la jauría entera a Roma. Cuando así se lo expuso a su hermana del alma, Roma, se limitó a responderle que él podía tener las intenciones que quisiera, incluso que la halagaba, pero que se encontraba en un estado emocional en el que no tenía ganas de estar con nadie. Admitió que Eric, había dejado una huella demasiado grande en su corazón y que todavía no se encontraba preparada para darle una oportunidad a otra persona. Por supuesto Ángela, se guardó la opinión de que Augusto era del tipo de hombres que demolía esas barreras, considerando el hecho de que años atrás, intentó conquistarla aún sabiendo que estaba de novia y, para ese entonces la relación con Alan estaba en pleno apogeo. Consideró prudente la férrea voluntad de Roma, quién en su corazón seguía fiel al sentimiento por Eric. En alguna oportunidad, lo iba a matar por idiota, pero después de que se estabilizara en la vida de su amiga, nuevamente. Era consciente de que Eric, jugando bien sus cartas y con la ayudita extra que iba a recibir, la iba a reconquistar.

— ¿Estoy bien? — Preguntó, luego de terminar de ponerse perfume. Había cambiado su emblemático Esencia de Duende, por el Aqua di Gio, de Armani. Por desgracia, ambos perfumes le recordaban a Eric. No se dio cuenta de que él utilizaba el mismo, pero en la línea masculina, hasta que reparó días después en el por qué le era significativo ese perfume. En su imperiosa necesidad de borrar cualquier rastro de él en su vida, había recaído en otros.

—Divina — respondió su amiga.

Tirándole un beso al aire, se despidió. Al verla marchar, Ángela imploró, a todo ente cósmico que la escuchara, que las intenciones de Augusto no llegaran a destino.

Propulsada, como por un resorte, se encaminó hacia la habitación que compartía con su novio.

Extrañado ante la forma en la que ingresó en la habitación, Pietro la observó apenas elevando la vista del pañal que estaba cambiando.

— ¿Qué pasa, amore? — Preguntó al cabo de unos instantes, exasperado, al verla moverse de un lado a otro, inquieta, con el pulgar entre los dientes.

— ¡Au...! Nada, nada...

— Sé que hay algo que te da vueltas y te preocupa — le dijo, suspirando, mientras se ponía de pie y alzaba al bebé, tomando dirección al cesto de basura que había en el baño de la habitación donde pensaba tirar el pañal sucio.

Ángela, debatió internamente si contarle o no contarle a Pietro, maldiciendo el grado de suspicacia que tenía su novio.

—Creo que Eric corre peligro — admitió, imprimiéndole un poco de dramatismo al asunto. Al darse

cuenta de que, tal vez, su novio era demasiado literal al respecto, aclaró que era en sentido figurado. De todos modos, Pietro, con cautela, la alentó a contarle el motivo de sus creencias. Resignada, Ángela, comenzó a narrarle la historia entre Roma y Augusto. Como todo relato, arrancó por el principio, remontándose a los tiempos en que Roma era novia de Alan. Detalló la forma en la que Augusto la contemplaba a su amiga y las constantes indirectas que lanzaba el muchacho hacia ella, incluso delante de Alan. Le aseguró que Roma jamás lo había correspondido, que todo se lo tomaba a broma y que lo desestimaba constantemente. Ubicándolo en el panorama, Ángela, lo atrajo hacia el presente; contándole que Augusto había resultado ser un agente de la Policía Federal y que había estado todos esos años infiltrado. Le explicó que recientemente se habían enterado de esa cuestión, y que ahora Roma se iba a encontrar con él. Narró lo que ella le había contado del episodio en el estacionamiento, intuyendo que Pietro iba a sentirse orgulloso de su hermana. Además, le relató lo que Roma le había respondido respecto a las intenciones de Augusto.

— ¿Por qué decís que Eric corre peligro? Mi hermana, aseguró que no le pasaba nada con el tal Augusto — dijo con calma, desestimando las preocupaciones de Ángela, después de escuchar atentamente lo que ella le contó.

—A ver, querido, ¿cómo te lo explico? —Tomándose una breve pausa, e inclinándose por la sinceridad, continuó: — Augusto, está más bueno que comer pollo con la mano. Jamás entendí por qué no lo dejaba a Alan por él. Además, es de esos hombres que emanan seguridad, caballerosidad y ese plus competitivo que enciende a tu hermana. Cuando ella corría, con el único que tenía pullas al respecto, era con él.

—Te estás olvidando de un detalle — respondió Pietro, dedicándole su típica sonrisa de sabelotodo.

—A ver...

—Mi hermana ama a Eric y, por más que el tal Augusto le tire hasta un regimiento de caballería, mi hermana, es inconquistable por otro mequetrefe.

Ángela, realmente, esperó que Pietro tuviese razón. Si bien compartía la misma opinión que él prefería prevenir que lamentar, por lo que le pidió al padre de su hijo, que llamara a sus abuelas y las pusiera al tanto.

Revoleando los ojos, Pietro le hizo caso.

Su abuela Antonia, al escuchar la historia les pidió que por el momento, se mantuvieran atentos ante cualquier actitud sospechosa de la niña y, le aseguró que ellas se iban hacer cargo de adelantar un poco los planes.

Al cortar la comunicación, Antonia, llamó de inmediato al departamento de sus nuevas amigas.

—Tenemos que adelantar la partida — dijo a modo de saludo, apenas Eusebia respondió.

— ¿Esta noche?

—Nosotras llevamos la bebida.

—Excelente.

Antonia, cortó la llamada y de inmediato llamó a la empresa de autos para encargar uno que la pasara a buscar. Acto seguido se dirigió al jardín, para ir a la casa de Margherita que se encontraba del otro lado.

—Desempolvá el mejor whisky — dijo ingresando a la propiedad, sin pedir permiso.

Margherita apenas levantó la vista de la maceta que estaba arreglando y preguntó:

— ¿Cuándo?

—Esta noche a las diez, nos pasa a buscar el auto.

—Nos estamos precipitando...

—Hay que empezar a barajar y ver con qué estamos jugando. Esta noche, las pongo al tanto a todas juntas sabes que detesto repetir las cosas.

—Perfecto, me empiezo a arreglar — aseguró risueña Margherita.

—Anche io.

En la cafetería La Fragata, Augusto, esperaba algo ansioso la llegada de Roma. Miraba su reloj, a cada rato, confirmando que el minuterero sólo se había corrido un minuto de la última vez que había consultado la hora. Pasados cinco minutos de la hora pautada, ella hizo su entrada.

Roma había llegado puntual a la cafetería, pero queriendo evitar quedar como desesperada lo hizo esperar unos instantes más. Cuando creyó que podía entrar, sin correr el riesgo de quedar como impaciente, entró a paso tranquilo, deleitándose con el diseño arquitectónico de la cafetería. Como su nombre bien lo exponía, el lugar estaba ambientado en el estilo naval, simulando en su interior, ser un barco del mil ochocientos. El piso en parquet, minuciosamente pulido y encerado, en las paredes colgaban óleos y fotografías de fragatas de todas las épocas. Las ventanas eran pequeños ojos de buey, distribuidos en todo el perímetro del lugar y la iluminación la brindaban las arañas de cristal antiquísimas que colgaban del techo.

—Pensé que no ibas a venir — dijo a modo de saludo, mientras se ponía de pie y chocaba su mejilla con la de ella.

—El tráfico, un infierno — murmuró con una sonrisa, mientras se sentaba frente a él.

Charlaron de trivialidades, mientras aguardaban a ser atendidos. Cuando el mozo se acercó, Augusto le cedió el lugar de elegir primero lo que deseaba pedir. Roma pidió un capuccino y una porción de selva negra; Augusto pidió un café doble con un tostado.

—Me intriga saber cómo, una chica como vos, terminó de novia con un imbécil como Alan.

<<Veó que los rodeos no son lo de él>>, pensó, mientras largaba una pequeña risita.

— ¿Una chica como yo? — evadió el tópico propuesto por él, mientras se preparaba para recibir un poquito de dulce cameleo por parte de Augusto; su autoestima lo pedía a gritos.

—Sí, como vos: hermosa, salvaje, inteligente, fuerte —enumeró, clavando su mirada en ella.

—Es una historia muy larga — respondió resoplando.

—Yo tengo tiempo — aseguró guiñándole un ojo.

Con un suspiro, Roma, comenzó a relatarle su historia. Riendo abiertamente a esa niña que se había enamorado del arquetipo del chico malo, sonriendo a su pasado y guiando a Augusto hasta los acontecimientos recientes en el que ambos, sin querer, estuvieron involucrados.

Augusto la escuchaba atento, no perdiendo detalle de sus gestos, gajes de su oficio. Llegó a la conclusión de que ella, además de haber superado esa etapa, se vio envuelta de rebote en un teje y maneje del pusilánime de su ex novio. Cuando ella le aseguró que no había tenido más novedades al respecto del operativo, decidió contarle cómo había finalizado el asunto. Sólo narrando de lo que consideraba, que ella necesitaría para cerrar ese episodio. Le contó que, después de que le diese la orden de que se fuera, habían podido atrapar a uno de los involucrados, el doctor Germán Calantaño, pero que en menos de veinticuatro horas lo habían encontrado degollado en la sala de interrogatorios y, las cámaras de vigilancia habían sido saboteadas. Le dijo que el capo de la mafia, el que apodaban El Gran Jefe, había sido encontrado a la mañana siguiente al costado de la ruta 65, con un balazo en la sien. Por lo que sospechaban, había alguien más arriba del que no sabían nada. La amante de El Gran Jefe, Martina Sánchez, continuaba prófuga. Le explicó que Perales estaba con una causa abierta, por involucrar a un civil en un operativo bajo coacción. Se enteraron los superiores al respecto cuando Alan pidió protección para La Loba, exigiendo que no se viera involucrada ni saliera su nombre en ningún expediente. Por lo que la misma Federal inventó una identidad para La Loba y la dieron por muerta en el operativo final, víctima de fuego cruzado. Y terminó contándole los años que había estado metido en el circuito, de infiltrado, disfrutando de correr sólo cuando ella estaba presente. Admitió que durante los largos cuatro años de ausencia de ella, realmente la había extrañado y que fue sincero cuando se lo expresó en la carrera que ella volvió.

Roma lo escuchaba alucinada, mientras paladeaba su porción de torta de chocolate. Sintiendo el alivio de saber que la famosa Loba había muerto, en realidad, se dijo, que era una bonita forma de metáfora para esa parte de su vida. Una parte suya, su vida paralela, había muerto víctima del fuego cruzado entre su pasado y su presente. Pero lo que más aliviaba su consciencia, era saber que ella no había quedado pegada y su familia estaba fuera de peligro.

—Tengo la intención de enamorarte, Roma —dijo, tras una breve pausa, mirándola por el borde de su taza de café.

—Sólo puedo ofrecerte amistad — respondió, corriendo hacia delante el plato de postre vacío.

—¿Es por Alan? — Preguntó mientras se metía una papa frita, que acompañaban al tostado, a la boca.

—No, Augusto. Amo a otro hombre — admitió y por primera vez, habló de lo sucedido con Eric.

Algunas veces, la gente abre sus emociones mejor con aquellas personas que no conocen demasiado, por el confort que brinda el no recibir una mirada acusadora o prejuiciosa, la simpleza se resumía a ser escuchados con la esperanza escondida al fondo del corazón de que tal vez, la percepción no contaminada del otro, pudiera darle la mágica alternativa. Más allá de todo, Roma, se sintió muy cómoda con Augusto, por eso habló sobre Eric. Lo que sentía, lo que sintió al encontrarse otra vez con un panorama similar el día que fue a su casa y vio a Ana, con la remera que solía utilizar cuando se quedaba a dormir; enfatizando que era de ella y no de Eric. Algo que, por supuesto, a Augusto, no se le pasó desapercibido.

—Nunca llego a tiempo a tu corazón — se lamentó con una sonrisa.

—Simplemente, no estamos destinados a ser.

— ¿Tampoco lo quieres intentar?

—No sería justo para mí, forzarme a sentir algo por vos. Como tampoco sería justo para vos, que yo te haga perder el tiempo.

—Una lástima — se lamentó sonriendo, ante la sinceridad de ella. Valoró la manera directa en la que ella lo rechazó, sin vueltas y honestidad en estado puro. Se dijo que el tal Eric, era un tipo afortunado.

—La verdad, porque estás más bueno que el helado —respondió, haciéndolo estallar en una carcajada, logrando que todos se voltearan a verlos.

Después que dejó de reír Augusto, le deseó que su situación con Eric mejorase. Era un hombre de principios, sabía cuándo retirarse y, además, detestaba suplicar; él no había nacido para ser segundo. La prefería de amiga, dentro de su vida, que convertirse en ese ser patético que no entiende las negativas.

Para cambiar de tema, Roma, le contó sobre el regalo de cumpleaños de sus padres, detallando la carrera y mostrándole las fotos y los vídeos, que tenía guardados en su celular.

Después de tres horas, un capuccino, tres cafés, una porción de tarta y dos tostados; dieron esa primera salida por finalizada. Intercambiaron números de celular, prometiendo continuar en contacto y quedar un día para ir a correr en moto.

— ¿Amigos? —Preguntó ella, cuando llegaron a la puerta del auto. Augusto había insistido en acompañarla.

—Si no hay remedio, amigos seremos — respondió él, resoplando.

Se despidieron con un abrazo de esos que suele darse a esos viejos amigos, despertando en ella la sensación que se había encontrado con un hermano perdido.

Subido a su moto, la vio partir; intentando procesar absolutamente todo lo que ella le había contado. Sintióse afortunado de contar con una persona como ella en su vida.

Cuando llegó a su departamento, sintió el impulso de enviarle un mensaje, por lo que buscando su nombre entre sus contactos, le mandó lo siguiente:

“*El amor no es orgulloso.*”

Ni él mismo se podía explicar qué lo impulsó a enviarle esas palabras, sólo lo entendía como el deseo de hacerle llegar el mensaje.

A las diez en punto de la noche, un A4 negro y de vidrios polarizados, las pasó a buscar.

Margherita ataviada con un pantalón de vestir azul marino, una camisa de seda blanca, una chaqueta en el mismo tono del pantalón, un sobretodo negro y su infaltable cartera Louis Vuitton negra, donde guardaba: dos pares de pantuflas, una botella de whisky escocés “The Macallan 18 años”, su perfume, un labial rojo y el monedero.

Antonia, en cambio, vestía un pantalón negro, una camisa de seda roja, una chaqueta negra, un sobretodo negro y una cartera estilo sobre; ya que sostenía que Margherita llevaba lo indispensable.

— ¿Hablaste con tu hijo? — Le preguntó Margherita, cuando el auto arrancó.

—Sí—suspiranco continuó: — Le dije que quedaba fuera, por haber violado *il código di omertà*.

Margherita asintió satisfecha, entendiendo que Antonia le había increpado a su hijo haber violado el código de honor siciliano, que prohíbe informar sobre asuntos que incumben a las personas implicadas.

—Tonia, me olvidé los habanos — dijo chasqueando la lengua.

—Tranquila, Ghita, los agarré yo — respondió tranquilizándola.

Quince minutos después, el auto se estacionaba frente al edificio dónde vivían las abuelas de Eric. Las mujeres se apearon del vehículo y se dirigieron hacia el portero. Una parejita de jovencitos, las vieron y con una sonrisa le abrieron la puerta. La muchacha embarazada las miraba con demasiada atención, sintiendo que las conocía de algún lado. Antonia y Margherita, continuaron su camino, pasando por el frente de la parejita y saludando con una leve inclinación de cabeza.

— ¿Qué pasa Sofi? — Escucharon que les preguntó el joven a la muchacha a sus espaldas

—Es que siento que las conozco — respondió ella.

—Deb...

—Disculpen — las frenó la jovencita, cuando estaban por tocar el timbre en el departamento de Carola.

— ¿Si? — Preguntaron al unísono, girándose para ver de frente a la muchacha.

—Tal vez son las hormonas del embarazo pero, ¿ustedes tienen algo que ver con Roma Casalegno? — Preguntó al tiempo que se acercaba a ellas, con una mano en su vientre prominente.

Las mujeres se contemplaron cómplices y respondieron que eran las abuelas. Sofía se presentó y lo presentó a Santino, para luego preguntarles si estaban allí para idear el plan maestro.

Sorprendidas de que los jóvenes estuvieran al tanto del asunto, respondieron que sí, entre otras cosas. Por supuesto, les pidieron discreción en el asunto. Ambos asintieron y se ofrecieron a aportar ideas; sugerencia que las abuelas de Roma, agradecieron y prometieron avisar cualquier cosa.

Santino tocó el timbre del departamento de sus abuelas y Jacinta atendió. Sorprendiéndose de la familiaridad de sus abuelas con las de Roma, sumado a que le era difícil de entender cómo se las ingeniaban para hablar y escucharse a la vez. Su abuela, se giró para verlos, se acercó hasta su nieto y le agradeció, repitiendo lo mismo con Sofía, posando su mano en el vientre de la muchacha; dándoles a entender, con sutileza, que se marcharan.

— ¿Primer bisnieto? — Le pregunto Margherita a Carola, mientras ponía la mano del otro lado del vientre de la muchacha.

—Que me da Santi, sí — respondió, hablándole de los hijos de sus otros nietos.

—Pietrito nos hizo bisabuelas, no paramos de tejerle ropita.

—De ahí el apodo — Pensó en voz alta Santino.

— ¿Qué apodo? — se interesó Margherita.

— ¡Decime que no se refirió a nosotras, como “La Mafia de las agujas de tejer”! —Exclamó Antonia, fingiendo estar indignada con su nieto, mientras Carola estallaba a carcajadas y Santino buscaba la forma de escapar del aprieto. Diciendo que estaban apurados, huyeron del departamento de sus abuelas. Si había algo que todo nieto sabía, era que no debía despertar la ira de una abuela; y el código de honor entre nietos, era jamás acusar las travesuras del otro.

Cuando los jovencitos se fueron, las cinco abuelas rompieron a reír.

Entre charlas triviales las despojaron de sus abrigos y se acomodaron en la cocina, donde se encontraba todo preparado. En la mesa los mazos de cartas, vasos de whisky en sus respectivos posavasos y dos mesitas auxiliares con bocaditos.

—Visto que somos cinco en total, decidimos cambiar la canasta por el blackjack— informó Eusebia.

—Me parece perfecto — aseguró Margherita, mientras le entregaba la botella de whisky.

—Éste es un excelente whisky, pero tenemos uno reservado especialmente.

—Lo traje Eric de regalo, especialmente de Irlanda, de una abadía que fue fundada por San Patricio — Completó Jacinta, mientras sacaba la botella de whisky artesanal.

Antonia y Margherita se contemplaron asombradas y, cuando lo probaron, paladearon con placer la bebida.

—Definitivamente, este chico, se tiene que quedar en la familia.

—Absolutamente de acuerdo— le respondió Margherita, sintiendo regocijo en sus papilas gustativas.

— ¿Fuman con nosotras? — Preguntó Antonia, mientras extendía la caja con los habanos.

— ¡Qué suerte que nuestros nietos son médicos! —Exclamó alegre Carola, mientras tomaba uno de los habanos. Jacinta y Eusebia, riendo mientras asentían en concordancia, la imitaron.

Así comenzó la noche de cinco mujeres, que jamás en su vida se habían visto, unidas por una causa en común: la felicidad de sus nietos.

Por supuesto, apostaron por dinero en el juego y, fuera del mismo, el tiempo estimativo que demorarían en arreglarse.

—Yo creo que dos horas de conversación — apostó primero Jacinta.

—No sé, mi nieta es muy orgullosa —dijo Margherita.

—Concuerdo con Ghita— empezó a decir Eusebia, utilizando el diminutivo con el que Antonia se había dirigido a Margherita; las cinco ya se trataban como viejas conocidas. —Eric metió la pata con la otra. Yo, en lugar de Romita, lo haría gastar saliva unas cinco horas —finalizó, sabiendo el motivo del enojo de la joven, por medio de su nieto Marcos. Al ver la cara de confusión de sus amigas, pasó a relatarles lo que, escuetamente, Marcos le había contado.

Comprendiendo un poco más el panorama, Antonia, las puso al corriente de lo que Pietro le había dicho, respecto a la cita que había tenido su nieta y las suposiciones que había hecho Ángela.

—Es que el Imperio, es un mujerón — comentó Carola.

—Nuestra nieta es especial, tiene un carácter...

—Sí, Tonia, lo sabemos. Eso es lo que más le gusta a Eric. Pero el muy tonto, no supo qué hacer cuando la situación lo ameritó.

—Jazz, estás hundiendo al pobre — la reprendió Eusebia.

—Digo lo que es, Bia. Tenemos que poner todas las cartas en la mesa.

Entre acuerdos y desacuerdos, del carácter de cada uno de sus nietos, las cinco abuelas comenzaron a rememorar sus matrimonios. Margherita contando la anécdota de la pasta; Antonia cuando casi se separa, tras la pérdida de su primer embarazo, relatando el momento en el que su suegra había entrado al cuarto donde ella guardaba reposo y, sin decir nada, le había propinado una bofetada; el colmo de los colmos, su marido, se había limitado a decirle: “por algo será”.

—Troia me dijo, la putana —escupió aún con asco ante el recuerdo; brindándole cuerpo y sustancia a la palabra “putana”, al remarcar la “T”.

— ¿Qué significan “troia” y “putana”? — Se interesó Carola.

—Ambas significan “Putá” — le explicó Margherita.

—Sé que no es lo mismo —continuó Antonia. — Me costó años perdonar a mi marido, si es que

realmente se lo he perdonado. A la vieja estoy segura que no. Pero, yendo al punto en cuestión, lo de nuestros nietos es un mal entendido, no se puede catalogar como traición.

—Ni siquiera que ella haya ocultado su doble vida. Porque esa cuestión de resolver todo sola, viene de su bisabuela. A mi madre, de joven, la obligaron a relacionarse con un capo de la mafia que la pretendía. A veces, a la justicia, tampoco le importan los medios con tal de conseguir el fin — contó Margherita.

—Jamás pide ayuda, no sabe hacerlo — señaló Antonia.

—Muchas veces, lo que los hombres no comprenden es que, algunas mujeres, no piden ser salvadas; tan solo desean compañía.

—Y los médicos, están acostumbrados a salvar — completó Carola, el discurso de Jacinta, mientras expulsaba el humo del habano y contaba la puntuación de las cartas.

Eusebia, les consultó si creían que el nuevo pretendiente de la muchacha suponía algo de riesgo. Antonia le respondió que todo suponía un riesgo, pero estaba segura de que el corazón de su nieta estaba enteramente entregado a Eric.

Margherita, sustentó lo expuesto por Antonia, alegando que cuando una de las mujeres de la familia amaba a un hombre era para siempre.

Jacinta, argumentó que los jóvenes se encontraban perdidos y aturdidados, al no estar acostumbrados a los frentes de batalla y menos en equipo. Sosteniendo que, en los tiempos modernos, era más fácil desechar a la basura lo que no servía a pelear por buscarle la vuelta.

Otro punto en común al que llegaron fue que el primer paso ya lo había dado Eric, cediendo y mandando a volar el orgullo. Ahora debían que empujar a Roma hacia sus brazos. Concordando que la mejor forma, era encerrarlos a los dos en un lugar que su nieta respetara. Conociéndola, ponían las manos al fuego que reaccionaría tirándole cualquier cosa, apenas se topara con la presencia del muchacho.

Destaparon la segunda botella de whisky irlandés, haciendo correr el alcohol a la par de las agujas del reloj, entre risas cómplices, habían llegado a la conclusión de que la mejor manera de controlar los impulsos violentos de Roma, era encerrarlos en el cuartito de invitados del departamento de las abuelas de Eric. Llevándola con la excusa de que necesitaban una sexta jugadora para la canasta. Ya pensarían qué decir, cuando ella se extrañara al saber de que las cinco se conocían. Después de que entrara al departamento, la mandarían a buscar algo a la habitación y Eric, esperando detrás de la puerta, cerraría cuando Roma ingresase y de ahí en más, quedaría en manos de ellos.

—Parece un juego de niños — señaló Carola.

—Los planes más simples, son más efectivos — respondió Jacinta.

— ¡Por ellos! — Exclamó a modo de brindis, Eusebia, elevando el vaso.

— ¡Por nosotras, “La mafia de las agujas de tejer”! — Señaló alzando su vaso, Jacinta.

— ¡Salud! — Dijeron las cinco al unísono, para luego, estallar en carcajadas. El alcohol, estaba empezando a surtir efecto.

Alrededor de las cinco de la mañana, decidieron dar por finalizada la noche, mientras reían cambiándose la ropa con la que habían llegado, por un par de camisones que les prestaron Carola y Eusebia

A la mañana siguiente, Santino se extrañó que sus abuelas no dieran señales de vida. Preocupado, le dijo a su mujer que iba a bajar a chequearlas.

Sigiloso, entró al departamento y lo primero que sintió fue el impacto del clásico aroma del humo de los

habanos. Incrédulo se acercó a la cocina y se encontró con las pruebas del delito. Los habanos consumidos, reposaban en los ceniceros mientras que los vasos sucios continuaban en la pileta, llenos de agua. Una botella del whisky, que solía traer Eric de Irlanda, se encontraba vacía dentro del cesto de basura mientras que la otra, llena hasta la mitad, reposaba en el centro de la mesa, rodeada de cartas y fichas de casino. Con mucho cuidado de no hacer ruido, se dirigió a las habitaciones para comprobar que estuvieran bien. Sus abuelas dormían en sus habitaciones, roncando como osos, y las abuelas de Roma, roncando a la par de las otras tres, en la habitación de invitados. Estupefacto con lo descubierto, volvió a su departamento.

Sofía lo vio entrar en shock y temiendo lo peor, se apresuró a preguntarle si estaba en orden. Como pudo, le explicó lo que había visto.

— ¡Chupate esa mandarina con las abuelitas! — Exclamó impresionada.

— ¡Qué lo parió, cómo toman! — Acotó Santino, estallando en carcajadas junto a Sofía. Cuando la risa mermó añadió que los habanos, eran mucho mejores que los que ellos solían fumar.

— Dios las cría...

— Muero por que me llamen resacosas — dijo él, rompiendo a reír nuevamente.

Ellos, crédulos de que se tomaban una copita alguna que otra vez. Cuando le contara a los chicos lo que había visto. De pronto Santino, se sintió un niño otra vez, al momento en el que ese pensamiento se le deslizó por su mente. Rememorando la vez que les contó a sus amigos, que había espiado a la vecina mientras se cambiaba, a la dulce y tierna edad de once años. Además de percatarse de que todavía, tenía tanto que aprender de sus abuelas. Por ejemplo: aguantar una botella y media del calibre de ese whisky, cuando él con una medida se achispaba y con dos, se rendía a los brazos de la ebriedad. Se prometió, no dejar pasar la oportunidad de una noche de póker con sus abuelas y sus amigos, compartiendo todos los vicios; sí, se lo debían. Quizás, tal vez, como una despedida de soltero íntima para Eric. Porque estaba convencido que, si ellas aguantaban el grado de alcohol de ese whisky, a Roma y a Eric los casaban seguro.

Capítulo 19

La noche veraniega de cielo limpio y estrellas brillantes, la típica en la que si se estiraban los brazos, se podía acariciar la luna. El cantar de los grillos, musicalizaba el silencio y a lo lejos, una carpa naranja se alzaba a la orilla de la laguna.

Por simple curiosidad se acercó a paso calmo y con la seguridad de saber que se está yendo a un lugar seguro, a un refugio.

Podía sentir el rocío bajo la plantas de sus pies, ahí se dio cuenta de que iba descalza, reparando en el resto de su atuendo se vio ataviada con un vestido blanco hasta los tobillos, estilo romano antiguo bordado en hilos dorados debajo del busto. El cabello lo llevaba largo y suelto, hasta el final de su espalda; la suave brisa nocturna provocaba que ondeara.

Continuó caminando hasta llegar a la entrada de la carpa, se acuclilló para ver si había alguien dentro, pero estaba vacía. Extrañada, se incorporó y rodeó la pequeña guarida naranja, entonces lo vio.

La luna se contemplaba, majestuosa, utilizando la laguna como un espejo; sus hijas, las estrellas, seguían sus pasos; mientras él las idolatraba con la mirada.

Llevaba puesto una camisa blanca y un pantalón color crudo, al igual que ella, también iba descalzo. Las manos en los bolsillos del pantalón daban la sensación de que esperaba, paciente. Por una fracción de segundos, al verlo, se le cortó el aliento; él proyectaba una imagen soberbia, tan único y sublime. Su pelo, largo hasta la base del cuello, apenas danzaba con el viento. Atraída, como por un imán, continuó acercándose a él. Se colocó a su lado y alzó el rostro para ver el perfil que conocía de memoria. Se encontraba perdido en sus pensamientos, contemplando el horizonte.

Él pareció reparar en su presencia, porque tomando una respiración profunda le habló, sin quitar la mirada de la magnífica visión que se manifestaba frente a ellos.

—Te estaba esperando — dijo, con su típica voz profunda y gutural, tan calmo, provocando que a ella se le erizara la piel.

—Te estaba buscando— replicó ella, tras unos segundos en los que se aseguró poder responder con firmeza.

Él se giró a penas para verla, obligándola a imitar su postura. Tomó sus manos, acarició el dorso con la yema de sus pulgares y besó sus nudillos.

— ¿Estás lista? — indagó, sin dejar de trazar círculos en la piel de ella con sus dedos.

—Sí— afirmó segura, mientras se perdía en las pupilas de él, que lentamente se transformaban en doradas.

—Ven —susurró la orden, mientras tiraba con suavidad de ella. Caminó de espaldas, guiándola sin despegar sus ojos de esos tan negros y magnéticos, demasiado enigmáticos, que daban la sensación de que conocía los misterios de la creación.

Mientras era guiada por él, sentía como sus pies despegaban del suelo, flotaba etérea agarrada de sus manos.

Se detuvieron en la entrada de la carpa, sus pies volvieron a tocar tierra firme, provocando la exhalación satisfactoria de quien llega a destino.

Él se acercó y, con su mirada aún clavada en la de ella, alzó su mano y la posó con suavidad en su

hombro. Considerado, buscó la aprobación de ella. La muchacha apenas asintió, concediendo el permiso para que él deslizara con suavidad sus dedos arrastrando en la caricia la tela que sostenía el vestido en ese hombro; repitió la acción con el otro hombro y deleitó su vista con los pechos desnudos de ella. Recorriendo cada centímetro de piel expuesta, provocando que la joven comenzara a resplandecer.

Una luz dorada, iluminó palmo a palmo su piel. Sus pezones se irguieron al sentir la textura de la yema de los dedos del hombre, anhelando ser tocados y besados, lamidos y mordidos.

Temblando, acercó sus manos a los botones de la camisa y comenzó la, casi, idílica labor de desprenderlos. Cuando el torso quedó expuesto, se maravilló con su constitución marcada y definida; celestiales cinceles habían labrado su musculatura, al punto de parecerle profano tocarlo, sentirlo. Con delicadeza, lo despojó de la tela que lo envolvía y, con suavidad, recorrió su piel; ocasionando el mismo efecto que él, había tenido al acariciar su cuerpo. En el recorrido de sus manos, la luz dorada comenzó a emerger.

—Sos un dios —susurró, con el aliento entrecortado.

—Somos divinidades, en el estado más puro: El amor—explicó él.

Terminó de quitar las vestiduras de la muchacha volviéndola resplandeciente. Una diosa pagana, merecedora del altar de sus caricias y las plegarias de sus besos.

—Cada palmo de tu ser, fue hecho para mí—dijo, mientras hincaba una rodilla y rendía pleitesía, como un simple mortal rindiéndole culto a una deidad.

—Tu amor, fue hecho para alguien como yo — respondió ella, mientras lo instaba a ponerse de pie. Ahora era su turno de idolatrarlo.

Desnudos, con sus cuerpos cubiertos por la luz dorada entraron a la carpa, iluminando cada resquicio de la guarida; quitando todo espacio a la oscuridad, ninguna sombra era bienvenida. La luz de los amantes, era demasiado poderosa.

Ella se recostó sobre el mullido suelo mientras él, aguantó su peso sobre ella. Sus miradas forjaron cadenas, con eslabones inquebrantables, reconociéndose a través de las eternidades compartidas.

—Ámbar —dijo ella, rompiendo el silencio.

—Es el color que transforma mis ojos cuando te veo. Es la forma que encuentra mi cuerpo, para decirte cuánto te ama— susurró contra sus labios.

La joven, alzó su mano y enredó sus dedos en el pelo de él. Acariciando con delicadeza, colmando su existencia con la textura de su cabello, de su piel.

—Te amo. He sido creada para hacerlo —confesó con firmeza, entendiendo por primera vez el plan de su existencia: aceptar el amor.

Él completó el resquicio de vacío que los separaba y la besó, sellando el silencioso juramento de eternidad, saboreando su boca, incentivándola a la danza de lenguas que se reconocían como viejas compañeras de baile. Sus labios hablaban y se decían promesas, que solo el silencio podía comprender. Se fundían, empezando a convertirse en una sola unidad. Sus cuerpos se buscaban, febriles, en armoniosa melodía tan antigua y primitiva como el principio de los tiempos.

Él, abandonó sus labios para besar y respirar su cuerpo. Comenzando por su cuello, imprimiendo la marca del fuego divino en su piel. Se detuvo en esa pequeña depresión, que marcaba el latido del corazón. Podía descifrar lo que el pulso desbocado de la muchacha exclamaba en cada latido: Su nombre.

Continuó descendiendo, tomando uno de sus pechos y degustando la tierna carne, jugando con el endurecido pezón, obligándola a arquearse de manera involuntaria, gimiendo la exigencia de continuar la labor. Con pericia, los reverenció. Siguió camino idolatrando el abdomen plano con caricias prodigadas por su mano, lengua y labios; convirtiendo la respiración de ella en suaves murmullos.

La provocó incrementando el anhelo de ella al esquivar el valle entre sus piernas, recorriendo sus extremidades inferiores con los labios. Cuando no quedó más piel que reclamar, la colocó boca abajo y la acarició con su respiración a lo largo de la columna vertebral, haciendo que ella se estremeciera placenteramente. Lamió y mordió sus glúteos, recorrió con la punta de la lengua el camino a la inversa. Desde la unión de sus nalgas, hasta la nuca; mientras sus manos reclamaban como propia el espacio de piel que quedaba sin colonizar. Satisfecho volvió a girarla, tomó sus piernas y las separó, indicándole que apoyase la punta de sus pies para brindarle un mejor acceso. Al momento de tenerla en la forma que quería, impaciente por ser devorada como ofrenda; acarició con delicadeza el centro de su feminidad, recolectando el dulce néctar que emanaba de ella, convirtiendo los gemidos en un lenguaje inconexo que expresaba todo aquello, que lo más salvaje de su interior, deseaba sacar a la luz. Mientras más ahínco le ponía a las caricias en el botón de su flor, ella más brillaba. Supo el momento exacto en el que estaba por volverse incandescente. Sonrió satisfecho contra su pubis liso y con una delicada mordida, la hizo resplandecer; atravesando, sutilmente, el pequeño haz de luz dorado, con otra fuga de color. Un ínfimo destello color naranja, brilló en ella y en él.

—Necesito estar dentro tuyo — dijo, frenando la intención de ella de prodigarle las mismas caricias. La joven, envolvió sus piernas en las caderas de él y su sexo le dio la bienvenida a la intromisión en su cuerpo.

El falo, se abrió camino por la cálida y húmeda carne que lo abrazaba provocando que, con un gutural gemido masculino, expulsara todo el aire de sus pulmones. La exhalación de Odiseo, al llegar a los brazos de su amada Penélope, embebiéndose con el ansiado y familiar calor del hogar.

Lentamente, las caderas de él, comenzaron la primaria danza que daba inicio a la comunión de los cuerpos, originando la existencia humana al convertir el verbo en carne.

Las piernas de ella, se convirtieron en perfectas manecillas para el reloj de su espalda; marcando el minuto y el segundo exacto en el que la plenitud invadió cada milímetro de su ser.

Los vaivenes de caderas incrementaban su ritmo, ella hincaba sus talones para atraerlo más profundo en su interior; aferrándose a su cuello, en esa oleada de sensaciones en la que estaba siendo sumergida y arrastrada.

Él se irguió y se apoyó sobre sus rodillas, llevándose la consigo, sin salir de su interior.

Como una experta odalisca, meció sus caderas al desenfrenado ritmo que imponía su instinto; mientras él rodeaba su cuerpo con sus musculosos brazos, recorriendo frenético cada centímetro de su piel.

Ambos comenzaron a escalar la cima para alcanzar el paraíso, los salvajes gritos de placer, eran el soneto perfecto de la entrega mutua en el idioma secreto y milenar de los amantes.

El espiral comenzaba a cobrar una velocidad vertiginosa, provocando que ambos incrementaran el ritmo.

Entonces el sordo estallido del placer, los alcanzó. Ambos se fragmentaron en tantos colores diferentes, que era imposible de describir las tonalidades del espectro de luz en el que ellos se transformaron.

—Te amo, Roma — afirmó el.

—Te amo, Eric — aseguró ella.

El orgasmo la despertó, nunca en su vida había tenido un sueño tan real como ese. Incluso podía sentir las palpaciones en su sexo y el estado pletórico que recordaba haber sentido, cuando había hecho el amor con él. Con la respiración agitada, la transpiración brotando de su piel y el calor de su cuerpo; se llevó sus dedos a la boca y, mientras se destapaba, le susurró su nombre a la oscuridad.

Mientras tanto, Eric, no se encontraba en un estado diferente al de ella. Agitado y sudado, se incorporó en la cama y observó su entrepierna. Su miembro yacía laxo y saciado, mientras su simiente humedecía sus bóxers.

— ¡Carajo! Ni que fuera un puberto de mierda — se quejó, mientras se levantaba en dirección al baño. Después de pasar la etapa de adolescencia, jamás había vuelto a experimentar ese sueño. Ahora, sabía el nombre de su dama misteriosa: Roma.

<<Siempre fuiste vos>>, pensaba mientras el agua recorría su cuerpo. La había soñado antes, en su juventud, cayendo en la cuenta de que siempre había buscado a esa misteriosa dama en cada mujer que había conocido. Rindiéndose a la realidad de no encontrarla, había desistido de su búsqueda. Ahora que la conocía, que había saboreado el dulce néctar de su cuerpo, comprendía lo que su corazón le susurró cuando encadenó su mirada la primera vez que quedaron a solas, frente a frente, tiempo atrás, en esa salida en grupo.

<<Es ella, siempre ha sido ella>>, meditó, concluyendo que el sueño había sido el presagio del reencuentro entre ambos. El purgatorio, al que había sido sometido, llegaba a su fin; ahora daba comienzo el ascenso al paraíso, la tierra prometida.

Ángela, había ido a visitar a su madre junto con Pietro y el bebé. Desde que se había mudado a la casa de los Casalegno, de manera provisoria, iba al menos dos veces por semana a visitar a su madre y a su hermano. Un día a almorzar, otro a cenar; asegurándose de ir, nada más que para pasar tiempo en familia. Si bien, seguía dando clases de música en la casa materna, garantizaba seguir compartiendo su vida con su progenitora.

Sara adoraba la idea de ser abuela, de malcriar al pequeño Alejo y estar siempre atenta a comprarle todo tipo de ropa y juguetes. Ver a su hija ser correspondida por el hombre que amaba con locura, la emocionaba. Había sido consciente del momento exacto, en el que su pequeña, le entregó el corazón para siempre al joven Casalegno.

Ahora estaban allí, en su hogar, con su nieto, discutiendo y pidiéndole opinión sobre la mejor tela y color para las cortinas de su propio hogar.

— ¿Podemos cambiar de tema? La decoración de interiores, me estaría secando las...

— ¡Estéfano!— Lo reprendió Sara.

Ángela prefirió pasar por alto la actitud de su hermano, sabía que estaba molesto, enojado con el mundo después de la charla con Roma. Al final se la había jugado, aprovechando la oportunidad de saber que ella estaba soltera, lejos del alcance de Eric. Su amiga armada de una paciencia, de la que no le creía capaz, le explicó el sentimiento de quererlo como a un hermano. Ahora, Estéfano, estaba intentando digerir el rechazo; llevándose mal con las negativas era el entorno quien soportaba su humor de perros.

— ¿Tenés algo para contar?— Preguntó con paciencia, Pietro.

—Esta noche hay micrófono abierto, en un pub del centro. Pensaba que, quizás, podíamos ir.

— ¡Excelente idea, hijo!

— ¿Crees que Roma se sumará?— Le preguntó Estéfano a Pietro.

—De eso me encargo yo— aseguró Ángela.

—Llamó su padre —comentó Sara, haciendo que sus hijos dejaran de sonreír.

Se habían separado cuando Ángela tenía cuatro años y, desde ese entonces, la presencia del hombre en sus vidas, había sido inexistente; luego de formar otra familia.

Ni Estéfano, ni Ángela podían perdonarlo. Simplemente habían enterrado al hombre en vida. Ambos sustituyéndolo por Giulio, quien los había adoptado como a sus hijos del corazón.

Sara agradecía la bondad de ser la imagen paterna de sus hijos, al igual que la generosidad de Magdalena

por permitirlo. Sara había encontrado en Magda el significado de la amistad y de la hermandad cuando no unen los lazos de sangre, en el preciso instante que se vio sola con dos niños a cargo luchando por salir adelante. El golpe de gracia, lo había dado la batalla contra el cáncer de mama. Ahí había estado su amiga, acompañándola en sus estados de ánimo, brindándole el espacio necesario cuando lo requería o sosteniéndole la mano y limpiando sus lágrimas en los instantes que se quebraba. Con el apoyo de los Casalegno y con su amada música, había salido adelante. Criando a un hombre de bien, a veces un tanto idiota, pero eso ya se escapaba a ella; y una mujercita maravillosa. Sus hijos, se convirtieron en su sostén y en su fuerza para no dejarse vencer.

—El donante de esperma no se debería poner en contacto con la beneficiaria, mamá — dijo Ángela, seria.

—Ángela...

—No, mamá, ella tiene razón. Por favor, no nos pidas que seamos benévolos con ese señor. Hace veinte años se tomó el palo, que arrastre sus consecuencias— sentenció Estéfano.

—Es su padre —respondió con calma Sara, buscando con la mirada la ayuda de Pietro, él era tan sabio. Pero ésta vez, él se mantuvo en silencio.

—Padre es el que cría, no el que engendra —dijo cortante, Ángela.

—Pero mi deber es informarles que...

—Madre, él ya no forma parte de nuestras vidas. Nosotros también hicimos nuestra elección, ese señor no está incluido. Por favor, no queremos saber nunca más de él —sentenció Estéfano.

Sara los comprendía, durante años había luchado con su ex esposo para que formase parte de la vida de sus hijos. Explicándole que se había separado de ella y no de los niños. Pero Alberto, jamás había entendido.

Por primera vez, Sara, eligió perder esa batalla. Priorizando el deseo de sus hijos. Tal vez erraba en su accionar, pero tras veinte años de proyectar la imagen paterna, inexistente, de su ex marido, finalmente se dio por vencida.

— ¿Qué vamos a cantar? — Indagó Pietro, amenizando el ambiente.

Rápidamente, un Estéfano entusiasmado, comenzó a desplegar un abanico de ideas.

—Roma tiene una voz privilegiada, puede cantar cualquier cosa.

—No me extraña, Sarita, tuvo la mejor profesora— dijo Pietro, mientras le guiñaba un ojo a su suegra.

—Ahora la cuestión es que se anime...—señaló Estéfano.

—Dije que me ocupo yo — canturreó Ángela, consciente de que contaba con ciertos métodos extorsivos.

Roma no paraba de darle vueltas al sueño, todo el día incapaz de sacarse las sensaciones del cuerpo incrementando el dolor de extrañarlo con todas sus fuerzas. Suponía que en esta vida le iba a ser imposible olvidarlo y acomodar el sufrimiento de la ausencia.

Encima de todos sus males, se sumaban sus abuelas que le habían rogado para ser la sexta jugadora en una partida de canasta; para más inri en la casa de las abuelas de Eric. <<No, las abuelas de los chicos>>, se corrigió mentalmente, mientras frenaba en un semáforo en rojo. Cuando les preguntó a sus abuelas cómo las habían conocido, no se extrañó al saber que su hermano había sido el artífice del encuentro. Pietro había apoyado la historia, diciendo que él se había enterado de que a las abuelas de los chicos les faltaban jugadoras de cartas y accedió a presentarlas. Lo que Roma no sabía, era que su adorado hermano había mentado junto con sus abuelas y tampoco lo sospechó.

La partida estaba arreglada para la hora del té, del día siguiente. En ese instante, lo que le preocupaba

era haber accedido al descarado sistema extorsivo de su amiga para ir a un micrófono abierto. La última vez que había cantado en público, había sido motivada por la presencia de Eric. Ella se refugiaba en sus ojos y se olvidaba del resto del universo, había aprendido a mostrarse con él, a no temer. Pero ahora que Eric ya no estaba en su vida, era una tarea titánica ser esa persona libre y desenfadada. Al sentirse acorralada había decidido escapar, yendo a la peluquería de Jonás. Solo para retocarse las puntas y hacerse una nutrición. Pasó el día con su amigo y se puso al tanto de su vida sentimental. Estaba saliendo con un chico que, además de ser hermoso físicamente, era un encanto de persona. Por lo poco que sabía, mediante su amigo, Axel, ya lo había presentado con su familia y su círculo de amigos. Atrás había quedado el mal trago llamado Ricardo. Todavía reían ante el recuerdo de la pequeña venganza, que los tres llevaron a cabo. Le habían hecho creer que había sido ganador de un día de spa y, el muy idiota, fue sin fijarse el lugar dónde era. Tampoco se había extrañado del peculiar sitio donde lo guiaba la dirección, una casa de familia. Con la ayuda de María y Josefina, haciéndose pasar por las masajistas, desnudaron su peludo cuerpo y le hicieron una depilación, completa, con cera. Piernas, pecho y espalda quedaron sin ningún rastro de vellos. Por supuesto que para el sometimiento, lo ataron de pies y manos. Se aseguraron de que captara el mensaje y jamás volviera a acercarse a ellos. Como el cobarde que era, escondió la cabeza en la tierra y nunca más volvieron a saber de él.

Suspirando, ingresó a la cochera y estacionó su auto. Se preparó mentalmente para la noche que se avecinaba, incluso sus padres habían manifestado su deseo de ir, pero prefirieron quedarse con el pequeño.

Entró a su casa y se encontró con su hermano jugando a la play, resoplando tomó el joystick que quedaba disponible y lo retó a un partido en el PES. Pietro, incapaz de resistirse a jugar con su hermana accedió. Los dos sabían que iban a terminar jugando a las luchitas en el living, con su madre gritando que ya eran adultos para esa clase de juegos.

La historia se repetía, ella cometía penal y cuando él estaba por definir, tocaba el botón para pausar el juego. Años de la misma cantaleta y todavía no aprendía a ser más rápido en quitar de su alcance el control. Entonces se dio comienzo a la lucha libre entre los hermanos Casalegno. Pietro se atajaba de los puñetazos que ella largaba, cuando lograba sujetarle las manos arremetía con las cosquillas. Entre gritos y carcajadas, le imploraba que frenase; mientras se las arreglaba para encontrar la forma de morderlo.

— ¡La pueden terminar! — Gritó su madre desde la entrada del living, con los brazos en jarra.

— ¡Ella empezó! — Acusó Pietro mientras la sujetaba en una toma, inmovilizándola.

— No sabe perder — mascullo ella mientras reía, intentando zafarse.

— Juego de manos...

— Juego de villanos — completó la frase Ángela, que se acercaba con Alejo en brazos.

— Iba a decir: “rompedero de culo”. Pero de villanos sirve también — comentó Magdalena.

Roma se zafó del agarre y le clavó los dientes en el muslo a Pietro.

— Tenemos un caníbal en casa, te dije que no era bueno sacar del tarro de basura a los niños — expresó, mientras volvía a someterla en un agarre.

— Ya te expliqué que el adoptado eras vos — retrucó Roma.

— Creo haberte dicho que careces de un fundamento sólido.

— La ciencia me da la razón. Mamá al no poder quedar embarazada, te levantó del basural y al relajar la mente, logró concebir — expuso, con la voz entrecortada producto del esfuerzo para volver a liberarse.

— ¡Se van a lastimar! — Les advirtió su madre. — Y me voy a enojar y los voy a agarrar a los dos — amenazó.

Roma y Pietro, seguían en la suya hasta que ella le pegó una linda cachetada e histérica empezó a reír y a comenzar a correr por toda la casa.

— ¡Por Dios, cómo entró esa mano! — Se burlaba mientras corría tirando las sillas a su paso, para impedirle el avance a su hermano que la perseguía.

Cuando logró atraparla, se la cargó al hombro y caminó en dirección a la pileta. Accionó el botón que deslizaba la cubierta en madera, con la cual solían tapparla en invierno, y esperó unos segundos soportando los gritos y los manotazos de su hermana,

— ¡No me tires al agua helada! — Suplicaba una y otra vez, mientras reía.

Sin contemplación alguna, Pietro la tiró a la pileta con ropa y todo.

— ¡Por Dios, cómo entró esa hermana a la pileta! — Se burló.

— ¡Podrías ser mas original! — Replicó, mientras intentaba salir del agua. Considerando que su hermano no le iba a dar una mano, ya que él conocía demasiado bien el paño y estaba convencido de que ella lo iba tirar al agua, Roma agarrada del borde, llegó hasta las escaleras y salió tiritando. En el silencio de la paz, emprendieron el camino hacia la casa.

— ¡Abaaachoo! — Gritó ella mientras se le prendía a la espalda, como koala.

— Pulga maldita.

— ¡Oh, pero tú me amas! — Exclamó ajustando sus piernas en el agarre de la cintura, empapando por completo la espalda de su hermano.

— Te tomé cariño, no te ilusiones.

Su madre los esperaba en la entrada, imposibilitando el acceso, repiqueteando el pie en el suelo, con los brazos en jarra.

— ¡Ustedes así, no entran!

— Pero esta fresquito, mamita — dijo Roma tiritando, poniendo sus ojos de Bambi y haciendo un mohín con la boca, mientras se descolgaba de su hermano.

— Haberlo pensado antes, se van al lavadero a sacarse esa ropa.

— Yo tengo los piecitos secos, mamita — dijo Pietro, mientras le enseñaba a su madre que, de cintura para abajo y la parte delantera de su cuerpo, estaba seco.

— Vos la dejaste en ese estado a tu hermana, esperarás hasta que ella tenga ropa seca puesta — respondió, en el típico tono de madre que no admite réplica.

Pietro resopló y su hermana se burló de la suerte que había corrido. A los empujones, como dos niños pequeños, se encaminaron hacia el lavadero.

Magdalena tuvo que entrar en la casa y cerrar rápidamente la puerta, para poder reír tranquilamente. Agradecida de que algunas cosas no cambiaran nunca. A pesar de que sus pequeños habían crecido, formado su propia familia y a punto de abandonar el nido, continuaban alimentando el espíritu infantil que los dominaba cada vez que podían.

Después de una larga ducha caliente, Roma se preparó para salir con su hermano, su cuñada, concuñado y madre adoptiva.

Se vistió con unas calzas negras, unas botas de montar negras y sobre una remera mangas largas, de modal blanca, se puso un pullover de lana, de cuello volcado, color hueso; terminando el conjunto con una hermosa campera de cuero, negra.

Después de secar y acomodar su cabello, delineó sus ojos, aplicó mucha máscara de pestañas y pintó sus labios en un rosa pálido. Perfumándose con generosidad, dio una última mirada a su reflejo en el espejo de cuerpo entero y salió.

Habían decidido comer en un restaurant y después dirigirse al bar. Roma prefirió ir en el auto de Estéfano, ya que su hermano y Ángela estaban completamente acaramelados y presentía que en cualquier momento les podría vomitar, debido a la cantidad de almíbar que ambos emanaban. No era una cuestión de celos, más bien era una preservación personal para no pensar en Eric. Todo en su entorno, la enviaba

a aquellos momentos compartidos con él; comparaciones con las parejitas que las rodeaban, alguna canción, bebidas, comidas, las ambulancias, incluso si se le caía algo de las manos rebuscaba hasta el origen o el derivado de la palabra para que coincidiera con la letra “E” y darle la razón a la maldita leyenda popular que decía que una persona con la inicial “E” se encontraba pensando en una. Una tontería de adolescentes que seguía implementando en su día a día.

Llegaron al pub y se acomodaron en una mesa los cinco. Pidieron algo para tomar, Estéfano y Pietro, al ser conductores designados, pidieron una Coca-Cola y las mujeres margaritas.

La primera en romper el hielo y subirse al escenario, fue Sara.

Mientras entonaba “Perfect Strangers” de Deep Purple, con una cadencia única y sublime, Roma la contemplaba embelesada. Esa mujer de cincuenta años, la misma que le había enseñado a cantar, había luchado contra fuertes tormentas en su vida y ahí sobre el escenario, con ese porte de diva y reina, expulsando su majestuosa voz de su cuerpo menudo. La iluminación hacía brillar su cabellera castaña, de corte masculino, acentuando sus pómulos, imprimiéndole carácter. Si Roma le tuviese que encontrar un parecido a alguien, diría que era el calco de Annie Lennox, sin los ojos claros.

Sara entonó la estrofa final, sacando al máximo su potencial, provocando el estallido de aplausos del público; sin ser consciente de que un hombre la contemplaba, incrédulo y maravillado, desde su mesa. Se bajó del escenario y se abrazó a sus hijos, que no paraban de silbar y aplaudir, emocionados con su actuación.

— ¡Sos mi ídola, Saruchis! — Exclamó Roma, cuando fue su turno de abrazarla.

—Ironías de la vida, la mía sos vos pequeña — respondió, dando a entender que era su turno.

Haciendo fondo blanco, a la copa que contenía la bebida alimonada, para infundirse valor, Roma, se encaminó al escenario. Respiró profundo y le susurró, algo nerviosa, al encargado de poner la pista de la canción, el nombre de la banda y el tema que iba a interpretar.

— ¿Estás segura? — Le preguntó temeroso.

—Sí, pone la pista de “Comfortably numb” de Pink Floyd, por favor.

—Flaca, mira que es uno de mis temas preferidos... No me lo arruines.

Ese comentario bastó, para que Roma olvidase cualquier tipo de pudor que pudiera atormentarla, dándole el valor para enfrentarse al público.

—Vos, fumá — le replicó altiva.

Los acordes comenzaron a sonar acallando el murmullo del público, traspasando la piel de Roma, convirtiéndola a ella en la melodía.

Roma se transformó, volcando toda su melancolía en esa emblemática canción. Dejando estupefacto a todo el mundo a medida que los acordes iban avanzando y ella entonaba cada estrofa, sintiendo y viviendo la letra de una manera particular, erizando la piel de los espectadores.

****The child is grown, the dream is gone
I have become comfortably numb****

*(El niño creció, el sueño se ha ido.
Estoy entumecido confortablemente)*

Pronunciaron, en un susurro, sus labios, antes de dejarle lugar a los instrumentos que cerraban su actuación.

— ¡Qué hija de puta! — Exclamó pasmado, Estéfano. Era la primera vez que la escuchaba cantar y, encima, una canción que él mismo había intentado hacer un cover con la banda que tenía con Pietro y los otros chicos, pero jamás habían logrado una interpretación digna. Ella lo había hecho de una manera sublime, fluyendo a través de las notas, con una cadencia mágica; erizando pieles y embebiendo almas con nostalgia.

—Les dije que era buena —señaló Sara, mientras se secaba las lágrimas que se habían escapado de sus ojos. No solo por el orgullo de profesora, frente al desempeño de su alumna predilecta, también se sumaba lo que Roma había transmitido en cada verso.

—Es una de mis canción favorita de Pink Floyd — murmuró Pietro, pasmado por el regalo que le había hecho su hermana.

Entre aplausos y silbidos, le pidieron que cantara otra canción. Agradecida accedió, pero llamó al escenario a su hermano. Un poco más desinhibido que ella, sin hacerse rogar, Pietro, subió junto a ella; abrazándola de esa manera especial que sabía que a ella la conmovía, su pequeña forma de demostrarle lo mucho que la amaba.

— ¿Qué cantamos? — Le preguntó, rápidamente, antes de que ella lo reprendiera por hacerla emocionar.
— ¿Te parece “Walk this Way” de Aerosmith? — Le preguntó ella, sabiendo que con ese tema habían jugado tantas veces de niños, jugando a las superestrellas de rock.

Una vez más, ambos sacaron a relucir a sus pequeños niños internos y cantaron, con sus privilegiadas voces, mientras realizaban la pequeña coreografía que habían inventado de niños. Básicamente se trataba de imitar a Steven Tyler, exagerando un poco los movimientos corporales del cantante en el escenario. Cantando de manera intercalada las estrofas o en simultáneo, jugando entre ellos y con el público, divirtiéndose y disfrutando.

—No puedo creer dónde te encuentro— dijo el hombre que se había maravillado con Sara, cuando ella estaba en el escenario.

— ¡Alfonso!— Exclamó sorprendida. Jamás olvidaría esos ojos azules que, a pesar de los años transcurridos, continuaban profesándole amor.

—Veo que tú promesa de no olvidarte de mí, la cumpliste.

— ¡Por favor, eso fue hace miles de años!

—Fueron treinta y dos años — afirmó con una sonrisa seductora.

Ángela y Estéfano, contemplaban la escena con los ojos abiertos de par en par, sin despegar sus labios de sus bebidas. A su actitud, sólo les faltaba el pochoclo.

Alfonso Artiaga, había sido el amor adolescente de Sara. Por designios de la vida, a los dieciocho años, luego de tres años de relación, tuvieron que separarse. Una beca de estudio de él en Inglaterra, la prominente carrera de ella como cantante, cartas que fueron mermando su frecuencia. Sólo un beso con el amargo sabor de los amantes que se despiden y una promesa de no olvidarse, quedó flotando entre ellos.

Años después, volvía a encontrarla y por la forma en que la había mirado, captó la atención de sus hijos. Brevemente, Alfonso, les había dicho quién era esa mujer, entonces su primogénito le aconsejó que se acercara a ella. Con un poco de reticencia, contempló la idea, entonces su hijo del medio, le dijo que no tenía nada que perder; que ellos sabían que había amado a su madre y que se merecía ser feliz. Esas palabras, lo habían dotado del valor suficiente para acercarse a ella.

—Ellos son mis hijos: Ángela y Estéfano — los presentó Sara, cuando la dejaron sin alternativa al carraspear para hacer notar su presencia.

Como dos niños educados, saludaron al señor con su mejor sonrisa inocente, estrechando manos.

A él, le gustó que ambos jóvenes dieran apretones fuertes y seguros.

Ángela escaneaba a Artiaga, como si tuviera visión infrarroja, sacando deducciones como una computadora. Ella se encargaba de la estética mientras que su hermano del resto de los detalles.

Era un hombre alto, cabello castaño entre cano, frente ancha y mandíbula cuadrada. De ojos bondadosos, color azul Francia, separados por una nariz aguileña con el tabique roto, labios finos y un porte de emperador enfrascaban una voz profunda y sensual. La contextura delgada, pero esa pequeña panza prominente, de quien disfruta de ciertos placeres de la vida. <<Lo quiero de papi>>, pensó Ángela, al finalizar su labor como hija mujer.

Estéfano observaba la calma que transmitía al hablar y la forma en la que miraba a su madre. Miró a su madre y supo que, a ella, tampoco le era indiferente la manera en que la observaba, incluso se había sonrojado apenas cuando él dijo que estaba más bella de lo que recordaba.

— ¿Viniste con tu familia? — Preguntó Ángela, en un sutil intento para saber el estado civil de Alfonso.

— Con mis hijos.

— ¿Tu señora se quedó en la casa?

— ¡Ángela! — La reprendió bajito Sara, mientras abría los ojos en señal de advertencia.

— Soy viudo — respondió sin perder la sonrisa.

— Lo siento mucho — dijo Sara.

— Cantaste precioso — cambió de tema. No le apetecía mencionar a su difunta esposa en ese reencuentro.

— Muchas gracias.

A ninguno se le pasó por alto, la sonrisa de adolescente que se le formó a Sara en el rostro.

Pietro y Roma se sumaron, luego de finalizar su pequeña actuación y sorprendidos saludaron y recibieron los halagos del extraño.

— Dame tu número — pidió Alfonso.

— ¿Para qué?

— ¿Para qué va a ser Sara? Para llamarte e invitarte un café.

Los jóvenes contemplaban el intercambio en silencio absoluto.

— Alfonso... — replicó con tono de advertencia.

— Sara, ya estamos grandes para estos juegos — respondió, levemente molesto.

— Sí, justamente...

— Mirá, la hacemos simple. Te doy mi número y si estás dispuesta, nos tomamos ese café que hace treinta y dos años tenemos pendiente.

Agotado de luchar siempre contra corriente, Alfonso, le dejó su tarjeta personal en la mesa. Se agachó para depositarle un beso en la mejilla y, con una leve inclinación de cabeza, saludó a los jóvenes y se marchó.

Sentir otra vez la respiración de él contra su piel, le frenó el corazón. O tal vez, latía tan de prisa que sentía que no estaba. De todos los hombres que habían pasado por su vida, ninguno había provocado ese huracán de emociones que Alfonso conseguía con solo respirar en la misma habitación que ella.

— ¿Ese quién era? — Se interesó Roma.

— Mi papi nuevo — respondió Ángela.

— ¡Qué levante vieja, eh! — Exclamó Estéfano.

— ¿Cómo se llama?

— Alfonso Artiaga, Pietro — respondió Estéfano.

Al escuchar el nombre del extraño, Roma se quedó estupefacta. Conocía la historia de Sara con él, de memoria. Había suspirado con cada palabra que, su madre del corazón, le había contado en cada clase de canto a lo largo de su vida. Clavó sus pupilas negras en las de color chocolate de Sara y, ambas, se comprendieron a la perfección. Ahora Roma, era consciente de aquellas sensaciones que Sara le había descripto. Las mismas en las que ella se embebía para cantar y dejar fluir su voz, esas que sólo una

persona puede despertar; Eric en Roma y Alfonso en Sara.

Ángela y Estéfano fueron los siguientes en subir al escenario, redoblando la jugada del baile a los hermanos Casalegno. Cantando “Satisfaction” de los Rolling Stones, imitando los movimientos corporales de Mick Jagger; tiraron el guante en una batalla de canciones animando al público. Incluso Sara se sumó a sus hijos a cantar, alternando entre un grupo y otro; jugando con ellos a ser estrellas de rock, jugando a vivir un sueño que se vio frustrado tantos años atrás, sintiéndose viva nuevamente.

El dueño del local, pidió al público un momento de silencio y llamó al escenario a Sara.

Estupefacta, ella se levantó y se subió al pequeño escenario.

—Hay un pedido especial, esta noche — empezó a explicar el dueño del pub. — Se me solicitó que usted, interpretase ésta canción — terminó de decir, cuando los sonidos de “Un día de Domingo” de Gal Costa, inundaron la sala.

—Yo... yo no sé portugués — intentó, en vano, excusarse.

—Eso no importa, no está sola.

Le pusieron una pequeña pantalla con la letra de la canción y la dejaron a su suerte.

Esa canción de antaño, la había escuchado tantas veces que se la sabía por fonética, entonces comenzó a cantar:

****Eu preciso te falar*

Te encontrar de qualquer jeito

Prá sentar e conversar

Depois andar

De encontro ao vento...

Eu preciso respirar

O mesmo ar que te rodeia

E na pele quero ter

O mesmo sol que te bronzeia...

*(Necesito hablarte
encontrarte de cualquier manera
para sentarnos y conversar
después andar (pasear)
un encuentro al viento...*

*Necesito respirar
el mismo aire que te rodea
en la piel quiero tener (sentir)
el mismo sol que te broncea...*

La parte instrumental comenzaba y daba inicio a la siguiente estrofa de la canción, cuando estaba por entonar su micrófono dejó de funcionar y una voz masculina la reemplazó. Alfonso.

****Eu preciso te tocar*

*e outra vez te ver sorrindo
E voltar num sonho lindo...*

Já não dá mais pra viver

Um sentimento sem sentido

Eu preciso descobrir

A emoção de estar contigo...

Ver o sol amanhecer

E ver a vida acontecer

Como um dia de domingo...

(Necesito tocarte

*Y otra vez verte sonriendo
y regresar a nuestro lindo sueño*

*Ya no da más para vivir
un sentimiento sin sentido
necesito descubrir
la emoción de estar contigo...*

*ver el sol amanecer
y ver la vida suceder (acontecer)
como en un día de domingo.*

La dulzura empleada por él, en el anhelo impreso en cada verso, le provocaron un nudo en la garganta. Y no solo a ella, Ángela y Roma, los observaban mientras lloraban a moco tendido. Era un acontecimiento mágico e inesperado.

Los hijos de Alfonso contemplaban la escena, convencidos que su madre, desde el cielo, apoyaría la decisión. Ellos, como hijos, necesitaban que él fuese feliz.

Los acordes finales sonaron y ellos, enmudecieron, dejando las palabras en el olvido, expresando absolutamente todo con la mirada.

—Acepta el café — pidió una vez más, con la mirada brillante de lágrimas resistentes a caer.

Sara se aferró a él, fundiéndose en un abrazo, mientras sus lágrimas corrían, simplemente asintiendo con la cabeza.

Giulio observaba a su mujer interactuar con el pequeño, retrocediendo involuntariamente en el tiempo. Se preguntaba en qué momento, los años habían pasado. Le parecía mentira que ahora sostuvieran a su nieto en brazos cuando, apenas instantes atrás, su primogénito había llegado al mundo. Sus hijos habían crecido y, a pesar de todo, se sentía orgulloso de ellos. Eran personas de bien y eso como padre, era como tocar el cielo con las manos. Entre ellos eran buenos hermanos, con un vínculo que iba más allá de la razón y el entendimiento; y por el que agradecían todos los días con su esposa.

<<Sigue igual de hermosa, incluso más>>, pensó, mientras la contemplaba embelesado, igual de enamorado que la primera vez que la vio.

—Somos abuelos — murmuró ella.

—Sos una abuela muy sexy— respondió él.

Los dos estaban en su habitación, Giulio recostado intentando leer un libro, con los lentes casi en la punta de la nariz, mientras ella se encontraba sentada en su lugar de la cama, con el bebé en brazos.

—Vos, sos un abuelo sexy — dijo Magdalena, mientras le guiñaba un ojo a su marido.

Giulio se incorporó y depositó un beso en el hombro de su mujer.

— ¿Te acordas cuando Pietro era así de chiquitito?—Recordó Magdalena, mientras le acariciaba el entrecejo al pequeño.

—Fue ayer, dolce ragazza...

—Ya no soy una “dulce jovencita”.

—Ante mis ojos, siempre vas a tener veinte...

—Ti amo, Giulio Casalegno.

—Ti amo, amore mio.

Sus miradas se encontraron, con amor y devoción, con la misma pasión del primer día. Ella, todavía tenía el poder de manejar los latidos de su corazón. Él, continuaba teniendo dominio en su alma.

—¿Alguna vez nos imaginaste así?— le preguntó ella.

—La primera vez que te vi, lo supe. Supe que ibas a ser la madre de mis hijos, la abuela de mis nietos. Y que te iba amar más allá, del último latido de mi corazón.

—Giulio...— susurró el nombre de su amado, conmovida.

— ¿Te volverías a casar conmigo, Lena?

— ¿Me volverías a elegir?

—En esta y en cada una de mis próximas vidas.

Eric se paseaba nervioso en su habitación, al otro día sería el gran encuentro con ella. La había invocado en sus sueños, de una forma tan intensa que no le quedó dudas de que todo iba a salir como anhelaba. Pero los nervios lo seguían acosando, sólo rogaba no meter la pata. Necesitaba poner en claro qué iba a decirle, por lo que en una hoja de papel, armó un discurso. Era pésimo como escritor, por eso tiró la hoja echa un bollo de papel en un rincón.

—No puedo ser tan patético— se ofuscó, cuando hizo un bollo la décima hoja de papel.

Resoplando, se restregó la cara con las manos y se preparó para volver a comenzar. Sentado en su cama, con una pierna cruzada sobre la otra, formando un cuatro, iluminado por la lámpara de su mesa de luz. La

nueva hoja en blanco lo esperaba, expectante, sedienta de esas palabras atascadas en lo más profundo de su ser. ¿Por dónde comenzar? ¿Qué podía indicar como un comienzo? ¿Desde que la había visto por primera vez o quizás por su pasado? ¿Quedaría más idiota si le hablaba del sueño que había tenido con ella? Eran demasiadas las inquietudes que lo acechaban. Empezar una carta o narrar la propia historia, no era fácil. Nunca le fue sencillo exponerse con una mujer, cayendo en la cuenta que jamás había amado a una en verdad. Cada vez que algo no funcionaba descartaba y pasaba al siguiente, pero ahora estaba luchando por alguien y, cuando no se está acostumbrado, cuesta encontrar el camino correcto.

Una seguidilla de golpeteos reiterados en la ventana, llamó su atención. Con pereza, dejó a un lado esa hoja, todavía impoluta, anhelante de tinta, y se dirigió a la ventana.

—Hola, vieja amiga...— saludo, cuando le abrió la ventana a Saeta.

No se sorprendió, cuando la lechuza, ingresó en su habitación y se posó en el cabecero de la cama. La observó con atención y se dio cuenta de que ella alternaba sus enormes ojos, con los papeles en blanco y él.

—Mañana me encuentro con Roma, ella no sabe que vamos a vernos, y quería escribir lo que necesito decirle pero no sé por dónde empezar —le explicó a su plumífera amiga.

—Hay tanto que quiero decirle, explicarle y pedirle, que estoy un poco enredado —le confesó, mientras se rascaba la cabeza.

Saeta, fijó su mirada en él como si estuviera intentando hipnotizarlo.

Eric se perdió en los ojos de ella, comenzando a entrar en una especie de trance, ciertos nudos en sus emociones comenzaron a aflojarse abriéndole paso a los recuerdos que necesitaba para poder describir los sentimientos que estaba buscando.

Había encontrado el principio de la madeja, su inicio era ella. Todo comenzaba con ella, su mundo colisionaba creando otro donde ella era el oxígeno necesario para crear vida. Roma era el alma existente, a la medida de la suya. Capaz de sentirse el hombre más poderoso de la tierra, sólo con una mirada de ella. Le hablaría de esos meses de ausencia, la tortura que significaba apalear la ausencia y la sensación de vacío, de lo insoportable que era el sonido del paso del tiempo y cómo su mundo se llenó de grises, nuevamente. Su necesidad de ella, no sólo se resumía a lo físico, se extendía hacia el alma dejándolo perdido e indefenso, en una guerra que se proyectaba delante de sus ojos en cámara lenta; el caos se desataba en su interior mientras el sentido de su existencia perdía fuerza y valor sin su risa, sus contestaciones, sus constantes pullas. Sin el maldito desafío que representaba su único propósito: ser feliz con ella.

Seguía teniendo tantas cosas que decir, tantos anhelos por contar y tantos desvelos que explicar. Sus sentimientos, se expresaban en cinco únicas letras. A veces tan efímeras que quizás carecían de Fortaleza, pero cuando se pronunciaban con ese alud de emociones arrasaban con todo a su paso. Un “TE AMO”, dicho desde el alma y con la mirada tatuando con fuego el sentimiento en el corazón elegido, era capaz de mover hasta la órbita terrestre.

Parpadeó saliendo del estado de meditación en el que se había sumergido, percibiendo el peso de su cuerpo y el aire que entraba por sus fosas nasales; siendo consciente de que en ese lapsus había perdido hasta la noción del tiempo y el espacio.

—Por Dios, Saeta...

La lechuza aleteó hasta posarse con suavidad sobre su hombro y restregó su cabeza en la mejilla de Eric.

—¿Lo sabes, verdad? Sabes que el amor que siento por ella, no es mortal. Sos conocedora de la verdad de nuestras almas de la divinidad del sentimiento, el camino recorrido y el reconocimiento de las emociones, son la apoteosis de una historia que fue escrita por los dioses en el principio de los tiempos.

La lechuza, simplemente, volvió a refregar su cabeza contra su mejilla, su forma de expresar concordancia.

—Siempre fuiste especial para nosotros, me obligó a ponerte nombre —. La lechuza torció su cabeza,

incitándolo a continuar. —Ella te había nombrado “Tweety” — le confesó, con una pequeña sonrisa nostálgica. Saeta emitió un sonido, como si ese nombre fuese una blasfemia. —Sí, lo sé... es pésima para poner nombres. Pero algo me lleva a pensar que todo lo tenía calculado; porque accedió demasiado rápido cuando sugerí “Saeta”—. La lechuza volvió a emitir un sonido, esta vez como si sonriera ante la mención de su actual nombre. Eric, continuó: — Cuando te dejamos libre supimos que te íbamos a extrañar, pero en lo más profundo de mi corazón, siempre supe que ibas a volver—. Saeta hizo un gesto, demasiado similar a un asentimiento y desplegó una de sus alas, ubicándola en la parte posterior al cuello de Eric. Si él no se estaba volviendo loco, ponía sus manos al fuego en que la lechuza lo estaba abrazando.

—Gracias, mi pequeña.

Dichas estas últimas palabras, Saeta comenzó a aletear nuevamente, comenzando a volar hasta posarse en la ventana. Giró su cuello y lo observó, fijamente, durante unos segundos. Entonces él comprendió que así como la lechuza iba a seguir regresando, Roma también iba a volver a su vida.

Con ese pensamiento fijo en su cabeza, cerró la ventana y tomando nuevamente las vírgenes hojas, esparcidas en la cama, comenzó a escribir. Destiló tinta decantando su alma, trazando palabras que en su vida había dicho, mientras la visualizaba a ella imaginando que se las escribía utilizando esa suave piel como lienzo, grabándoselas en su alma.

Todavía quedaban horas para el gran encuentro, la dama de plata todavía brillaba en el firmamento. El tiempo corría lentamente, provocando que los segundos se conviertan en letanías para los dioses.

Las palabras fluyeron, como dulces ríos que decantan en la inmensidad de un mar. Ella era su océano, su inmensidad terrenal y celestial; hechos el uno a la medida del otro.

—Te amo —susurró las palabras nunca dichas, escribiéndolas y llenándolas con un poco de vida en el papel.

Aquello que comenzó como una ayuda memoria para guiar sus pensamientos, terminó siendo una carta. Las últimas palabras de un corazón que se lanza al vacío, con la esperanza de caer seguro. En definitiva, cuando el amor es verdadero, el arriesgarse vale el vértigo de la caída porque jamás se estrella con el suelo sino que comienza a volar, acompañado.

Capítulo 20

La ansiedad se respiraba en el aire, era tan palpable como el perfume de azahar que trae la primavera. Era el gran día, el anhelado momento estaba a unas cuantas vueltas de reloj.

Eric, se paseaba ansioso de un lado a otro en su consultorio. Experimentando la crueldad de la boca de su estómago al cerrarse, junto con el ahogo al que sus pulmones lo sometían por impedirle la respiración normal, acarreado la consecuencia de que su corazón aumentara, de manera considerable, las pulsaciones por minuto.

Mientras releía las palabras escritas, con la tinta de su alma, visualizaba las posibles reacciones de ella, ¿lloraría? ¿Saltaría a sus brazos y lo besaría con la misma desesperación con la que él ansiaba besarla? ¿Aceptaría la ofrenda de paz que le había comprado? Eso era lo que más ansiedad le provocaba, saber si ella cedería ante el orgullo, dejándose consentir apenas con un regalo que él, con mucho amor, había comprado. Siempre pensando en sus deseos, en lo que podría hacerla feliz, no sólo por comprar su perdón; ella jamás vendería su honor por un bien material, lo sabía bien. Era el simple agasajo al ser amado, con el detalle de obsequiar un objeto sabiendo que lo anhela con todo su ser. Lo que más nervios le producía era la reacción de ella, al enterarse de la encerrona preparada por las abuelas. Hacía apenas unos instantes, Margherita le había llamado para confirmarle el horario, las tradicionales cinco de la tarde del té inglés. Eric, observó el reloj y todavía faltaban ocho horas.

Santino, Marcos y Lucas, golpearon la puerta del consultorio y entraron antes de que él diera el permiso.

— ¿Nervioso?— Le preguntó Lucas.

—Ansioso — respondió con un suspiro.

— ¿Habemus hora?

—El “tecito” de las cinco, Santi.

Los amigos de Eric, asintieron al mismo tiempo y los cuatro largaron un suspiro.

—¿Ya sabemos si es nena o varón?— Le consultó Eric a Santino, respecto al sexo del bebé que, hasta el momento, no se había dejado ver en las ecografías.

—Varoncito— dijo emocionado. Efusivas palmadas en la espalda de Santino, retumbaron en todo el consultorio de Eric.

—Brenda no deja de sacar el tema a colación...

—¿Seguís sin querer tener hijos?

—Nunca me vi como padre, sinceramente. Pensé que se iba a calmar con el casamiento, pero lo tomó como el paso anterior a la descendencia.

—Mi estimado psiquiatra, nadie se ve como padre —le dijo Lucas.

—Lo dice el pediatra —replicó, suspirando mientras se dejaba caer en una de las sillas.

—Son tus miedos, Marcos.

—Lo sé, Santi. Soy psiquiatra y te puedo dar cátedra de por qué tengo miedo. O el motivo por el cual, no me siento listo todavía.

—¿Brenda qué dice?

—Que para ser padre, nunca se está listo. Yo sé que ella va a ser una mamá increíble. También entiendo que no puedo demorar mucho, el reloj biológico de Brenda corre rápido— le contestó a Eric.

—Opino, que deberían dejar de cuidarse y que sea la suerte quién decida...

—¿Así lo hicieron ustedes?— le preguntó sentado desde la camilla, Lucas a Santino.

—Sí, no buscamos pero no nos cuidábamos.

—Estás tan tranquilo — señaló Marcos, al observar la plenitud de su amigo con la llegada de su hijo.

—Estoy cagado hasta el pecho, pero la felicidad es mayor.

Marcos suspiró y contempló a sus amigos. A pesar de su especialidad, comprender los engranajes de su psiquis, determinar los pasos a seguir, optar el arriesgarse a traer una nueva vida y que sea dependiente de él ¿estaría a la altura del desafío? Esa era su mayor inquietud.

—Al menos, lo más divertido es hacerlos— agregó Santino, al ver que Marcos se había perdido en sus pensamientos.

Sin decir una palabra, Marcos, se puso de pie y se encaminó a la puerta.

— ¡¿A dónde vas?! — gritó Lucas.

—A fabricar un bebé — respondió, con media sonrisa, mirando apenas sobre su hombro. A su espalda, los tres amigos de su infancia, lo observaron partir con una sonrisa plena en los rostros.

—Quedas vos, Luke Skywalker— comentó Eric, mientras se cruzaba de brazos, apoyándose en el escritorio del lado del público.

—Después de que te arregles con Roma, saco el anillo y propongo casamiento— anunció, mirando significativamente a Eric.

— ¡Ah bueno!— Exclamó Santino, golpeando su muslo con la palma de su mano, mientras chasqueaba la lengua.

—Sí, me gusta hacer las cosas legales.

— ¡Por Dios, estamos en el siglo veintiuno!

—Ya estás unido para siempre a Sofía, ¿tanto te cuesta poner la firma, Santino?— Inquirió Eric.

— ¿Desde cuándo sos tan afín al asunto “matrimonio”? ¿Dónde está el amigo que tenía repelús al altar?

—Quedó enterrado, una mañana de verano, cuando casi me lleva por delante una umpalumpa — respondió, con la sonrisa de adolescente enamorado plasmada en sus labios.

—Cuando te arregles, les vas a tener que hacer un altar a las abuelas.

—A las cinco —agregó Eric al comentario de Lucas.

—Yo que vos, les regalo otras botellitas de whisky —señaló Santino, provocando que los tres explotaran en carcajadas al recordar lo que había relatado.

—Increíble la resistencia...

—Sabía por Pietro, que a sus abuelas les encantaba el whiskey. Pero... jamás imaginé el combo de vicios.

—Les juro, nunca en mi vida, voy a poder borrar la imagen con la que me encontré ese día.

—Muero por una noche de póquer con ellas...

—Hab...

Una seguidilla de golpes en la puerta, interrumpieron a Eric.

—Adelante— ordenó, mirando extrañado a Lucas y a Santino.

Tímidamente, Ana, asomó su cabeza y le consultó si podían hablar un momento.

Los amigos de Eric clavaron sus ojos en él, consultándole con la mirada si quería que ellos se fueran. Apenas asintiendo, Eric, les dio a entender que podían marcharse.

—Perdoname, Eric, pero necesitaba hablar con vos—la escuchó decir, cuando se quedaron a solas.

Imponiendo distancia, Eric, rodeó su escritorio y le ordenó que se sentara en la silla frente a él.

Ella estaba nerviosa, era la primera vez que iba a declararse a un hombre. Sumado a que había metido, hasta el fondo, la pata con él; era el hermano de una de sus íntimas amigas. Lizzy, le había suplicado que desistiera de su idea y diera un paso al costado, pero ella no era de las que tiraban la toalla ante las negativas, jamás. Siempre aprovechaba las oportunidades que el destino le brindaba, por esa razón no se había sentido culpable cuando Roma la descubrió en la casa de él. Se sintió pletórica al hacerla sentir mal cuando, poniendo la mejor cara de mujer satisfecha por un hombre, le devolvió la mirada. La muchacha no salía de su estupor, recibiendo el golpe de gracia por manos del propio Eric, que tenía impresa la palabra “culpa” en la mirada. No le importó que él, la hubiese echado de malas formas, el pequeño paso para acercarse a Eric ya estaba dado.

Al salir de la casa de él, pidiendo unos días de licencia, había ingresado al grupo de Alcohólicos Anónimos. En la actualidad, al ser conocedora de la situación sentimental de Eric, había tomado la decisión de volver a la batalla, con el firme propósito de que él le diese la oportunidad de ocupar un lugar en su cama y en su vida.

—Te escucho, Ana — dijo, emulando el tono profesional de su padre.

—Tengo tanto que decir, no se por dónde empezar—murmuró, mientras lo miraba compungida. Toda una treta para que él bajase la guardia con ella. Era consciente de sus armas y estaba dispuesta a utilizarlas a todas, conociendo que ningún hombre podía resistirse a una damisela indefensa.

— ¿Continuas yendo al grupo de terapia?— Indagó con la esperanza de que ése fuese el tópico de la conversación.

<< ¿Justo ese tema va a tocar?>>, pensó indignada, antes de asentir con la cabeza y fingir sentirse apenada, contándole que estaba yendo tres veces por semana.

Eric realizó apenas un asentimiento y cuando estaba por abrir la boca para preguntar cómo se sentía al respecto, escuchó que ella decía:

—Vine para que hablemos de nosotros.

Se obligó a mantenerse calmo para poder pensar con claridad qué decir, para evitar confusiones.

—El único “nosotros” existente, es la “amistad” que se concede por el hecho de que sos amiga de mi hermana— hizo énfasis en la palabra amistad, con la intención de que ella comprendiera que eran, apenas, un grado más que conocidos.

—Yo te amo, Eric.

—Agradezco el sentimiento, pero no puedo corresponderte.

— ¿No podés o no querés?— Inquirió, comenzando a sentirse molesta.

—No puedo, porque amo a Roma. Ojalá puedas encontrar a alguien que te ame como mereces, pero esa persona no soy yo.

— ¡¿Qué tiene ella que no tenga yo?!—Preguntó, al borde de expulsar toda la ira ante la negativa de él.

—Mi alma—confesó sin querer. —No puedo explicarlo de otra manera, no se trata sólo de lo que tiene, sino de aquello que le falta también. Toda ella, en su completa esencia, es lo que me hace amarla de la manera más pura y honesta que soy capaz.

—Ella ya tuvo su oportunidad ¿no crees que es mi turno?

—No— respondió rotundo.

Ana gritó frustrada, pegando un manotazo al escritorio de Eric se levantó de la silla de manera violenta.

—La gorda, salida de el mundo de los pigmeos, jamás te va a poder dar lo que yo puedo— siseó, sacándose la máscara de fragilidad.

—Es mi mujer, por lo tanto te referís a ella con respeto. Segundo, jamás va a poder hacerme feliz una mujer caprichosa, engreída, envidiosa y enferma como vos— respondió, acerando su voz al bajarla un par de tonos, mortalmente más profunda y amenazante. Sus ojos, se habían convertido en verdes salvajes, aniquilando los de ella.

Ana, por primera vez en su vida, sintió la visceral necesidad de asesinar.

—A partir de mañana, vas a trabajar en otro hospital— agregó con determinación. No iba a tolerar que en el Carson se formaran más disturbios, prefería cortar por lo sano.

—No tenes la autoridad para hacer eso— respondió, sintiendo que el frío de la realidad recorría su espina dorsal.

—Además de ser accionista del hospital, cirujano titular y de renombre soy el hijo del dueño y accionista mayor —expuso, letalmente calmo. Poco y nada le importaba sacar a relucir los títulos y las acciones, simplemente eran aditivos a su persona. Lo único que realmente lo llenaba de orgullo era su título de neurocirujano, y las placas que había recibido en su carrera destacándolo en su especialidad. Las acciones en el hospital, eran parte de él porque, sencillamente, habían sido suyas desde el día de su nacimiento.

— ¿Cómo lo vas a justificar?—Preguntó altiva, cruzándose de brazos.

—No necesito justificar nada. Te pido, amablemente, que te retires de mi consultorio— le ordenó, camuflando su tono autoritario y el fastidio que sentía, con falsa amabilidad sonriendo, irónicamente, mientras le señalaba la puerta a su espalda para que se marchara.

— ¡Esto no va a quedar así!— Gritó la amenaza, señalándolo con el índice.

—Por tu dignidad, espero que sí —zanjó el tema.

La ira la dominaba y la dejó fluir, como un volcán en plena erupción, tomó el portarretratos doble y lo estrelló contra la pared. Furiosa, lo desafió a que le dijera algo provocándolo para que reaccionara con violencia.

—Me das pena, sos patética— sentenció, hastiado de su presencia.

Ana gritó nuevamente y se marchó, azotando la puerta al salir.

Con un suspiro, Eric se acercó hasta el portarretratos, con el vidrio hecho añicos, lo tomó y quitó, con cuidado, los pequeños pedazos que quedaban entre la foto y el marco para depositarlo con dulzura sobre su escritorio.

—Jamás va a poder hacerme feliz, porque la mujer de mis sueños sos vos— le confeso sonriendo a la imagen de ella.

Resoplando, tomó el teléfono y marcó el interno de su padre. Mientras más rápido solucionara el asunto de Ana, más pronto obtendría paz en su mente.

Tristán Carson, escuchó con suma atención el motivo de su hijo para trasladar a Ana. Era la segunda vez que le pedía un traslado y, siempre, por el mismo motivo, el acoso del personal femenino.

A diferencia de Martina, Ana, era amiga íntima de su hija. Aunque Tristán, debía admitir que Lizzy le había soltado la mano a la muchacha debido a ciertas actitudes que no le gustaron en lo absoluto.

—Para mañana está resuelto. De todos modos, tus acciones, te permiten tomar éstas decisiones sin consultar —dijo Tristán, mientras pellizcaba el entrecejo, con la punta de sus dedos.

—Lo sé, viejo. Pero no me gusta pasar por encima a las jerarquías.

—Lástima que no aplicabas el mismo criterio, cuando falsificabas mi firma en los apercebimientos del boletín en el colegio.

—No es lo mismo —se defendió.

—La esencia del concepto, es la misma —aseguró, mientras le imprimía un tono de superioridad al tono

de su voz.

—Ya expiraron esos pecados.

—Pero los recuerdos quedan...—contestó, mientras una sonrisa nostálgica adornaba sus facciones.

Recibió por parte de su hijo una pequeña exhalación que, sabía bien, era el típico de “no se cansa de recordar eso”; por lo que riendo le cortó el teléfono.

Ana se dirigió a su consultorio y, directamente, retiró sus pertenencias, no se sentía capaz de continuar un segundo más ese día en el hospital. Se encontraba demasiado alterada y la necesidad de saciar su ansiedad, solamente la podía encontrar en una botella de tequila.

— ¡A la mierda con todo!— Gritó al cerrar la puerta, intentando controlar los malditos temblores del cuerpo. Su sistema necesitaba el alcohol, prácticamente se lo estaba exigiendo.

—Estos hijos de puta, van a saber con quién se metieron. No van a quedar impunes— murmuró la amenaza, mientras bajaba corriendo las escaleras saliendo del hospital.

Mientras caminaba, a paso enérgico, con dirección a la licorería, su perturbada mente ideaba el plan maestro para acabar con el maldito clan Carson.

Compró tres botellas grandes de tequila, cinco paquetes de cigarrillos y se fue a su departamento; con la increíble expectación de su organismo al saber que el fuego de la bebida, iba a recorrer su cuerpo una vez más.

Llegó a su departamento, colocó dos de las botellas en el freezer y la tercera la dejó sobre la mesada de la cocina, junto con un vaso. Con desesperación, la abrió y se sirvió torpemente. Noventa y dos días, seis horas y veinte minutos de agonía, llegaban a su fin. Si bien, hacía más tiempo que iba al grupo de terapia, ella había tenido recaídas.

Temblando, agarró el vaso y de un trago lo vació. Una pequeña calma, comenzó a invadirla. Con desesperación se volvió a servir, pero ésta vez, disfrutó del ardiente fuego que el elixir dejaba a su paso desde su paladar, recorriendo la cavidad de su boca, abriéndose paso por su garganta, deslizándose como lava ardiente, hasta fundir su pecho y perderse en las profundidades de su estómago. Un gemido placentero, escapó de sus labios y, sus ojos, brillaron con el orgásmico placer del vicio comenzando a ser saciado.

Sirviéndose una tercera vez comenzó a desnudarse; el calor que la bebida le generaba, provocaba que la ropa le quemara la piel.

Con la botella en una mano y el vaso en la otra, se sentó en una de las sillas de la cocina, frente a una pequeña mesa rectangular, donde reposaba su computadora portátil. Convencida de que en la red iba a encontrar algún sucio truco que le ayudara a llevar a cabo su plan de venganza, la encendió y mientras esperaba que se completara la carga de programas y actualizaciones, buscó uno de los paquetes de cigarrillos, danzando cuando el humo de la primera calada llenó sus pulmones. Tomó el cenicero y lo ubicó al lado de la botella y el vaso vacío, sus dos amores juntos nuevamente, la invitaban a un festín del que no pensaba quedarse afuera.

—*Deberíamos hacerles pagar a todos*— susurró una voz en su oído.

—Es lo que tengo planeado — respondió al vacío.

—*En las páginas de chimentos, no vas a encontrar nada. No seas tan inútil.*

— ¿Qué proponés?

—*Sólo la sangre va a poder saldar, honoríficamente, el daño que nos han causado. ¡Mirá lo que el hijo de puta nos hizo!*

— ¿Qué, qué nos hizo? El vicio lo adquirimos solas — lo defendió.

—*Mi dulce Ana, la humillación al cambiarnos por una enana gorda no debe quedar impune. Como tampoco le podemos perdonar que nos corriera del hospital, como a unas cualquiera, olvidándose de*

la historia que nosotros tenemos.

—Años soñando trabajar en el Carson y, este malnacido, nos corrió. Todo por decir la verdad.

—*Las personas cuando se encuentran con la verdad, tienden a atacar. No soportan la honestidad y saber que están errados.*

—Toda la familia me dio la espalda— masculló con rabia, mientras daba un trago a la bebida.

—*Deben morir.*

—No, no podemos— respondió, mientras se llevaba el cigarrillo a los labios, rebotando frenéticamente la rodilla izquierda.

—*Es el decreto divino, si esta idea se presentó, es porque alguien en el más allá los está llamando. Nosotras debemos cumplir. Somos tan poderosas, que traemos vida al mundo y, con el mismo don, podemos decidir cuándo las llevamos.*

—Debemos dejar espacio para nuevas almas, es verdad. Y sería la perfecta moneda de cambio para pagar lo que nos han hecho.

—*Así es, mi pequeña.*

—Un puñal, sí, un puñal que se clave en el corazón de ellos. Llevándose, con su afilada hoja, los ríos de sangre y sacie la sed de mi alma destrozada.

—*¡No seas estúpida!*—la reprendió. —*Con el puñal, tendríamos que acercarnos demasiado. Lo mejor es una bala, una bala directo al miocardio, que nos brinde el tiempo para escapar.*

—¿Por qué debemos escapar? Si lo hacemos con justa causa— el alcohol, comenzaba a adormecerle los sentidos.

—*Porque los seres inferiores, son incapaces de comprender los designios divinos y, podemos acabar encerradas. No hemos nacido para ser encerradas, nosotras debemos volar en libertad.*

—Muerte y libertad, sangre y venganza— expresó, con la lengua adormecida, mientras reía a carcajadas. Con la poca lucidez que le quedaba, tecleó en su computadora y buscó una página de venta de armas. De manera online, adquirió un revolver. Poco le importó que la ilegalidad fuese parte trascendental de la transacción; incluso tampoco prestó atención en el sitio web que era de mala muerte y de dudosa reputación. Cuando finalizó el ingreso de los datos de su tarjeta de crédito, se sirvió otro vaso de tequila y elevándolo hacia el monitor, brindó por su compra.

—*La primera en morir, debe ser ella. Por su culpa, Eric, no nos ama. Ella lo tiene hechizado, con algún tipo de brujería, magia negra, que le impide vernos como lo que somos, el amor de su vida.*

—Sí, esa puta de mierda tiene que morir primero. Si ella no existiese, él nos amaría.

—*¡Muerte al Imperio!*

—Roma debe morir, Roma debe morir, Roma debe morir, el Imperio debe caer— comenzó a canturrear, mientras se ponía en pie, con dificultad, y se dirigía a su habitación.

—La sangre de la pequeña capital, va a ser la primera en bañar las calles de la ciudad— murmuró, mientras se dejaba caer en su cama. Comenzando a reír a carcajadas, le dio la bienvenida a la inconsciencia, siendo arrastrada por la turbulencia de un sueño, abrazando a la locura caótica de su mente trastornada.

Sara se paseaba de un lado al otro en la cocina de su casa, con el teléfono inalámbrico en una mano y la tarjeta de Alfonso en la otra. El pequeño rectángulo blanco, le quemaba la palma de la mano ocasionando que los nervios obstruyeran su respiración.

Divertido, Estéfano la observaba caminar de un lado al otro, desde el marco de la puerta donde se encontraba apoyado, con los brazos cruzados.

—Vas hacer un zanja en el piso, con tanto ir y venir—dijo, interrumpiendo de manera abrupta, el ir y

venir de su madre.

— ¡La que te parió! — Exclamó asustada, ya que no había reparado en su presencia y al hablar, la había sacado con violencia de sus pensamientos.

—Hasta donde tengo entendido, fuiste vos, vieja.

— ¡Me asustaste! — Le señaló, pasando por alto la observación de su hijo, con la mano que sostenía el teléfono en el pecho.

Sonriendo, socarronamente, entró a la cocina y se sentó. Con un suspiro, colocó sus manos en su barbilla y observó a su madre, con sus increíbles ojos color almendra.

Sara, se perdió en la serenidad que él emanaba. Podía criticar infinidad de cosas de su hijo, pero pese a sus fallas, el muchacho, transmitía calma cuando todo parecía derrumbarse. Así había sido cuando su padre los abandonó, él tan pequeño, había posado su manito en las de ella y, con una seguridad y sabiduría impropia de alguien tan pequeño de edad, le había asegurado que iban a estar bien y salir adelante. Sus enormes ojos le habían expresado un amor indescriptible, mientras sus palabras aseguraban que su padre era el único que salía perdiendo. Una vez más, se encontraba frente a esa grandiosa mirada que inexplicablemente, parecía tener el don de leer su alma.

—Llamalo de una vez— empezó a decir. — Esto es igual a cuando te sacan una muela, preferís que sea de un tirón al constante forcejeo. No alargues al divino botón el momento que sabés, tarde o temprano, va a llegar. Es preferible ahora y no después, cuando los nervios no te dejen ni respirar.

—No puedo creer que me sienta así ¡señor! Soy una mujer mayor, ya estoy grande para estas cosas...

—Mamá, no te das cuenta de lo maravilloso que es sentir esos nervios. Largá el dramatismo y llámalo, las segundas oportunidades rara vez se presentan. Agarra esa pizca de coraje, que siempre tuviste en tus zapatos, y concreta ¿qué podes perder?

— ¿Y si no tenemos nada que decirnos? ¿Si el silencio nos envuelve y la incomodidad se hace presente? Han pasado muchos años, corrió demasiada agua bajo el puente. Ya no soy aquella jovencita de piel tersa, que soñaba llenar estadios con su música.

—Claramente, los años han pasado para los dos. Él, tampoco es el mismo de décadas atrás. Pero es evidente que por más agua que corrió bajo ese puente, los sentimientos siguen intactos.

— ¿Vos decís? — Preguntó, mientras corría la silla frente a él y se sentaba.

—Mirá, vieja, si así no fuese, no te hubiese dado la tarjeta para que lo llames después de tu negativa de darle el número.

—Su obstinación a no aceptar un “no”, sigue intacta...

—Por algo es...

—Porque no soporta que le lleven la contraria, es por eso.

—Madre mía —suspiró, armándose de paciencia. — No vas a poder saberlo, hasta que no lo llames y lo vuelvas a ver. Todas tus dudas, van a quedar despejadas cuando te tomes el putito café.

— ¡El vocabulario, Estéfano!

—Perdón, mamita, pero tus vueltas me sacan un poquito de casillas.

—No es para nada fácil esto.

— ¿Querés que te diga qué no es fácil?

—A ver, ilumíname.

Apoyando las manos en la mesa, Estéfano se incorporó un poco e inclinándose hacia adelante, clavó sus pupilas en la de su madre.

—No es fácil sacar adelante a dos niños pequeños cuando tu marido, ese con quien soñaste construir una familia, te abandona. No es fácil la lucha y la batalla contra el cáncer, menos cuando estás sola con dos niños, porque el hijo de puta que te juró lealtad y fidelidad, hasta que la muerte los separase, se fue a la mierda formando una familia nueva, que orgullosamente, pasea por todos lados. Lo más difícil resulta ser saldar todas las malditas deudas que ese mismo hijo de puta dejó al irse, mientras se batalla contra un

cáncer criando a dos niños de forma tal que no sufriesen el maldito abandono de la persona que los engendró y que, aparentemente, durante siete años los quiso. Pero, a pesar de no ser fácil, saliste victoriosa de cada una de esas guerras. Esto que estás viviendo ahora, es nada en comparación a lo que luchaste. Mereces ser feliz, no pierdas las oportunidades que se presentan por miedo. Aferrate a la felicidad y no la dejes escapar, porque vale más llorar a pesar de haber brindado todo que arrepentirse el resto de la vida—. Finalizó su discurso, con el maldito nudo que oprimía su garganta, luchando para que no se le formaran lágrimas en sus ojos.

Sara, en cambio, estupefacta ante las palabras de su hijo, dio rienda suelta a los sentimientos.

—Mi pequeño hombrecito— dijo, mientras se ponía de pie y lo abrazaba.

—Te amo, mamá.

—Y yo a vos, mi hermoso sol. Te amo desde el día en que supe, que vivías en mi vientre.

—Por ese amor, te pido, que lo llames.

—Está bien — concedió, riendo apenas, mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

Mientras tanto, Alfonso, miraba con rabia el teléfono que no se dignaba a sonar. Bajo la atenta mirada de sus hijos, que desayunaban en silencio, sin perderse detalle de las actitudes de su padre.

—Error de principiante, dejarle a ella la decisión— comentó Luciano, el mayor.

—No me quedó otra salida, no quiso darme el suyo— se justificó.

— ¡Vamos viejo! Estás oxidado, se me acaba de caer un ídolo.

—Pero, por favor, Mariano, papá sabe lo que hace— señaló Alfonso a su hijo del medio.

—Hasta la cancioncita esa que cantaron, pensábamos que sí. Incluso, te convertiste en un héroe mitológico del romanticismo, pero en vistas de que no te llamó...— señaló Cristóbal, el menor de sus hijos.

—Ya va a llamar, ustedes observen y aprendan— les dijo, mientras los señalaba, con una seguridad que estaba lejos de sentir.

— ¿Las dos chicas eran sus hijas?— Se interesó Luciano.

—No, solo la que estaba con camisa verde. Ángela. ¡Ah, y está en pareja! Con el chico alto, de pelo negro— dijo, con tono de advertencia al ver la mirada de sus hijos.

—Una lástima— chasqueó Luciano.

— ¿Qué sabes de la otra?— Se interesó Mariano, mientras llevaba su taza de café con leche a sus labios.

—No mucho, pero creo que es la novia del hijo de Sara.

— ¡Qué cosa! No sabés jugar en equipo, viejo— se quejó Mariano.

—Pero ¿qué te piensas? Que me voy a poner de novio con la madre, para que ustedes, manga de buitres, se coman a las hijas.

—Carroñeros, insensibles — se burló Cristóbal.

—Habló el casado, señoras y señores —replicó Mariano.

—Felizmente de novio— lo corrigió.

— ¿Gracias a quién?— Preguntó Luciano.

—Que sea la prima de tu ex novia, no significa que deba agradecerte... hice todo solo— se defendió.

— ¡Menos mal! Lo que faltaba era que yo, hiciera todo el trabajo por vos. Pero el trabajo en equipo está presente...

— ¿Dónde? — Se interesó con tono burlista, Cristóbal.

—A ver, te lo explico: yo salí con la prima y, les presenté a las otras a ustedes. De ahí en más, era el trabajo de ustedes concretar o no.

—Te lo pido, por lo más sagrado, la próxima que me presentes a alguien mínimo que sea interesante para hablar— se quejó Mariano.

—Perdón, no sabía que la querías para debatir a Sócrates.

—No tanto así, pero...

El sonido del teléfono interrumpió la conversación. Los cuatro hombres se tiraron sobre el aparato.

—Tienen que mejorar sus capacidades de reacción— se burló Alfonso.

—Intenta parecer relajado— lo aconsejó Cristóbal, al ver que la ansiedad se apoderaba de su padre.

Inhalando profundo, serenando los latidos de su corazón, Alfonso respondió.

—Hola... Sí, soy yo... bien ¿vos?... No, no para nada... Sí, me parece perfecto... Sí, todavía recuerdo ese lugar... Excelente, nos vemos a la misma hora de siempre ¿recordás cuál era?... Jamás olvidé nada...

Sí, esa misma hora... Perfecto, nos vemos al cuarto para las seis —escucharon sus hijos que le decía, mientras caminaba en círculos, sonriendo, con una luz que hacía años había perdido. Entonces se percataron que su padre había viajado en el tiempo y ahora, ante ellos, se proyectaba la imagen de un muchacho adolescente.

Cuando Alfonso cortó la llamada, tres pares de ojos lo contemplaban entusiasmados.

—Les dije que iba a llamar— suspiró.

—Jamás lo dudamos, viejo— aseguró Mariano.

—Seguís siendo el rey—agregó Luciano.

Alfonso continuaba escuchando los elogios de sus hijos, mientras sonreía y negaba con la cabeza.

Sus abuelas la habían convencido de ir con ellas en el auto, por alguna inexplicable razón, se obstinaron en pasarla a buscar. Realmente, no llegaba a comprender el gasto en el auto de alquiler y el chofer, siendo que ella tenía su auto propio y podía pasarlas a buscar. Maldecía la manía que tenían de parecer miembros de “La Cosa Nostra”, yendo en un auto absolutamente negro, de lujo, obviamente, ventanillas polarizadas y ese aire a misterio que las envolvía. Se sentía como si fuese a una reunión con “El Padrino”, en vez de a jugar a la canasta con otras tres abuelas. Lo que más le había llamado la atención, fue la exagerada insistencia en que llevara ropa interior “decente”. Incluso se la habían chequeado. Sacrilego habían considerado un hermoso conjunto de algodón color verde musgo; entonces le habían extendido una cajita con un sugerente conjunto azul petróleo de encaje. “Mirá si te pasa algo”, habían justificado sus abuelas la insistencia. ¿Qué podía pasarle? Además, el conjunto verde, estaba en excelentes condiciones sin roturas ni manchas de ningún tipo; básicamente estaba nuevo. “Hay que salir con ropa decente, inclusive la interior. Por las dudas”, volvieron a justificar. Por el simple hecho que era imposible llevarles la contraria, Roma, había accedido a seguirles la corriente, cediendo también a cambiar sus, cómodas y calientes, medias de fútbol, por unas de seda en color negro, que mágicamente también le habían regalado.

<< Tanto “piripipí”, para una simple partida de cartas >>, se quejaba mentalmente, mientras se perdía en el tráfico.

—Hasta acá se escuchan tus quejas mentales— comentó, Margherita, fingiendo estar indignada con la actitud de su nieta.

—Ciertas cosas me parecen innecesarias, nonna Ghi...

—¿Tanto te cuesta complacer a tus pobres abuelas?

—Nonna To, si de algo estoy segura, es que de “pobres”, no tienen un pelo ustedes— Le respondió, suspirando.

—¡Bambina! — Exclamó con aires de falsa consternación, Margherita.

—¡Nonna!— la imitó ella.

—Sos una de las pocas muchachas, que no se alegran en estrenar ropa interior— señaló Antonia.

—¿Para qué? Si nadie la va a ver...

—Ragazza—suspiró Margherita. — Lo que las mujeres deben hacer, es aprender a vestirse para una. No importa que nadie más lo sepa, con el hecho de saber que se tiene puesta, es suficiente. Adornar el cuerpo para una, es aprender a amarse. Usar la ropa interior sexy, cuando se sale a algún lado, nos brinda cierta seguridad en lo profundo de nuestra esencia, que provoca que el entorno, sutilmente, lo perciba— finalizó su discurso, con esa entonación típica de abuelita sabia.

—¿Tus bombachones son de encaje?—Preguntó, desafiante, mientras achicaba los ojos.

—¡No seas insolente, Roma Giovanna! —La reprendió Margherita, incapaz de esconder una sonrisa con la pregunta de su nieta.

—Todos pueden escuchar lo que llevo puesto pero, cuando una pregunta, saltan los pudores— acompañó la queja, chasqueando la lengua.

—Il rispetto...

—El respeto, el respeto... Alfred, se debe estar haciendo “la América” con esta conversación.

—¿Quién es Alfred? — Preguntó confusa, Antonia.

—El chofer, Nonna.

—Punto uno: no revolees los ojos al responder, queda espantoso y es de mala educación. Punto dos: no se llama “Alfred”, se llama Ildefonso y, punto tres... bueno, con el primero y el segundo bastan.

— ¡Jurame que te llamás “Ildefonso”! — Ante el pedido de su nieta, no pudieron más que resoplar. La niña jamás, iba a cambiar.

—Se lo juro, niña — respondió divertido, el chofer.

—“Alfred”, es un nombre más bonito —comentó Roma.

—Pero sus padres, lo llamaron “Ildefonso”— respondió Margherita, apretando los labios y abriendo los ojos de par en par.

—Sí, pero a mí, me gusta “Alfred”— le respondió a su abuela y luego, volvió la mirada al chofer, asegurando con una sonrisa: — Te voy a llamar “Alfred”.

—No podés cambiar el nombre de las personas, simplemente, porque no te gustan— la reprendió Antonia.

—Está bien, mi niña, si le gusta “Alfred”, puede llamarme así— respondió el chofer, mientras le guiñaba un ojo cómplice a Roma.

— ¿Ven? A él le gusta— respondió, triunfante, sonriendo socarronamente.

Antonia y Margherita, se limitaron a suspirar y a poner los ojos en blanco. Tras veinticinco años de conocerla, todavía no perdían la esperanza de que la niña, cambiara esas pequeñas manías.

En el departamento de sus abuelas, Eric, se paseaba nervioso de un lado al otro. Tomaba asiento dos segundos y, se ponía de pie al instante incapaz de mantenerse quieto.

—Me pone nerviosa verte caminar de un lado a otro— se quejó Eusebia.

—No me puedo mantener quieto. ¿Qué hora es?

—Medio minuto más tarde de la última vez que consultaste.

— ¡Carola, por favor! — La reprendió Jacinta.

—Desde las tres de la tarde que está así— se justificó mientras lo señalaba, al borde de la exasperación.

—Está nervioso y ansioso, pobrecito— lo defendió Jacinta.

— ¡¿Qué “pobrecito”?! Si pensara antes de hablar...

—Las puedo escuchar, sigo acá...

—Lo sabemos bien, Eriquito— respondieron las tres, al unísono.

Cuando el timbre sonó, a las cinco de la tarde en punto, el corazón de Eric, se detuvo; reanudando su marcha a toda velocidad, sintiendo que sus pulmones dejaban de funcionar.

—Antes de que te de un soponcio, andate a la habitación de invitados y, por favor, no hagas ningún ruido — le pidió Eusebia.

— ¡Ahora, Eric!— Gritó Jacinta, al ver que él continuaba anclado al suelo. Automáticamente, Eric, se puso en marcha.

Roma, se sorprendió ante la efusividad de las tres mujeres al recibirla. Abrazos y besos, envolvieron su persona, colmándola de dicha.

—¡Hija, estás re flaquita!— observó Carola.

—Come como un pajarito— se quejó Antonia.

—Señoras, estoy bien de peso. No hay nada de lo que deban preocuparse, se los prometo— zanjó el tema, convencida de que sus abuelas una vez que daban rienda suelta a su perorata de quejas en referencia a su cuerpo, podían estar años y años.

Interesadas en su nuevo trabajo, las abuelas de Eric, la encaminaron hacia la cocina donde las esperaba un servicio de té, que seguramente haría emocionar a la reina Isabel. Entusiasmada, Roma, les narraba sus aventuras en el trabajo, sin sospechar que, al final de un pasillo, con el corazón amenazando romper sus costillas, la esperaba él.

— ¿Damos inicio al juego?— Preguntó Carola en doble sentido.

—Me parece una excelente idea— respondió Roma, sin ser consciente del mensaje subliminal que contenía la pregunta.

Jacinta, comenzó a traer los elementos pertinentes para jugar, sacando a la actriz que dormitaba en ella, preguntando, de forma reiterada, dónde había dejado las cartas.

— ¡Qué cabeza, las deje en la habitación!— Exclamó, llevándose una mano a la frente.

—Romita, ¿serías tan amable de traerlas?— Pidió, con dulzura, Eusebia.

—Faltaba más, ¿dónde están?

—En el cuartito de invitados, en el modular que tiene el espejo, segundo cajón—indicó Carola.

— ¡Gracias!—Gritó Jacinta, cuando la muchacha se levantó en búsqueda de los naipes.

Apenas ella, les dio la espalda, las cinco cruzaron una cómplice mirada, santiguándose y cruzando los dedos en simultáneo.

Roma, apenas entró a la habitación, lo sintió. No le hizo falta, para darse cuenta de que estaba ahí, que él cerrara la puerta a su espalda. Incluso, tampoco había sido su perfume el delator; simplemente su cuerpo percibía las vibraciones de Eric, era indiferente a su presencia. Él, tenía el poder de cambiar la energía de un ambiente.

—Hola, Belona.

Su voz profunda, resonó en cada una de sus células ocasionando un incesante eco que le erizó la piel.

— ¡Mierda!— Exclamó bajito, cerrando los ojos intentando controlar su cuerpo — ¿Qué haces acá?— Inquirió, aún de espaldas a él; sintiéndose incapaz de voltear para enfrentarlo.

—Te estaba esperando—. Lo escuchó decir, cortando su respiración al percibir el mismo tono de voz que él, había empleado en su sueño.

—Perdiste tu tiempo. Dejame salir — contestó, resignándose a dar medio giro. La imagen de él, invadió por completo su sistema, mientras que sus pulmones se llenaban con esa fragancia tan familiar que había intentado, inútilmente, borrar de sus recuerdos.

—Tenemos que hablar — afirmó, mientras se apoyaba en la puerta, bloqueándola por completo.

— ¡Mirá vos, che! El señor, AHORA, quiere hablar— escupió las palabras, irónica. — Anda a hablar con la otra zorra, a mí, déjame en paz.

—Con la única que quiero hablar es con vos.

— ¡Me importa una mierda, lo que vos quieras!

—Por favor, Roma—. La entonación de Eric seguía una misma línea, absolutamente calma pero, abrumadoramente, profunda.

— ¡¿“Por favor”, me pedís?! Cara dura. No esperaste un puto día, que esa misma noche, te cogiste a otra.

—No fue así, no le toqué un pelo—se defendió.

—No te creo. Tu mirada culposa, te delató.

—Sentí culpa por el cuadro en general, no porque haya hecho algo— se defendió, casi, inútilmente.

—Si hubieses sido inocente, no habrías puesto esa cara.

—Ro...

—Lo peor de todo—interrumpió ella — es que le diste MI remera, para que durmiera.

—No, le presté una remera mía— refutó, frunciendo el ceño.

—Era tuya, pero era la que YO utilizaba cuando me quedaba.

— ¡Agarré lo primero que encontré!

—Ya está, ya fue, me importa una mierda. Ojalá se prenda fuego— respondió encogiéndose de hombros.

—No está un carajo, Roma— afirmó, endureciendo a penas la mirada. —Con Ana, no pasó nada — continuó, silenciando el intento de ella de querer interrumpir.—Lo que sucedió esa noche, fue que me la encontré beoda, tirada en la vereda y, al ser demasiado tarde, preferí llevarla a mi casa y asistirle, para que no corriera ningún peligro— explicó levemente acelerado, por temor a que ella no lo dejase exponer los acontecimientos.

—¡El buen samaritano!

—Mi único error, fue no haberla dejado en casa de mis padres.

—Tenes “free pass”, al paraíso... Contame más, ¿también la abrazaste mientras dormían o no durmieron?

— El comentario y la pregunta, rebosaban sarcasmo e ironía.

—Ninguna de las opciones, porque ella durmió en el sillón y yo en mi habitación.

— ¡Pobrecita! La cogiste y la mandaste a la cucha — comentó con falso pesar.

— ¡No tuve sexo con ella! Nada pasó, tenés que creerme.

— ¿En serio? ¿Por qué? ¿Qué hiciste para ganarte mi confianza? Además de dejarme, por supuesto—. Muy en el fondo sabía que él, no le había tocado un pelo a Ana, pero no se la iba hacer fácil; era imperdonable el asunto de la remera.

—Ese mismo día, me arrepentí de lo que dije. En el...

—No me interesa — volvió a interrumpir.

—En el pasado, años atrás, tuve un accidente— retomó, sin importarle lo que ella había dicho. — En ese mismo siniestro falleció mi novia, quién además me había mentido. Esa noche, discutimos y yo, para que se fuera, intenté llevarla a su casa en la Ducati. En la ruta a esa hora de la madrugada, unos inconscientes, corrían carreras ilegales de moto. Confundiéndome con otro corredor, me patearon la moto y me desestabilizaron, perdí el control, ella murió en el acto porque no se había abrochado bien el casco y yo salí con un par de cicatrices. Cuando me enteré de que vos también corrías, ilegalmente, además de sentirme traicionado por no haberlo escuchado de tus labios, sentí el enojo del pasado y eso me hizo ser impulsivo y decir cosas que no quise.

De todas las variantes que había imaginado él, definitivamente, de esa forma no había querido empezar esa conversación con ella.

Roma se mantuvo en silencio, asimilando lo que él le había revelado. En realidad esa había sido la primera justificación de su pelea, algo que ella había pensado solucionar el mismo día que se había encontrado el cuadro nefasto.

—Yo siento mucho tu accidente Eric, pero no me voy a sentir culpable por algo que no hice. Jamás corrí en una ruta, jamás maté a nadie y tampoco me puedo hacer cargo de pecados ajenos— dijo con firmeza, tras unos segundos de meditar sus palabras.

—Lo sé, Roma.

—Lo único que te concedo, es que nunca te conté nada y fue para no ponerte en peligro. Eso como primer punto, segundo, no es fácil para mí pedir ayuda y tiendo a resolver todo, sola. Tenían amenazada a mi familia y, la única persona que conocía esa parte de mi pasado, era Ángela. Te dije de mis tendencias

autodestructivas, pero lo que se me olvidó decirte es que tiendo a tomar las decisiones erróneas también, no soy buena con los impulsos y menos cuando me siento acorralada. Hay algo de lo que estoy segura, no lo hice por los laureles, tomé la decisión de salvar a mi familia. Puedo vivir sin vos Eric, que fuiste la única consecuencia que padecí, pero no puedo vivir sin mis padres y mi hermano. Cuando era pequeña, mi papá, nos inculcó dos opciones indiscutibles a mi hermano y a mí, la primera, es que ante los avatares en la vida uno tiene el poder de convertirse en víctima o cazador; la segunda, la familia es lo primero. Como te habrás dado cuenta, elijo ser la cazadora. No me voy a disculpar por eso—. Expuso de la manera más calma, que había encontrado. Por primera vez, nuevamente con él, había podido hablar con absoluta verdad de ella misma.

Eric la había escuchado solemne, procesando cada una de sus palabras y dándole la razón, ellos podían vivir el uno sin el otro, estaba claro que sus vidas habían continuado, incoloras e insípidas, pero habían seguido adelante, ahora la cuestión era ella, ¿quería vivir sin él?

—Cuando te dije que quería que fueras tuya y, que te compartieras conmigo, hablaba de esto. Absolutamente de todo, que me compartieras esa parte de tu esencia que está oculta del mundo, no solo las banalidades. Que compartieras tu lado guerrero, el insoportable, porque claramente del amable es muy fácil enamorarse.

—No tengo más oscuridad que la autodestrucción...

—Y ni siquiera, porque te sacrificas por el otro. Sí, te ponías de novia con personas que no iban a resultar, obligándote a hacerte daño, incluso ahora puede que te obligues a no perdonarme, simplemente para disfrutar el dolor que, parte del orgullo, te va a generar.

Con semejante afirmación, ella se quedó boquiabierta, ¿podía ser posible que él, fuese capaz de leer sus retorcidas intenciones?

Del otro lado de la puerta las cinco abuelas, escuchaban con vasos pegados a sus oídos.

—Recién ahora están comenzando a hablar —murmuró Jacinta.

— ¡Brava la chiquita!—exclamó bajito, Carola.

—Lo mejor de todo es que no se están culpando uno al otro, bueno ahora ella dejó de hacerlo y están aceptando errores. Esto tiene buena pinta—susurró Antonia.

— ¡Shh! Que no escucho, carajo— se quejó Margherita.

Roma se había quedado en silencio, perdida en la imagen que se le proyectaba en su mente: se encontraba parada en frente a un abismo, que no podía cruzar, deseando con todo su corazón saltar al otro lado. Pero no contaba con los medios para dejar sus viejos hábitos y saltar, tenía miedo, miedo de caer y estrellarse contra el suelo, arriesgar el alma y quedarse devastada nuevamente, entonces él se posicionó a su lado; con su inmensidad, su eterna calma y se movió. Puso un pie de un lado del abismo y quedando parado en medio, sus piernas firmes y seguras se lo permitían, extendiendo una mano la invitó a saltar con su ayuda, ofreciéndose de puente, de pilar humano. Ella, lo contemplaba dudosa ¿saltar con su ayuda y ser libre de las sombras o quedarse en el eterno dilema de cómo seguir adelante?

— ¡El amor no es orgulloso!— Escuchó exclamar su abuela Ghita, del otro lado de la puerta, sacándola de su trance, recordándole el mensaje que Augusto, de la nada, le había enviado ese día tras el café en La Fragata.

—Podría decirte mil cosas Roma, pero toda se resumiría a una sola: TE AMO. Sí, lo hago, de la manera más pura y luminosa que soy capaz, incluso desde mi lado turbulento, amando cada una de tus facetas. Te he soñado y añorado cada día de mi vida, incluso antes de conocerte. No sabía que se podía amar de esta forma, no estaba acostumbrado a un sentimiento tan sublime, tan fuerte como un alud, que derriba todo aquello conocido dejando las tierras vírgenes nuevamente; y aunque queden escombros, sé que juntos los

podemos limpiar, codo a codo, trabajar para rehacer nuestro propio Edén— habló él, haciéndola tomar la decisión al problema que se le planteaba en su cabeza.

—Nunca imaginé que iba a ser capaz de amar a alguien, de la manera en la que te amo a vos. El dolor que sentí al ver esa escena en tu casa, fue tan fuerte e indescriptible, que sentí que el alma se me desgarraba, sangrando dolor, saliendo a mares por mis ojos. Te amo, Eric, en verdad lo hago, a pesar de todo, te amo con cada una de mis luces y mis sombras, con mis virtudes y mis defectos, te amo de la manera más humilde que soy capaz, incluso mi orgullo te ama — dijo ella, con los ojos rebalsados en lágrimas. Imaginariamente, tomó su mano y se preparó a saltar.

—Fuimos, somos y seremos, alquimistas. Nuestro amor es el concepto de la alquimia, transformando cualquier escollo en oro, incluso la fórmula para la vida eterna es hacer el amor con vos. Nos transformamos, evolucionamos, resplandecemos, todo porque estamos juntos. No sólo se trata de reacciones químicas, porque son tan fútiles, que con el tiempo se desvanecen. En cambio, la alquimia, perdura por siempre.

—Somos artistas, Eric, creando constantemente nuevas formas de amar. Te amo y nos amamos por elección, la elección de no dejar de lado la necesidad de hacerlo. Nacimos a través de los tiempos, adorando nuestras esencias, integrando lo masculino y femenino, libres, volando con alas propias... me enseñaste a volar... Me acariciaste desde adentro, haciendo incandescente cada resquicio de mi alma, no quiero luchar más contra corriente—expuso, mientras sus lágrimas, caían sin cesar. Entonces, en verdad, saltó a sus brazos. Dejándose envolver por la inmensidad de su cuerpo, por el calor de sus corazones al latir en sintonía. Roma, se corrió apenas y se perdió en las pupilas de Eric, de color oro, brillantes de emoción, exclamando en cada orbe, el amor que le profesaba. Atraídos como imanes, se besaron, polo negativo y positivo, se devoraron con las ansias de quien padece hambre y solo el sabor del otro, tiene la virtud de satisfacer el voraz apetito.

Roma buscaba fundirse con él, necesitaba traspasar su cuerpo y llegar a su alma de forma corpórea. Se apretaba con piernas y brazos a su inmensidad, imaginariamente sintiendo el vértigo de volar y jamás caer. Lo más similar que había sido capaz de experimentar, había sido la vertiginosa velocidad cuando corría; pero esas sensaciones quedaban efímeras frente a lo que sentía en sus brazos o con sus besos.

—Vamos a casa, necesito hacerte el amor—murmuró él, contra sus labios.

— ¡Abuelas, vamos a salir!— Gritó la advertencia para que cuando abrieran la puerta, ninguna se golpeará.

En una simple maniobra, Eric, la ubicó como una bolsa de papas sobre su hombro. Ella comenzó a reír, pletórica.

Cuando la puerta se abrió, las abuelas, los esperaban como la guardia de honor, mirándolos orgullosas, mientras secaban un par de lágrimas que se le habían escapado.

—Ahora entiendo la razón de su insistencia— murmuró cuando quedó boca abajo, frente a sus abuelas.

—Siempre hay que salir decente, nunca se sabe— le guiñó un ojo Antonia, al responder.

Articulando un “gracias” se despidió de ellas, las cinco mafiosas de las agujas de tejer.

Desde el balcón Santino, Sofía, Marcos, Brenda, Lucas, Mariela, Pietro, Ángela y Jonás; los observaron salir, estallando en aplausos y vítores.

Con semejante despliegue de barullo les fue imposible no mirar hacia arriba, a modo de devolución de tanta ovación, Eric, elevó un puño al aire en señal de victoria. Ella, simplemente, se carcajeó con más fuerza.

En casa de Eric, no hubo tiempo para los preliminares. La sed de sus cuerpos, el ansia de sus almas, los guiaron a sacarse las ropas con prisas; arrojarse nuevamente a los brazos del otro y unir sus cuerpos con

violencia, besándose con desesperación, fundiéndose, convirtiéndose en uno solo.

Sensual, primitivo y salvaje, Eric, la embestía. Gritos, gemidos, exhalaciones, musicalizaban el ambiente. Se sentía poderoso al abrirse paso dentro de su cuerpo, una vez más, proclamándose un dios cuando ella lo miraba, con las pupilas dilatadas, escalando a la cima del placer.

Roma se aferraba a él, sintiendo la primitiva necesidad de sentirse parte suya, arañando su espalda, hincando sus talones, convirtiendo el colchón de la cama en el lienzo de una pintura, la obra de arte que plasmaba la primitiva danza del origen del mundo. La colisión, el famoso Big Bang, el comienzo de un nuevo universo donde ellos, los primeros habitantes, comenzaban a andar con libertad.

Un grito agudo, retumbó en las paredes de la habitación, clara señal del demoledor orgasmo que la atravesó. En simultáneo, él, se retiró de su interior con un bramido casi desgarrador, volcando su simiente en el pubis liso de ella. Desplomándose sobre su cuerpo, entrelazando su agitada respiración y su pulso acelerado, con los de ella que se encontraban en igual condición.

—Sabía que el sexo de reconciliación era bueno, pero jamás imaginé que era TAN BUENO— dijo ella, con la voz entrecortada, a causa de la agitación.

—Creo que vamos a pelear, sólo por esto— respondió él mientras se apoyaba sobre sus codos, mirándola divertido y enamorado.

—Oh, sí, no me cabe ninguna duda— murmuró ella sobre sus labios. —Sigo sin perdonarte, que le dieras MI remera, para que pasara la noche— dijo, cuando separó sus labios de los de él.

—Tenes mi guardarropas entero, esa remera prendela fuego.

—Es un buen comienzo de disculpas—concedió ella, mientras recorría la espalda de él, suavemente, con la punta de sus uñas.

— ¿Qué más necesitás? — Indagó en un ronroneo sexy, inclinándose para besar su cuello, percatándose de que había cambiado su perfume.

—Mmmh... no sé... necesito ver... qué me ofreces, para poder... tomar... una... determinación— respondió, entrecortada, a causa de la excitación que él le provocaba al lamer, besar y mordisquear su cuello y el lóbulo de su oreja.

— ¿Qué te parece esto? — Consultó, deslizando su mano hasta el pubis de ella, acariciando con suavidad su clítoris de manera circular, mezclando su simiente con la humedad de ella, generando el elixir mágico de la plenitud.

—Mmmh... sí... ¡ay! Mmmh... no sé, no me convence—. Le costaba en demasía, expresar una frase coherente cuando sentía la textura de las yemas de él, en el punto más sensible de su cuerpo, prodigándole caricias experimentadas.

— ¿No te convence?— Preguntó, con un brillo malicioso en la mirada, sonriendo como un lobo hambriento.

Ella negó con la cabeza, mientras separaba más sus piernas para brindarle un mejor acceso.

Eric, se deslizó con calma hacia los pechos de ella y, con maestría, metió uno de sus pechos a su boca. Sin dejar de estimular el pequeño botón, ubicado entre las piernas de ella, mientras que con la mano que le quedaba libre, atendía a su otro pecho.

Tres puntos sensibles, dos de los cuales no tenía conocimiento de que podía sentirlos de esa forma, eran estimulados al mismo tiempo; provocando que su cabeza se convirtiera en un blanco continuo, incapaz de quedarse quieta o en silencio. Tirando de los cabellos de él, presa de la oleada abrumadora de la excitación.

Eric, le daba la bienvenida a la hermosa sensación de ella al contraerse; consciente de que faltaba poco para que ella explotara, incrementó los estímulos. Deslizando el dedo índice y medio en el interior de Roma, mientras frotaba con delicadeza su clítoris, comenzó a penetrarla con pericia, localizando su punto “G”, rozándolo, haciéndola sentir sus huellas digitales en ese lugar.

Ella comenzó abalancear sus caderas contra su mano, incrementando el ritmo, hasta que sus paredes

vaginales se contrajeron y explotó, como una supernova.

Eric, deleitó su vista con los espasmos que la atravesaban; con la mirada perdida, brillante y deseosa. Entonces, volvió a penetrarla, ésta vez, con su falo. Sintiendo la calidez de la carne envolverlo.

—Estás tan caliente— susurró, con un gozoso gemido.

—Vos me pones así— respondió ella, al sentirse llena una vez más de él.

—El único, el último— afirmó, con un bramido antes de devorar sus labios.

—Sí, mi amor, sí. El soberano absoluto de mi cuerpo, de mi alma, mi Medio Príncipe—aseguró ella, dejándose llevar una vez más por los hermosos y coloridos espirales, que la catapultaban al nirvana.

Capítulo 21

Con la cabeza apoyada en su pecho y sus piernas entrelazadas con las de él, Roma, se perdía en los detalles del perfil de Eric. La cicatriz que atravesaba su ceja, tan dolorosamente sexy, incluso algunas cicatrices más pequeñas en su mejilla que se camuflaban con la barba y ahora las comprendía tan bien, ahora las besaba con más amor que en el pasado.

— ¿Seguís con fuerzas para mantenerte despierta?— Murmuró adormecido. Podía sentir la mirada de ella en cada poro de la piel, incrédulo que pudiera mantenerse con los ojos abiertos después de la maratónica sesión de sexo.

—No me quiero dormir— admitió, apretándose más a él.

— ¿Y eso?— indagó abriendo apenas un ojo, besando su coronilla.

—Sucede que si me duermo, te voy a extrañar.

—Entonces, soñá conmigo...—suspiró.

—Incluso cuando sueño con vos, te extraño.

La respuesta de ella, lo hizo sonreír satisfecho. Adoraba cuando Roma se ponía cursi, de todos modos estaba convencido que en cualquier segundo iba a decir uno de sus mordaces comentarios, para contrarrestar la dulzura.

— ¡Ay!— se quejó al sentir los dientes de ella cerrarse en sus pectorales. A veces no era lo que decía sino, lo que hacía para acabar con la melosidad.

—No te duermas...

—Si me dejas dormir un ratito, te quedas quieta y te portás bien; prometo darte una sorpresa—intentó

sobornarla pero, tal y como había imaginado, comenzó a ponerse inquieta. Ella se acomodó encima de él, estirando su pequeña humanidad sobre el largo de su cuerpo, apoyando la punta de su nariz sobre la de Eric, observándolo sin parpadear.

— ¿No te vas a quedar quieta, verdad? — Preguntó riendo.

— Nopis— respondió, depositándole un beso en la nariz.— Quiero mi sorpresa— exigió, mientras mordía su barbilla con suavidad.

Eric, deleitó la palma de sus manos recorriendo cada centímetro de la espalda de ella, disfrutando hacerla ronronear.

— Me gusta tenerte así— admitió él, luchando por abrir sus ojos.

— ¿Te gusta mi nuevo look?— Indagó, obligándolo a redoblar los esfuerzos para separar los párpados. Eric sonrió abriendo con lentitud los párpados, enfocando sus pupilas en la mirada expectante de ella. Recorrió con lentitud su espalda, hasta ubicar su mano en su mejilla y con una lenta caricia, enredó sus dedos en los cabellos cortos de la muchacha.

— Me gustas vos, por ende, hagas lo que te hagas, me va a fascinar— dijo, en un lento susurro gutural, erizando la piel de ella.

— Oh— musitó, embobada. Acercó su rostro los escasos centímetros que los separaban y cuando estaba por besarlo, un golpe en la ventana los separó.

— Tenemos visitas— le informó, observando la ventana.

— ¿Qué clase de visita golpea la ventana de una habitación?— Se extrañó, mientras era incorporada por él.

— Una demasiado especial que no necesita el uso protocolar de la puerta.

Con calma se dirigió a la ventana bajo la atenta mirada de ella que lo esperaba en la cama, con sus hermosos pechos al aire; condenadamente hermosa y majestuosa, posicionada sobre su costado, la mano descansando sobre su vientre y una de sus piernas, levemente cruzada hacia delante. Si fuese buen pintor, seguramente le haría un retrato en esa posición pero debería conformarse con fotografiarla. Se obligó a continuar lo que pensaba hacer, antes de perderse en la visión de ella, porque mandaría a la mierda a la lechuza para devorar el cuerpo de su amada una vez más. Su miembro se alzaba en concordancia con su cerebro, el simple hecho de su melena alborotada por el trájín de las sábanas lo volvía loco, junto con sus mejillas sonrosadas y sus pupilas brillantes. Sonrió abiertamente mientras un destello malicioso surcaba sus pupilas al verla extender hacia arriba la pierna, ubicándola en paralelo a su cabeza como una descarada ofrenda para él. Sin despegar sus ojos de los de ella, abrió la ventana y la lechuza entró, como siempre, creyéndose dueña absoluta de la estancia. Sin darle tiempo a reacción, Saeta se posó con suavidad en la punta de los dedos de la joven.

— ¡No te muevas!— exigió Eric, mientras corría a buscar su máquina de fotos, semi profesional, un regalo de su hermano para incentivarle su afición a la fotografía

— ¡Apurate que me hace cosquillas!— Gritó ella, intentando contener la risa. Saeta la contemplaba posada con delicadeza en la punta de su pie, sus enormes ojos la arrastraban a un lugar desconocido donde el tiempo detenía su andar y el espacio desaparecía, haciéndola perder la conciencia del entorno, sólo el latido de su corazón podía escucharse. Sintió la cálida bienvenida y a lo lejos, en el fondo de sus sentidos, percibió una lejana advertencia. Algo malo iba a suceder, de alguna extraña manera, Saeta se lo estaba advirtiendo. Frunció levemente el ceño, consultándole si el extraño sentimiento era posible y la lechuza, asintió apenas.

— Majestuosas— murmuró Eric mientras disparaba con la cámara, provocando que ella saliese de su trance.

Saeta realizó una mueca, demasiado similar a un alarde altanero por lo expresado por él y para darle más énfasis, dejando estupefacta a Roma, desplegó sus alas y posó para él, mirando a cámara o seduciéndola a ella con sus hipnóticas pupilas.

—No te muevas, Saeta —le ordenó Eric, mientras acomodaba las sábanas en el cuerpo de Roma, buscando una imagen sensual y sugerente. Imaginando esa fotografía en un mural de su casa, por lo que tenía que ser cuidada. El resto, aquellas en las que salía desnuda, quedarían sólo para él.

—No puedo creer que esté acá, ¿la domesticaste?—La pregunta de Roma, provocó que Saeta chirreara, como si la joven acabase de blasfemar.

—No, mi amor, ella es libre y sabe que siempre que desee puede volver.

—El amor, es libertad...—susurró Roma, entendiendo a lo que se refería él. Percibiendo con más fuerza el vínculo con Saeta, comprendiendo por qué la lechuza lo amaba: Eric le había regalado la libertad. Entonces sintió el lazo forjarse, ella también estaba unida a Saeta.

Como si pudiese leer sus pensamientos, la lechuza asintió y Roma pudo jurar que le guiñó uno de sus enormes ojos.

Después de media hora de someterse a los caprichos fotográficos de Eric, Saeta se despidió de ambos; posándose con suavidad en sus hombros y refregando su cabeza.

—Es... increíble— dijo Roma, con la mirada clavada en el vuelo de la lechuza desde la ventana. Eric, ubicado al lado de ella, simplemente se limitó a depositarle un beso en su sien.

Roma eligió una musculosa azul marino de Eric, le quedaba como un sensual vestido abierta a los costados hasta casi el final de la curva de su cintura, el dobladillo le llegaba hasta encima de las rodillas, otorgándole un look sensual.

Mientras Eric cocinaba un salteado de verduras, en bóxer, ella se dedicaba a embeber sus pupilas en la imagen de él apoyada en la entrada de la cocina, con los brazos cruzados.

— ¿No te hace frío?— Preguntó él sin despegar los ojos del wok, que tenía agarrado del mango, mientras hacía saltar las verduras con un diestro movimiento de muñecas.

—Entre la calefacción y las vistas...—suspiró ella.

—Vení —le ordenó, girándose hacia ella. — Probá— agregó, seductoramente, mientras le extendía la cuchara de madera.

Como pudo, Roma se acercó a él con las piernas temblorosas. Esperaba y rogaba que nunca, se perdiese el efecto de su mirada y voz en ella.

Eric sopló las verduras casi sobre los labios de ella, inclinándose para estar a la altura de Roma y cuando comprobó que no se iba a quemar, le dio a probar.

Sensual y sexual clavó sus ojos en él, mientras deslizaba su boca por la cuchara de madera, arrastrando en una erótica caricia el alimento. Se relamió y, emitiendo un gemido placentero, degustó las verduras.

— ¿Te gusta?— preguntó él, en un ronco murmullo.

—Sí — respondió con una exhalación, mientras se relamía.

Incapaz de continuar soportando la tortura Eric devoró su boca, acariciando salvajemente la lengua de la muchacha, disfrutando el sabor agrisado de la comida en la boca de ella. Gruñó, mientras la tomaba en brazos y a ciegas apagaba la cocina.

Roma apretando las caderas de Eric con sus piernas, se dejó guiar hasta la mesada. Sintió que él metía sus manos por los costados y acariciaba sus pechos, para luego ajustar sus poderosos brazos alrededor de su cuerpo.

Sin lugar a dudas lo que Eric más amaba de ella, era que nunca dormía con ropa interior.

—Sos tan hermosa —gruñó, separándose apenas para poder sacar su miembro del confinamiento de sus bóxers. La erección casi le dolía, necesitaba estar dentro de ella.

—Eric...—suplicó, ella también lo necesitaba.

—Abrí las piernas.

La enardecía cuando él tomaba el mando, adoraba su tono imperativo teñido con notas de excitación; con

certeza ella podría explotar en un orgasmo con solo escucharlo dar órdenes.

— ¿Así?— lo provocó, abriendo a penas las piernas.

Él gruñó la respuesta negativa, mientras la atraía hacia adelante y abría sus piernas en ciento ochenta grados; ésa era otra de las tantas cualidades que más disfrutaba de ella al momento de hacerle el amor.

Al encontrarse con la cintura al aire, mientras que su espalda reposaba en la mesada de mármol, estaba totalmente expuesta a él. Eric, no sabía de qué manera la sostenía con su inmensidad, solo tenía la seguridad de que jamás la dejaría caer. Percibió cuando él, con la punta de su falo, comenzó a estimularle su clítoris hinchado, húmedo y caliente; anhelante de atención.

—Estás tan caliente —murmuró gruñendo.

—Por favor...

— ¿Qué?— preguntó, mientras continuaba la tortura para ambos. Ella gemía, apretando con fuerza los ojos, mientras se aferraba con violencia a su cuello. Se encontraba tan mojada e hinchada, fabulosamente estimulada, gruñía al imaginar lo que sería penetrarla y ser rodeado por esa caliente y húmeda cavidad.

—No puedo más, por favor —respondió, en un erótico lamento.

—Abrí los ojos, ¡miráme! —exigió. —Nunca más, vuelvas a dejarme ¿estamos?—inquirió, apretando los dientes. — Estás conmigo, hasta el final de los tiempos, ¿entendiste?— Detuvo la estimulación cuando ella no respondió.

Roma se quedó con la mezcla de sensaciones recorriendo su organismo, por un lado la frustración de no culminar y por el otro, el shock ante la demanda de él.

—Fuiste vos el que me dejó, creo que la exigencia me pertenece.

Un destello de satisfacción, atravesó los ojos de él. El dorado de sus pupilas se moteaba de verde, el desafío del amor se manifestaba en las puertas de su alma. Sonrió complacido, mientras ubicaba la punta de su falo en la entrada del cuerpo de Roma. La tomó de la nuca y apoyando su frente en la de ella, encadenó sus retinas a las de Roma.

—Juntos, hasta el final de los tiempos— afirmó solemne, erizándole la piel con la gutural cadencia de su voz.

—Te amo.

Al escuchar esas dos palabras, selló el pacto, uniéndolos en cuerpo y alma. Penetrando su cuerpo, hundiéndose en lo más profundo de su ser comenzando a bombear con salvajismo impulsándolos hacia cimas jamás escaladas, hacia universos jamás descubiertos, arrastrándolos con una violencia avasallante en un tornado emocional, destruyendo los muros que ambos habían construido a lo largo de sus vidas.

— ¡Eric!—Gritó impulsándose a sus brazos, estallando, fragmentando su interior en millones de átomos; aferrándose a él con sus extremidades, sus puntos medios y su alma.

— ¡Roma!— Exclamó, sujetándola contra su cuerpo, fundiéndola en su esencia, derramándose brutalmente en su interior.

En ningún momento habían desconectado sus miradas, era tan profunda y majestuosa la comunión de ambos, que los sumergía en un mundo mágico en el que sólo ellos existían.

—Si pudiera elegir un lugar dónde vivir, sería en tus pupilas cuando me miran—susurró ella, rompiendo el armonioso silencio, antes de besarlo con suavidad en los labios.

—Compartir mi vida con vos, eleva mi felicidad a escalas infinitas. Te amo con cada latido de mi corazón, con cada respiración que doy y si pudiera elegir un lugar dónde vivir, sería dentro de tu alma—murmuró sobre sus labios, mientras la contemplaba con absoluta devoción. Ella jamás se sintió tan amada, adorada y venerada.

—La próxima vez que oses dejarme, alojar a una zorra maldita y romper mi corazón, te juro Eric Carson, te corto las pelotas y me hago un hermoso llavero ¿fui clara?— Lo amenazó, sujetándolo con brusquedad del cabello.

—Sí, Roma Giovanna Casalegno, fuiste clarita. Vos, nunca más me mientas y me ocultes cosas. Soy tu

compañero y, como tal, prometo siempre acompañarte en tus batallas, aunque no pueda o no me dejes pelearlas con vos, pero estoy para acompañarte al frente y quiero que lo comprendas, lo aceptes y me brindes el lugar que me corresponde ¿estamos?

Roma asintió ante su pedido, conmovida por la simpleza del mismo. La exigencia de él, se basaba en solamente sostener su mano en los momentos difíciles. Sintiendo por primera vez que no estaba sola contra las adversidades y tampoco él esperaba resolverle la vida, solamente pedía ser su punto de apoyo, su compañero.

—Te amo más que a nada en el mundo— dijo él.

—En cambio yo, te amo más que a todo. Porque la “nada” es el vacío, sin embargo “el todo”, implica el mundo. Ante la nada es fácil amar, elegir entre el vacío y un algo, pero ante el “todo” se vuelve la verdadera elección. Sos mi elección de luz y de salvación, yo me elijo para elegirte. Sos mi “primero que todo”—replicó ella, dejándolo estupefacto con su análisis.

—Me corrijo — aclarando su garganta, continuó: — Te amo más que a todo, por encima de todo y más allá de todo tangible o imaginario.

Con ella en brazos, aún unida a él, se encaminó a la ducha. Tuvo que dejarla en el suelo para sacarse el bóxer. Las discusiones con respecto a la temperatura del agua, no tardaron en llegar. Ella prefería el agua hirviendo mientras él, estaba acostumbrado al agua tibia por lo que terminaron acordando que él la vería ducharse y después tomaría posesión del agua.

—No nos cuidamos—comentó él.

Roma, meditó unos instantes su respuesta. Cuando ellos habían iniciado formalmente la relación, el método anticonceptivo que había surgido entre ambos, había sido el preservativo. Aunque algunas veces no lo utilizaban y se “cuidaban” procurando que él, terminase fuera. Ella había pedido turno con su ginecólogo para comenzar con las pastillas, pero la relación se había truncado y no le había visto sentido. Ahora que estaban juntos nuevamente, sucedió el primer encuentro amoroso en el que Eric se había dejado llevar al igual que ella. ¿Qué sucedería si quedaba embarazada? Se concedió imaginarse como madre, tal vez el pequeño asunto se adelantaba un poco, pero sin dudas lo amaría al completo.

— ¿Te preocupa?— Preguntó, tratando de parecer tranquila mientras se refregaba enérgicamente las piernas. Tal vez, él, no quisiera tener hijos ¿qué pasaría entonces? Nunca habían hablado de hijos, porque ¿qué clase de pareja que inicia habla de tener hijos? Sí, bueno, son preguntas que se hacen como manifestación para saber si hay o no intereses en común al respecto de la paternidad o la posible idea de formar un hogar con la persona que se está iniciando la relación. En aquel entonces Roma no miraba tan al futuro, por eso tampoco se había autorizado a proyectar con tanta fuerza la relación con Eric. Como bien era sabido por ella, había vuelto a caer en su necesidad de suministrarse dolor para plantearse ese interrogante, porque había sido el día que lo había descubierto con Ana, en el que se dio cuenta de lo profundo que era su sentimiento hacia él y que en verdad había pensado formar una familia con él. Su propia y pequeña familia, esa hermosa expectativa había sido dolorosamente arrancada de sus sueños cuando se creyó traicionada. Ahora que todo estaba en su lugar y ese mal entendido había sido aclarado, la pequeña ilusión volvía a destellar en su mente una vez más. Admitía que le hubiese encantado disfrutar más de la pareja en soledad, antes de concebir, pero si el bizcochuelo estaba en el horno nada podía hacer, excepto aprender a ser tres y disfrutar de la soledad de dos tan solo nueve meses.

—Me hubiese gustado disfrutar más de nosotros, antes de formarnos como familia— respondió él, acertando con sus palabras los pensamientos de ella.

—Opino igual...

—Vamos a volver al preservativo, fue una sola vez, no implica que no pueda existir la posibilidad...

—Lo sé, pero dejemos ese tiro por las dudas. Si dio en el blanco, empezamos a comprar pañales y si no, comienzo con las pastillas ¿te parece bien?

—Justo lo que tenía en mente.

Se perdía en el cuerpo de ella, mojado y brillante por el agua, imposible era ocultar la erección que la imagen le provocaba. Nunca en su vida había sentido tanta necesidad física de otra persona, tal vez se debía a que literalmente estaba con la mujer de sus sueños. Había dicho la verdad, cuando expuso que quería disfrutar un tiempo más de la intimidad de ser dos. Se habían vuelto a reencontrar después de una temporada de estar separados, pero existía el apremiante y primitivo deseo de engendrar en el vientre de ella. Sí, la necesidad de prolongar su genética con ella, por la conservación de la especie y cualquier pensamiento científico que tuviera el poder de explicar su ansia por ser padre. Casualmente era otra primera vez que compartía con ella, en su pasado la sola idea de ser padre o formar un vínculo sólido y comprometido con alguien, le causaba sarpullido; con Roma, en cambio, le daba la sensación de paz y de felicidad.

— ¿Necesitas ayuda con eso?— Escuchó que preguntaba, mientras se dejaba caer de rodillas frente a él. Eric no respondió, se limitó a levantarla del suelo mientras abría el agua fría.

—No entiendo cómo no se te cae la piel a pedazos— susurró contra sus labios.

—Exagerado.

El vapor los envolvía, Roma no sentía la considerable variante en la temperatura del agua porque él elevaba su calor corporal y hacía arder su piel. Habían hecho el amor en la ducha, millones de veces, incluso en la enorme bañera y parecían inventar nuevas formas cada vez que se amaban en cada lugar. Sin depositarla en el suelo la giró, con un poco de brusquedad, estampándola contra la mampara, provocándole una carcajada.

—Adoro cuando te ponés torpe — rio ella, ocasionando que él gruñera mientras la penetraba de una sola estocada, cambiando la risa por un prolongado gemido. Roma estaba lista para recibirlo, como siempre, sin necesidad de juegos previos. A decir verdad, los preliminares habían sido la tortuosa tarea de contemplar sus cuerpos desnudos, húmedos y anhelantes.

Con sus piernas enroscadas en él, sus pechos aplastados contra el vidrio y sus manos intentando aferrarse a cualquier cosa, terminaban chirriando al deslizarse en la mampara mojada, dejando a su paso la huella del desenfreno de sus palmas. Él, la sostenía de la cintura obligándola a seguir el ritmo impuesto por sus manos. Los dedos de Eric, se clavaban impunemente en su piel, otorgándole la sensación de seguridad. Esa certeza de que por más resbaladizos se encontrasen sus cuerpos, él no la dejaría caer. Al parecer, los pequeños hoyuelos en la parte baja de su espalda estaban hechos para sus dedos, los hoyuelos de venus, eran total y completa propiedad de él.

Embestia con salvajismo, envolviéndolos a ambos en una desenfrenada búsqueda de oxígeno, obligándola a arquear su espalda y apoyarse al completo en la espalda de él, quien rodeo su cuerpo con sus musculosos brazos, mientras sus dedos buscaban los pezones erectos de ella y comenzaban a pellizcarlos con delicadeza.

— ¡Más fuerte! — exigió ella, forzándolo a que la ubicara contra la pared indicándole que ubicara allí sus palmas. Mientras el agua de la lluvia, caía entre sus cuerpos.

Ella gemía y gritaba su nombre, él gruñía mientras le murmuraba palabras que harían sonrojar a cualquier meretriz, incentivándola a llegar a la cima. Volvió a girarla, quedando frente a frente, mientras él se apoyaba contra la pared, el agua caía sobre sus cabezas. Sus bocas se buscaban fervientes y anhelantes. Ella contoneaba sus caderas abrazada a él, sus gemidos se unían a los de Eric, entrelazándose y fundiéndose en el calor y el fervor de sus besos. El orgasmo los sorprendió a los dos en simultáneo, Eric salió bruscamente de su cuerpo gritando salvaje y guturalmente el nombre de ella, y la acomodó sobre su abdomen, percibiendo los latidos de su sexo intensos hasta desvanecerse lentamente. Permanecieron unos instantes aferrados el uno al otro, hasta que sus respiraciones se volvieron normales, al igual que los latidos de sus corazones.

—Te voy a dejar morados en el cuerpo— murmuró él, un poco apenado al ver sus dedos impresos en la piel de ella. Roma girando a penas su torso para ver sus glúteos y, efectivamente, ver los dedos de él

desplegados como pequeñas pintas en su trasero.

— ¡Meh! No pasa nada, menos mal que es invierno— lo tranquilizó, mientras le guiñaba un ojo.

Algo primitivo se despertó en ambos, marcarse con la pasión que los envolvía, fue un aliciente que quebró, de alguna forma, otra barrera más en ellos. Ambos se pertenecían, eran suyos, creando por fin la palabra “nuestro” y dotándola de significado.

Eric la apremió para que saliera de la ducha, cuando ella preguntó por qué la expulsaba, le explicó que era la única forma de que salieran de ahí, haciéndola consciente de que el deseo que ambos se profesaban era incapaz de resistirse mucho tiempo. Para sumar otro punto más el estómago de ambos rugió, provocando que ambos rieran a carcajadas.

Mientras ella se secaba, le iba comentando que iba a aprovechar para llamar a su casa para comentarles las novedades e informar que no iba a volver a dormir a su casa. Al escuchar la seguridad con la que ella había decidido quedarse a pasar la noche con él, la sonrisa que se le formó a Eric en los labios, era de quien había ganado el premio mayor en su vida. Amando la certeza que ella había dado por hecho quedarse, compartir la noche con él, sin un ápice de duda.

Roma lo dejó a solas con sus cavilaciones, mientras con la toalla en la cabeza y la remera de él cubriendo su cuerpo, se dirigió a la habitación para robarle un par de medias. Se puso a levantar el camino de ropa que habían dejado unas cuantas horas antes, dando vuelta la ropa del derecho, un papel se deslizó del bolsillo trasero del jean de Eric.

La curiosidad, su letal enemiga y aquella que la llevaba a tomar decisiones impulsivas, le susurraba seductoramente que desplegara el papel y viera de qué se trataba el asunto. No quería pecar de ser ese tipo de novias entrometidas y fisgonas, tampoco era el hecho de que desconfiara de él, pero le roía el alma, le picaba el cuerpo ante su maldita curiosidad. Levemente se dio vuelta para agudizar el oído, comprobando que la ducha seguía encendida colocó el pantalón bajo sus axilas y desplegó el papel.

La letra cursiva, un poco más prolija de lo que había esperado, de trazos fuertes y seguros, pero a la vez con esa caligrafía acostumbrada a anotaciones vertiginosas en sus épocas de estudio y, por supuesto, más legible que las recetas médicas, le dieron la bienvenida. Su nombre y el apodo que él le había puesto, anunciaban el comienzo de una carta, pero a medida que sus ojos avanzaban voraces por el papel, se percató que eran los pensamientos de él, una declaración de amor eterno, envuelta en una hermosa filosofía.

Roma, mi Belona:

Si debo ser sincero, no sabría cómo ni por dónde comenzar a explicar esto que siento. Esto que comencé a sentir la primera vez que te vi y que me impidió continuar con mi camino, necesitaba ver a dónde te ibas tan tranquila y campante después de ese breve intercambio conmigo. Necesitaba saber qué era eso que me tiraba hacia vos, esa fuerza magnética que me impulsaba a tus brazos.

Nunca creí o pensé que el amor iba a ser para mí, lo intenté una vez y casi me cuesta la vida y la existencia, pero puedo jurar que el sentimiento que en aquel entonces me impulsaba, era completamente diferente al que siento por vos. No sé cómo describirlo, soy un pésimo escritor, pero lo único con lo que puedo compararlo es con la libertad, con la vida y con el vértigo. Es la misma sensación de lanzarse a un vacío, el vértigo de la altura, esa necesidad de saltar y a la vez el temor de morir en la caída, porque se sabe que cuando uno se lanza al vacío desde una altura considerable, es inevitable la muerte. Pero me di cuenta de que es completamente distinto con vos, es el vértigo de lanzarse, pero la certeza absoluta de jamás caer porque lo que sentimos son las alas que nos sirven para recorrer el infinito, juntos.

Nuestras almas han sido creadas para estar juntas, volviéndose inmarcesibles al paso del tiempo, porque para ellas el andar del reloj es inexistente.

Te amo, parece una palabra efímera a comparación de todo lo que me gustaría decir, pero es el

resumen perfecto de lo que siento. También descubrí que, cuando se las confiesa a la mirada correcta crecen de manera poderosa, envolviendo todo lo existente bajo su luz brillante.

Te amo, como jamás me creí capaz de sentirlo. Te amo, con la fuerza terrestre y universal. Te amo, con las alas de un corazón que te anhela para volar juntos en la libertad del cielo azul.

Me despido de éste pequeño confesionario de tinta y papel, como lo hizo Beethoven en la carta a su Amada Inmortal.

*Siempre tuyo,
Siempre mía,
Siempre nuestros.*

Eric.

La emoción rebalsaba sus pupilas y se deslizaba por sus mejillas con cada letra trazada por él, nunca le habían escrito una carta, menos una de amor. Por lo que, con sumo cuidado, la doblo y la besó, antes de guardarla en su cartera. Secó sus lágrimas y se obligó a recomponerse. Él había apagado el agua de la ducha, podía escuchar el trajín que hacia al secarse y secar el baño. Optó enviarle unos mensajes a su familia y, una vez que terminó, se encaminó a la habitación de Eric y buscó la maldita remera de la discordia.

Él salió envuelto con una toalla en la cintura, abrumadoramente masculino, demencialmente sexy y primitivamente sexual. Rogaba de continuo a los dioses que el calor que sentía, jamás abandonase su cuerpo. Podía percibir que ese recóndito lugar entre sus piernas, ya estaba listo para recibirlo una vez más. Lo observó cambiarse, cubrir su magnífico cuerpo con un pantalón deportivo y una remera manga corta. Era un condenado dios, con cualquier vestimenta que eligiese o con su simple desnudez.

Por la periferia de su visión, él se había dado cuenta de que ella lo estaba observando. Suspirando se preparó para devorarla con la mirada, no había nada que le quedara asexual, por más ridícula que luciera. Unas medias gruesas de fútbol, que las había doblado por debajo de sus rodillas, de pie gris y en la parte de las canillas de un azul marino al igual que la maldita musculosa que le había robado, la misma que la apertura le llegaba hasta la curva de la cintura, dejando expuesta la piel del contorno de su cuerpo y el fácil acceso de sus manos y sus brazos para que la explorasen con libertad. Continuó acariciando su piel con sus pupilas, hasta que llegó a sus manos que sostenían “la remera”.

—Necesito que acabemos con esto, Eric.

La mirada suplicante de ella le imposibilitaba el habla, lo hacía consciente de que debían terminar ese asunto y desaparecer todo aquello que lo recordase. Incluso, si se lo pedía, sería capaz de tapizar el sillón y le dejaría el color a gusto y placer de ella.

—Voy por el alcohol — dijo con calma, mientras caminaba al baño a buscar en el bajo mesada el alcohol medicinal. Al pasar por su lado, levantó su barbilla y la besó con suavidad.

Roma dejó caer la remera y le correspondió, separó sus labios de los de él y le sonrió conmovida.

Mientras esperaba a su regreso, buscó en el armario un buzo para salir afuera. Lo sintió, detrás suyo, observándola moverse por toda la estancia. Sin decir nada, ella se volvió a enfrentarlo y guiñándole un ojo, tomó del suelo la remera, continuó camino hacia él y, ofreciéndole por primera vez la mano, se encaminaron juntos hacia el patio.

—Necesito hacerte la siguiente promesa— dijo ella, después de que él empapara la remera con alcohol y la arrojase a la parrilla, frenando la intención de Eric para lanzar el fósforo encendido. Eric frunció levemente el ceño y la invitó a continuar. Ella se había puesto un poco nerviosa, quizás se debiera al hecho de que por primera vez iba a prometer algo de manera adulta al ser amado, despojándose del orgullo herido de su ego, despojándose de su necesidad de flagelo y flagelar al otro.

Al ver que ella estaba buscando las palabras indicadas, él sopló el fósforo y la tomó de las manos. Ella se dejó envolver por la calidez de él y en un rápido movimiento de muñecas, pasó a ser ella quien lo tomase a él de las manos, perdiéndose en el maravilloso mar dorado de sus ojos, pronunció con todo el amor que la desbordaba:

—Una vez que el fuego consuma ese paño, serán igual las cenizas del recuerdo que atan la tela al episodio vivido. Te juro, Eric, nunca más volver a mencionar el asunto ni sacarlo a colación en futuras discusiones.

—Empezar de nuevo —concordó él.

—Empezar de nuevo implicaría la posibilidad de volver a cometer los mismos errores que nos separaron. Más bien, sería retomar desde dónde lo dejamos, con la lección aprendida. Eligiéndonos a pesar de los malos entendidos.

—Que el fuego nos purifique, entonces— sonrió él, mientras abandonaba con suavidad las manos de ella y prendiendo un nuevo cerillo dejaron danzar a las llamas frente a ellos.

Mientras cenaban en el desayunador de mármol, uno frente a otro, en absoluta complicidad y risas, con la liviandad de que nada quedaba en el tintero, Eric, rompió la armonía deslizando una pequeña caja cuadrada de terciopelo azul noche.

Roma sintió que su corazón se detenía y la sangre se deslizaba por completo a sus pies. Era consciente de que tal vez, había aceptado con mucha naturalidad la posibilidad de estar embarazada, pero por el amor a Cristo bendito, de ninguna manera estaba lista para la palabra con “M”. ¿Dónde habían quedado los noviazgos tradicionales? Por el amor santo, era demasiado pronto ¿verdad?

—No es lo que piensas— lo escuchó decir, allá a lo lejos. Sus ojos tuvieron que hacer un enorme esfuerzo para dejar de ver la dichosa cajita y prestarle atención.

Eric no sabía si reír ante su cara de espanto o sentirse ofendido, ¿tan aberrante le resultaba la idea de casarse con él?

— ¿Qué... qué... es?

—Tu regalo de cumpleaños — le informó con una pizca de tristeza. Todavía sentía una pequeña molestia en el pecho por haberse perdido su cumpleaños, después de matarse en el gimnasio, había ido a comprarle el bendito regalo, con la esperanza de entregárselo algún día.

— ¡Oh, Eric, no tenías por qué molestarte!

—No es una molestia en absoluto, y necesito que abras la maldita caja de una vez y ver tu rostro.

Con una sonrisa de niña ansiosa, abrió la pequeña caja y un grito consternado rebotó por las paredes. Alternaba sus incrédulos ojos entre el llavero de Ducati, del que colgaba una llave, y la sonrisa enorme que partía a la mitad la cara de Eric.

— ¿Me estás regalando tu moto?

—Vení.

Evadiendo la pregunta, la tomó en brazos y la llevó hasta la cochera. La dejó en la oscuridad mientras él se dirigía al tablero de luces.

La potente iluminación la cegó unos instantes, dándole a él la oportunidad de ubicarse a su lado para cuando a ella se le aclarara la vista.

Cuando pudo enfocar con atención, frente a ella apareció una Ducati 899 Panigale 2014 roja, la última lanzada al mercado y con la cual sólo había podido soñar.

—Feliz cumpleaños, mi amor — le susurró al oído.

A pesar de haber cumplido veinticinco años y ser una mujer adulta, le fue imposible no ponerse a gritar y a saltar como loca.

— ¡Tengo al mejor novio del mundo!—Gritó, mientras se arrojaba a sus brazos.

Incapaz de resistir la tentación, la incentivó a dar una vuelta por la cuadra. Ella corrió adentro sólo para

calzarse sus botas y ponerse un bóxer de Eric. Cuando volvió al garaje, él la estaba esperando en la calle con la moto al lado.

—Si querés en estos días vamos al circuito, pero ahora cuidado— le dijo él, mientras gesticulaba en referencia a las curvas al doblar.

—Hecho — respondió ella, con una sonrisa mientras se subía y le daba vida a la motocicleta.

Lo dejó de piedra, cuando la vio volver de la vuelta manzana acercándose a la casa haciendo el famoso “Willy”, que consistía en andar con la rueda delantera suspendida en el aire. Era consciente de que Roma era una leyenda, pero jamás imaginó que su chica pudiese hacer semejantes piruetas. El orgullo y la dicha, afloró desde lo más profundo de su pecho estallando con fuerza al verla detenerse y quedar suspendida en la rueda delantera.

— ¡WOOOW!— Exclamó maravillado cuando ella se sacó el casco, develándole una sonrisa de felicidad absoluta.

— ¡Es magnífica!

—La magnífica sos vos, no puedo creer lo que sos capaz de hacer ahí arriba.

—Eso no es nada— desestimó ella, mientras aceleraba apenas para guardarla en el garaje otra vez; con la ansiedad de mostrarle los videos de la carrera.

Entraron a la casa ignorando a los vigilantes que los observaban envueltos en la oscuridad de la noche.

Los matones contratados por Ana, se habían quedado estupefactos ante la habilidad de la muchacha al manejar la moto.

Habían sido contratados por la rubia, para vigilar los movimientos de los amantes y cuando el momento fuese oportuno apresar a la joven. Según su jefa, cuando ellos estaban juntos él solía prestarle el Audi por lo que aguardaban el momento indicado hasta que ese auto apareciera solo en las calles. La paciencia era una de las virtudes máspreciadas para el tipo de trabajo que empleaban.

Después de un maravilloso fin de semana, que pasaron absolutamente desnudos, amándose y reencontrándose, fortaleciendo el vínculo que los unía, en el que profesaron su amor y desnudaron, incluso sus almas, la realidad se volvió hacer presente y con ella, las obligaciones de sus respectivos trabajos.

Como era de esperar, Eric, le ofreció el Audi para que ella se fuese a trabajar. En vistas de que Roma entraba más temprano que él y, confiaba ciegamente en sus habilidades como conductora, le tendió las llaves sin dudar, pactando que después verían la forma de devolver el auto. Lo sorprendió cuando ella prefirió llevarse el Chrysler, bajo el pretexto que se moría de ganas por manejarlo, alegando que al Audi ya lo había conducido. Sonriendo ante el desparpajo de ella y su amor por los motores, embebiéndose de las sensaciones que le provocaba, cambió las llaves.

Sin ningún inconveniente partió a su trabajo, abriendo el portón con la llave de mando a distancia. Los cristales al ser polarizados, ocultaban su identidad, haciéndola pasar inadvertida al par de ojos que observaban ir tranquilo el auto plateado.

—El objetivo está en movimiento— afirmó uno de los matones por teléfono, al ver salir el Audi, mientras lo seguían a discreta distancia.

—La quiero viva— respondió ella, del otro lado de la línea.

La persecución dio comienzo llevando a Eric hacia una calle desolada, encerrando el Audi con tres vehículos más, imposibilitándole las vías de escape. Doce gorilas descendieron de unos Gol Trend negros y obligaron al conductor del Audi a hacer lo mismo.

— ¡Llévense todo!— Exclamó Eric, al bajar con las manos en alto sosteniendo la billetera y las llaves

del auto, resignado a ser asaltado al verse superado en número y además, los enormes hombres iban armados hasta los dientes.

— ¡¿Dónde está la chica?!— Inquirió uno enojado, al comprobar que el auto iba vacío.

La sangre de Eric se congeló, la buscaban a ella. Para sus adentros, agradeció la divina providencia de que Roma quisiera manejar el Chrysler. Prefirió hacerse el desentendido en el asunto y responder que no sabía de quién estaba hablando, ganándose un culatazo en la nuca que lo dejó inconsciente.

—Jefa, en el Audi no estaba la chica de la fotografía — informó avergonzado.

Del otro lado de la línea, Ana, se quedó paralizada ante lo expresado por el líder de los matones que había contratado para llevar a cabo su plan.

¿Sería posible que tal vez fuese una señal divina? Acabar primero con él y mientras agonizaba, matarla a ella frente a sus ojos. De no ser así, la abrían encontrado a ella en el auto y no a él, por lo que se entusiasmó al verse envuelta en un forzado cambio de planes.

—Llévenlo al depósito— ordenó y cortó la comunicación, comenzando a reír histérica.

La jornada laboral de Roma había llegado a su fin, durante toda la mañana no había parado de sonreír al punto de que sus mejillas comenzaban a dolerle. Sus compañeras de trabajo, advirtiendo esta peculiar alegría que sólo es provocada por ciertos acontecimientos en la vida de una mujer, comenzaron a acosarla con preguntas. Por lo que ella tuvo que responder y contarles que se había arreglado con su novio. Aceptando la invitación de salir a almorzar con ellas, tomó sus cosas y se encaminó con ellas hacia un restorán, que quedaba cerca de la redacción del diario, donde ellas trabajaban.

—Tu novio tiene plata... — señaló Naomi, después de un silbido apreciativo al Chrysler.

—Digamos que tiene un buen pasar económico — desestimó ella, mientras se encogía de hombros. Para Roma, la cuestión de dinero era un medio no algo esencial. Al haber crecido rodeada de comodidades y también haber atravesado crisis económicas con su familia, no tomaba la plata como algo elemental, sino más bien como algo circunstancial. Disfrutaba la seguridad que le brindaban los bienes materiales, como cualquier ser humano, pero a su vez, gozaba siendo su propia benefactora. Se deleitaba al ganar su propio respaldo, amando la independencia que significaba.

Las cuatro chicas se acomodaron plácidamente en una mesa y se dispusieron a ordenar, cuando el teléfono de Roma sonó.

En la pantalla se mostraba el número de Tristán Carson, tiempo atrás ambos habían intercambiado números en caso de emergencia. Una pequeña opresión comenzó a formarse en la boca del estómago de Roma, la mirada de Saeta se cruzó por su mente, junto con la sensación de advertencia que le había generado la lechuza. No, no era malditamente posible que algo malo sucediese ahora que ellos estaban bien y felices. ¿Por qué el destino era tan retorcido al martirizar luego de la dicha?

— ¿Qué pasó?— inquirió sin preámbulos cuando respondió.

Sus compañeras de trabajo vieron la seriedad que poseía y guardaron silencio, se percataron de que Roma se estaba poniendo pálida como la cera.

—Encontraron el auto de Eric vacío, abandonado en una calle desolada.

Roma escuchó la voz de su suegro, la seriedad mezclada con la angustia y el miedo.

— ¿Están en el hospital?

—Estamos en casa.

—Voy en camino.

Les dejó su parte de la comida a las chicas y les dijo que debía marcharse, al ver que ella no iba a soltar más prenda, la despidieron en silencio.

Con el corazón en la boca, obligándose a mantenerse en calma, tomó la ruta para ir a la casa de los

Carson. Activando la opción de manos libres en su celular, ordenó por comando de voz a su teléfono para que llamase a su hermano. Como pudo le explicó lo que Carson le había informado, diciéndole que estaba camino a la casa de ellos, tácitamente pidiéndole que fuera para allá. No vio extraño que su hermano no preguntase la dirección, sabía a la perfección el vínculo que él y Eric habían formado. Incluso se había enterado, por Eric, la charla que habían tenido en el baño del salón en la fiesta de Marcos y Brenda. Así como también del plan de sus abuelas, lejos de ofenderse se sentía halagada del despliegue que habían tenido familiares y amigos para que ellos volviesen a estar juntos, por supuesto se los agradecería más adelante.

Al llegar a la casa de sus suegros, agradeció que sus padres y Ángela, también la estuviesen esperando. Se negó a dejarse abrazar por alguno de los presentes, porque eso le impediría controlar sus emociones. Por suerte ninguno de ellos se ofendió con la actitud distante de ella, comprendiendo a la perfección lo que la muchacha había dado a entender al revelar su lado pragmático, preguntando por el informe policial.

—Se llevaron el auto para buscar pruebas de algo, pero nos dijeron que no podían hacer nada hasta que no transcurriesen cuarenta y ocho horas—le dijo angustiada su suegra.

— ¡Cuarenta y ocho horas, hijos de puta!— Exclamó ella indignada, consciente de que en ese período cualquier cosa podía suceder.

—Hija...

—Hija las pelotas...

—Augusto, Roma — sugirió Ángela, igual de seria que los demás.

Mientras Roma sacaba su celular y buscaba entre los contactos, Ángela les explicaba a los presentes quién era el muchacho y por qué podía servirles de ayuda, omitiendo el detalle de que estaba un poquito enamorado de Roma.

Tras una breve charla, en la que Augusto le pidió la dirección donde se encontraba, le aseguró que iba a ayudarla, sin un ápice de duda le afirmó que lo iban a encontrar sano y salvo en un período de tiempo menor al que la policía estaba acostumbrado.

Como de costumbre, Augusto, le informó a su superior lo que estaba sucediendo. Incluso para que le diera luz verde utilizó el apellido de Eric, relacionándolo con el incidente de los traficantes de órganos. Así de pequeño era el mundo, Eric Carson, uno de los accionistas del hospital, incluso uno de los neurocirujanos por excelencia del país, era el novio de la mujer de la que se había levemente enamorado. Sin ninguna pega, su superior lo autorizó a proceder, dejando a su disposición los refuerzos necesarios, brindándole la oportunidad de tener una unidad a su disposición y bajo su mando. Un reconocimiento que Augusto se había ganado con el sudor de su frente mientras exponía su vida.

En la enorme cocina de los Carson, Lizzy, intentaba hackear el teléfono de su hermano para ubicarlo vía GPS. Si tan solo ella no fuese tan condenadamente buena en lo suyo, habría perdido las esperanzas para hacerlo. El localizador mostraba la dirección, la misma que mostraba el localizador del Audi que también había hackeado instantes atrás. De pronto una idea cruzó su mente, tal vez en las calles donde se había encontrado el auto, hubiese cámaras de seguridad, de esas que se utilizan para el control del tráfico. Puso la dirección y adivinó las coordenadas por una iluminación cósmica.

— ¡Bingo!— Exclamó entusiasmada al dar con la ubicación exacta. Ahora que ya sabía la latitud que necesitaba, probó con el horario estimado. A decir verdad tuvo que levantarse e ir corriendo hacia el comedor, sin percatarse de la presencia del extraño que acababa de llegar.

— ¡Necesito el horario de Eric!— Los apremió mientras se desplomaba en el sillón y ubicaba la computadora en la mesita ratona frente a ella.

—Hoy entraba a las nueve de la mañana —informó su padre.

—Me dijo que iba a salir tipo ocho y cuarto— le dijo su cuñada, mientras se sentaba a su lado. Los dedos de Lizzy volaban en el teclado, bajo la estupefacta mirada de Roma. Al dedicarse a la escritura, había tomado cursos de mecanografía y al igual que Lizzy utilizaba los diez dedos, pero la muchacha realmente era veloz. Mientras sus dedos tipiaban a un vertiginoso ritmo, miles de pestañas se desplegaban al insertar códigos y más códigos, saltándose dos millones de normas de seguridad, entrando al sistema y poniéndolo a su absoluta disposición.

—Eso es ilegal —. Escuchó la voz de un hombre, ajeno a su círculo, haciéndola consciente de su presencia.

Se detuvo dos segundos para apreciarlo, se había parado al lado de ella, observando como ingresaba al sistema de Seguridad y Tránsito, como quien entraba a una web de compra online.

— ¡Voy a traer a mi hermano de vuelta, legal o ilegalmente! Me importa una mierda el cómo, pero lo voy a encontrar ¿estamos?

La fuerza que había desplegado para enfrentarse a él, había dejado a todo el mundo en silencio. Augusto se encontró apreciando a la joven de cabello castaño claro, enigmáticos ojos verdes, iguales a los de la madre, que lo miraban acusadoramente detrás de unos anteojos cuadrados de grueso marco negro. Se dijo que tal vez su estatura rozara el metro setenta y algo, porque sus piernas eran largas, de textura delgada. Una belleza de pies a cabeza y por lo que podía apreciar, una nerd tecnológica.

Lizzy le sostenía la mirada a Augusto, sin amilanarse en lo más mínimo, detallando el peculiar iris de él. Unos enormes ojos celestes espectaculares con pequeñas motitas verdes que parecían formar una estrella, bajo unas larguísimas y espesas pestañas negras arqueadas – de las cuales sintió profunda envidia –, unas tupidas cejas igual de negras, el cabello negro prolijo y una barba cuidada que la hacía tener pensamientos indecentes. Se reprendió por su imaginación, no era el momento indicado de pensar en otra cosa que no fuese dar con el paradero de Eric.

—Continua con lo que estabas haciendo— dijo él, rompiendo el silencio. Un poco perturbado por el flujo energético que lo había envuelto junto con la muchacha.

—No esperaba tu aprobación —replicó altanera.

— ¡Lizzy, es de la policía! —Le advirtió Abigail.

—Así fuese el Presidente, me importa una mierda su aprobación.

Roma se tuvo que morder los labios al ver la expresión de Augusto, no le había pasado desapercibido el duelo de miradas y la tensión que se generó. ¡Menuda carga energética! Intercambiando una mirada con Ángela, las dos llegaron a la misma conclusión, esos dos iban a terminar enredados.

Elizabeth llegó a la hora deseada y, tal como lo sospechaba, estaba todo filmado. Intentó no quebrarse cuando vio a su hermano ser golpeado y secuestrado. Escuchó el llanto de su madre y a su padre consolarla, giró el cuello y vio a su hermana política, la mujer de Eric, apretar las manos con impotencia.

— ¿Se puede agrandar?— Preguntó ella, con los dientes apretados.

Lizzy le aseguró que sí, pero por seguridad iba a descargar el vídeo para poder manipularlo a gusto y placer. Mientras se realizaba la descarga, corrió a buscar el cargador de la portátil, había estado trabajando durante horas sin descansar y temía que ya estaba por agotarse; de paso se permitiría el silencio de la soledad unos instantes. Entró a la cocina y se obligó a mantener la calma, respiró hondo y contó hasta diez para expulsar el aire.

— ¿Estás bien?

La voz de él la asustó, se giró bruscamente con la mano en el pecho y se limitó a asentir.

—Me llamo Augusto — dijo mientras le tendía la mano, en una pequeña ofrenda de paz.

—No necesito tu compasión — respondió altanera, girando sobre sus talones dejando la mano suspendida en el aire.

—Un nombre muy peculiar— dijo él mientras sonreía de lado, la chica no era fácil y le gustó. Además tenía un hermoso culo respingón, envuelto en unas calzas negras que daban la sensación de que eran su

segunda piel. Sintiendo la apremiante necesidad de apretarlo con sus manos, se obligó a cerrarlas en un ajustado puño.

—Mi nombre es Elizabeth, idiota.

— ¿Idiota es tu segundo nombre?

Elizabeth continuaba dándole la espalda, la hilarante conversación estaba a punto de sacarla de casillas.

—No, el idiota sos vos —respondió, agarrando con violencia el cargador y pasando a su lado como un vendaval.

Para sus adentros Augusto se sintió mejor consigo mismo, por unos instantes suplantó la angustia de la muchacha canalizándola en ira hacia él. No era fácil de digerir el amargo trago de ver cómo secuestraban a un ser querido y, realmente, la necesitaba entera y concentrada, ¿qué más le daba ganarse el odio de la joven para conseguir su objetivo? A lo sumo, después vería la forma de poner un manto de paz enviándole unos chocolates o lo que fuse que se hiciese para ganarse el perdón de una mujer.

Furiosa, Lizzy, se sentó frente al portátil luego de conectarlo y abrió la carpeta donde se había descargado. Mejoró la calidad de la imagen, haciendo una decente secuencia en blanco y negro, una maldita película de terror. Cuando llegó a la parte en la que uno de los enormes hombres hablaba, pausó y agrandó la imagen, retrocediendo volvió a pasarla con lentitud para descifrar qué decían los hombres. Al no tener audio, no les quedaba más remedio que recurrir a la vieja técnica de la lectura de labios.

—Le preguntan dónde está la chica— escuchó que decía Augusto, llevándola a pensar en qué momento se había sentado a su lado que ella no se había dado cuenta.

El corazón de Roma se detuvo y buscó la mirada de Augusto.

—La Loba está muerta, Roma, no te preocupes— intentó tranquilizarla él.

Pero era en vano, tan solo el pensamiento de que otra vez por culpa de su pasado él estuviese en peligro, martirizaba su alma.

—Te necesitamos acá, Nita — le dijo serio su hermano. Ella asintió como respuesta, mientras volvía a concentrarse.

Lizzy adelantó la secuencia en la que lo golpeaban ocasionándole el desmayo y volvió a detener la imagen, pasándola en secuencias lentas cuando otro de los hombres hablaban por teléfono, agrandando nuevamente y permitiéndole a Augusto leer los labios del hijo de puta.

—“*Jefa, en el Audi no estaba la chica de la fotografía*”—volvió a leer Augusto. —Adelantá hasta que da la orden a los otros— le pidió a Elizabeth. Con diligencia hizo lo que se le pidió y Augusto les dijo que les estaba ordenando llevarlo al depósito. Acto seguido comenzó con las preguntas de rigor a Roma, si era consciente de que tenía una enemiga o alguna mujer que buscase hacerle daño y que supiera de la relación que tenía con Eric y, a su vez, que estuviera al tanto del auto que él solía prestarle. Porque era evidente de que ella ya había manejado ese auto.

Roma le explicó que no conocía a nadie capaz de llegar a eso, corroborando la evidencia expuesta por él que ella ya había manejado el auto.

— ¡Ana! —Exclamó Tristán.

—No, papá. ¿Te parece que es capaz? Puede ser un poquito o bastante zorra, pero de ahí a secuestradora...

Desoyendo a su hija, Carson padre pasó a contarle a Augusto lo que Eric le había dicho sobre el altercado que había tenido con ella y el motivo del traslado, agregando como otro de los motivos la adicción de la joven, que si bien había comenzado un tratamiento terapéutico, muchas veces la abstinencia alteraba el sistema nervioso ocasionando bruscos cambios de temperamento.

—Yo sé que es tu amiga...

—Mirá, Roma, si fue tan hija de puta para secuestrarlo yo misma la voy a matar — la cortó en seco. — Sólo hay una forma de descubrirlo y es entrando a su departamento— sentenció.

—Lo que sugerís se llama “allanamiento de morada” y es ilegal.

— ¿Tengo que repetirte por dónde me paso lo legal?

No pudo evitar esbozar una pequeña risita pícaro al imaginar, el hermoso lugar al que ella hacía referencia.

Mientras Lizzy y Augusto discutían, Roma manipulaba el video para tratar de ver las patentes de los coches, cuando las localizó las anotó en la libreta que siempre llevaba consigo.

—¡Basta!— Los silenció exasperada. —Augusto, nos importa una mierda estar en las periferias de la Ley, si con eso lo traemos vivo. Realmente entiendo que tu profesión te moldee el cerebro para actuar bajo las normas, pero la desesperación es más fuerte.

—No te pienso dejar sin respaldo, Loba.

—Entonces deja de recriminarle a Lizzy que sus ideas son ilegales, de hecho es la única que ha hecho algo tangible por Eric. Tu amado sistema de mierda, se abstiene a esperar cuarenta y ocho horas de mierda. Me juego el cuello que ni siquiera han empezado a investigar.

Augusto desvió la mirada, avergonzado de sus prejuicios y de lo que el sistema planteaba como pasos a seguir. Había un hombre en peligro, las pruebas eran más que suficientes, de hecho el auto abandonado era el enorme indicio para comenzar las investigaciones. Con un suspiro, les concedió y se dio el permiso de actuar con carta blanca en el asunto.

Entre Lizzy y Roma, comenzaron a detallar el plan, tenían que esperar a que fuese de noche para poder colarse en el edificio y conseguir lo que necesitaban, la computadora de Ana, la única esperanza de dar con los sitios posibles donde ella hubiese podido conseguir su guarida. Comenzarían a rastrear ahí y después seguirían las pistas que se presentaran.

Tomás y Pietro, cruzaron una mirada, al darse cuenta de que las tres mujeres habían tomado el mando del asunto. Ángela, Roma y Lizzy, dibujaban planos donde marcaban con asteriscos las entradas y salidas junto con el horario del cambio del guardia de seguridad del edificio. Todos los detalles técnicos brindados por Lizzy.

—Nosotros dos también vamos —dijo Tomás.

—Somos una familia, Nita, parte de una unidad; juntos en las buenas y en las malas— dijo Pietro, cortando la posible negativa de su hermana.

—Y quieran o no, me necesitan como apoyo — afirmó Augusto, zanjando cualquier protesta.

Tomás asintió, cortando cualquier posible reproche de su hermana.

Susana, preocupada por la seguridad de Ángela y Roma intervino para preguntarles al respecto. Pietro la tranquilizó al decirle que él las había entrenado en defensa personal y Tomás, agregó que su hermana practicaba boxeo desde pequeña.

A Lizzy no le agradó en absoluto la mirada incrédula que Augusto le destinó, retándolo a probar su destreza se puso en guardia. Decir que él se excitó al verla en esa posición, es quedarse corto de palabras.

Volviendo al asunto que les apremiaba, Roma expuso la necesidad de pasar por la casa de Eric para manejar la moto, exponiendo que iba a sentirse más cómoda para trasladarse, Tomás le dijo que él manejaría la Ducati negra y Tristán puso su Audi A8 a disposición de los que quedaban a pie, sin percibir la mirada ilusionada de Ángela. Entonces Pietro se puso en marcha hacia la casa de Eric, con Tomás y su hermana, para ir a buscar las motos. Mientras Augusto se quedaba en la casa, realizando un par de llamadas para conseguir unos trajes ignífugos negros para él, dando las medidas de Roma y las de Tomás proporcionadas por su esposa.

El impacto del agua fría contra su piel lo trajo de nuevo al mundo de la conciencia, se encontraba con las

muñecas atadas encima de su cabeza por un par de esposas, unidas a unas gruesas cadenas. Estaba en un lugar de mala muerte, Dios sabía dónde, completamente desnudo, con el cuerpo entumecido y un dolor de cabeza agobiante. Tenía sed y hambre, pero antes muerto que pedirle algo a sus captores. Parpadeó con fuerza, intentando enfocar con más precisión el entorno que lo rodeaba, la escasa iluminación tampoco era de mucha ayuda.

—Te despertaste, mi amor—. Escuchó la familiar voz femenina que le hablaba, y acto seguido ella comenzó a reír y a saltar desquiciada a su alrededor.

—Soltame, loca de mierda — gruñó mientras, inútilmente, jalaba hacia abajo sus muñecas.

—No, no, no hagas eso que te vas a lastimar— recomendó con un mohín.

Eric se dio cuenta de que las pupilas de Ana estaban dilatadas, tal vez bajo algún efecto narcótico, pero lo observaban con una locura que era de temer.

—Ana, soltame y hablemos bien— dijo con calma, bien sabido era por todo el mundo que ante los dementes era preferible actuar con paciencia.

— ¡Yo quise hablar con calma y hacerte entender! ¡¿Qué hiciste vos?!

Colérica golpeó su pecho con el cinto de cuero que había sacado de los pantalones de Eric.

— ¡¿Qué hiciste?!— inquirió a los gritos, castigando una y otra vez al no obtener ninguna respuesta.

Flageló todo su cuerpo, cortando la piel con el cuero del cinto, incluso lo zurraba con la hebilla.

Mentalmente Eric contaba los golpes, Ana se había frenado en el número treinta y dos, entonces él sumo tres más dos y pensó en Roma, su Belona, ese era su número preferido.

—Me transferiste a otro lugar — susurró agitada, siendo ella quién le brindase la respuesta que tanto anhelaba, mientras apretaba la botella de alcohol medicinal dirigiendo el chorro en las heridas ocasionadas.

Eric profirió un gruñido y su respiración se aceleró al soportar estoico el dolor infligido por ella, desvió su mente hacia otro pensamiento, hacia uno feliz, su dulce hada, y rogó por todos los dioses de que ella se encontrase sana y salva.

—Vos nos obligaste a hacer esto, Eric —dijo apenada, mientras se acercaba con una pequeña daga.

—Ana, si me soltas prometo ayudarte — murmuró con los dientes apretados.

—Lo único que quería era que me amaras, pero la tuviste que elegir a ella y desgarraste mi alma — susurró mientras clavaba la punta afilada en el pectoral de él cortando su piel, lentamente.

Eric comenzó a temblar de impotencia al no poder defenderse, inhalando con fuerza y expulsando el aire con violencia por su boca, siendo espectador de la tortura a la que estaba siendo sometido. El afilado puñal le había provocado una vertiente de sangre, ella había hecho el corte en vertical desde el pecho hasta la primera costilla. Soportó un corte más desde la axila hasta la segunda costilla y profirió un salvaje grito cuando el alcohol lamió los cortes.

—Esto recién empieza— sentenció ella, mientras se subía a una banqueta y tapaba su nariz con un pañuelo embebido de cloroformo. Sumiéndolo otra vez en la negrura. El último pensamiento de él antes de rendirse a la inconciencia, fue el rostro sonriente de Roma.

Capítulo 22

El día era eterno, las agujas del reloj se negaban a caminar y a Roma la ansiedad la enloquecía. El maldito día, al parecer, se negaba a darle paso a la oscuridad de la noche. Ya se encontraba todo listo, las motos y los autos, los trajes y los respectivos cascos. Tomás, Augusto y ella irían en las motos, mientras que Ángela, Pietro y Lizzy se movilizarían en el Audi de Tristán.

Cansada de mirar por la ventana, decidió ir al cuarto que había pertenecido a Eric para buscar apenas un poco de paz. La estancia de paredes azul pastel con molduras en azul marino y posters de Star Wars, repisas con una importante colección de la serie, junto con libros y folletos de medicina. La cama de plaza y media con un cubrecama a cuadrille verde y azul, sobre la cabecera otra repisa con trofeos de fútbol, natación y premios de ciencia.

—Nerd —murmuró con una pequeña sonrisa, mientras tomaba uno de los trofeos de ciencia.

—Siempre tuvo en claro que quería ser “doctor de cerebros”.

La voz cargada de nostalgia de su suegra la hizo girar con rapidez, con la sensación de que la habían agarrado infraganti.

—Yo... Yo...

—Está bien, tesoro—la tranquilizó, mientras tomaba asiento en la cama y palmeando la invitó a sentarse junto a ella.

Roma se acomodó a su lado y tomó una fotografía de la mesita de luz, se trataba de él pequeño junto con sus amigos; suponía que tenían alrededor de cinco o seis años de edad y estaban en alguna especie de fiesta infantil ya que los cuatro estaban vestidos de piratas. En silencio, ambas mujeres contemplaron la fotografía e inconscientemente, Roma se llevó una mano a su vientre. Gesto que, por supuesto, no pasó inadvertido para su suegra.

—Recién nos reconciliábamos— suspiró, intentando retener las lágrimas que pugnaban por caer de sus ojos.

—Va a volver con vida —afirmó, con la certeza que solo una madre puede dar.

—Así tenga que ir a buscarlo al noveno infierno—juró Roma, clavando sus pupilas negras en las verdes de Susana.

La respuesta y la forma en la que Roma habló, le llenó el alma de paz. Lo que la llevó a contarle todas las travesuras de Eric cuando era pequeño, remontándose a su pasado, cuando la familia de ella y la de su marido se opusieron a la relación, por el simple hecho de que el color de su piel no era blanca y que Tristán era irlandés; lo agradecida que estaba a las abuelas de los amigos de su hijo por haberlos adoptado y la hermosa familia del corazón que había formado con la familia de los chicos.

Roma escuchaba con atención cada palabra, con sus entonaciones y esa pequeña cadencia extranjera que poseía Susana, mientras analizaba con detalle las facciones de su suegra: el rostro afilado de pómulos altos, sus enormes y sesgados ojos verdes jade y la tonalidad té con leche de su piel; sin lugar a dudas una belleza exótica atravesada por varias corrientes genéticas, otorgándole ese garbo de realeza que la caracterizaba. A pesar de las líneas que surcaban su rostro, el bendito paso del tiempo que hizo madurar la belleza, tersa y juvenil, Susana continuaba perteneciendo a ese selecto grupo de mujeres que quitaban el aliento a su andar. Su majestuoso cabello rizado castaño, que solo sus hijos habían heredado el color, aunque el de Eric era un poco más claro que el de sus hermanos.

—Por ambas ramas somos una familia de guerreros y me complace saber que vos, como compañera de

mi hijo, también lo seas.

Las palabras de Susana, comenzaron a abrir una grieta en la pequeña coraza que Roma se había puesto para sobrellevar el trago amargo.

—Creo que nunca te lo dije pero, desde la primera vez que te vi, admiré tu fuerza y tu valentía— dijo con solemnidad Susana.

—No, yo...

—Sh, muchacha, no te subestimes— dijo, silenciando cualquier tipo de réplica de ella mientras que, con un gesto dulce y maternal, limpiaba una lágrima que recorría la mejilla de Roma.

La infinita dulzura con la que era contemplada por Susana caló en lo más profundo de su alma, jamás una persona, ajena a su familia, había depositado tanta confianza en ella. Sin poder evitarlo, Roma se fundió en un abrazo con la mujer que trajo al mundo al hombre de sus sueños, al amor de su vida.

—Es hora de que te coloques la brillante armadura, dulce guerrera, y vayas a rescatar a tu príncipe — dijo Susana, cuando se separaron.

—Medio Príncipe —la corrigió, sonriéndole con complicidad.

La habitación de Lizzy, una enorme estancia en tonos dorados de notable estilo francés, con el piso absolutamente alfombrado en color crema, sillas y sillones en tonalidades pastel, dejaban a simple vista que ella era la princesa de la casa. Roma sostenía que el corazón de una mujer se reflejaba en su habitación y, a pesar de que la muchacha proyectaba la imagen de una mujer dura, en el centro de su corazón habitaba una dulce muchacha con sueños románticos, ¿a quién le recordaba? Sonrió encantada de tener otra similitud con su cuñada. Pero lo que verdaderamente la dejó en shock, fue el abdomen de Lizzy absolutamente marcado.

— ¡Santa reina de los abdominales!— Exclamó mientras se acercaba a la muchacha, que estaba en calzas y sujetador deportivo.

Lizzy comenzó a reír con la cara de asombro de su cuñada y cuando le preguntó si eran de verdad, trabó el abdomen incitándola a tocar la dureza.

—Nosotras ni en tres vidas vamos a tener esa panza —comentó Ángela, mientras se palmeaba su vientre chato pero flojo.

—Ella tiene raviolos y nosotras arrollados...

Las tres se contemplaron con estupor y comenzaron a reír abiertamente, una pequeña catarsis en medio de tanta tensión. Para distraer, Lizzy, les contó su rutina de entrenamiento agregando que tanto sus hermanos como ella toda su vida habían seguido una disciplina, los mayores se habían inclinado hacia la escala deportiva y el gimnasio, mientras ella había preferido el boxeo y las rutinas aeróbicas.

—Me despeja la mente —desestimó, mientras se encogía de hombros.

—¡Y, encima, las piernas que le nacen de las axilas!— Señaló Ángela.

Entre acuerdos y desacuerdos sobre el cuerpo de cada una, los anhelos que tenían para una próxima vida, en caso de nacer mujeres una vez más, comenzaron a cambiarse.

—Mucha evolución de la especie, pero seguimos padeciendo la maldita depilación —se quejó Roma.

—La solución es el tratamiento láser.

—Pero Lizzy, las mujeres ya deberíamos venir sin tanto pelo.

Sin ser conscientes ellas estaban sumergidas en un ritual que desde tiempos inmemoriales, se realizaban antes de entrar en batalla. Esa camaradería que se forma antes de enfrentar cierto tipo de peligros. Y al igual que algunos soldados utilizan pintura para cubrir sus rostros, las chicas, más modernas, comenzaron a maquillarse: sutiles delineados, mucha máscara de pestaña y el infaltable labial rojo de Roma.

En la planta baja las esperaba Augusto para colocarle los micrófonos, audífonos y los chalecos anti balas; soportando un pequeño interrogatorio por parte del hermano de Roma. Augusto pensaba que el

muchacho quería algún dato específico de su hermana en el pasado, más bien de la cantidad de años que se conocían y el tipo de vínculo que los unía con ella y con Ángela. Augusto, con una sonrisa nostálgica de aquellos tiempos en el que las había visto por primera vez, simplemente les contó la dinámica de ellas dos en el circuito y que a Ángela la había visto correr en autos una sola vez y que era realmente buena.

—¿Cuándo te enamoraste de Roma?— Disparó a quemarropa Tomás.

Augusto se quedó meditando la respuesta unos instantes e intentando sonar lo menos cursi posible, respondió:

—Después de que me diera una paliza en la primer carrera.

La sonrisa cómplice con la que se contemplaron los muchachos fue interrumpida por Giulio y Tristán, que sin querer habían escuchado todo. En realidad lo que más la interesaba a ambos patriarcas, era conocer más esa faceta de Roma. Si bien Giulio la había visto correr y hacerse a una idea de cómo había sido ese estilo de vida, de cierta manera sentía que algo más le faltaba.

— ¿Cómo era mi hija en esos tiempos?

—Desafiante, la típica chica mala que es capaz de volarte las neuronas y el apodo le quedaba muy bien; creo que todos en el circuito estábamos enamorados de ella, cada vez que abría la boca para hablar de una moto o de los cambios que se habían realizado, sin mencionar que la veíamos manejar...

Giulio entendió la admiración de Augusto, como siempre le sucedía a su hija, de cierta manera algunos solo la buscaban por cierta cualidad específica y no por todo el conjunto, excepto Eric.

Carson la había visto como mujer, como guerrera, infantil, dramática y cada uno de los diferentes colores que conformaban el caleidoscopio del alma de su pequeña. Había escalado el enorme muro, más bien, lo había demolido, y conociendo el verdadero interior de la muchacha, plantó bandera y se declaró único soberano. Ella se lo había permitido, lo supo la primera vez que la vio volver después de haberse encontrado con él, aquella mañana en la que le hizo prometer cuidar su corazón.

—Gracias por lo que estás haciendo, Augusto —le dijo Tristán al muchacho.

—Es mi amiga. Uno por los amigos que son de verdad, hace lo que sea.

La sonrisa de Augusto era sincera, pero a ninguno de los patriarcas les fue indiferente el pequeño destello de tristeza que había atravesado las pupilas celestes del muchacho. Comprendían a la perfección lo que se sentía cuando la mujer que te gusta, está felizmente enamorado de otro. Debían reconocer la caballerosidad del muchacho al hacer un paso al costado y ofrecer su amistad incondicional, colaborado con el rescate del novio de la susodicha.

Los pasos de las chicas, silenciaron el murmullo de los hombres en la sala, las tres irradiaban una fuerza indescriptible.

—Pero si son “Los Ángeles de Charlie”— comentó en tono burlón Pietro, al verlas maquilladas.

— ¡Soy Cameron Diaz, canté y gané!—Exclamó Ángela.

— ¡Soy Drew Barrimor!—La secundó Roma.

—Soy la china...— suspiró Lizzy.

Y como si estuvieran conectadas comenzaron a tararear la canción “U can’t touch this”, de MC Hammer, mientras imitaban a la perfección la coreografía de la película, cambiando el clásico salto sobre el respaldo del sillón por tres sillas alineadas; dejando a la audiencia pasmada.

—¡Por la Santa Cruz!—Exclamó Tomás.

—Dios las cría y el viento las amontona — completó Pietro con un suspiro, observando cómo las tres reían.

Resignado a operar con un grupo diferente, en todos los aspectos, Augusto procedió a llamar a las muchachas para conectarlas con los micrófonos y asegurarse de que los chalecos estuvieran bien ajustados. Por respeto a Pietro, con Ángela fue absolutamente profesional y mantuvo las distancias, cuando fue el turno de Roma, cayó en el coqueteo descarado. Siempre había sido de esa manera la dinámica entre ellos, no iban a cambiarlas en esos momentos. Él presumía e insinuaba y la muchacha

respondía al desafío, redoblando la apuesta; existía tal grado de confianza entre ellos incluso, después de dejar en clara las intenciones de cada uno y aceptar los lugares que les correspondían, que no les impedía actuar con descaro.

—Hay cosas que nunca cambian — murmuró Ángela al ver comportamiento entre Augusto y Roma.

—Listo, Cachorra —le murmuró Augusto en el oído.

Roma, dando media vuelta, clavó sus pupilas negras en él y con su típico tonito de superada, respondió:

—Soy la Loba.

A propósito había dejado a la menor de los Carson para última instancia, quería comprobar qué tan imperturbable era. Con suma lentitud, procedió a colocarle los cables que conectaban los micrófonos y audífonos, pegándolos a su piel concienzudamente, horadando cada centímetro de su cuerpo, admirando lo torneado y trabajado que estaba; concediéndole el punto por ser disciplinada. Se dijo que había heredado la tez blanca de su padre, con los rasgos faciales de su madre. A decir verdad, en Elizabeth se encontraban más suaves ciertos rasgos, pero los ojos eran su perdición. Grandes, sesgados y de una tonalidad verde jade casi inexistente; realmente parecían dos piedras preciosas. Unos pómulos altos y definidos, en un rostro anguloso de nariz respingona, supuso que operada, una apetitosa boca carmesí, cabello color castaño, prolijamente corto hasta la altura de los hombros, que en ese momento lo llevaba sujeto en una coleta.

Lizzy sentía el aliento de Augusto sobre su abdomen, el infeliz se demoraba a propósito en terminar de instalar los conectores en su cuerpo. Lo sintió recorrer con lentitud el camino ascendente y bajándole la remera con suavidad rozando su piel, susurrándole en el oído:

—Listo, Lara Croft.

Lizzy simplemente revoleó los ojos, dejándose colocar el chaleco antibalas por encima de la remera negra de modal que tenía puesta, mientras lo retaba a un duelo de miradas a Augusto.

Ángela y Roma, cruzaron una cómplice mirada y sonrieron satisfechas.

Todo se encontraba en perfecto orden y listo para ejecutar la primera fase del plan.

Santino y Marcos los observaban, realmente impresionados con el despliegue que presentaban. Habían insistido en acompañarlos, al igual que Lucas, pero Tomás les pidió por favor que se quedasen como contención de sus padres, asegurando que iban a estar bien.

Tristán y Giulio se acercaron a sus primogénitos y con una simple mirada, transmitieron todas las recomendaciones necesarias. Mientras que las madres, les propiciaron las señales de la cruz, junto con toda clase de bendiciones existentes.

Roma se acercó a Ángela y alejándola a penas le susurró:

—Cuando sea necesario, necesito que hagas llorar de envidia a Jason Statham.

—Toda mi vida soñé con éste momento — respondió emocionada Ángela, al ser consciente de que manejaría el mismo auto que el actor, en la película “El Transportador”.

Tomás y Augusto, comenzaron el típico pavoneo con el acelerador, provocando que Roma revolee los ojos desplazándose unos metros con la rueda delantera suspendida.

No debería haberlo dormido con cloroformo, no tenía sentido torturarlo mientras se encontraba inconsciente incapaz de sentir el dolor que le infligía. Lo sabía bien porque lo había azotado hasta el hartazgo, lo había cortado por diferentes partes y no sentía el mismo placer y regocijo que cuando él gritaba o apretaba los dientes para soportar el dolor. Lo único que había conseguido era que apenas Eric abriese los párpados. Una pérdida total y completa de tiempo. Lo único que podía hacer era observarlo, lo tenía como Dios lo trajo al mundo, a su merced para poder mirarlo a su absoluta gana. A pesar de los

golpes, latigazos y cortes en su cuerpo, él continuaba siendo un hombre imponente, de verdad lamentaba hasta el desquicie que Eric no sintiese absolutamente nada por ella, sin comprender por qué no podía quererla, por qué los había obligado a llegar a ésta instancia donde ella tenía que golpear y castigar por atención. No era justo que ella quedase en papel de la malvada, siendo que era en absoluto la culpa de él, sí, estaba convencida de que Eric era culpable, aunque la verdadera responsable de lo que estaba sucediendo era la maldita enana, definitivamente ella era la causante de que Eric se encontrase en esa situación. Si tan solo la italianita se hubiese corrido del camino, si tan solo ella no hubiese existido, Ana sostenía que él estaría perdidamente enamorado de ella.

— ¡¿Por qué no le diste el Audi?!— Gritó frustrada mientras le arrojaba un baldazo de agua fría, necesitaba que despertara, sino perdería la cabeza.

Sumido en un mundo absolutamente oscuro, vagando por las tinieblas del infierno, Eric, sentía que manipulaban su cuerpo pero no era consciente de qué, exactamente, le sucedía. Los párpados le pesaban toneladas y cuando apenas podía abrirlos toda imagen que llegaba a su cerebro, era borrosa. Su cabeza también le pesaba, su cuerpo entero le suponía un enorme peso que sus brazos aguantaban.

Movimientos involuntarios de su cuerpo, comenzaron a levemente sacudirlo, no entendía qué le sucedía, solo que su mundo se movía.

Ana se dio cuenta de que Eric tiritaba, perfecto, tal vez lo mataría de hipotermia.

Hasta el momento, nada iba según lo planeado. Ninguno de los guardias de seguridad del edificio les permitieron el ingreso debido a que Ana no se encontraba en su departamento, por lo que tuvieron que optar ingresar por la ventana.

Lo único que Lizzy agradecía era que el departamento de Ana, tuviera un balcón que diese a la calle, por suerte, se encontraba desolada.

—¿En qué piso vive? — Preguntó Roma, mientras observaba con la cabeza echada hacia atrás las luces que estaban apagadas.

—En el cuarto piso.

—¡Putá vida! —Exclamaron Ángela y Roma al unísono.

El gran interrogante era cómo iban a trepar hasta ahí, sin arriesgarse a pasar por el primer y segundo piso, donde ambos balcones tenían las luces encendidas.

—El árbol.

La sugerencia de Tomás, era válida, aunque el mayor inconveniente radicaba en las luces de la calle. Por lo que Augusto sugirió que se escondiesen en el callejón ubicado a la vuelta del edificio, junto con las motos y el auto, y esperaran a que él diera la orden. No muy convencidos, le hicieron caso.

En la vereda del otro lado de la calle, había un sitio baldío que le brindaba el camuflaje justo para pasar desapercibido. Tomó una cómoda posición, le puso el silenciador a su arma reglamentaria y disparó, con eficacia y exactitude, a los focos de luz. Esperó escondido, al igual que el resto del grupo, a que la primera impresión de los vecinos al salir a curiosear pasara y ellos pudiesen llevar a cabo la primera parte.

La señal de Augusto consistió en hacer dos ruidos de besos, algo confundidos, los cinco se acercaron a él.

—Van a tener que ir ustedes tres — informó mirando a las chicas, después de comprobar que el árbol no resistiría el peso de ellos.

Ni Ángela, ni Roma, eran buenas trepando árboles; por lo que habían quedado en acuerdo de que Lizzy les abriese camino. Al haberse criado con hermanos que realmente disfrutaban trepar por todos lados,

algo se le había quedado. De todos modos,. Tomás no puedo evitar las recomendaciones de seguridad, que pisara con cuidado y que no se agarrara a ramas de las que no estuviera segura al cien por ciento. Cuando Lizzy asintió, Augusto y Tomás, la elevaron desde los tobillos, debido a que el tronco era demasiado alto para que lo trepara de la manera tradicional. Sin ninguna dificultad y de manera sencilla, Lizzy escaló hasta una de las ramas y esperó por las chicas. La siguiente fue Ángela, quien insistió en que su novio y Augusto la elevaran, argumentando que era lo más cercano a su fantasía de que dos chicos de ojos celestes la tomaran entre sus manos.

—¡Ángela, por Dios!— La reprendió Roma, mientras negaba con la cabeza y cruzaba una mirada con su cuñado que sonreía ante el descaro de la morocha.

—Dejenme ser feliz — se defendió, antes de darle un pequeño beso a su novio y sacarse las ganas de darle un casto beso en los labios a Augusto. Sí, no iba a negar que en su momento le había gustado y como para que no, realmente era un hombre muy atractivo y varonil.

—Yo la besé cuando tenía catorce años y caí hechizado— respondió Pietro, absolutamente relajado y divertido con el histrionismo de su mujer. Ante la mirada culposa y sorprendida de Augusto, no le quedó más remedio que sonreír cómplice y guiñarle un ojo.

Cuando fue su turno, Roma era un solo manojito de nervios. Era conocedora de sus limitaciones y trepar era una de sus enormes limitaciones, junto con las matemáticas, incluso más grande que las matemáticas.

—Te toca, Nita — le dijo Pietro, al percatarse del nerviosismo de Roma. Sin darle más tiempo a que la mente de ella continuase creando trabas para sola limitarse, era un simple árbol y ella hacía cosas más arriesgadas y complejas.

—Pato...

—Yo te voy a guiar, no te preocupes— le aseguró su hermano, fijando sus ojos en los de ella, encontrándose en la oscuridad, transmitiéndose calma el uno al otro.

Suspirando ella se acercó a su cuñado y le pidió que él la subiera, se sentía más segura de pie en los hombros anchos y fuertes de Tomás, que si la tomaban desde los tobillos para elevarla.

—Ella y su manía de complicar las cosas— se quejó Pietro mientras la observaba trepar de la manera más complicada posible. Con un pie apoyado sobre la cabeza de Tomas, agarrada de una de las ramas, mientras que con la otra pierna, buscaba impulsarse hacia la horqueta principal del tronco.

—Te estoy escuchando — lo reprendió Roma, con la voz entre cortada por el esfuerzo.

Pietro negaba con la cabeza y Augusto intentaba no reír a carcajadas, mientras que el pobre Tomás soportaba sobre su cabeza el pie de su cuñada. Había sugerido elevarla desde el pie con las manos, ciertamente el largo de sus brazos le permitirían a ella un mejor acceso al árbol, pero su cuñada le había implorado que no, argumentando que no se fiaba y comenzaría a temblar.

—Realmente no comprendo cómo puede ser tan inútil en cosas simples...

—Augusto, mi hermana es una completa paradoja.

Cuando por fin pudo subir, realmente los tres hombres rezaron porque nada malo le sucediese. Ángela y Lizzy la esperaban reprimiendo una risotada, Roma las fulminó con la mirada y argumentó que los lobos no trepaban árboles.

Lizzy se abría camino y les indicaba con suavidad por dónde ir, gracias a los micrófonos y audífonos, podían hablar con normalidad y mantenerse comunicadas. Sin ningún inconveniente llegaron hasta el tercer piso, que era el balcón con la luz apagada. Se pararon en el cantero que separaba los departamentos de ese piso y escalaron el último tramo. Como era de esperarse, Lizzy con una habilidad envidiable, Ángela con un poco más de torpeza y Roma como pudo.

Desde el mismo baldío del que había disparado Augusto, los tres muchachos las observaban con los binoculares que había traído Augusto, halagando las habilidades de Lizzy para trepar, haciendo sentir orgulloso a Tomás, aunque ninguno de los tres dejaba de sentirse preocupados.

Fue muy sencillo saber cuál de los dos departamentos correspondía a Ana, el único que tenía la luz apagada. La puerta corrediza estaba con llave, jadeando Roma se acuclilló y mediante dos alambres que insertó en la cerradura, pudo abrir.

— ¿Dónde aprendiste eso?— Preguntó asombrada Lizzy.

—Uno de mis ex, digamos que me enseñó un par de cosas— respondió, sonriendo apenas al recuerdo de Alan, jamás pensó que le iba a agradecer que le enseñase a abrir cierto tipo de puertas.

Se movieron a oscuras por la habitación, encontrando con rapidez la computadora de Ana. En vez de robarla y salir, Lizzy prefirió buscar lo que necesitaba ahí mismo.

—Creo que tiene problemitas con la bebida — dijo Ángela, mientras continuaba abriendo las alacenas y la heladera, llenas de botellas de tequila vacías, llenas y a la mitad.

Sin dejar de teclear Lizzy les contó lo que sabía por Eric y su padre, que Ana estaba yendo a un grupo de ayuda por esa adicción.

— ¡Putra madre! — Exclamó la menor de los Carson al dar con la página y de la venta de armas, alertando a las chicas.

— ¿Qué está pasando?— Escucharon la voz de Augusto en sus oídos.

Con calma, Lizzy, les iba transmitiendo lo que acababa de encontrar junto con los comprobantes electrónicos de compra y hackeando las tarjetas de crédito de Ana, comprobó los últimos movimientos y en efecto, había conseguido el revólver. Continuó navegando, con la rabia y el miedo corriendo por su torrente sanguíneo, con el firme propósito de encontrar a su hermano y liberarlo de las garras de la demente, dando en una página de inmuebles, el alquiler temporal de un galpón ubicado a las afueras de la ciudad. Comprobando el nombre del sitio y que la muy estúpida también había abonado con tarjeta de crédito, cotejaron los datos y sin dudarle le pasaron la dirección a los chicos, asegurando que ahí era dónde se encontraba Eric.

Roma se negó de rotundo a bajar por el árbol, ella no era Tarzán, ella era Raksha, la madre loba de Mowgli, uno de los personajes principales de “El Libro de la Selva” de Rudyard Kipling. Utilizando nuevamente sus habilidades con las cerraduras, abrió la puerta de entrada y salieron en silencio, bajando por las escaleras de emergencia, consultando a los chicos dónde estaba el guardia y si podían localizar las llaves del mismo. Tomás les informó que el guardia hacía dos minutos había abandonado su puesto, dejando las llaves sobre el escritorio. Corriendo bajaron el tramo de las escaleras que le quedaba para llegar al lobby y mientras Roma abría la puerta y la sostenía, Lizzy corría hacia el callejón donde se encontraban los vehículos, Ángela atrapaba las llaves que Roma había lanzado y las dejaba en su lugar, corriendo como si la persiguiera un demonio. Cuando su amiga salió, Roma corrió como si fuese el fin del mundo. Por suerte, los chicos las esperaban con los vehículos encendidos.

Tristán Carson, se paseaba de un lado al otro en la biblioteca de su casa en compañía de su consuegro, ambos sumidos en sus propios pensamientos, implorando por sus hijos.

—Deberíamos de haber ido —murmuró Giulio, rompiendo el silencio, exponiendo en voz alta lo que en verdad ambos se estaban cuestionando. Si en verdad había sido correcto dejar a los chicos solos ante los peligros.

—Por momentos pienso que sí, por momentos no...

—Me siento tan inútil...

El lamento junto con el suspiro de Casalegno, hicieron sonreír con tristeza a Carson, haciéndolo comprender lo difícil que era ser padre de hijos adultos, se suponía que la teoría que cuánto más grandes eran más fácil se volvía debería relajarlos, pero ellos como padres de familia se veían envueltos en una impotencia que les oprimía el pecho, al no poder colaborar más que con la insufrible tarea de esperar.

Por su parte las mujeres no se encontraban en una situación diferente a la de sus maridos, intentando confortarse mutuamente, hablando de sus hijos y riendo ante la situación en la que se habían conocido.

—Con mi hija nada es normal, imagínate que a tu hijo lo conocí en la sala de espera después de la supuesta caída de escalera...

—¡Qué susto nos hizo pegar!

—Y ahora está controlada, siempre fue torpe e inquieta.

Ambas se miraron y en la profundidad de sus ojos, radicaba la misma incertidumbre ¿en qué momento habían crecido? ¿Cómo se podía lidiar con la desesperación de no poder cuidarlos como cuándo eran pequeños? Una lágrima rodó por la mejilla de ambas mujeres e instintivamente, buscaron las manos de la otra para consolarse mutuamente.

Después de cuarenta minutos de viaje, llegaron al lugar que había alquilado Ana. Desde un costado de la ruta, observaron que había dieciséis matones vigilando la entrada, de los cuales solo seis tenían armas de fuego.

— ¿Habrá más adentro?—Se inquietó Roma.

—No creo...

Roma contempló los alrededores del galpón y les dijo que no podían ingresar por la entrada principal, debían atacar por sorpresa. Continuaron unos metros más por la ruta apagando las luces, adentrándose a campo traviesa, acercándose lo máximo posible con los vehículos en marcha. Primero acercaron con rapidez las motos en silencio y después entre los seis, empujaron el auto, hasta ubicar los coches a medio metro del galpón, agradeciendo que la parte trasera estuviese sin iluminación.

Escucharon a uno de los hombres, supusieron que era el jefe, dar la orden a un par que recorrieran el perímetro. Como acto reflejo, Roma y Ángela en un veloz y perfecto movimiento de muñecas sincronizadas, desplegaron sus bastones de defensa personal; era el momento.

Vieron al primer hombre acercarse por la izquierda, en silencio y con agilidad, Augusto lo asfixió hasta desmayarlo; el segundo hombre apareció por la derecha, un golpe certero de Ángela con el bastón en medio de la cara y otro de Roma en la nuca lo dejó knock out, actuando con rapidez Tomás y Pietro, sujetaron al hombre antes de que cayese estrepitosamente al suelo, poniendo en alerta a los otros hombres.

—Van dos, faltan catorce — murmuró Roma.

Aguardaron un rato más y el silencio de la noche trajo los gritos desquiciados de una mujer, una voz familiar que despejó las dudas de si estaban en lo correcto al seguir la corazonada de Tristán.

—¿POR QUÉ NO ME AMÁS, ERIC CARSON?!

Escucharon la pregunta, efectuada a pleno pulmón, seguida de un grito de frustración y el sonido, muy similar, a un baldazo de agua chocar contra un cuerpo.

—¿Agua?

Como respuesta a su pregunta, Ángela, recibió miradas confusas. Pero cuando escucharon el sonido del cuero al hacer contacto con la piel, seguido de un mutismo y la desesperada orden de que despertase, se les erizó la piel.

—La voy a matar— sentenció Lizzy, apretando los dientes.

Rápidos y sigilosos se dividieron por ambos flancos y atacaron a los hombres que habían quedado en la entrada. Eran superados en número, pero no en habilidad de lucha cuerpo a cuerpo.

Roma peleaba con un tipo enorme, Ángela con dos a la vez y Lizzy rodaba con uno de los que estaba armado. Mientras que los chicos eran atacados por los diez restantes, Augusto peleaba contra cuatro, mientras que Pietro y Tomás contra tres cada uno.

Roma logró dejar fuera de combate al hombre, y alzando la vista se encontró con Ana contemplando la escena de lucha y detrás de ella, lo vio.

El repentino ruido de pelea le llamó poderosamente la atención, era imposible que pagara por un servicio y que los imbéciles se pusieran a pelear entre ellos. Por lo que dejando por un momento a solas a Eric, salió a investigar qué era lo que sucedía e imponer orden. Se quedó estupefacta ante la escena que se desplegaba ante sus ojos, era imposible que la hubiesen descubierto tan rápido.

Roma se debatía entre ir a matarla o ayudar a sus amigos, prefirió asegurarse y colaborar un poco más antes de ocuparse de la malnacida.

Lizzy desmayó al hombre con en que había rodado por el suelo al romperle la nariz fuertemente, seguido de un derecho en la mandíbula.

Augusto con ayuda de Roma, pudo ocuparse de los dos hombres que le había dejado la muchacha y cuando los terminó, vio que uno de los que estaba peleando con Pietro, se había separado y apuntaba con su arma hacia Lizzy, que se encontraba a horcajadas encima del hombre, observando casi satisfecha el resultado de su pelea. Encontrándose medianamente cerca de la muchacha, alcanzó a arrastrarla cuando el arma del otro tipo disparó, quedando encima de ella, cubriéndola con su cuerpo y disparando, certeramente, en medio de la frente del tipo.

—¿Estás bien?

El aliento de Augusto al preguntar besó sus labios, cortándole el aliento. Quiso decirle que no, que no se encontraba bien, que él la alteraba de una manera jamás imaginada, que lograba erizarle la piel y ponerla nerviosa, pero como sabía que la pregunta iba en otra dirección, asintiendo con la cabeza, le agradeció.

—No te puedes distraer— la reprendió autoritariamente, mientras se ponía de pie, haciéndola sentir una estúpida.

Utilizando la impotencia de saber que él tenía razón, se puso de pie sin aceptar la mano de él y corrió a ayudar a Tomás, mientras Ángela le ayudaba a Pietro.

Cuando vio que estaba la situación más o menos controlada, Roma fue por Ana.

La rubia había cerrado y trabado la puerta del galpón, la esperaba con el revólver cargado apuntando a la puerta, delante del cuerpo de Eric, sabía que ella iba a entrar de un momento a otro y no iba a dudar en apretar el gatillo.

Cuando Roma logró entrar, inmediatamente se tiró cuerpo tierra al escuchar la detonación. Esquivando las balas se fue acercando y cuando la inútil de Ana se quedó sin balas, se lanzó sobre ella. En verdad disfrutó cada golpe de puño que le propinaba, lo primero que rompió fue la delicada nariz respingona, esa que tanto le había envidiado.

—¡Sí no es mío, no es de nadie! — Gritó Ana, llegando a la cara de Roma con el revés de su mano, cortándole el labio.

—¡Hija de puta! — Replicó más enfurecida, arremetiendo con todas sus fuerzas, dejándola semiconsciente. Aprovechando la ventaja, encontró las llaves de las esposas en la cartera de Ana. Maldiciendo su estatura, se acercó a una de las sillas pero si abría las esposas él caería desplomado al suelo. Al verlo inconsciente, tiritando y con las manos enrojecidas, un miedo que jamás había sentido caló en su alma. Temblorosa acercó sus dedos y percibió el pulso de él, el ritmo cardíaco era bajo, pero estaba vivo y respiraba, eso era todo lo que importaba.

—Necesito que resistas mi amor, voy a ir a buscar ayuda, sola no te puedo bajar —le aseguró, convencida de que en algún remoto lugar de su sueño o pesadilla, él la escucharía. Beso con ternura sus labios y saltó de la silla, dándose cuenta de que Ana no se encontraba en el suelo como la había dejado instantes atrás.

Instintivamente comenzó a buscarla, como una cazadora a su presa y cuando la localizó, se lanzó a ella en un placaje digno de un jugador de rugby; aún a riesgo de recibir un balazo.

Ana se había arrastrado hacia la puerta, hasta que pudo ponerse de pie y aclarar su mente un poco, lo necesario para encontrar un arma y acabar de una vez por todas con los amantes. Pero una vez más, ella se había interpuesto con sus objetivos, tirándola al suelo nuevamente, con la pistola en medio de las dos, en un constante forcejeo entre ambas y sin querer disparó.

El cuerpo de la rubia la cubría, el constante tire y afloje del arma era un juego peligroso, ambas se habían convertido en una ruleta rusa humana y el destino estaba marcado, siendo definido por el ruido del arma al dispararse. Ana la observaba con los ojos cargados de rabia y un grito mudo, mantenía su boca abierta de par en par.

Al sentir el arma detonarse, Ángela y Lizzy corrieron a socorrerla temiendo lo peor.

Como pudo, Roma se sacó el cuerpo de Ana de encima y la tiró hacia un costado, contemplándola con impotencia al verla desangrarse con una perforación en el estómago. Roma se puso de pie y observándola con asco, aseveró:

—Il mio fidanzato non si tocca, putana d' merda.

El odio que tenía dentro junto con la adrenalina le dieron el valor para sobrellevar la imagen, Roma no había disparado, de eso estaba segura, solamente había guiado el arma en la dirección opuesta, mediante una toma de muñeca, una fracción de segundos antes de que Ana disparase, siendo quién en realidad recibiera la bala, tomándola por sorpresa.

— ¿Qué le dijiste?— Preguntó Lizzy, aliviada al ver a su cuñada sana y salva.

—Que mi novio no se toca y que era una puta de mierda.

Respondió mientras caminaba en dirección al galpón, donde Tomás ya sostenía entre sus brazos a Eric, y le susurraba que iba a estar bien, que todo había terminado, mientras Pietro y Augusto le ponían el pantalón.

Como hermano mayor, Tomás, se sentía torpe no sabiendo la manera de cargarlo sin causarle daño, un poco más fría, Roma le aseguró que al estar inconsciente tal vez no sintiese dolor, pero era necesario que lo sacaran de allí y lo llevaran al Carson con suma urgencia.

—Ya sabés, Sister, hacé llorar al pelado sexy — ordenó Roma a modo de despedida, una vez que Eric estuvo acomodado en el auto y Ángela se disponía a arrancar. Con una cómplice sonrisa, Ángela, le devolvió a su amiga la mirada y les ordenó a Lizzy y a Pietro que se ajustaran los cinturones de seguridad.

—Vayan, yo me encargo de todo —aseguró Augusto.

Tomás lo abrazó, palmeando la espalda del muchacho, agradeciendo todo lo que había y estaba haciendo

por ellos. Roma miró a su cuñado y le dijo que la esperase en la ruta. Sin preguntar, Tomás obedeció.

Preocupada la mirada de Roma, cayó sobre el cuerpo sin vida y cubierto de sangre de Ana.

—Loba, yo me ocupo— le aseguró Augusto, mientras tomaba el mentón de la muchacha obligándola a concentrarse en él.

Roma se lanzó a sus brazos y lo abrazó, sintiendo como él la elevaba del suelo, permaneciendo de esa forma unos instantes, transmitiéndole lo infinitamente agradecida que estaba con él. Separándose apenas, se perdió en los ojos de él y tomándolo con dulzura de las mejillas, lo besó con delicadeza.

Augusto había esperado demasiados años por ese beso y, las sensaciones que le produjo no eran ni de cerca con aquellas que había fantaseado. Aceptó la gratitud de la muchacha y cuando se separaron, sus miradas volvieron a conectarse, haciéndolos estallar en carcajadas.

—Eso fue como besar a mi hermana.

—Por el pesebre, es verdad, se sintió incestuoso.

Ambos rieron y comprendieron el verdadero motivo de por qué jamás habían estado a tiempo en sus vidas para comenzar una relación sentimental.

—Andá — le ordenó él, asegurándose que se quedara tranquila.

—Te quiero, Augusto. No me va a alcanzar la vida para agradecerte la ayuda.

Evitando responder directamente, Augusto, volvió a ordenarle que se marchara.

Pietro y Lizzy, iban pálidos como la cera rogando por sus vidas siendo testigos de la forma demencial que Ángela manejaba, llegando a la conclusión de que ella había perdido el juicio al reír pletórica con la oportunidad que estaba viendo, no se cansaba de repetírselos; además de dejarlos en shock al hacer ruidos extraños que cuando le pidieron explicaciones, se justificó diciendo que eran las inyecciones de nitro como en la película “Rápidos y Furiosos”.

Sin importarle absolutamente ninguna de las normas de tránsito, Ángela zigzagueaba los coches, frenaba haciendo chirrear las gomas del auto y aceleraba como desquiciada, mientras le ordenaba a Pietro que llamase al Carson y le informara que en cinco minutos llagaban, mientras intentaba por décima quinta vez, tratar de subir más del tope la calefacción, intuía que Eric estaba con algún grado de hipotermia, tenía los labios amoratados y desde su inconsciencia no cesaban los temblores de su cuerpo.

Lizzy acariciaba la cabeza de su hermano, el único lugar que no presentaba heridas, y le susurraba que todo iba a estar bien, que necesitaba resistir un poco más. Las camperas de ellos estaban sobre el torso de Eric, sirviendo para que la tela de la colcha no le molestara en la piel desnuda y lastimada.

En tiempo récord, frenando en círculos con una pericia profesional, Ángela se estacionó frente al hospital y todo el cuerpo médico que tuvo una fracción de segundos de shock, ante la destreza de la joven, para salir corriendo con camilla incluida para ingresar a Eric.

Sumidos en silencio y sin poder bajarse del auto, Ángela y Pietro, sólo escuchaban el sonido de sus respiraciones.

Pietro meditaba que no podía dejar escapar a esa mujer de su vida, por lo que siguiendo un repentino impulso, le exigió:

—Casate conmigo, Ángela.

—¿Qué?— Preguntó confusa, con temor de haber comprendido mal.

—Sí, se mi esposa. No puedo dejar escapar a una mujer que estaciona así, Cristo bendito —dijo a modo de declaración.

—Acepto— afirmó con los ojos llenos de lágrimas, fundiéndose en un beso con sabor a eternidad.

El doctor Tristán Carson se hizo presente y junto a los amigos de su hijo y Teresa, se hicieron cargo del control exhaustivo y minucioso de Eric.

Al ser alertados del estado en el que se encontraba el muchacho, pudieron esperarlo con la infusión

intravenosa calentada, para poder poner en movimiento la circulación del torrente sanguíneo, elevando la temperatura corporal.

Suturando las heridas producidas por un arma blanca, después de desinfectar raspando la sangre seca y cociendo aquellas que necesitaban puntos.

Tristán comprobaba la reacción ocular de su hijo, advirtiendo que sus pupilas estaban completamente dilatadas y si se sumaba que había irritación en la nariz, fácilmente se llegaba al diagnóstico sobre la inconsciencia de su hijo.

—Tricloruro de metilo — informó Tristán.

—Lo durmió con cloroformo, ¡qué hija de puta! — se exasperó Teresa.

Después de estabilizarlo, prefirieron dejarlo descansar acomodándolo en una de las habitaciones VIP; entonces el cuerpo médico pasó a brindar el informe a quienes aguardaban en la sala de espera.

Susana, Magdalena, Giulio, Tomás, Abigail, Brenda, Sofía, Jonás y Mariela esperaban ansiosos a recibir novedades; más de media hora había transcurrido y no había ninguna novedad.

Roma había preferido bañarse en la pequeña ducha del consultorio de Eric, necesitaba un momento a solas y sacarse de encima el olor a sangre que cargaba, vestirse con la ropa que su madre le había dejado y perfumarse con el “Esencia de Duende”, ese perfume de J. del Pozo que sabía que a él lo enloquecía. Necesitaba sacarse el maquillaje, despojarse de cualquier escudo y romper a llorar en paz, dejar fluir ese sentimiento de pánico que se había obligado a reprimir, necesitaba dejarse invadir por la debilidad, para poder sacarse el atasco que sentía en el pecho. Cuando el llanto le dio lugar a los suspiros, cuando por fin se sintió más liviana, apagó la ducha.

En la zona del consultorio, propiamente dicha, la esperaba Marcos. Como amigo y psiquiatra, después de enterarse del episodio que había vivido Roma con Ana, necesitaba cerciorarse de cómo la muchacha reaccionaba ante el violento episodio.

—¡Marcos, me asustaste, mierda!— Gritó la reprimenda, cuando volvió a sentir que su corazón latía.

Con una pícaro sonrisa, Marcos se acercó hasta ella y la envolvió en un abrazo, también la había escuchado llorar desconsolada, con ternura besó su frente y al conectar con su mirada le preguntó cómo se encontraba.

—Hasta que no sepa el estado de Eric, no voy a estar tranquila.

La preocupación de ella, se notaba en su mirada triste y su voz pausada, para tranquilizarla le aseguró que él se encontraba estable, que las heridas no eran de gravedad, que más allá de un par de cicatrices no eran nada más que superficiales, que la hipotermia fue controlada y los efectos del cloroformo estaban pasando, aventurándose a diagnosticar que en cualquier momento despertaría adolorido, pero lo necesitaban consciente unos momentos antes de suministrarle los calmantes. También le comentó que habían actuado de forma correcta al traerlo semisentado en el auto, porque el otro trauma de estar colgado pudo haberlo matado al desengancharlo. No quería asustarla, pero tampoco quería ocultarle nada.

Roma lamentó no ser quien jalara del gatillo con cada una de las palabras que Marcos pronunciaba, sentía la ira escalar en su interior haciéndole hervir la sangre.

— ¿Va a poder seguir ejerciendo?— Indagó con miedo, sabiendo la importancia de que le daba Eric a su carrera, lo que amaba ser cirujano.

—Hay que ver cómo le queda el pulso después de esto...

—Le cagó la carrera, la hija de mil puta.

Marcos la contemplaba caminar de un lado a otro, con la mano en la frente sumamente preocupada, al igual que él, por ese aspecto de la vida de Eric. También era consciente lo que podía significar ese golpe en la vida de su amigo, a nivel emocional y psicológico, toda su vida se había preparado para ser neurocirujano y a una corta edad lo había obtenido, siendo el sobresaliente de la clase, recibéndose con honores; entregando cuerpo y alma en cada cirugía que realizaba, exigiéndose la perfección, siempre.

—Tal vez, con fisioterapia...

—Hay que esperar, Roma — intentó tranquilizarla, pero fue inútil.

—Sabes mejor que nadie lo que significaría esto para él, no quiero verlo mal, no puedo saber que se encuentra así sintiendo la impotencia de no poder hacer nada para remediarlo.

Marcos se dio cuenta al instante lo que Roma comenzaba a hacer, lo detectó en su mirada.

No podía estar quieta, su cerebro comenzaba a procesar todo y la respuesta era la misma de siempre, lo que a él le había sucedido era su culpa. Si ella no hubiese aparecido en su vida, si se hubiese alejado como su instinto le gritó que lo hiciera aquella vez que lo vio a través de los cristales del salón de baile de la academia, nada de esto hubiese sucedido. Por su culpa él no podría ser nunca más neurocirujano, por su culpa él la odiaría para siempre, entonces el pánico se apoderó en verdad de ella, no iba a poder volver a mirarlo a los ojos, ver el odio suplantar el amor con la que él la miraba iba a ser demasiado duro para ella; la vergüenza de haber sido la artífice de lo que a él le estaba sucediendo la hizo caer de rodillas.

Marcos alcanzó a sujetarla en el preciso instante en el que Roma sufría un ataque de pánico.

El pecho se le había cerrado, se estaba asfixiando y a lo lejos escuchaba la voz de Marcos que luchaba por ponerla boca arriba, para permitirle el acceso de aire, mientras le pedía que se relajara. Las pupilas de Roma se movían frenéticas, mientras que la respiración poco a poco volvía a ser normal al igual que el ritmo cardíaco.

—No es tu culpa — repetía Marcos, una y otra vez, mientras terminaba de calmarla.

—Me va a odiar, no puedo vivir con eso. Tengo que desaparecer de su vida, se la arruiné, como todo lo que toco y todo lo que amo, lo arruino. Lo envolví, sin querer, en mi propia destrucción; lo sumí en las tinieblas, es mi culpa.

Marcos la sostenía entre sus brazos, mientras ella lloraba desconsoladamente en sus brazos.

—Mirame, Roma Giovanna Casalegno— ordenó autoritario, mientras la separaba de él y limpiaba las lágrimas de la muchacha. —Gracias a vos él está con vida, gracias a vos mi amigo volvió a la vida, gracias a vos él superó un montón de traumas del pasado y lo más importante, gracias a vos Eric Carson es feliz al ciento por ciento.

—Gracias a mí, a la loca de mierda, se le chiflo el moño peor y lo atacó. Gracias a que yo quise manejar el Chrysler, él fue secuestrado. Tuve que haber actuado antes y tal vez su cuerpo no estuviese tan herido, sinceramente es mi culpa, yo sabía que todo lo que toco rompo y él me lo dijo, cuando nos peleamos, yo destruyo. No debería haberme enamorado, no debería amarlo con todas las fuerzas de mi alma, yo... yo...

—¡Basta! — Se enfureció Marcos — ¡Nada de esto es tu culpa! La loca ya estaba loca y vos fuiste nada más que un simple chivo expiatorio. Hubiese atacado igual o peor, porque Eric jamás se hubiese fijado en ella, con o sin conocerte, ¿estamos?

—Pero...

— ¡Nada! Deja de culparte, nada de esto es tu culpa, Hiroshima y Nagasaki tampoco son tu culpa y la crucifixión de Jesús tampoco, ¿estamos?

—Ma...

— ¿Estamos?— La interrumpió, agarrándola con fuerza de los brazos obligándola a convencerse de que era un error aquello que estaba planeando.

—Tengo miedo — confesó, agachando la mirada.

—¿A qué, pequeña?

La dulzura de Marcos, realmente la desarmaba. Entendiendo el por qué era tan bueno en su profesión, transmitía una calma ponderosa de esas que te conducían a exponer a la luz a esos demonios que jugaban con los miedos de una, potenciándolos al punto de sentirse ahogados con el abismo inventado, ofreciendo la tabla de salvación para volver al sendero de la cordura.

—A que me deteste por esto.

Suspirando, Marcos levantó el mentón de Roma y le aseguró que su amigo no era tan estúpido.

Sobre la madrugada, Eric se despertó sintiendo como si una estampida de toros hubiese utilizado su cuerpo de alfombra. Lo primero de lo que se percató fue que su madre rezaba con los ojos cerrados en maorí, inglés y español, agarrada de la mano de su hermana que se encontraba en la misma postura, mientras su padre y su hermano lo observaban con una sonrisa de alivio.

—Bienvenido, hijo querido — dijo su padre, alertando a las mujeres que gritaron de la emoción.

Con sumo cuidado, Susana se acercó hasta su hijo y beso su frente; su hermana hizo lo mismo y le susurró cuánto lo amaba.

—Bienvenido, bello durmiente, princesa de Disney —bromeó su hermano, quien a pesar de esa sonrisa burlona, había sentido un pánico atroz.

Dejándole lugar a su padre para que lo revisara y contestara sus preguntas, Eric, comenzó a cuestionarlos dónde se encontraba Roma y por qué no estaba en la habitación con la familia.

—Prefirió quedarse afuera, hijo—le informó Susana.

—Termina rápido, viejo, antes de que la loca de mi mujer haga una estupidez.

— ¿Qué puede hacer?— Preguntó con el ceño fruncido, Tomás.

—Pensar, ese es su mayor defecto... —suspiró, Eric, mientras su padre le chequeaba la reacción ocular ante el estímulo de la luz.

—Sigo sin entender, Bro.

—Que se va a poner a pensar que todo esto es su culpa y si le sigo dando tiempo, se va a culpar incluso de que fue su culpa que a Adán y a Eva los expulsaran del paraíso.

—Pero si ella...

—Mamá, sé de lo que hablo. Es capaz de pensar que voy a detestarla por no poder seguir ejerciendo como cirujano.

—Hay que ver cómo te recuperas, hijo —dijo su padre, intentando tranquilizarlo y desechar esa hipótesis.

—Seguí el control después, que pase urgente.

En la sala de espera, Roma seguía con el alma en los pies, se quedaba porque su familia la había obligado. Tenía miedo de enfrentarse a Eric, ver en sus ojos el amor extinto, necesitaba escapar. Por más que Marcos le hubiese asegurado que ella no era la culpable y tras varios minutos de análisis por parte del psiquiatra, la parte de Roma, esa que le encantaba atormentarla, le aseguraba que el médico no era objetivo porque la conocía. El grito de alegría de Susana y Lizzy, la trajeron una vez más a la realidad provocando que sus ganas de huir se incrementaran; no iba a poder y lo sabía, prefería huir a realmente escuchar el sonido de su corazón al romperse, sabiendo que esta vez iba a ser imposible reparar el vínculo. Se preparó para correr pero Santino la sujetó y la voz de Tristán Carson la llenó de pánico al pronunciar su nombre, al anunciarle que él pedía por ella. Había llegado, el momento había llegado y necesitaba huir; no quería que su corazón doliese con el recuerdo del odio reflejado en los ojos de Eric, se negaba a eso, prefería recordarlo con sus pupilas color ámbar, contemplándola con absoluta devoción y amor.

—Pide por vos, Roma— le susurró Santino, mientras la giraba.

Al verla de frente tanto los padres como los hermanos de Eric, comprendieron a lo que él había hecho referencia cuando les había pedido que la hicieran pasar con urgencia. El pánico y la derrota surcaban los ojos de la muchacha, incluso su familia se había asustado de la palidez de su rostro.

Arrastrando el alma y caminando como un arrepentido condenado a muerte, con la cabeza gacha y los hombros caídos, pasó por delante de los testigos de su última vez como un ser humano casi íntegro, para

encontrarse con su verdugo. Podía sentir la pena en sus miradas, las acusaciones, podía sentir que sabían que él la condenaría al inframundo.

Eric la vio entrar, con la cabeza gacha y las lágrimas que caían como gotas de lluvia para acabar en el suelo. Se había percatado de que sus padres la empujaron, prácticamente oblogándola para que ingresara a la habitación y la desolación en la forma en la que ella observó la puerta al cerrarse.

—Mirame, Roma.

El sonido de su voz cascada, debido a la cantidad de tiempo que permaneció dormido contra su voluntad, le erizó la piel y su cuerpo tembló, no placenteramente, sino preso del pánico.

—¡Mirame!— Exigió ante la negativa de ella.

Se conmovió al ver la mirada de ella suplicante, con las lágrimas corriendo sin cesar por sus mejillas.

—Te amo más que a todo en este mundo, tangible o imaginario— le aseguró.

Al escuchar sus palabras, las rodillas de la muchacha temblaron y un gemido de alivio se escapó de sus labios. Se acercó a él y se dejó caer de rodillas, suplicando su perdón.

—Nada de esto es tu culpa, mi amor— lo escuchó decir con calma, provocando que su llanto recrudesciera, y entre hipidos le expusiera su hipótesis, sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

—No me odies, por favor —suplicó, cuando terminó.

— ¿Qué parte no entendiste del “te amo más allá de todo en este mundo” y el “no es tu culpa”?

Había empezado con su declaración de amor, justamente para evitar que ella continuara castigando su mente, pero era al vicio. Levantó el mentón de ella y la obligó a mirarlo, explicándole que le importaba un comino si no podía volver a operar, lo más importante en su vida era ella; asegurándole que en caso de que sucediese, podía ser neurólogo perfectamente, atendiendo exclusivamente en el consultorio.

Roma se perdió en sus pupilas ambarinas y se terminó de convencer de lo que Eric le había dicho. Le pidió que descansara y que ella no iba a irse a ningún lado, asegurándole que cuando se encontrase más recuperado hablarían hasta el hartazgo.

—Dormí, mi amor, que yo te cuido — le aseguró ella, mientras besaba sus labios con delicadeza.

Eric sonrió, lo mismo le había asegurado él, cuando ella había estado en la cama del hospital.

Los días habían pasado y mientras Eric se recuperaba favorablemente, Roma no se había despegado de su lado.

Gracias a su hermano se había enterado del plan de rescate detalladamente, riendo con las partes graciosas que él le aseguraba, habían desopilantes. Le habló sobre Augusto, el amigo de Roma que los había ayudado y pidió conocerlo.

Un tanto insegura, Roma los presentó. Por supuesto que Eric no era ningún estúpido y levemente, se sintió aliguito molesto ante el descarado coqueteo de los dos. Siendo lo más amable que le era posible, le pidió a Roma que los dejara a solas.

— ¿Qué pasa entre mi mujer y vos?— Inquirió a bocajarro ni bien se quedaron a solas.

Estallando en una carcajada, Augusto le aseguró que absolutamente nada y pasó a relatarle la historia que tenía con ella y que la forma en la que se comportaban era tan rutinaria en ellos, que simplemente no se daban cuenta de que coqueteaban verbalmente o de vez en cuando se guiñaban un ojo. Más tranquilo le agradeció la sinceridad, aunque marcó territorio amenazándolo si llegaba a propasar los límites.

—No hay nada de qué preocuparse — le aseguró Augusto antes de marcharse.

En la sala de esperas, se encontró con la muchacha y la puso al tanto de su situación. Le dijo que solamente debía presentarse a declarar, al igual que los otros y exponer la situación, pero ante las pruebas que se presentaron, era una mera formalidad para el papeleo.

Aliviada, Roma lo abrazó y le agradeció una vez más prometiéndole organizar una comida para

agasajarlo.

Tomás le dijo que su hermano la llamaba y el corazón se le aceleró. Era el momento de cometer la última locura en su vida y dar ese dichoso paso. El anillo de su tatarabuelo, ese que pasaba de generación en generación a la nieta elegida para entregar al hombre que sus corazones habían seleccionado, le quemaba el bolsillo trasero del pantalón. Se lo había pedido a su abuela Ghita y se lo llevó una de las tardes en las que había ido a visitar a Eric.

Al entrar en la habitación Eric percibió los nervios de la muchacha, e intuyó que algo serio le ocultaba.

—¿Qué pasa, Belona?

Roma lo vio sentado, con los pies colgando y la mirada cargada de preocupación y sonrió ante la inquietud de él, pero sobretodo le sonrió a la dulzura que empleaba al utilizar el apodo que le había dado. Se acercó a él, mirándolo con toda la adoración de la que era capaz de transmitir con su mirada y se sentó a su lado.

—Cuando casi chocamos en la calle, en mis oídos sonaba “Somebody to Love”, Freddie Mercury imploraba a Dios, a todo volumen, alguien a quien amar, alguien que lo amase, rezaba y suplicaba por él y por mí, entonces apareciste —hizo una breve pausa y prosiguió: —Te interpusiste en mi camino, frenaste mi andar y pusiste mi mundo patas para arriba, despertando sentimientos que jamás habían pasado por mi cuerpo. La segunda vez que te vi, a través de la ventana del salón de baile, la misma noche del día de esa casi colisión, mi instinto me decía que vos eras el único con la capacidad de lastimarme, incitándome a huir en dirección opuesta—. Puso los dedos sobre la boca de Eric, frenando cualquier intento de protesta y continuó.— Eso es el amor, el salto de fe al entregarle cierto poder de destrucción al otro con la esperanza de que jamás lo utilice; con vos tengo la certeza de que jamás va a ser así. Me llenaste de seguridad al aferrar mi mano por primera vez, despertaste con una mirada un lado adormecido de mí y, cuando me besaste por primera vez, me llevaste a volar por galaxias desconocidas —. Roma se puso de pie frente a él y del bolsillo trasero le enseñó el anillo sello de su ante pasado e hincando una rodilla en el suelo, mientras le iba explicando la tradición, bajo la atenta mirada de él, pronunció las palabras que había estado practicando durante días frente al espejo:

—Eric Carson, hijo de Tristán y Susan Carson, hermano del medio, segundo hijo varón, ¿me concederías el honor de ser mi esposo?

El nudo en la garganta de Eric le impedía hablar, la veía rendida a sus pies, homenajeándolo como una humilde guerrera, rindiéndole pleitesía como una súbdita a un monarca. En silencio se puso de pie, se estiró hacia la mesita de noche y extrajo una cajita de terciopelo verde. Con dificultad, hincó una rodilla frente a ella, demostrando que ambos estaban en igualdad de condición, que ambos le rendían culto al poder del amor que se profesaban.

—Amo cada una de tus luces, amo con mayor intensidad tus sombras y realmente le profeso un amor más intenso al arcoíris que me envuelve cada vez que me sonreís. Amo tu lado cursi, pero juro solemnemente que adoro tu sarcasmo e ironía, siento debilidad con tu bondad y tu sensibilidad, y las piernas se me aflojan cuando me pierdo en tus ojos negros, adorando naufragar en ellos. Podría pasar toda la eternidad mirándolos y jamás sería suficiente, tu boca me enloquece cuando me besa pero realmente me fascina, cuando me desafía— Eric limpió una de las lágrimas de ella con una tierna caricia de su pulgar y continuó, mientras abría la cajita de terciopelo, enseñando un hermoso anillo con diamantes negros y zafiros dorados, que formaban una triqueta, la había mandado a hacer a Graff en Europa, especialmente para ella, con esa clase de piedras preciosas únicas como el amor que él sentía por ella, mezclando el color de ojos de los dos, absolutamente cargado de simbolismo.

—Esta triqueta representa, para los celtas, la vida, la muerte y la reencarnación; es un símbolo de mucha fuerza y divinidad. Te hago entrega de este anillo, preguntándote Roma Giovanna Casalegno, hija de Giulio y Magdalena Casalegno, hermana menor de Pietro y nieta de Margherita y Antonia, ¿me

concederías el honor de pasar esta vida a mi lado, morir juntos y reencarnar para volver a encontrarnos?
¿Me concederías la bendición de ser mi esposa?
—Sí— consiguió responder ella, con sus lágrimas resbalando mientras extendía su mano izquierda, dejando que él deslizara por su anular el anillo de compromiso. Con la mirada, ella le indicó que no había respondido.
—Para que te quedes tranquila, sí, acepto — sonrió, emocionado, mientras le extendía la mano izquierda y ella deslizaba el enorme anillo por su anular.
En la mano de Eric quedaba pequeño, pero entre los dedos de ella quedaba enorme.
—Te amo — dijeron a la vez, siendo entre lágrimas, besándose con devoción y riendo en medio del beso.

Capítulo 23

Los meses habían pasado y la recuperación de Eric había sido un éxito rotundo, para alivio y un poco de desilusión de ambos Roma no había quedado embarazada, por lo que tras una consulta con su ginecóloga había comenzado a cuidarse con las pastillas. Todavía ella recordaba estar recostada, en la cama de Eric, al lado de él que se apoyaba sobre su costado, descansando la cabeza sobre su mano, mientras la observaba con infinita ternura y con la mano que tenía libre, apoyaba el dedo índice sobre su ombligo y comenzaba lentas caricias en formas de arabescos sobre su abdomen. Eric le había confesado que se había hecho un poco de ilusión al respecto pero que si por algo no se había dado, quizás era porque no estaban listos; una vez más él había expresado los mismos pensamientos que a ella la rondaban. Ambos estaban comenzando nuevamente a caminar juntos tras la caída, se disfrutaban plenamente, quizás por eso todavía no era el tiempo de prolongar la especie. Aunque él había dejado claro que si el primogénito era una niña, rogaba a los dioses que sacara los ojos de Roma. Entonces ella hizo algo jamás imaginado, se permitió soñar con los hijos de ambos, creer en la ilusión y apostar por ello.

La llegada de un nuevo año, trajo consigo la alegría de vivir. Eran las primeras fiestas que festejaban Eric y Roma juntos, tras la pesadilla que habían atravesado realmente las festividades las vivieron con

mucha alegría y felicidad, con la típica mesa que Roma disfrutaba, larga y con toda la familia y amigos. La llegada del bebé de Santino y Sofía, seguido de la sencilla boda de ellos, fue otro acontecimiento que disfrutaron asistir juntos. La noticia del embarazo de Brenda y la absoluta dicha de la pareja, realmente llenaba sus corazones. Su mejor amiga se había casado con su hermano, en una fiesta por todo lo alto, como era de esperar en ellos dos. Como una vieja promesa, Roma se hizo hacer el mismo modelo de vestido que Sara Jessica Parker en *Sex&theCity 2*, cuando la protagonista Carrie está en el desierto y sale a comer con Aidan. Sí, era típico de ellas hacer ese tipo de promesas con respecto al vestuario. Jamás olvidaría ese día, esa mágica noche en la que vio a su hermana del alma, compañera de locuras, hacer realidad su sueño al casarse con el amor de su vida y padre de sus hijos. Ángela había adelantado el casamiento al enterarse que estaba embarazada. A decir verdad, Roma creyó que su amiga iba a entrar en crisis al saberse madre nuevamente, el pequeño Alejo todavía no había abandonado los pañales y si bien, tenían toda la situación bajo control dos niños pequeños tan seguidos, iba a ser una locura. Por parte de su hermano, podía decir que Pietro estaba pletórico, jamás lo había visto tan feliz aunque el miedo de ambos radicaba en que sus sentimientos fueran diferentes con su hijo biológico y con su hijo del corazón, tenían miedo de querer en menos medida al pequeño Alejo, un miedo que si bien no era del todo infundado, no podían pasar por alto, por lo que decidieron dejar eso en manos de un profesional para que los guiase. Una alternativa que duró poco tiempo, tres meses para ser exactos, demoraron en darse cuenta de que Alejo por más que no llevara su sangre era de ellos, una parte inalienable de sus almas y el tesoro máspreciado de sus corazones.

El día del casamiento de Ángela y Pietro, después de que ellos dijeran sus votos de amor eterno, posterior al pequeño repaso por su historia de amor, para cortar el momento cursi su hermano había soltado una declaración de amor digna de él:

—No podía dejar escapar a una mujer que estaciona de la manera en la que Ángela lo hace, además de que hace las onomatopeyas de las inyecciones de nitro en el auto cuando maneja a alta velocidad, simulando ser Toretto de *Rápidos y Furiosos*, sinceramente un hombre no puede resistirse a eso.

Las risas habían inundado la capilla y la mirada de Ángela había sido entre asesina serial y loca enamorada, sabía que así era Pietro y lo amaba profundamente, el sentido del humor y sus magníficos ojos turquesas, eran sin duda lo que la había cautivado siempre.

En el tradicional momento de la fiesta en la que la novia lanza el ramo, Estéfano y Luciano, levantaron a Sara para que atrapase el ramo. Una indirecta muy directa de los hijos de ambos para que formalizaran como era debida la relación. Durante todos los meses transcurridos, Alfonso y Sara se dieron cuenta de que el amor entre ellos jamás se había extinto, simplemente se había puesto en espera hasta el momento que se volvieran a cruzar, entendiendo que algunos amores eran así de generosos al dar segundas oportunidades. Desde aquella cita, donde consumieron ese café pendiente jamás dejaron de hablar, jamás sus manos volvieron a soltarse.

Para el casamiento de ellos, a pedido de Eric, Roma había seleccionado un vestido rojo, muy distinto al que había llevado para el de Brenda y Marcos, pero igual de sexy. Dos tiras cruzaban su espalda y cubrían su voluptuoso busto, mientras dos lazos de raso se ajustaban a su cintura para sostener el resto de la tela y una falda amplia caía hasta el suelo. Por supuesto que iba con unos tacos aguja de trece centímetros y, como había dejado crecer su cabello, Jonás le había realizado un hermoso recogido con trenzas. Al mirarla, Eric se había quedado pasmado, su belleza salvaje y explosiva lo dejaban sin aliento.

—Estás... maravillosa — había susurrado con dificultad.

— ¿Qué puedo decir? El rojo es mi color— le había respondido ella, con una pícaro sonrisa.

Habían bailado juntos toda la noche y Eric le había confesado que solo porque era con ella, había bailado más que el vals. Incluso cuando en la pequeña recepción a la espera de los novios había sonado *Lady in Red*, él la había cantado en su oído, susurrándole cuán magnífica estaba y lo afortunado que se

sentía al tener entre sus brazos a la dama de rojo. Algo que debía admitir ella, era cuánto la excitaba escucharlo hablar en inglés, bueno, no sólo en inglés, le excitaba la voz de Eric, en un viril susurro en sus oídos o al debatir cualquier asunto, simplemente su voz vibraba en su piel atravesando como un rayo el centro de su feminidad. A pesar de que él no era un gran bailarín, Roma se sentía inmensamente afortunada de bailar entre sus brazos.

El enlace Carson-Casalegno, había sido programado para cuando Roma se recibiese, se negaba a casarse sin obtener antes su título, Eric apoyó su decisión sabiendo lo importante que era para ella cerrar esa instancia de su vida. Aunque tenía otros títulos, la gran meta en la vida de Roma era la Licenciatura y él brindaba el respaldo para que cumpliera su objetivo antes de dar el siguiente paso.

Contaba con un hermoso trabajo en el periódico, donde pasó de ser correctora a escritora y negociando ser freelance, escribir desde su propio espacio, su propia columna semanal acerca de diversos temas, era para ella uno de sus grandes sueños cumplidos.

Pietro estaba en la casa de su cuñado, la misma que próximamente pasaría a ser el domicilio legal de su hermana. Eric lo había llamado para que hiciera las remodelaciones al gusto de Roma. Esa batalla había sido difícil y finalmente, después de tres días sin hablarse y en el que él tuvo que ceder, había concedido remodelar la casa al antojo de Roma y que ella se hiciera cargo del presupuesto.

Simplemente Eric, no entendía por qué ella tenía tanto orgullo y no aceptaba que esa casa era de los dos, si era necesario la pondría bajo su nombre, era un maldito bien material después de todo. Pero no, ahí estaba el lado poco sentimental de su mujer, diciendo que no se iría a vivir sin más a su casa, antes de haberla tazado y darle la mitad de lo que valía bajo la excusa de que ella no se sentiría cómoda en una casa que había sido el espacio de él, que necesitaba encontrarse ella como dueña del lugar y, claramente, no solo iba por el asunto monetario, era la decoración incluso el agregar ambientes. Tras días de discusión, en los que ella le había dicho “troglodita”, como leve insulto, y aventándole el anillo por la cabeza, setenta y dos horas después del episodio, la había esperado en la casa de ella para aceptar los términos y condiciones que proponía, concediéndole el capricho de remodelar la casa, pero que bajo ningún concepto iba a dejar que la tasase. Aceptaba que ella se hiciera cargo de las remodelaciones para que sintiera que esa casa era tan suya como de él y, además, le mostró la escritura donde la misma estaba a nombre de los dos. Por supuesto que a Roma no le quedó más alternativa que ceder un poco de orgullo y aceptar la oferta de paz de Eric, zanjando el asunto con una mirada seria, mostrando el dedo anular izquierdo y diciendo, con voz de enojada, que su dedo tenía frío. Con una sonrisa y un suspiro de resignación, Eric había vuelto a colocar el anillo en su lugar.

—Ahora sí, estamos en paz —había dicho Roma, lanzándose a sus brazos. Aprovechando el momento de que sus padres no estaban en casa, lo arrastró hasta su habitación, donde el sexo de reconciliación hizo su magia nuevamente. Cuando sus cuerpos saciados, buscaban el calor del otro, ella, acomodada en su pecho, le había confesado que nunca un chico había dormido en su cama, en realidad, terminó confesándole que jamás había tenido relaciones en su propia cama, provocando la risa jactanciosa de Eric, mientras observaba asombrado la cantidad de zapatos que ella poseía. Prácticamente contaba con un vestidor único y exclusivo para zapatos y otro para su ropa; haciéndolo tomar nota mental que tenían que hacer un cuarto para las pertenencias de ella y una biblioteca para la cantidad de libros que poseía.

Volviendo al presente, Eric, comenzó a escuchar a su cuñado que le mostraba los planos, él simulaba que entendía las líneas cruzadas y los números con medidas, pero en verdad no entendía ni jota de lo que

Pietro hablaba, menos de los materiales que pensaba utilizar.

—Te juro que me esfuerzo, Pietro, pero no tengo la imaginación para ver lo que me estás proyectando.

—Simplemente el cambio más radical, lo va a sufrir la cocina. Mi hermana siempre quiso una cocina como la de nuestra casa...

—Pietro, no tienes que informarme nada. Te di luz verde para construir, a partir de estos cimientos, la casa de los sueños de tu hermana.

—Sí, con respecto al presupuesto...

—Que no se entere que yo estoy cubriendo la parte que falta, no quiero que discutamos más. Esto muere en vos y en mí, ni siquiera Ángela, ¿estamos?

—Sí, ya le avisé a mi viejo para que no meta la pata. Mi hermana tiene el maldito don del amor por las cosas caras —suspiró, haciendo reír a su cuñado.

—¿La podemos culpar? Simplemente me gusta consentirla y que crea que gana la discusión al completo —rió Eric, mientras levantaba su cerveza en un brindis con Pietro.

—No puedo creer que le hayas encontrado la vuelta— se carcajeó devolviéndole el gesto a Eric.

—Discutir con ella es un maldito infierno, lo disfruto no lo voy a negar, pero es tan terca...

—Es tan lindo cuando se enoja—suspiró Pietro y agregó: —No me digas que no es genial hacerla enojar.

—Absolutamente —concordó sonriendo Eric y, prosiguió: —Pero tiene tendencias de aventarte objetos por la cabeza y a no hablarte por tres días.

El suspiro resignado de Eric y el revoleo de ojos, provocó que ambos se carcajearan, llegando a la conclusión de que quizás tan solo por hacerla resoplar, largar miradas asesinas y desplegar su ceja altiva, merecían la pena los proyectiles y sus silencios de setenta y dos horas. Incluso Eric adoraba la manera de ella al mover frenética las manos y la capacidad de hilar insultos.

—Imagínate que hace veinticinco años que la padezco... ¿Ya pensaste qué le vas a regalar para los veintiséis?

La pregunta de Pietro, era una de las tantas que él mismo se hacía ¿qué podía regalarle que superase la maldita Ducati? Se había devanado el cerebro y sabía que no podía regalarle un Audi. De primera mano conocía que era feliz con el auto que le habían regalado sus padres y además, sabía que al Audi mucho no lo iba a utilizar, le gustaba, era cierto, pero conocía la preferencia de ella hacia lo sencillo de vez en cuando. A decir verdad, había una idea que le rondaba a Eric por la mente y no se trataba de regalarle un objeto, más bien, se trataba de regalarle un momento. Muchas veces le había escuchado decir que ella prefería los instantes mágicos, como los despertares juntos o cuando él le cocinaba o cuando él comía algún Lemon Pie que ella preparaba con mucho amor, entonces la idea cobró más fuerza en su interior ¿qué era más mágico que la celebración de su nacimiento? Sí a dicha celebración, él la hacía más especial.

—Tengo una idea en mente...

—Tienes que superar el circuito de moto GP — lo retó Pietro.

Eric todavía no olvidaba la infinidad de veces que ella le había hecho ver los vídeos y las fotos, sintiendo un pequeño aguijón de celos cuando pocas semanas atrás había recibido una invitación de ni más ni menos que el propio Valentino Rossi, para que participase en la carrera de exhibición. Por supuesto que se había alegrado por ella, sabía lo mucho que amaba correr y más con los profesionales, alentaba los sueños de su mujer y se enorgullecía que fuese admirada y respetada, incluso adoraba la forma en que la ilusión de Roma simplemente se reducía a mostrarle sus habilidades a él, pero detestaba quedarse fuera de los diálogos entre el italianito y ella. Había jurado aprender a hablar italiano, sólo para saber qué se decían además para entender qué murmuraban sus abuelas cada vez que los veían juntos, Roma contaba con la ventaja que los Carson hablaban en inglés y ella lo manejaba igual que al

italiano, como si ambos fuesen español.

—Lo voy a superar y con creces —aceptó el desafío.

Pietro rio echando su cabeza hacia atrás, sabiendo que a su hermana cualquier detalle que Eric tuviese para con ella la haría feliz y gritar que había tenido la mejor celebración del mundo, con el mejor novio del mundo. Lo enternecía saber que, para ella, quienes la rodeaban eran lo mejor del mundo por el simple hecho de ser de ella y él no podía hacer otra cosa que coincidir, Nita era la mejor hermana del mundo porque era su hermana.

— ¿Qué tal la vida de casado?—Preguntó Eric, tras un corto silencio.

—Por momentos bien, por otros nos queremos matar, pero siempre terminamos teniendo un sexo fenomenal.

— ¡Amén! Por sexo de reconciliación.

Ambos elevaron una vez más sus botellines de cerveza en un cómplice brindis y Pietro terminó contándole que era bastante complicado lidiar con las hormonas de Ángela y un bebé al que le estaban saliendo los dientes pero le aseguró que cuando el día acababa y ella entrelazaba sus piernas con las de él, no había lugar más hermoso en donde quisiera estar. La casa que él había diseñado y que ella había aprobado estuvo lista al cabo de unos meses, cuando se mudaron y pasado todo el trajín que conllevaba la mudanza, se dedicaron a bautizar cada una de las vírgenes habitaciones, menos por supuesto, la de los niños.

—Soy feliz al no vivir en pecado — finalizó, tirando una indirecta a la semi convivencia de su cuñado con su hermana.

—Mi prioridad es hacer a tu hermana feliz, ella tiene como objetivo realizarse plenamente como profesional y lo respeto, lo otro es el simple formalismo para complacer al resto, por la fiesta ¡ah! y tu hermana agregaría el vestido y los regalos— le devolvió el golpe, Eric.

Desde que se habían comprometido y después de que le dieran el alta a Eric, Roma prácticamente vivía con él mientras soportaban a ambas familias darles caña por el asunto del casamiento.

—Y esa sencilla respuesta, damas y caballeros, es por la que el Doc., se ha ganado a la menor de los Casalegno—anunció orgulloso Pietro.

Con un pequeño suspiro Eric concedió mentalmente que le encantaría tenerla las veinticuatro horas, los siete días de la semana, los treinta días del mes y los trescientos sesenta y cinco días del año conviviendo con él, más ahora que ella ya estaba aprendiendo a dormir con otra persona en la cama, es decir, seguía babeando pero no se enroscaba tanto en las sábanas ni dormía tan cruzada; aunque admitía que muchos de sus despertares habían sido cruzados. Adoraba ver lo gruñona que era y cómo se sosegaba después del primer sorbo de café. En esos días, Eric, había aprendido que Roma detestaba hablar a primera hora y que los fines de semana, el despertador simplemente no existía.

Rio al recordar una mañana que él, muy feliz, le había dicho que era hora de abrir los ojos porque el sol ya había despuntado, la respuesta de ella fue un gruñido seguido de:

— ¿Me viste cara de planta? Soy un humano, no necesito hacer fotosíntesis, déjame dormir en paz.

Dos horas después, se había levantado como si nada y lo había llenado de besos y abrazos, no, nada había sucedido y todo estaba muy normal. A la fuerza aprendió que era una cuando el despertador la obligaba a levantarse y otra cuando lo hacía por sus propios medios.

Al verle la mirada perdida nuevamente Pietro le preguntó qué estaba evocando, por lo que Eric tuvo que contarle los despertares de su hermana, provocando que su cuñado se carcajeara nuevamente, asegurándole que era mejor el silencio sepulcral antes de que ella bebiera su primera taza de café. Que el

apodo de “Pitufa Gruñona”, no era en vano y pasó a relatarle las épocas de colegio de su hermana junto con algunas mañas que no había perdido desde su nacimiento, por ejemplo, el mal humor cuando tenía hambre y sueño. Con respecto al hambre, lo sabía casi de primera mano, en su momento le había causado gracia el enfrentamiento con Ana en el comedor del hospital pero, luego del infierno que padeció, se le erizaba el vello de la nuca, el repelús se incrementaba al saber que ella habría tenido que soportar los flagelos en su lugar. Era consciente de que no habría soportado la idea de ver el cuerpo de ella con la marca del acero o de los latigazos. Mientras vivía la maldita pesadilla, se dio cuenta al completo lo que ella y su bienestar significaban para él. Le costaba procesar lo que su hermano le había contado en la “operación rescate”, y sintió un terror a niveles insondables, cuando le relató el momento en que Ana y Roma forcejearon con el arma, un milimétrico error de cálculos y su dulce Belona... No, se negaba a pensar en esa posibilidad, menos cuando la había sentido tan presente en cada instante de su martirio, refugiándose en sus desafiantes ojos negros y en su afilada lengua, en sus besos, en su aroma y en la suavidad de su piel. No lo había podido confesar en voz alta, pero ella había sido su plegaria de salvación. Tomás también le había detallado todo lo que Lizzy había hecho para rastrearlo y, mentalmente, se prometió nunca más burlarse de la carrera de su hermana. Recordando que cuando ella había querido estudiar Ingeniería en Sistemas, tanto él como Tomás le habían hecho burla, en realidad era un poco de envidia al saberla un genio en su especialidad, alejada al completo de la rama familiar, era la maldita oveja negra de la familia, la distinta y gracias a eso él le debía la vida. Su pequeña Lizzy, su dulce niña de ojos verdes, la debilidad del clan Carson. Todavía se le empañaba la vista al recordar el abrazo que ella le dio, llorando en su pecho, durante cinco minutos en los que él había acariciado su espalda jurándole que estaba bien, sano y salvo.

Debía admitir que, aunque la situación no lo ameritaba, no había podido resistir la risa cuando su hermano le contó el momento de la trepada al árbol, detallando la inhabilidad de Roma para escalar y su negativa al salir por el mismo lugar que habían ingresado al departamento; al menos sabía que su chica era incapaz de hacer algo. Había prometido llevarla hacer una escala deportiva cuando sanara al completo, la cara de ella había sido un poema, tuvo que desafiarla como coacción para que accediese y solo de esa forma, su cara de espanto fue suplantada por una mirada desafiante, de esas que tanto lo enloquecían de ceja arqueada y casi un cuarto de sonrisa ladeada. Lo sabía y le encantaba, no se achicaba ante ningún reto. De todo el relato de Tomás, referente a esa maldita noche, lo que más le había llamado poderosamente la atención era el nombre de Augusto. Sin omitir detalle alguno, su hermano le había narrado de dónde Roma lo conocía y que el tal Augusto había admitido estar enamorado de ella, que un momento después de que el caos finalizase, Roma, le había pedido un momento a solas con Augusto. Con esa sensación de malestar en su cuerpo, Eric, le había preguntado a bocajarro qué sucedía entre ellos; podría decirse que su intuición masculina le advertía que Augusto era un digno rival, si se lo podía llamar de alguna manera. Lo había percibido ni bien había hecho acto de presencia en la habitación, la esencia de Augusto era muy similar a la de él y tuvo celos, muchos. Con tirabuzón, le había sacado a medias la verdad a Roma, sabía que no le estaba contando toda la verdad incluso también habían discutido por ese asunto hasta que su Belona, enojándose al completo con él, le había gritado que era un estúpido en sentir celos de Augusto, argumentando que si en su momento cuando era infeliz en otra relación no le había dado cabida, menos lo iba hacer ahora que por fin se sentía dichosa con una pareja. Dejando en claro que iba a tener que soportar su comportamiento con Augusto, que era un excelente amigo con el cual manejaba un código de antaño y que no tenía pensado cambiar, que lo aceptara y dejara las estupideces de jardín de infantes. Como era de esperar, Eric, había terminado disculpándose y contándole el real motivo de sus celos, Roma lo había mirado con ternura y asegurándole que aunque tuviese razón con respecto a la esencia de ambos, solo un par de ojos color ámbar que cambiaban según el estado de ánimo, eran dueños absolutos de su alma. Y de esa manera fue como el asunto Augusto quedó de lado; permitiéndole a Eric brindarle la oportunidad de una amistad, después de todo Augusto había

sido fundamental para rescatarlo.

Roma todavía no se explicaba por qué se sentía tan nerviosa, bueno tal vez porque en esa carrera un par de ojos ambarinos la estarían observando con detalle, tenía la imperiosa necesidad de lucirse frente a él y toda su familia. A la carrera de exhibición había invitado a los Carson y a Augusto, ¡por el pesebre! También había invitado a la mafia de las agujas de tejer. Era la primera vez que los suyos, al completo, la verían desplegar sus habilidades.

Era consciente de que tanto Ángela como Augusto babeaban con los nuevos amigos de ella, incluso los habían extendido la invitación a participar, solo Augusto había accedido porque Ángela no podía por el embarazo además de que no era buena con las motos.

Roma le presentó a sus amigos a Eric, que muy al contrario de lo esperado por cualquier hombre en su posición, admitió que él solo paseaba con las motos y orgulloso había agregado que el correr y las piruetas, se las dejaba a su mujer. Sí, no se le había pasado por alto a Roma la sutil marcada de cancha de su futuro marido. Sus abuelas, Antonia y Margherita, se habían encargado de la traducción para Valentino y Andrea.

—Te faltó hacerme pichín, Carson — le recriminó con una sonrisa boba en la cara, mientras lo jalaba con suavidad de la campera, atrayéndolo hacia sí, mientras se ponía de puntitas para besarlo.

—No sé de qué me hablas, Casalegno— murmuró contra sus labios, antes de devorarlos al completo, provocando que ella riera ante su instinto primitivo de delimitar su territorio porque ella era suya por propia elección.

Roma se despidió una vez más de él y le pidió que le deseara suerte, Eric la tomó con delicadeza de las mejillas y depositó un tierno beso en su frente, asegurándole que era una campeona y que no necesitaba suerte. Después de sonreírle se dirigió dónde su madre y Ángela, ambas le hicieron la señal de la cruz y, como cábala, su amiga la encomendó a todos los santos. Una vez finalizados los rituales, se subió a la Ducati que Rossi le había prestado.

Mientras la veían correr y asombrados con las destrezas que ella realizaba, los Carson se habían declarado su pequeño club de fans.

Como si de una fuerza magnética se tratase, Lizzy, no podía quitar los ojos de Augusto. Simplemente era verlo y sentir un avispero en la boca de su estómago. Aunque saltaba y festejaba a su cuñada, en su fuero interno hacía piruetas por él. Se maldijo por estúpida, había visto la devoción que él profesaba a su cuñada y a las destrezas de ella sobre la moto, incluso el circuito entero bebía los vientos por Roma, Lizzy sintió que jamás podría cautivar la atención del policía si se detenía a compararse con Roma. Lejos de sentirse celosa, la admiró más y se sintió feliz por su hermano; aunque él no la estaba pasando muy bien que digamos con los cuchicheos de los hombres respecto a Roma. Sin poder evitarlo, Lizzy, recordó la mañana después del ingreso de Eric al hospital donde reunió a los Carson y les explicó su necesidad de pedirles disculpas por lo sucedido, bajo la estupefacta mirada de todos, la muchacha con la cabeza gacha y las lágrimas deslizándose por sus mejillas, esperaba el veredicto del clan. La primera en abrazarla había sido Susana, quien le aseguró que nada de eso era su culpa. Roma lloró, rodeada por los

brazos de una madre que le agradecía lo que ella había hecho por su hijo y la pureza que le brindaba al amarlo. Lizzy, le había agradecido por haberle brindado el espacio de hermana a lo que Roma respondió que solamente actuó entendiendo el sentimiento, ese trago amargo que atravesaron juntas las unió de una manera indescriptible, a niveles inimaginables al igual que con Tomás. Ambos le dieron la cálida bienvenida, al igual que a Pietro, a esa pequeña familia que crecía cada vez más.

Ante la actitud de su yerno, Giulio, no pudo más que reír. Lo comprendía a la perfección, incluso meditaba que actuaba con demasiada calma pero, conociendo a su hija, comprendía que el muchacho hacía lo correcto al ser sutil, por eso se le acercó con calma y palmeando su espalda para llamar su atención le dijo:

—Muchos hombres beben los vientos por mi hija, solo porque ven una sola de sus cualidades y es por esa razón que ninguno ha llegado a su corazón.

Eric lo observó, levemente confuso.

—Muchacho —prosiguió Giulio, — por más que la idolatren, ellos sólo ven esta cara de mi hija, vos pudiste ver cada color de su caleidoscópica personalidad incluso, con el correr de los años, descubrirás que hay más matices, no te deben preocupar ellos. Aunque admito que a ella le gustó que marcaras territorio— finalizó, palmeándolo una vez más y regresó junto a Magdalena, guiñándole un ojo cómplice.

Eric se quedó pensando en las palabras de su suegro, sí, ella se lo había dicho fuerte y claro; incluso él disfrutaba de la admiración de los hombres por su mujer pero ante territorio desconocido, del cual él no formaba parte, no podía más que dejar impregnada su presencia y claro que podían admirar pero jamás tener, Roma era única y estaba con él, hasta el fin de los tiempos y el principios de nuevos, más allá de la maldita eternidad.

— ¡Mil dólares a la número quinientos cincuenta y cinco!

El grito de Ángela, arengando a la pequeña multitud que ahí se había juntado entre familiares y cuerpos técnicos de los pilotos, lo sacó de sus cavilaciones. Miró a su cuñado, que incrédulo observaba a su esposa negociar en italiano y en inglés, manejando las apuestas como toda una profesional, llevándolos a preguntarse cuántas veces en el pasado Ángela había hecho lo mismo.

Roma llegó dentro de los tres primeros, la tercera para ser exacta, con Valentino Rossi de un lado y Toni Elías del otro lado y para asombro de todos, los tres como si se leyeran el pensamiento, recorrieron unos metros con la rueda delantera suspendida para unos instantes después pararse sobre la moto en velocidad vertiginosa, saludando al público que gritaba eufórico. Eric prestó atención a Magdalena, su suegra se había limitado a agarrarse la cabeza y a negar mientras se mordía el labio inferior debatiéndose entre reír o matar a su hija, mientras que su propia madre gritaba presa del pánico que se iba a matar. Ángela gritaba como si su amiga hubiese ganado una carrera mundial, Pietro la miraba orgulloso al igual que Giulio y sí, Tristán y Tomás también estaban maravillados con ella. Su hermana y su cuñada, seguían asombradas y él, no pudo contener la emoción y sumarse a su suegro y a Pietro, inflando el pecho y saboreando cada palabra al decir:

— ¡Esa es mi futura esposa!

Miraba con terror la pared de once metros que su novio y su cuñado, se habían empeñado en que escalase. Casi había muerto con la de metro y medio que, con mucha dificultad había superado, cuando el terror de colgarse y simplemente depender de la fuerza de sus dedos, casi la superaron. Podía sentir a lo lejos que Eric le daba instrucciones de cómo utilizar la soga, mientras le colocaba el arnés, pero solo podía pensar en la maldita caída de esa altura y si se le sumaba la pérdida de sus dientes al chocar contra las molduras de arcilla y yeso, que simulaban ser piedras.

Tomás la miraba con mucha atención, agradeciendo no ser quién le hiciese de banquito nuevamente, mirando la cara de terror de su cuñada mezclado con la soberbia para no dejarse amilanar.

— ¿Me escuchaste, Belona?— Preguntó Eric, atrayéndola de sus elucubraciones de posibles caídas.

—Sí... sí—titubeó al responder. La verdad era que no le había prestado atención y ahora tenía más pánico que antes. Tomando una respiración profunda, trepó a las primeras piedras.

—Eso es, cielo. Ahora poné tu piecito en la piedra amarilla, sostenete de la verde con la mano derecha y asegura la soga, con la mano izquierda, a la salida de enganche que hay ahí.

Para alguien normal, las directivas de Eric, eran muy precisas salvo para ella que cuando se ponía nerviosa tendía a confundir la izquierda con la derecha. Se obligó a respirar y serenarse, mientras disimuladamente se chequeaba las muñecas para comprobar la izquierda que era la del reloj. No estaba acostumbrada a ponerse reloj deportivo pero Eric le había dicho que no era conveniente que se pusiera anillos, por la incomodidad que le iba a producir cuando sus manos se hinchasen por el esfuerzo, por esa razón su mente previsorá había optado por utilizar reloj.

—Decime que no se está fijando cuál es la izquierda y la derecha—le susurró burlón Tomás a Eric.

Eric había visto el gesto y era tan enternecedoramente gracioso, que no pudo más que morderse el labio para no reír abiertamente.

<< ¡Soga de mierda, ¿por qué accedí a esto?! ¡Ah, ya sé! El infeliz de mi novio me desafió... Maldita yo y mi manía de no pasar por alto los retos>>, los pensamientos se le deslizaban por la mente, junto con las maldiciones a la soga al no poder engancharla. Se acordó de todo el árbol genealógico del precursor del deporte y de todos aquellos que no encontraban otra satisfacción que andar trepando muros. Ella no había nacido mono y hasta el maldito Hombre Araña le parecía estúpido, detestaba trepar, la última vez que había trepado, además del estúpido árbol, habían sido los barrotes del corralito de bebés cuando intentaba escapar teniendo como resultado un enorme chichón. Quizás desde ahí su vida estaba marcada con ese trauma, incluso a los cuatro años de edad subiendo a un maldito tobogán había resbalado y se había quebrado los dientes. No, ella no había nacido para esas actividades, prefería el vértigo de la velocidad de dos o cuatro ruedas; pero el idiota de su novio, seguramente alertado de sus limitaciones, la había desafiado y estúpidamente ella había aceptado. De todo corazón esperaba darles satisfacción suficiente, porque jamás volvería a repetir la hazaña.

Once metros más abajo, Eric la miraba risueño. Le había brindado las primeras indicaciones y la había dejado sola, la esencia básica del deporte era la estrategia para subir de manera segura, utilizando la fuerza física cómo destreza de habilidad.

— ¡No mires abajo! —sintió la recomendación de su hermano, cuando Roma casi pierde la estabilidad al mirar por encima de su hombro.

— ¡Bien, cielo! ¡Ahora sacá cola y flexionando las rodillas, empuja hacia atrás tomando impulso, tirate!

¿Realmente su marido futuro iba a indicarle semejante idiotez? No, no iba a poder descolgarse, tampoco

tenía fuerzas para seguir sujetándose y menos desandar el camino realizado. Nuevamente se preguntaba cuál era la necesidad que había predominado para aceptar semejante tortura, recayendo en la misma respuesta: su estúpido orgullo que la obligaba a aceptar los desafíos.

— ¡Putá vida!— masculló tras unos segundos en los que juntó valor e hizo lo que él le había indicado, agradeciendo al cielo tener los reflejos bastante agudos y colocar las piernas antes de estrellarse contra el muro y clavarse una de las rocas artificiales en medio de la frente.

Los brazos le dolían como si hubiese levantado a un hipopótamo, sí, su culo pesaba demasiado; los dedos, sus hermosos deditos casi que no podían cerrarse y las piernas le temblaban al no estar acostumbradas a ese tipo de esfuerzos.

Eric la tomó entre sus brazos elevándola y besándola, orgulloso del logro de ella y a pesar de que había reído al verla chequearse las manos, lo embargó la ternura.

— ¿Te animás a una un poquito más alta?— Preguntó cuando el beso finalizó, mientras la deslizaba por su cuerpo para depositarla en el piso.

—Soy una loba, Carson, los lobos no trepamos.

Eric hizo un mohín, pero se sintió satisfecho de que ella lo hubiese intentado, por lo que acercándose a su oído murmuró, seductoramente:

—Cuando llegemos a casa voy hacerte aullar, aunque no haya luna llena.

Con el juramento de él, pudo sentir el latido de su sexo y la humedad del mismo, que la obligaron a apretar sus doloridas piernas. La salvaje imagen sexual de ellos dos, amándose con la primitiva necesidad animal, era la única cima que le tentaba escalar.

Con la promesa impresa en sus pupilas, Eric la guió hacia uno de los muros de alta complejidad. Roma sabía que era el momento de lucirse él ante ella, de hacerla conocedora de sus habilidades. Roma lo devoró con la mirada, al igual que otras mujeres allí presentes, cuando él se sacó la remera y comenzó a escalar. Jamás en su vida habría estado preparada para el espectáculo que Eric le brindaba al deslizarse de una piedra a la otra, el movimiento de sus músculos bajo su piel y la fina capa de sudor que comenzaba a aparecer por causa del esfuerzo físico.

<< ¡Oh, Dio! Jamás pensé que sudar podía ser tan sexy, modonna>>, pensaba, mientras lo observaba. Varias mujeres se habían congregado para verlo, ¿las podía culpar? Claro que no, era un espectáculo digno de ver: sus brazos hinchados y la vena que los atravesaba marcándose con la fuerza empleada, los benditos músculos de la espalda, ¿alguna vez una espalda la había hecho babear de esa forma?, no lo recordaba; sus glúteos que se marcaban cada vez que cambiaba el peso del cuerpo. Tocó la comisura de su boca, simplemente, para comprobar que la baba no se le había escapado.

A propósito Eric había elegido el muro que más dificultad presentaba, necesitaba pavonearse frente a ella, hacerla sentir, aunque sea, una mínima parte de lo que él había sentido cuando la vio correr. Sin mencionar el plus de dejar su torso desnudo, necesitaba ver la reacción de ella al encontrarse en la misma posición de él en el circuito. Su hermano, escalaba a su lado y de vez en cuando le tiraba unas miraditas taimadas, como si supiese lo que él estaba haciendo. Eric, le sonreía jactanciosamente mientras se encogía de hombros sin prestarle demasiada atención.

—Tu ego te lo pide a gritos, ¿verdad?

La observación de su hermano, dando en el clavo, le sacó una sonrisa burlona.

—Creo que te está filmando —le comentó Tomás, al mirar al punto dónde se encontraba su cuñada.

—Vamos a darle algo memorable — respondió, al tiempo que se balanceaba de un lado al otro y trepaba con apenas ayuda de sus pies.

En efecto, Roma, había sacado su celular y lo había comenzado a filmar. Un pequeño recuerdo para ella y, también, para mostrarle a sus amigas ¿para qué negarlo? Debería hacerse viral en las redes sociales, ese tipo de belleza masculina tan... abrumadoramente viril, salvaje y sexual, no podía no ser mostrada al universo; su regocijo partía en pensar que ese era su hombre, que el señor hacedor de hombres perfectos la amparase, porque era suyo. De todos modos, desistió de viralizar el vídeo, faltaría que otra chiflada apareciese, por lo que decidió guardárselo para ella sola y quizás compartirlo con sus amigas.

Apenas él tocó suelo, varias mujeres se habían acercado a pedirle consejos. Seguramente todas tenían la misma dificultad, sí claro cómo no. Todas se trababan en la misma roca, y la cantidad de patéticas excusas que ponían para hablarle; por lo que irguiéndose en su metro sesenta y tres, caminó hacia él como una loba hambrienta balanceando sus caderas, con la mirada de depredadora y se abrió paso entre la jauría que lo rodeaba. Cuando llegó hasta Eric, él la observaba divertido con una sonrisa que le dividía el rostro por la mitad, ella devolviéndole la sonrisa dijo, asegurándose de que todas la escucharan:

— ¡Mi amor, estuviste increíble!

—Soy increíble — se jactó, corrigiéndola, mientras se agachaba a besarla. Su intención era darle un casto beso en los labios, pero ella, terminó devorándose los.

Cuando Roma se dio cuenta de que la audiencia femenina se había disipado, se separó de él y dándole un corto besito, comenzó a halagarlo.

—Faltó que me hicieras pichín, Casalegno — le dijo, incapaz de contenerse mientras reía y la miraba con dulzura.

—No sé de qué me hablas, Carson — replicó, haciéndose la loca mientras le guiñaba un ojo.

La dicha pura lo había colmado, ella había experimentado lo mismo que él y había actuado de la misma forma, pero de una manera calma y predeterminada; lejos del escándalo, pero realmente se regodeó en el sentimiento de pertenencia que ella ejercía. Sabía que les había concedido el permiso de verlo desplegar sus habilidades pero cuando intentaron cruzar la línea, ella simplemente levantó la barrera; era una tontería, un juego de ambos, pero la reacción de ella lo hicieron sentirse pletórico. Ahora comprendía por qué Giulio le había dicho que a su hija esa sutil marcada de cancha, le había gustado.

En los días previos al cumpleaños de ella, Eric preparó todo para una noche inolvidable. Sabía por Pietro, que en su casa le iban a festejar algo muy tranquilo al medio día, por lo que le dio pie para acondicionar su casa. Agradecía, sinceramente, que ella se encontrara enfocada en finalizar su tesis y sus sentidos centrados en el título de licenciada, porque eso significó que no la tuvo en su casa merodeando. No porque le molestase, pero arruinaría toda la sorpresa que estaba preparando. Para empezar, la cocina fue el primer ambiente que habían modificado y que se encontraba disponible, Pietro había realizado un trabajo impresionante y era casi una réplica de la cocina de la casa de sus padres pero, fusionando los estilos de ellos dos. Por supuesto que el arquitecto Casalegno había tenido el detalle de bajar las alacenas y predisponer todo al gusto y comodidad de ella. Esa era la primera sorpresa, la segunda consistía en que había montado un pequeño centro de masajes para ella en la habitación principal. En realidad, lo que Eric se proponía era agasajarla con masajes, trayendo de su consultorio la camilla y distribuyendo velas aromáticas por toda la casa, hasta había comprado aceites corporales.

El punto final a un capítulo de su vida, bueno, al menos esperaba que se lo aprobaran. El análisis de la narrativa masculina y femenina en ciertos géneros literarios, la defensa de una postura y la conclusión final le habían llevado su buen tiempo pero por fin, estaba lista. Miró el monitor de su pantalla y había alrededor de treinta íconos de archivo que decían “tesis, tesis cambiada, tesis final, tesis final F, Teeesssiiss123, TeSiStheEND” y sonrió de dicha al saber que esa parte de su vida finalizaba, por fin podía pasar a otro capítulo y tener el maldito título de una vez por todas. Su hermano había seguido los pasos de su padre en el negocio familiar, la empresa de construcción, ella se había rebelado al negarse a estudiar ingeniería, arquitectura o contabilidad porque simplemente detestaba las matemáticas. Por obligación, había estudiado Recursos Humanos, simplemente por precaución de un futuro en el que ella no pudiese valerse por sus propios medios, tendría un futuro asegurado en la empresa. Mientras estudiaba literatura, a la par estudiaba recursos humanos, sacando en un breve período de tres años la tecnicatura en Corrección Literaria y la tecnicatura en Recursos Humanos, tres años después finalizaba la tesis de su licenciatura. Si tan solo no se hubiese tomado dos años sabáticos recorriendo el mundo, habría finalizado antes.

Adoraba que Eric entendiese lo importante que era para ella su espacio, y finalizar de una vez por todas, el asunto “UNIVERSIDAD”. Lo que más amaba es que él no presionaba, toda su familia insistía en preguntarle respecto a la fecha de la boda, estaba realmente cansada de decir que no habían establecido, ni iban a establecer la puta fecha hasta no saber el resultado de la tesis y, gracias al cielo celeste sin nubes, Eric se había mantenido firme en el asunto, incluso él había sido quien la impulsase a esa determinación. Roma sabía que en el fondo él comprendía que ella en verdad necesitaba sacarse los pendientes, que sabía la seguridad que le brindaba cumplir un objetivo, después de todo él también había transitado ese camino. Otra razón más para amarlo con fuerza e intensidad.

Mientras se imprimían las hojas, se acercó hasta su celular que descansaba en la mesa de luz y lo encendió; mensajes de sus amigas, su hermano, fotos enviadas por Ángela de Alejo y uno solo de Eric que decía:

Eric: *Amor, cuando termines llamame. No importa cuándo y a qué hora lo leas. Te amo.*

— ¿Realmente, Eric Carson, podés ser tan malditamente hermoso, dulce, tierno y perfecto? — Le preguntó a la pantalla de su celular, mientras meditaba qué había hecho bien y bueno en la vida para ser premiada con un hombre como él. Sin demorar más buscó su nombre en el directorio de contactos, y presionó para llamarlo. Él le dijo que lo llamase a cualquier hora, bueno su “cualquier hora” eran las tres y media de la mañana.

— ¡Hola, vida! — exclamó él, cuando respondió al tercer tono de llamada.

— ¡Hola, amor! — Realmente lo había extrañado, lo supo cuando escuchó su voz al teléfono.

— ¿Cómo estás?

— Con ojeras, parezco un estúpido oso panda, huelo a oso panda, he subsistido a café y bajé un par de kilos, al menos lo positivo es que para el vestido de novia no voy a tener que hacer dieta.

Ante la descripción de su estado, Eric, emitió una pequeña risita ya que conocía ese estado a la perfección. No pudo evitar sentir un pequeño cosquilleo en la boca del estómago ante la mención del vestido de novia.

—Creo que deberías dormir antes de poner una fecha— le aconsejó Eric.

Roma suspiró y no pudo más que reír, sí, él era la perfección personificada; siempre pensando en ella y en sus necesidades, en las mejores opciones para su comodidad.

—En serio, Carson, ¿podés ser tan perfecto?

Eric se carcajeó con la pregunta de ella, pero más que todo, con la incredulidad al expresarse.

—Ya te lo dije, Belona, soy un Medio Príncipe.

—¿Eso me convierte en semi princesa?

—Vos, sos la diosa a la cual le entrego mi reino como ofrenda...

—Espero que tu reino sea de helado y chocolates, sino no me sirve.

Ambos terminaron riendo, Eric sabía que iba a soltar uno de sus comentarios para contrarrestar la cursilería que acababa de decir, incluso lo hacía a propósito, adoraba cuando ella empleaba el sarcasmo y la ironía, razón por la cual, sacaba su lado empalagoso.

—En dos días presento la tesis y después recuperar horas de sueño...

—Relax, vida, ya tenía asumido que nos íbamos a ver en el almuerzo de tu cumpleaños.

—Te extraño —sollozó.

Eric supo que el sueño estaba pasándole factura, al cuerpo y a la sensibilidad de ella.

—Lo sé, yo también te extraño. Pero es tu último esfuerzo además, ¿qué son unos días de no verse por el resto de la eternidad juntos?

— ¿Estás en casa?

Definitivamente a él, le encantó que se refiriera a la casa de él como el espacio de ambos.

—Estoy haciendo guardia en el hospital.

—En un ratito estoy ahí.

—No, Ro...

No lo dejó terminar, porque cortó la comunicación. Detestaba saber que iba a manejar en ese estado, agotada mental y físicamente. <<Ella y su manía de mierda de cortar las llamadas>>, pensó, mientras bufaba y se encaminaba a la entrada para esperarla, nervioso.

Después de una ducha reparadora, con la que se sintió más humana y de preparar café y ponerlo en su taza térmica, se vistió con un pantalón a cuadrille de franela rojo, una polera y un buzo de lana que se lo había tejido su abuela Ghita. Se puso sus zapatillas Converse blancas, un saco de paño negro, le dejó una nota a sus padres y se fue al hospital. Si quería ver a su novio, lo iba a ver y listo; además necesitaba uno de sus abrazos.

Cuando llegó al hospital, Eric la estaba esperando afuera y se notaba que estaba molesto, poco le importó, simplemente se bajó del auto y corrió a sus brazos.

A pesar del enojo que sentía con ella por ser tan imprudente de manejar en esas condiciones, le fue imposible no recibirla entre sus brazos y alzarla cuando ella saltó.

Roma se llenó los pulmones con la fragancia de él, Armani sutilmente mezclada con el aroma a hospital, que amaba tanto. Se alejó apenas y lo besó, sintiéndose como sedienta en el desierto que encuentra el oasis y bebe sin cesar el agua que le faltaba para sobrevivir.

—No me retes, por fisssssss— le suplicó cuando el beso finalizó, mientras hacía un mohín con la boca y ponía sus ojitos de Bambi.

—Imprudente, no estás en condiciones para conducir— la reprendió, tras un pequeño gruñido.

Como quiso depositarla en el suelo, Roma se prendió con más fuerza al cuerpo de él.

—Realmente tenía ganas de verte y no iba a esperar más— se justificó, antes de besarlo con pasión una vez más.

—¿Qué voy hacer con vos?—murmuró, mientras le mordía suavemente el labio inferior.

—¿Invitarme un café? — tentó a modo de respuesta.

Riendo, Eric le dio una palmadita en la cola y la invitó a tomar un café en el comedor del hospital. Estuvieron hablando durante una hora, contándose todo lo que habían hecho, ella detallándole su tesis mientras él la escuchaba fascinado; hasta que comenzaron a llamarlo por alta voz.

—Andá a mi consultorio y esperame ahí — dijo mientras le tendía la llave.

Roma se encaminó al consultorio de Eric, mientras intentaba no entorpecer el camino de médicos y enfermeros que corrían de un lado al otro. Mientras caminaba, pensaba que era una bendición de que él pudiese seguir siendo cirujano, con la ayuda de la fisioterapia y un riguroso régimen de ejercicios, su pulso no sufrió lesiones. Sabía que aún tenía resquemor de operar una cabeza, por lo que prefería entrar a los quirófanos y guiar, en vez de manipular el instrumental quirúrgico. Era cuestión de tiempo para que volviese a agarrar confianza en sí mismo, pero ahí iba a estar ella apoyándolo en cada uno de los pasos que él diese.

Entró a su consultorio prendió las luces y se acercó al escritorio, tomando el portarretratos con las fotografías en blanco y negro de ellos dos, contempló con amor las imágenes, al igual que la de los sobrinos y una nueva, ellos dos con el pequeño Alejo, ¿cuándo había puesto esa foto? No lo sabía, pero se conmovió con la estampa que proyectaban, definitivamente lo quería a Eric como padre de sus hijos. En el modular donde guardaba el whisky, había otras fotografías más de ellos, una del casamiento de Sara, en el casamiento de su hermano y en el de Santino y Sofía; observó con detenimiento y llegó a la conclusión de que hacían una hermosa pareja, era la primera vez que su propia imagen le devolvía el verdadero rostro de la felicidad, era la primera vez en su vida que se sentía merecedora de amor.

Se dispuso a esperarlo en el sillón de tres cuerpos de cuero negro que se encontraba contra una de las paredes, tenía planeado esperarlo recostada en la camilla, pero por alguna razón no se encontraba ahí. Se mentalizó en no dejarse vencer por el sueño, optando por leer uno de los libros que le supo vender a Eric, leyó tres páginas de “En Defensa Propia” de Higgins Clark Mery, y el libro cayó sobre su cara, el sueño había ganado la batalla de resistencia.

Después de atender la emergencia a la que lo habían llamado, Eric fue a buscarla a su consultorio. Cuando entró, se conmovió profundamente con la imagen de ella dormida en el sillón y con el libro en la

cara, decidió dejarla dormir, sacándole el libro, bajando la intensidad de las luces y tapándola con su saco. Las siguientes horas, se la pasó velando su sueño mientras se preguntaba cómo había sido capaz de sobrevivir su vida sin ella a su lado, cuestionándose sí en verdad era normal amar a alguien tan profundo de la manera en la que él lo hacía, si era posible caer rendido a los pies de alguien que se cruzaba en tu camino y te desafiaba en la vía pública. Rio con aquel recuerdo, estaba tan hermosa con ese desafío impreso en los ojos sin importarle que él le sacase medio cuerpo de altura, o que su mirada endurecida impusiese cierto respeto, pero a ella esas cosas la traían sin cuidado; con el tiempo a su lado había comprendido la verdadera razón, ella era un espíritu libre y guerrero, ella que sola se había encarcelado en su zona de confort, había desplegado sus alas y recorriendo el azul infinito del firmamento, le había invitado a volar con ella, cada vez más alto. Comprendió que las diferencias que tenían eran las piezas faltantes al rompecabezas que formaban juntos, ella en su absoluta esencia estaba hecha para él, agradeció su suerte de haberla encontrado en esta vida e imploró a los dioses que ella jamás cambiase, se sentía bendecido al contar con una compañera con sus cualidades.

A las siete de la mañana cuando terminó su guardia, sin despertarla, la cargó en brazos y manejando el auto de Roma, la llevó hasta su casa. Sabía que Giulio se levantaba temprano y, además, en el llavero de Roma se encontraban los interruptores del portón de entrada, de todos modos llamó a su suegro para avisarle que estaba yendo en camino.

Cuando llegó a la residencia Casalegno, Giulio lo estaba esperando en la puerta de entrada, Eric amagó a entregarle a Roma que dormía profundamente, otra de sus aristas el sueño pesado. Podía pasar una estampida por el lado de ella y simplemente seguiría durmiendo como si nada y, cuando se despertara afirmaría no haber escuchado absolutamente nada. Giulio le pidió que la acomodara en el cuarto y se sumara al desayuno, Magdalena ya le había preparado una taza de café con leche; agradecido por el detalle, Eric acomodó a su Belona en la cama, descalzándola con delicadeza y sonriendo ante el llamativo estilo de sus medias a rayas naranja y fucsias, con deditos, un estilo guantes para los pies. << *Ella y sus medias raras* >>, meditó con una sonrisa, mientras la terminaba de arropar con las colchas. Dedicó un momento a observar el lío que tenía en su escritorio, su tesis impresa junto con resaltadores, libros y apuntes por todos lados le daban la pauta de que prácticamente había corrido a verlo después de finalizar. Dando media vuelta, la observó dormir y respondió a la pregunta que había formulado en la entrada al hospital:

—Lo que voy hacer con vos es amarte y cuidarte, hasta que la muerte nos separe y la vida nos vuelva a encontrar— juró solemne, mientras se acercaba a ella y besaba su frente.

Bajó a desayunar con sus suegros, los notó sumamente animados y se pudo relajar en su compañía.

—Deberías quedarte a dormir —sugirió Magdalena, provocando que él ralentizase el movimiento de sus mandíbulas al comer la tostada y desviase su mirada a Giulio, un sutil pedido de autorización. A decir verdad, Eric, no esperaba que Giulio lo dejase dormir en el mismo cuarto de su hija, pero la habitación de Pietro estaba disponible y realmente se le hacía tentadora.

—Absolutamente, hijo, podés bañarte y dormir en la habitación de Pietro.

Podían estar comprometidos, pero Nina no dejaba de ser su hijita y no iba a dormir en la misma habitación con Eric por lo menos hasta que no fuese legal, su modernidad llegaba hasta cierto punto.

—Hay ropa de Pietro, no sé si te va a entrar algo...

Eric sonrió, agradeciendo a su suegra y concediendo el beneficio de la duda con la ropa de Pietro. Si bien ellos eran más o menos de la misma altura, Eric, era un poquito más corpulento que su cuñado, pero estaba seguro de que se las iba a apañar. Quien le terminó prestando ropa fue Giulio, que tenía casi el mismo tamaño que él. Con todo listo, se dio una ducha y se metió en la cama que había preparado

Magdalena para él, dándole la bienvenida al mundo onírico, pensó como siempre antes de dormir y en todo momento del día, en la mujer que descansaba del otro lado de la pared.

En la cocina, Magdalena no le quitaba la vista de encima a su marido. Sinceramente no comprendía qué le costaba dejarlos dormir juntos, porque ambos estaban tan cansados que no creía que fuesen hacer algo más, menos conociéndolos y sabiendo que ellos estaban en la casa.

—Hasta acá escucho el “run run” de tus pensamientos, Lena— dijo en tono calmo, mientras dejaba su taza de café y suspirando elevó la vista del periódico y le sostuvo la mirada a su esposa.

—Pobrecito, lo mandaste a dormir al cuarto de Pietro ¿qué pensás que iban a hacer en el de Roma?

—Bajo mi techo, hasta que no estén casados, duermen separados. Fin del asunto.

—Que sepas, tu hija va a tratarte de machista al hacer diferencias con Pietro...

—Soy moderno, no tan moderno. Además no concibo la idea de que mi bebida duerma con un hombre, adoro al muchacho, pero sigue siendo un golpe duro para mí. Voy de a poco asimilando las cosas, Lena, no me presiones.

Magdalena se levantó y abrazó a su esposo, comprendiendo el sentimiento, ella lo había transitado con su hijo varón. Besó con dulzura los labios de Giulio y sus ojos se empañaron en lágrimas, sus bebés habían emprendido el vuelo de la vida, creando sus propios nidos, su pichoncita era la próxima, mientras ellos se quedaban con el nido vacío y las visitas, rogando que sus nietos llenaran nuevamente las paredes de voces infantiles.

—Se nos fueron, Giulio — afirmó con la voz congestionada a causa del nudo en su garganta.

—Comenzaron a volar por su cuenta, creando su propia rama familiar y ¡me cago en la maldita ley de la vida!—Expresó acongojado ante lo inminente. Su pequeña princesa, esa que alguna vez acomodó en su pecho y se calmaba mientras le silbaba “Jealous guy” de John Lennon, rogando su perdón cuando la hacía llorar o no podía calmar su llanto, rogando que lo amase, porque él era un padre rendido al poder del amor de sus hermosos ojos negros, su pequeña Princesa del Otoño, que le había hecho conocer la alegría primaveral la mañana gris de la estación dorada, cuando su llanto de vida lo sacó del letargo al que se había sumido, tres kilos ciento cincuenta de amor puro, había crecido. Su pequeño duende de incesables preguntas, piernitas con moretones y espacios vacíos en sus encías cuando mudaba los dientes. Siempre tan llena de dulzura y amor, su orgullo como padre al verla crecer y esa desazón al saber que se la llevaban de su lado, por supuesto que se cagaba en la ley de la vida y en el puto paso del reloj que había corrido en una vorágine infinita que le era imposible comprender en qué momento su dulce Nina había crecido tanto, preguntándose en qué instante ella se había convertido en una preciosa mujer y por qué le costaba tanto dejar atrás el fresco recuerdo de su llegada al mundo, que parecía tan solo instantes atrás. Una lágrima acarició su mejilla y agradeció al Padre Celestial por haberle concedido la bendición de ser padre de una niña, su niña por siempre, agradeció que un buen hombre respetable y que la miraba como si ella fuese el milagro más hermoso del universo, quisiera desposarla. Realmente él agradecía pero si en ese preciso instante le dieran a Giulio un poder o le concediesen un deseo, sería retroceder el tiempo al momento exacto en el que sostuvo a su hija por primera vez en brazos.

— ¿Qué vamos hacer ahora, amore?— Escuchó que su esposa le preguntaba, con la voz congestionada a causa del llanto.

—Reencontrarnos como pareja, Lena. Volvemos a ser vos y yo, después de casi veintiocho años como padres, volvemos a ser novios, amore mio.

La respuesta de su marido la hizo sonrojar, tantos años siendo madre, esposa, amante, mujer ¿y si se

había olvidado cómo ser una novia? ¿Qué se hacía en esos tiempos modernos? De repente tuvo el temor, los nervios y la ansiedad que había experimentado en su juventud, cuando esos ojos pardos se encadenaron a los de ella.

—Te paso a buscar a las siete de la tarde —informó, antes de depositarle un dulce beso en los labios.

— ¿Es una cita?— Preguntó extrañada, mientras se secaba las lágrimas del rostro.

—Sí, amore, es una cita — respondió y seguido le guiñó un ojo, a modo de despedida.

Magdalena lo vio partir y un aleteo de ansiedad se hizo presente en la boca de su estómago. << ¡Carajo, no tengo nada que ponerme! ¡Merda!>>, se desesperó mentalmente, mientras asumía que debía ir de compras. Con eso en mente, comenzó a ordenar la cocina para llamar a su amiga y pedirle que la acompañase.

Cuando Roma despertó, no sabía qué hora ni qué día era, su último recuerdo es que estaba en el consultorio de Eric por lo que le costó terriblemente comprender que se encontraba en su dormitorio. ¿Se estaría volviendo loca o fue un sueño muy real el hospital? Estirando su cuerpo, secando la baba de la comisura de su boca, se levantó y se dirigió al baño. El reflejo de su rostro, le devolvía la imagen de un par de ojos muy hinchados, mejillas sonrosadas y un nido de caranchos en lugar de cabellera. Comenzó a adecentarse y salió en busca de comida. Unos ruidos extraños en la habitación de su hermano le llamaron la atención, por lo que sigilosa se acercó y lentamente abrió la puerta. Eric, su Eric, dormía a pata suelta en la cama que había sido su hermano. Comprendiendo que no había soñado su visita al hospital, sino que su hermoso novio la había traído a casa y fue invitado a quedarse a dormir. Realmente él debía estar sumamente cansado para roncar de esa forma. Tomando nota mental a lo que tendría que hacer frente el día que viviesen junto definitivamente, decidió dejarlo dormir un poco más mientras ella preparaba algo para comer.

La casa se encontraba vacía, según la nota que su madre había dejado pegada en la heladera, sus padres habían salido e iban a regresar tarde, indicándole que había lavado la ropa de Eric y que la había dejado en la habitación de ella, mientras dormía como morsa. Su madre siempre tan detallista, miró el reloj y siendo las ocho de la noche, decidió preparar botanas frías para compartir. Dispuso todo sobre la mesada, el único lugar al que las perras y Bacco no llegaban, y se fue a despertar a su futuro esposo.

Con cuidado de no hacer ruido dejó la ropa limpia en el escritorio que solía ser de su hermano, se acercó y se acomodó encima de su espalda, comenzando a mordisquear con delicadeza la oreja y el cuello de él. Sonrió cuando él emitió un pequeño gruñido y comenzó a susurrarle que era hora de comer, que no debía dormir más o después se le cambiaría el horario de sueño. Le hizo espacio para que él se colocase boca arriba y dejó caer su peso sobre el cuerpo de Eric, continuando con la retahíla de besos en el rostro y pecho de su novio.

—Hola — murmuró Eric aún con los ojos cerrados, sonriendo encantado con las atenciones de ella.

—Hola, vamos a comer — respondió ella haciéndolo reír.

— ¿Así va a ser siempre? — Preguntó él, al sentir los labios de ella en su mandíbula.

—Yeap— afirmó ella mordiendo con suavidad la mejilla de Eric.

—Juralo—Exigió, mientras despegaba los párpados y se esforzaba por encontrar los ojos de ella en la penumbra de la habitación.

—Lo juro.

Su mirada se encontraba perdida en algún punto del horizonte, los recuerdos de los últimos meses se repetían en su memoria como una película en blanco y negro, haciendo resplandecer su mirada, recayendo en el día de su cumpleaños número veintiséis. Un gran almuerzo con su familia sanguínea y política, sus amigos de toda la vida y el amor de su vida, la habían hecho sentir afortunada al celebrar su nacimiento, haciéndolos reír al decir que había tenido el mejor cumpleaños del mundo, quedando absolutamente ansiosa cuando su prometido le había asegurado que todavía faltaba una sorpresa más, cuando se acercó a abrazarla luego de que soplara la vela de la torta, exactamente a la hora de su nacimiento, la una y cinco de la tarde.

— ¿Sos feliz, peque?— Le había susurrado Estéfano en el oído al abrazarla.

—Más de lo que creo merecer — fue su respuesta.

—Entonces yo soy feliz, te quiero.

Era la primera vez que veía a su amigo tan maduro y definitivamente había sido la primera vez que Estéfano le decía que la quería. Lo vio acercarse a Eric y conversar animadamente de algún tema y supo que Estéfano le estaba dando la bienvenida al grupo. Recordaba aquella lejana charla cuando él se había declarado y que tras varias horas había asumido que ella era una hermana para él, pero que si tenía que ser honesto, pensaba que era la elegida porque sabía que era a la única mujer que jamás lastimaría o abandonaría, no solo por ser ella sino que era la hermanita de su mejor amigo. Roma lo había abrazado y después de decirle que era un idiota y un cobarde, le había asegurado que ella siempre supo que el cariño que se profesaban era fraterno y que siempre sería así. Ahora eran familia formalmente, Ángela era una Casalegno y pronto traería a las próximas generaciones de ingenieros y arquitectos para la empresa familiar.

Esa misma noche su novio la había invitado a la casa que pronto sería de los dos, dándole el juego de llaves y esperándola en la puerta para recibirla al llegar. Roma llegó sobre las nueve de la noche, con un vestido de cierre en la espalda color crema, un pedido de Eric, que sinceramente rogaba que se lo rompiera como la primera vez que hicieron el amor. Su novio la hizo entrar, mientras le tapaba los ojos con las manos y la guiaba un pequeño trecho hasta quedarse quietos finalmente, cuando él le había preguntado si estaba lista, ella había respondido que sí, entonces tras unos eternos segundos de suspenso, Eric descubrió sus ojos dejando que la imagen de la cocina refaccionada inundara las pupilas de ella.

Roma simplemente había quedado sin palabras, era como si su hermano hubiese leído su mente y plasmado esa imagen en la cocina. Dio saltitos por toda la estancia y lo inspeccionó todo, bajo la atenta mirada de Eric que no podía dejar de sonreír al verla tan feliz. Cuando ella se volvió y corrió hacia sus brazos, como siempre hizo despegar sus pies del suelo y giraron abrazados pletóricos, tras unos segundos la acomodó en sus brazos al estilo nupcial y así la llevó a la segunda sorpresa.

La habitación principal estaba completamente iluminada con luces de velas de diferentes tamaños y el ambiente estaba perfumado con aromas a vainilla y coco, la camilla del consultorio de Eric estaba casi en medio y un modular con aceites, se ubicaba a un costado; impresionada lo miró en búsqueda de respuesta ante la preciosa y romántica imagen que se proyectaba ante ella.

—Se me quemaron los focos de luz— mintió él, haciéndola reír.

Depositándola en el suelo con delicadeza la hizo girar y mientras deslizaba el cierre de su espalda, con suma lentitud, susurró:

—Feliz cumpleaños, mi amor.

Desvistió su cuerpo, con delicadas caricias de sus manos, provocando que ella se estremeciera y luego la guio hasta la camilla donde la ayudó a acomodarse boca abajo, mientras que de fondo sonaba “I put a spell on you” interpretada por Annie Lennox.

Las manos de Eric, acariciaron sensualmente al ritmo de la música y masajearon su cuerpo, con la ayuda de los aceites corporales, la presteza de sus manos para esa labor la hicieron gemir placenteramente. Él tenía la capacidad de tocarla de una manera única e indescriptible, su piel respondía al tacto de Eric, reconociéndolo como absoluto monarca de sus sentidos. Después de diez minutos boca abajo, en los cuales se abstrajo del mundo real, le indicó que se acomodara boca arriba, mientras masajeaba con suavidad sus pechos y sus pezones, provocando que una corriente eléctrica recorriera desde su ombligo hasta el vértice de su vulva, arrastrándola en un vórtice placentero. Sentía sus manos abandonar sus pechos y prestarle atención a sus brazos y a sus manos, abrió los ojos y la imagen de él, con su pecho desnudo y jeans, mientras masajeaba los dedos de su mano atentamente, la hizo suspirar.

— ¿Qué hice para merecer esto?— susurró, sacándole una sonrisa al hombre más hermoso sobre la faz de la tierra.

—Venir al mundo un día como hoy, hace veintiséis años atrás— respondió, mientras abandonaba esa tarea para concentrarse en las extremidades inferiores. Ella estaba completamente desnuda y a su merced, dejándose mimar haciendo de él, el hombre más feliz del universo. Elevó el pie derecho de Roma y comenzó a masajearle la planta durante unos instantes, para continuar con la pantorrilla, tras unos minutos repitió la acción en el otro pie. Pasó de largo los muslos de ella, pues conocía muy bien sus puntos de cosquillas, entonces con delicadeza comenzó a acercar sus manos al pubis liso que tanto amaba, satisfaciendo su orgullo masculino al comprobar que ella le daba acceso sin tener que pedirselo. Estaba húmeda, caliente e hinchada, deseosa y anhelante de que él le prodigara atención con sus manos en ese lugar, decidió no hacerla esperar. Sabía a la perfección que a ella le gustaban las caricias suaves y circulares en su pequeño botón femenino, comenzó a trazar pequeños círculos en su clítoris con su dedo pulgar, mientras la penetraba con su dedo índice, llegando a ese recóndito punto ubicado detrás del mismo, comenzando a estimular la zona, sintiendo regocijo al verla retorcerse y escuchar sus gemidos.

—¡Por Dios, Eric!— Gritó cuando, literalmente, el orgasmo la devastó. Su cuerpo aún sufría espasmos de placer, cuando abrió los ojos y observó en el abdomen de su amado el brillante líquido que su sistema había expulsado.

—Nunca había... — susurró ella al darse cuenta de lo que había sucedido.

—Lo sé, solo yo puedo hacerte esas cosas— se jactó él, luego de una breve risita endemoniadamente masculina.

Eric se sacó el jean arrastrando el bóxer, dejando al descubierto su esplendorosa anatomía masculina. Su glande se alzaba orgulloso y ansioso de entrar en ella, de sentir el calor de su carne al abrazarlo y fundirse por siempre en su interior. Tomó a Roma entre sus brazos y la depositó sobre la cama, importándole poco y nada que el cuerpo aceitado de ella arruinase las sábanas de seda blanca. Se posicionó sobre ella y devoró sus labios mientras satisfacía el deseo de su miembro, ingresando en el cuerpo de ella. Gemidos, súplicas y gritos recorrieron cada pared de la casa, Eric bombeaba en su interior, intentando llegar a lo más profundo de ella, sintiendo el primitivo deseo masculino de darle placer.

Roma jamás pensó que después del orgasmo anterior, pudiese sentir nuevamente el espiral de sensaciones que la elevaba hacia el placer.

—Eso, así, una vez más Roma — susurró él, complacido al darse cuenta de que ella lo miraba a los ojos, sin que él se lo hubiese exigido. Se perdió en ese mar negro de pupilas dilatadas, desbordadas de éxtasis y pasión; mientras ella se maravillaba con las pupilas ambarinas de Eric, que refulgían con mayor intensidad a la luz de las velas. Sus cuerpos unidos en el único punto en que cuál un hombre y una mujer pueden conectar sus cuerpo, mientras sus pieles se acariciaban con la fricción de los movimientos.

—¡Eric!— Suplicó ella.

—¡Ahora, sí, así!— La alentó él, al ver que ella se dejaba llevar y gritando el nombre de su amada, se dejó ir a su lado.

El grito de Alejo la atrajo nuevamente al presente, se dio vuelta con cuidado y se contempló al espejo por onceava vez, los nervios la estaban matando.

—Haceme un favor, Ángela — dijo, llamando la atención de su amiga.

— ¡Estás tan hermosa!— Exclamó la esposa de su hermano.

—Sí, ¿verdad?—Suspiró ansiosa frente al espejo, giró y le extendió una notita a su hermana del alma.

— ¿Qué es esto?— La miró extrañada.

—Necesito que se lo llesves a mi hermano para que se lo entregue a Eric.

Temerosa con la explicación de su amiga, le advirtió que si se estaba arrepintiendo la iba a matar, Roma le aseguró que nada que ver, que por favor se lo alcanzase a Pietro antes de que su hermano se fuera.

Eric leía una y otra vez la nota que Pietro le había alcanzado, sonreía ante la indicación que ella le había dado escuetamente.

— ¿Qué te causa gracia? — Se interesó Tomás, al verlo sonreír como idiota ante una notita.

—La futura señora Carson, me envió esta nota — Explicó mientras se la extendía a su hermano.

Extrañado Tomás, desplegó el papel y rio con la ocurrencia de su cuñada, escrito en letra de imprenta las líneas decían lo siguiente:

“Esperame en el altar, soy la que va de blanco.

Te amo,

R.G.C (próximamente se agregará otra C)”

Incrédulo Giulio observó a su pequeña con su vestido de novia, un nudo se formó en su garganta y se percató de que su mirada se empañaba, el gran día había llegado.

—Mi Pequeña Lulú — susurró mientras se acercaba, parpadeando con rapidez para despejar las lágrimas.

—Papi — dijo ella, antes de abrazar a su primer héroe en la vida.

—El final de un libro, hija mía, pero al mismo tiempo, es el comienzo de la segunda parte, en ese ansiado eterno “vivieron felices por siempre”, vas a entender que “siempre” no significa todo el tiempo, la clave está en luchar con tu compañero codo a codo, para conseguir los lineamientos generales.

Las palabras de su padre la conmovieron, sabía a lo que hacía referencia. Este no era el final de su cuento de hadas, era el principio de una nueva historia.

— ¿Estás lista, cuchi bebé? — Preguntó su padre, ofreciéndole su brazo.

— Como nunca antes, papino— respondió feliz.

— ¿Segura? Hija, de verdad, si no estás lista podemos cancelar todo.

Roma se carcajeó con el planteamiento de su padre, sabía lo difícil que era para él, y había pensado que nunca iba a llegar el momento en que él dudase de la certeza de ella al casarse.

—Vamos, pa, mi Medio Príncipe me espera.

El Ave María, cantado por Sara, retumbó en toda la capilla, era la señal de que ella estaba entrando. Los invitados se pusieron de pie para recibir a la novia y a Eric se le aceleró el corazón al verla vestida de blanco, con un diseño muy similar con el que él la había soñado siempre, de estilo romano antiguo de encaje hasta la cintura y la falda la caía libre y amplia hasta el suelo. Conectó su mirada con la de ella, lágrimas de felicidad besaban las mejillas de Roma, mientras que él la observaba con absoluta devoción, con sus ojos empañados.

Al llegar a la altura de Eric, Roma fue a dar el último paso que consistía en soltar el brazo de su padre y tomar la mano del que estaba por convertirse en su marido; pero su padre había cortado la acción al retenerla con más fuerza. Roma lo miró significativamente, pero Giulio simplemente se negaba a dejarla ir.

—Es hora, papi. Te amo— le murmuró.

Giulio asintió a las palabras de su hija y aclarando su garganta pronunció:

—Ante Dios y esta iglesia llena de testigos, te hago entrega del tesoro más preciado de mi vida, Eric Carson.

—Juro cuidarla como el milagro más hermoso con el que fui bendecido.

La solemnidad de las palabras y la mirada de amor profundo que Eric le profesaba a su pequeña, fueron suficientes para entregarle la mano de su hija y dejarla realizar el vuelo hacia su nuevo amanecer.

Tras pronunciar sus juramentos de amor y fidelidad, cuidarse en la salud y en la enfermedad y elegirse en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte los separase, sellando sus palabras con los anillos de oro en los que Eric había grabado triquetas y sus iniciales, fueron declarados marido y mujer.

Sus amigos y familiares los esperaban a la salida para saludarlos, mientras les tiraban arroz, como símbolo de abundancia y un espectáculo de fuegos artificiales se desplegaba en el firmamento.

—¡Eric, se nos va la limusina!—Exclamó Roma, al darse cuenta de que el vehículo había arrancado cuando ellos se estaban acercando.

—Esta ruta que empezamos a recorrer, la vamos a hacer solo los dos— dijo mientras señalaba su Harley Davison negra, que tenía el cartel de “Recién Casados”, sobre la patente.

Roma gritó de la emoción, era la primera vez que se subía como copiloto de Eric en la Harley, miró a su marido y se sintió afortunada al darse cuenta de que él estaba en todos los detalles simbólicos.

Con ayuda de su madre y de su suegra, se acomodó con el vestido en la moto detrás de Eric, antes de que él arrancase, a todo volumen, en unos estéreos que habían colocado fuera de la iglesia, comenzó a sonar “Tonight Is What It Means To Be Young”, de la película Calles de Fuego, haciendo vibrar el corazón de Roma.

—Yo estaba sobre una estrella, mirando el horizonte, mientras soñaba con alguien como vos— escuchó que su esposo le dijo, antes de hacer rugir la Harley, con un pequeño juego de acelerador.

—No soy un ángel, pero al menos soy una chica— respondió conmovida ella.

Eric sonrió plenamente y aceleró, dejando atrás a todo el mundo, porque su universo se aferraba a su pecho.

Epílogo

El artículo para su columna semanal en el diario, le había llevado más tiempo de lo normal. Se había embebido tanto en sus ideas que su mente simplemente se abstraigo del mundo, ahora que sus pies tocaban tierra firme una vez más, se extrañó al no escuchar ruido en la casa. Con curiosidad comenzó a investigar cada ambiente de su hogar, hasta que llegó a la habitación principal, conmoviéndose ante la maravillosa imagen que se desplegaba en su inmensa cama matrimonial: su marido y sus hijos, dormían a pata suelta. Eric se encontraba al medio, el primogénito Thiago Carson de cuatro años, se encontraba sobre el brazo izquierdo de su padre, el segundo varón Tiziano Carson de dos años, dormía sobre el lado derecho de Eric y la bebé de tres meses Alma Carson descansaba sobre el pecho de él. Con una sonrisa Roma recordó la llegada al mundo de su pequeño de ojos ambarinos, su primer hijo, que llegó un año después de casados, heredando esa tonalidad de su padre al igual que los rasgos generales de su fisonomía, salvo el color de pelo negro que era herencia de ella.

— ¡Te juro Eric Carson, que si me decís que respire una vez más, te ahorco! ¡¿Dónde mierda está la puta peridural?!— Había gritado, mientras lo jalaba del ambo con violencia.

—Tranquila mi amor, tenés que esperar un poquito más— había intentado calmarla él.

—Soy yo la que está trayendo a un ser humano de tres kilos y medio y casi medio metro de largo, por un orificio de diez centímetros de diámetro ¡me voy a alterar si quiero!— le había increpado.

El embarazo había sido casi sorpresivo, se habían dejado de cuidar porque ella quería ser madre antes de los treinta pero sin exigirse demasiado y disfrutado el proceso, no habían tenido muchos resultados hasta que un día ella entró pletórica al consultorio de él, con diez pruebas de embarazo para que realizaran juntos, las cuales todas habían dado positivas.

Después de dos horas de trabajo de parto, Eric trajo al mundo a su primogénito, sintiendo una fuerza que lo envolvía y lo debilitaba a la vez, incrédulo de amar tanto a una personita tan chiquitita y que acababa

de conocer. Comprendiendo el milagro de la creación, y conector de que en sus manos cargaba lo más hermoso de su mundo, el fruto del amor de Roma y él.

—Bienvenido al mundo, hijo. Hoy es tu cumpleaños— susurró para calmar el llanto de su bebé, pero por supuesto el niño quería a su madre.

Una fibra sensible en Eric había sido tocada al ver a su mujer sostener a su hijo, las dos personas que más amaba en el universo, estaban juntas. Ella lo había observado con detenimiento, mientras las lágrimas caían sin cesar por sus mejillas, había olido al pequeño y luego le había contado los dedos, de las manos y los pies, mientras le tarareaba “Ojos color Sol”, de Calle Trece.

—Feliz primer amanecer, amor de mamá— le había susurrado antes de besar su frente, luego de terminar la inspección.

Con sus siguientes hijos, había sido todo más natural, aunque con Tiziano había tenido el extraño antojo de comer anchoas, cuando ella las detestaba. Tiziano había llegado para marcar la diferencia de dos años con su hermano Thiago, quien estaba ansioso de recibir a su compañero de aventuras. Habían hecho muy partícipe al niño durante el embarazo, llevándolo a los ultra sonidos y a las ecografías, siempre regalándole algún juguete de parte de su hermanito que venía en camino. Tiziano había heredado los ojos verdes con motitas doradas, iguales a las que tenía Eric la mayor parte del día, supuso que se debía a que su hijo había sido concebido en uno de esos primitivo encuentros que tenían luego de una pelea. Al igual que Thiago, los rasgos generales eran de Eric, menos el color de pelo, que era de ella. Mientras Thiago prefería jugar afuera a construir edificios como su abuelo, Tiziano amaba jugar con el estetoscopio de Eric. Siempre que su padre llegaba, le hurgaba el maletín y revisaba a todo el mundo con el estetoscopio y un baja lenguas, otro que iba a romper corazones en el Carson. La canción que Roma le había asignado a su segundo hijo cuando nació, fue “Let It Be” de los Beatles.

La pequeña Alma, le había enseñado una clase de amor diferente; haciéndola comprender la diferencia entre amar a un hijo varón y a una hija mujer. Era la princesita de la casa, mimada y amada por sus hermanos y sus primos, anhelada por sus primas para jugar y la debilidad absoluta de Eric. Cuando la pequeña llegó al mundo, supo que Eric había encontrado a su princesita adorada, Roma supo que su hija había conocido a su primer amor al momento en que se calmó cuando su padre le habló, sonriéndole descaradamente al sentir su voz.

—Estoy sosteniendo mi alma — dijo Eric con la voz entrecortada.

Les había costado mucho decidirse por un nombre para la niña, con los varones habían llegado a rápidos acuerdos, pero con la pequeña habían sido dos millones de opciones, incluso hasta el mismo día del parto, estaba sin identidad, hasta que Eric la sostuvo en brazos y pronunció esas palabras. La pequeña había heredado los ojos negros de su madre, esos que tantos dolores de cabeza a veces le causaban, pero cuando se vio reflejado en los ojos de su hija, supo que la fusión final del alma de los dos, había llegado al mundo. El número mágico estaba cubierto.

—Feliz primer amanecer, Alma, amor de mamá— dijo ella, mientras Eric la ponía entre sus brazos.

A diferencia de sus hijos varones, Eric se encargó de la canción para ella, entonándole “Hotel California” de Eagles, para horror y espanto de Roma. No porque tuviese algo en contra de la canción, al contrario, le parecía un tema sublime, pero no le parecía acorde para su hija.

—No se trata de la letra, es la melodía que le gusta a mi hija— se había justificado Eric. Roma tuvo que darle la razón, porque la niña solo se calmaba cuando él cantaba ese tema para ella.

Había códigos especiales con sus hijos, cada uno era un espíritu libre y diferente, pero se amaban. Supo

que sus tres pequeños iban a tener la misma relación fraternal que ella y su hermano o Eric y sus hermanos, sabían cómo fomentarlo incluso con sus primos, eran unidos. Amaba ser madre, estaba enamorada de sus hijos y adoraba la camaradería que tenían con Eric. Su marido siempre tenía tiempo para sus hijos y para ella, no importaba cuán cansado se encontrase, ahí estaba con su mejor sonrisa escuchando con suma atención a sus hijos o ayudándoles con cualquier asunto que ellos le pidiesen a su padre, incluso colaborando con ella en la casa, aunque él prefería decirle que no se trataba de colaborar sino que era su deber como esposo compartir las cargas del hogar y su deber como padre estar presente cada instante de la vida de los niños. Como padre era paciente, firme y amoroso; como marido era dulce, compañero y apasionado. Roma volvía a cuestionarse qué había hecho de bien y bueno en su vida para merecerlo a él y a sus hermosos hijos, llegando a la conclusión que simplemente se trataba de un premio de la vida. Era feliz, inmensamente feliz, aún cuando renegaba y lloraba frustrada al verlos crecer tan rápido, pero comprendió que el tiempo se deslizaba como agua entre los dedos y se ponía como meta disfrutar cada segundo que compartía con ellos.

Realmente se sintió dichosa al saberse parte de su número de la suerte, los Carson Casalegno, eran los cinco de la suerte. Con esa idea se acercó a la cama y se subió con sumo cuidado, sólo su esposo notó la diferencia en el cambio de peso de la cama.

— ¿Ya terminaste?— susurró él para no despertar a los niños.

—Sí— afirmó mientras acomodaba a Tiziano sobre su pecho y se dejaba rodear por el brazo de Eric, que había dejado su mano sobre el brazo de ella.

Rodeada del amor de su familia propia, sintió la fuerza del amor que la envolvía, entonces comprendió la canción de Pappo, “Juntos a la par”.

—Gracias por caminar distraída, Roma —susurró él, trayendo a la memoria de los dos aquella mañana veraniega en la que casi se llevan por delante.

—Gracias por interponerte en mi camino, Eric.

—Te amo, mi Belona.

—Te amo, mi Medio Príncipe— respondió ella, mientras enlazaba los dedos de su mano con los de Eric.

FIN.

Sí les gustó la historia, quedan invitados a seguirme en mi Blog y Facebook, donde mantengo al día las novedades.

BLOG: www.novelasconcafe.blogspot.com

FACEBOOK: Novelas con Café -Rocío M.Bescós-

O pueden escribirme a: roma.bescos@gmail.com

AGRADECIMIENTOS.

A decir verdad, no suelo leer esta parte de los libros asique si ustedes la leen, quiero decirles que estoy absolutamente agradecida de que hayan leído mi primer novela. De corazón, muchas gracias por acompañarme en esta aventura y por el apoyo que me han brindado.

Quiero agradecer a mis padres, Paula y Gustavo, por enseñarme a perseguir mis sueños y aguantar la perorata a la que los sometí durante cinco años con respecto a esta historia, que por fin está completa. Por sobre todo, por brindarme su mirada como padres que fue reflejada en Giulio y en Magdalena. Los amo profundamente.

A Carlota M. Lozano, por su fe en mí, por soportar que le enviase mails por años con partes sueltas o cambio de narradores. Gracias por tu sistemática pregunta “¿Cuándo lo vas a terminar?”, perdón por hacerte sufrir, acá está el ansiado final, todo tuyo Loli. Te adoro infinito.

A Constanza Cabello Estrada, sister de mi alma, gracias por tus palabras de aliento y por el incondicional apoyo, por regalarme la primera portada de esta historia, que hoy utilizo en el BLOG y en el FACEBOOK oficial del Blog. Gracias por creer en mí y siempre decirme que podía, te quiero hermana.

En especial quiero agradecer a quién me rompió el corazón hace cinco años y a todas las desilusiones que siguieron porque sin ellos, MEDIO PRÍNCIPE no existiría.

Con amor, Rocío M. Bescós.

